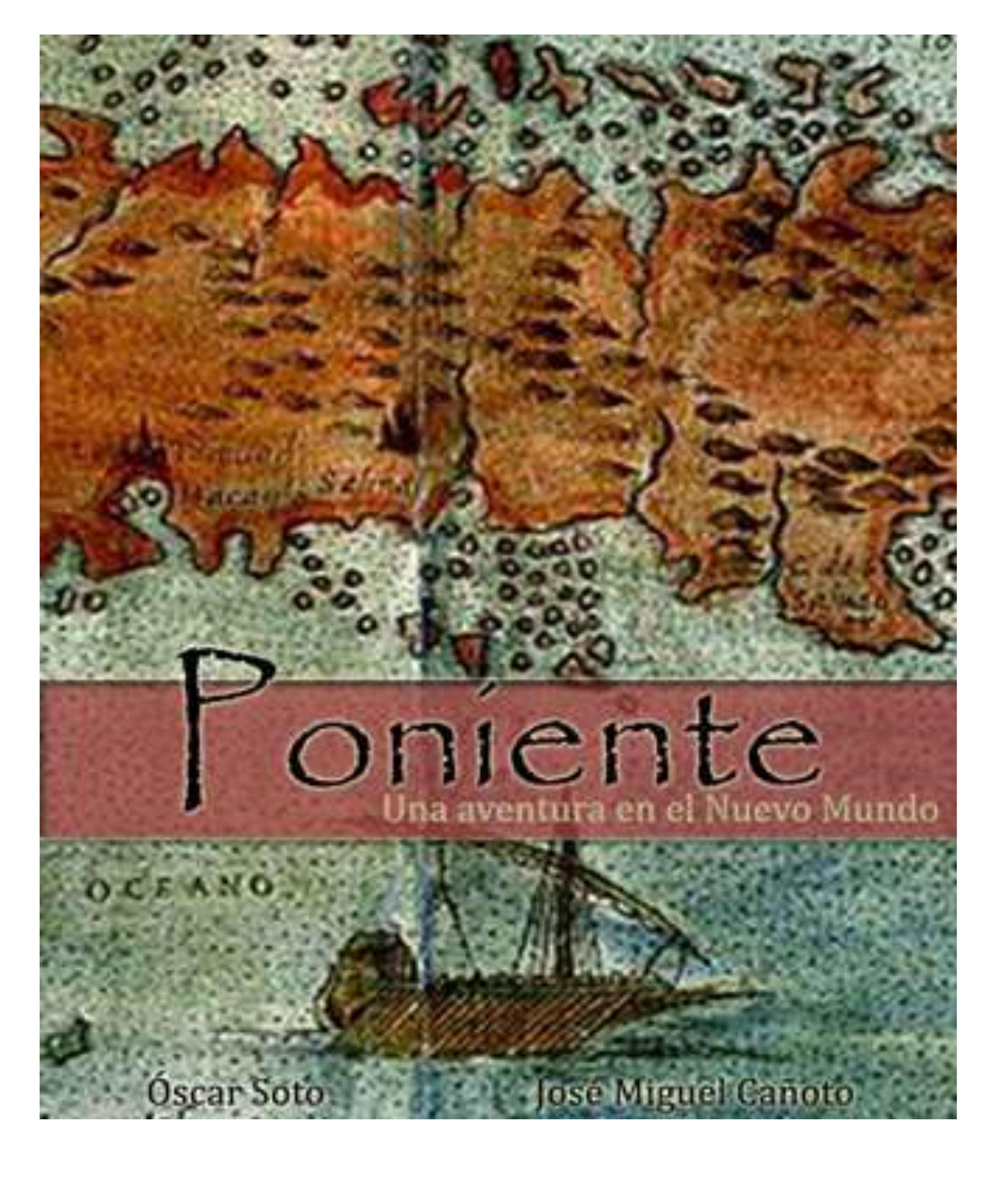
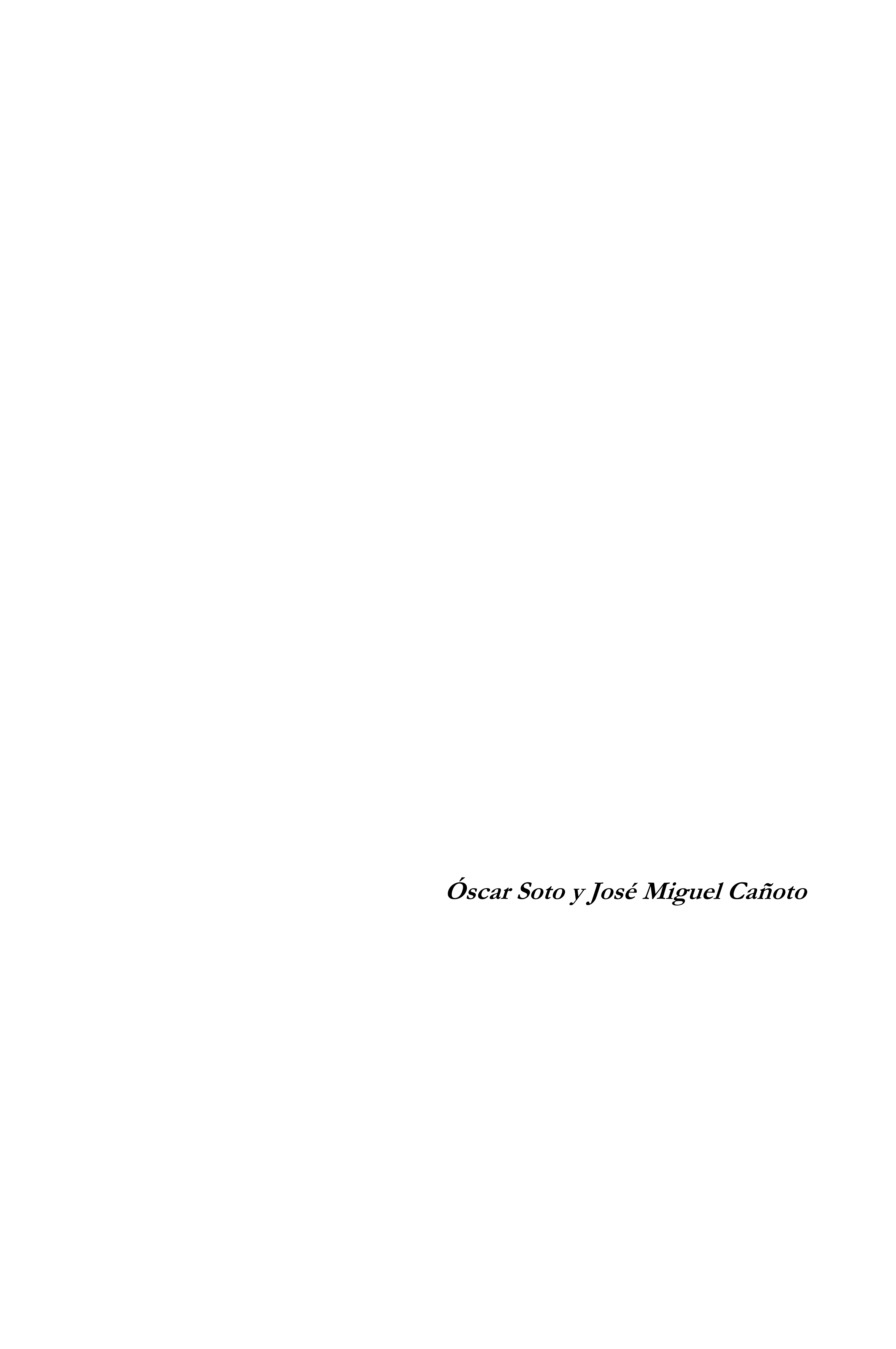

Poniente
Una aventura en el Nuevo Mundo
OCEANO
Óscar Soto
José Miguel Cañoto

# Poniente

***Una aventura en el Nuevo Mundo***



***Óscar Soto y José Miguel Cañoto***



*A las personas que, aunque mejoren día a día, no cambian con el tiempo.*

# Parte primera: Sevilla



Sevilla y puerto del Arenal. Oleo siglo XVI.

# 1

El calor húmedo y sofocante de Sevilla perlaba la severa y pálida frente de Bartolomé Landa, empapando su negro hábito y haciéndole recordar con nostalgia los duros inviernos de su Navarra natal. Solo hacía unas horas que había llegado a Sevilla directamente desde Roma.

Sus tenaces ojos grises escrutaron la habitación con recelo. En el interior de su celda, tan espartana como cabía esperarse, un camastro de paja, una jofaina con agua, los Evangelios y un crucifijo que presidía la estancia, era todo el mobiliario y enseres que se le habían dispensado a su llegada. Extrajo del baúl donde guardaba entre sus pertenencias, un ejemplar inmaculado de *Malleus Maleficarum,* un tratado sobre la caza de brujas escrito por dos monjes dominicos alemanes que, aunque prohibido en España, llevaba siempre junto a sí. Admiró unos segundos el inmaculado volumen, lo depositó con sumo cuidado sobre el camastro y se tendió con respeto a su lado. El ejemplar, lujosamente encuadernado en piel, había sido un regalo de su tío años atrás y para Bartolomé no era solo un libro. Para él, con permiso de los Evangelios, era el libro de los libros. En sus páginas conseguía encontrar consuelo y sobre todo respuestas, a la vez que le impedía olvidar que en todo momento debía ser inflexible en su cometido. Su mano acarició instintiva y respetuosamente su lomo y cerró los ojos.

No habían transcurrido ni dos años desde que había regresado del Nuevo Mundo, excusándose en las noticias que le llegaron de la deteriorada salud de su amada madre. Tras la muerte de ésta, que sobrevino meses después, se le ordenó pasar una larga temporada de reflexión en un convento de su Orden en las afueras de Salamanca y así es como fue, hasta que su admirado tío reclamó su presencia en Roma.

Se acercó al ventanuco que se abría hacia el este y aspiró el aire bochornoso y abrasador que llegaba hasta él.

Aquella brisa sofocante y que le impedía respirar bien, le hizo pensar inevitablemente en su tío Álvaro, un agustino terrible y de duro carácter, quien le había incorporado a la Orden cuando solo contaba la edad de doce años. «*Sobrino, tengo grandes planes para ti*», le dijo en aquel lejano día.

Entonces, con una amarga sonrisa, recordó que acababa de cumplir treinta y tres años y que habían pasado más de veinte de todo aquello.

Hacía años que Álvaro había comenzado su vertiginosa carrera, primero en Salamanca como provincial de Castilla, siendo después llamado a Roma como procurador de los agustinos, es decir, su representante en la Santa Sede. A partir de ese momento había ido acumulando cargos, entre los que se encontraban el de encargado de la Sacristía Pontificia y el de asistente del Vicario General de los agustinos, Gabriel della Volta, un veneciano del que se había hecho inseparable. Entre ambos acumulaban una gran influencia en Roma, no en vano los agustinos tenían además el control de la Biblioteca Angélica del Vaticano. Para Bartolomé, Álvaro también había sido su mentor y quien le había enseñado cuanto sabía de política e intrigas palaciegas. Admiraba la meteórica carrera de su tío a la vez que comprendía que, en adelante, tenía que servir a Dios de manera diferente a la del humilde clérigo que, hasta la fecha, había sido. Entonces recitó entre susurros el lema de los agustinos: *una sola alma y un solo corazón hacia Dios* y se supo preparado para su cometido.

La educación de Bartolomé había sido férrea. Hablaba a la perfección, latín, portugués e italiano, amén del vascuence. Era docto en disciplinas tales como Teología, Astronomía y Filosofía y, desde que aceptó la misión que hasta aquí le había traído, se veía asimismo, como un embajador de la Iglesia además de un acérrimo defensor de la fe. Había terminado por asimilar que su vida intramuros había terminado definitivamente y que ahora su misión estaba fuera del convento, lo que no le producía sino desasosiego, aunque su inquebrantable fe le ayudaría a llevar su carga. No obstante, siempre que tenía ocasión, volvía a recluirse tras los protectores muros, buscando recogimiento y oración, pues no quería olvidarse ni de quien era, ni de lo que era.

Vació un poco de agua de la jofaina y se refrescó la nuca y el rostro. Después, guardó cuidadosamente, en su parco equipaje y entre los libros y documentos que portaba, el salvoconducto escrito de puño y letra por el mismísimo Papa León X y que había utilizado para abrir las puertas del gastado convento en el que ahora descansaba. Regresó al jergón y se tendió de nuevo boca arriba. Al instante, comenzó a recordar la audiencia que el Santo Padre le había concedido a él mismo, junto a su tío Álvaro y al superior de su Orden, Gabriel della Volta. Desde el principio de la entrevista, tuvo la sensación de que entre los tres había una cierta camaradería, lo

que puso en guardia a Bartolomé que, no por nada, se preciaba de conocer a las personas. La audiencia, desde la que habían transcurrido ya dos meses, acudió a su mente tan real como el sudor que ahora empapaba su cuerpo.

*Roma es la ciudad más bella que puedas imaginar*, le había escrito poco antes su tío y cuando por fin pisó sus calles, no pudo por menos que compartir esa opinión. El templo se adivinaba majestuoso e impresionante en el cielo de la Ciudad Eterna. Las obras de la Basílica de San Pedro iban a buen ritmo ya que, León X había impulsado significativamente su construcción, manteniendo a Bramante como arquitecto de los Estados Pontificios. Coincidía con su antecesor, Julio II, en su gusto por intentar enlazar su poder con el pasado esplendor romano. El nuevo Papa era amante del arte y de la belleza, un auténtico renacentista, y el mecenazgo costaba dinero, mucho dinero. Era un hombre relativamente joven para su puesto, treinta y ocho años, poco mayor que el propio Bartolomé, no faltando en el seno de la Iglesia, quien juzgaba esa juventud como una carencia, dada la magnitud del puesto, aunque llevaba la friolera de casi un cuarto de siglo como Cardenal, ya que había sido fue nombrado con catorce años

Se le acusaba de preocuparse en exceso en engrandecer, si cabe aun más, la sede de Pedro, dejando otras muchas importantes cuestiones en un segundo plano. Se escuchaban voces desde las sombras, acusándole de faltarle la firmeza necesaria para terminar de hacer olvidar definitivamente al, relativamente reciente Papa Borgia y su triste legado, había hecho caer a la Iglesia en la corrupción más profunda, y a su jerarquía en pecados innombrables como la fornicación y el incesto, lo que a Bartolomé le repugnaba en gran medida. Para él, la pureza de la fe y la lucha contra los herejes debían ser siempre lo primero. No en vano, su máxima aspiración siempre había sido llegar a ser Inquisidor, para lo cual era necesario tener cumplidos cuarenta años, o poseer una bula papal.

Contemplando la majestuosidad de las obras, Landa sintió una punzada de dolor. Cristo debía ser el centro de todo y por ello rechazaba aquella fastuosidad, por mucho que estuviera promovida por su representante en la tierra. Juzgaba innecesario todo aquel boato, además de alejado de la fe y por ello, aunque acostumbrado a ardides y argucias, tuvo que esforzarse en disimular el gran desprecio que sentía por aquel lujo desmedido. Sabía que por la fe, debía de

extraer de aquella experiencia única toda la información posible y por ello, en aquella visita, solo debía ver, oír y callar, tal y como su tío, le había aleccionado sabiamente.

Acostumbrado a una vida austera, cuanto iba viendo a su alrededor no tenía parangón con nada que hubiera podido imaginar hasta ese momento. Aun así decidió no amilanarse por la pompa y la fastuosidad que le rodeaba e irguió la cabeza altivo y orgulloso. No obstante, la profunda repulsa que toda aquella ostentación le producía tamaña demostración de poder, le seducía en gran medida y mientras paseaba a la espera de ser recibido, comenzó a soñar despierto con la posibilidad de ocupar, algún día, un puesto de similar importancia al que ocupaba su tío.

*«Todo llegará»*, se dijo para sus adentros.

Su tío y della Volta le recibieron poco después. Tras las protocolarias presentaciones, Álvaro le mostró un amplio pasillo lujosamente decorado. Comenzaron a caminar los tres a una.

—Mi querido sobrino —le espetó poco después—. Loado sea Dios por permitir que mis cansados ojos te vean.

—Bien sabéis que no siento predilección ni por Roma ni por toda su pomposa estela y que el motivo de mi viaje no ha sido sino acudir a vuestra llamada.

—No por ser austero se sirve mejor a Dios. Deja tus quejas para otra ocasión y abraza a tu tío —Fue toda la réplica del veterano agustino mientras le indicaba que continuaran.

Caminaron despacio, admirando las impresionantes arcadas que se abrían sobre sus cabezas.

Bartolomé conocía bien a su tío. Sabía de su gusto por la teatralidad y no esperaba aclaración alguna acerca de los motivos por los que había sido reclamado allí, si no le preguntaba directamente.

—Decidme, tío —interrogó—. ¿Cuál es la razón de que me halle aquí? ¿Qué queréis de mí?

Álvaro sonrió malicioso. Había aleccionado convenientemente a su sobrino para no andarse con rodeos si era menester.

—Que hayas vivido dos años en Santo Domingo, ese es el motivo. —sentenció.

Para Bartolomé el recuerdo de aquellos días no era ni mucho menos agradable. Consiguió con dificultad ahogar una mueca de repulsa.

—No creas que no ha llegado a mis oídos lo que sucedió allí. Pero para mí no tiene importancia alguna y a buen seguro que tuviste tus motivos para obrar de esa manera… Resumiendo, Bartolomé, pase lo que pase confío en ti.

La austera casulla se pegaba al cuerpo de Landa como un sudario, no le gustaba aquella conversación y Álvaro lo intuyó al instante cambiando de tema.

—Dime, sobrino, sobre tu estancia en La Española, ¿te dice algo el nombre de *Manoate*?

—*Manoate*, ¡hacía tiempo que no escuchaba ese nombre! —respondió Bartolomé perplejo—. Es una de esas divinidades paganas y repugnantes a las que esos indios adoran.

—Entonces, presumo que también escuchaste acerca de las riquezas que su palabra representa encerrar.

Bartolomé detuvo su paso. Gabriel della Volta iba ligeramente rezagado unos pasos por detrás de ellos.

—¿A dónde queréis ir a parar, tío? Eso no son más que supersticiones de esos bárbaros. Cuentos para marineros y buscavidas que acuden a las nuevas tierras en pos de fortuna.

Por supuesto, Landa no era ajeno a la leyenda que circulaba en La Española, acerca de un lugar de riquezas sin parangón y que se asociaba a una especie de divinidad pagana.

Álvaro se había adelantado unos pasos e indicó a ambos que se acercaran con un gesto de su mano. Reanudaron la marcha.

—¿Y si te dijera que tales cuentos y patrañas podrían ser reales? —Álvaro sonrió astuto.

Bartolomé no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—¿De que habláis, tío? ¿Acaso habéis perdido el juicio?

Habían alcanzado una gran puerta de bordes cuidadosamente labrados y se detuvieron frente a ella.

—Lo que estás a punto de conocer, mi querido sobrino, es de una trascendencia tal que te hará dudar —Álvaro pronunció aquellas palabras con gravedad—. Estás a punto de embarcarte en una misión que te pondrá a prueba. Compórtate como un Landa, llévala a buen puerto y te aseguró que se abrirá para ti un futuro de color *púrpura*.

—Solo quiero servir al Señor como Inquisidor —repuso de mala gana Landa.

—¡Lo sé, sobrino! —le tranquilizó su tío—, pero no debes tener límites en lo tocante a servir a Dios.

Álvaro abrió la puerta y le invitó a pasar.

Su Santidad, León X, le pareció un hombre de talante seguro y firme. Estaba resuelto a paliar los males que asolaban a la Santa Madre Iglesia desde hacia años, y que para él se resumían en uno solo: Roma tenía sus arcas vacías. Ligeramente encorvado y con las manos estrechadas tras su ancha espalda, se dirigió a ellos de frente al gran ventanal. Los tres agustinos se arrodillaron. León X les indicó que se alzaran con un desdeñoso ademán.

—Venís bien recomendado —saludó el Santo Padre—. La fama con la que vuestro tío os ha vestido es un buen augurio.

Bartolomé se limitó a asentir con mansedumbre.

—Bien —prosiguió el Papa—. No me andaré por las ramas. Mis antecesores han dejado a nuestra amada Iglesia en una situación, digamos... delicada. Las Coronas de Castilla y Portugal son las propietarias de cuantas riquezas encuentren en las nuevas tierras para sus, ya de por sí, repletas arcas. Olvidándose de que precisamente han sido los dos Papas anteriores, los artífices del tratado que ha impedido una sangrienta guerra entre cristianos. Así pues, nos hemos de conformar con las almas que allí hallemos; pero, las almas no valen oro alguno, ni mantienen los privilegios que Nuestro Señor ha tenido a bien proporcionarnos.

Hizo una dramática pausa y se dirigió directamente al mayor de los Landa.

—¿No es así, mi querido amigo? —el agustino se limitó a asentir con una sonrisa burlona pintada en su enjuto rostro—. Las nuevas tierras de poniente representan la oportunidad perfecta para rehabilitar la maltrecha economía que mis antecesores nos legaron. Sin embargo, no nos pertenecen a nosotros y ello nos pone en la delicada situación de tener que actuar de manera discreta, aun diría más, secreta. Es por eso que reclamo la ayuda de buenos cristianos que entiendan lo violento que descubrir nuestra verdadera posición representaría para Roma.

Bartolomé miró intrigado a su tío ante la revelación de la que el Santo Padre les estaba haciendo partícipe.

—De acuerdo —retomó de nuevo la conversación tras observar el efecto que había causado su discurso en los agustinos—. Como he dicho, no me andaré por las ramas. —León X centró su mirada sobre Bartolomé y siguió hablando—. Recientemente ha llegado a nuestro poder una información de vital importancia que debemos verificar. Hay indicios, más que notables, de que en las nuevas tierras descubiertas en el oeste, y que son dominio de la Corona de Castilla, hay grandes cantidades de oro. Oro que no han descubierto los españoles todavía. La información que tenemos situaría tal oro en Isla Española, al oeste de la ciudad de Santo Domingo, en una zona remota. Como bien sabéis, los españoles no han hecho sino buscar oro desde que llegaron a la isla hace casi veinte años pero sin los resultados esperados. Esta información de que disponemos, nos da una notable ventaja sobre ellos puesto que, pese a no ser del todo precisa, nos ofrece un acercamiento lo suficientemente aproximado para encontrar su ubicación. —El Papa tomó una bocanada de aire y continuó sin hacer más pausas—. Para esto os he convocado hoy aquí, Padre. Vuestra misión será averiguar cuanto hay de verdad en lo que ha llegado a nuestros oídos y en caso de ser cierto, encontrar la localización exacta de donde está escondido el oro.

Bartolomé se mesó la barbilla como calculando sus posibilidades mientras León X continuaba su discurso.

—Como ya he dicho, los distintos tratados nos han dejado fuera del *reparto* y esta situación nos obliga a actuar con premura, puesto que la Iglesia precisa con urgencia los medios para seguir engrandeciendo su nombre. Necesitamos un hombre, un hombre de Dios, fiel a la Iglesia y de fe intachable, que compruebe, como ya os he dicho, si nuestra información es exacta y si realmente ese oro existe. No queremos, no obstante, indisponernos con el rey católico, aliado nuestro, por lo que la misión ha de ser sigilosa en grado sumo. Misión que por supuesto, en caso de ser descubierta su auténtica naturaleza, negaríamos rotundamente. Como veis se trata de un cometido vital, difícil y delicado. Vuestro tío Álvaro me ha hablado muy bien de vos y confía plenamente en vuestra capacidad y Nos, estamos seguros de que la llevaríais a cabo con la diligencia y discreción que de vos se espera. ¿Qué decís?

Bartolomé tenía la boca seca, no podía creer la oportunidad que se le estaba brindando y que una misión de tal trascendencia se le estuviera encomendando a él. Era el momento de hablar. Tragó saliva y contestó con vehemencia:

—Santidad. Me honra que hayáis tenido en cuenta para tamaña labor a este humilde servidor de Dios. ¡Juro por mi fe, que pondré todo mi empeño y voluntad en cumplir vuestros deseos, en el nombre de Dios!

—¡Bravo! —exclamó el Santo Padre—. Ni que decir tiene que tal servicio a nuestra amada Iglesia, no quedará sin recompensa. Pero pasemos a la biblioteca donde custodiamos los documentos de los que os he hablado y que debo mostraros.

León X, ya únicamente se dirigía a Bartolomé.

—En caso de que tuvierais éxito, si encontráis el oro quiero decir, habréis de volver inmediatamente para comunicarnos su localización exacta, así como los pormenores de vuestra misión. Tras lo cual, Nos, pediríamos la gracia, al rey Don Fernando, de dejar instalar en aquel territorio y en aquella localización concreta a una comunidad agustina que, con la excusa de evangelizar el territorio, pueda hacerse discretamente con el tesoro y sacarlo de la isla con sigilo y a espaldas de los españoles, por todo lo cual justifica aquí la presencia del superior de vuestra Orden, al que acabáis de conocer y que está, como veis, al corriente y del todo de acuerdo.

El santo Padre se dirigió al ventanal que presidía la estancia y le indicó que se acercara.

—Mirad delante de vos —dijo—. Como veis, se está construyendo el más bello templo que jamás tuvo la cristiandad, pero para terminarlo y para tantas otras cosas, se precisa oro y en abundancia. Pensad que todo esto es por la gracia de Dios y que sus caminos son infinitos, que la misión es divina a la vez que un gran honor para vos. Así pues, partiréis pues con la mayor premura hacia Las Indias, para lo cual ya está todo arreglado.

Fue entonces cuando Bartolomé Landa comprendió porque había sido elegido. Hacía relativamente poco tiempo que acababa de regresar de Santo Domingo y por lo tanto, conocía mejor que nadie el terreno que se debía pisar. Se dio cuenta de que era el mejor candidato posible y de pronto, una punzada de orgullo acuchilló su corazón. Las perspectivas de la recompensa que le esperaba si era capaz de lograr su tarea, sobrepasaban su sueño de hacerse Inquisidor antes de la

reglamentaria edad de cuarenta años. Era mucho más. Se veía vestido de carmesí. Cardenal Landa. Su imaginación se disparó desbocada.

Álvaro le observó y sonrió complacido. Era él quien había instruido personalmente a su sobrino, le había *creado* a su imagen y semejanza.

Lo siguiente que recordaba Bartolomé era la imagen de León X entregándole sus credenciales como enviado papal, con el pretexto de organizar la evangelización en las nuevas tierras, así como de un sobre lacrado con instrucciones precisas que habría de abrir una vez en la isla y de todos los pormenores conocidos sobre su misión, además de otros manuscritos y salvoconductos. A continuación, se le hizo arrodillar y jurar sobre la Biblia guardar el secreto de la entrevista. Fue Álvaro Landa quien espontáneamente recitó la letanía al besar el anillo del pontífice: —*Rex pacificus magnificatus est, cuius vultum desiderat universa terra* (ha sido glorificado el Rey pacífico, cuyo rostro desea ver toda la tierra). —Por ella le comparaba al mismísimo Cristo. *Rex Pacificus* era el título favorito de León X y la forma más directa de someterse a él. Tras él, Della Volta y Bartolomé le imitaron y se retiraron en silencio.

Esa misma noche el enviado papal abandonaba Roma rumbo a Sevilla para cumplir una misión que cambiaría su destino para siempre.

Una vez la Ciudad Eterna hubo quedado atrás, y ya en la soledad de su celda, Bartolomé Landa regresó del pasado y se hizo ésta promesa:

—Si existe, encontraré el oro. Pero si Dios pone en mi camino los instrumentos, no será para construir palacios sino para salvaguardar la pureza de la fe. En ese momento, una punzada de dolor acudió a su rostro mientras apretaba con fuerza el cilicio.

2

Luca Rinaldi era un ambicioso mercader genovés que bien pronto intuyó las enormes posibilidades de lucro que el hallazgo de las nuevas tierras significaba para los viejos y cansados mercados europeos. Llegó a Sevilla en la primavera de 1493 procedente de Lisboa, adonde había emigrado su familia veinte años atrás, con poco dinero pero cargado de ambiciones.

Ya en Sevilla, ciudad en pleno auge colonialista y que contaba para entonces con casi treinta mil almas, entabló una profunda amistad con el padre Mateo Ávila, sacerdote dominico al que le unía el amor por el arte y la cultura italiana. Durante su juventud Ávila fue enviado por su Orden a Florencia, pasando varios años en la ciudad toscana, dedicado al estudio y con la intención de formarse como bibliotecario, cargo que luego desempeñó en varios monasterios hasta que recabó en Sevilla. Además de italiano hablaba un elegante latín, así como griego y hebreo, y sus conocimientos de literatura antigua, medieval y contemporánea eran más que notables. Durante su etapa en Florencia adquirió un amplio conocimiento sobre las ciencias humanas, basado en los nuevos métodos racionales y empíricos renacentistas, por lo que era frecuentemente requerido por miembros de la nobleza sevillana: mercaderes, médicos, e incluso por la incipiente burguesía que, disponiendo de la suficiente fortuna para podérselo permitir, pedían su consejo para hacerse con uno o varios libros que enseñar a sus invitados, lo que era tenido como símbolo de ostentación y riqueza.

Aquel italiano buscavidas y un tanto altivo resultaba a todas luces una compañía poco común para un culto y discreto hombre de Iglesia como él. Pero, por el contrario, Luca resultó ser un hombre cultivado y bien pronto creció entre ellos una poderosa amistad. Sus reuniones se hicieron cada vez más frecuentes y en las cuales, a petición del clérigo, casi siempre hablaban italiano. Para Mateo, aquello significaba la oportunidad de recordar el idioma que con tanto celo había aprendido en su juventud y que tanto amaba, el idioma del Renacimiento, de la cultura y de la luz.

Ávila fue el primero en prestarle desinteresadamente su ayuda, además de ser quien le introdujera en los círculos de poder de la capital sevillana. No en vano, el dominico tenía amigos

muy influyentes en la corte, entre los que figuraban fray Diego de Deza, al que había conocido en el convento de San Esteban y que era el catedrático de Prima de Teología de la Universidad de Salamanca y Juan de Santo Domingo, gran matemático al servicio de la Corona. Aunque su amistad más influyente era sin duda el ya fallecido Maese Rodrigo Fernández de Santaella, fundador de la Universidad de Sevilla, doctor en Teología y Artes y confesor de la reina, que incluso había llegado a desempeñar el cargo de arzobispo auxiliar. Luca no desaprovechó la oportunidad que le brindaban los contactos del religioso y, con éstos y otros apoyos, fue alisando el camino necesario para la creación de su empresa. Tanto fue así, que en poco más de un año ya había comprado una pequeña lonja en el puerto sevillano para comenzar sus negocios.

Como era condición indispensable para obtener permiso de comercio con Las Indias, demostrar parentesco con ciudadanos de Castilla, a comienzos del otoño de aquel mismo año contrajo nupcias con Marta, la hija menor de los Guzmán, una acomodada familia propietaria hacía generaciones de una importante flota de barcos atuneros en la bahía de Cádiz de donde procedían, aunque llevaban tiempo asentados en Sevilla y donde habían comenzado un floreciente comercio de exportación de lana con Flandes, negocio que tras un catastrófico naufragio de varios de sus barcos había ido irremediablemente a la bancarrota. Por tanto este, como tantos otros, había sido un matrimonio de conveniencia, si bien nadie podía negar que la pareja se quisiera a pesar de las circunstancias que les habían unido.

El negocio con La Española, bajo el pulso firme y ambicioso de Luca, creció a un ritmo vertiginoso y bien pronto el nuevo matrimonio entró a formar parte de la cada vez más nutrida burguesía que florecía al calor del comercio con el Nuevo Mundo. Así que los Rinaldi solo necesitaron tres años para conseguir el respeto de la alta sociedad sevillana, incluso entre los círculos más elitistas, ya que sus éxitos les proporcionaron una cierta influencia en la Corte castellana a donde incluso llegaron a ser invitados en una ocasión.

La pareja ordenó construir un palacete en lo más alto de uno de los barrios más distinguidos de la ciudad. Para cuando se instalaron, ella ya estaba encinta. Aquel verano, tras un parto complicado al que la madre no sobrevivió, vino al mundo una niña que recibió el nombre de Lucía.

Así pues, Luca Rinaldi quedó viudo y sin tener descendencia masculina. Pese a ello, ni siquiera barajó por un momento la posibilidad de volver a contraer matrimonio y, pese a lo aparentemente incorrecto de la decisión a los ojos de la conservadora alta sociedad a la que pertenecía, Luca apostó por su hija como única heredera de su cada vez más poderoso imperio comercial.

El negocio crecía a ritmo frenético y en la primavera del año siguiente Rinaldi ya era la mayor compañía *importadora-exportadora* con las nuevas tierras. La empresa empezaba a generar tantos beneficios e influencia que, incluso llegaba a rivalizar en ocasiones con el poder de la Corona, embarazosa circunstancia que Luca supo sortear aportando cuantiosos donativos e incluso créditos a muy bajo interés en nombre de una supuesta generosidad que conseguía encubrir sus verdaderas intenciones, que no eran otras que la de seguir agrandando más y más su empresa. Dedicado en cuerpo y alma a sus negocios, la educación de su hija fue delegada en el padre Ávila.

Lo primero que decidió el sacerdote es que pese a su condición de mujer, alguien que heredaría tal imperio comercial debía cultivarse, por lo que le fue impuesto el estudio de las Sagradas Escrituras, latín y música, junto a matemáticas, filosofía y astronomía, entre otras disciplinas.

Lucía demostró desde muy pequeña ser poseedora de una gran inteligencia y habilidad para el estudio. Era una gran lectora que devoraba con pasión todo lo que caía en sus manos, que no era poco. A la temprana edad de catorce años había leído y asimilado tratados tales como *Historia natural* de Plinio o textos antiguos en griego y latín de Platón, Aristóteles o Virgilio. Tomás, hermano de su madre y Capitán retirado del ejército de Castilla, se encargó, no sin orgullo ya que nunca tuvo hijos, de darle formación marcial, iniciación que Lucía aceptaba con agrado, puesto que siempre había preferido los juegos de muchachos a los que solían ser llamados *femeninos*, lo que le iba distanciando, poco a poco del ideal de joven casadera que correspondía a su posición. Tomás, tuvo la osadía de entrenarla en el arte de la esgrima, tiro con arco y ballesta e incluso recibió instrucción con armas de fuego, como si de un varón se tratase y con absoluta complacencia por parte de la joven.

Todo comenzó desde muy niña como un juego y ya que nadie aprobaría aquel entrenamiento de corte marcial, se decidió que este se realizara siempre apartado de miradas indiscretas. Luca, quien en un principio no era partidario de tal despropósito, acabó por ceder ante las presiones de Lucía por continuar con su entrenamiento, siempre que la muchacha no descuidara sus estudios. Ni siquiera el padre Ávila estaba al corriente de que tales disciplinas, vetadas para una mujer, le estaban siendo impartidas a su pupila. Fue tal el cuidado que tío y sobrina pusieron en mantener oculto este adiestramiento, que ni siquiera cuando Lucía acompañaba a su Tomás en sus jornadas de caza transcendía lo que en las mismas sucedía. A los ojos de los demás, la joven resultaba tan femenina como cualquier otra niña de su edad pero lo cierto es que cazaba tan bien como cualquier hombre y era capaz de batirse como un caballero e incluso, si era menester, de pelear con los puños como un siervo. En numerosas ocasiones su ama, María Núñez, hubo de curar las magulladuras con las que su protegida regresaba de sus correrías y siempre la encubría. Con frecuencia y mientras su cuerpo así se lo permitió, Lucía ocultó sus atributos femeninos bajo anchas capas para poder acudir a las partidas de caza pues, de otra forma, nada de esto se le hubiera permitido. Por su parte, su padre, simplemente miraba hacia otro lado ya que, no dejaba de ver todo aquello como una venial travesura que la joven tarde o temprano acabaría olvidando.

Las materias reservadas exclusivamente para las damas nunca estuvieron entre sus favoritas y prefirió siempre la montería al bordado o la cetrería a la música, pero aun así fue instruida —a regañadientes— en dichos menesteres por su ama, María Núñez, quien nunca aprobó sus *otros asuntos* aunque lo dejaba estar, a condición de que la muchacha continuara su formación como dama de la alta sociedad. María la quería como a su propia hija, aunque hubiese preferido en ella un carácter más femenino. En ocasiones, el talante tempestuoso e impulsivo de Lucía le desconcertaba y le hacía temer por su seguridad.

La infancia de la joven Lucía transcurrió pues a caballo entre la educación de una dama y el viril y audaz entrenamiento militar, y así fue hasta el desventurado día en el que su tío Tomás se rompió el espinazo al caerse del caballo en una de sus cacerías, hecho que le postró de por vida y que turbó para siempre su entendimiento. Después de unos primeros momentos de desánimo, este

acontecimiento no cambió las costumbres de la joven que siguió con sus correrías, pero ahora en solitario y sin la protección de su tío. En esta nueva situación de soledad y para salir de numerosos atolladeros, había ido adquiriendo la habilidad de encubrir su condición femenina con la naturalidad de un juego. Ese estado de perpetua soledad marcó su primera juventud, forjando su fuerte carácter, que en ocasiones se podría tildar de descortés y demasiado atrevido.

Pese a no poseer prácticamente amistades de su propia edad, ya que le cansaban e incluso le aburrían, los siguientes años transcurrieron felices y sin más sobresaltos, en su acomodada vida palaciega, hasta enero de mil quinientos diez.

Para entonces, los asentamientos en el continente americano, multiplicaban las expectativas de riqueza en el Nuevo Mundo. La visión de una tierra tan vasta y virgen, plena de riquezas aun por descubrir, despertó desde un principio el interés de Luca, quien no dudó en embarcarse personalmente hasta aquellas lejanas tierras, para negociar los contratos con las nuevas colonias desde primera línea y asegurarse, en la medida de lo posible, el monopolio de tal ingente negocio. Aquel año y tras uno de sus viajes, Luca no regresó. Nadie pudo entonces dar razón de él. Tres años después se seguía sin noticia alguna, por lo que se terminó por darle por muerto.

Desde ese momento, los destinos de la compañía en ausencia de su fundador, quedaron hasta la mayoría de edad de Lucía, tal y como había reflejado Luca en su testamento, en manos de su más fiel allegado, el padre Ávila, quién contrajo una extraña enfermedad que iba minando día a día su actividad y su influencia al mando de la Compañía Rinaldi. Una enfermedad que le fue alejando a marchas forzadas, y muy a su pesar, del compromiso que había contraído con su amigo.

Con la ausencia de Luca, sin la salvaguardia de su fiel mano derecha y con una heredera aun en edad temprana, la familia materna de Lucía terminó tomando el control de la Compañía Rinaldi.

Al frente de los hermanos Guzmán se hallaba la ambiciosa Valeria, que veía como los años de bonanza se habían esfumado irremediablemente y advirtió en la desaparición de su cuñado la oportunidad de recuperar un pasado mejor. Bien pronto decidió trasladarse a vivir al palacete Rinaldi junto a Juan de Dios, su inseparable hermano gemelo. Desde el primer momento, ambos se comportaron como si se tratase de sus auténticos dueños.

Pero si bien a Valeria le sobraba ambición, le restaba buen acierto en los negocios y la Compañía Rinaldi sin la firmeza y el pulso de su creador al timón y con sus nuevos dueños invirtiendo y dilapidando la fortuna en absurdos y estériles negocios, fue rápidamente perdiendo contrato tras contrato y cayendo inevitablemente en la quiebra más absoluta. Lo que había llegado a ser un imperio sólido y firme se derrumbaba sin remedio.

Aquellos fueron malos tiempos para Lucía, encarcelada en su jaula de oro, sin la mano protectora del padre Ávila, cuya salud se deterioraba día tras día, y sin ninguna capacidad de maniobra sobre la compañía de su padre, que se hundía irremisiblemente, fue desarrollando un sentido de reserva que solo era roto por la estima de María, su ama, quien ya en la práctica se había convertido en la única persona en quien podía confiar.

Dejando aparte sus *correrías*, ya solo reducidas a nocturnas y esporádicas, las pocas ocasiones en que se le permitía salir del palacete era en compañía de su ama, y bien pronto ambas fueron inseparables.

Lucía era una de las pocas personas que mantenía que su padre seguía vivo, pero el tiempo pasaba lentamente y nunca llegaba noticia alguna. Por toda la ciudad se habían corrido rumores, algunos incluso tomados como ciertos por el populacho, de que Luca había hallado la muerte en las lejanas tierras a raíz de una rara enfermedad decían unos, a causa de una feroz lucha con los indígenas tras la cual se lo habrían comido, decían otros. Sea como fuere, Lucía hacía oídos sordos a éstas y otras majaderías y, siempre fielmente escoltada por María durante aquellos tres largos años, no dejó ni un solo día de recorrer Sevilla en dirección al puerto, en busca de noticias veraces, y amparada bajo la excusa de ir a rezar a la Catedral. Entrevistaba a navegantes, recién llegados de Las Indias, funcionarios…

Ni un solo día dejó de creer en el regreso de su padre, retorno que dejaría las cosas en su sitio en el seno de la Compañía Rinaldi y en su propia vida.

Los Guzmán, visiblemente arruinados, acariciaban la idea del fundador de la compañía muerto en las lejanas tierras y alentaban inútilmente, tal sentimiento en Lucía. Bien pronto, y ante la falta de oro, la familia materna, fue ideando un plan que les devolvería la bonanza económica y en el que Lucía tomaría parte sin todavía tan siquiera saberlo.

# 3

Un mes después de que Lucía cumpliera dieciocho años, el padre Ávila, que sentía flaquear sus fuerzas a pasos agigantados, reunió todo el coraje que le permitía su maltrecha salud y fue a visitarla al palacete. No podía demorarlo más, pues se sentía próximo al fin. Hacía demasiado tiempo que ya no era capaz de protegerla, tal y cómo hubo prometido a su camarada Luca, y tenía que verla, al menos una última vez, antes de reunirse con el Creador. Aquejado de un mal incurable que comenzó al poco de que su amigo abandonara Sevilla, se había visto obligado a posponer aquel encuentro con la joven, una y otra vez. Mateo Ávila sabía que aquella reunión era la despedida. Se acomodó en su carruaje como buenamente pudo y sintiendo en sus huesos cada piedra del camino, recorrió la distancia que mediaba hasta la casa de los Rinaldi aquella soleada mañana de mayo.

La villa de la familia Rinaldi, era un palacete muy diferente del estilo sevillano de fachadas más austeras y con una clara vocación interiorista. Luca, había mandado construir la villa según los cánones genoveses, mucho más decantados por el lujo y el exhibicionismo en el exterior. Enclavada en una pequeña colina al norte de la ciudad, se accedía a ella recorriendo un estrecho camino que serpenteaba entre álamos y abetos, por lo que quedaba de un bosque, ascendiendo a lo largo de casi media legua de camino polvoriento en el cual, tiempo atrás, habían dejado impresas sus huellas los carruajes más lujosos de toda Sevilla y que ahora parecía desierto y abandonado. En sus últimos metros, el camino desfilaba entre jardines, ahora descuidados y caídos en el olvido, pero que habían gozado de una merecida fama, por la variedad de plantas y flores que un día los llenaron y por el exquisito gusto con el que fueron elaborados. La senda desembocaba en una gran explanada adornada con una suntuosa fuente, de la que ya no manaba agua desde la llegada del último verano y finalizaba en una escalinata de mármol que daba acceso a la señorial entrada. Un gran escudo con el emblema de la familia, tallado por un afamado escultor veneciano traído expresamente, presidía la entrada. La fachada, adornada con riquísimos baldosines labrados por los mejores artesanos locales, que brillaba con fuerza bajo el sol andaluz, emitía un cegador tintineo de ricos colores donde predominaba el verde y el oro. Aquí y allá, bajo la cubierta del tejado y apoyadas en el alfeizar, gárgolas traídas directamente desde Francia, se retorcían bajo el cielo

primaveral sevillano. Amplios ventanales de maderas orientales se abrían a la florida campiña, con sus arcos de piedra de sillería desafiando el recatado gusto prevaleciente en la ciudad.

Ahora, tras los casi tres años de descuido que la partida de Luca había traído, el palacete parecía un pomposo y ridículo monumento al derroche y asemejaba el esqueleto agonizante de un gigantesco pez moribundo, con sus columnas de apoyo sobresaliendo de la planta, como costillas mostrando su propio cadáver.

La familia materna de la niña nunca vio con buenos ojos la educación que el padre Ávila le dispensaba y menos aun, que fuera él el elegido por Luca para administrar la compañía en su ausencia. Aun así, jamás le fue negada la entrada en la casa. A pesar de ello, el astuto religioso, escogió una hora en la que Lucía se encontrase sola.

Penetró en el amplio vestíbulo que daba acceso a la primera planta y encontró a la joven en compañía de su inseparable ama, paseando alrededor del patio interior.

—Mi querida niña —dijo el anciano alargando sus brazos para abrazarla—, ha debido de pasar más tiempo del que creía desde la última vez que te vi. No queda nada de aquella chiquilla… ¡ya eres toda una mujer!

—¡Padre! Es un placer veros de nuevo. Ya temía que hubierais olvidado a vuestra pupila.

El dominico sonrió por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—¡Eres muy injusta conmigo! —se quejó—. Sabes de sobra que esta enfermedad que está acabando conmigo, me retiene preso entre las cuatro paredes de mi celda y que ha terminado por reducir por toda compañía a la que puedo aspirar a mis viejos libros y manuscritos, a los que tanto he amado en mi vida y a los que siempre he llamado amigos. Pero entremos donde pueda descansar mi dolorido cuerpo; mis fuerzas, a la vista está, no son las que solían ser.

Lucía se abrazó con efusión al anciano sacerdote y le ofreció su brazo, mientras caminaban bajo las arcadas que se abrían hacia el exuberante patio y que les protegían del sol de la tarde.

Ambos entraron en una imponente sala que Luca había mandado reconvertir en biblioteca poco antes de su partida.

—Lamento el abandono —se adelantó Lucía mientras señalaba las estanterías, llenas de libros polvorientos, que rodeaban la estancia—, pero os he traído aquí porque es el único lugar

donde podemos hablar sin la injerencia de mi familia. Como de sobra sabéis, sienten gran animadversión por los libros; es más, me atrevería a asegurar que les producen una especie de sarpullido en la piel.

El anciano sonrió ante la burla de su alumna y se dijo a sí mismo que estaba preparada para lo que estaba punto de revelarle.

Con el aire solemne que reservaba solo para las grandes ocasiones, introdujo sus manos dentro del hábito. Entre la ropa llevaba oculto un pequeño cofre, oscurecido por el paso del tiempo. Lo sostuvo un momento en sus manos y lo depositó después con sumo cuidado sobre la mesa. Se aclaró la voz temblorosa, miró fijamente el pequeño objeto y sin levantar la vista, comenzó a hablar de nuevo:

—Justo antes de su partida, tu padre me pidió que lo custodiara sobre todas las cosas y que lo protegiera de todos, incluso de ti misma, manteniendo en secreto su existencia y hasta que llegara la hora de entregártelo. «*Cuando llegue el momento, lo sabrás. Tienes toda mi confianza*». Estas fueron las palabras exactas de tu padre y fue sorprendente hasta la forma de decirlas. Tu padre, querida niña, a veces es un poco excéntrico. Así que lo guardé en sitio seguro hasta que llegara ese momento que yo, siempre había tenido como lejano. Sin embargo, mi maltrecha salud me obliga a actuar antes de lo previsto. Debido a mi enfermedad le fallé a tu padre como administrador de sus bienes. Como sabes, mis fuerzas me abandonaron hasta tal punto que no tuve más remedio que terminar por ceder, muy a mi pesar, el control de la Compañía a tu tía Valeria y ya ves cual ha sido el ruinoso resultado. Pero al menos, confío en haber tomado la decisión correcta entregándote ahora este cofre que tanto valor parecía tener para tu padre. Tómalo. Te pertenece.

Miró fijamente a la joven que le observaba expectante y le acercó el pequeño objeto de madera. Lucía lo inspeccionó curiosa a la vez que lo sujetaba entre sus manos con gesto grave. Después devolvió su mirada al dominico pero, antes de que dijera nada, este se adelantó a su pregunta.

—No sé ni que contiene ni como abrirlo y vive Dios, que lo he intentado en algunas inconfesables ocasiones. Desde que tu padre me lo confió siempre quise echar un vistazo dentro. Incluso llegué a pensar en violentarlo, por si en su interior se hallara la razón de la extraña conducta

de tu padre, pero me detuve por temor a destruir algo valioso que pudiera contener. Como puedes ver no tiene una cerradura al uso y desconozco que tipo de llave puede abrirla pero, algo me dice que tú sabrás cómo proceder. Por el contrario yo, siento con tristeza que este ha sido el último servicio que he podido prestar a mi querido Luca.

Parecía como si toda su vida no hubiera tenido otro sentido que el de alcanzar aquel momento. Su rostro se ensombreció y de repente pareció envejecer varios años.

Transcurrieron unos instantes que para Lucía fueron eternos hasta que el dominico continuó hablando.

—Algo me dice que dentro está el auténtico motivo del último viaje de tu padre a Santo Domingo y la clave de porqué no regresó. Nunca entendí que no enviara en ese viaje, como otras muchas veces había hecho, a alguno de sus empleados de confianza y por qué, por el contrario, decidió ir él mismo. Siempre fue un alma inquieta y puede que ésta vez buscara algo distinto. Bien sabe Dios que es atrevido pero nunca un *pazzo*, un loco —El anciano monje, tomó aliento con sus fuerzas agotadas y continuó hablando—. Lucía, pequeña mía, te he enseñado cuanto sé y mi ayuda acaba aquí. Respecto a mi frágil salud, otrora de hierro, los médicos hasta ahora no habían sabido explicarme el porqué de tal deterioro y sospecho que la voluntad del Señor no es el único motivo de los males que me aquejan. Desconfío de la familia de tu madre, los Guzmán, con tu tía Valeria a la cabeza que, pese a la alcurnia de su apellido, son la peor rama de su linaje. ¡Tan solo tu madre, que el señor la tenga en su gloria, y tu malogrado tío Tomás merecían llevar tan digno apellido! He sabido que sus propios negocios llevan años generando pérdidas y que no levantan cabeza. Tanto es así que se dice que les amenaza la quiebra y que incluso han llegado a ponerse en manos de un prestamista, un converso de apellido Pimentel. Eso sin contar, como bien sabes, con que han malgastado gran parte de la fortuna de tu padre. No me cuesta imaginar que haber llegado a esta situación, supone para ellos el mayor de los deshonores y que, son capaces de cualquier cosa con tal de salir de ella. Además, estoy seguro de que me ven como el último impedimento para poder hacer y deshacer a su antojo en todos los intereses de tu padre, incluidas las lonjas y los barcos, este palacete e incluso tu propio futuro. Para ellos soy un estorbo y no sé de qué forma, pero me están

envenenando poco a poco. Hace unos días viajé, por supuesto en secreto, a Granada, a casa de un médico morisco, de nombre antes impronunciable y que ahora se llama Antolín Suárez, del que dicen es un gran sabio, y que confirmó mis sospechas. Por desgracia él no tuvo ninguna duda. Lucía, pequeña mía, estoy muy enfermo y me queda poco tiempo. Los acontecimientos se están precipitando. Sospecho que si no hacemos algo pronto, habrán acabado con lo poco que queda de la fortuna de tu padre y que consiguió con tanto esfuerzo. En cuanto a ti, te veo prometida con algún pretendiente adinerado que les saque de la situación en la que se encuentran. No me cabe ninguna duda al respecto. Un matrimonio de conveniencia les salvaría de la ruina. Así que abre el cofre, Lucía, que algo me dice que sabrás como hacerlo, y puede que en él hallemos algunas respuestas.

Dicho esto, se derrumbó sobre el sillón y vació de un solo trago el jarro que Lucía había depositado momentos antes en sus manos temblorosas. La muchacha comenzó a girar el objeto lentamente, sin dejar de observarlo, preguntándose cuál sería su mecanismo de apertura.

Había una tosca oquedad en forma de cruz a modo de cerradura. El contorno le resultaba familiar e instintivamente se llevó la mano a la garganta y acarició el colgante que adornaba su frágil cuello y que fue el regalo de despedida de su padre el mismo día de la partida. Se lo quitó lentamente y lo observó con detenimiento, reconociendo la figura de la cruz de puntas redondeadas y de cuya parte superior destacaba un pequeño apéndice alargado, a la vez que de sus lados asomaban otros dos más pequeños. En realidad parecía un crucifijo, una cruz griega le había dicho un mercader del puerto, pero entonces comprendió lo que era en realidad. Una llave. Conteniendo la respiración, la introdujo en la cerradura y la hizo girar, mientras mil imágenes se agolpaban en su mente y cientos de sensaciones acudían con furia. Su boca se había secado y sus manos comenzaban a temblar. Se escuchó un chasquido metálico proveniente del interior del interior. Se había abierto. A una, ambos se asomaron al interior.

Lo primero que les llamó la atención fue un anillo con el sello de los Rinaldi. Mateo se lo tendió a Lucía que se lo puso inmediatamente. Enseguida reconoció la pluma con la que Luca escribía todo lo que le parecía importante. Era como un amuleto para él y hacía tiempo que la había dado por perdida. La joven extrajo del interior un rosario de cuentas negras perfectamente pulidas,

aunque no acertó a identificar la piedra de la que estaba hecho. Un cuaderno con numerosas anotaciones sobre embarques, mercaderías, contrataciones, pagos… ¡la contabilidad privada de Luca! que habría que estudiar despacio pero, que apuntaba claramente a que el genovés ya desconfiaba de sus cuñados y que se había cubierto las espaldas. Sospechaba de los Guzmán y los veía muy capaces de querer arrebatarle la compañía. Para poderles pedirles cuentas ante la justicia, bastaría con presentar aquellos papeles. Eran pruebas, pruebas que de nuevo en manos del mismo Luca, lo pondrían sin duda todo en su sitio y la compañía se podría salvar. Pero para ello Luca tenía que volver. ¿Por qué no había regresado? ¿Qué había sucedido?

Por último, en el fondo del cofre, descansaba un legajo con documentos entre los que se encontraba un pergamino, amarillento e incompleto, roído por sus extremos, antiguo, eso era indudable, escrito en portugués, con anotaciones posteriores en los márgenes y que firmaba un tal

Joao da Silva:

***En el año del Señor de 1484 y después de una terrible tempestad, con solo la mitad de los hombres y el barco haciendo aguas, arribamos a una costa desconocida. Después de dar gracias a Dios por estar vivos, recorrimos durante tres años aquélla tierra, que resultó estaba habitada. En aquel tiempo todos enfermamos de un extraño mal, por el cual y pese al temor que nos daba la travesía de vuelta, nos afanamos en reconstruir el barco y hacernos a la mar y fue tanta nuestra desdicha, que para cuando mi gente y yo mismo conseguimos embarcar, estábamos tan enfermos que tras la travesía, solo cinco de nosotros conseguimos pisar tierra portuguesa. Un mes después, solo quedo yo y me siento morir y es por eso por lo que te escribo, ahora que aun puedo, para contarte entera ésta nuestra historia, pues por aquí nadie nos ha creído.***

***… después busca el paralelo 28 y pon rumbo al oeste y cuarta al este.***

***...fuertes vientos del oeste... corrientes.... jornadas... ...mil leguas y habrás llegado a la isla. Deberás rodearla hacia el Sol Poniente... vigilando los acantilados, hasta ver dos promontorios gemelos que coronan una pequeña bahía. Al sol del atardecer, en medio de los dos promontorios la sombra te marcará el camino. Caminarás nueve jornadas y verás***

***un poblado que deberás rodear, seguirás hacia el norte y a cuatro jornadas más, habrás alcanzado el lago donde los guardianes esconden el oro en cuevas.***

***¡Cuídate de Manoate!***

***Joao da Silva***

Junto al pergamino encontraron una carta fechada en 1510 y escrita en italiano. La epístola estaba firmada por Giovanni Rinaldi, el tío de Luca que vivía en Lisboa, ya fallecido. Tío y sobrino siempre estuvieron muy unidos, sobre todo en la búsqueda de empresas imposibles. Si uno era soñador, el otro lo era aún más. Parecía claro que, en cuanto Giovanni consiguió hacerse con el documento, se lo hizo llegar a Luca con premura. Esto es lo que la carta decía:

***Querido Luca, tengo grandes noticias:***

***Estoy totalmente seguro de que este manuscrito que te envío es auténtico y que procede de un miembro superviviente de la tripulación del leyendario piloto, si es que no es él mismo, del que te tanto hemos hablado, y que la providencia ha puesto en mis manos. Como sabes, conseguí un salvoconducto para visitar la sala de mapas de palacio gracias a mi amigo Afonso de Andrade, un noble lisboeta por cuyos favores he tenido el privilegio de acceder a la misma. Pedí ver el mapa de Toscanelli y una vez me dejaron a solas en la sala y con solo tantear la cubierta y ver que ésta era más gruesa de lo debido, consiguió intrigarme. Como sabes, es práctica habitual usar documentos antiguos como relleno de las tapas y ya sabes lo curioso que soy, así que rasqué un poco y por una pequeña abertura, vi asomar lo que parecía un pergamino. No tuve ninguna dificultad en hacerme con él y después dejar todo como estaba, pero ¡Cual no fue mi sorpresa al llegar a casa y examinarlo! Fue un suceso extraordinario, un golpe de suerte del que no se dan dos en la vida, pero aquí está y ahora es mío, y tuyo.***

***Una vez en mi poder, mi intención era reconstruirlo para nosotros, pero no he tenido éxito y no he podido completar el texto en su totalidad, aunque es más que suficiente para emprender la empresa. Para mí, es la prueba definitiva de que estábamos en lo cierto. ¡Solo***

***siento que el piloto no esté vivo para interrogarle!, en su lugar no tenemos más que este manuscrito incompleto. El firmante, asegura que llegó por azar en 1484 a lo que ahora es La Española, que consiguió regresar y que escribió ésta carta hacia 1487, antes de morir, y que es seguro que nadie ha seguido sus pasos, porque nadie le creyó, tanto es así que el manuscrito fue reutilizado, como es costumbre, para acolchar la cubierta de un libro (que no era otro que el que yo estaba consultando. Pero si te das cuenta, las dataciones para llegar a la isla son veraces, tengo el presentimiento de que el resto de las indicaciones también deben serlo y mi corazón también me lo dice.***

***Es curioso el destino: ¡tuvieron en sus manos el mapa de un tesoro y lo usaron "de relleno" de un libro de mapas!***

***Además, te envío un mapa actual de la isla al que he trasladado los puntos señalados en el pergamino y que es por donde creo que debes empezar la búsqueda. Te recomiendo, al contrario de lo que dice el tal Da Silva, que llegues hasta ellos desde la ciudad de Santo Domingo, atravesando la isla por el interior, hasta donde se supone está el lago, para ti será fácil y no despertarás sospechas.***

***Habrás de ser cauto y desconfiar de todos, pues solo el sonido de la palabra oro vuelve locos a los hombres, no lo olvides.***

***Desgraciadamente, no puedo acompañarte, estoy viejo y enfermo. Toda la vida esperando encontrar algo como esto y cuando al fin lo encuentro, no puedo ir a buscarlo. Mi salud me impide hacer el viaje con el que siempre soñé y eso quiere decir que deberás ir tú solo. Sigue las indicaciones y encuentra ese tesoro también por mí. Ya tienes la prueba. Teníamos razón, ¡había oro, Luca, todo un tesoro, ve a por él!***

***Tu tío Giovanni***

¡Oro! y en gran cantidad. El mismo motivo que desde hacía tantos siglos volvía locos a los hombres haciéndoles abandonar sus vidas para adentrarse en la más peligrosa de las aventuras.

El padre Ávila puso su mente a trabajar y llegó a una conclusión que compartió con Lucía con gran entusiasmo:

—Esta carta, había sido sin duda escrita por el legendario piloto del que se hablaba en las tabernas de Sevilla, supuestamente *arrojado*, junto con su barco y el resto de su tripulación hacía el oeste por una tormenta. Los alisios debieron hacer el resto, porque debió alcanzar algún punto de América antes que nadie, que ahora está claro que fue La Española, y sin que ni él mismo fuera consciente de ello, consiguiendo regresar años después. Tal y como cuenta la leyenda, los pocos que consiguieron volver murieron al poco de arribar, ya que estaban muy enfermos, pero el piloto tuvo, por lo visto, tiempo de escribir esa carta antes de morir. Nunca se supo de la existencia de evidencia alguna de tal viaje y por ello no pasaba de ser un cuento de marineros. Que casualmente el viejo Giovanni, tío de Luca, encontrara pruebas de todo ello, era un triunfo absoluto; pero que además ese tal da Silva llegara a penetrar en el interior de la isla y que terminara encontrando un tesoro, es el mayor de los descubrimientos y, sin embargo, no lo sabe nadie más que nosotros, no porque no lo pregonara a los cuatro vientos sino porque nadie le creyó. No me extraña que Luca lo llevara todo con tanto secreto, tanto que incluso sus seres más queridos, sospecháramos siquiera la existencia de su plan.

En el pasado, Luca había hablado con Mateo e incluso con Lucía acerca de *leyendas* sobre tesoros en el Nuevo Mundo que hasta la fecha nadie había encontrado, a la vez que insistía en que seguía buscando evidencias y que por ese motivo se carteaba regularmente con su querido tío Giovanni, tan soñador como él, enviándose sus respectivos avances. Pero a ninguno de los dos se les tomaban en serio tales pesquisas y todo ello, era tenido como otra extravagancia más del genovés y de su no menos extravagante anciano tío.

El legajo también contenía dos mapas. Uno de Isla Española con los puntos señalados correspondiéndose con las indicaciones del manuscrito y una versión reducida, y copiada a mano por el mismo Giovanni del famoso mapa de Toscanelli, el reconocido cartógrafo que aseguraba que la India se hallaba frente a Canarias, a pocas leguas, puesto que no contaba con que hay un océano en medio. Se equivocó al pensar que la tierra era más pequeña de lo que es en realidad, aunque la situación de los continentes era relativamente correcta. Se sabía a ciencia cierta que el mismísimo Cristóbal Colón había estudiado sus mapas y cartas. Incluso hay sospechas, más que claras, de que ya sabía lo que se iba a encontrar. Es más, al igual que Toscanelli, solo erró en la

distancia. Se quedó corto. Pero no se equivocó ni en la ruta a seguir, ni en los vientos, ya que fue a buscarlos directamente.

A Mateo Ávila le pareció lógica la presencia allí de una copia de ese mapa. Luca había ido recopilando durante años todo tipo de información, pero la culminación de la búsqueda fue la carta que le remitió su tío. Instintivamente Lucía la recogió con devoción y la apretó con fuerza contra su pecho.

En un instante, el padre Ávila parecía haber rejuvenecido diez años. Según iba atando cabos, parecía que la vida le iba devolviendo su aliento. Mateo volvía a sentirse útil otra vez. No en vano, aquella era su especialidad. Como bibliotecario, habían pasado por sus manos múltiples documentos que personalmente había catalogado y estudiado en infinidad de ocasiones. Reconoció sin ningún esfuerzo, en la primera parte de la carta, el rumbo habitual utilizado para dirigirse a América, desde las Islas Canarias, donde se contaba con la ayuda de los vientos alisios. Aunque en todo el documento el dato que le produjo la mayor fascinación era la fecha: 1484, ocho años antes de la aventura del almirante Colón. Hacia meses que el padre Ávila no se sentía tan vivo. Su amigo Luca era astuto, siempre lo había sido, pero también prudente. Ahora ambos sabían cual fue el auténtico motivo de su último viaje, viaje que realizó sin ninguno de esos importantes documentos. No tenía ninguna duda de que su amigo había memorizado pormenorizadamente cada detalle del contenido de aquel legajo que les devolvió a ambos la esperanza perdida y además a él fuerzas de la flaqueza, a la vez que una mal disimulada alegría. En cuanto a Lucía, su espíritu resuelto, ya había tomado una decisión.

Hacía tiempo que la idea le rondaba por la cabeza pero, ahora nada ni nadie le impedirían seguir a su padre, su única y auténtica familia. Los sueños que él perseguía, ahora los haría suyos, sin importarle nada de lo que iba a dejar atrás. También se prometió a sí misma, que el anciano dominico no debía saber nada sobre su decisión hasta llegado el momento, pues no quería causarle mas preocupaciones.

De lo poco que había entendido, solo necesitaba saber que su padre se había embarcado con dirección a Santo Domingo y que una vez allí, había seguido un itinerario tierra adentro buscando un lago de gran tamaño rodeado de montañas y cuevas. Dónde había un tesoro escondido por los

*naturales*. Aun así tenía dudas, muchas dudas. ¿Quién o qué era *Manoate*, del que había que cuidarse? Pero ahora poco importaba aquello, tenía algo a lo que aferrarse, un rumbo y un destino, y ése destino estaba en Isla Española.

¡Viajar al Nuevo Mundo! Se asustó de lo rápidamente que había tomado la decisión y de lo firme que era esta. Sin duda lo primero era buscar ayuda para poder subir a un barco en el que se hicieran pocas preguntas y que le llevara a Santo Domingo. Pero, pese a la prohibición de viajar a Las Indias a una mujer sola, no se le antojaba tan difícil, pues su padre todavía tenía amigos en la compañía que no dudarían en ayudarla.

El anciano sacerdote y su alumna se despidieron en la gran escalinata donde esperaba el carruaje. Antes de separarse, el padre Ávila volvió a encararse con su pupila.

—Lucía, he de pedirte algo —Únicamente la llamaba por su nombre, cuando le recriminaba su carácter indómito y rebelde—, has de prometerme que no harás nada sin consultarlo primero conmigo. Te conozco demasiado bien como para intuir que has tomado la resolución de embarcarte es pos de tu padre. ¿Me equivoco?

A regañadientes, la joven asintió y dio su palabra de no tomar decisión alguna sin comunicárselo primero, pese a su primera decisión de no hacerle partícipe de sus planes, pero dado que Ávila había intuido sus intenciones, sabía que no podía desperdiciar ayuda y la del dominico, menos que ninguna.

La manera en que Luis de Utrera había amasado su cuantiosa fortuna tenía poco de transparente y menos aun de piadosa. El contrabando por las sierras que cicatrizaban la tez de Andalucía era su empresa más lucrativa.

Poseía una inmensa hacienda que lindaba en su extremo norte con el cauce natural de un riachuelo y que estaba dedicado al cultivo, principalmente de olivos y viñedos. Hacia el este, las lomas ascendían hacia un pequeño bosque de hayas, en dirección sur y hacia poniente, una enorme franja de terreno seco y yermo en medio de la cual se alzaba el cortijo, desde donde dirigía sus

turbios negocios. En él, destacaba la vivienda del terrateniente y a su alrededor, se disponían los alojamientos de sus hombres y de sus criados, los establos, graneros y cobertizos.

El cortijo de los Utrera era una gran mole de piedra con paredes encaladas. Austero y parco en su decoración, la vivienda reflejaba el carácter adusto y estoico de la familia que la había habitado desde hacía décadas.

Eran raras las veces que Luis de Utrera abandonaba sus posesiones y muy a su pesar, se dejaba ver en Sevilla, y solo cuando asuntos de importancia requerían su presencia, se acercaba a la ciudad. Se sentía cómodo en compañía de sus hombres, que eran sus manos y sus ojos en la ciudad de Sevilla y en toda la comarca. Gente ruda y con un pasado oscuro y pendenciero que el terrateniente había ido reclutando a lo largo de los años. Este pequeño ejército alcanzaba a contar varias docenas de sicarios bien pagados y dispuestos a todo por él. Para los criados Don Luis era sencillamente *el amo*.

Contaba la edad de cuarenta años cuando enviudó. Su mujer, de la que siempre se dijo que estuvo muy enamorado, le había dejado sin descendencia, por mucho que el matrimonio lo hubo intentado. Aquella circunstancia le llenó de amargura, marcando el resto de su vida para siempre. De eso habían transcurrido ya casi veinte años y, desde aquel aciago día, no volvió a haber mujer alguna que le quitase el sueño. Ninguna, hasta una mañana de domingo tres meses atrás. Aquel día desapacible, se hallaba en una de las muchas plazas que jalonaban el antiguo barrio judío en compañía de algunos de sus hombres, cuando la vio acercarse, bajo una tupida capa con la que quería camuflar su silueta, encaminando sus pasos hacia la iglesia. Lenta y pausada, caminaba del brazo de una mujer mayor que ella y que juzgó acertadamente como su ama. Desde el efímero instante en el que cruzaron sus miradas, quedó prendado de su belleza y desde entonces, no había podido sacársela de la cabeza.

*«Su nombre es Lucía Rinaldi»* le habían dicho al preguntar. «L*a hija de un mercader genovés del que se dice que desapareció en Las Américas hace algunos años sin dejar rastro»*.

Desde la muerte de su esposa, no era Luis de Utrera un hombre que creyese en el amor. *«Es un negocio ruinoso»*, solía repetirse una y otra vez. Pero, al mismo tiempo, no podía apartar su mirada

de aquella mujer que se empeñaba inútilmente en pasar desapercibida mientras caminaba en su dirección. Supo, en el preciso instante en el que sus ojos se posaron en ella, que era quien habría de proporcionarle el mayor de los tesoros, aquello que siempre había deseado y que con tanto ahínco la fortuna siempre le había negado: un hijo.

Desde aquel momento, no hubo día en el que no pensara en ella. Soñaba en secreto con poseer aquel cuerpo joven y tibio que anhelaba más de lo que podía confesarse.

No tardó en recabar información acerca de la amarga vida de la muchacha y enterado de la ruinosa situación económica de la empresa de su padre, vio la oportunidad perfecta para entablar conversaciones con su familia. En vez de cortejar a la joven decidió *comprarla*. Era más rápido y menos engorroso, y el dinero lo podía todo.

En los últimos veinte años, los hermanos Guzmán se fueron trasladando, primero unos y luego otros, desde la ciudad de Cádiz de donde eran originarios hasta Sevilla. Las empresas que heredaron de su padre, Isidoro Guzmán, habían ido de mal en peor. Primero dilapidaron su fortuna y luego acabaron haciendo fracasar los otrora florecientes negocios de pesca del atún y de salazón de pescado, a los que se había dedicado su familia durante décadas. Incluso las otras ramas de la familia Guzmán se fueron distanciando de ellos a lo largo de los años. No tardó Luis de Utrera en granjearse la amistad de uno de sus miembros.

Francisco Guzmán era un pobre y pusilánime clérigo, demasiado aficionado a la bebida, las mujeres y al juego, y sin la ambición y la discreción necesaria para ascender en la jerarquía eclesiástica. No había pasado nunca de ser un humilde cura de parroquia de las afueras de Sevilla. Por aquel hueco frágil y falto de carácter, consiguió Don Luis penetrar en el clan de los Guzmán.

Valeria Guzmán era la verdadera cabeza de familia. Altiva y astuta, estaba acostumbrada desde niña a manejar a su antojo a sus hermanos y a quien se le pusiese por delante. Ella fue quien aconsejó a su hermana menor tener amoríos con aquel prometedor mercader genovés. Tras la muerte de Marta, trató inútilmente de extender sus tentáculos en la floreciente Compañía de su cuñado y vio, una y otra vez, fracasar sus intentos de acceder al control de la misma. Pero el diablo hace extraños manejos y un día cualquiera le sonrió la fortuna. Tras su partida, la ausencia de Luca

le había dejado el campo libre para sus manejos y, Valeria, vio como sus sueños de poseer la Compañía Rinaldi se materializaban de la manera más sorprendente e inesperada. Su hermano gemelo, Juan de Dios, era el brazo ejecutor de sus maquinaciones. A instancias de ella había ido, día tras día y con un veneno que no dejaba rastro y simulaba una muerte lenta y natural, minando la salud del único escollo que le restaba para controlar la Compañía Rinaldi: el padre Ávila, camarada de Luca y valedor de este en su ausencia. Así pues, sintiéndose incapaz de continuar con su cometido, el desventurado sacerdote no tuvo más remedio que terminar por cederle el control. Desde ese momento, los negocios empezaron a ir de mal en peor, tanto que terminaron por precipitar a la Compañía Rinaldi a una situación cercana a la bancarrota. Por eso, cuando Francisco trajo noticias acerca del interés del rico hacendado por su sobrina Lucía, la ambición de Valeria barruntó la oportunidad perfecta para reflotar su maltrecha economía y, a la vez, deshacerse de su rebelde sobrina de un solo golpe. Ordenó a su hermano Juan de Dios acelerar el proceso para quitar del medio al padre Ávila y dispuso todo para una reunión con Luis de Utrera, en la que daría su visto bueno y su disposición para entregarle en matrimonio a Lucía a cambio, claro estaba, de una generosa aportación económica por parte del pretendiente.

Solo tuvo que añadir un poco más de veneno. Lo más difícil fue conseguir que el vino no mudara de sabor. A Juan de Dios le resultó fácil, pese a todo, volver a *tratar* el vino de la misa que el padre Ávila celebraba diariamente en el convento de los dominicos. Si había una cualidad que adornaba a Juan de Dios, era la natural apatía e indiferencia que desde niño producía en los demás y que le permitía pasar desapercibido sin el menor esfuerzo.

Al fin y al cabo, *el amor siempre es un asunto caro*, repetía Francisco a su hermana con sorna, mientras le mostraba una generosa bolsa de monedas que significaba el primer pago por la muchacha.

Transcurridos cuatro días tras la entrevista entre Lucía y su anciano tutor, este murió en su celda del convento de una forma armoniosa y aparentemente en paz.

Cuando a medianoche después de tocar a maitines, el anciano sacerdote no salió a orar a la capilla como era su costumbre, todo el convento se alarmó, puesto que hacía tiempo que se temía algo así. Su novicio, que había pasado casi toda la tarde con él en su celda, fue el quien lo encontró inerte en el lecho, aferrado con fe a su crucifijo. Expiró poco después.

Los funerales fueron oficiados al día siguiente, a primera hora de la tarde. Acto seguido, se procedió a enterrar el cadáver, bajo un bochorno asfixiante que amenazaba tormenta.

Mientras el anciano era sepultado bajo una espesa capa de tierra negra, Lucía recordó las palabras de su anciano mentor y también ella tuvo la certeza, de que su familia materna era la responsable.

Para Lucía, la pérdida del anciano padre y protector significaba volver a sentir de nuevo un dolor que ya le resultaba familiar, el de la pérdida de alguien querido. Mateo Ávila, más que su mentor había sido su amigo y también su aliado. Era otro ser querido que dejaba por el camino. Se sentía sola y desgraciada, aunque ya estaba acostumbrada a la soledad que parecía acompañarla durante toda su vida. Sintió una punzada de dolor en el pecho al dejarse llevar por su memoria: su madre, a la que jamás conoció pero siempre añoró, su tío Tomás, ahora postrado en una cama y con la cabeza perdida, su padre desaparecido en el confín del mundo y ahora el padre Ávila. A punto estuvo de derramar una lágrima pero se corrigió al momento. Delante de todos tenía que ser más fuerte que nunca.

Su tía asistió a la ceremonia bajo una mantilla negra mostrando un falso pesar, no en vano, *hay que guardar las apariencias* era una de sus frases favoritas.

Lucía se propuso desenmascararla. A ella y a los demás. Le habían matado, de eso estaba segura y lo pagarían, pero antes tenía que buscar a su padre.

Mientras abandonaba el pequeño cementerio que se extendía sobre una loma tras el convento, retomó su decisión con mayor fuerza aun, si cabía: partir a Las Indias lo antes posible.

Un joven novicio le llamó con sigilo desde el fondo del pequeño camposanto sobresaltándola.

—¿Vos sois Lucía Rinaldi? ¿No es así?

Asintió.

—Debo daros un recado, pero en privado. Es del padre Ávila.

Lucía ordenó a su ama adelantarse, a la vez que se dirigía hacia un rincón solitario, cercano a la tapia del cementerio, a donde condujo al joven con un gesto.

—¿De qué se trata? —preguntó.

El novicio sacó de debajo de sus hábitos un sobre lacrado y se lo tendió.

—El padre Ávila tenía mucho interés en que os hiciera llegar esta carta —Miró a su alrededor antes de entregársela—. Dedicó sus últimas fuerzas a escribirla y antes de entregar su alma al Señor, me hizo jurar que os la entregaría a vos y solo a vos.

Lucía miró tras de sí y vio a unos pasos de ella a su ama hacer ostensibles gestos. Desde su derecha, a grandes zancadas, como un toro embistiendo, se aproximaba su tía Valeria. Se apresuró a guardar la carta bajo de su ropa, agradeciendo al novicio las molestias que se había tomado y se encaminó hacia ella.

—¿Quién era ese? —inquirió Valeria de manera cortante, señalando al joven que se alejaba presuroso en dirección al convento.

—Nadie, solo un novicio que quería ofrecerme sus condolencias por la muerte del padre Ávila —dijo Lucía, con el tono de voz más seguro que pudo imprimir a sus palabras—. Era su tutor y parece muy afectado.

Acto seguido se dirigió, en compañía de su ama y seguida de cerca por su familia materna, en dirección a la salida.

Una vez fuera, nubes amenazantes de tormenta se perfilaban en el cielo de poniente. Instantes después, el carruaje se alejaba raudo del camposanto llevándole de vuelta a su prisión.

Tras la hora de la cena, que se desarrolló, como era costumbre, bajo el más hermético de los silencios, Lucía fingió una indisposición y se retiró a sus aposentos.

A solas, y bajo la pequeña luz que le proporcionaba una vela, quebró el lacre y se dispuso a leer las últimas palabras de su maestro y amigo, por precaución escritas en italiano, idioma que ignoraban sus tíos, y que, una vez traducidas, venían a decir:

***Mi querida niña, siento en estos momentos que mi vida está llegando a su fin. Esta misma tarde, tras un grave empeoramiento, he visto con claridad que nuestro amado Dios me está llamando a su lado.***

***Solo le pido a Nuestro Señor que me conceda las fuerzas necesarias para concluir esta carta y debo apresurarme, pues siento que llega mi último aliento y me temo que empiezo a divagar.***

***Estoy del todo convencido de que los responsables de mi enfermedad son la familia de tu madre, que en paz descanse pero, te pido que no intentes vengar la muerte de este inútil anciano, pues ya he hecho en la vida cuanto debía hacer y únicamente aspiro a que ese clan de malvados no se salga con la suya y que puedas vivir la vida que este viejo y cansado amigo desea para ti; plena de felicidad y en paz. Más guárdate de ellos y de sus manejos.***

***Mis sospechas eran ciertas, acabo de saber de una muy buena fuente que, tal y como te advertí, es su intención desposarte con un rico hacendado de oscuro pasado y mala reputación, que hará paliar la pérdida de dinero que ha ido ocasionando la quiebra tanto de sus negocios como de los de tu padre. No se lo permitas.***

***Sé, porque te conozco, que la decisión de embarcarte con destino a Las Indias es firme y que nada ni nadie te hará ceder en tu empeño. Siempre fuiste tan obstinada como tu padre y deseo que logres encontrarle a salvo pero, en tal difícil empresa, te imploro tengas la máxima prudencia, y prudente es que memorices las cartas y mapas, que los pongas a buen recaudo y que no viajes con ellos, pues si alguien pudiera conseguir leerlos, tu vida y la del propio Luca correrían un gran peligro.***

***Nunca permitas que nadie sepa el verdadero motivo del último viaje de tu padre.***

***Seguiré rezando por ti mientras me queden fuerzas y que Nuestro Señor te guarde.***

***Pr. Mateo Ávila***

Lucía se secó las lágrimas que empañaban sus ojos y colocó un extremo del papel sobre la llama de la vela que chisporroteaba, creando fantasmales figuras en las paredes de la habitación. Le

hubiera gustado guardar la carta, pero bajo ningún concepto podía arriesgarse a que cayera en manos de su tía. Ahora tenía un motivo rotundo para poner en práctica sus planes.

Se asomó al ventanal que se abría hacia la campiña y se deleitó con el resplandor de la ciudad iluminada. Olía a jazmín y azahar e inhaló su perfume, lenta y profundamente. Mientras, en la lejanía se veían palidecer las luces del puerto, el lugar adonde se dirigirá mañana, sin más tardar.

**4**

La primavera de aquel 1513 en Sevilla, fue inusitadamente breve. El calor estival se adueñó de la ciudad casi un mes antes de lo previsto y a primeros de mayo, el sol quemaba como metal incandescente. Eso hacía que el olor a podredumbre del puerto se extendiera por toda la ciudad.

Enclavado en la desembocadura del Guadalquivir, a salvo de ataques y de tormentas, El Arenal, el puerto fluvial sevillano, era un hervidero cada mañana. Desde allí partían, entre muchas otras, las expediciones hacia el Nuevo Mundo. Hasta alcanzar mar abierto había una distancia de más de cien kilómetros que transcurrían río arriba, entre tortuosos meandros y marismas poco profundas, sin contar con la traicionera lengua de arena de Sanlúcar que, obligaba a los navíos a maniobrar con suma cautela. Aun así, el puerto sevillano era el puerto de Las Indias. La entrada y la salida hacia las nuevas tierras. Así había sido desde el descubrimiento, en detrimento de otros puertos aparentemente más ventajosos, como Huelva o Cádiz.

Aquella mañana, el sol era una antorcha rojiza que abrasaba en el cielo andaluz, la iglesia vomitaba ciudadanos tras la misa, pertrechados bajo de sus sombrillas los mas afortunados, buscando la sombra de los numerosos toldos que poblaban la plaza los menos pudientes o previsores.

Lucía, acompañada de su inseparable ama y confidente, se dirigió calle abajo en dirección a El Arenal. Como cada mañana recorrió el camino que separaba su lujoso y admirado palacete en la parte alta de la ciudad, del puerto sevillano, donde esperaba día tras día la llegada de su padre o cuanto menos noticias suyas. Así fue como se familiarizó con aquella otra ciudad menos favorecida por la fortuna, cruzando entre improvisados tenderetes y por calles sucias y malolientes. Había convertido todo aquello en costumbre y para ella era como una forma de acercarse a su padre, una especie de rito al que no quería renunciar.

Aquel día no iba a ser diferente de los demás y también regresaría con las manos vacías y el ánimo coleteando como un pez fuera del agua pero, antes de encerrarse en la jaula dorada en la que

se había convertido su casa, Lucía tenía algo que hacer. Después de alejar a su ama con un pretexto, se adentró decidida en las callejuelas.

La lonja que poseía la Compañía Rinaldi era la más grande de todo el puerto y poco antes de la partida de su fundador, había sufrido una reciente ampliación que ahora resultaba cómica ante la falta de perspectivas que rodeaban a la empresa.

Sobre unos fardos dormitaban un par de hombres de la Compañía, otros cuatro más jugaban a las cartas y bebían vino. La calma que invadía el lugar era el presagio de que aquello irremediablemente solo podía hundirse.

Lejana quedaba ya la época en la que la lonja era un hervidero de trabajadores atareados yendo y viniendo. Aquellos fueron buenos tiempos para todos.

Recostado sobre una columna, Antonio Vargas miraba a su alrededor tratando de buscar en qué ocupar su tiempo. Suspiró profundamente y se encaminó a la mesa donde había dejado media vida al servicio de Luca. Dejo caer pesadamente sobre ella el libro de cuentas, dolorosamente vacío desde hacía demasiado tiempo y se sentó en la silla resignado.

Huérfano de padre y madre, jugador y pendenciero, Antonio, a pesar de las ropas y los ademanes refinados, era un gitano de pura raza, de piel cobriza y cabello negro como el azabache, al que la vida y la necesidad le habían dado alas en los pies y agudizado el ingenio.

Lejos, casi ya olvidadas, quedaban para él sus correrías juveniles como marinero, por las costas de Portugal y del mediterráneo. Se había encontrado por primera vez, casi casualmente, en la cubierta de la carabela *La Paleña* donde, desde el principio, fue acogido como un igual. Huía de un hurto menor y lo primero que aprendió es que la gente del mar, se guía por las leyes del mar. Lo segundo es que, tanto daba si se era gitano, moro o cristiano. Si cumplía su cometido lo demás no importaba. En un barco, las leyes eran iguales para todos y  la gente del mar se protege de la demás gente. Pronto se acostumbró a aquélla vida. Nunca se preguntó sobre la legalidad de lo que transportaba, ni se planteaba si aquéllos esclavos negros eran mercaderías o no. Así, aquél barco se convirtió en su única vida. En *La Paleña*, aprendió el oficio de marinero con la convicción de que

no existía lugar alguno en el que se le fuera a tratar mejor. Por ello, aquel barco se había convertido en su casa, su patria y su ley. Tanto, que se sentía como si no hubiera existido antes de pisar aquella cubierta. Fueron seis años inolvidables en los que añadió dignidad a la altivez propia de su raza. Un gitano no podía pedir más. Pero un buen día, una enorme tormenta en el estrecho hizo naufragar su vida entera junto a *La Paleña*. No hubo ningún otro superviviente. Fue como si una inmensa ola le empujara para siempre tierra adentro. Llegó como pudo a la costa y más tarde a Sevilla, donde estuvo malviviendo.

No mucho tiempo después, aunque hacía ya casi quince años de aquello, los destinos de aquel calé, que era sin duda alguna carne de prisión, y un prometedor mercader genovés, se habían cruzado una tórrida noche de verano, en una taberna cualquiera de las inmediaciones del puerto sevillano en las que el primero solía buscarse la vida cada noche.

Un joven y desconocido mercader, recién llegado a Sevilla, era una presa fácil para la astucia del taimado gitano y la bolsa repleta de monedas de reales de a ocho, que el genovés lucía sin reparo atada a su jubón, una suculenta recompensa. Con dedos hábiles movidos por el hambre, sustrajo sin complicaciones tan preciado botín y sin que aparentemente su victima notase nada, se dirigió raudo en dirección a la puerta. No tardó Luca en notar la falta de su bolsa e identificó al instante al posible ladrón. Tras increparle a voz en grito y ante su precipitada huida, se lanzó en su persecución por las callejuelas que rodeaban el puerto. Tras una incesante carrera, Luca acabó por dar caza a su perseguido que, tumbado en el suelo y tras ver como la bolsa regresaba a su dueño, cerraba los ojos resignado ante los golpes que de seguro estaban a punto de caerle encima. Pero no fue así y para su sorpresa y alivio, el gitano vio cómo su víctima sonreía aparentemente divertida con todo aquello, mientras trataba de recuperarse del esfuerzo de la carrera. Respirando pesadamente y aun con las sienes latiéndole con fuerza, Luca le tendió una mano ayudándole a incorporarse.

—Me has hecho correr de lo lindo —dijo con un notable acento genovés que delataba su origen—. Tienes buenas piernas y eres osado.

El gitano, sorprendido ante las ganas de conversación de su victima, trato de disculparse.

—Perdone *vuesa merced* mi atrevimiento, sin duda no me percate de a quien pertenecía esa bolsa que acababa de encontrar en el suelo de la taberna y...

Luca miró la bolsa y se la lanzó interrumpiendo la actuación del gitano.

—Custódiala hasta mañana, estoy buscando alguien en quien pueda confiar y a ti te vendría bien un señor a quien servir para evitar el destierro. Las cosas no pintan bien para vosotros los gitanos, así que aprovecha la oportunidad que te brindo y demuéstrame que eres de fiar. Toma una de las monedas, come algo y aséate. Solo has de buscar mi lonja en el puerto. Pregunta por Rinaldi.

Y así fue como se cruzaron sus vidas.

Al día siguiente Antonio apareció por la lonja y aceptó el trabajo que Luca le ofreció. Comenzó como simple estibador descargando los pesados fardos que traían desde Las Indias los barcos en sus bodegas.

A instancias del genovés, Antonio aprendió a leer y escribir y todo lo que debía saber de números y cuentas, convirtiéndose en poco tiempo en su mano derecha y a la par, en contable de la floreciente Compañía Rinaldi que, por aquel entonces comenzaba a destacar con fuerza.

La relación patrón-empleado fue mutando en una suerte de amistad que llegó a tales extremos que, al anunciarle Luca el que fuera su último viaje, el gitano no dudó ni un instante en brindarse a acompañarle, dejando de lado su reciente matrimonio. Tras ofrecerse, se sorprendió a sí mismo, pues le había costado mucho tomar la decisión de casarse y ahora, a la mínima oportunidad, estaba dispuesto a dejar su familia por un largo periodo de tiempo. Luca, rechazó su oferta, no sin agradecer tamaña demostración de afecto, recordándole que su sitio estaba allí, velando por sus intereses.

—Este viaje es especial y hasta mi regreso, necesito gente de mi confianza aquí, camarada, —le dijo apoyando sus palabras con un abrazo.

—Cuanta razón tenías viejo amigo —pensó mientras daba un repaso con sus ojos aceitunados a la otrora ajetreada lonja.

Sumido en sus pensamientos y en el aciago día en que Luca partió, le sobresaltó la voz gritona y escandalosa de un niño desarrapado que entró de improviso en el almacén, quebrando la paz impuesta por los desastrosos manejos de quienes ahora comandaban la Compañía.

—¡Antonio Vargas! ¿Quién es Antonio Vargas? —preguntó a viva voz el mocoso subido en lo alto de un fardo.

El gitano se incorporó de su silla y se acercó al niño. No pudo por menos que reconocerse, en los mofletes sucios y en la harapienta ropa, a sí mismo años atrás.

—Yo soy Antonio Vargas. ¿A que vienen esos gritos? —repuso.

—Traigo un mensaje para vos —exclamó el niño en un alarde sorprendente de cortesía al que ayudó una exagerada reverencia, mientras alzaba un sobre ante él.

Un pequeño grupo de ociosos trabajadores se había arremolinado en torno a ambos.

—Volved al trabajo atajo de haraganes. ¿No tenéis nada que hacer? —Antonio solo obtuvo risas por respuesta pero, el corro que se había formado se dispersó.

Atrajo al muchacho hacia un lugar apartado, a salvo de oídos curiosos y le preguntó por la procedencia de aquella carta.

—Una doncella bella, bellísima —repuso el pequeño.

El gitano recogió el mensaje mientras sonreía, a la vez que le daba algunas blancas al niño que esperaba, sin duda, algo más que agradecimiento por su labor. El niño recogió las monedas y desapareció en silencio.

Todo lo discretamente que pudo, Antonio Vargas se escabulló de la lonja por una callejuela cercana al almacén. Como mano derecha del dueño, no debía dar explicaciones a nadie de sus idas y venidas pero sabía de sobra que, desde la partida de su fundador, la familia Guzmán tenía ojos y oídos en todas las partes, allí donde se extendía el imperio Rinaldi.

Las callejuelas que bordeaban el puerto olían a pescado y a humedad y el sol, que calentaba con justicia, germinaba un hedor a podredumbre que podría llegar a producir más de una nausea a un recién llegado.

Antonio sacó de entre su camisa el sobre que el niño le había entregado, extrajo la nota que contenía y comenzó a leer:

***Reuníos conmigo en cuanto os sea posible en la Posada del Cojo. Ruego encarecidamente vuestra discreción, a pesar de que estoy segura así será menester en vos.***

***Lucía Rinaldi.***

El gitano esbozó una tenue sonrisa y volvió a guardar la nota bajo la camisa. Tras comprobar que nadie le seguía, se adentró en las angostas callejuelas.

La Posada del Cojo era un lugar frecuentado por marinos, pero también por ladronzuelos, atentos a los despistes de los pobres incautos. Un sucio rincón frente al muelle, donde se podía comer por unas pocas monedas y beber vino desde el alba hasta bien entrada la madrugada. Se jugaba a cartas y eran frecuentes las peleas. El dinero que llegaba a Sevilla proveniente de América era mal consejero para la gente que allí se reunía y ya para aquella temprana hora, un par de marineros borrachos, del brazo de dos prostitutas, bebían y blasfemaban sin reparo alguno. Una vez Antonio penetró en su interior, necesitó unos instantes para acostumbrarse a la escasa luz que reinaba en el lugar.

Pidió un jarro de vino y se sentó a esperar.

Lucía demostraba una gran astucia al escoger para la cita ese antro dejado de la mano de Dios. Ni siquiera en su sucio mostrador exterior, donde se vendía pescado frito y vino barato, le habría buscado su familia materna. Imposible imaginar un lugar de Sevilla donde la muchacha pudiera pasar más desapercibida.

En cuanto pisó el umbral de la taberna y pese a los esfuerzos de la joven por no llamar la atención, Antonio la distinguió sin dificultad. Un simple saludo para no despertar sospechas, fue cuantas palabras cruzaron antes de perderse tras una discreta puerta en dirección al patio interior de la casa. Nadie reparó en ellos. En aquel lugar a nadie le importaban los negocios de nadie.

Lucía y Antonio se conocían de sobra. No eran tan lejanos los días en los que Lucía le llamaba cariñosamente *tito* Antonio cada vez que este acudía a ver a su padre. Desde la partida de Luca, habían escaseado esos momentos y Antonio comprobó que esa niña jovial y de mofletes sonrojados que se había sentado en su regazo en infinidad de ocasiones, había cedido el paso a una hermosa mujer, que le miraba escrutándole sin reparo alguno.

—Señorita Lucía, ¡cuanto habéis cambiado! —espetó el gitano tendiendo sus brazos.

—No me llames así *tito* Antonio. Deja las formalidades para los extraños.

Ambos se fundieron en un abrazo y buscaron el amparo de la sombra que las arcadas del patio interior les brindaban.

A pesar de la amistad que siempre le había unido con su padre, Lucía debía cerciorarse de que podía confiar en Antonio. La desconfianza le había dotado de ese apéndice afilado que le aguijoneaba. No podía revelarle el motivo de su cita sin tener la completa seguridad de que seguía siendo la misma persona que solía ser. Las monedas cambian a la gente.

—¿Cómo van las cosas por la lonja? —preguntó con aire de fingida inocencia.

Antonio suspiró antes de responder.

—Las cosas han cambiado mucho desde que tu padre partió. No hay un solo día que no rece por su regreso. La Compañía Rinaldi se hunde sin remedio, mi niña, tu familia materna ha heredado un imperio y su mala mano lo está convirtiendo en cenizas, y yo no puedo hacer nada por remediarlo —se mordió el labio inferior en un gesto de frustración que Lucía juzgó como sincero.

Era cuanto necesitaba escuchar de él.

—*Tito* Antonio —sus ojos brillaron como una joya al decirlo—, necesito tu ayuda, quiero embarcarme hacia Santo Domingo para buscar a mi padre. Por descontado, creo que ya sabes que mi familia nunca lo aprobaría y para que nada de esto llegue a sus oídos, nadie más debe saberlo.

El gitano arqueó sus pobladas cejas y no tuvo por menos que reírse.

—¿Tú? ¿Viajar a Las Indias? No puedes embarcar… ¡eres una dama! —dijo socarronamente el gitano.

Lucía temía una respuesta así y de ninguna manera estaba dispuesta a que, ni su juventud ni su condición de mujer le impidiesen llevar a cabo su plan. Por eso, cuando respondió, lo hizo sin reparo alguno y con inesperada firmeza.

—*Tito* Antonio, recurro a ti porque eres amigo de mi padre, además de leal. Pero si no me ayudas, buscaré otra persona que lo haga y en tal caso, nada me retiene aquí y no pienso quedarme a escuchar tus chanzas.

Antonio reconoció de inmediato a Luca en las palabras de su hija. La misma tozudez y orgullo, el mismo tono de voz desafiante por el que supo que no estaba bromeando. Solo tardó

unos segundos en meditar su respuesta a la vez que le hacía una seña a Lucía de que se tranquilizara.

—¡Estás hablando en serio! —afirmó sin temor a equivocarse— ¡No es una chiquillada!

Lucía le puso al corriente de lo acontecido días atrás con el anciano dominico y le mostró el pergamino que había escondido bajo sus ropas.

—Viejo zorro —murmuro el gitano esbozando una sonrisa—. Así que este fue el motivo de su repentina partida, sabía donde encontrar oro donde seguramente otros ya han buscado antes y no han encontrado sino migajas.

—Como ves, mi padre tenía una buena razón para embarcarse rumbo a La Española, pero el caso es que no regresó. Por eso, para encontrarlo, primero debo seguir sus pasos. No te estoy pidiendo tu opinión sino tu ayuda. Necesito embarcarme cuanto antes hacia Las Indias. Temo por él.

Su amigo, al que casi llamaba hermano, había dejado atrás todo lo que le importaba en la vida en pos de un sueño. Sin embargo, Luca no había ido *a ciegas* y había pruebas de ello, pero ¿por qué no había regresado?

Antonio se mesó los lacios cabellos y miró al cielo donde el sol resplandecía como un ascua, cegando por unos instantes su mirada.

—No va a ser fácil —dijo al fin—, varias semanas de viaje, encerrada en un cascaron de madera, haciéndose pasar por hombre y rodeada por todas partes de marineros. No. No va a ser nada fácil.

**5**

La paciencia nunca fue una virtud que se prodigase en ella. «*Espera a que yo envíe recado*», había dicho el gitano pero, de eso hacía casi ya una semana y aun no sabía nada de él. Trató de pasar ese tiempo de espera deambulando por la ciudad bajo cualquier pretexto y en compañía de su ama. Aborrecía estar cerca de los asesinos del padre Ávila. Ya no soportaba su presencia.

Por cautela y a instancias de Antonio, no volvió al puerto esos días y mucho menos aun a la lonja propiedad de la familia. Su tía no era tonta, nunca lo había sido. Si aquella situación se prolongaba más de la cuenta, empezaría a sospechar. Visitó las obras de la catedral fingiendo interés en ellas y siguió leyendo cuanto caía en sus manos, poniendo especial interés en todo aquello que versara sobre las nuevas tierras. Así se enteró de cuestiones como la duración del viaje y de las penurias que en él se iba a encontrar. Pero eso no le hizo desistir de su empeño, ya que estaba resuelta a hacer cuanto fuese necesario. Así mismo, hasta que llegara el momento de embarcar, se prometió aprender cuanto fuera posible sobre el arte de la marinería. En ello iba su propia supervivencia.

Cada vez que recordaba la carta de su mentor, lo hacía con sus ojos empañados en lágrimas y se repetía que nada ni nadie le impediría hacer ese viaje, encontrarse con su padre y luego volver junto a él, para desenmascarar a su familia materna.

Soñaba con el día en que partiría hacia Las Indias, dejando atrás lo que tanto le asqueaba. Imaginaba las tierras que encontraría a su llegada, y trataba de ubicar en ellas a su padre. No podía imaginar lo que le retenía en aquel lejano rincón del mundo. ¿Qué le impedía volver y ponerlo todo en orden? Siempre había creído que las historias de tesoros escondidos eran cuentos para insensatos y aventureros, pero su padre no pertenecía ni a unos ni a otros. Él tenía en Sevilla todo cuanto podía desear un hombre: dinero, influencia y una hija que le adoraba. Tenía que haber otra causa y Lucía estaba dispuesta a descubrirla. Por otra parte, no dudó ni un solo instante que su padre siguiera con vida.

Amanecía otro soleado y sofocante día veraniego en el palacete de los Rinaldi. Tras el aseo diario, que tanto extrañaba a los patanes de su familia, se dispuso una vez mas a encaminarse en dirección a cualquier lugar que le alejase de aquella casa, que ya no sentía como suya.

—Lucía hija mía —La voz ronca y polvorienta de su tía le sobresaltó. Odiaba que la llamase hija.

—¿Sí, tía? —respondió la muchacha, esforzándose en pronunciar con gran énfasis el grado de parentesco que les unía.

—¿Ya sales de nuevo? ¡A saber que te hace cada mañana recorrer ésta condenada ciudad cada vez mas llena de vagos y maleantes! —Valeria hizo una pausa y revisó el aspecto de la muchacha con ojos de halcón—. Siéntate un momento con tu tía, tenemos que hablar —dijo dulcificando el tono de voz.

Se sentaron ambas en el banco que se abría bajo la ventana a la hermosa campiña andaluza.

—La muerte del padre Ávila ha sido un golpe terrible para la familia. Tras la muerte... la ausencia de Luca —rectificó—, él fue como un padre para ti. Tus tíos y yo nunca supimos suplir esa carencia. Lo sé muy bien. Nuestros negocios, que tu padre tuvo a bien dejar en nuestras manos, nos han privado del tiempo necesario para ello. Recuerda que todo lo que hemos hecho ha sido por tu bienestar, mi niña. Desde un principio, nuestra intención fue hacer más grande el negocio que heredarás algún día. Pero tú también sabes que no está bien visto que una mujer herede sin estar desposada, sin ir más lejos ¿qué diría nuestra propia familia si así fuera?

Lucía sintió subirle por las tripas una punzada de odio que dejó morir en la garganta. No era el momento de hablar, mejor fingir sumisión, aunque no sabía por cuánto tiempo podría contenerse.

—Es por ello —prosiguió la envenenada lengua de su tía—, que hemos tomado la decisión de entregarte a alguien. Un hombre bueno y piadoso que te dará lo que nosotros no supimos darte y que, estamos de enhorabuena, ha tenido a bien fijarse en ti. Con él, aprenderás lo necesario para que puedas heredar algún día la empresa que tu padre supo crear...

—No sé a donde quieres ir a parar, *querida tía*, pero he de corregirte en algo, más bien en unas cuantas cosas —interrumpió Lucía en un tono eminentemente irascible que trató de sosegar

según continuó hablando—. Como bien has dicho, mi padre no está muerto, a menos que tú tengas pruebas de ello y que me las hayas ocultado. No recuerdo que dijera nada acerca de dejar el mando de la compañía en vuestras manos. Más bien, fue en las manos del padre Mateo Ávila en quien confió y de no haber sido por su extraña muerte, aun seguirá siendo así.

—No toleraré que me hables en ese tono en mi propia casa.

—Mi casa —corrigió Lucía levantándose altiva—. Te recuerdo que el emblema que flanquea la entrada no es el de los Guzmán sino el de los Rinaldi. No lo olvides, *querida tía*. ¿Hay algo más de lo que quieras hablarme?

Valeria se vio sorprendida por la actitud de su sobrina y se limitó a negar con un gesto. Lucía la vio salir de la habitación, orgullosa y creyéndose ganadora.

Esa condenada cría tenía el carácter de su maldito padre. Era el momento de planear otra estrategia, menos cortés pero más eficaz.

Ya habían pasado dos días del encontronazo entre tía y sobrina. Valeria había fingido indiferencia ante ese hecho, sabedora de que sus ardides terminarían dando resultado. Había vuelto a entablar contacto con Don Luis. Esa misma tarde iba a reunirse con él en el cortijo de los Utrera con la intención de ultimar los detalles de su plan. Esa condenada cría no se saldría con la suya.

Lucía, ajena a todo, seguía leyendo cuanto podía sobre el arte de la marinería y la navegación, absorbiendo toda esa información como una esponja, en espera de que Antonio le hiciera llegar noticias del anhelado momento de embarcar rumbo a Las Indias.

El cortijo que Luis de Utrera poseía en las afueras de Sevilla, y perteneciente al municipio de Dos Hermanas, estaba situado a menos de tres leguas de la capital. Era uno de los mayores de toda Sevilla. Casi cuatro fanegas de tierra, plagada de olivos alineados que rodeaban la construcción de marcado estilo andaluz, con paredes encaladas y ventanas pequeñas, que se abrían al campo sevillano y que no disimulaban su reminiscencia campesina. A lo largo del camino que iba desde la verja hasta la casa, una gran cantidad de hombres de aspecto adusto y fiero observaban con mirada aviesa el carruaje de los Guzmán. Instintivamente, Valeria ocultó con un reflejo las joyas que lucía esa tarde de comienzos de junio.

Cuando el carruaje llegó a la casa principal, la mujer dio órdenes precisas a su criado de esperar subido en el carruaje y de que no hablara con nadie. Había decidido acudir sola, ya que no confiaba en las habilidades de sus hermanos y sabía que tenía de ser ella misma quien retomase el mando de la situación.

—Mi querida Valeria —saludó el terrateniente a la entrada del edificio—, confío me traigáis buenas nuevas. Esta espera comenzaba a impacientarme.

—Don Luis —respondió la astuta mujer tendiéndole su mano—, no tan buenas como quisiera, pero creo tener la solución a vuestra espera.

—Así lo espero, resultaría muy desagradable tener que rogaros, me devolvieseis el primer pago que os hice entrega a cuenta —espetó el hombre.

Valeria sintió la punzada. Aun así, mantuvo la calma y se limitó a sonreír mientras hablaba.

—No será menester. Pasemos a un lugar donde podamos hablar a solas, os lo ruego.

El interior estaba en penumbra, la cortinilla de cuentas que impedía el paso del sol tintineó con delicadeza cuando Valeria accedió al interior de la vivienda. Don Luis se dirigió a uno de los ventanales y descorrió el postigo. La luz del exterior se desparramó en el interior de la estancia. Una chimenea sucia y desvencijada, un par de sillas y la gastada mesa de roble era todo el mobiliario que les rodeaba. La espartana estancia había sido elegida a propósito. La mujer se sentó en una de las sillas sin esperar una invitación, mientras Don Luis se apoyaba en el alfeizar de la ventana.

—Vos diréis, Valeria —El viejo terrateniente apoyó sus palabras en el filo de la lengua, como una navaja.

—Sois directo y eso me agrada.

—No olvidéis que esto no es más que un negocio en el que ya llevo invertida una generosa suma de dinero. ¿Para qué andarse por las ramas?

Valeria se alegró de tener un plan para llevar adelante sus manejos. Estaba segura de que de no ser así, le darían muerte allí mismo.

—Lamento ser portadora de malas nuevas, o no tan buenas como ambos desearíamos, Don Luis —Eligió bien las palabras antes de continuar—. Mi sobrina, me temo, heredó el carácter

salvaje e indomable de su maldito padre. Ha habido una pequeña variación en nuestros planes, algo en lo que precisaré vuestra ayuda.

El astuto terrateniente cruzó los brazos tras su desgarbada espalda y dio un respingo girando sobre sus talones. Visiblemente contrariado, lanzó una breve mirada al exterior antes de replicar.

—No fue eso lo que acordamos, no me gusta que los asuntos de dinero no salgan tal y como espero. No me gusta nada —Se volvió observando el efecto que sus palabras habían tenido en su interlocutora—. Me prometisteis a vuestra sobrina en bandeja. No juguéis conmigo Valeria.

—Jamás osaría tal cosa, los Guzmán somos gente de palabra, os prometí a Lucía, y a Lucía tendréis —dijo la mujer—, tan solo os pido algo de tiempo y vuestra ayuda. Ya se sabe, los asuntos de amoríos van despacio.

Luis prorrumpió en sonoras risas.

—¿Amor? No es amor lo que me vendisteis, sino a vuestra sobrina, y pague, creo, generosamente por ello. Todo cuanto poseo, tierras, bienes, poder, todo es prescindible mi querida Valeria. Desde que mi amada esposa murió, he vivido con la triste compañía de la soledad. Una bolsa repleta de ducados, por sí sola, no hace feliz a un hombre. No lo hace, creedme; así como ser temido y respetado tampoco lo hace. ¿Qué es entonces lo que hace feliz a un hombre? Desde el día en que vi a vuestra sobrina nada he anhelado más que a ella. Ella ha de ser quien me de un heredero. Si lo que queréis es subir el precio estoy dispuesto a negociarlo pero, os aviso. Si pretendéis engañarme... si lo intentáis, ¡voto a tal que os mataré!

El terrateniente golpeó nervioso el marco de la chimenea para apoyar sus palabras y un jarrón de bronce cayó aparatosamente al suelo.

El zorro ha caído en la red, pensó la astuta cabecilla de los Guzmán. Ahora sabía dos cosas: que el viejo estaba dispuesto a hacer cuanto fuera necesario para conseguir a Lucía, y que la familia Guzmán se enriquecería notablemente jugando bien sus cartas.

—Sosegaos Don Luis, no es mi intención faltar a la palabra que os di. Tendréis a mi sobrina tal y como se os prometió. Solo preciso de vos un pequeño favor que hará ceder a la muy rebelde, aunque claro esta, esto encarecerá el coste de nuestro pequeño negocio, pues no contábamos con su terquedad al tasarlo —sonrió astuta al decirlo.

—¿Y en qué consiste ese favor que me pedís? —repuso el terrateniente.

Valeria Guzmán siempre había sido muy hábil entrelazando las palabras y ahora, más que nunca, su voz sonó como la de una serpiente, cautivadora y seductora.

—Mi sobrina es terca como una mula. Por mas que lo he intentado no quiso saber nada de matrimonio, y creedme que he insistido con todas mis fuerzas —mintió Valeria—. Sigue convencida de que su padre continúa vivo en algún lugar de La Española, a pesar de que el resto de la familia se enfrentó ya a tan terrible perdida. Pero ella no parece querer aceptar ese hecho y es en lo que se ampara para no querer desposarse. Alega que en su ausencia, ella es la máxima responsable de la empresa que mi cuñado dejó en Sevilla y que sus obligaciones le impiden tomar esposo. La Compañía Rinaldi hace aguas, eso en Sevilla no se le escapa a nadie, el dinero que vos me entregasteis no cubriría ni una décima parte de sus pérdidas. Contratos que se incumplen, barcos que no regresan, mercaderías que se pierden… una cantidad ingente de obstáculos que hacen difícil reflotarla. Ahora bien, si un hombre, emprendedor y gallardo como vos tomara las riendas, con el tiempo sin duda recobraría su esplendor y estoy segura de que tenéis lo necesario para tal fin. Eso haría a mi tozuda sobrina recobrar el buen juicio y hacerle entrar en razón. Si descubre en vos a ese hombre, al hombre que devuelva la grandeza a Compañía Rinaldi, no dudéis que todo será coser y cantar. Lo que os pido, mi querido Don Luis, es que os hagáis con el control de la empresa o, al menos con gran parte de ella.

El viejo terrateniente miró a Valeria de soslayo. Había algo en ella que le atraía, a la vez que le inspiraba la mayor de las desconfianzas, aun así, asintió con un gesto y le conminó a seguir hablando. Además, por mucho que lo negase, se había encaprichado de la joven mucho más de lo que hubiese deseado.

—Pero, hay un problema que debemos solucionar. Mi cuñado, hábil y cuidadoso, estableció una condición en los estatutos de la Compañía Rinaldi: nadie que no posea el apellido Rinaldi podrá controlarla pero, como en toda regla, existe una excepción que utilizaremos para nuestro beneficio. En caso de grave catástrofe financiera, existiendo riesgo de quiebra total, esta podrá ser vendida al mejor postor en una parte nunca mayor que la mitad. Este hueco, que mi astuto cuñado creó, pretendía ser útil en caso de extrema gravedad, y ahí es donde vos entráis en juego, mi

querido Don Luis. ¡Quemad la lonja que posee en el puerto! Eso hará que la empresa se hunda sin remedio y ni Lucía ni nadie os impedirán haceros con esa ella. Ya me ocuparé yo de presentaros como el salvador de la Compañía y tened por seguro que, antes de que acabe este año, Lucía será vuestra.

Don Luis asintió pensativo. Sin duda, aquel era un buen negocio. Fuera, una ligera brisa mecía los olivos y sus pensamientos se balanceaban a la par.

—¡Sea como decís! —sentenció finalmente el terrateniente—. Pero si me engañáis. Si intentáis jugármela…

Valeria se levantó despacio y avanzó en su dirección con cautela. Se detuvo a una vara de distancia.

—Podéis confiar en mí, Don Luis. Haced lo que os he pedido, dejad en mis manos lo demás y Lucía será vuestra.

El atardecer se desparramaba sobre el campo sevillano cuando el coche enfilaba el camino de regreso a Sevilla. Sentada en el interior, Valeria sonreía para sus adentros. La jugada le había salido perfecta. Si todo se desarrollaba tal y como había planeado, se iba a librar de una sola vez del estorbo de su sobrina y de su ruinosa empresa. Hacía tiempo que sabía que su cuñado había dejado antes de partir las cosas bien atadas y que la Compañía que llevaba su apellido era un bocado demasiado grande para ella. Su intención era cedérsela, *amablemente* y sin ningún reparo, a Luis de Utrera, con todas sus deudas. Pero primero se las tenía que arreglar, una vez el fuego hubiera hecho su trabajo, para cobrar el importe del seguro que Luca había subscrito con un banquero converso, y que constituía una pequeña fortuna; sin olvidarse del pago que iba a hacerle el estúpido de Don Luis una vez se celebrase la boda. Así que, con una buena cantidad de dinero y sin tener que preocuparse por las deudas contraídas por la Compañía Rinaldi, por fin iba a ser convenientemente recompensada por todos sus desvelos. Una sonrisa se asomó a su pétreo rostro, mientras se recostaba complacida en el asiento de su carruaje.

Los tentáculos de la Santa Madre Iglesia, se extendían por toda la cristiandad. Tenía extendida una tupida y precisa red de espías que, en la sombra, velaba por los intereses del Vaticano en cualquier punto del mundo conocido. Su hombre en Sevilla era Nicolás Sasamón, un obeso burgalés de mediana edad, pequeños ojos marrones, nariz aguileña y mentón prominente.

Docto en disciplinas varias, pero falto del carácter necesario para lograr metas más ambiciosas, llevaba doce años desarrollando su labor en la ciudad andaluza. Su principal cometido era redactar informes sobre todo lo que allí acontecía, a la vez que ignoraba si realmente eran de alguna utilidad para Roma. A cambio recibía regularmente una generosa suma, que unida a su paga como funcionario de la Corona castellana, le permitía llevar una desahogada, a la par que cómoda, vida. Esa monótona y gris existencia se vio turbada hace menos de un mes cuando recibió ordenes directas de la Santa Sede por las que se le encomendaba la tarea de preparar, con la máxima premura y discreción, la partida de un enviado personal del mismísimo Papa en misión secreta hacia Las Indias. Dada su posición, no le fue difícil sobornar a cuantos funcionarios fueron necesarios para embarcar a tan importante viajero en una expedición militar, que partiría de Sevilla en una semana y, todo ello, con la debida discreción. Una vez solventado el encargo, casi lo había relegado al olvido y así había sido hasta que, aquella misma mañana, fue requerido para un encuentro confidencial en una pequeña capilla del barrio de los artesanos. Iba a conocer en persona al pasajero a quien él mismo iba a embarcar rumbo a La Española.

Cuando Nicolás Sasamón se internó en la penumbra de la modesta capilla, sus pasos repiquetearon con fuerza y el eco de las vetustas paredes devolvió el sonido de forma monótona.

Caminó entre los bancos tratando de vislumbrar entre las sombras al misterioso pasajero. En el pequeño templo y ante la imagen de Nuestro Señor Crucificado, solo adivinó una silueta arrodillada, cuyo rostro cubierto con una negra casulla, le identificaba como miembro de la Orden de los agustinos. Con paso quedo y ahogando una mueca nerviosa se acercó hasta él.

—¿Sois vos el enviado del Santo Padre? —preguntó en voz baja.

Lenta y pausadamente la sombra se giró y apartó la capucha de su cara. Nicolás le observó unos instantes tratando de juzgar su aspecto tras unos ojos grises que le taladraban, haciéndole sentir incomodo.

—¿Nicolás Sasamón? —dijo como toda respuesta su interlocutor.

El robusto funcionario asintió débilmente y su misterioso acompañante volvió a darle la espalda y retomó sus oraciones con indiferencia.

Transcurrieron unos instantes en los que Nicolás no acertó a adivinar lo que estaba sucediendo y tras los que volvió a dirigirse a su interlocutor. Las velas del altar chisporrotearon fugazmente.

—Recibí vuestro requerimiento esta misma mañana...

—Os ruego que si no sabéis comportaros como debéis en la casa del Señor, salgáis de ella y me esperéis en la calle hasta que haya concluido mis oraciones —interrumpió visiblemente contrariado el agustino.

—Os pido disculpas —acertó a decir Nicolás antes de dirigir sus pasos en dirección a la puerta.

Ya en la calle, Sasamón fue consciente de que una gruesa película de sudor bañaba su frente.

Minutos después, el agustino cruzó la puerta y salió al exterior. Pasó a su lado con total indiferencia y a una imperceptible señal suya Nicolás le siguió calle abajo. Caminaba todo lo deprisa que era capaz pero no consiguió acercarse más allá de tres pasos por detrás del religioso, teniendo que hacer un enorme esfuerzo para alcanzarle. El clérigo caminaba con un ritmo veloz, dando grandes zancadas a las que costaba acostumbrarse.

—Sois poco discreto para ser un *espía* al servicio de nuestra amadísima Iglesia —dijo el clérigo cuando ambos estuvieron a la misma altura.

—Sevilla es una ciudad tranquila. —trató de disculparse Nicolás.

—Imagino que conocéis el motivo de esta reunión, así que no me extenderé demasiado. ¿Habéis conseguido lo que se os pidió?

—Embarcareis dentro de siete días en una nao que zarpa como parte de una expedición militar y en la que además de vos, viaja el nuevo tesorero de la ciudad de Santo Domingo en Las Indias. Nadie se fijará en vos. El viaje no podría ser más seguro y discreto.

Por un instante, dio la impresión de que el agustino parecía satisfecho con su trabajo y su delgada boca se frunció en algo recordando levemente a una sonrisa.

—No esperaba menos de vos. Pero aun hay algo más en lo que me podéis ser de utilidad.

—En las instrucciones que recibí de Roma era todo lo que se me solicitaba.

—Se trata, por así decirlo de un favor personal —susurró el agustino—. Necesito a mi servicio, unas manos fuertes. Como salta a la vista, no son precisamente las virtudes del cuerpo las que he cultivado durante mi vida. El viaje es largo y la empresa arriesgada, por lo que no estaría de más contar con la ayuda de alguien que, por decirlo de alguna manera, fuera mis brazos y piernas, dejando para mí la tarea de pensar. Imagino que no os será difícil encontrar a alguien de esas características antes de mi embarque: fuerte, leal y que no cuestione mis órdenes. Os ruego que cumpláis esta pequeña tarea con discreción y premura, y no creo que sea necesario recordaros de quien soy enviado.

Nicolás sabía perfectamente que esa petición no entraba dentro sus instrucciones y que, tal vez, el Vaticano no estuviera al tanto de ella pero no veía impedimento alguno y además, por tan poca cosa, no iba a poner en riesgo su generosa paga, contrariando a un enviado personal del Santo Padre.

—Trataré de encontrar en ese tiempo una persona que reúna las características que vos demandáis —tartamudeó el funcionario con mansedumbre a la vez que, solícito, inclinaba la cabeza.

—Bien, entonces demos por finalizada esta conversación. Enviad a esa persona, en cuanto os sea posible, al convento que mi Orden posee cerca del puerto.

Dicho esto, el clérigo, como accionado por un resorte, se giró sobre sus talones y se alejó en dirección opuesta sin mediar más palabras.

—Permitidme una pregunta antes de iros —exclamó Nicolás elevando el tono—. ¿En qué consiste vuestra misión en Las Indias?

El sacerdote se detuvo en seco, se giró lentamente y le lanzó una mirada inquisidora.

—No queráis morder más de lo que podéis— respondió el agustino—. Pero si que os diré, que si regreso triunfante de esta empresa y queréis seguir desempeñando vuestro cometido en las mismas condiciones en las que ahora lo estáis haciendo, seáis mas respetuoso cuando alguien esta orando que cuando antes lo fuisteis conmigo y no olvidéis que es la fe la que paga vuestra vida cómoda y despreocupada.

El agustino se alejó perdiéndose en las callejuelas, dejando a Nicolás sumido en una vivida sensación de miedo. Internamente, el espía rogó no tener que volver a saber nada más de aquel tétrico monje y, para ello, debía realizar su nuevo encargo con la mayor diligencia.

## 6

La luna, pálida y tibia, se colaba entre los callejones y el pavimento empedrado brillaba como plata fundida. A esas horas de la madrugada no había demasiada gente en las calles pero, aun así guardó todas las precauciones. Escondiéndose en la penumbra Manuel avanzó con paso cauto. Embozado en una capa y un capuchón que ocultaba su rostro de miradas curiosas, caminaba con determinación, mientras su mano se apoyaba en el puñal que guardaba bajo las ropas. Las farolas lanzaban sombras fugaces que danzaban en los muros del interior de la plaza cuando cruzó debajo de ellas y su figura se desparramó por la fachada de la pequeña iglesia. Dejando atrás la antigua judería, se perdió en los callejones que rodeaban el puerto.

Manuel Peciña, tenía veintitrés años y no hacía mucho más de cinco primaveras que mató a su primer hombre. Fue durante una pelea en una taberna de su Córdoba natal. La razón casi la había olvidado. Quizás fue una disputa por cartas o un simple acto de venganza por algo que ya no recordaba. Salieron los dos a la calle y bajo la luz de una luna parecida a la que ahora guiaba sus pasos, las navajas brillaron. Un hombre y poco más de un muchacho frente a frente. A veces, todavía le venía a la cabeza el recuerdo del sudor que sentía en su mano al asir el arma frente a su enemigo, el sabor amargo que resbalaba por su garganta seca y ése cosquilleo nervioso que barrenaba sus tripas en aquellos momentos. Todo sucedió deprisa y cuando hundió el hierro en el vientre del otro, su primera reacción fue la de huir. Corrió tanto como sus piernas se lo permitieron, hasta dejar atrás la ciudad. Vagó por los campos durante días, hambriento y confuso. El hombre al que había dado muerte era el criado de un noble y las autoridades pusieron un elevado precio a su cabeza por su crimen. Su huída le llevó hasta Sevilla el otoño de aquel mismo año tras pasar una temporada en Granada, donde también tuvo que escapar de la justicia por algunos robos de poca monta. Fue Luis de Utrera quien le encontró y le acogió como un padre mientras que él, por su parte, en señal de agradecimiento, le demostró bien pronto su valía, solucionando con premura y limpieza cuantos encargos recibía, fueran estos de la naturaleza que fueran y sin ninguna clase de escrúpulo. Antes de cumplir los veinte ya era la mano derecha del terrateniente y uno de los pocos merecedores de la confianza de Luis de Utrera. Ese era el motivo

principal por el que se le había encargado este trabajo: era indiscutiblemente fiel a su patrón, rápido y discreto si era menester y nunca tenía remordimientos, y aquella misión requería todas esas cualidades.

La lonja estaba parcialmente iluminada por las antorchas que colgaban de las paredes en aquella orilla del Guadalquivir y que chisporroteaban monótonas en un quejumbroso crepitar. El muelle olía a suciedad y moho y su reflejo en las turbias aguas danzaba con la suave brisa. Manuel barrió con la mirada cuanto le rodeaba y cuando comprobó que estaba solo se acercó al edificio.

Alzó su cabeza y observo la lonja con detenimiento. Vio un gran ventanal de puerta batiente en la fachada del almacén, justo encima de la gran puerta de hoja doble, por donde se descargaban los fardos con una polea. Cauteloso, se acercó a la entrada principal y trató de vislumbrar el interior a través de las rendijas.

*«Asegúrate de que nadie resulta herido o muerto»*, había dicho Don Luis. La orden había sido tajante. Manuel no entendió esos escrúpulos de los que en tan pocas ocasiones había hecho gala el terrateniente pero no hizo pregunta alguna. Se haría tal y como el patrón deseaba.

Tras cerciorarse que el edificio estaba desierto, se acercó a la hilera de teas y recogió una de su peana. Su rostro severo se iluminó durante unos instantes. Dirigió seguro sus pasos hacia el callejón que bordeaba el edificio y el fulgor de la antorcha inundó luminoso la parte trasera de la lonja.

Localizó el portón, tal y como le había sido indicado, al girar el edificio, y miró a su alrededor en busca de testigos molestos. Cuando estuvo seguro de estar solo, pateó con fuerza la puerta, que cedió casi sin oponer resistencia y se internó en el edificio.

El interior olía a especias y a cerrado. Inspeccionó cada rincón con detenimiento mientras aguzaba el oído.

Apiladas en cuadriculado orden, una docena escasa de grandes tinajas de aceite, seguramente con destino a Las Indias, permanecían alineadas unas junto a otras. Un pequeño reservado de madera con su parte superior al descubierto, hacía las veces de oficina y dentro de ella, sobre una vieja mesa, los libros, donde se anotaban las partidas y una buena pila más de legajos de documentos junto a la pared del fondo. El suelo de madera crujió bajo su peso y con una sonrisa

pintada en los labios, se sorprendió de lo sencillo que iba a ser quemar todo aquello desde los cimientos. Minuciosamente, escrutó cuanto le rodeaba antes de arrojar la antorcha. Al instante, los legajos, habían prendido y una llamarada iluminó el interior de la lonja. Volvió tras sus pasos, sin poder apartar su vista de la hoguera creciente que iba devorándolo todo con gran rapidez. Antes de terminar de salir, el edificio se había convertido en un infierno rojo que crepitaba con la fuerza de mil demonios. Después se perdió por las angostas callejuelas. Nadie reparó en él.

Una hilera de hombres formando una fila caótica, traía cubos de agua tratando inútilmente de extinguir el incendio que iluminaba con un cruel resplandor el cielo de la noche sevillana. Una lengua de fuego inclemente devoraba la lonja de la Compañía Rinaldi y hacía retroceder a la maraña humana que se había echado a la calle y que se resignaba a ver como todo desaparecía pasto de las llamas.

Llegada el alba, los lamentos y rumores que olían a superstición y miedo resonaron por las inmediaciones.

«*Castigo del señor, la ambición tiene un precio*», se escuchaban algunas voces de entre la muchedumbre. «*El padre muerto y ahora esto… las desgracias nunca vienen solas*», sentenciaban otras en voz baja.

A la mañana siguiente, un sol que se desperezaba con calma iluminó con crueldad los escombros calcinados.

Las malas noticias se extendieron como un reguero de pólvora por toda Sevilla y llegaron a casa de la familia como traídas por el sol que empezaba a despuntar en levante. Lucía las recibió como un puñetazo en el estómago y tras unos instantes en que quedó petrificada, salió precipitadamente de la casa arrollando a su sorprendida ama que se persignó compungida. Ella misma ensilló el caballo y enfiló con velocidad vertiginosa el polvoriento camino en dirección al puerto.

Sola en su alcoba, Valeria sonrió maliciosamente al verla cabalgar. Su plan había dado comienzo. Se vistió con premura y mandó preparar el carruaje para hacer acto de presencia en la escena del crimen, luciendo con descaro su mejor mascara de fingido dolor.

A Antonio la noticia le había sorprendido sumido en un profundo sueño del que fue sacado a gritos desde la calle:

*«¡La lonja se quema, la lonja Rinaldi se quema!»*

Su mujer nerviosa y con semblante de preocupación se revolvió inquieta en la cama mientras lo vio vestirse, lo miró salir presuroso y rezó en silencio a la virgen de La Antigua. El niño también se había despertado y saludó al nuevo día con un llanto sin consuelo.

El hedor de las especias incineradas y la madera calcinada formaban una curiosa amalgama de olores que ascendía desde el puerto colándose en cada rincón de la ciudad. Aquella mañana no se hablaba en las calles de otra cosa que no fuera de la tragedia de la familia Rinaldi.

Frente a lo que quedaba del almacén, Lucía y Antonio habían vuelto a coincidir por vez primera desde su reunión en la taberna. Les rodeaba una atmósfera de pesar mientras contemplaban los restos humeantes.

—¡Que dolorosa pérdida, mi niña! —el gitano rompió el silencio con la voz rota—. La fortuna nos vuelve a dar la espalda.

Lucía le miró unos instantes. El calé tenía las manos y el rostro ennegrecido por el humo y sus ropas sucias delataban que había estado deambulado por lo quedaba de la lonja, tratando de salvar algo del incendio. Con la camisa en la mano, sus ojos se perdían con tristeza en el horizonte.

—La fortuna ha tenido bien poco que ver en esto —sentenció la muchacha con rabia.

Antonio arrugó la frente y la miró en un hito.

—¿A qué te refieres? ¿Crees que esto ha sido provocado?

—Sé que *esto* ha sido obra de la familia de mi madre. No preguntes como puedo afirmar semejante acusación, pero lo sé. Antonio, si reconoces en mí a mi padre, créeme. Han sido ellos.

El gitano se mesó los lacios cabellos con el dorso de la mano tiznada de hollín y suspiró, incapaz de comprender que estaba sucediendo.

—Esas son graves acusaciones, niña pero, si estás en lo cierto, deberías salir de esa casa lo antes posible. Si tu propia familia ha sido capaz de esto —Señaló con su dedo índice las ruinas aun humeantes—, temo por tu vida.

—No te preocupes Antonio, soy más valiosa viva que muerta. Mi tía jamás osaría alzar su mano contra tan preciado botín.

La muchedumbre, que desde la salida del sol se había arremolinado curiosa alrededor de los restos humeantes, comenzó a dispersarse.

—Debemos hablar —exclamó Lucía—, esto nos obliga a apresurarnos a llevar a cabo nuestro plan.

Antonio resopló con aparente desasosiego y miró fijamente a los ojos pardos de la muchacha.

—¿Aún quieres emprender esa tarea? ¿No te parece esto suficiente castigo?

—Ahora más que nunca debo ir a La Española, *tito*. La empresa que mi padre construyó con sus propias manos se ha derrumbado definitivamente y ya nada me retiene aquí. Tras este desastre, es bien seguro que ya no trabajarás más para los Rinaldi, así que nada te obliga a prestarme tu ayuda y lo entenderé. Tienes una familia que alimentar y el hecho de ayudarme podría colocarte en una situación peligrosa que comprometiera tu futuro.

—Embarcaremos dentro de once días en la nao *Esperanza de Triana* —repuso sereno el gitano girándose hacia el sol de poniente—. Una nao que forma parte de una expedición militar de cinco barcos y que saldrá de Sevilla con destino a Santo Domingo, en la Isla Española. En el barco viaja también un importante funcionario. No nos será fácil disimular tu nula experiencia como marino, por lo que debo instruirte como mejor pueda en el poco tiempo que nos queda hasta la partida.

Lucía parpadeó atónita antes de replicar.

—¿Embarcaremos? No, Antonio, en Sevilla tienes mujer e hijo, de ningún modo permitiré que te alejes de ellos por mi culpa.

—¿Acaso creías que te dejaría emprender sola semejante viaje? Juro por mi sangre que no pienso abandonarte a tu suerte en alta mar, entre una tripulación que no va a ver mujer alguna

durante semanas y desamparada en un mundo que te es del todo desconocido. ¿Acaso tienes idea de lo que podría sucederte si eres descubierta? Además, el regreso de mi amigo me importa tanto como a ti y sin trabajo aquí, a mi familia le amenaza el destierro. Iré contigo, no se hable más. No te preocupes por mi esposa y por mi hijo. A lo largo de estos años al servicio a tu padre, he reunido unos pequeños ahorros que les permitirán vivir desahogadamente hasta mi regreso.

La muchacha negó con vehemencia y trató inútilmente de sacar de la cabeza de su tozudo aliado la idea de acompañarla en su empresa.

—Será conmigo con quien compartas viaje o te quedarás en tierra y seré yo mismo quien vaya en busca de Luca —sentenció el gitano—. No hay nada que discutir. ¿Lo tomas o lo dejas?

Si el secreto con que deben llevar su empresa no se lo hubiera impedido, Lucía habría abrazado al fibroso gitano que le miraba desafiante con los brazos en jarras y el gesto altivo. Hacía mucho tiempo que nadie había sido tan generoso con ella sin esperar nada a cambio, y eso le hizo conmover de una manera tal, que a punto estuvo de derramarse en lágrimas.

—Será como lo has decidido. Gracias *tito* Antonio, gracias de corazón.

Don Luis se levantó de la mesa donde reposaban los restos de la cena y ordenó con voz pétrea a uno de sus criados que retirara los platos. Con paso resuelto, salió al balcón que se alzaba frente a la inmensa plantación, con los brazos cruzados tras de la estrecha espalda. No se hablaba en toda Sevilla de otra cosa que no fuera la noticia del incendio la noche pasada de la lonja de los Rinaldi. Él lo sabía de sobra.

Barrió con la mirada el cielo nocturno y lanzo un suspiro quejumbroso a la inmensidad de la noche. La inmensa campiña que tan bien conocía y tanto amaba, y que le vio crecer, se perfilaba en el horizonte con un manto fúnebre. Se apoyó mansamente en los barrotes ricamente tallados de la balconada y lanzó una escrutadora mirada a las casas de sus criados, que se extendían a su alrededor. Las luces, como pequeñas luciérnagas incandescentes, danzaban dentro de las habitaciones y un familiar olor a comida y vino barato impregnaba todo el cortijo.

Desde la distancia, cualquiera podría afirmar que Don Luis de Utrera era un hombre enérgico en sus resoluciones y firme a la hora de decidir pero, lo cierto era que se sentía exhausto y que un cierto desasosiego le atenazaba la garganta. No tenía la más mínima duda de que Valeria Guzmán no era de fiar. Nunca hubiese conseguido llegar tan alto sin saber olfatear a las serpientes cuando las tenía cerca. Le estaba dejando seguir con su juego, pero él tenía el suyo propio.

—Don Luis —le sorprendió la voz de Manuel Peciña a sus espaldas.

Se giró visiblemente sacudido del ensimismamiento que le amordazaba y respondió con una sonrisa fingida.

Entró en el amplio salón y tomó del brazo al muchacho.

—Paseemos un poco, hijo— dijo con voz queda.

Bajaron los escalones de la hacienda sin hablar y se encaminaron hacia los campos que brillaban bajo las estrellas del estío. Por un instante, Luis de Utrera se deleitó con la silueta en lontananza del cercano monasterio de Santa Ana y sus cansados ojos escrutaron el contorno de piedra del edificio. Al momento, posó su mirada de nuevo en la campiña y sonrió al vislumbrar el perfil familiar de los árboles.

—¿Sabes cuanto tiempo necesita uno de éstos olivos para dar sus frutos en toda su plenitud? —preguntó.

Manuel Peciña no sabía nada de olivos, ni le interesaba demasiado saberlo. Aun así, negó con la cabeza sin ganas y esperó la respuesta de su amo.

—¡Cuarenta años! ¡Nada menos que cuarenta, Manuel! Toda una vida. Algunos de ellos seguirán dando sus frutos cuando tú y yo hayamos muerto. Mira esa hilera de allí —ordenó señalando un grupo de árboles en una loma a más de cincuenta varas de ellos—. Esos los plantó mi padre cuando yo no era más que un mocoso.  Cuarenta años, toda una vida. Pero, discúlpame, hijo. Te estoy aburriendo con mi charla

Sin esperar respuesta, Don Luis detuvo su paso y le asió con firmeza.

—Tú me conoces bien, Manuel. Te recogí de la calle. Te di un buen trabajo y un sitio donde vivir. Eres de entre toda mi gente a quien tengo en más alta estima. Para mí eres casi como un hijo —Apoyó sus huesudas manos en los hombros del joven y prosiguió su charla—. A ti no puedo

engañarte. Yo soy como uno de esos cansados y viejos olivos que ha tenido que pasar casi una vida entera para que de sus frutos y ha llegado el momento. Deseo desposar a una joven y tú la conoces: es la hija del dueño de esa lonja que te ordené quemar ésta misma madrugada.

Peciña se sentía tan incomodo con aquella charla que no pudo evitar un gesto nervioso alzando sus anchos y robustos hombros. A él solo le interesaba que su paga cayera regularmente, el vino dulce y las mujeres más dulces aun.

—Amo, no sé si debierais contarme esas cosas. Yo no sé nada sobre amoríos, lo mío es serviros con el puñal y los puños.

—Si te cuento esto —repuso Utrera, a la par que reinició su paso—, es porque voy a encomendarte una tarea que debes cumplir como si en ello fuera tu propia vida: sigue a Lucía Rinaldi allá donde quiera que vaya. Conviértete en su sombra. Quiero saber donde y con quien va. Los lugares que visita. Las compañías que frecuenta. ¡Lo quiero saber todo de ella! Te hospedarás en Sevilla hasta que se te ordene regresar aquí. Por ese trabajo tendrás doble paga por adelantado. Habrás de procurar por ella como si fuera tu propia amada. Ensilla un caballo y parte de inmediato y no permitas que nada le suceda.

El terrateniente rebuscó en los bolsillos de la camisa y sacó una bolsa con monedas que repiquetearon al caer en la palma de la mano de su empleado.

—¡Así se hará, Don Luis! —asintió vehementemente el joven sicario, girando sobre sus talones y poniendo dirección al establo.

—Una última cosa —añadió el terrateniente—. Si le tocas tan solo un cabello o si osas poner tus manos sobre ella, juro por Dios que yo mismo...

—Perded cuidado, señor. Jamás osaría semejante afrenta a vuestro honor.

Patrón y empleado se miraron un instante a los ojos hasta que el primero dio su visto bueno inclinando su cabeza.

El terrateniente observó al muchacho alejarse en dirección a la casa y suspiró pausadamente. Se preguntó si había hecho bien encomendando a Manuel esa tarea. Siempre había demostrado ser un servidor leal pero, sabía de sobra lo ardiente que era la sangre que corría por sus venas y que le

gustaba el dinero y la buena vida. Luis de Utrera se quedó largo rato sumido en sus propios pensamientos, entre las cuadriculadas hileras de olivos que se desparraman a su alrededor.

Valeria lanzó una escrutadora mirada a través de la ventana; la luz que se filtraba por el ventanuco teñía la estancia de lánguidas sombras y el crepúsculo se dibujaba en el firmamento con pulso firme, inundando la estancia de tonos ambarinos. El silencio flotaba denso y tan solo era roto por el repiqueteo de cubiertos y platos.

Hacía mucho que habían prescindido de casi todos sus criados y sirvientes y, el inmenso comedor se antojaba terriblemente vacío a la tenue luz de los candelabros. Pero eso iba a cambiar bien pronto. Su plan se había puesto en marcha. El incendio del almacén de su cuñado marcaba el inicio de una nueva y pomposa vida, sin escaseces ni necesidades.

—¿Tampoco nos acompaña esta noche esa mocosa? Insolente como su padre.

La voz de su hermano bramando le sobresaltó y se limitó a asentir.

Juan de Dios miró a su hermana tratando de adivinar que pasaba por su cabeza, pero los pensamientos de la mujer se hallaban a cientos de leguas de él. Finalmente renunció a seguir intentándolo, devolviendo su atención al plato.

—Mañana iré a visitar al converso con el que Luca firmó el acuerdo —dijo Valeria en voz alta—. Debemos ser discretos. Lucía no puede llegar a sospechar nada acerca del dinero con que su padre aseguró la lonja del puerto.

Su hermano asintió mecánicamente mientras daba buena cuenta de un pedazo de carne. Después se sumergió en sus pensamientos y el silencio regresó al comedor.

Si Luis de Utrera seguía los pasos que ella misma le había indicado, muy pronto iba a ingresar una buena cantidad en concepto de préstamo para reflotar la empresa. Dinero que Valeria sabría como encauzar hacia sus propias arcas antes de que el viejo estúpido se diera cuenta. Fantaseaba con la idea de que en apenas unos días, toda aquella pesadilla iba a terminar y serían ricos de nuevo. Una nueva vida, junto a su inseparable hermano Juan de Dios, tal vez en Las Canarias o en Barcelona, en la que dirían adiós a penurias y miserias. ¡Se acabó el recoger ellos

mismos los restos de la comida! Por fin iba a poder volver a comprar vestidos con telas importadas de oriente, vivir en una gran casa llena de sirvientes y codearse de nuevo con las compañías más selectas.

—¿Que te ronda por la cabeza? —interrumpió su hermano de nuevo mientras devoraba una manzana.

—Nada —respondió sin poder evitar una sonrisa cómplice—. No es nada Juan. Solo que tengo la certeza de que nuestra fortuna esta a punto de cambiar.

Juan de Dios era hombre de pocas palabras y menos entendederas aun, regresó a su tarea y se acabó la fruta, arrojando sus restos a la sucia chimenea que presidía la sala.

Frente a Landa se hallaba un verdadero titán. Era inmensamente alto y fornido. A buen ojo alcanzaría casi los siete pies y era robusto y ancho de espaldas como un toro. Su cuello, grueso y corto cómo el tronco de un árbol despuntaba en su pecho y apuntalaba una cabeza cuadrada, donde una escasa y frágil mata de pelo rojo le daba un aire grotesco.

Se había presentado en el convento antes de que diera comienzo la cena, llamando a la puerta con firmes y sonoros golpes. Había preguntado por el padre Landa esgrimiendo un sobre lacrado con el nombre del agustino escrito al dorso. No aceptó la invitación de esperarle dentro, prefiriendo quedarse en la calle, con las manos cruzadas sobre su pelvis y con su cabeza ligeramente inclinada hacia la izquierda.

Bartolomé Landa salió a recibirlo a la puerta. Le miró de arriba abajo y no pudo evitar al verle un gesto de sincera sorpresa.

—Vos debéis ser quien me envía ese espía incompetente para acompañarme en mi viaje. ¿Me equivoco? —inquirió el agustino.

El gigante se limitó a asentir enérgicamente con su robusta cabeza.

El padre Landa le miró unos instantes tratando de adivinar que es lo que pasaba por la sesera del titán pelirrojo.

—¿Tendréis un nombre? —preguntó sin poder evitar una burla al hacerlo.

El gigante volvió a asentir mansamente y por toda contestación retornó al instante a su posición inerte.

—¿Y bien? ¿Cuál es vuestro nombre? —repuso airado el monje.

Una tosca mueca se formó en la boca del gigante y de su garganta surgió algo parecido a un sonido gutural.

—¿Sois mudo?

De nuevo el gigante asintió con energía y sacó de entre sus ropas el sobre lacrado, tendiéndoselo al instante. Landa rompió el sello y comenzó a leer en voz alta:

***Tal y como me pedisteis, os envío alguien que os será de utilidad en vuestro viaje. Su nombre es Ramiro Ocaña. Es nacido en la villa de Medina del Campo en 1488. A pesar de su tara, a buen seguro os servirá lealmente.***

El agustino devolvió el papel a su portador y le miró complacido. Le sonrió amistosamente y le mostró el camino hacia los aposentos.

Desde aquel primer momento le agradó ese gigantón silente. Nunca alabó la retórica y la palabrería y, en su opinión, un solo hecho decía más de un hombre temeroso de Dios, que mil palabras. Al instante, tuvo la certeza de que iba a servirle bien en su misión.

**7**

Antonio estaba resuelto a acompañar a Lucía tras los pasos de su padre. Sabía de la importancia de encontrar a su amigo por su bien, el de sí mismo y el de su familia. Quedaba claro que sin patrón a quien servir, volvería a ser un despreciable calé, indigno de cualquier arraigo y obligado a un futuro incierto. De vez en cuando le venía el recuerdo de su mentor como invitado de honor en su boda, una boda gitana, por supuesto. Luca no solo le había dado trabajo, también le dio dignidad. El genovés le había rescatado de la miseria y le había convertido en su mano derecha, sin importarle nunca su procedencia o el color de su piel. Fue Luca quien le otorgó su oportunidad, ¡su única oportunidad! y eso jamás podría olvidarlo. Era el momento de devolverle el favor. Tras dar con él, podría regresar a Sevilla y procurarse un futuro, ahora inexistente. Por eso mismo, su propia familia no iba a tener más remedio que esperarle cuanto fuera necesario. Lo primero era lo primero, ya que si desperdiciaba ésta ocasión, a él y a los suyos solo les esperaba la ruina o el destierro. Eran dos poderosos motivos. Su decisión de acompañar a Lucía era inapelable.

La generosa invitación de Antonio a acompañarla en su viaje fue una inesperada muestra de amistad y desde aquel momento, Lucía no pudo por menos que poner todo su empeño en asimilar cuanto el gitano se esforzaba en enseñarle. Así fue como, en discretas clases nocturnas, Lucía, ávida de conocimientos, iba aprendiendo lo necesario para sobrevivir, sin ser descubierta, en una travesía tan larga. Antonio se enfrentó con gran pasión, a la ardua tarea de hacer un grumete de ella en tan poco tiempo. La joven aprendía rápidamente, como la avezada alumna que siempre había sido. Muy pronto, fue capaz de diferenciar las diferentes partes del barco, las costumbres a bordo y los distintos quehaceres y obligaciones que se le suponían a un grumete. Términos como estribor, babor, popa, proa, eslora, manga, mesana, trinquete o jarcias le resultaron pronto tan familiares como si se hubiese criado en un barco. La parte práctica fue la más dura, sobre todo los distintos nudos pero, a base de insistir una y otra vez, fue venciendo una dificultad tras otra. Fue un esfuerzo colosal, pero tanto maestro como pupila brillaron al más alto nivel.

—Aprendes rápido, eres lista como tu padre —dijo el gitano sin poder ocultar un tono de orgullo en sus palabras.

La muchacha se limitó a sonreír halagada.

—Aun te haremos pasar por un chico —rió el calé—. Será mejor que lo dejemos por esta noche que empieza a clarear.

El alba se anunciaba en el cielo de occidente indicando el final de la lección. La Posada del Cojo seguía siendo el lugar escogido, dada la discreción del lugar y la complicidad del dueño. Era un sitio confortable y tranquilo para ambos en el que, desde hacía ya seis noches, el gitano y la muchacha se habían estado reuniendo en secreto hasta la salida del sol. En el pequeño y destartalado cuarto situado en el primer piso, podían hablar sin interrupciones a cambio de las monedas necesarias. Tenía una única ventana que dejaban abierta para que el viento les refrescase del cercano estío sevillano y nunca había velas iluminando la estancia, toda precaución era poca. Pero no solo hablaban de barcos. Entre los dos, día tras día, se fue formando un vínculo filial que ambos agradecían y al que le eran fieles.

Salían por la puerta trasera como habían convenido con el dueño y cada uno se perdía en direcciones opuestas, sin detenerse para despedidas.

Manuel Peciña se alojaba en una posada muy cercana. Había llegado allí la misma tarde en la que el amo le ordenó partir y seguir a Lucía.

No envió ningún informe cuando, bien entrada la noche, la siguió desde el palacete de los Rinaldi, en dirección al puerto. Tampoco dijo nada cuando tanto ella como el gitano se dirigieron directamente a la habitación situada sobre la sucia taberna.

La mente de Peciña, malsana y enferma, sonreía para sus adentros al imaginar a ambos entregados a la pasión, tras esa ventana que dejaban abierta cada noche y donde no se veía vela alguna encendida. Astuto y cauto, sabía que la noticia enojaría a su patrón, así pues decidió seguir callado hasta que llegase el momento de sacar más partido de esa información.

Discretamente se apoyó en el portal vecino cuando vio ambas sombras salir por la puerta trasera y sonrió maliciosamente al verles partir a cada uno en una dirección opuesta. Sin ninguna prisa, también él se encaminó calle arriba en dirección a su posada.

—¿Qué es esto— exclamó iracunda Valeria—. ¿Pretendes engañarme, judío del demonio?

La mujer mostraba en sus ojos todo el veneno que recorría sus venas. La cantidad que aquel converso enclenque le había dado era muy inferior a la que ella misma esperaba. Tenía los brazos cómicamente abiertos y sostenía en alto una bolsa de monedas que no paraba de girar nerviosamente sobre la marmórea palma de su mano. La arrojó con furia sobre la mesa.

—La suma es la acordada con vuestro cuñado —dijo el banquero sin darse por ofendido.

La ponzoña fue abriéndose camino desde los ojos de la mujer y fue bajando por sus sienes, inyectándolas de color sangre hasta estallar en su boca.

—¡Puerco converso! —bramó.

La oficina del banquero estaba desierta a esas horas y en su lánguido despacho, tan solo dos figuras se retorcían a la luz de las velas.

—¡Serenaos, Doña Valeria! Esa es la cantidad pactada tras deducir una *pequeña cantidad* por algunos inconvenientes —exclamó el judío alzándose de su silla.

Valeria trato de sosegarse sabedora de que la mejor argucia era siempre la aparentemente más dulce e inesperada.

—¿A qué inconvenientes os referís —preguntó pausadamente.

El banquero volvió a recostarse en su sillón y puso sus delgados y huesudos dedos bajo el mentón. Hizo un aspaviento, rechinando los dientes al mismo tiempo.

—Bueno... como ambos sabemos, vos no sois exactamente la beneficiaria de esta cantidad —se relajó recostándose del todo—. Si he accedido a entregárosla no es más que por hacer, por llamarlo de alguna manera, una acto de caridad. ¿Acaso no estamos ambos de acuerdo?

La mujer se limitó a asentir, fingiendo una sonrisa de medio lado que no pudo disimular la virulencia que albergaba dentro de sí misma.

—Pero —prosiguió el banquero—, no tuvimos en cuenta ciertos inconvenientes. Hay que acallar ciertas lenguas en la ciudad, comprar a ciertas personas y mi propio silencio también tiene un precio, como fácilmente vos comprenderéis.

—Lo comprendo —interrumpió Valeria levantándose de su silla y rodeando lentamente la mesa—. Pero, quizás haya una manera mejor de solucionar este pequeño malentendido.

Las serpientes atacan cuando menos se espera. Sueltan su veneno de forma magistralmente veloz, inoculando su ponzoña con tal presteza que sorprende a su descuidado adversario. Y así fue, el judío no vio salir la afilada hoja del puñal de entre las ropas de Valeria. Ni vio, de igual modo, como la colocaba en la palma de su mano, oculta tras su espalda. Sus palabras se enroscaron en su cuello y no fue consciente del peligro hasta que sintió el acero abriéndose paso en su abdomen. Instintivamente, se llevó la mano al vientre que se tiznó de sangre al instante. Solo pudo emitir un silencioso quejido tras el cual, cayó de la silla hacia delante, golpeándose la frente y quedando inerte sobre la mesa, con una maraña de pliegos y legajos a su alrededor y la sorpresa esculpida en su rostro, convertido en un rictus mortal.

Valeria levantó la cabeza del judío hacia atrás, recostándolo en el respaldo de la silla mientras, de sus entrañas, brotaba un clavel empapando sus propios ropajes de carmesí. Encontró una bolsa repleta de monedas en uno de los cajones del escritorio, que se apresuró a guardar bajo sus ropas junto con la que el banquero le había dado. Recogió los documentos a los que hacía referencia su visita esa mañana y salió del despacho con el pulso acelerado en las sienes. Caminó deprisa, amparada en la oscuridad de la noche hasta que, exhausta, se detuvo a descansar unos instantes bajo el toldo de una herrería. Lo había hecho y no sentía ningún remordimiento. Aun así, quedó largo rato desasosegada, allí sentada. Instantes después, todo su pesar se reducía a la tinción roja brillante de sus manos y ropajes.

Tras comprobar que no había sido vista, desapareció entre las callejas.

La neblina púrpura que envolvía la selva le atenazaba como una garra invisible, exhalada de las raíces de los gigantescos árboles que le rodeaban, teñía el angosto paisaje con una aura fantasmagórica, que le sumía en un rítmico sopor que taladraba sus sienes y que extendía cada latido de su corazón por todo su cuerpo. Bartolomé Landa conocía el lugar pues había estado antes allí, aunque desde su regreso de Santo Domingo no había vuelto a soñar con él. La misión papal le había traído de nuevo sus ecos espectrales y se sentía como un niño asustado en mitad de aquel magnifico espectáculo. Los sonidos de la selva, hace tiempo olvidados, regresaron a sus oídos con una terrorífica claridad, resonando con fuerza en su cabeza. Se dijo así mismo que estaba soñando, lo cual no le trajo la calma que ansiaba. Comenzó a caminar entre los gigantescos árboles, sorteando las raíces que le salían al paso. El eco de la selva era cada vez mas claro y comenzó a temer que alguna suerte de embrujo le hubiese enviado allí nuevamente. La angostura del paisaje de sus sueños se torno súbitamente en sofocante y sintió que le costaba respirar. Caminó unos centenares de pasos, que le parecieron un millar de leguas y la estrechez de la selva dio paso a un claro igualmente sumido en una densa niebla. Se adentró en él, sabedor de lo que vendría a continuación. Se persignó ante la visión que le era tan familiar como aterradora. Una docena de hombres colgados de los árboles que circunvalaban el claro se balanceaban macabramente con la suave brisa ante sí. Salió corriendo y se tropezó, a ambos lados del camino, con las siluetas de otros tantos hombres empalados y nuevamente, el terror se apoderó de él. La niebla que le rodeaba giraba sobre sí misma formando torbellinos, se levantó un fuerte viento que hizo que los cuerpos sin vida de los finados se balanceasen al unísono, para su desesperación, amenazando con caer a tierra. Se hundió de rodillas incapaz de dar un solo paso más y suplicando que el buen Dios le despertase, gritó tan alto como pudo.

Despertó en mitad de la noche. Una película de sudor perlaba su rostro. Se incorporó en su lecho, ahogando un grito que no llegó a ser poco más que un murmullo. Su suspiro, profundo y desazonador, resonaba en la pequeña celda y ayudado por la calma que inundaba el humilde convento, despertó a su nuevo compañero. El titán pelirrojo, que quedó unos instantes sumido en

un duermevela inquieto, se levantó del pequeño camastro donde había dormido estas últimas noches e instantes después, alcanzó a encender un velón que reposaba en el suelo junto a él. La luz chisporroteó unos segundos para crecer después, expandiendo su enorme figura por las paredes encaladas de la estancia y descubrió al monje sentado sobre el lecho, absorto en sus propios pensamientos. Preocupado, se acercó a él y su presencia pareció alertar al agustino, que despertó de su ensimismamiento como por encanto. Ramiro se esforzó en hacer entender al sorprendido Landa que se preocupaba por su estado. El religioso, al final, entendió los gestos y tras unos instantes, consiguió tranquilizar a su criado. Ambos regresaron a sus respectivos lechos y durante unos minutos la misma calma, serena y mansa, que invadía aquellas cuatro paredes, regresó arrullándoles.

A Bartolomé Landa, los sueños que le habían despertado le siguieron persiguiendo cuando la oscuridad se cernió de nuevo sobre él. Incapaz de conciliar el sueño, encendió nuevamente la vela despertando de nuevo a su mudo ayudante a quien, con un gesto, ordenó permanecer sin hacer ruido alguno.

Se incorporó del todo en su camastro y rebuscó en su pequeño baúl en busca de las copias de los manuscritos que venía portando desde el comienzo de su viaje. Regresó a tumbarse de nuevo en el lecho, que se quejó crujiendo como un árbol a punto de caer. Sostenía en su mano la traducción que el Santo Padre había mandado hacer para él. El original, tal y como había podido comprobar en Roma, era tan solo un pergamino estropeado y difícilmente legible debido al paso del tiempo. Lentamente lo releyó tal y como había hecho casi cada noche y desde que le fue encomendada su misión, sin antes preguntarse una vez más, cómo había llegado al Vaticano un documento tan valioso, perteneciente a la Corona portuguesa.

***Yo, Caetano Mascarenhas, Capitán del ejército de su majestad, afirmo que en el poniente existen unas tierras tan plenas de riquezas que no es posible abarcar su totalidad con la mirada. Tantas son las maravillas en este lugar, que no tiene parangón alguno con cuantas antes haya visto ojo humano, hasta tal punto que mis hombres han dado en compararlo con el paraíso terrenal.***

***Estas tierras han resultado ser habitadas, pues hemos hallado un grupo de naturales de piel cobriza, ataviados de manera impúdica, desconocedores de la Santa fe y que no han conocido cristiano alguno. Una vez pudimos acercarnos a ellos comprobamos, no sin sorpresa, que se adornaban con oro. Al preguntarles por su procedencia, señalaban vagamente hacia el sudoeste y no fue sino después de torturarles y de matar algunos, cuando mis hombres les arrancaron el origen de tal oro, tierra adentro, en las proximidades de un gran lago que ellos tienen por sagrado y donde no se atreven a acercarse por creer que está habitado por los seguidores de un dios pagano al que temen y que llaman Manoate.***

***Aunque las fuerzas de la expedición que dirijo están seriamente mermadas, ya que perdimos la otra nao con su tripulación hace casi un mes, hago constar que emprendo la búsqueda del oro, en el interior de la isla y hacia el sudoeste, buscando tal lago, al frente del grueso de mis tropas, mientras que ordeno regresar al resto de mis hombres en la nao que hemos podido salvar, para dar a vuestra majestad testimonio de lo aquí acontecido.***

***Asimismo ruego a su majestad, a quien fielmente sirvo, tenga a bien disponer cuanto sea menester para traer hasta estos lejanos parajes y sus gentes la palabra del Señor, a fin de cristianizar estas tierras bárbaras.***

***Hago tales afirmaciones con propio conocimiento de lo que aseguro, pues han sido mis propios ojos los que han visto todo lo que aquí relato.***

***En el año del Señor de mil cuatrocientos ochenta y uno.***

No sabía muy bien porqué pero, aquel pasaje que ya conocía de memoria, le traía la calma que ansiaba y le ayudaba a conciliar el sueño.

Desde la distancia que separaba sus lechos, Ramiro Ocaña le miraba imperturbable. Se incorporó junto a él, mientras observaba con sumo cuidado el trozo de papel que subía y bajaba acompasando la calmada respiración del sacerdote, tras lo que sopló el velón que languideció unos segundos antes de sepultarles de nuevo en la oscuridad.

Lucía acababa de tomar la decisión de abandonar de forma inmediata la casa familiar, que hacía tiempo se le antojaba ajena. Se sentía en peligro. Después, desde la ciudad, enviaría una carta de despedida a su querida ama, sin información capaz de comprometerla. Le partía el corazón marcharse tan furtivamente, como un ladrón en mitad de la noche, pero estaba decidida a hacerlo sin mirar atrás.

La luna llena resplandecía en el cielo andaluz como una joya argentina y los campos de nácar y grana brillaban herrumbrosos en la madrugada. Lucía atravesó el bosque que rodeaba al palacete en total mutismo, tal y como había venido haciendo cada noche desde hacía una semana. Había salido a hurtadillas de sus aposentos, bajado la escalera, dejando tras de sí los ronquidos de su tío, entrado en la cuadra, ensillado el caballo y, perdiéndose entre las sombras, puesto rumbo a la ciudad para reunirse con el gitano.

Cabalgaba despacio, esquivando las ramas de los pinos que le rodeaban. Los cascos del caballo emitían un crujido que resonaba entre los árboles con un ritmo monótono. El camino que ascendía hasta su casa era más rápido y directo pero, trataba por todos los medios de no llamar la atención y había dado ese rodeo desde la primera noche. Eso le había evitado encontrarse de frente con la comitiva que se acercaba.

Aun no había dejado la seguridad del bosque cuando, a una legua escasa de ella, divisó sus antorchas. Con un gesto firme, tiró de las riendas deteniendo el ritmo de su montura y quedó a la espera en silencio. Ascendiendo por el polvoriento camino, contó tres antorchas iluminando la noche estrellada. Retrocedió hasta el abrigo de un tronco, donde tras desmontar ató su caballo. Lenta y cautelosa se acercó hasta el límite del bosquecillo y en cuclillas, les observó oculta por la oscuridad. Cuando, por un instante, el serpenteante sendero les ocultó de su vista, ya escuchaba claramente el inconfundible sonido de cascos de caballo y su propia montura relinchó nerviosa. Lucía trató de calmar al animal. Desde allí, la única dirección que podían seguir los desconocidos era la de su propia casa, donde sus tíos a buen seguro dormían ajenos a todo aquello. Un momento

después, ya los divisaba claramente y decidió que, nadie con buenas intenciones merodearía tan alejado de Sevilla tras la puesta de sol. Se mantuvo agachada entre unos matorrales y esperó que pasaran a su lado. Tal y cómo había deducido por el número de antorchas, eran tres jinetes. No atisbó a ver más. Una vez hubieron pasado, Lucía los vio alejarse en dirección a la casa, dejando una nube de polvo ocre que quedó unos instantes suspendida en el aire a la luz de la luna.

—¡María! —susurró.

Su ama también se encontraba en la casa, seguramente durmiendo confiada. Si algo le sucediera no se lo perdonaría jamás.

Tratar de regresar sobre sus pasos seria una locura. Entre los árboles y en la oscuridad no solo no llegaría a tiempo de avisar a su ama, sino que tendría suerte de no acabar por tierra tras golpearse con una rama. Solo podía hacer una cosa.

Manuel Peciña había estado a la espera como cada noche. Conocía tan bien la rutina de la muchacha que no necesitaba ir a su encuentro campo a través.

—Podría ahorrarme el paseo y esperarla tranquilamente a la puerta de la taberna donde se reúne cada noche con el gitano —se había dicho horas antes.

Pero siempre había tenido instinto de cazador y ese instinto le había empujado, aquella noche, a montar guardia entre los árboles que rodeaban el palacete de los Rinaldi. Ató su caballo, manteniéndolo a salvo de miradas curiosas y se apostó en una loma, sentándose sobre una roca desde donde podía ver cómodamente la puerta de acceso.

Tal y como sabía que ocurriría, Lucía había salido a la hora de costumbre. Con pasos felinos y sin perder de vista a la muchacha, se había dirigido hacia su caballo para montarlo en silencio. La siguió entre la espesura sin que ella se percatara de nada. Sin embargo, la muchacha era lista y no llevaba antorcha alguna que delatara su posición, por lo que para no perderla debía seguirla muy de cerca, con el riesgo de ser descubierto que ello implicaba.

Todo parecía ir sobre ruedas hasta que, durante unos instantes, perdió de vista a su presa. Nervioso, desmontó y buscó a la joven con sumo cuidado de no hacer ningún ruido que desvelase

su presencia. No fue hasta que, desorientado en la oscuridad, se topó literalmente con la montura de Lucía.

El caballo relinchó nervioso y estuvo a punto de alertar a su dueña. Pero Manuel reaccionó con presteza agachándose y sin emitir el más mínimo ruido. ¿Por qué demonios se había detenido allí esa condenada mocosa?

Sigiloso, se acercó todo lo que pudo a la joven. De improviso, un grupo de jinetes cruzó veloz junto a ellos, cogiéndole desprevenido. Se lanzó al suelo y rodó sobre sí mismo. El ruido de los caballos amortiguó el sonido de su cuerpo sobre la viruta que alfombraba el lecho del bosque.

Instantes después vio la figura de su presa alzarse a menos de diez pasos de donde él se hallaba y se arrastró en busca de una posición menos comprometida. Escuchó un crujido bajo su cuerpo y se mordió los labios, a la vez que sacó un puñal que ocultó bajo sus ropas. No debía ser descubierto y si así fuera, se aseguraría de no dejar testigos.

María Núñez no hacía preguntas a *su niña,* pues demasiado sabía de su carácter impulsivo, pero barruntaba que Lucía tramaba algo. Algo secreto y sin duda de naturaleza peligrosa. Hacía varios días que sabía que la muchacha salía de sus aposentos al amparo de la noche y se ausentaba hasta casi entrada el alba. Nunca dijo palabra alguna acerca de las excursiones nocturnas de su pupila, cuando tenía el beneplácito de su pobre tío Tomás, en busca de Dios sabe que pendencias pero, la veterana ama, sentía que esta vez se trataba de algo diferente.

La joven estaba en edad de tener amoríos pero, conocía lo suficientemente bien a Lucía como para tener serias dudas de que estuviera interesada en varón alguno. Por el contrario, la muchacha pasaba la mayoría del día en su compañía.

Tras la muerte del padre Ávila, Lucía había estado más ensimismada y meditabunda que de costumbre y, desde el incendio del almacén, su actitud reservada incluso se había acentuado. Había temido por ella muchas veces antes, pero ahora tenía una honda preocupación que le hacía sentir como si su corazón fuera a salirle del pecho.

Saltó del lecho y se encaminó en dirección al cuarto de la joven con paso cauto. Se asomó al interior de la habitación vacía y tuvo la certeza de que no vería a Lucía en mucho tiempo. Fue un presentimiento que flotó sobre su cabeza como una nube de tormenta y que le produjo una gran angustia. Lucía era tan solo una niña y lo que estaba padeciendo tal vez le superara. Se acercó a la cama donde tantas veces la había arropado y se tumbó en ella, musitando una plegaria en sus labios. Rezó por qué su niña estuviera bien, adonde fuera que estuviera.

—¡Alto! — gritó Lucía espada en mano.

Era una locura. ¡Una completa locura! Lo sabía de sobra pero, no podía permitir que nada malo le sucediera a su ama. Eran tres hombres contra ella y por lo que Lucía pudo ver, bien armados. Pero eso no la detendría. Había tomado un atajo cabalgando entre la espesura del bosque y les había adelantado a menos de media legua de la casa, apostándose a la espera en mitad del camino.

—Hombres de bien —respondió uno de los jinetes.

—¿Qué hacen hombres de bien a esta hora y en unas tierras que tienen dueño? —preguntó desafiante la muchacha.

Los jinetes se miraron con gesto de sorpresa. Lucía podía verlos mejor ahora a la luz de las antorchas. Eran hombres bien aseados y de ropas de gusto refinado y caras. Montaban caballos bien pertrechados y que denotaban buenos cuidados. Cuanto menos eran cualquier cosa excepto vulgares bandidos. Uno de ellos, el que parecía comandar el grupo a tenor de su porte altivo, se adelantó y tomó la palabra.

—Buscamos a Luca Rinaldi. ¿Son estas sus tierras?

—¿Quién lo busca?

—Mi nombre es Miguel Álvarez y estos dos caballeros me sirven fielmente. Soy amigo de Luca. Unos asuntos me reclaman en Cádiz y me he desviado del camino expresamente para rendir

mis respetos a un viejo amigo. Es por eso que nos alcanzó la noche cabalgando. Mas no creo haber errado, ¿estas son sus tierras, no es así? —volvió a preguntar el extraño.

El jinete hizo una sentida reverencia para apoyar sus palabras.

—Soy Lucía Rinaldi.

El caballero sonrió a sus hombres. Arrió su montura y ésta dio tres pasos en dirección a Lucía. Acercó la antorcha en dirección a la muchacha para iluminarla.

—A fe mía que ese temperamento valiente es sin duda alguna herencia de vuestro padre pero, envainad vuestra espada, ya os dijimos que somos hombres de bien. ¿Qué asuntos entretienen a ese condenado genovés que envía a su hija a vigilar lo suyo? —exclamó en tono jovial.

Lucía sabía que no son estos tiempos para fiarse de alguien pero, el solo hecho de escuchar el nombre de su padre, aunque sea de boca de un desconocido, le llenó de alegría y guardó la espada.

—Por lo que parece, hace mucho tiempo que no tenéis noticias de mi padre. De lo contrario sabríais que se halla en Las Indias desde hace ya tres años.

El desconocido soltó un juramento y se sacó el sombrero rascándose la cabeza con gesto reflexivo.

—¿En América? ¡Voto a tal. —vociferó—. ¿Tenéis montura? Traedla y guiadnos hasta vuestra casa, he de hablar urgentemente con vos.

—No es un lugar seguro para los amigos de mi padre —sentenció Lucía internándose en la espesura del bosque y regresando instantes después a lomos de su caballo—. Seguidme hasta la ciudad. Os presentaré a alguien que comparte con vos la amistad con mi padre.

Manuel Peciña salió al camino cuando el grupo se había alejado lo suficiente. Su olfato de cazador le decía que esa noche iba a estar en posesión de información de la máxima importancia. Espoleó su montura y partió hacia Sevilla levantando una gran nube de polvo tras de sí. Sabía dónde encontrar a su presa.

# 9

Llegaron a la taberna tras atravesar rápidamente las calles de la ciudad. Amparados por la quietud de la noche descabalgaron en silencio y dejaron sus monturas en el patio trasero, tal y como hacía Lucía cada noche. La conversación que habían mantenido durante el trayecto, había consistido en un inquisidor interrogatorio con el que la joven *obsequió* al caballero. Las respuestas que este le fue dando, fueron suficientes para convencerla de que era merecedor de su confianza.

Antonio llevaba largo rato impaciente. No era normal que la muchacha se retrasara. Había acudido puntual a su cita cada noche y la tardanza comenzaba a preocuparle. Escuchó el sonido de caballos entrando en el patio y asomó su cabeza chata por el ventanuco. Tras la sorpresa, su primer gesto fue de recelo. Era Lucía pero, ¿quién la acompañaba? La vida le había enseñado a no fiarse de los desconocidos e instintivamente sacó de la bota una pequeña daga. Se apoyó contra la pared, detrás de la puerta y esperó en silencio a que entraran. No pasó demasiado tiempo hasta que la contraseña que la pareja había creado sonara en la madera. Tres golpes secos y después uno más.

—Adelante —respondió preparando el hierro.

Lucía entró primero y tras ella el grupo de jinetes que, en un gesto cortes, se despojaron de sus sombreros.

—¡Quédate tranquilo Antonio! —exclamó la muchacha al verle daga en mano—. Son amigos.

Los caballeros ya habían desenvainado con presteza sus espadas y hacían frente al gitano que retrocedió con desconfianza hacia la ventana.

Rápidamente, la joven le puso en antecedentes y tras el violento primer momento, el silencio se apoderó de la estancia.

El calé volvió a guardar el arma en su bota y tras las presentaciones, aun sin entender muy bien lo que sucedía, pidió disculpas.

Manuel siguió al grupo hasta la taberna. Desmontó en el callejón trasero y se encaminó con discreción hacia la posada.

Desde el alfeizar donde se había apoyado, podía ver la luz de la vela a través de la ventana y por primera vez, comenzó a pensar que los asuntos que Lucía y el gitano se traían entre manos quizá no tenían nada que ver con los amoríos. Necesitaba saber lo que sucedía en aquel condenado cuarto y para averiguarlo estaba dispuesto a hacer cuanto fuera necesario.

Antonio salió unos instantes de la pequeña habitación en busca del dueño de la posada. Hacía calor esa noche y la estancia rezumaba olor a moho y a polvo.

—Tenéis buen valedor —sentenció Miguel—. No habría dudado en lanzarse sobre nosotros sin mediar palabra alguna. Decidme, ¿qué negocios os traéis con él a éstas horas?

La luz de la vela jugueteó con sus siluetas expandiéndolas por las paredes encaladas.

—Antes de hablaros de mis asuntos y de los de Antonio, debéis responderme a algunas preguntas.

El caballero sonrío divertido y suspiró con un fingido gesto severo pintado en su faz.

—El mismo carácter que vuestro padre, sin duda —sentenció—. Sea pues como queréis. ¿Qué deseáis saber?

Lucía podía ver su rostro, antes oculto por las sombras de la noche. Era un hombre de mediana edad, cercana a la de su padre, de cabello corto y con una ligera tendencia a la calvicie, de pómulos afilados, poblada barba preñada de canas y escaso en carnes. Si se le quitasen sus lujosas ropas, bien podría pasar por un carnicero u otro mercader. El caballero se quitó los guantes con parsimonia y la joven pudo percatarse de que le faltan tres dedos de la mano derecha.

—Os habéis presentado aquí, alegando que tenéis amistad con mi padre, sin que yo haya oído hablar de vos jamás. Comprenderéis que tengo motivos para recelar. Decidme. ¿De qué conocéis a mi padre? ¿Qué sabéis de él?

Don Miguel hizo una pausa antes de responder y se mesó los cabellos como queriendo revivir tiempos pasados.

—Podría aburriros con mil historias sobre vuestro padre y yo mismo y de nuestras correrías pero si, según decís, Luca se halla en La Española desde hace tres años, es menester que os cuente algo que seguro tiene mucha relación con ello. Pero antes, permitidme que os hable de mí. Es una larga historia, pero es necesario que lo escuchéis todo para poder comprender. Comencemos pues por el principio. Soy nieto, hijo y quien sabe cuantas generaciones atrás más, de soldados. Así pues, cómo no podía ser de otra manera, también yo seguí ese camino. Luché contra los moros en Huéscar, Mojácar, Ronda, Fuengirola y en tantas batallas que he perdido la cuenta. Sin olvidar Granada, donde perdí los dedos de la mano derecha. Después de eso y por la insistencia de mi esposa, tuve que solicitar un destino menos peligroso y así fue como acabé de Capitán aquí, en Sevilla, en el año de mil cuatrocientos noventa y tres. Fue entonces cuando conocí a ese genovés loco: tu padre. No era más que un soñador que apenas podía todavía pronunciar palabra en castellano. El padre Mateo Ávila y yo le tendimos una mano. Era el hombre más apasionado con cuanto hacía que jamás han visto mis ojos. Sin apenas dinero, y a fuerza de voluntad y tesón fue haciéndose con ésta ciudad.

El regreso del gitano que traía una jarra de vino interrumpió el relato del caballero que, tras apurar agradecido un trago que le sirvió el calé, continuó su relato.

—Vuestro padre siempre fue osado y un tanto temerario y como buen genovés, amante del vino y del juego. Solíamos salir cada noche por las tabernas del puerto y regresar a altas horas. Eso, por supuesto, fue antes de conocer a vuestra madre. Cierta noche, estábamos en uno de los tugurios que frecuentábamos cuando escuchamos contar a un marinero portugués una extraña historia, decidimos convidarle a un jarro de vino a cambio de su conversación. Era un hombre extraño, taciturno y, en todo momento, daba la impresión de tener la cabeza en las nubes, pero lo que contaba fascinó a Luca, más de lo que yo entonces llegué a sospechar. Esa noche habíamos bebido más de lo aconsejable y estábamos un tanto ebrios. La taberna estaba frente al río, no muy lejos de donde ahora nos encontramos. Por aquel entonces, el puerto de Sevilla no era tan importante como en estos días y más de la mitad de los edificios que ahora alberga no existían. El portugués, del que no recuerdo su nombre, pero sí que estaba muy enfermo y que tosía sin parar, quiso agradecer la invitación revelándonos, aparentemente, un gran secreto. Los tres habíamos

bebido, como ya he dicho, y le seguimos el juego. Se empeñó en hacernos creer que participó junto al mismísimo Cristóbal Colón en su primer viaje al Nuevo Mundo e, incluso, llegó a decir que lo que estaba a punto de desvelar le había sido transmitido por el almirante en persona, una información por la que muchos hombres matarían o darían su vida. Tras hacernos jurar que no revelaríamos nada de cuanto nos iba a decir, afirmó que conocía el paradero de un gran tesoro, reunido y escondido por los naturales de la isla, se refería a la recién descubierta Isla Española, para ponerlo a buen recaudo de cristianos. Nos habló acerca de mapas y manuscritos antiguos que habían llegado a sus manos. De un viaje que jamás regresó a Las Indias antes de que la Corona de Castilla fletase el del almirante. De la existencia de moros y cristianos en esas tierras antes de la llegada de Colón y de no recuerdo cuantos desvaríos más. Yo creo que simplemente supo adornar historias que a su vez, había oído antes de alguien en alguna otra taberna.

Lucía y el gitano intercambiaron una mirada cómplice. Aquella conversación se estaba volviendo cada vez más interesante.

—Como podéis imaginar —prosiguió Don Miguel—, no tomé en serio sus palabras. Por más que nos diera toda clase de detalles para hacer creíble su loca historia pero, Luca quedó impresionado por el relato del marinero. Si os soy sincero, siempre creí que vuestro padre andaba tras una historia parecida tiempo antes de conocerme, tal era la atención que ponía en las palabras de ese loco y que me aspen si ese encuentro no volvió a prender la mecha de algún antiguo interés. Los siguientes días, Luca se empecinó en encontrar pruebas de la veracidad de la historia de el Portugués y de nada sirvió que tratara de disuadirlo. Es tozudo como una mula, bien lo sabréis. Semanas después conoció a vuestra madre y tras desposarse con ella, nuestra relación se tornó más esporádica. Aun así mantuvimos nuestra amistad en tanto nuestras obligaciones nos lo permitieron. Meses después mi esposa falleció de unas extrañas fiebres, tras lo cual decidí regresar al servicio de armas. En mil cuatrocientos noventa y cuatro murió Ferrante, el primo del rey, quedando el trono de Nápoles a la merced de italianos y franceses. Me alisté en los ejércitos de Don Fernando de Aragón con el fin de interponer la máxima distancia posible con Sevilla, donde tantos recuerdos tenía. Me embarqué en el otoño de ese mismo año en dirección a Sicilia. La tarde en la que nos despedimos, Luca seguía teniendo en la cabeza la historia que ese marinero loco nos había contado.

Me prometió que algún día demostraría que era tan real como el sol que nos ilumina. Cuando partí, en honor a la verdad, lo hice temiendo por mi amigo. Sin embargo, no aconteció nada desde aquella fecha hasta hace tres años y he de confesar con rubor, que el tiempo y la distancia hicieron que la amistad de vuestro padre fuese cayendo en el olvido o, cuando menos en el desuso. Me instalé en Florencia donde volví a desposarme, dejé el Servicio a la Corona y fundé un pequeño negocio que me permite vivir de manera holgada...

—Dijisteis que nada había acontecido hasta hace tres años. ¿Qué sucedió entonces? ¿Tuvisteis noticias de la partida de mi padre? —interrumpió Lucía sin reparo.

—No exactamente pero algo sucedió que me dejó escamado —repuso el caballero ladeando su cabeza—. En la primavera de mil quinientos diez, recibí en efecto nuevas de vuestro padre. No sé de qué manera, pero averiguó mi paradero y me envió una carta que me dejó sumido en la más terrible de las dudas y con verdadero temor por él. En ella, Luca me explicaba que había hallado las pruebas que certificaban la autenticidad de la historia del marinero portugués y el deseo por su parte de embarcarse en pos de tal tesoro. Podéis imaginar cual fue mi turbación al ver despertar algo que creía definitivamente relegado al olvido y que no dejaba de ser, para mi, el mayor de los disparates, y así se lo hice saber en una carta que me apresuré a enviarle. No obstante, y pese a la tozudez de vuestro padre, no le consideré capaz de emprender tal empresa. No volví a tener noticia alguna, pero no le di importancia. Confiaba que mi carta, y también el sentido común, habrían terminado por alejarle de tamaña locura, pero…

—Tal vez no sea una locura —interrumpió Lucía.

La afirmación de la joven hizo alzar la cabeza al caballero, quien se la quedó mirando con curiosidad.

—¿Qué dices? ¿Acaso tú también crees esos cuentos de marineros?

Entonces, Antonio y Lucía le relataron con detalle la historia del cofre y de su contenido: la carta del tío de Luca, el pergamino del marinero portugués, los mapas... además del incendio de la lonja, la misteriosa muerte del padre Ávila y todo cuanto había acontecido en las semanas anteriores.

—No sé si mi padre tenía razón o no en creer en la existencia de ese oro —sentenció la muchacha—. Solo puedo deciros que si algo sé acerca de él, es que no es de los que dejan cuanto tienen en aras de una ilusión. Podéis creer que si Luca Rinaldi se embarcó en esa aventura, es porque las pruebas de la existencia de ese tesoro eran irrefutables y en cuanto a mí, juro que para encontrarle iré al mismísimo infierno si es menester. Mi padre sigue vivo ¡Estoy segura de ello!

Miguel Álvarez reconoció al instante, la misma mirada apasionada e incendiaria de su antiguo amigo en los ojos de la joven.

Lucía juzgó afortunada la coincidencia de encontrar a un antiguo amigo de su padre y que merecía saber todos los detalles, así que procedió a relatarle sus planes de embarcarse. Cuando concluyó, el caballero la miró en un hito. Finalmente, tras sopesar sus palabras, Miguel Álvarez habló con franqueza.

—Siento una gran penar por la muerte del Padre Ávila, pues en verdad le apreciaba. Ha sido una terrible noticia para mí. Por otra parte, entiendo lo que estáis haciendo y si estáis decidida considero inútil tratar de disuadiros—dijo con tono grandilocuente—. Permitidme al menos que, en nombre de mi amistad con vuestro padre, os ofrezca mi ayuda y redacte una carta que os será de utilidad en La Española. Tengo un amigo en isla que podrá ayudaros en la búsqueda de Luca, se trata de un viejo compañero de armas, ahora propietario de unas tierras cerca de Santo Domingo y que no dudara en tenderos la mano si así se lo pido.

La joven, sabedora de que cualquier ayuda allende de los mares sería bienvenida, agradeció el gesto al caballero.

El sol comenzaba a clarear en el cielo cuando se despidieron. Los tres caballeros ensillaron y partieron en dirección a Cádiz mientras, Antonio y Lucía todavía permanecieron en el viejo cuarto. Restaban pocas horas para la partida y había un par de cosas que hacer antes de embarcarse. Lucía estaba segura que sus tíos no iban a notar su ausencia, al menos durante unas horas, así que eso no le preocupaba demasiado, pero lamentaba que las líneas que estaba escribiendo, y que haría llegar a manos de su ama, fueran la triste manera de despedirse de alguien que sentía como a la madre, a quien nunca conoció.

Escondido entre las sombras que comenzaban a desaparecer bajo la tibieza del sol, Manuel sonreía. Lo que había tenido oportunidad de escuchar, tenía más valor que el jornal de cien años.

Ahora tenía que hallar el modo de embarcarse él también para poder seguir a la muchacha, para dar primero con su padre y después con el tesoro.

## 10

El espejo que sostenía devolvió a Lucía un sorprendente retrato de si misma. Los intensos acontecimientos que había vivido en estos últimos meses eran los culpables del prematuro envejecimiento que empezaba a asolar su faz: la ya muy lejana partida de su padre y el descubrimiento de los auténticos motivos de su viaje, la siempre insoportable convivencia con sus tíos, el fallecimiento del padre Ávila, el incendio de la lonja y el encuentro con Don Miguel. Pero lo peor de todo era la absoluta y desesperante falta de noticias. Ningún barco, ningún viajero, había traído noticia alguna de Luca en tres años. Era como si nada más pisar la isla se lo hubiera tragado la tierra. Toda esa angustia y frustración se reflejaba en su rostro cansado.

Se mesó los cabellos que le caían graciosamente en bucles sobre su rostro felino, ahora un tanto lacios y sin vida, se palpó las ojeras, causantes de dejar en su faz la seña de una madurez adelantada, y se sorprendió de estar al borde del llanto. Sus mejillas, antes sonrosadas parecían ahora pálidas y mortecinas a la luz de la vela. Nunca fue una de esas jóvenes coquetas y presumidas pero, aun así, la imagen que le devolvía el gastado pedazo de cristal no le gustaba en absoluto. Alejó de su cabeza aquellos pensamientos sacudiendo la cabeza con brío y con pulso firme, asió la navaja que reposaba sobre la cama. Cerró los ojos. Estaba a punto de mutilarse a si misma y no quería ser testigo del primer corte. Un mechón negro como el azabache y que se disolvió en multitud de cabellos cayó al suelo de la habitación. Abrió los ojos y suspiró profundamente antes de continuar. Jamás imaginó que algo tan banal como cortar su melena le iba a suponer tanto dolor. El sonido frío y seco del metal cortando su cabello le producía una especie de desasosiego. Le obligaba a apretar los dientes con fuerza, pero ya no podía echarse atrás. Inspiró profundamente y prosiguió con determinación su tarea.

El sol se filtraba por las rendijas del ventanal y los cabellos flotaban en sus rayos de luz acompañados de un polvillo azulado que levitaba inerte en la habitación. Cuando llevaba más de la mitad del trabajo hecho, se sorprendió así misma llorando. Regueros salados surcaban su rostro aceitunado y se descolgaban de la barbilla brillando a la luz de la mañana. Se frotó con rabia las

mejillas tratando de frenar la avalancha de lágrimas que amenazaban con fluir de sus ojos y tan solo consiguió que éstas renacieran con más ardor. Diez minutos más tarde había concluido.

Alzó nuevamente el espejo frente a sí y se miró con cautela. Había sido un corte rápido y precipitado que todavía no disimulaba lo suficiente sus facciones femeninas, pero que podría hacerle pasar por un muchacho bien parecido y barbilampiño, un paje o como mucho un grumete. Aun así, iba a necesitar mucha suerte para no ser descubierta.

Sobre la cama reposaban las ropas que Antonio le había dejado. Un viejo y gastado chaleco de piel marrón, una camisa blanca que bien podría ser tomada por jubón a juzgar por su tamaño, unas sucias botas de fieltro negras, y unas mallas también negras. Rasgó una de las sábanas que descansaban arrugadas en una repisa e hizo una tira larga que enrolló con fuerza alrededor de su pecho. Nunca había tenido un busto prominente, pero ahora iba a resultar vital disimularlo. Cuando acabó con su tarea, volvió a enfrentarse al espejo, lentamente, revisando cada ángulo de su cuerpo tanto como le fue posible. Tras la primera impresión, lo que veía comenzaba a convencerle. Poco quedaba ya de su figura femenina y lo que se asomaba al espejo con timidez era la imagen de un muchacho enjuto y de constitución débil. Le sonrió animada a su nuevo aspecto y comenzó a recoger las ropas de su vida anterior.

Antonio había pasado toda la mañana en el puerto; era imprescindible ocuparse del papeleo antes de embarcar. Para sí dio su nombre auténtico y bautizó a Lucía como *Lucio*, su sobrino. Habría sido difícil recordar otro nombre para la muchacha y confiaba en que la similitud entre los nombres no generara problemas en alta mar.

Ya era la hora de comer cuando regresó a la taberna. Saludó al dueño con un gesto y se adentró entre las sombras en dirección a las escaleras que conducían a las habitaciones. Atravesó ágilmente el polvoriento pasillo que se abría al patio interior, haciendo crujir las maderas con su paso y se detuvo frente a la puerta donde le esperaba la joven. Miró a ambos lados antes de hacer resonar con sus nudillos, sobre la desgastada puerta, la contraseña que habían ideado. Escuchó correr el pestillo y la puerta se abrió. La habitación estaba completamente a oscuras, con los

postigos cerrados y no había ni una vela que alumbrara la estancia. Le costó acostumbrarse a aquella penumbra pero finalmente vislumbró la figura de la muchacha frente a él.

—¿Qué haces a estas horas en tinieblas? —preguntó a la oscuridad.

Vio a la figura girar sobre sus talones y acercarse lentamente al ventanal para abrir los postigos de par en par.

—¡Santa Madre de...! —exclamó el calé sin poder evitar un gesto de sorpresa en su rostro.

Frente a él, reconoció las facciones dulces y felinas de Lucía pero bajo un aspecto diferente. La miró de pies a cabeza y se persignó incrédulo. La muchacha que se había despedido de él unas horas antes, había sido sustituida por un joven de cabello corto y aspecto distinguido. Vestida a la manera de un varón, como estaba, no habría reparado en ella a no ser por la familiaridad con la que ese rostro le saludaba con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo me veo? —la joven acompañaba la pregunta con una cómica reverencia.

—¡Vive Dios que solo tu voz te delata!

—También he pensado en eso —dijo la muchacha impostando la voz de manera más grave—. Todavía no suena muy masculino, pero será cuestión de practicar.

—Tendrás que mejorar en eso si queremos llegar a La Española de una pieza. De momento habla lo menos posible y procura no alejarte de mí, sobre todo los primeros días del viaje.

Un repentino enrojecimiento tiñó las mejillas de la muchacha de manera súbita.

—Hay algo que me inquieta —murmuró la muchacha.

— Dime, niña, te escucho.

—¿Puedo hablarte en confianza?

—Sabes que sí —respondió el gitano visiblemente azorado por el repentino titubeo de ella.

— Me preocupan... las aguas.

— ¿Aguas dices? No te comprendo.

— Si… las aguas.

El gitano sonrió al entender la naturaleza de la preocupación de la muchacha.

—Quieres decir hacer tus necesidades.

Lucía se limito a asentir.

—No debe preocuparte más que cualquier otro menester de este viaje. Yo te diré como proceder. Lo único que tendrás que tener es mucho cuidado, como con lo demás y todo irá bien. Y tranquilízate, niña o nos descubrirán.

Las palabras de Antonio habían surtido el efecto deseado. Lucía pareció quedar mucho más relajada. El gitano la miró por última vez antes de dar su aprobación, asintiendo con la cabeza.

—Recemos para que la fortuna no nos sea esquiva durante nuestra travesía —exclamó—. No quiero ni imaginarme lo que nos sucedería si fueras descubierta y ahora escúchame, pues hay nuevas.

Antonio le puso al corriente de cuanto había averiguado en el puerto. Iban a embarcarse en una expedición militar formada por dos naos, dos carabelas y un carabelón de carga, del que dicen es el mayor nunca construido. Antonio les había enrolado como parte de la tripulación de la nao capitana, llamada *Esperanza de Triana* que además de soldados y pertrechos, transportaba algunos pasajeros.

—Serás grumete y yo marinero, que es, para no levantar sospechas, lo que nos corresponde a mí por mi edad y a ti por la tuya. Será lo mejor por tus conocimientos aun nimios. Tu principal cometido sobre todo será tensar, una y otra vez los nudos de las jarcias, lo que hará que estés mucho tiempo a solas. Es uno de los sitios en los que menos pueden importunarte, que es lo que queremos. Así, las ocasiones en las que puedas ser descubierta se reducirán todo lo posible. Otras tareas, igual de penosas, que deberás realizar, si te las ordenan, serán fregar las cubiertas y limpiar las *ingratitudes* de los demás y para ello no es menester hablar demasiado.

Antonio siguió poniéndola al día:

—El Capitán es Don Alfonso de la Torre, que tiene el *culo pelado* de hacer el viaje a Las Indias con los cargamentos más variados: armas, provisiones, vino, aceite, oro, perlas, esclavos,... lo que sea, con tal de que de beneficios y no tiene fama de hombre piadoso precisamente.

Asimismo le contó que en la pequeña flota viajarían más de cuatrocientos soldados además de sus oficiales, caballerías, armamento ligero y pesado, amén de pólvora, municiones y demás pertrechos necesarios para sofocar, al parecer, una rebelión en La Española.

—Entre los pasajeros que viajan en nuestro barco, destaca un alto cargo de la Corona. Todavía no se sabe muy bien de quien se trata. Algo escuché pero no me quedó muy claro. Lo que es seguro es que es alguien muy importante. Nos resultará más fácil pasar desapercibidos en el buque insignia que en cualquiera de los otros cuatro barcos, dado que en los demás habrá militares por todos lados. Partiremos rumbo a las Canarias esta misma tarde, al caer el sol, donde nos aprovisionaremos de lo necesario para el resto del viaje que, desde allí, no ha de durar menos de cuatro semanas, si los vientos y la fortuna nos son favorables.

Bien sabía Antonio cual era el peligro adicional que Lucía hubiera corrido, como grumete, en las otras naves, dado el gran número de soldados ociosos que viajaban a bordo y que no verían mujer alguna durante tanto tiempo, por lo que no descansó hasta conseguir embarcar en la nao capitana, eminentemente marinera, pero calló. No quería asustar aun más a la joven.

El gitano salió de la habitación de la misma manera que había entrado, clandestinamente. Era hora de despedirse de su mujer y de su pequeño hijo.

Cuando recorrió las calles en dirección a su casa, le asaltó la certeza de que pasaría mucho tiempo hasta volver a verlos y ese pensamiento le hizo sumirse en una profunda tristeza.

Mientras tanto, la imagen de su ama acudió a Lucía con ternura y las lágrimas volvieron a escapársele por segunda vez en el mismo día.

## 11

El Capitán General, Vicente Sotomayor, era un militar curtido en mil batallas. Un hombre de armas, hecho a sí mismo, que había ido escalando posiciones en el escalafón militar a base de derramar mucha sangre enemiga. Veterano en numerosas campañas, tanto al servicio de Aragón como de Castilla, y uno de los militares de confianza del rey Don Fernando. Natural de Huesca, en el corazón de las montañas aragonesas, y auténtico descendiente, según se decía, de los legendarios almogávares, fue un héroe en la conquista de Granada, donde protagonizó algunos episodios de gran valentía.

A la temprana edad de veintiún años ya se había ganado el sobrenombre de *Matamoros* —huelga decir porqué—, apodo que todavía conservaba en la actualidad. Desde entonces su leyenda no había hecho sino crecer, así como su influencia en el ejército. La tropa le veneraba. A sus cuarenta y seis años era una leyenda viva. Severo, parco en palabras y disciplinado, de perfil aguileño y mentón prominente, poseía gran arrogancia en el semblante. Las cicatrices surcaban su rostro como si fueran parte de su propia naturaleza. Indiscutiblemente era un caudillo militar que emanaba un gran halo de firmeza, desconcertante a la primera impresión.

Su estilo siempre había sido poco ortodoxo y en ocasiones incluso había sido tildado de cruel pero, nadie podía discutir su efectividad en cuanta misión se le encomendaba, sobre todo en las ocasiones en la que únicamente importaba que el resultado fuera rápido. Por eso, y por su absoluta e incondicional fidelidad al rey Don Fernando, solía solicitarse su presencia en la corte en situaciones especialmente difíciles.

Tenía absoluta obsesión por la disciplina. Se decía de él que en cierta ocasión, mandó ahorcar a un grupo de soldados a los que oyó murmurar y protestar, en vez de cumplir inmediatamente sus órdenes. Era fiero e implacable, aunque, por otra parte, de él se decía que en la batalla, jamás dejaba abandonado a su suerte a ninguno de sus hombres.

Esa misma mañana, el militar se dirigía junto con su séquito a la ciudad de Sevilla, desde donde embarcaría a Las Indias, dispuesto a cumplir su próxima misión: dar caza al rebelde más famoso de La Española: Pedro Lobo.

Las numerosas revueltas de los colonos, también llamados *chapetines*, en La Española, eran aplastadas una tras otra, pero aun quedaban pequeños grupos rebeldes, entregados al pillaje y al sabotaje que eran perseguidos sin descanso por los soldados. El más conocido de todos ellos, casi convertido en leyenda, campaba prácticamente a sus anchas en el sudoeste de La Española y era conocido como *La Manada*. Pedro Lobo, su cabecilla, era un antiguo oficial renegado que había conseguido reunir un pequeño ejército, bien armado y dentro de lo que cabe disciplinado. El grupo rebelde había protagonizado en la isla algunos episodios más que llamativos. Pedro Lobo, incluso había llegado a disponer de algunas embarcaciones en estos años de pillaje, entre las que se encontraba una vieja patache, una embarcación de pequeño calado, capturada al propio ejército hacía ya un par años. Se llamaban *La Manada* porque vivían y atacaban siempre en grupo, eran casi doscientos individuos fuera de la ley de Dios y de los hombres, entre los que se encontraban desertores, algunos antiguos colonos seguidores del malogrado insurgente Francisco Roldán, prófugos de la justicia, indios sin cacique a quien servir e incluso esclavos negros redimidos por Lobo. La principal estrategia del grupo era golpear y escapar y, hasta la fecha, jamás había sido capturado vivo ninguno de sus miembros. Este variopinto ejército, sin nada que perder, era fiel a su líder hasta la muerte, tanto que lo había convertido en una especie de Mesías. Con anterioridad, se enviaron varias expediciones militares con el fin de capturarles y que fueron fracasando una tras otra, bien por las emboscadas impecablemente organizadas por Lobo, bien por el desánimo de no encontrar ni rastro de su paradero, dado que su principal arma era el total conocimiento del lugar por donde se movían y la complicidad de la población indígena. Pedro Lobo se había convertido en una leyenda en La Española, y la leyenda, cada día se iba haciendo más grande, a la par que peligrosa para los intereses de la Corona. La efectividad del ejército de regulares instalado en la isla dejaba mucho que desear y no eran rival para aquellos proscritos tan bien adaptados al terreno. Su impunidad amenazaba con propagarse por todo el Nuevo Mundo. Por eso, el rey Don Fernando terminó decidiendo que había que parar esa nefasta influencia cuanto antes al precio que fuera.

Habían pasado ya seis meses desde que el Capitán Sotomayor había sido requerido en la corte con la mayor premura. Abandonando de inmediato sus quehaceres, se personó pocos días después ante al mismísimo Fernando II, Rey de Aragón y regente de Castilla, al que tantas veces había servido en el pasado. Fue el propio monarca quien le encomendó deshacerse con limpieza y rapidez de la amenaza que Pedro Lobo significaba para el reino. Para lo cual le ascendió a Capitán General con rango de enviado especial de la Corona de Castilla, bautizando desde ese mismo momento al ejército que comandaría como, *Real Ejército de Indias*.

Una vez aceptado formalmente el encargo por parte de Vicente Sotomayor, la audiencia terminó por parte del rey con éstas palabras:

—Ya sabéis lo que de vos requerimos, Don Vicente y ¡que no os tiemble la mano!

—Tened por seguro que no temblará, majestad —respondió el militar sin titubeos.

—Habrá de ser que una leyenda acabe con otra leyenda —exclamó complacido el Rey tras despedirlo.

Desde esa fecha se iniciaron los preparativos necesarios de la *expedición de castigo*, con la intención de dejarlo todo listo antes del verano.

A tal efecto, se reclutó y entrenó a un selecto ejército, especialmente preparado para perseguir a Lobo a través de selvas y montañas. No se escatimaron medios. El armamento ligero incluía lombardas, arcabuces, escopetas, ballestas, armaduras, lanzas, espadas y todo ello en cantidad más que suficiente para conseguir poner a Lobo de una vez en la picota. Así mismo, *El Real Ejército de Indias* fue dotado de varios innovadores morteros de gran alcance. Los caballos representarían la baza de la rapidez de movimientos y la de la persecución sin descanso a la que iban a someter a sus enemigos. Con tal despliegue, Sotomayor estaba seguro de poder vencer y capturar a Pedro Lobo en unas pocas semanas. Así pues, todo quedó definitivamente dispuesto y aquel ejército de élite viajaría repartido entre las cinco naves que se fletaron con tal fin.

*«Son lo mejor de lo mejor»,* se repetía Don Vicente una y otra vez.

Previamente y como avanzadilla fueron enviados, en misión secreta, una decena de oficiales escogidos, con la encomienda de preparar el terreno, recabar toda la información posible sobre *La*

*Manada* y sus últimos movimientos y trazar planos sobre el terreno, todo ello sin levantar sospechas y con el mayor sigilo. El Gobernador no debía saber nada antes de tiempo. Vicente Sotomayor no se fiaba de él pues se trataba de un Colón. Estos oficiales se reunirían con *El Real Ejército de Indias de Las Indias* en el momento de su desembarco en La Española.

De todos los preparativos del viaje se encargó, como solía ser habitual, la mano derecha del Capitán Sotomayor, su lugarteniente Julián Lugón. Se decía que *Matamoros* salvó su vida en combate, cuerpo a cuerpo y por dos veces en la misma batalla y que, desde entonces, Lugón solo vivía para cumplir sus órdenes. Era su brazo ejecutor, incluso su verdugo. Se le atribuían más de cien muertes, muchas de ellas con sus manos desnudas. Fuera esta cifra cierta o no, la verdad es que Lugón disfrutaba apretando el nudo de la horca y tirando de la cuerda.

No era Don Vicente Sotomayor el único pasajero selecto en la expedición que partiría aquella misma tarde. Desde que Diego Colón ostentaba el cargo, en Santo Domingo no había habido un responsable del tesoro, circunstancia que el Contador Mayor de la Hacienda castellana, Juan Velázquez de Cuéllar, había decidido solucionar de un solo golpe, confiando en un único tesorero plenipotenciario en la isla. Las malas lenguas atribuían a Diego Colón la *confusión* de las cuentas reales con las suyas propias y, este, solía mantener que así lo había firmado su padre con la Corona en las capitulaciones de Santa Fe. Se sabía con derecho a un diezmo y por ello actuaba de aquel modo, aunque era bien sabido que calculaba la cuantía según su conveniencia. Desde el primer momento, se atribuyó los mismos derechos que el gran almirante y sin que la Corona se hubiese atrevido directamente a contrariar sus decisiones, hacía y deshacía a su antojo sin rendir cuentas a nadie. Por todo ello, el rey le enviaba un hueso duro de roer.

El elegido para *meterle en cintura* fue Juan Martín de la Orden, alto cargo de la Hacienda castellana que, recibió el nombramiento como el ansiado ascenso del que hasta el momento siempre había sido privado y estaba firmemente dispuesto a honrar el puesto ante todo. Diego Colón iba a tener que darle cuenta de cuanto había pasado por sus manos como Gobernador, tanto de los ingresos que procedían de las minas de oro y plata, como los de las plantaciones y también, cómo no, de cómo se había ido gastando el dinero. «*Deberá justificar hasta la última blanca*», sentenció de la Orden al conocer su ascenso y su nueva tarea. El Gobernador también había elevado por su

cuenta los impuestos: los de tránsito, portazgo, pontazgo, barcaje, alcabalas, tercios... lo que había provocado el descontento de los *chapetines* y el malestar de la Casa de Contratación. De la Orden le iba a exigir cuentas de todo ello y sin titubeos. Don Juan Martín era una persona, gris, solitaria y físicamente frágil pero, con el firme propósito de cumplir impecablemente la misión que le había sido encomendada, para volver triunfando del Nuevo Mundo y así recibir la recompensa que se merecía tras toda una vida al servicio de Castilla.

La flota, que esperaba la hora de la partida en el puerto sevillano, se componía de dos naos con gran capacidad de carga. La primera de ellas, era el buque insignia *Esperanza de Triana*. Su tripulación constaba de sesenta hombres: dieciocho marineros, quince grumetes, diez pajes, el médico, el alguacil, el tonelero, el despensero, el contramaestre, el cirujano, el escribano, el Capitán del barco, Don Alfonso de la Torre y ocho oficiales más. Capaz de transportar hasta doscientas toneladas, era un majestuoso navío de tres mástiles y cinco velas, aunque las dos más pequeñas se utilizaban únicamente para atusar el rumbo y no para impulsar la nave. El palo mayor portaba dos de las velas, la mayor e inmensa propulsora y otra más pequeña por encima. El palo del trinquete era mucho más corto y tan solo enarbolaba una vela cuadrada. Del palo de mesana pendía una vela latina. Las cuerdas eran de cáñamo y su principal problema era precisamente el estar hechas de ese material ya que, con frecuencia se destensaban, por lo que el tiempo que se debía invertir en su revisión y tensado era enorme y ese era precisamente uno de los principales cometidos de los grumetes. Aparte de la impresionante carga que transportaba y de su tripulación, todavía quedaba sitio para ciento treinta soldados, miembros de *El Real Ejército de Indias*, más sus oficiales, amén de los diez selectos pasajeros, entre los que se encontraban el padre Landa y de la Orden con sus criados. Doscientos quince almas en total, además de las provisiones para tanta gente. Sin duda, el portentoso navío era una codiciada joya en alta mar, por lo que contaba con veinte culebrinas de nueve libras cada una para su defensa.

La otra nao, llamada *Santa Inés*, era casi tan grande como la *Esperanza de Triana*, y transportaba algo menos de ciento noventa toneladas. Medía ciento diez pies de eslora, pero tenía la misma arboladura, prácticamente la misma tripulación y llevaba a bordo asimismo otros ciento veinte soldados y oficiales, veinte caballos de batalla y otras caballerías de carga. Era también un barco majestuoso a todas luces, y al igual que el buque insignia, disponía de varias cubiertas y estaba armado con dieciocho piezas de artillería para su defensa y ataque, repartidas todas ellas entre el Alcázar de popa y el Castillo de proa. Al frente de la nao se hallaba Juan de Goñi, vizcaíno de origen al igual que la tripulación. Este era un extremo que no agradaba ni a Don Vicente ni a

Don Alfonso debido a las fricciones existentes en el pasado entre vizcaínos y tripulaciones andaluzas e incluso gallegas y portuguesas.

Pero dejando a un lado las naos, el buque más imponente de la expedición era un carabelón requisado por la Corona para la ocasión. Básicamente, era un barco de carga de hasta trescientas cuarenta toneladas, con una tripulación de noventa marineros, doscientos sesenta soldados con sus veinticinco oficiales y que además transportaba los otros treinta caballos de batalla, mulas de carga y otras caballerías, y hasta vacas que proporcionarían leche fresca a la tropa y, llegado el momento, carne. Rebautizado como *Castilla*, era una carabela de titánicas dimensiones: ciento cuarenta pies de eslora, treinta y dos de manga y varias cubiertas, que estaba protegida por treinta piezas de artillería. Este sería el navío que cerraba la flota. El gaditano Hernando Sánchez era su Capitán. Un avezado marino con mucha experiencia en barcos de grandes dimensiones y gran conocedor de la ruta. El *Castilla* también transportaba la mayor parte de las armas, la pólvora y los pertrechos de toda la expedición. Asimismo, en sus bodegas, aguardaban los seis grandes morteros que constituían parte fundamental del plan de *Matamoros* para derrotar a Pedro Lobo; plan, que el avezado militar tenía trazado al más mínimo detalle y cuyo fin era aniquilar a *La Manada*, rápida y contundentemente.

Estos tres navíos deberían regresar a España poco después de vaciar su carga en Santo Domingo.

El resto de la flota lo conformaban dos carabelas de bajo calado y similar tonelaje, perfectas para navegar por las serpenteantes costas de La Española y que Sotomayor utilizaría en su plan de ataque a modo de escudo. Enrique Gonçalves, portugués al servicio de la Corona de Castilla, excelente piloto y Lorenzo Galán, sevillano y no menos diestro marino, eran sus dos capitanes. La primera de las carabelas, que había recorrido varias veces el Mediterráneo y la más *marinera* de las dos, era llamada *La Flaca*. Larga, con noventa pies de eslora, y estrecha, tan solo dieciocho pies de manga; contaba con tres mástiles y cuatro velas, veinticuatro tripulantes a los que había que sumar sesenta soldados y seis oficiales y estaba armada con doce culebrinas de nueve libras cada una, además de una capacidad de carga de casi cien toneladas. Era una nave dispuesta para perseguir. La otra carabela, llamada *Fernandina*, en honor al rey, era algo mayor, igual de larga pero más ancha,

con más capacidad de carga y calado y velamen. Transportaba un total de noventa y ocho hombres a bordo, setenta de las cuales eran soldados u oficiales.

No había duda alguna sobre que el rey Don Fernando tenía mucho interés en lograr el éxito de la misión y para ello no se habían escatimado medios. Aquel, era un ejército de hombres escogidos uno a uno entre los mejores, equipado con el mejor material existente y todo ello sin reparar en gastos.

Una vez en Isla Española, *El Real Ejército de Indias* convertido en tropa perseguidora, estaría constituido pues por la infantería, formada por cuatrocientos soldados con sus oficiales, personalmente elegidos por *Matamoros* entre la élite del ejército, dos carabelas fuertemente armadas, que transportaban entre ambas otros ciento veinticuatro hombres de armas, sin contar sus tripulaciones, y la caballería, con cincuenta caballos de batalla y sus jinetes. A todo ello, se sumaría un número indeterminado de efectivos del ejército regular de la isla, además de esclavos negros y sirvientes indios que el Gobernador, por la cuenta que le traía, iba a tener que poner a su disposición.

La marinería había sido reclutada como era habitual entre castellanos y cristianos viejos. La Casa de Contratación era la encargada de seleccionar a los tripulantes. Excluía a conversos y musulmanes. Se exigía una reputación intachable, probados sentimientos religiosos e incluso un permiso de la esposa ante notario, en el caso de que el solicitante estuviera casado. Estaban establecidas severas penas para quien incumpliera todo ello, aunque había mil maneras de esconderse y de burlar las leyes.

Tras los arduos meses de preparativos, la flota estaba lista para zarpar aquel mismo atardecer.

Los campos que rodeaban Sevilla se teñían de oro cuando el pequeño grupo comandado por Vicente Sotomayor divisó las torres de la ciudad. Junto al Capitán General cabalgaban Lugón, su inseparable mano derecha, el recién nombrado tesorero, Don Juan Martín de la Orden con dos de sus criados y una pequeña escolta.

El nuevo tesorero plenipotenciario había sido puesto al día, durante el camino, de las nuevas acerca de la expedición y la suma de dinero que la misión militar exigía, le tenía seriamente preocupado.

—No puedo creer que ésta misión cueste más de cinco millones de maravedís y todo para detener a un solo hombre y su banda de salvajes. Pero ¿quién es ese Pedro Lobo? —preguntó a uno de sus ayudantes.

El Capitán General Sotomayor, escuchó las palabras que De la Orden había pronunciado a su espalda. Tiró de las riendas y giró el caballo hasta llegar a al altura del tesorero. Se le quedó unos instantes mirándole en silencio.

—Yo os responderé —dijo al fin, espoleando a su montura y colocándose a la diestra del funcionario—. Pedro lobo antes fue Pedro María López de Oñaz. Uno de los oficiales más valerosos del ejército y también uno de los más fieles. Desde que llegó a esa maldita isla, comenzó a frecuentar compañías que no le convenían, esclavos, proscritos y soldados sin honor. Hasta que finalmente tomó partido por el bando equivocado, llegando a traicionar a la Corona. ¡Ya no es un oficial del rey, ya no tiene honor, es un forajido, un fugitivo y un renegado! ¡Un condenado traidor! —Parecía que los ojos le iban a estallar de cólera.

El tesorero se quedó mudo de repente. Para él, el mundo que va mas allá de cuentas, legajos y pliegos, era un mundo que desconocía totalmente.

—¿Sabéis porque le llaman lobo? —prosiguió *Matamoros* sin esperar respuesta—. Vive como una alimaña, siempre con su *manada*, de la que nunca se separa y sin fiarse de nadie más. ¡Como los lobos! Ataca y luego huye con su gente. El un día honorable soldado se transformó, primero en traidor y luego en un animal. Cuando formó su grupo de renegados, comenzó a atacar sin cuartel a todo lo que tuviera que ver con la Corona. En cuanto al Gobernador, incluso se ha atrevido a humillarle, convirtiéndolo en un inepto incapaz de prenderle y todo ello, sin contar las cuantiosas pérdidas que ha ido ocasionando a los intereses del rey con sus robos y sabotajes. Pero eso deberíais saberlo mejor que yo, porque ahora eso os concierne a vos —El efecto de sus palabras y el silencio subsiguiente, hicieron que el funcionario se empezara a sentir incómodo. El alto militar reanudó su discurso—. Así fue como por su sed de sangre y su manera de atacar, oculto en el

terreno y rápido como un relámpago, tan parecida a la de los lobos, consiguió el sobrenombre que ahora ostenta y, de la misma manera que ese inmundo animal ha de ser exterminado en todas las Españas, él y toda su infecta *manada* serán aniquilados en la isla hasta que no quede ni siquiera su recuerdo.

El silencio que se había apoderado del grupo de jinetes solo era roto por el monótono sonido de los caballos trotando.

—Creo que estáis exagerando la fama de ese tal Lobo —exclamó al fin el tesorero—, tan solo basta echar un vistazo al ejército que comandáis para saber que las horas de Pedro Lobo están contadas.

—Puedo aseguraros que capturarle no va ser tarea fácil. Ni mil hombres serán capaces de doblegar su espíritu, ni una montaña entera de la pólvora que trasportamos le hará arrodillarse ante nosotros. Creedme, le conozco bien. Lo único que puede hacerse es destruirle, a él, a toda su gente y con él también a su leyenda. En una palabra, borrarle de la faz de la tierra —Don Vicente detuvo su montura, obligando al resto a imitarle, y miró a poniente—. Pero para eso primero debemos *cazarlo*, y solo un cazador es capaz de apresar a otro cazador. Y ese es el motivo por el que estoy yo aquí.

El militar escupió al suelo de nuevo y retomó el paso.

—¡En marcha! —gritó.

Cuando el sol era una antorcha rojiza sobre sus cabezas el grupo se detuvo a las puertas de la ciudad.

—Esta ciudad huele en verano como un estercolero —exclamó Sotomayor escupiendo en el suelo con saña.

De la Orden asintió de forma aséptica. Para él era su primer viaje a Sevilla y estaba ciertamente sorprendido por todo lo que había ido viendo hasta el momento.

—¿Dónde nos dirigimos ahora? —preguntó el tesorero sin demasiado interés.

—A la Casa de Contratación. Es una diligencia obligada para todo aquel que viaje a Las Indias. Después nos tomaremos un descanso y al atardecer embarcaremos.

La Casa de Contratación era el paso inevitable para la totalidad de los barcos que partían para el Nuevo Mundo. Sus funcionarios eran los encargados de hacer recuento hasta en el más mínimo detalle, de cuanto y de quienes se embarcaban. Tanto Sotomayor como De la Orden, como máximos responsables de sus respectivas misiones en Las Indias, estaban obligados a pasar el trámite en persona, si bien, su condición de enviados especiales de la Corona les permitía ser merecedores de privilegios inexistentes para el resto de expedicionarios.

Al llegar a las inmediaciones del Alcazar Real, donde estaba ubicada, de la Orden no pudo reprimir su admiración. Frente a ellos se extendía una inmensa edificación de sillería que recordaba levemente el trazado de un castillo medieval. Dos enormes torres almenadas flanqueaban un arco de medio punto que daba la bienvenida a los viajeros y sobre el que ondeaba orgulloso el pendón de Castilla. Lo atravesaron. Tras mostrar sus salvoconductos a los guardias de la puerta y después de dejar sus monturas en los establos, se adentraron en el edificio. El interior consistía de un gigantesco patio de estilo andaluz rematado con baldosas de abundantes motivos florales, donde se esperaba turno por riguroso orden de llegada. Las dependencias administrativas se alineaban a su alrededor, constituyendo parte de la muralla exterior, asentada sobre arcos de estilo simple y austero. Mirasen donde mirasen, había un continuo ir y venir de gente. Por todos lados, funcionarios ataviados de manera pomposa entraban y salían por las numerosas puertas que les rodeaban portando legajos de documentos.

Se les estaba esperando. Fueron recibidos minutos después por el oficial de más alto rango el cual, tras unos breves instantes de conversación, y tras las protocolarias firmas, les informó de que los preparativos de su viaje habían concluido. Así que no había impedimento alguno para partir aquella misma tarde. Mientras, se les ofreció comida y alojamiento hasta la hora de embarque. La expedición estaba lista para zarpar.

El sol del estío inflamaba el Guadalquivir. Como una antorcha, prendía sus aguas ascendiendo lentamente en surcos de oro, río arriba, cuando Antonio y Lucio caminaban entre las calles del puerto. Había un ruido alegre de muchedumbre que llegaba hasta sus oídos amortiguado por las paredes encaladas de las estrechas callejuelas. Ambos caminaban uno junto al otro con aire resuelto. Sus únicas pertenencias estaban sobre sus espaldas, dentro de sus petates.

—Que haya fortuna, niña... Lucio —rectificó el calé.

La muchacha, vestida a la manera de un varón asintió tímidamente y tragó saliva.

Al doblar la esquina, el murmullo del gentío se convirtió de improviso en una inmensa avalancha de despedidas, de voces gritando y de mujeres que lloraban en sus pañuelos por el hombre que se iba, de órdenes de embarque y de juramentos en alta voz. Durante unos instantes, Lucía y Antonio se vieron cubiertos del torbellino humano y el gentío los engulló.

—¿No queréis despediros de Sevilla como se merece? —les ofreció una prostituta remangándose la falda y mostrando su generosa grupa.

—Será la última vez que veáis carne como ésta en mucho tiempo —les gritó otra rompiendo en sonoras carcajadas.

Esta tarde había descuentos para los marineros que partían hacia América y muchos de ellos, aprovechaban la ocasión para disfrutar de un revolcón rápido en los callejones más sombríos.

Ambos pasaron de largo, esquivando la maraña humana y en dirección a su destino.

Cuando al fin vislumbraron el puerto y contra el cielo color púrpura de poniente, las enormes siluetas de los navíos, se les antojaron imponentes. Los dos se quedaron un instante en silencio, con la mirada clavada en los barcos.

—¿Sigues estando segura de esto? —interrogó el gitano en voz baja.

La muchacha se limitó a asentir. Antonio se persignó en silencio.

—¿Cuál es el nuestro? —preguntó Lucía.

El gitano señaló el que se hallaba más a su izquierda. Una magnífica nao con tres inmensos mástiles coronándola. Mientras se le acercaban, ignorando el bullicio, la muchacha se esforzó en

reconocer las partes del barco tal y como Antonio le había enseñado. El palo mayor y su inmensa vela cuadrada, ahora recogida,  con el estandarte de la Corona castellana en lo alto, la mesana y el trinquete, igualmente con sus trapos plegados en espera de la hora de partida, el Castillo de proa, las jarcias, ahora vacías de grumetes, como ella, que habrían de subir día sí y día también a tensar las cuerdas… Poco a poco fue identificando el resto de las partes del barco y ese pequeño ejercicio de memoria, le sirvió para alejar los calambres que se habían adueñado de su estómago según se acercaba la hora de embarcar. Conforme iban acercándose a la nao, vieron gran cantidad de soldados en los alrededores, sabedores de que había un número mayor aun ya embarcado. También vieron subir a bordo con premura las últimas provisiones, sacos de harina, de arroz y demás viandas. Era corriente que formara parte de las provisiones un buen número de cabezas de ganado vivo, que era sacrificado en alta mar, así pues no les resultó extraño ver un pequeño grupo de vacas arrastradas hasta los buques por un grupo de muchachos que rondaban los doce o trece años. Ambos compañeros llegaron frente a la pasarela que les daría acceso a la nave. Aun quedaba un último momento para las dudas.

—¿Estás segura? —insistió el gitano, mientras la cola de marineros que esperaban para mostrar sus credenciales avanzaba con lentitud.

Lucio, antes Lucía, asintió con firmeza clavando su mirada en el río.

—¡Juro, que en mi vida he estado más segura de nada!

Antonio se quedó mirando unos instantes el inmenso navío en el que tendrían de vivir durante varias semanas y el recuerdo de su pasada experiencia en el mar le llegó tan claro y nítido que se estremeció. Se recordó a sí mismo flotando sobre un madero en la mitad del estrecho y a merced de las corrientes y cómo a voz en grito había jurado por el mismísimo Cristo que, si salvaba la vida no pisaría nunca más un barco. Antonio salvó la vida, se convirtió de nuevo en un gitano de tierra firme y, hasta entonces, había cumplido su promesa pero ahora estaba a punto de romperla. Un nudo en la garganta, le impedía incluso respirar.

Manuel Peciña también se dirigía esa tarde al puerto. Desde el momento, la noche anterior, en el que escuchó furtivamente la historia del marinero portugués, no había dejado de soñar con poseer todas aquellas riquezas. Oro, y en cantidad suficiente como para vivir como un noble el resto de su vida.

Había esperado frente a la posada la salida del gitano y la muchacha y, a una prudente distancia, los había seguido maravillándose de la astucia de la joven para hacerse pasar por un hombre. Si no hubiera sido porque iba acompañada por el calé, no se habría percatado de su disfraz, incluso aunque hubiese pasado a un palmo de sus narices.

Conocía lo suficiente del puerto sevillano para saber donde buscar. No le costó demasiado encontrar a uno de los tripulantes de la expedición. Con engaños, le llevó a un lugar apartado. Una vez allí y sin mediar palabra, le dio muerte de una puñalada rápida y profunda, se apoderó de sus documentos, tomando así su identidad, y tiró el cuerpo al Guadalquivir. Y todo ello con el propósito de embarcarse junto a la chica y el gitano.

No le apenaba nada de cuanto dejaba atrás. Caminaba seguro y con paso firme en dirección a los barcos que esperaban el momento de zarpar, esquivando el gentío que se arremolinaba en torno al muelle. A empujones y con malas maneras, había alcanzado la pasarela de embarque de la primera nao. Vislumbró a la pareja a la que venía siguiendo y se plantó unos metros por detrás de ellos en espera de la autorización para embarcar. Minutos después los vio subir a bordo y poco después fue su turno. Tendió resuelto al funcionario de la *Casa de Contratación* sus papeles, recogió sus pocas pertenencias, empacadas en un hatillo con premura y se dispuso a subir a bordo con una sonrisa triunfal en el rostro.

—¡Alto ahí! —gruñó el funcionario—. Esto está mal.

Manuel se limitó a fingir cara de sorpresa, con las piernas preparadas para correr por si hubiera problemas.

—Este no es vuestro barco. ¿Acaso no sabéis leer? —le reprochó el funcionario con gesto iracundo, señalando a su derecha—. Aquélla es vuestra nave, *La Isabelina*, que además ni siquiera

forma parte de ésta expedición. Dirigíos a ella mañana, que es cuando parte a Valencia a llevar pieles de oveja y no soldados a Las Américas y quitaos de mi vista antes de que pierda la paciencia.

Manuel, notablemente contrariado, recogió los papeles que le tendían sin remediar la crispación de su faz y se alejó de la pasarela mascullando en silencio un juramento.

Una vez se supo solo, arrojó con desdén los papeles al suelo y maldijo su suerte.

El padre Landa y su acompañante no necesitaban guardar turno para embarcar. Mostraron sus documentos al funcionario que les atendió al pie de la pasarela de acceso a la nao y subieron a bordo ante las quejas de la multitud que esperaba tras ellos.

Nada más poner el pie en la cubierta, Bartolomé, preguntó por su camarote ante la sonrisa del oficial que le recibió a bordo.

—¿Camarote? —inquirió divertido el soldado—. Los camarotes están reservados para oficiales de alta graduación y personajes notables. Nadie nos informó de vuestra llegada, padre.

Bartolomé Landa taladró al osado oficial con una mirada irascible y desafiante, a la par que preguntó con aire irritado por su superior. Aquello le parecía un ultraje para un enviado del Papa, incluso en misión secreta.

—¿Qué sucede aquí oficial? — se escuchó a su espalda.

A Vicente Sotomayor le hubiera gustado viajar en el *Castilla*, embarcación más austera que la nao capitana, lejos de los otros pasajeros y cerca del grueso de su tropa, el lugar a donde estaba seguro pertenecía. No obstante, no tuvo más remedio que aceptar la oferta personal de Alfonso de la Torre, Capitán del buque insignia, aunque por ello se sentía visiblemente incómodo.

Subió a bordo de la nao *Esperanza de Triana* con el primer grupo de soldados. Estaba acostumbrado a la dureza de las naves que transportaban tropas. Él mismo, había sido enviado al combate en infinidad de ocasiones de idéntica manera y el aire poco marcial y que catalogó como mercantil, que destilaba aquella nao, se le antojó desde el primer momento extraño y ajeno a su persona.

Disgustado, caminaba por cubierta cuando presenció la discusión entre el agustino y el oficial a cargo de la recepción.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar en tono menos comedido.

Inmediatamente fue puesto al corriente de lo sucedido, si bien tuvo que hacer callar al clérigo en un par de ocasiones, mientras atendía las explicaciones del oficial.

—Buscadle un aposento —ordenó al fin de manera resuelta y severa.

—Mi criado y yo agradecemos vuestra ayuda —dijo crecido el agustino haciendo una reverencia.

Vicente Sotomayor le miró alejarse sin poder evitar pensar que ese clérigo no le gustaba en absoluto.

Una vez en el barco, Antonio y Lucio, alegaron ser tío y sobrino, por lo que se les suministró una caja, que aun deberían compartir con otro marinero más y en la que deberían guardar durante el viaje sus únicas y escasas pertenencias. La bodega de la nao había sido dispuesta como una gigantesca habitación para tripulantes. Allí, hacinados junto a provisiones y a las armas para la campaña contra Lobo, se les asignó un sitio entre aquella hilera de hamacas donde olía a humedad. Esas fueron todas las comodidades que se les proporcionaron para los escasos momentos de descanso que iban a tener.

—Dormiremos más en cubierta que aquí —oyeron tras ellos.

La oscuridad que les rodeaba era rota por las velas que alguien estaba encendiendo y que parpadeaban instantes antes de iluminar la inmensa estancia.

No habían terminado de desempacar sus escasas posesiones cuando una voz, desde lo alto de la escalera que ascendía a cubierta les gritó.

—¡Vamos, atajo de haraganes! ¡Tenemos un barco que botar!

El padre Landa, seguido de cerca por Ramiro, había seguido al oficial hasta un pequeño y espartano cuarto situado justo bajo el Alcázar de popa.

Aunque de ningún modo podía catalogarse como lujoso, el pequeño camarote se le antojó magnífico, dada la intimidad que le proporcionaba. El austero mobiliario se componía de dos camastros de aspecto desvencijado, una silla y una diminuta mesa. Sin embargo disponía de un pequeño ventanuco que se abría a babor y que el agustino agradeció.

Colocó la cruz sobre la cabecera de la cama y se arrodilló para orar. El pelirrojo le imitó. También él cayó de rodillas, cerrando sus ojos con fuerza a la vez que se persignaba con movimientos resueltos.

Momentos después y cuando todo estuvo listo, sonaron salves que inundaron Sevilla en honor a las naves que partían. Se escuchaba música despidiendo a la flota y gritos que vitoreaban a los barcos que, uno tras otro, eran remolcados río arriba. Mientras en poniente, un sol rojo y diminuto mordía el horizonte mostrando el rumbo que iban a seguir.

María Núñez había dejado la casa en la que llevaba sirviendo más de dieciocho años. En todo ese tiempo, había visto a la familia Rinaldi ascender y caer, al patriarca llorar en silencio tras la muerte de su esposa y la alegría en sus ojos al arropar a su hija cada noche. Le había visto embarcar en un viaje como tantos otros y del que nunca regresó, dejando el inmenso vacío de su ausencia, a las alimañas de sus cuñados apoderándose de su imperio, para derrumbarlo después con su mala mano para los negocios pero, sobre todo, había asistido a la transformación de su pequeña, convirtiéndose en mujer a fuerza de coraje, a golpe de corazón.

Esa misma mañana, la vieja ama había terminado por reconocer el sinsentido de permanecer en la casa y había hecho a escondidas su parco equipaje, para escapar de los recuerdos que poblaban los pasillos del palacete, ahora que Lucia ya no estaba. La madrugada le había sorprendido tendida sobre la cama de su protegida, sumida en un sopor del que había despertado sin sentir descanso ni calma. De repente, había comprendido que Lucia no regresaría nunca y que su cabeza había terminado de anidar la firmeza que necesitaba para hacer lo que sabía debía hacer.

Sin despedirse, renunciando de esa manera al dinero que la familia le debía, y salió con discreción antes de ser echada de menos.

Caminando, con sus pocas pertenencias al hombro, había descendido el polvoriento camino que tantas veces había recorrido en compañía de Lucía, encaminándose decididamente a la ciudad donde utilizaría sus pequeños ahorros para trasladarse a Mérida, donde vivía su única familia. Llevaba casi medio siglo yendo y viniendo de un sitio a otro y se sentía afortunada, después de todo, de tener al menos un sitio a donde poder ir. Sus pies, cansados de tanto caminar, le alejaban poco a poco de su pasado más reciente, mientras sus pensamientos se enfrascaban en desmenuzar los recuerdos de los años vividos junto a la joven.

A su memoria llegaba clara como el cielo que le acompañaba en su huida, la imagen de la niña comenzando a caminar, sus primeras palabras, los sinsabores al alba, tras sus correrías, con las inevitables contusiones y arañazos que siempre le acababa curando a escondidas de su padre, la ausencia de Luca, tras la que le asolaba un oscuro presentimiento cada vez que la miraba y para el que no encontraba consuelo, el desamparo que sombreaba el rostro de *su niña*, la muerte del padre Ávila, el almacén ardiendo y, tantas y tantas cosas que hubiera querido apartar del camino de su pequeña, si siquiera algo de todo ello hubiera estado en su mano.

Estaba tan sumida en sus pensamientos que, el trote alocado de un muchacho que ascendía veloz el polvoriento camino, le sobresaltó.

—¿Dónde vas corriendo de esa manera, botarate? —preguntó deteniendo al chico frente a ella.

El desarrapado mozalbete le miró mal encarado.

—Eso no es asunto vuestro. —respondió descortés.

El muchacho quedó largo tiempo mirando a la mujer hasta que por fin se decidió a preguntar.

—¿Sois vos María Núñez?

La vieja ama se sorprendió de escuchar su nombre de labios de aquel pilluelo y se limitó a asentir. El mocoso le tendió un sobre lacrado. En cuanto vio la letra, supo quién era el remitente y una alegría, mezclada con una tristeza casi infinita le hizo romper a llorar.

El chico, a continuación, depositó en sus manos una pequeña bolsa de cuero y con su misión cumplida, para la que parecía haber sido bien aleccionado, se alejó colina abajo. Quizás para malgastar las monedas con que Lucía había pagado sus servicios.

Ya no sentía pena alguna por no haberse despedido de la joven. En el fondo de su corazón, María tenía la certeza de que de algún modo, su niña se pondría en contacto con ella y eso era justamente lo que acababa de suceder. Miró la carta cerrada bajo plica y de la que sobresalía la caligrafía meticulosa y ordenada de Lucía. Dejó el hatillo en el suelo y rompió el sello.

***Mi querida ama:***

***Lamento que sea ésta la manera de despedirme de ti, pero temo que si nos viésemos ahora, el dolor partiría mi pecho. Debes saber que de cuanto dejo en Sevilla, solo tú estarás presente en mi corazón. Has sido más que un ama estos años, has sido, y que el cielo me perdone por decirlo, mi madre. Mi verdadera madre.***

***No quiero pensar, ni por un momento, que hayas llegado a creer que en estos pasados meses tu niña se separaba de ti. Por el contrario, tu silencioso apoyo ha sido la mejor de las ayudas, mejor dicho, la única que he recibido. Sin tu compañía, estos años habrían sido insoportables. Gracias por tu amor y consuelo.***

***Te conozco lo suficiente como para saber que hace tiempo sospechas de mis intenciones de dejar Sevilla. No me reproches nada, pues has de saber que el deseo de protegerte es el único motivo de que no te haya hecho participe de mis planes, así como de no revelarte el destino de mi viaje. Ambas sabíamos que este día habría de llegar y no albergo duda alguna de que tú también sabes que debes abandonar la casa lo antes posible, si es que no lo has hecho ya. Querida ama, tu vida corre peligro cerca de las alimañas de mi familia y tan solo rezo, para que esta carta no te comprometa todavía más. La bolsa que has recibido junto con la carta, es todo el dinero que he podido reunir y confío que sea suficiente para ayudarte a llegar a Mérida, que intuyo es el lugar a donde te dirigirás y que sin duda es el más seguro para ti.***

***Mi querida ama, no sufras por mí. Estaré bien.***

***Por último, no puedo despedirme sin agradecer tus desvelos y el amor con que durante estos años has cubierto mi vida. Adiós madre.***

***Lucía Rinaldi.***

Los ojos de la vieja ama se llenaron de lágrimas que corrían mansas por sus sonrosadas mejillas de campesina. Tras leer la carta, se enjuagó con el dorso de su mano, recogió del suelo sus escasas pertenencias y reanudó el camino en dirección a Sevilla.

Atardecía cuando montada en un carro cruzaba las puertas de la ciudad. Sevilla empezaba a quedar atrás cuando le sobresaltaron las salvas de despedida de los barcos que partían a América. Instintivamente miró en dirección al puerto. No albergaba duda alguna de que de alguna manera su niña se había puesto en camino hacia Las Indias. No hacía falta que nadie se lo dijera, simplemente lo sentía en su pecho. Nunca se atrevería a reprocharle ir tras de su padre y pese a que el dolor de la despedida le partía el corazón, estaba convencida que aquel era su destino y que debía afrontarlo sin la intromisión de una anciana criada.

—Hasta siempre, mi niña —dijo alzando su mirada hacia el cielo del poniente —. Hasta siempre.

Valeria echó en falta a su sobrina y a su ama en cuanto el sol comenzó a iluminar los desiertos pasillos del palacete de los Rinaldi. De pronto tuvo un sombrío presentimiento y sin darle explicación alguna, ordenó a su hermano que recogiera lo estrictamente necesario, pues debían irse de allí sin demora. Le espoleó para que lo hiciera con la máxima premura, a la par que ella disponía en un sencillo hatillo los beneficios de su engaño. El plan había fallado. Las ganancias que de Utrera había obtenido eran tan exiguas que, se habían terminado apoderando de ella la rabia y el odio. Mientras recogía sus pertenencias, se sorprendió derramando lágrimas de coraje. Todo había salido mal y ahora no quedaba más remedio que poner tierra por medio. Ya habría tiempo de

lamentaciones cuando se encontraran a salvo de la ira del terrateniente; en aquel momento, era apremiante huir hacia el norte, cuanto más lejos mejor, a cualquier sitio donde su largo brazo no consiguiera llegar. No olvidó mandar recado a su hermano Francisco conminándole a permanecer escondido. Tras los parcos preparativos, los hermanos salieron de la casa precipitadamente.

La comitiva de Don Luis les sorprendió descendiendo con celeridad las escaleras de entrada, cumpliéndose así sus peores temores. Media docena de sus hombres les estaban rodeando y tomaban posiciones en la escalinata espada en mano.

—Parece que hoy tenéis prisa, Valeria —exclamó con ironía el contrabandista—. ¿Puedo saber adonde os dirigís?

Su hermano Juan de Dios, con un ridículo gesto de asombro en su rostro, la miraba con un pie todavía sobre el último escalón, inquiriéndole con sus mansos ojos negros, mientras el filo de una espada brillaba a la luz de la mañana a menos de un palmo de su cuello.

—¡Mi querido Don Luis! —repuso astuta la mujer—. Siempre es un placer veros. Asuntos de familia reclaman con la mayor premura nuestra presencia. Ya comprenderéis pues la celeridad de nuestros actos. Se trata de una tragedia familiar…

El terrateniente estalló en una sonora carcajada. Desde que Manuel se encargó de la tarea de vigilar a Lucía no había tenido noticia alguna y su paciencia se había colmado por completo esa misma mañana, decidiendo tomar él mismo las riendas. El hecho de encontrarse huyendo a los tíos de la joven confirmaba sus peores sospechas y ahora, la rabia que teñía su enjuto rostro, estaba a punto de desbordarle.

—¡Deja de soltar embustes por tu boca envenenada, puerca! —estalló alzándose de la silla de su montura.

Juan de Dios no comprendía nada. Nunca había tenido grandes entendederas pero si de algo estaba seguro es que estaban en un inmenso atolladero, debido a sabe Dios que manejos y del que decidió que solo podrían salir por la fuerza.

—Exijo saber quien osa ofender el honor de mi familia en mi propia casa —exclamó, sacando con un gesto intuitivo la espada que pendía de su cinturón mientras llegaba a la mitad de la escalinata con una agilidad felina.

Con la misma presteza, plantó cara a uno de los criados de Utrera que sorprendido, dio un paso atrás dejando su guardia indefensa. Fue el tiempo suficiente para lanzar una estocada por sorpresa que derribó a su oponente. El hombre cayó escaleras abajo con la sangre brotando de su pecho. Juan de Dios no era un espadachín virtuoso pero sabía asir el hierro con firmeza y no le faltaba coraje.

—¡Entra en casa! —ordenó a su hermana sosteniendo el filo de su espada a la altura de su pecho y sin quitar ojo al resto de los hombres que se le acercaban armas en mano.

Solo un momento después, el grupo de contrabandistas le había rodeado y Juan de Dios comenzó a creer que quizás la diplomacia le habría servido mejor para salir con vida de aquella situación, pero ya era tarde para eso. Lanzando estocadas a diestro y siniestro, movido solo por el deseo de sobrevivir, y espada en mano se batía como mejor podía, esquivando los filos que le lanzaban desde todos los lados, hasta que por fin consiguió reunirse con su hermana en lo alto de la escalinata. Durante unos instantes consiguió mantener a todos aquellos hombres a raya, moviendo nervioso la espada frente a sí. Los dos hermanos, manteniendo sus cuerpos uno junto al otro, retrocedían con cautela en dirección a la puerta, tras la que podrían hacerse fuertes. Pero nadie cayó en la cuenta de un sicario desarrapado, que había trepado a lo alto del muro que delimitaba la parte más alta de la escalinata y que se les acercó por detrás con sigilo. El brillo acerado de una daga parpadeó unos instantes y trazó un arco en el costado de Juan de Dios, que cayó primero de rodillas para poco después rodar escaleras abajo, con una mancha carmesí brotando de entre sus costillas. Tendido en el suelo, herido y desarmado, una lluvia de golpes se abatió sin piedad sobre su cuerpo. Antes de cerrar los ojos vio como Valeria era también arrojada con fuerza desde lo alto. Juan de Dios maldijo su fortuna y amar a su hermana como lo hacía, ella y solo ella iba a ser la causante de que hallara la muerte esa mañana. Los golpes y patadas cesaron y alguien le levantó del suelo sin contemplaciones, asiendo sus muñecas tras su espalda e impidiendo cualquier gesto de rebeldía por su parte. El reguero de sangre que brotaba de su frente barría su

rostro, empapando su ojo izquierdo y haciendo su visión borrosa. Escuchó una voz tras de sí que preguntaba qué hacer con él. La sangre caliente y espesa, nublaba su mirada y le quemaba como un hierro al rojo. Pese al escozor, intentó abrir los ojos sin conseguirlo. El chasquido de la daga atravesándole la garganta fue el último sonido que escuchó.

Tendida en el suelo, Valeria observó la escena sin poder hacer nada. Algo se desgarró en su pecho al ver el cuerpo sin vida de su hermano a dos varas de distancia de ella, con la garganta abierta y una sombría mueca en su rostro que dibujaba un gesto de dolor y de sorpresa. Durante unos instantes perdió la noción de donde se hallaba. En un desesperado intento por huir, trató de alzarse del suelo pero las piernas parecían no responderle. Tropezando, cayó de bruces y alzó su rostro al cielo. La luz del sol que comenzaba a colarse por entre las copas de los árboles que rodeaban el jardín, le cegó por un momento.

—¿Qué hacemos con ella? —escuchó a su espalda.

—Divertíos y matadla después —ordenó Utrera sin un ápice de humanidad en su voz.

Su instinto de supervivencia taladró sus sienes, ordenándole suplicar por su vida y se arrastró gimoteando hasta los pies de la montura desde donde el terrateniente la observaba altivo.

—Esperad —imploró—. Yo puedo ser más ardiente como la que más. ¡Olvidad a mi sobrina! Yo os daré lo que anheláis. ¡Un hijo! Piedad. No ordenéis mi muerte. Esperad Don Luis...

El curtido terrateniente desmontó de su caballo y ordenó a un par de sus lacayos que la levantaran del suelo. La mujer continuaba sollozando y pidiendo clemencia.

—¿Por qué habría de querer el vientre de una serpiente para engendrar a mi hijo? —aseveró con rabia.

Valeria se zafó de sus captores y se arrodilló a sus pies.

—¿Es qué no lo veis, Don Luis? —sollozó—. Yo os puedo dar lo que deseáis. ¡Llevaré a vuestro hijo en mis entrañas! Seré vuestra en cuerpo y alma. ¡Tomadme! ¡De día o de noche! Nunca os reprocharé nada. No me quejaré. Siento haber intentado engañaros pero fue mi hermano quien me obligó a ello —mintió—. Os lo ruego. ¡Perdonadme la vida y seré vuestra para siempre!

Utrera la miró en un hito durante unos instantes. Sin duda el negocio que le proponía le resultaba ventajoso. Una esclava a cambio de precio alguno. Apartó a la mujer con un gesto severo y le habló mirándole a los ojos.

—¿Acaso crees que hay algo que se me escape en cien leguas a la redonda? ¿Por tan ignorante me tomabas? ¿Creías que no llegaría a mis oídos la muerte de Pimentel, el judío?

—¡No fui yo! —volvió a mentir—. ¡Os lo juro! Fue mi hermano quien le mató. ¡No dudéis de mí, Don Luis! Mi vientre es fértil y os lo ofrezco a cambio de nada. ¿Creéis acaso que mi escuálida sobrina sería mejor madre que yo? Yo soy una mujer, ella una chiquilla —interrumpió Valeria con el rostro arrasado por las lágrimas.

Don Luis se mesó la barbilla calculando sus palabras. Quizá no fuera una propuesta tan descabellada. No entendía porqué, pero la proposición le tentaba y mucho y estaba, sin duda, frente a una hembra atractiva que seguro que era capaz de darle un hijo. Fue entonces fue cuando cayó en la cuenta de que siempre se había sentido atraído por ella y que ahora la tenía para sí.

—Desde ahora solo vivirás para cumplir mi voluntad y más te vale que así sea. A partir de este mismo momento y bajo ningún concepto te separarás de mi lado. Me perteneces en cuerpo y alma, Valeria. Te tomaré cuando me plazca y como me plazca. Dame un hijo y te perdonaré la vida. Traicióname de nuevo y te haré matar del modo más cruel que jamás puedas imaginar. Eres mía, Valeria Guzmán. ¡Mía! No lo olvides.

La mujer se postró de nuevo ante el terrateniente y besó las botas que este portaba en un gesto de infinita sumisión. Las risas estallaron entre los hombres. Don Luis la tomó del brazo con fiereza y la subió a lomos de su montura.

—¡Regresamos al cortijo! —ordenó a sus hombres en voz alta.

Horas después, las salvas de cañón que surcaban el aire desde el puerto, sonaban en la lejanía con un eco sombrío sorprendiéndole en el lecho junto al asesino de su hermano. La estancia olía a sudor y a sexo. Valeria, incorporada sobre el jergón, se mesó los cabellos mientras contemplaba a su nuevo amante. Envolvió su cuerpo con la sabana y se acercó al ventanal. Fuera, el sol del poniente inundaba la habitación y brillaba en la distancia bajo la luz del ocaso.

Maldijo a su sobrina en voz queda, lanzando un juramento que apenas brotó de sus labios al cielo del oeste pero que liberó a Don Luis de su sueño.

—¿Qué haces ahí? —preguntó él sin mover un solo músculo—. Vuelve al lecho.

Valeria, como buena esclava, hizo lo que se le ordenaba, mientras el anciano terrateniente se colocaba sobre ella dispuesto a sembrar su vientre esa tarde por segunda vez. Ahogó una nausea y cuando sintió de nuevo a su nuevo amo dentro de ella, el recuerdo de Lucía martilleó sus sienes. La imaginó a salvo de su ira y clavó con rabia sus uñas en la espalda del hombre.

—Juro por Dios que te mataré —musitó en voz baja.

En cuanto hubieron partido los barcos, Peciña dio alas a sus pies. Aun resonaban los cañonazos de despedida de la flota y ya había dejado Sevilla atrás en pos de la finca de Utrera, espoleando su montura como si le persiguiera el mismísimo diablo. Cruzó los campos preñados de olivos dejando una estela de polvo tras de sí. Divisó la entrada del cortijo y presuroso saltó de su montura.

—Ocúpate del caballo y dale de beber —ordenó al mozo de cuadras que había salido a su encuentro.

Recorrió, todo lo veloz que sus piernas le permitían, la distancia que le separaba de la casa y subió de dos en dos las escaleras que daban acceso al gran portón.

—¡Avisad al amo! —ordenó nada más llegar al gigantesco portal.

Uno de los criados subió precipitadamente escaleras arriba dispuesto a cumplir sus órdenes, mientras él se encaminaba al interior de la vivienda.

Como un animal enjaulado, Peciña recorrió nerviosamente la estancia esperando la llegada de su señor.

Había estado a punto de traicionar la confianza de su amo y, por Dios, que si había oro de por medio y tenía otra oportunidad lo haría de nuevo, pero ahora tenía que cambiar de estrategia. Las palabras que había escuchado en la posada habían prendido en él la llama de la codicia. Si lo que escuchó la pasada noche era cierto, había oro en Isla Española, todo un tesoro, y debía ser

suyo. Creyó que engañar a esa muchacha y al calé habría sido fácil pero había subestimado el ingenio de la pareja. La imposibilidad de subir a bordo de aquella nao le había obligado a pensar rápido. Utilizar a Utrera era la única posibilidad de que disponía para poner sus manos en aquel tesoro. No tenía más remedio que contarle al terrateniente cuanto sabía. Lo conocía demasiado bien como para saber que la codicia despertaría el interés del viejo. Debía arreglárselas para ser enviado tras los pasos de la muchacha y, una vez en La Española, ya habría de encontrar el modo de hacerse con el oro.

La llegada de Utrera le sacó de su ensimismamiento. Llevaba ropa de cama y Peciña se extrañó de ver a su amo de esa guisa y a estas horas, cuando el sol aun no había caído del todo en el poniente.

—Mi señor —dijo—. Hay nuevas que debéis saber acerca de la misión que me encomendasteis.

—Has tardado en dar cuenta de tus movimientos en Sevilla, Manuel —interrumpió el viejo terrateniente.

Peciña intuyó cierta desconfianza en las palabras de su amo. Su instinto le previno que el viejo ya estaba al tanto de algo de lo que estaba a punto de contarle y no podía permitirse que este dudase de su lealtad hacía él, porque eso supondría su muerte. Sabía de sobra cual era el tratamiento que Don Luis reservaba a quien le traicionaba; él mismo había sido innumerables ocasiones el ejecutor de tales órdenes. Decidió contar todo cuanto sabía, pero a su manera.

—Me veo en la triste obligación de abrir vuestros ojos y revelaros que habéis sido presa de un engaño. La muchacha que me ordenasteis vigilar no hace ni dos horas que ha partido hacía Las Indias. He tratado de impedirlo y he fracasado y es por ello, ante la necesidad de seguir todos sus pasos, que me ha sido imposible hacerlos llegar nueva alguna.

Los ojos del viejo terrateniente examinaron inquisitoriamente los de su hombre. Trataron de ver en ellos la más leve sombra de duda o temblor, pero Peciña se mantuvo firme y sereno.

—Continua —ordenó el terrateniente.

—Se ha embarcado, haciéndose pasar por un mozo, con un gitano que estaba al servicio de su padre y con quien ha compartido cama estos días. Esa muchacha y su familia os han engañado y ella jamás tuvo intención alguna de desposarse con vos. Lamento ser portador de tan malas noticias.

Peciña, percibió un atisbo de desconfianza en su patrón y decidió poner el broche final a su actuación, arrodillándose ante un impasible Utrera y jugándose el todo por el todo.

—No he podido vengar esta afrenta, Don Luis. Han embarcado sin que yo haya podido hacer nada para evitarlo, Os juro por mi vida que no era otra mi intención que la de dar muerte a esa zorra y a ese maldito gitano, pero os he fallado, mi señor.

El terrateniente puso su huesuda mano sobre la cabeza de su hombre y le conminó a ponerse en pie.

—Te confieso que he llegado a dudar de tu lealtad Manuel, llevabas demasiados días sin dar noticia alguna de tus pesquisas y esas nuevas que me traes no me sorprenden del todo. Sin ir más lejos, esta misma mañana he hecho matar al tío de esa ramera que pretendió engañarme y tengo en mi poder a la cómplice de esta pantomima, quien juro que maldecirá el día que quiso burlarse de mí. En cuanto a la muchacha, ya nada podemos hacer.

El terrateniente pareció haber envejecido cien años en un momento y presa de un cansancio repentino, recostó en un sillón su enjuto cuerpo.

—Se han burlado de mí, Manuel —confesó—. Se han burlado de un pobre viejo. Ni mi dinero ni todo mi poder han sido suficientes para conseguirla.

Peciña guardó silencio por toda respuesta y se acercó lentamente a su señor. Ese repentino e impropio ataque de menosprecio que acababa de presenciar le había desconcertado por un instante pero, inmediatamente, vio la oportunidad de utilizarlo en su favor. Las cosas iban en la dirección exacta, era el momento de hablar del tesoro.

—Hay algo más, Don Luis —dijo tratando de dar un tono lo suficientemente teatral a sus palabras—. ¡Oro, mi señor! ¡Oro! Siguiendo a su padre, la muchacha y el gitano han ido en busca de un tesoro en el Nuevo Mundo.

Los ojos de Luis de Utrera se abrieron de par en par al escuchar el relato de la conversación de la que Peciña había sido testigo. En la cabeza del viejo terrateniente las cosas habían comenzado

a encajar. La joven, junto a su cómplice, había actuado a espaldas de su tía, de eso estaba seguro. De haberlo sabido Valeria, lo habría usado en su favor para intentar salvar la vida.

Tal y como había calculado Peciña, cuando hubo terminado de contarle los pormenores, Utrera ya había tomado la determinación de hacer seguir a la muchacha hasta Las Indias. Su cabeza no paraba de cavilar. Si tenía éxito conseguiría una doble recompensa: oro en abundancia y lavar la afrenta que tanto había mancillado su orgullo. No sería algo sencillo pero, no en vano, se llamaba Luis de Utrera y se sabía muy capaz de organizar una expedición a La Española a espaldas de la ley. Lo primero sería encontrar un barco con un Capitán dispuesto a todo y una tripulación que no hiciese preguntas. El dinero no sería problema, para el terrateniente aquello era una inversión más. Por supuesto Valeria también viajaría con él, de ningún modo podía dejarla en Sevilla lejos de su vigilancia y menos aun ahora, que podía llevar en su seno a su heredero. Sin embargo, era preciso mantener la cabeza fría, aparentar normalidad y sobre todo, ocultar a la mujer todo lo referente al tesoro, no dejaba de ser la tía de su presa.

Después de que el último funcionario de la Casa de Contratación hubo abandonado la nao, el piloto se dirigió a Don Alfonso De la Torre que escupió a un lado mientras le devolvía un gesto con aparente desgana. El piloto se giró sobre sus talones y dio la orden de levar anclas. La nao capitana comenzó a moverse con un tranquilo vaivén. Poco después, la *Santa Inés* se situó a estribor y, uno a uno, los otros tres barcos*: La Flaca, La Fernandina* y el *Castilla*, se colocaron a su popa. La flota por fin se había puesto en marcha.

Cuatro, a lo sumo cinco jornadas, y se divisaría la isla de Tenerife, dónde habrían de embarcar las últimas tropas y provisiones y la parte de los pertrechos militares que faltaban. La escala en las Canarias era imperativa aunque, por fortuna, no solía durar más allá de un par de jornadas.

Sevilla y *El Arenal* se iban desvaneciendo en lontananza y una amarga sensación de que no iba a volver a ver la ciudad nunca más, la embargaba.

El dolor de no haber podido despedirse de su ama le dolía en el pecho como una estocada. También María Núñez había desaparecido de su vida, quizás para siempre. En toda Sevilla era la única persona a la que iba a echar de menos de verdad.

El Guadalquivir era un río inmenso y se dedicó a contemplar el incomparable espectáculo que forman las marismas, hasta que un calculado empujón le devolvió a la realidad.

—Recoge esos cabos, Lucio, antes de que te vea el oficial. —escuchó refunfuñar a su espalda.

El marinero que le había dado el empujón a Lucía —ahora Lucio— había vuelto inmediatamente a su trabajo perdiéndose en dirección a proa. Lucía respiró hondo y volvió a sus pensamientos.

—Cinco semanas —se dijo—, cinco semanas es mucho tiempo para fingir lo que no se es, no vayamos a estropearlo el primer día.

Era la única mujer del barco, incluso de toda la flota, entre docenas y docenas de hombres que campaban por doquier. Cuando fue consciente de aquello, sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo y decidió alejarlo afanándose en sus quehaceres. Sin embargo, no pudo evitar recordar cuanto estaba dejando atrás, un palacete casi abandonado en la zona más noble de Sevilla, los negocios de su padre convertidos en ruina, una familia materna a la que detestaba y la que a la vez culpaba de todos sus males; sus dos mentores, uno desaparecido: el padre Ávila, y otro postrado y con la razón perdida: su tío Tomás. Nada por lo que querer volver un día, si exceptuamos a su querida ama que, a buen seguro, habría levantado también el vuelo. El futuro, fuera cual fuera, era lo único que tenía ahora. Antonio, su buen y fiel amigo, el mejor gitano que nunca conoció y sobre todo Luca, su padre, que había seguido ese mismo camino tres años antes, eran las únicas personas en las que podía pensar cuando imaginaba los días que habían de venir.

Cómo se las había arreglado el bueno de Antonio para conseguir un sitio para ambos en la profundidad de la bodega, era algo que ni llegaba a imaginarse. Lucía se veía como el único grumete con derecho a un rincón para dormir de todo el barco, al contrario que los demás pajes y grumetes e incluso a gran parte de los marineros, que dormían donde podían, generalmente en

cubierta. Su pequeño mundo consistía en un arcón dónde guardar sus pocas pertenencias y que compartía con el calé, además de con otro marinero, un gallego llamado Páez. En verdad eran pocos enseres, principalmente alguna ropa interior y vendas limpias para tapar, en la medida de lo posible, su naturaleza de mujer.

Debía estar más que despierta, cualquier pequeño despiste podría convertirse para ella en el final. Por regla general no se veía con buenos ojos la presencia de mujeres blancas en el Nuevo Mundo. No es que no las hubiera, pero no tenían derecho a viajar solas y su presencia allí se consideraba inoportuna; aunque había excepciones, como la de la mujer del Gobernador o sus damas de compañía. Algunos colonos también habían conseguido llevarse a sus esposas e hijas pero aun así, la práctica habitual de la mayor parte de los españoles en las nuevas tierras era *arreglarse* con las indígenas. Lucía sabía que no era la única mujer que había conseguido colarse en un barco rumbo al Nuevo Mundo, pero sí la única que se hacía pasar por hombre para conseguirlo. Vestirse de hombre podía ser considerado como herejía y no quería ni pensar lo que pasaría en caso de ser descubierta. Pese a todo, no se arrepentía de nada.

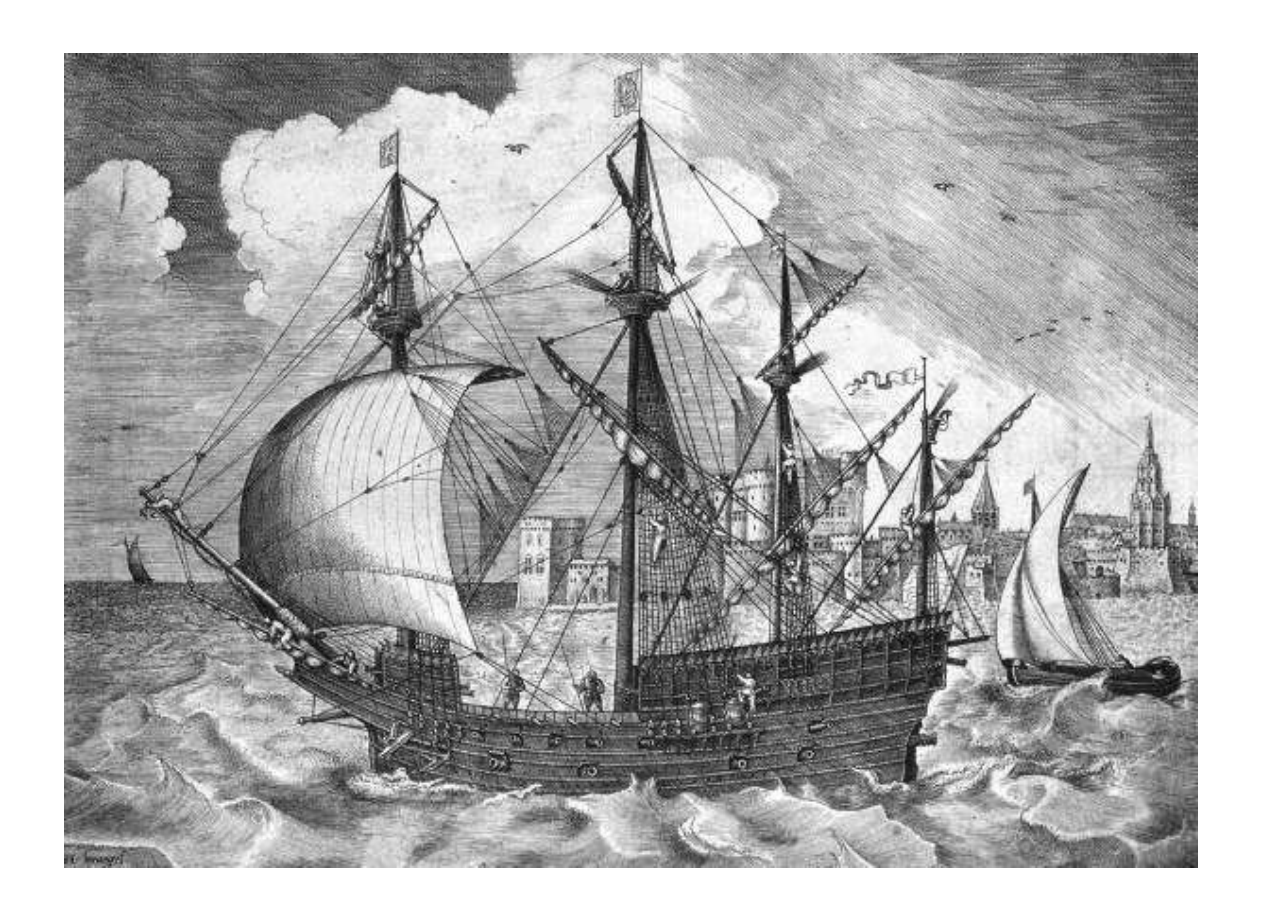
El recuerdo del sacerdote agustino confesándola, le ponía enferma. Había sido uno de los momentos más difíciles antes de soltar amarras ¡Nunca se habría imaginado cuan premonitoria iba a ser su apreciación! Una vez embarcados fueron pasando por él, primero los oficiales, luego los marineros y a continuación los grumetes y pajes, por lo que Antonio y Lucía tuvieron que separarse por primera vez. En las otras cubiertas zonas del barco otros tres religiosos, que habían subido a la nao solo para ayudarle a confesar a la tropa, estaban acabando su cometido. Después les fue tocando a los otros barcos, tras lo que los tres clérigos volvieron a tierra.

Quería perder de vista cuanto antes a aquel cura. Había algo en él que le hacía estremecer. Su mirada penetrante le ponía los pelos de punta. La misa seca que vino después le sorprendió muchísimo. Cómo supo después, a bordo siempre se hacía de ésta manera, para que no fuera posible que el vino de la celebración fuera derramado con el vaivén del barco, lo que significaba un terrible sacrilegio. Comulgaron todos sin excepción e hicieron testamento y todo ello antes de

soltar amarras. Más tarde y con tiempo de reflexionar, sintió que había pasado su primera prueba disfrazado como un hombre.

Se puso a recoger las cuerdas tal y cómo le habían ordenado y sus ojos se toparon con el sol que se afilaba en el poniente. Poniente. Sin duda allí se encontraba su destino.

# Parte segunda: La mar Océana.



**Carabela, grabado siglo XVI.**

## 13

Después de cinco días de navegación y apenas arribaron a Tenerife, se comenzaron a cargar los víveres para el viaje, incluidos los  toneles con el vino y el agua dulce. El resto de la tropa que allí les esperaba fue embarcada sin demora. El embarque se realizó procurando no llamar la atención ya que, los soldados que subían a las naves eran pertenecientes a Compañías selectas que ya habían luchado anteriormente con *Matamoros*, aunque ahora pertenecían a la guarnición de la isla y su salida, de saberse, podría parecer un signo de debilidad y una invitación a los rebeldes canarios a la rebelión. No era habitual que los barcos se proveyesen de cuanto fuera necesario en otra isla que no fuera Gran Canaria  pero, Vicente Sotomayor, debido a la importancia de la misión, había preferido contar con su gente; y eso significaba atracar en Tenerife. Al cuarto día, en mucho menos tiempo que el previsto, los cinco barcos, las naos *Esperanza de Triana* y *Santa Inés*, las carabelas *La Flaca* y *Fernandina* y el carabelón *Castilla*, estaban ya preparados para la travesía.

La isla o desaparecía rápidamente de su vista. Todavía resonaba en sus oídos la Salve Marinera, recitada por la tripulación al levar anclas, su sonido y la devoción con la que fue declamada consiguió sobrecogerla. Lucía cayó en la cuenta, de repente, que había traspasado el umbral de un mundo que le era totalmente desconocido y que sin embargo le fascinaba. No obstante, su misión última consistía en no ser descubierta y para ello contaba con la inestimable ayuda de Antonio. Sin embargo, no podía reprimir una atracción por todo lo que veía, lo que le hacía exponerse más de lo necesario.

El gitano prefería que Lucía permaneciera casi todo el tiempo en lo alto de los mástiles, tensando las jarcias y vigilando el horizonte. Para lo cual consiguió convencer al contramaestre. Aquello le permitía permanecer sola la mayor parte del tiempo y al menos evitar, en lo posible, tener que hablar con demasiadas personas lo que sin duda aumentaba el riesgo de ser descubierta. «*Cuanto menos peligro, mejor*», le repetía el gitano una y otra vez. Por el contrario, siempre que tenía la más mínima oportunidad, Lucía aprovechaba para conversar con pajes, otros grumetes o incluso

con marineros. Su curiosidad era insaciable y Antonio se creía morir cada vez que la veía acercarse a un tripulante.

Los primeros días, el contramaestre había reunido a toda la tripulación repartiendo los trabajos y las guardias. Tareas habituales como mantener las cubiertas limpias y expeditas, reparar e izar velas cuando fuera preciso, atar cabos, trepar por los palos, arreglar cuerdas y velas, hacer cuerdas nuevas con cabos viejos, remendar redes, fregar la cubierta y las batayolas, revisar los aparejos y hacer pequeñas chapuzas y reparaciones.

Por la mañana, tan pronto como se había evaporado el rocío, era el momento de comprobar que las velas se encontraban en perfectas condiciones, agitándolas.

Los turnos de guardia eran de cuatro horas, turnos que marineros, grumetes y oficiales conocían de memoria y respetaban. Se cambiaba a las tres, a las siete y a las once.

Cada media hora un grumete cantaba la hora al dar la vuelta al reloj de arena. A Lucía le correspondió, por vez primera, hacerlo al amanecer de su partida de las Canarias. Había estado de guardia desde las tres de la mañana y al dar la vuelta a la ampolleta entonó, con la voz más grave que fue capaz de sacar de su garganta, la retahíla habitual:

*Bendita sea la luz y la santa Veracruz,*

*Y el Señor de la verdad y la Santa Trinidad.*

*Bendita sea el alma, y el Señor que nos manda,*

*Bendito sea el día y el Señor que nos lo envía.*

Después rezó un Padrenuestro y un Avemaría, para concluir con este saludo:

*Dios nos dé los buenos días;*

*buen viaje, buen pasaje haga la nao;*

*Señor Capitán y Maestre y buena compaña, amén.*

*Así faza buen viaje, faza;*

*Muy buenos días dé Dios a vuestras mercedes,*

*señores de popa y proa.*

Cuando concluyó, el nuevo turno de guardia ocupó sus puestos. El día renacía la vida a bordo. El timonel indicaba el rumbo al Capitán de la guardia y la majestuosa nao continuaba su viaje sobre las azules aguas de la mar Océana. Había un vigía en popa y otro en proa; los marineros relevados pasaban los cálculos de velocidad y distancia transcurrida de la pizarra, donde debían anotarlos, al diario de a bordo.

La joven alcanzó a Antonio y le saludó con un gesto. Se sentía terriblemente cansada y solo anhelaba el descanso que le esperaba en la bodega. El gitano se las había ingeniado para hacer coincidir sus turnos y era rara la vez en la que ambos no habían desfilado juntos en busca de un sueño reparador. El calé había resultado ser un amigo leal y nunca le quitaba los ojos de encima. Satisfecho le devolvió el saludo y la miró con orgullo. Después de casi una semana a bordo, la joven estaba demostrando estar en todo momento a la altura.

Si había algo que a Lucía le producía una repulsión especial era el olor. Se dormía con el mismo atuendo con el que se estaba el resto del día y las prendas almacenaban un hedor insufrible. No había uniforme como tal: la gente de mar se cubría con la misma ropa, durante todo el tiempo que durara la travesía, incluso si se trataba de meses. No había preocupación alguna por ir vestidos de una u otra forma. La vestimenta habitual solía ser camiseta de lana, blusa, en ocasiones capa corta, calzas, un capuz o cogulla y un bonete rojo de lana con vueltas azules, el único color utilizado como distintivo de la marinería. La higiene también brillaba por su ausencia y tan solo podían asearse la cara y las manos con el agua que se izaba del mar en cubos. El resto del cuerpo pasaba semanas sin tener *su oportunidad* lo que, a los pocos días, convertía al hedor en insoportable y aunque es cierto que tampoco en tierra firme el aseo era mucho mayor, Lucía echaba de menos un vivificante baño con agua caliente. En ocasiones, estar demasiado cerca de algún marinero concreto le producía nauseas. A todo eso había que añadir el olor que producían los animales que viajaban apiñados en las bodegas. Antonio aducía que su *sobrino* Lucio era de *fácil mareo*, para justificar los escrúpulos de la joven, y solía acompañar la expresión con una burla que el resto de marineros secundaban jocosos. Procuraba estar detrás de Lucía siempre que le era posible e incluso amonestar en público a su *pupilo*, si con ello conseguía ahuyentar las dudas que su comportamiento,

en ocasiones poco varonil, podía suscitar. Cuando la joven se cruzaba con el ejército que viajaba a bordo le infundía un temor especial. Soldados ociosos cuyo aburrimiento daba lugar frecuentemente a apuestas, peleas y desafíos, y que solía incluir a la tripulación como consecuencia de convivir juntos en tan reducido espacio.

El fuego era la peor amenaza del barco; solo se encendía para poder cocinar el fogón, cosa que se hace en la única comida caliente del día, a mediodía después de que el piloto comprobara el rumbo gracias al sol. No existía un cocinero como tal, sino que algunos viejos marineros, ayudados por grumetes o por pajes elaboraban los guisos en enormes calderos con cuanto se tuviera disponible en ese momento. Calderos colocados sobre unos trébedes de hierro en el fogón y que descansaban sobre una base de tierra con carbón y brasas.

El compañero de arcón de la pareja era Páez. Un veterano marinero gallego de aspecto rudo y algo escaso de carnes, y que lucía un rostro surcado de cicatrices a resultas de su vida en el mar. Experimentado y muy dado a la dramatización en sus narraciones, bien pronto había reparado en la inexperiencia de Lucio. Le gustaba asustarlo con sus supersticiones, algunas de ellas traídas de su Galicia natal, otras propias de marineros. Ponía cara de poseso y se santiguaba continuamente con teatralidad. En una ocasión Antonio había intentado ahuyentarlo aduciendo la juventud de su sobrino, pero había resultado inútil.

—Tu sobrino es un muchacho avispado y, si quiere hacer carrera en la mar, debe saber lo que puede pasarle —contestó divertido.

En una ocasión, en los primeros días de la travesía, mientras esperaban el rancho, se le acercó por detrás, sin hacer ruido y comenzó a susurrarle al oído:

—Ahora nos darán lo que sobró ayer de la comida de los oficiales. Alguna rata irá troceada —dijo sin poder ocultar una sonrisa burlona.

Miró seriamente a Lucio, puso sus ojos en blanco y siguió hablando haciendo caso omiso al gesto de desagrado del muchacho.

—Y creedme, si os toca un pedazo de carne, sentíos afortunado y tragarlo sin dilación, pues será lo mejor que comeréis en un mes.

La joven no probó comida alguna ése día, pese a que el rancho consistió en bacalao desecado, guisado con aceite de oliva y ajos. Páez había conseguido quitarle el apetito por completo y terminó arrojando por la borda, con disimulo, el contenido de su cuenco de madera. Los comentarios de Páez le desconcertaban. Sabía utilizar su experiencia para hacerle sentir indefensa y sin embargo, no dudaba en aconsejarle como hacer el trabajo más llevadero o como evitar las labores más pesadas. En el fondo el gallego era inofensivo pero prefería tenerlo bien lejos y con la boca cerrada.

Las cenas solían ser frías: tasajo o carne salada, sardinas en salazón, tocino... todo ello provocaba a Lucía una permanente y desagradable sensación de sed que la poca agua de boca que se repartía, no conseguía paliar. Echaba de menos las frutas, que eran escasas y las verduras, prácticamente inexistentes. No obstante, Antonio se las había arreglado para subir a bordo tres tarros de mermelada de ciruelas de los que obligaba a comer a Lucía todos los días un poco. De sus lejanos días recorriendo el mediterráneo, el gitano guardaba el fiel recuerdo de Mohamed, un camarada moro que murió en el naufragio que puso fin a su aventura marinera anterior y que sostenía que, la enfermedad de los navegantes, que hacía a las encías crecer sobre los dientes y las ponía de un color y olor putrefactos, se podía evitar comiendo frutas, verduras o confituras. El gran respeto que Antonio siempre le tuvo a su compañero le hacía creer en ello a pies juntillas.

En la nao, todavía no ha visto ningún caso pero, estaba seguro que al final de la travesía, cómo era habitual, los enfermos se contarían por docenas.

Contra esto, el barbero que hacía las veces de boticario a bordo, poco podía hacer: sangrados, purgas y algunos remedios realizados por cocimientos de hierbas para aliviar los dolores, siempre y cuando se pudiera hacer fuego, pero que no iban a conseguir que el enfermo mejorara. Antonio lo había visto muchas veces antes y ya tenía decidido que era mejor prevenir que lamentar.

Por la tarde la rutina marinera continuaba. El piloto o el Capitán daban órdenes que llegaban a los marineros a través del contramaestre: el sonido del silbato o de sus gritos. De vez en cuando el silencio en cubierta se veía roto por las voces que gritaban furiosas: ¡Dejad las chafaldetas! ¡Alzad aquel brío! ¡Empalomadle la boneta! ¡Levad el papahigo! ¡Izad el trinquete! ¡Descapillad la mesana!

Bonete, papahígo o mesana eran términos con que se definían algunas de las velas y Lucía estaba ya tan acostumbrada al habla del barco que, con el paso de los días, respondía a los mandatos de sus superiores con una premura y una diligencia encomiable. Realmente pensaba que no era mal oficio el de marino. La paga era buena y le gustaba despertar cada día con un horizonte diferente.

Todas las actividades del barco, como recoger una vela o atar un cabo tenían su cantinela.

La que más curiosidad le producía a la joven era cantada precisamente en una especie de italiano chapurreado.

*O Dios ayuta noi, o que somo ben servir.*

*O la fede mantener, o la fede de cristiano.*

*O malmeta lo pagano, sconfondi i sarrabini.*

Cada vez que la escuchaba entonar, el recuerdo de su padre le asaltaba con fuerza.

Pese a tener instrumentos de navegación como astrolabios, cuadrantes, mapas y agujas náuticas, pilotar un barco seguía siendo algo artesanal. El rumbo de noche se continuaba guiando por la estrella polar y por las otras estrellas. Así pues, la latitud se podía calcular con cierta facilidad, utilizando sencillos instrumentos, pero no así la longitud que era la referencia al meridiano en el que se encontraba la nao. Los barcos que viajaban a Las Américas eran fieles siempre a la misma ruta, buscando los Alisios, por lo que tomar un rumbo equivocado era improbable aunque, no se podía calcular la distancia recorrida ni la restante con exactitud, lo que hacía que la travesía no dejara de ser siempre una aventura. El piloto se guiaba por su instinto y la cantidad de alimentos a bordo dependía de sus cálculos, lo que en ocasiones daba lugar a situaciones de escasez.

Algunas noches, después de cenar, los marineros y los soldados se relajaban juntos. Era el momento de mayor tranquilidad a bordo. Formaban corrillos en cubierta y miraban al cielo mientras corría el vino y jugaban a las cartas. A la luz de las lámparas se contaban historias de marineros y terribles leyendas que los más jóvenes creían a pie juntillas. Algunos pescaban, hablaban de sus familias o simplemente se quitaban los piojos. Otros, que se habían traído un pajarillo o un grillo para que les alegrara, cantaban o tocaban la flauta mientras el barco trazaba una débil estela plateada sobre las aguas.

En noches cómo aquella, Páez solía explicarle el cielo a Lucio y a quien quisiera escucharle. Con su dedo huesudo a modo de puntero, iba perfilando las constelaciones que brillaban en la noche serena: La Osa Mayor con sus siete estrellas entre las que se encontraban Las Guardas que eran las dos más brillantes,  la Osa menor o estrella Polar, cuyos brazos señalaban el este y el oeste. Explicaba cómo se podía saber que era medianoche mirando a la Guarda principal o revelaba la forma de calcular la hora a partir de su posición en el horizonte. Lucía prestaba especial atención al gallego en esas ocasiones. Agradecía los conocimientos que el ducho marino le brindaba.

Al anochecer del decimonoveno día de la travesía una espectral silueta se había apoderado de la nao. Acababan de repartir la cena y a más de uno se le cayó el cuenco de las manos. Sobre el palo mayor, una figura fantasmal en forma de bola de fuego giraba amenazando con destruir el barco. Era similar a una tormenta eléctrica que desgarraba la noche con una atmosfera lúgubre, y que desgranaba con fuerza. Al mismo tiempo, un viento gélido se levantó como surgido de la nada. Solo algunos habían visto tal fenómeno, pero muy pocos habían visto uno de tal intensidad. Páez, se acercó a Lucio y le habló al oído.

—¡Es el fuego de San Telmo! —sentenció.

—¡Es estremecedor!

—Presagia grandes desgracias, rapaz. Es una señal de que va a haber difuntos. Nunca lo vi de tal tamaño.

Páez se santiguó teatralmente. La joven se empezó a mostrar intranquila, jamás había visto nada igual. Antonio se hartó de la cháchara y tomó la palabra:

—¡Palabrerías!, el fuego de San Telmo nos protege de las tempestades.

Páez, contestó al gitano con una indiferencia en su tono que añadió más dramatismo a la conversación:

—Nunca cuando es tan grande. Además estamos ya a diecinueve jornadas de la isla de Tenerife, en el mar profundo, no podríamos ni regresar. Estamos a mitad de camino, nadie sabe de donde...

—¡Basta, gallego, no me asustes al muchacho!

—¡Habrá tormenta, con muchos rayos y habrá desgracias! —dijo a manera de sentencia el gallego, mientras entornaba los ojos—, ¡y muertos! Podéis apostar vuestra paga que así será.

El gallego se alejó dejando a la pareja sumida en un estado de intranquilidad.

Para la joven, el problema a la hora de hacer sus necesidades se resolvió evitando en lo posible tener que usar la zona reservada a bordo para tal fin. Un lugar en popa llamado por todos *Los Jardines*, donde una vez instalados sobre las cuerdas, los marinos evacuaban directamente sobre el mar. Para evitar males mayores, el gitano se las había ingeniado para hacerse con una pequeña palangana que la joven podía usar llamando menos la atención. A veces tenía que pasar largas horas hasta encontrar el momento adecuado y tras comprobar el viento y que nadie se estuviera fijando en ella, la vaciaba por la borda. Pero el hecho de que la joven utilizara aquel método no pasó desapercibido para Páez.

—Voy a *Los Jardines,* ¿vienes rapaz? —preguntó Páez cierto día fingiendo naturalidad.

—No tengo ganas —resolvió Lucio con decisión.

—Nunca te vi por allí. ¿Cuando vas?

—¿Qué te importa? ¡Déjame en paz!

—¿Acaso tuviste algún problema con *Cartujo*? —exclamó el gallego burlón.

*Cartujo,* escuchar aquel nombre le sobrecogió.

En tierra, la sodomía se castigaba con la hoguera. Sin embargo, sobre todo en viajes tan largos como este, tradicionalmente algunos grumetes eran *complacientes*. La tentación de buscar compañía para vencer a la soledad siempre tenía adeptos y a bordo se solía mirar hacia otro lado. En general, la homosexualidad era aceptada tácitamente por casi todos. Cuando el gallego se alejó en dirección a popa, recordó como a dos días de partir de Sevilla había conocido a aquel gaditano al que apodaban *Cartujo* y cada vez que pensaba en ello sentía un estremecimiento, pero no había querido comentarlo con Antonio por temor a preocuparle. Pero lo cierto es que por nada en el mundo le gustaría tropezar con él de nuevo.

Lucía estaba de guardia aquella noche, sumida en sus pensamientos y no se percató de la presencia de *Cartujo* a su espalda que, sin miramientos, le arrastró con fuerza contra las cuerdas.

—Tú eres nuevo. No te preocupes. No te haré daño —mascculló su agresor tapándole la boca.

Antes de siquiera reparar en ello, la joven  estaba boca abajo inmovilizada en el suelo y una de las manos de aquel hombre se fue abriendo paso entre sus ropas y entre sus muslos.

—¡Voto a...! ¡Eres una mujer! —gritó *Cartujo* sorprendido.

Lucía se repuso del susto y compuso sus vestiduras mientras le preguntó desafiante:

—¿No te interesan las mujeres, *Cartujo*?

La cara del hombre personificaba el desconcierto mismo.

—¿Cómo has conseguido subir al barco?

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Por qué? —balbuceó el sodomita—. ¿Qué haces a bordo?

—¡Eso no te importa! Pero te lo advierto, *Cartujo*: mi padre es un comerciante muy poderoso y me espera en Santo Domingo y además, te interesa saber que aquí no estoy sola. Si vuelves a tocarme un solo cabello o me delatas te arrepentirás. Supongo que ya sabes lo que te espera si eres descubierto.

*Cartujo* la miró con una mezcla de sorpresa y repulsión, y dio por zanjado el asunto:

—Olvida el incidente, olvídate de mí y yo me olvidaré de ti —dijo resuelto.

Seguidamente se dedicaron una última mirada y desaparecieron en la oscuridad, cada uno por su lado. Cuando Lucía llegó a la bodega, Antonio dormitaba y la muchacha rompió a llorar en silencio. Muerta de miedo, pasó la noche sollozando, tratando de no despertar al gitano.

La llegada de Valeria el día anterior había creado una pequeña revolución en la casa y a espaldas de su amo los rumores se habían disparado, sembrando el cortijo de cuchicheos e invadiendo Dos Hermanas, igualmente, de habladurías y bulos.

A pesar de su calidad de prisionera del terrateniente, se había dispuesto todo lo necesario para que la estancia de la mujer fuese lo más cómoda posible teniendo en cuenta su situación de reclusión. Se trajeron ropas y vestidos de Sevilla, y se puso a su servicio un ama que hacia las veces de cocinera. La huida de su sobrina le había colocado en una posición difícil. Con su hermano

muerto y frustrados sus planes de hacerse con el dinero del terrateniente, había tenido que recurrir a la misericordia de este para seguir viva. No podía contar con la ayuda de nadie y solo su astucia le podía poner de nuevo al mando. Podía estar obligada por las circunstancias a entregarse en cuerpo y alma a su nuevo dueño pero, no había nacido para ser esclava. Sabía que tenía un cuerpo provocador y que esa era su mejor arma para doblegar a Utrera y hacer que terminara confiando en ella.

Tras pasar dos días encerrada en la casa, la mujer aprovechó una ausencia del terrateniente para intentar salir al exterior.

La llegada de Utrera le sorprendió discutiendo con dos hombres que montaban guarda a la entrada y le impedían el paso.

—¿Dónde creéis que vais? —dijo arisco a la vez que descabalgaba.

—Solo pretendía dar un paseo —contestó Valeria—, pero estos hombres me han impedido salir de la casa.

—Estos hombres cumplen mis órdenes —interrumpió tajante Don Luis—. Os está prohibido salir al exterior si no es con mi permiso y no creo habéroslo dado.

Valeria meditó sus palabras antes de hablar. Sentía hervir la sangre ante tamaña afrenta pero, sabía que retar o desobedecer al terrateniente en esos momentos podía suponer su muerte, así que optó por una estrategia más sutil que le habría de servir para comenzar a ganarse la confianza del hombre.

—Hace un día esplendido, demasiado para permanecer encerrada en las tinieblas de este caserón —exclamó la mujer, tratando de dar un tono conciliador, casi sumiso, a sus palabras—. Os aseguro que mi intención no es otra que dar un pequeño paseo por vuestros campos y aunque fuese otro mi objetivo, apostaría que habéis hecho cuanto es posible para que me resulte imposible huir.

Valeria esbozo una sonrisa fingida y se dirigió insinuante al terrateniente. Se plantó a menos de un palmo del gastado rostro de este y rozó con sus dedos el pecho del anciano.

La sombra que el sol tendía al mediodía alargó sus siluetas recortándolas contra el polvoriento suelo.

—Acompañadme vos si no confiáis en mí —susurró sugerente—. Os puedo asegurar que mi compañía puede resultar la más grata del mundo si me lo propongo.

El terrateniente asintió y ordenó a dos de sus hombres que les siguieran en silencio.

Sí. Luis de Utrera era un hombre astuto y sin escrúpulos para los negocios, pero ni el hombre más taimado y sagaz de la tierra podía hacer nada cuando una mujer como aquella se empeñaba en hacerle perder la cabeza. Se adentraron en el bosquecillo que se extendía frente a la casa.

Rafaelillo, el abanderado, era un joven enclenque, sevillano según decía, aunque posiblemente no existiera nadie sobre la faz de la tierra que lo supiera con exactitud. El mismísimo Vicente Sotomayor, lo había tomado hacía tiempo bajo su protección. Lo encontró vagando, huérfano y hambriento, en el campo de batalla y sintió al instante afecto por él ya que, según decían, se había visto reflejado a sí mismo en el muchacho, muchos años antes. Aunque prácticamente era todavía un niño, Rafael sabía que su destino era ser soldado como su mentor. Sin embargo, a bordo tenía asignados algunos cometidos más propios de un grumete que de un aprendiz de hombre de armas. También hacía pequeños recados a los soldados, cuidaba algunas pertenencias de los oficiales y siempre lo hacía sin rechistar. Rafaelillo siempre obedecía.

La mañana del vigésimo día de travesía, Don Vicente mandó buscar a Rafaelillo, pues hacía dos días que nadie lo había visto. El infeliz había desaparecido y ni un alma a bordo daba razón de él. Mientras esperaba, Sotomayor se dirigió al padre Landa. El sacerdote no le inspiraba confianza alguna pero tenía un buen motivo para acercarse al religioso.

—Temo por el chico —le espetó sin andarse por las ramas.

—¿Teméis, decís? ¿De qué habríais de temer, todo el mundo sabe del amor que sentís por el muchacho y nadie osaría ponerle la mano encima.

La conversación se interrumpió de repente. Un murmullo creciente provenía de la parte de abajo. Bartolomé se santiguó nada más mirar a la cubierta inferior; Lugón caminaba hacia ellos con el paso firme; tras de sí, dos soldados llevaban prendido a *Cartujo* el sodomita. Una vez llegados bajo el puente de mando, se detuvieron.

Alfonso de la Torre acababa de unirse al padre Landa y a Sotomayor.

—¿Qué sucede? ¡Habla, Lugón! –ordenó Sotomayor con rabia.

—Mi señor, este perro tenía en su petate la daga que regalasteis a Rafaelillo por su cumpleaños, además antes de anoche les vieron juntos.

Landa interrumpió:

—¿*Juntos*, qué queréis decir con *juntos*?

Julián Lugón no era una persona refinada y fue directamente al grano. Por toda respuesta, dibujó una sonrisa forzada mientras movía con desdén las caderas, atrás y adelante, acompasando el movimiento con los brazos. La tropa y la marinería, allí reunidas, rieron a carcajadas la ocurrencia.

El religioso montó en cólera

–¡Sodomía¡ ¿En este barco?

Y se santiguó a la vez que se hincó de rodillas.

Rápidamente, Alfonso de la Torre, ordenó que la comitiva se dirigiera a su camarote. El Capitán Sotomayor, el padre Landa y él mismo se unieron al grupo. Entraron.

Nada más cerrarse la puerta, Vicente Sotomayor golpeó a *Cartujo* con tanta fuerza que le rompió la nariz. El golpe fue tan formidable que este fue a parar al suelo. Apenas los soldados le levantaron recibió otro golpe, ésta vez de Lugón, que parecía adivinar en todo momento lo que su jefe esperaba de él.

—¿Dónde está el chico? ¡Responde o juro que no te dejaré en el cuerpo un solo hueso sin quebrar!

Ante la insistencia de los golpes que le llovían sin cesar, respondió tímidamente.

—Yo no sé nada, mi señor.

—¡Mientes, perro! ¿Qué has hecho con el muchacho!

Alfonso de la Torre no se atrevía a intervenir, la faz de Sotomayor irradiaba tanto odio que se preguntaba cómo podría haber parado aquello de haber querido actuar como el Capitán de la nao que era. Finalmente los golpes terminaron haciendo su efecto y *Cartujo* habló entrecortadamente.

—Se cayó por la borda, no se como ocurrió... se hundió. No pude hacer nada por salvarle. ¡Os lo juro!

—¿Porqué no pediste ayuda, escoria? —gritó *Matamoros* abofeteándole con saña.

—Se hundió, intenté alzarle, pero no se podía hacer ya nada. El mar se lo llevo, señor, y no quería ser culpado —aseveró entre sollozos.

—¿Y la daga? ¿Cómo es que la tienes tú?

—El me lo regaló, os lo juro. El chico y yo éramos amigos.

—¡Mientes, perro! él nunca se hubiera desprendido de ella.

Don Vicente, con los ojos inyectados en sangre, alzó al sospechoso cogiéndole de las solapas y le habló muy despacio y a solo unos centímetros de su rostro:

—Te voy a decir lo que sucedió, alimaña: era casi un niño, le tomaste como mujer y para asegurarte su silencio, le mataste, le robaste y lo tiraste al mar, pero os vieron y juro que te vas a arrepentir por ello.

Con rabia, le lanzó una patada en la entrepierna, tras la que *Cartujo* cayó al suelo como un saco. *Matamoros* volvió a hablar:

—¡Solo hay un castigo…!

Bartolomé Landa fue el único que se osó interrumpir al furioso militar:

—Solo hay un castigo para este innombrable pecado: el fuego —sentenció con sorprendente frialdad.

Sotomayor giró bruscamente la cabeza y se encaró con el sacerdote.

—¡Se hará como yo digo! Sé que es un marinero y que vos representáis aquí a Dios, pero este barco es Castilla y yo represento al rey y en este asunto la Iglesia no pinta nada. No esperaré a llegar a tierra firme para hacer justicia, así que haced de cura esta noche: confesadle o no, a mí me da igual, porque con la primera luz del sol, lo ahorcaré como a un perro.

Tras dictar sentencia buscó las miradas de Lugón y de Don Alfonso:

—Haced señales de agrupamiento a los otros barcos. Al amanecer colgaremos a ésta carroña ante todo el ejército.

Dicho esto, salió con su lugarteniente pegado a los talones. De la Torre fue detrás, pero Landa se interpuso:

—¡Impedidlo! —exclamó—. Ha de hacerse según la ley de Dios. Además, el reo no es un soldado, sino uno de vuestros hombres y estamos en vuestro barco.

—No puedo hacer nada —dijo mientras señalaba a Sotomayor.

—Pero, ¡debe celebrarse el juicio de Dios!

Sotomayor y el resto de los soldados salieron del camarote haciendo caso omiso a las palabras del agustino y Don Alfonso miró al clérigo.

—No me enemistaré con Don Vicente, ni por esto, ni por nada, y menos por un marinero maricón —sentenció rotundo.

—Permitidme al menos quedarme a solas con este pecador.

Como toda respuesta obtuvo un gesto de indiferencia del Capitán del barco, que salió del aposento ordenando a dos de sus hombres montar guardia en la puerta.

Bartolomé Landa no había visto nunca condenar a muerte tan rápidamente a nadie y, aunque para sus adentros admiraba la determinación de Don Vicente, no podía permitir que un militar, por muy alto que estuviese en el escalafón y por muy representante de la Corona que fuera, le arrebatase el poder de juzgar y ajusticiar a aquel pecador. Era cierto, tal y cómo el militar había explicado que, en Castilla, los reos acusados del pecado *nefando* eran juzgados por la Corona, no así en Aragón donde tal potestad correspondía a la Santa Inquisición. Aunque ansiaba con toda su alma ver arder en la hoguera a aquel hereje, decidió no inmiscuirse en la decisión del militar. Sabía que se debía a su misión e intuía que de aquí en adelante Sotomayor iba a serle de gran ayuda.

Se sentó e intentó averiguar algo más de aquel despojo que tenía enfrente. Meditó primero unos instantes y por fin decidió hablarle:

—¿Cuales pueden ser los motivos para que un hombre ofenda a Dios con tanta saña?

*Cartujo* abrió sus ojos, la sangre tiznaba su rostro y la voz del padre Landa resonaba dentro de su cabeza como si de un trueno se tratase. Le dolían los huesos y casi no tenía fuerzas para moverse. No sabía cuanto tiempo había estado inconsciente. Ahora estaba sentado en una silla y tenía las manos atadas a la espalda. Bartolomé llevaba largo rato mirándole con desprecio.

—¿Por qué os llaman *Cartujo*, acaso lo sois?

—Lo fui —contestó balbuceante.

—¿Y vuestro verdadero nombre?

—Bruno, Padre.

—¿Bruno? ¿Cómo el fundador de los cartujos?

La voz del sacerdote trataba de mostrarse neutra, sin demostrar el inmenso desprecio que sentía. Bruno asintió dócilmente.

—Solo es casualidad, ya que nací el seis de octubre, día de San Bruno.

—¿Queréis confesión?

El reo volvió a asentir. A continuación, Bruno comenzó a contar su historia, desde el principio. El padre Landa escuchó en silencio mientras reprimía su repulsión por aquel pecador que, habiendo sido servidor de Cristo, le había ofendido con el peor de los pecados: la sodomía.

—Decidme, Bruno. ¿Qué es lo que recordáis de vuestra vida en el convento?

Y *Cartujo* recitó, como en una letanía sus quehaceres tiempo atrás, cuando servía a Dios.

—Nuestra ocupación principal y nuestra vocación era la de dedicarnos al silencio y a la soledad de la celda. En ella, con frecuencia el alma se une al Verbo de Dios, como la esposa al esposo, la tierra al cielo, lo humano a lo divino...Yo… nosotros, llevábamos una vida de oración y trabajo solitario, lo primero en la celda y lo segundo en las obediencias. Todo iba bien hasta que comenzaron aquellos encuentros.

—¿Encuentros decís?

—Primero fue un novicio, luego fue otro y otro. Luego tuve que irme del convento. Vagué por los campos, hacía trabajos, cualquier cosa. Pero no podía evitarlo: cuando se presentaba la oportunidad, volvía a suceder. Así es como acabé en un barco, es el único sitio donde, aunque sigue siendo pecado, se mira hacia otro lado. No hubiera podido estar en ningún otro sitio. ¡Pero no soy culpable de su muerte, padre! Os lo juro por mi fe, Yo no maté al chico.

Al agustino no le importaba demasiado si el desdichado muchacho había caído por la borda con intención o por puro azar. Juzgó que la única información interesante que sacaría de aquella conversación, sería una lista de todos aquellos que habían mantenido relaciones contra natura durante la travesía y ni el mismísimo Vicente Sotomayor podría evitar que el agustino les hiciera condenar a la hoguera al arribar a Las Indias.

—Os espera la muerte más terrible y no tengo argumentos para interceder por vos. Preocuparos ahora de vuestra alma y aliviad vuestra conciencia. ¿Con cuántos jóvenes habéis pecado en esta travesía? Dadme sus nombres.

—¿Es que acaso importa el número?

—¡Decidme los nombres! —bramó el agustino.

—Os diré algo mejor si accedéis a interceder por mí.

—No estáis en posición de negociar nada y si tenéis algo que decir, hacedlo.

—Jurad que la información que os dé, servirá para que intercedáis por mí. ¡Juradlo!

—No merecéis ni la piedad de un servidor de nuestro Señor, hablad si tenéis algo que decir y si no, esperad el alba vos solo. Además, se ha encontrado entre vuestras pertenencias un ungüento cicatrizador, el llamado *raíz del traidor*, extraído de una planta que convierte los fluidos en sangre, propiedad que como sabéis es demoníaca y cuya posesión significa para vos la hoguera de todas formas. Os aguarda la horca pero, si de mí dependiera, juro que os quemaría vivo a como la escoria que sois —sentenció el sacerdote a la vez que dirigía sus pasos hacia la puerta.

El tono de aquel clérigo era tan frío y despiadado que el reo se estremeció al escuchar sus palabras. Tenía que echar el resto y antes de que el agustino saliera de la estancia habló.

—Tal vez os interesara saber que la hija de un rico mercader viaja a bordo haciéndose pasar por varón.

Landa quedó un instante con su mano apoyada en el pomo de la puerta, se giro sobre sus talones y miró a aquel pobre diablo. Su sexto sentido se había despertado. Si esa información era cierta, podría sacar alguna ventaja que le ayudara en su misión.

—¿Estáis seguro de lo que decís? —preguntó Bartolomé con tono quedo.

—¿Cómo no estarlo después de tocarla y de manchar mi mano con su sangre de hembra? Iba vestida de grumete. Ella prometió no delatarme si yo no le delataba a ella. Os diré su nombre pero vos deberéis jurarme que intercederéis por mí. Además quiero la absolución.

El agustino meditó unos instantes su respuesta y asintió lentamente, consciente de que incurría en el pecado de la mentira, pero el fin justificaba los medios.

Y así es como Bartolomé Landa tuvo conocimiento de una joven que se hacía pasar por grumete y que era acompañada por un calé del que decía era su tío. Una noticia interesante sin duda. La providencia le había mandado una señal que tenía que investigar.

—Os doy mi palabra de que me encargaré personalmente de que esta información sea usada para un fin poderoso, que no es otro que la voluntad del Señor. En cuanto a vos, os espera la horca

y podéis apostar que será un placer ver como morís lentamente como el hereje que sois —le espetó el sacerdote.

Landa se levantó y abandonó al reo que gritó tras él.

—¡La absolución, lo habéis prometido! ¡Concededme al menos eso!

El agustino no se molestó en contestar a la vez que se dirigió a los guardias que permanecían en la puerta:

—¡Haced callar al hereje! —ordenó con furia alejándose a grandes zancadas.

Sin volverse, Bartolomé Landa escuchó a los guardias entrar tras él, los gritos de Bruno y los golpes que siguieron y continuó caminando hacía su camarote sin detenerse.

Luis de Utrera se incorporó en el camastro. El calor mantenía su cuerpo perlado de una suave película de sudor. Miró a su alrededor y se mesó los cabellos en un gesto de frustración. El sol del atardecer comenzaba a acariciar la estancia tiñéndolo todo de un color cobrizo irreal. Valeria dormitaba a su diestra. La miró respirando sumida en un sueño profundo y quedo. Sería tan fácil matarla ahí mismo. Bastaría con poner el gran almohadón que reposaba en el suelo sobre su rostro y apretar con fuerza. Habría sentido como ella trataba de defenderse ante su ataque y después la calma habría regresado a la habitación. Solo unos segundos y todo habría acabado.

Aquella mujer era el mismo demonio en persona. Él llevaba toda la vida tratando con gente como ella. Seres sin escrúpulos, capaces de vender a su propia madre por unas monedas. Pero el odio y la perfidia que se asomaban a sus ojos, el viejo terrateniente no los había visto antes en nadie. Desconfiaba de ella pero a la vez se sentía incapaz de no desearla. Quería poseerla con verdadera pasión, con un ansia animal que jamás antes había sentido por hembra alguna. Su cuerpo, aun fibroso y esbelto que ocultaba su edad; su boca, como una fruta madura; su piel, tersa y suave como de terciopelo. Todo en ella era turbador. Sabía que meter aquella mujer en su cama era tentar a la suerte cada noche, era como jugar con una serpiente. Una noche ella le clavaría su veneno y todo habría acabado para él, pero se sentía impotente. La deseaba tanto que podía sentir su sangre bullir en las venas ante su sola presencia.

Arrojó con violencia al suelo la manta que cubría su cuerpo y salto sobre ella dispuesto a penetrarla. Agarró sus brazos y los colocó en forma de cruz, sujetándola con firmeza. Sentía el pulso acelerado latiendo con fuerza en las sienes. Valeria no se inmutó. Le miro con los ojos de un animal y sonrió con malicia preparada para recibirle en sus entrañas. La cabalgó con violencia. Sintiendo sus uñas clavadas en su espalda y su aliento dulce y embriagador quemando su cuello mientras la poseía. Sus manos ásperas y cansadas se posaron en sus senos reclamando lo que era suyo por derecho propio. Su posesión. Aquel cuerpo que se arqueaba y gemía bajo su peso le correspondía a cada embestida. Después de unos instantes que parecieron eternos, la habitación pareció girar a su alrededor. Eyaculó en su interior y sintió su miembro palpitar con furia cuando lo hizo. Ella cerró sus piernas atrapándolo fuertemente. Tuvo que forcejear para zafarse de esa postura y una vez libre se dejo caer a un lado mientras su corazón seguía latiendo desbocado en el pecho. El cuerpo de Valeria aun seguía contorsionado junto a él. Su respiración descontrolada llenaba la habitación. La miró un instante. Sí, ¡habría sido tan fácil matarla allí mismo!

## 16

Apenas los primeros destellos del Sol asomaban por Levante, los cinco barcos estaban ya agrupados, muy próximos, tanto que incluso podían verse las caras entre ellos. El *Esperanza de Triana* estaba situado en el centro. Lucía, al igual que el resto de la tripulación y de la soldadesca, formaba en cubierta. De pronto se abrió la puerta del camarote y salió la comitiva. Lugón encabezaba la marcha, tras él dos soldados llevaban casi a rastras a *Cartujo* maniatado. La cuerda pasaba por entre sus manos a través de toda la espalda y se cerraba con un nudo muy ceñido alrededor de su cuello impidiéndole proferir cualquier palabra. El padre Landa cerraba la marcha entonando un canto que había elegido especialmente. Hasta tal punto había asumido su papel en aquel simulacro de Juicio de Dios, que incluso su cántico era una oración que usaban los cartujos, atribuida a San Bruno. Había adaptado el rito a los ya inamovibles hechos, para justificarse así mismo por su impotencia ante la sentencia que Don Vicente había impuesto sin contar con él. De ésta manera sentía que había recuperado el protagonismo, al menos en parte, en el proceso. Se sentía con derecho a todo ello.

*Sub tumn praesidium*
*Confugimus, Sancta*
*Dei Genitrix,*
*Nostras deprecationes*
*Ne despicias in*
*Necessitatibus,*
*Sed a periculis cunctis*
*Libera nos semper,*
*Virgo gloriosa et benedicta*

Aquella misma noche había sido instalada una pequeña plataforma móvil sobre el Castillo de proa y a la cual encaramaron al reo. Sin mediar palabra, Lugón, con una rapidez inusitada, enganchó el nudo del cuello a la cuerda que colgaba de la verga, se acercó al cabo suelto y tiró con

toda su alma. El madero crujió mientras *Cartujo* instintivamente hizo fuerza en el sentido contrario. Un soldado, a un gesto de Lugón, golpeó al condenado en la boca del estómago, tras lo cual Bruno se contrajo, a la vez que Lugón volvió a tirar, consiguiendo elevarle lo justo para que solo tocara muy de puntillas el suelo de la plataforma. Todavía tiró aun más y ató el nudo al madero. Todos los presentes se horrorizaron cuando empezaron a comprender: el desventurado *Cartujo* se aferraba a la vida apoyando como podía las puntas de los dedos de sus pies en cubierta.

Enfrente, presidiendo la ejecución estaban ya situados, Don Alfonso, el padre Landa y Vicente Sotomayor, al que el espantoso suplicio que se avecinaba parecía de su agrado. De la Torre, al contrario, visiblemente violentado por el espectáculo trataba de mantener la dignidad que su puesto le exigía y Bartolomé rezaba, en silencio. La agonía prometía ser terrible. Mientras Bruno tuviera fuerzas seguiría vivo y cuando éstas le abandonaran, la cuerda terminaría de tensarse, lo que significaría que el condenado acabaría estrangulándose a sí mismo. El proceso podría durar varios minutos o varias horas, al haber despreciado el verdugo la posibilidad de romperle el cuello de golpe con un ahorcamiento *convencional*. La crueldad del suplicio sobrecogió a todos. Estaba claro que era una demostración de fuerza ante la tropa, a la vez que reforzaba la capacidad de *Matamoros* para restablecer la disciplina que se había estado relajando desde el comienzo del viaje.

En ese momento en el que la totalidad de los soldados y de la marinería estaba en cubierta y el silencio era sepulcral, fue el instante que aprovechó Sotomayor, asumiendo toda la autoridad para sí mismo, situándose frente al reo para leer en voz alta la acusación y la condena. Estaba claro quien mandaba allí y que su parlamento iba dirigido sobre todo a sus hombres pero también a la marinería, que estaba comenzando a saber de su crueldad.

—Bruno Araujo, se te acusa de sodomía en repetidas ocasiones, así como de forzar y asesinar a un miembro del ejército de su majestad el rey Don Fernando II y de la reina Juana. Por ello se te sentencia a morir ahorcado —Hizo una dramática pausa y prosiguió su discurso dirigiéndose a los presentes—. Mirad bien a este perro. Miradlo bien, porque si alguno de los presentes osa seguir sus andanzas, tendrá un tormento aun mayor. Me ha sido encomendada una

misión por el mismísimo rey y si alguien, ya sea marino o soldado, osa interponerse en mi camino correrá la misma suerte que este despojo. Lo juro por mi honor.

Escupió en dirección al condenado, miró altivamente a cuantos le rodeaban, descendió del atril y con un marcado gesto de odio, abandonó la cubierta dirigiéndose a su camarote. Nadie tuvo el valor de mirarle de frente al pasar junto a él.

Una vez hubo terminado el alegato, el padre Landa comenzó a recitar todos los nombres conocidos del pecado cometido por Bruno: *crimen contra naturam, peccatus, crimen nefandum, crimen atrocísimus…* mientras acercaba un crucifijo al reo a la vez que le pedía que se retractara. Mientras tanto Bruno comenzó a mostrar signos de estrangulamiento ya que, justo antes del discurso de su superior, Lugón había añadido otro *refinamiento* al suplicio: sin mediar palabra, había volcado aceite de una tinaja sobre los pies del condenado mientras sonreía plácidamente. Las puntas de los dedos de los pies apenas conseguían una posición estable y no paraban de resbalar. Todas las miradas estaban fijas en el macabro espectáculo.

Ante tal visión y visiblemente furioso, Antonio no pudo menos que murmurar entre dientes:

—Tiene cojones que lo único que le importa al curilla no es que muriera el chico sino que eran un par de bujarrones.

—Calla Antonio, —le espetó Lucía—, que te van a oír.

Ramiro Ocaña era la única persona en todo el barco que no estaba en ese momento en cubierta. Sin ser visto, se fue alejando poco a poco hasta llegar al lugar donde dormía la tripulación. Una vez allí, localizó lo que se le había ordenado: la caja con las pertenecías del gitano Antonio y de su sobrino Lucio. No podía hablar pero, estaba bien aleccionado por su señor.

Tras rebuscar entre los escasos enseres, encontró dos cartas junto con un pedazo de pergamino antiguo, guardados en el fondo del hatillo. Reconoció al momento que eran importantes, así que no perdió tiempo y regresó junto a su señor. En cuanto le vio acercarse, el monje se santiguó y lo más discretamente que pudo le conminó a seguirle hasta su aposento. Tenía el tiempo justo para leer los documentos y devolverlos a Ramiro que, ágilmente volvió a desaparecer en las entrañas del barco. Sin pérdida de tiempo el sacerdote regresó a su puesto en

cubierta, mientras que el sirviente mudo devolvió a su lugar cartas y pergamino, dejando todo tal y como lo había encontrado. Nadie notaría nada.

Lucía había guardado la carta de su tío a su padre como si fuera un amuleto, desobedeciendo a Antonio y al sentido común. Debería haberla quemado pero, simplemente no pudo. Además ¿quien iba a buscar tal cosa entre las pertenencias de un grumete? Y en caso de encontrarla ¿quién sabría leerla en aquel barco? y menos aún en italiano, idioma en el que estaba escrita. Para ella, el manuscrito era como un talismán y no se atrevió a dejarlo atrás.

Tras leer las cartas, Bartolomé no podía sacarse el hallazgo de la cabeza. Mientras contemplaba el suplicio de *Cartujo*, comenzó a atar cabos. No había sido solo la Corona portuguesa quien envió barcos al oeste antes que Colón, también había llegado accidentalmente al menos otro barco, tal y cómo se desprendía de la carta. Sonrió al pensar que el mérito de Colón no fue descubrir nuevas tierras sino convencer a los reyes que fletaran naves para tomar posesión de esas tierras antes que Portugal. La sorprendente fecha del manuscrito, escrito en portugués y la carta escrita en italiano, idiomas que Landa dominaba a la perfección, dejaban fuera de toda duda que realmente había un tesoro en La Española y que además había alguien más tras él. Ahora sabía que no podía demorarse y debía llegar el primero. Por otra parte, se sentía fortalecido en la fe, ya que la Divina Providencia le había puesto en la senda adecuada y antes siquiera de desembarcar de nuevo en aquella tierra infernal. Por desgracia, las pistas estaban incompletas y necesitaba a la joven para llegar hasta su padre y por tanto al oro y, todo ello, sin tener que hacer pesquisa alguna. Desde aquel mismo momento, su principal preocupación no sería otra que la de proteger en lo posible a la joven durante la travesía, sin dejar de vigilarla ni un momento y sin que ella llegase siquiera a imaginarlo. Esa era ahora su máxima prioridad a bordo. No obstante, desde el instante en que pusieran el pie en La Española, sin la presencia del ejército y haciendo valer sus credenciales, la haría detener para interrogarla a sus anchas. Por otra parte, su intención de acometer una purga en el barco, había pasado a ser algo secundario, dada la trascendencia de su descubrimiento. El Señor estaba de su parte y eso elevaba su misión a la categoría de divina. Para él, no había ninguna duda de que el mismísimo Dios estaba guiando sus pasos y era en la isla donde iba a tener que centrar

todos sus esfuerzos. Pero hasta que llegara ese momento, tenía cosas que hacer. Retomó sus rezos con determinación y contempló satisfecho la muerte de aquel sodomita.

A la derecha de Lucía, Páez, miraba con semblante serio el cielo, aparentemente ajeno a cuanto sucedía en cubierta.

—Desconfío de esas nubes, rapaza —susurró a Lucía mientras se santiguaba.

El viento soplaba cada vez más fuerte y el oleaje se abatía furioso contra el casco del barco. Se avecinaba una tormenta pero nadie se atrevió a romper la formación. De improviso, dos rayos cayeron cerca del *Castilla* y comenzó a llover con violencia. En unos instantes, el oleaje había crecido hasta el punto de zarandear la flota como si se tratara de cáscaras de nuez. Alfonso de la Torre tomó por fin la iniciativa:

—¡Rompan filas! Cada cual a su cometido. Recoged la arboladura.

A una, la marinería obedeció y como si despertara de un letargo comenzó a correr frenética en todas direcciones. Los grumetes a tirar de las jarcias, los marineros a recoger las enormes velas que estaban todavía desplegadas. La soldadesca junto con sus oficiales fue desapareciendo en las entrañas del barco, dejando el gobierno del buque a los hombres de mar.

Durante el resto de la jornada la tormenta arreció con fuerza, presagiando que aquello era solo el comienzo y que aun no había mostrado su verdadero rostro.

Oscuras y densas nubes se arremolinaban alrededor de los barcos. El fuerte aparato eléctrico descargaba con furia sobre las embarcaciones y un viento gélido y denso sacudía las naves con virulencia.

Lucía, en lo alto del mástil de mesana, se afanaba por tensar las cuerdas lo mejor que podía. Había escuchado relatos y leído acerca de las tormentas en alta mar pero aquello se escapaba a su comprensión. Un par de veces tuvo que asirse con todas sus fuerzas al madero olvidando su tarea,

ya que la fuerza del oleaje le sacudía con el poder de mil demonios. Se sentía como un pendón, yendo y viniendo a merced del viento, sin poder hacer nada por evitarlo.

Abajo, la marinería se esforzaba por sacar el agua que entraba en las bodegas y que amenazaba con inundar la nao. De uno a otro lado, los tripulantes iban y venían aparentemente sin orden ni control pero sabiendo que si perdían ese pulso contra la mar, sería su final. En el caos de la tormenta habían perdido contacto con el resto de la flota y si las cosas empeoraban solo podían confiar en no haberse alejado demasiado de los demás navíos.

Antonio estaba más que pendiente de Lucía, ahí arriba, y no la perdía de vista ni un momento y su mente se impregnó del recuerdo de su pasado marinero y a la tormenta que le había hecho naufragar años atrás ¡Y aquella no había sido ni la mitad de fuerte que ésta! De pronto, un grito le sacó de su trance. Páez se esforzaba en sacar cubos de agua bajo las escaleras que llevaban al Alcázar de popa.

—¡Eh tú, calé! —El sonido de la tempestad ahogaba los gritos del gallego y Antonio tuvo que acercarse para escucharle—. El palo de trinquete está a punto de quebrarse, ve allí y trata de apuntalarlo con un grupo de hombres o nos iremos todos al condenado infierno.

El gitano sorteó el oleaje y sintió que flotaba sobre la cubierta mientras avanzaba. Era imposible mantener el equilibrio en aquellas condiciones y tuvo que agarrarse a cuanto encontró al alcance de su mano para llegar. Media docena de hombres luchaban por mantener erguido el mástil. Un par de marineros intentaban apuntalarlo y sujetarlo con cuerdas para evitar que se viniera abajo. Los restantes, grupo al que se incorporó Antonio, sujetaban con su cuerpo el resquebrajado pedazo de madera.

Un sonido sobresaltó a todos. El improvisado patíbulo donde aun colgaba el cuerpo de *Cartujo*, emitió un gran estruendo, se desclavó de la cubierta y como empujado por una fuerza titánica, salió lanzado por la popa ante el estupor de todos.

—¡Santa madre de Dios! —se escuchó decir a alguien.

—¡Al trabajo, haraganes!, ¡Al trabajo! A ese infeliz ya le da lo mismo estar colgando de un cabo o en el fondo del mar y nosotros tenemos una nao que mantener a flote. —gritó uno de los oficiales.

La cuadrilla retomó su trabajo y cuando juzgaron que no se podía hacer más por mantener el trinquete en pie, los marineros se replegaron en busca de otros quehaceres. Algo que no escaseaba ya que, solo para sujetar el timón estaban siendo necesarios tres hombres.

—¡Que Dios nos proteja si el trinquete se viene abajo! No se puede hacer más —sentenció Páez.

Dos horas después, la gran tormenta concedió una tregua a la tripulación que, no obstante, siguió afanándose en arreglar los destrozos.

Lucía bajó por fin a cubierta y se reunió con Antonio. Páez se unió a la pareja a quien ofreció un pellejo de vino.

El gitano tomó el pellejo y le dio un tiento que su cuerpo cansado agradeció.

—¿Alguien puede decirme dónde estaba el glorioso ejército de su majestad cuando casi nos vamos a pique? —bromeó el gallego—. Yo os lo diré: escondidos en la bodega como ratas.

El trío prorrumpió en risas sacudiéndose la tensión de las horas anteriores.

Páez miro al cielo aun oscuro y amenazador.

—Que me corten en pedazos y me echen a los cerdos si esto ha terminado —masculló con rabia.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Lucía.

—Qué esto no acabó, rapaz. La tormenta volverá y será más fuerte. He recorrido las suficientes veces este mar para saber que así será. Esta noche tendremos de nuevo faena —sonrió amargamente el gallego—. ¡Apretaos las calzas muchacho! Se avecina otra y va a ser de las buenas.

Bartolomé Landa acababa de tomar su primera decisión para proteger a Lucía. No podía permitir que nada le sucediera. Para poder seguir con su divino plan, era preciso que la joven llegase sana y salva a Santo Domingo. Estaba preocupado por ella, por el peligro que corría ahí arriba, tensando las cuerdas. Además, no paraba de escuchar rumores sobre aquella calma

momentánea, que solo podía significar el próximo retorno de la tormenta y con más fuerza, aun si cabe. Así que, aprovechando aquella tregua momentánea, salió de sus aposentos, acompañado de su inseparable siervo y se dirigió al camarote del Capitán de la nao. Había algo teatral en aquella visita, tanto en el momento elegido, como en la forma de presentarse. Ya había decidido que un rápido golpe de efecto sería lo más conveniente, con un espíritu tan débil como el que había demostrado tener Don Alfonso.

Golpeó con sus nudillos con firmeza. Dentro se escuchó un juramento y la voz del Capitán:

—¿Quién vive? ¡Voto a...!

—Abrid a un siervo de Dios.

La puerta se abrió y Bartolomé Landa irrumpió en la estancia donde estaban con Don Alfonso, Juan Martínez, el contramaestre, que estaba despachando con el Capitán, el veedor Pablo Alonso y Fernando de Vicente, el piloto. Se situó en medio de la estancia y ordenó con gran vehemencia:

—¡Salid! Debo hablar con el Capitán.

De la Torre dudó unos instantes pero conocía a muchos clérigos y sabía que era mejor dejarse llevar hasta ver que sucedía, además, había algo en aquel monje que le inspiraba temor. A un gesto suyo, los tres oficiales obedecieron. Cuando el último de ellos hubo abandonado la estancia, el pelirrojo salió a su vez, cerrando la puerta tras de sí, dejándoles solos. El sacerdote que no había dejado de taladrar con sus penetrantes ojos los del Capitán, sacó el salvoconducto papal de su hábito, tendiéndoselo acto seguido al marino:

—Leed este documento y fijaos en el sello.

Landa arriesgaba mucho exponiendo sus credenciales antes de lo esperado, pero tenía la firme determinación de hacerlas valer para asegurarse de que los designios que Dios le había procurado no se fueran al traste durante la travesía.

Mientras leía el salvoconducto, la cara de Alfonso de la Torre, fue cambiando del respeto al temor.

—Como veis —prosiguió el sacerdote—, soy un enviado del nuevo Papa León X y por ello, debéis facilitarme todo aquello que precise para realizar mi cometido. En breve os pediré mercedes y no osaréis contrariarme. Por otra parte, la naturaleza de mi misión es secreta y así lo debe seguir siendo.

De la Torre apenas conseguía balbucear. No se esperaba algo así en su barco. Repasó mentalmente las opciones que tenía. Se preguntó si la expedición militar y más concretamente su Capitán General Don Vicente Sotomayor, sabría de la presencia de un enviado papal a bordo y algo le decía que no. Al final, juzgó como más conveniente complacer al clérigo, incluso a espaldas de *Matamoros*.

—¿Qué pretendéis de mi? —preguntó, tragando saliva.

—Se trata de uno de vuestros hombres, un grumete. Es de gran importancia para los intereses de la Santa Madre Iglesia que arribe sano y salvo a La Española. Debéis disponer cuanto sea necesario para que no corra riesgos durante el resto de la travesía.

—Padre, habéis visto lo que ha sucedido esta mañana. Si la tormenta regresa necesitaré a toda la tripulación disponible, no podemos...

—¿Estáis acaso poniendo en duda las órdenes del mismísimo Papa? —le interrumpió colérico Landa.

El viejo Capitán sacudió su cabeza con vehemencia, luego bajó la mirada y negó mansamente.

—Su nombre es Lucio. Ponedle en lugar seguro, al menos hasta que la tormenta amaine del todo.

Al Capitán no le produjo gran extrañeza escuchar el nombre de aquel grumete, sabía de quien se trataba pues él mismo había tenido noticias de que su llegada se había producido de manera poco usual. Había aparecido, como por arte de magia, en la lista de embarque solo tres días antes y venía *recomendado* por una cofradía o quizás merced a algún comerciante del puerto. De todas formas, tenía la suficiente experiencia para que un detalle como ese pasase inadvertido a sus

ojos; además, había algo en el muchacho que le resultaba ambiguo. Sí, sabía con seguridad a quien se refería el agustino pues le había estado observando pero, se abstuvo de hacer comentario alguno. Asintió con mansedumbre.

Satisfecho, el agustino se encaminó en dirección a la salida.

—¿Y que hacemos con su tío? Son inseparables —preguntó el Capitán.

El agustino vacilo unos instantes, en su mentalidad arcaica y cuadriculada, una mujer sin un hombre a su lado no era nada, así que decidió atar todos los cabos antes de dejar nada pendiente que pudiera comprometer su situación.

—Ponedle a él también a salvo.

El agustino se giró antes de llegar a la puerta.

—Si todo o parte de nuestra conversación saliera de aquí, responderéis ante el Papa por ello —amenazó—. Una última cosa, ellos no han de saber por que se les relega de sus obligaciones, bajo ningún concepto.

Cuando el agustino hubo abandonado la estancia, el Capitán de la nao suspiró aliviado pues había algo en ese agustino que le producía verdadero pavor. Dio las instrucciones necesarias para cumplir las exigencias del Padre Landa y rogó por no tener que vérselas con él de nuevo durante el resto de travesía.

**17**

El viento soplaba ligeramente, trayendo aromas de la montaña a romero y hierbabuena. Estaba comenzado a refrescar y el calor del verano remitía ligeramente. Peciña se hallaba jugando a las cartas con un grupo de hombres, frente a una de las casetas donde se alojaban y matando el tiempo mientras compartían un pellejo de vino. Manuel la había visto deambular por la finca el día anterior. Era hermosa. No como su sobrina que poseía una belleza inocente. Valeria era arrogante y altiva hasta en su hermosura y no se hablaba de otra cosa en la finca desde su llegada.

—¿Habéis visto al viejo? —dijo uno de ellos, que respondía al apodo de *Patavieja* debido a una vieja herida en su muslo derecho, lo que le producía una leve cojera—. El amo está tan encaprichado con ella que no ha salido de su alcoba desde que regresó esta mañana.

El grupo prorrumpió en sonoras carcajadas. *Patavieja* continuó con su broma.

—¡Que me aspen si llega al invierno con tanto *mete y saca*!

El vino tomado había comenzado a hacerles efecto y las lenguas se habían comenzado a desatar.

—¡Cómo no pudo tener a la *pollita* ha tenido que conformarse con la *gallina vieja*! —continuó otro de los presentes con la burla.

Peciña dio un tiento al pellejo riendo con ganas.

—¡Venga, Manuel! —*Patavieja* retomó la conversación—. Tú sabes algo que no cuentas. El *viejo* te tiene más confianza que a ningún otro. Cuenta lo que sepas.

Era cierto. Él conocía la verdad de lo sucedido pero sabía también que en boca cerrada no entran moscas.

—No sé más de lo que vosotros sabéis —mintió.

—Cuéntanos la verdad —insistió de nuevo su compañero—. Eres su mano derecha. Me apuesto la paga de un mes a que sabes más de lo que cuentas.

La conversación cesó de improviso. Del interior de la casa principal salía el amo con Valeria de su brazo.

Todos quedaron en silencio cuando la pareja llegó a su altura.

—¡A la paz de Dios! —exclamó Luis de Utrera a modo de saludo.

El grupo respondió casi al unísono e hicieron una torpe reverencia en honor de la dama que acompañaba al patrón. Todos menos Peciña.

—Preparad tres monturas —ordenó Don Luis—. La señora y yo daremos un paseo antes de que anochezca. Tú nos acompañarás, Manuel.

—Amo —protestó el joven—, ahora mismo llevo una buena mano… ¿Os es necesaria mi compañía? *Patavieja* o *El Portugués* podrían acompañaros.

—De haber querido que ellos me acompañasen se lo habría ordenado a ellos. Deja las cartas para otra ocasión y acompáñanos. Hay algo de lo que quiero hablarte.

Peciña asintió sin ganas. Conocía de sobra a las mujeres como aquella y su compañía no le resultaba agradable, pero las órdenes del viejo no podían contradecirse dos veces.

La pareja se retiró a la sombra, buscando refugio del calor, en espera de que sus órdenes fueran cumplidas.

A Lucía y Antonio la visita de uno de los oficiales les sorprendió tratando de descansar en el fondo de la bodega, en espera del segundo envite de la tormenta.

—¡Vosotros dos! ¡Recoged vuestras cosas y acompañadme de inmediato!— ordenó el oficial sin ningún reparo.

La pareja intercambió una mirada fugaz antes de disponerse a seguir sus instrucciones.

Abandonaron la bodega de la nao, mientras eran observados con curiosidad y recelo por el resto de sus compañeros que dormitaban en silencio. Páez frunció el ceño con una mueca de desagrado cuando pasaron a su lado.

Una vez en cubierta, sortearon los restos que la tempestad había arrojado sobre los escalones de entrada. El oleaje, que había recobrado intensidad, empezaba a golpear amenazando con volver a la carga de un momento a otro. Ascendieron al Alcázar de popa y una vez allí descendieron los cinco escalones que les separaban de la *zona noble* de la nao y de los camarotes de los oficiales. Un lugar que estaba vetado para la marinería.

El oficial les hizo pasar al interior del pasillo, donde un candil iluminaba discretamente la estancia y se perdió en la semioscuridad del mismo, ordenándoles permanecer a la espera de instrucciones. Lucia y Antonio se miraron desconcertados. No era usual que ellos dos, pertenecientes al más bajo escalafón de la tripulación del barco, fueran requeridos allí. Por la cabeza de ambos surcó la idea de que habían sido descubiertos. Instantes después, el oficial regresó acompañado del mismísimo Capitán del barco.

Alfonso de la Torre siempre había sido un hombre prudente y respetuoso con sus superiores, incluso se podría decir servil. Aquella mansedumbre le había hecho ganar una reputación de hombre leal que, unida a su fama de gran navegante le hacían favorito en las grandes empresas marineras como aquella. No se arriesgaría a perder su posición por nada. Por eso, cuando recibió la visita de Bartolomé Landa, no dudó en hacer cumplir al pie de la letra las instrucciones del religioso. No era de los que mordían la mano que les daba de comer y tampoco se le ocurriría nunca contrariar el poder de la Iglesia. No le interesaban en absoluto los motivos por los que había sido obligado a dispensar un trato de favor a dos de sus hombres pero, no pudo por menos que personarse y comprobar con sus propios ojos qué tenía de especial aquella pareja de marinos para requerir la atención de un enviado de Roma.

El Capitán inspeccionó de arriba abajo su aspecto y no juzgó nada especial en ellos, excepto quizás una ligera ambigüedad en el más joven y que supuso fruto de su corta edad.

—¿Sois Antonio Vargas y Lucio? —preguntó con tono solemne.

La idea de haber sido descubiertos tomó cuerpo en ambos. Asintieron mansamente.

No obstante, el Capitán de la nao trató de sonsacar cuanto pudo sin atender a los gritos de templanza que escuchaba en su interior.

—¿Sabéis para qué os halláis aquí, en lugar de estar ocupando vuestros puestos en cubierta? —inquirió.

Tío y sobrino se miraron sorprendidos.

—No… no, señor— tartamudeó Antonio.

—Y vos, ¿lo sabéis?— se dirigió a Lucia.

La muchacha se limitó a negar con vehemencia.

De la misma manera que conocía los cambios del viento con tan solo mirar al cielo o poseía la habilidad para navegar en aquellas aguas incluso con la mirada clavada en el horizonte, algo le dijo a de la Torre que no debía hacer preguntas y limitarse a seguir las instrucciones del agustino sin interferir en nada más. Algo olía mal en todo aquel asunto y resolvió alejarse, decidido a no entrometerse, se tratara de lo que se tratara. Ordenó al oficial que les pusiese al tanto de sus nuevas tareas y se alejó en dirección a cubierta sin mirar atrás.

—Vuestra tarea consistirá en mantener estas estancias en el mejor estado posible —exclamó el oficial—. Limpiaréis el suelo, así como todo cuanto se halla en estos pasillos y los camarotes cuando se os lo requiera. Os encargaréis de vaciar las *aguas* de los pasajeros con la mayor premura y de hacer todo aquello que éstos os soliciten. ¿Lo habéis entendido? ¡Seguidme!

Mientras recorrían el pasillo, el oficial siguió hablando con igual altivez y desprecio por sus oyentes.

—Bajo ningún concepto entraréis a ningún camarote si no se solicita vuestra presencia en ellos y os dirigiréis a los pasajeros que las ocupan con el respeto que se merecen. Entre los invitados del Capitán se hallan importantes cargos de la Corona, así como oficiales de alto rango. Sed respetuosos por la cuenta que os trae y hasta que arribemos a tierra no abandonéis estas estancias sin autorización. ¿Queda eso claro? No volveréis a cubierta si no es estrictamente necesario y siempre indicando al oficial de guardia el motivo de vuestra ausencia.

El oficial cesó el tono mortecino con que iba enumerando sus obligaciones, giró súbitamente sobre sus talones y se dirigió a ellos desafiante.

—Si falta la más miserable moneda o el más insignificante objeto de los equipajes de los pasajeros, yo mismo os colgaré por los pulgares del palo mayor y después me encargaré de echar lo que quede de vosotros a los peces. ¿Está claro?

La pareja se limito a asentir.

Al final del pasillo se abría una pequeña estancia de no más de diez pies de ancho por quince de largo. El oficial abrió la puerta y les hizo pasar.

—Estos serán vuestros nuevos *aposentos* —dijo burlón—. Dejad vuestras *posesiones* aquí y poneos con vuestras tareas.

Acto seguido cerró la puerta tras de sí y, Lucía y Antonio quedaron unos instantes en silencio.

El mobiliario del pequeño camarote consistía en un camastro de paja y una pequeña mesita donde descansaba una vela que se apresuraron a encender. No había ventanas al exterior y olía a moho y humedad.

—No me gusta esto, niña —exclamó en voz baja el gitano—. No me gusta nada. Relevarnos de nuestras tareas de esa manera y en mitad de una tormenta. No me gusta nada.

—Lo sé —interrumpió Lucía—. El Capitán no habría venido en persona si fuese algo normal. A mí tampoco me gusta.

—¿Crees que nos han descubierto? —preguntó el calé con voz temblorosa.

Lucia esbozó una mueca, frunciendo los labios antes de contestar y pensó en el pobre infeliz que conocía su secreto en el barco y que ahora descansaba en el fondo del mar.

—Ya has visto como se las gastan en este barco. Recuerda al pobre *Cartujo*. ¿Qué sentido tendría habernos traído aquí, apartados del resto de la tripulación y separados de todos, si hubiésemos sido descubiertos? No, no creo que sea eso. No lo sé. De cualquier modo —prosiguió Lucía—, no podemos hacer nada sino lo que nos han encomendado y mantenernos vigilantes en espera de lo que pueda suceder.

Antonio asintió.

—Dormirás en el camastro, yo estoy acostumbrado al suelo —dijo resuelto mirando el pobre jergón que presidía la estancia.

—No te preocupes por eso, *tito*, algo me dice que no podremos permitirnos el lujo de dormir demasiado durante el resto de viaje.

Seis horas más tarde, la tempestad regresó dispuesta a zarandear la nao como si fuera una cáscara de nuez. Páez y el resto de marineros no se equivocaron, lo peor no había llegado ni con mucho. Durante la tregua que aquella fenomenal tempestad había dispensado, se trataron de

reparar en la medida de lo posible los desperfectos que esta había causado en su primer embate. En el horizonte, se confirmó la presencia de tres de las cuatro naves restantes que conformaban la expedición y se les realizaron la señales oportunas, para hacerles saber que la nao no había sufrido desperfectos considerables.

Los marineros se apretujaban en las escaleras de entrada a la bodega en espera de que se les requiriese en cualquier momento. Se oían juramentos y maldiciones y alguno que otro se santiguaba sin mostrar reparo alguno en exhibir su temor.

—No me gusta nada como se están poniendo las cosas. —exclamó Páez sin referirse a nadie en concreto.

Había comenzado a llover de nuevo con intensidad. Su experiencia como marinero le decía que si no aclaraba en un par de horas, la nao estaba perdida. El trinquete había sido reparado de forma rápida y no se podía hacer nada más por él. Si terminaba de partirse, se podía dar todo por perdido. La vela de mesana había desaparecido y una vía de agua seguía sin cerrar en la bodega. Había realizado la travesía de Las Indias en una docena de ocasiones y no era esta la primera galerna a la que se había enfrentado pero, no recordaba haber visto mar tan embravecida, ni nubes tan amenazadoras. Sentía un nudo en la boca del estómago que le impedía respirar con normalidad. Se disponía a dar  un tiento a un pellejo de vino que alguien le había tendido, cuando un golpe de mar le empujó, a él y a tres de sus compañeros, escaleras abajo. Se golpeó la cabeza contra el suelo, a la vez que profería un juramento que podría haber sido oído en cualquier parte de la nao de no ser por el fuerte ruido que producía el viento.

—¡*Carallo*! ¡Esta tormenta quiere hacernos perder la poca fe que nos queda! —sentenció.

No había terminado la frase cuando del exterior se oyó un golpe sordo que retumbo en el interior de la bodega.

—¡El palo mayor! —Se escuchó gritar—. ¡El palo mayor va a quebrarse!

Páez ahogó un nuevo juramento, se puso en pie de un salto y subió escaleras arriba saltando por encima de sus compañeros que se apretaban los unos a los otros llenos de miedo.

Miró hacía popa, donde se hallaba el único oficial que permanecía en cubierta. Le vio incapaz de dar una sola voz y con sus ojos abiertos como platos, paralizado por el miedo. Páez juzgó a aquel oficial como un inútil y se decidió el mismo a ejercer como tal.

—¡Vamos, voto a tal! ¡Todos a apuntalar ese maldito palo si no queréis dormir en el fondo del mar esta misma noche! —ordenó.

Y salió a la tempestad acompañado de una docena de marineros.

—¡Coged clavos y maderas, cuerdas y todo lo que pueda ser útil! Ese condenado mástil tiene que aguantar como sea —gritó con fiereza.

Desde la comodidad de su exiguo camarote, el padre Landa sentía las sacudidas del barco como si el mismismo infierno se cerniese sobre la nao.

No tenía duda alguna de que el Capitán cumpliría sus instrucciones al pie de la letra, pero la premura con que ha llevado a cabo su requerimiento le había satisfecho plenamente.

Las penumbras poblaban la estancia. Sobre el camastro, el agustino se bamboleaba, zarandeado por la tempestad que descargaba en el exterior. Se incorporó y quedó sentado sobre el jergón.

Su fiel criado yacía en un rincón muerto de miedo.

—Ven aquí, hijo —ordenó en un tono de voz que juzgó como excesivamente dulce.

El gigante mudo se arrastró sobre las gastadas maderas y se inclinó, apoyando su rojiza cabeza sobre el camastro donde el padre Landa permanecía aparentemente impertérrito.

—No has de temer nada —murmuró el agustino—. Dios está con nosotros, hijo mío. No permitirá que su elegido sufra mal alguno.

Ramiro Ocaña se secó las lágrimas que surcaban su encarnado rostro y le miró como un pajarillo desvalido observa a la mano que le alimenta.

—Aun no lo sabes —continuó el agustino—, pero el destino que te ha traído a mi lado es la mismísima voluntad de Nuestro Señor. Él ha tenido a bien buscar un compañero que soporte la carga que se me ha encomendado. Estás siendo testigo de un hecho que ha de cambiar por siempre

la historia de nuestra bien amada Iglesia. Lo que nos aguarda al otro lado del mundo es tan prodigioso, que no ha de haber rey que después no se arrodille ante nosotros.

Landa tomó entre sus manos la cabeza de Ocaña y le miró con ojos de padre. Se inclinó, acercando su enjuto rostro al del pelirrojo, antes de volver a hablar en voz queda.

—Dios está de nuestro lado, Ramiro. No lo olvides. Él nos acompaña en nuestra Sagrada Misión y yo soy su enviado —La voz del agustino tembló de emoción—. Su voz habla por la mía, sus ojos ven por mis ojos, su voluntad es mi voluntad, yo soy su elegido, y nada ni nadie podrá quebrar su divina voluntad. No lo olvides, yo soy su brazo, su instrumento y no temblaré ante las adversidades porque soy… *el brazo de Dios*.

El ruido de la tempestad se mezcló con un fuerte estrépito y con las voces de los marineros en cubierta, que gritaban y juraban instantes después.

Sobre el camastro, Bartolomé Landa rezó en un hilo de voz, mientras su acompañante reposaba su cabeza de rojo fuego sobre su regazo.

El aire que comenzaba a refrescar la campiña sevillana se elevaba del suelo levantando nubes de polvo que se arremolinaban formando espirales.

Los caballos caminaban con paso lento. A ambos lados del camino los olivos se erguían orgullosos. Don Luis de Utrera cabalgaba junto a Peciña, Valeria iba unos pasos por detrás de ellos.

—Este verano está siendo seco —sentenció el terrateniente mirando al horizonte.

Manuel asintió sin ganas. Por su cabeza pasaban otras preocupaciones en aquellos momentos.

Desde su conversación tras la huida de la muchacha y el gitano, no habían vuelto a tratar el tema del oro y aquello le escamaba sobremanera. Sabía que Utrera amaba el oro sobre todas las cosas. La noticia del tesoro que él mismo le había revelado era un anzuelo demasiado tentador como para que *el amo* no hubiese movido todavía ni un dedo. Sus planes pasaban por que el terrateniente fletase una expedición, poniéndole a él al mando y, lejos de las garras de Utrera, hacerse con él oro a cualquier precio. Pero, ¿por qué lo retrasaba tanto? Y luego estaba aquella mujer. Manuel desconfiaba de ella como de las nubes negras en una tarde de verano. Sabía que una

hembra como aquella podía hacer perder la cordura al hombre más bregado y era tan bella como mortal. Que el viejo la hubiese acogido en su propia casa, dándole el mismo tratamiento que si de su esposa se tratase, eran malas noticias para sus propios planes.

—No creas que no sé lo que se habla a mis espaldas Manuel —exclamó Utrera—. No soy un pobre viejo sumiso a los encantos de esa arpía.

—Don Luis, yo…

—Tú y el resto de mi gente, creéis que su cuerpo me tiene hechizado y que estaría dispuesto a cualquier cosa por ella. No soy sordo, Manuel. No hay una sola palabra que se diga en mis tierras y no llegue a mis oídos. De la misma manera que nadie hace nada sin que yo sea conocedor de sus actos.

Peciña sintió un escalofrío al escuchar aquellas palabras.

—Pierde cuidado, Manuel. Tengo mis motivos para tenerla a mi lado aunque no confíe en ella.

Utrera detuvo su montura y quedó mirando al horizonte sumido en un ensimismamiento.

—¿Qué opinión te merece? —pregunto de improviso.

Manuel giró su cabeza y se quedo unos instantes mirando a Valeria. Era bella, condenadamente bella. La miró unos instantes cabalgando hacia ellos. No podía culpar al viejo por encapricharse tanto. Viéndola así, sobre su montura y con ese aire arrogante, cualquiera habría hecho lo mismo. Meditó sus palabras antes de abrir la boca. El deseo era el peor enemigo que un hombre podía tener.

—Sois vos quien debe tener una opinión sobre ella, Don Luis. La mía importa bien poco.

—¡No me vengas con esas, hijo! —interrumpió el terrateniente—. Mírala bien. ¿No es bella?

Manuel asintió.

—Señor. No sé a donde queréis ir a parar, pero si de veras queréis conocer mi sincera opinión, —Peciña hizo una breve pausa antes de proseguir—, se trata de un demonio disfrazado de mujer.

El terrateniente soltó de improviso una sonora carcajada. Peciña no sabía muy bien cual iba a ser la reacción del terrateniente, pero sin duda aquella le sorprendió.

—Un demonio —Don Luis repitió las palabras de su hombre—. No has podido ser más certero y sincero con tus palabras Manuel. Esa mujer lleva el veneno en sus venas. Es una serpiente. Cuídate de ella.

La pequeña comitiva siguió su camino mientras el sol comenzaba a descender en poniente, inflamando los campos de un rojo que recordaba a la sangre. Las hojas de los olivos brillaban con un tono cobrizo.

—Mañana mismo partiré a Sevilla, hay allí asuntos que requieren mi atención durante tres o cuatro días —dijo el viejo terrateniente de improviso.

—Como digáis, señor. En cuanto lleguemos a la finca haré los preparativos para que partamos al amanecer.

—No, Manuel. Tú no vienes.

—¿Cómo decís, señor?

Aquella era la primera vez que el amo salía de viaje sin contar con él. Peciña le acompañaba siempre.

Luis de Utrera giró su montura y observo a la mujer que les seguía a unos pasos de distancia.

—Te necesito aquí, Manuel. Encárgate de ella. Cómo te he dicho, no me fío de sus intenciones y necesito alguien de confianza que sea su sombra hasta mi regreso.

Peciña asintió sin ganas. Durante un instante había creído perder la confianza del viejo terrateniente.

—Se hará como ordenáis, señor.

Habían comenzado a caer grandes gotas de lluvia, que elevaban más aun el calor encerrado en la reseca tierra cuando el grupo tomó el camino de regreso.

—Una última cuestión, Manuel —exclamó Utrera—. No olvides que lo que me pertenece a mí es solo mío. No lo olvides. Tienes mi confianza, no la quebrantes.

Peciña asintió.

Se acercaba una tormenta que venía del oeste, y los primeros relámpagos sembraron el cielo de descargas azuladas, inundando el campo de una extraña quietud.

La violencia con que el viento golpeaba la nao la hacía alzarse sobre las olas, elevando su proa como un animal herido y crujiendo bajo el embate de los elementos. Los golpes de mar invadían la cubierta con tal fuerza que, llegaban a producir el pánico en cada embestida. El viento soplaba entre las jarcias como un gigantesco fuelle, amenazando con llevarse las velas que permanecían amarradas, con su fuerza inusitada. Como una cortina de piedras diminutas, las gotas de lluvia golpeaban con furia los rostros de los marinos que, recorrían la cubierta dirigiéndose al palo mayor, a merced de la tormenta que los zarandeaba como a marionetas, sosteniéndose los unos a los otros. Codo con codo, presentaban batalla a la naturaleza tratando de mantener a flote la hoja en el viento en que se había convertido la nao. Se oían voces desgarradas que pedían ayuda al cielo. La locura que inundaba el *Esperanza de Triana* se mezclaba con el estridente sonido de la furia del mar que descargaba sobre ella toda su fiereza.

Ocupados en apuntalar el palo mayor, la marea humana que soportaba el peso del enorme madero no se percató de que uno de sus miembros era arrastrado por el oleaje. Lanzado sin piedad contra la barandilla de babor, Páez perdió durante unos instantes la noción de donde se hallaba. Trató de asirse a cuanto encontró a mano pero, otro golpe de mar lo elevó con violencia arrojándolo contra la borda. En el último instante y solo siguiendo su instinto de supervivencia, logró asirse a una cuerda que se agitaba con virulencia bajo sus pies. Justo a tiempo, pues un instante después, otro vaivén del barco lo lanzó por la borda. Solo Dios sabía cuánto tiempo podría aguantar en aquella postura. Asido a la cuerda y zarandeado por el viento, se golpeó una y otra vez contra el casco de la nao. Le ardían las manos que, desnudas, se aferran al cáñamo como última esperanza. Trató de escalar pero, la violencia con que le agitaba la tormenta le impedía cualquier intento de regresar a bordo. Por si fuera poco, sus gritos eran ahogados por el violento sonido del temporal.

Páez rezaba compulsivamente a la Santa Cruz que, otras veces le había ayudado y cuanta oración venía a su cabeza en esos instantes. Acudía claro el recuerdo de Viveiro, su pueblo.

Añoraba el mar Cantábrico de su niñez y pensaba en las historias que conocía desde niño sobre la mar y su cruel amor, y solo le impedía llorar el hecho de estar luchando por su vida. La soga se había convertido en una serpiente ardiente entre sus manos, le quemaba la piel y la sentía deslizarse de sus dedos. Sabía que no iba a poder aferrarse a ella mucho más tiempo y la cercanía de la muerte le sobrecogió. Un nuevo embate le zarandeó y volvió a golpearse violentamente contra el casco. Cerró los ojos esperando un milagro, si tan solo uno de sus compañeros hubiera escuchado sus gritos, aun tendría una posibilidad, de lo contrario estaba perdido.

Lucía aprovechó el caos que se había apoderado del barco para regresar a su anterior lugar en las bodegas. Tras la ejecución de *Cartujo* incluso llegó a creer que alguien había hurgado en su hatillo, aunque estaba segura que eso era de todo modo imposible, pues *Matamoros* se había asegurado de que nadie a bordo faltase al escarmiento que propinó al desventurado sodomita. Aun así, estaba molesta consigo misma por permitir un desliz en su seguridad y en la del propio Antonio. Había escondido, en el fondo del baúl donde guardaban sus cosas, los documentos que podían comprometerles. Al haber ser requeridos sin previo aviso en otro lugar de la nao no había tenido oportunidad de llevarlos consigo entonces y decidió que ya era hora de recuperarlos. La tormenta tenía ocupada a toda la tripulación, así que, convencida de que nadie se fijaría en ella, cruzó a duras penas la cubierta, agitada por el viento y el movimiento del barco, y resuelta se adentró escaleras abajo.

Una vez con los documentos a buen recaudo ocultos bajo su ropa, inició el regreso a la zona noble del barco decidida a no permanecer bajo la intemperie más de lo imprescindible y antes de que su ausencia fuera descubierta. Además, no había querido decir nada a Antonio. Bastante se había preocupado por ella desde que se habían embarcado en su aventura como para darle más motivos.

Bajo la cortina de agua que golpeaba la nao, en la lejanía y sin haber llegado a divisar todavía el Castillo de proa, creyó oír una voz entre el sonido de la tormenta que procedía de babor.

Aferrándose a la barandilla, permaneció unos instantes tratando de agudizar su oído.

Era una voz pidiendo auxilio y a juzgar por la intensidad, debía estar cerca. Se agarró con las dos manos a su asidera y miró por la borda. A duras penas, vislumbró debajo de ella una figura agitada por el viento. Incapaz de dar un solo paso, trató sin éxito de hacerle saber, a quien se hallaba a merced de la tempestad, que le había visto y que buscaría ayuda. El doliente crepitar de una amarra que amenazaba con soltarse cerca de ella la despertó de su ensimismamiento y le hizo desterrar la idea de buscar ayuda. Ella era el único auxilio con el que el desventurado marino podía contar. Sin pensar siquiera en la locura que suponía, se dirigió asiéndose con todas sus fuerzas a la baranda, en dirección a la amarra que crujía tensada sobre la madera. Se aferró a ella decidida y echó hacía atrás su cuerpo tratando de usar todo el peso en su ayuda. Le sorprendió comprobar que resultaba más fácil de lo que había creído en un principio y comenzó a recoger la cuerda, decidida a subir a aquel desgraciado a cubierta.

Páez daba por perdida cualquier esperanza cuando sintió que algo tiraba de él hacía arriba. Imaginó que alguno de sus compañeros había escuchado sus desesperados gritos y que habían venido en su ayuda. Con ánimos renovados, trató de aliviar la tarea de su salvador, trepando por la amarra con las escasas fuerzas que aun le asistían, apoyando sus pies en el casco del barco y aguantando el intenso dolor que le producían sus manos heridas. La cubierta se le antojaba ahora cercana y prorrumpió en lágrimas al pensar que había estado a punto de morir.

—¡Volví, *carallo*! —gritó—. ¡No llegó todavía el día de irme de este perro mundo!

La tempestad se había avivado cuando su desgarbado cuerpo asomó por encima de la barandilla de la cubierta. Unos brazos le rodearon y tiraron con fuerza de él. Cayó sobre su salvador y ambos rodaron por la cubierta merced a un violento golpe de mar que los zarandeó, lanzándolos contra una de las escotillas de carga. Se arrastraron en dirección a la barandilla donde quedaron sentados apoyados contra la madera mojada.

Páez se prodigó en abrazos a la vez que se deshacía en halagos con su salvador, deseándole cuanta dicha y gracia le vino a la cabeza en esos instantes. Estaba empapado, le dolía todo el cuerpo y sus manos le quemaban como si las hubiera metido en una fragua, pero estaba vivo.

Lucía aguantó la sarta de bendiciones que el gallego le propinó con estoicismo. Reconoció la maltrecha figura de Páez en cuanto este hubo subido a bordo y se alegró de verle vivo.

—¡Ya es suficiente, gallego loco!— exclamó sacudiéndose al agradecido marinero de encima.

Páez se le quedó mirando unos instantes. La lluvia seguía cayendo sobre ellos inclemente y sin dar tregua.

—¡Tú! —titubeó al fin el gallego—. ¡Tú me has salvado, loado sea el cielo! ¡No habría de ser otro que tú!

Páez estalló en una sonora carcajada que, bajo aquellas circunstancias, Lucía juzgó como cómica y desproporcionada, como todo en aquel extravagante marino e incapaz de mantener la boca cerrada ni cuando comía.

—Será mejor que vayamos a cubierto, Páez.

Un nuevo abrazo acompañado de una bienaventuranza de parte de Páez ahogó el discurso de Lucía.

—Busquemos cobijo —insistió Lucía, levantándose y ayudando al viejo marino a ponerse igualmente en pie—. ¿Tienes algún hueso roto? ¿Puedes caminar?

—Nada que no arregle un pellejo de vino —contestó Páez jovial.

—Ahora he de irme, mi tío no sabe nada de mi ausencia. Regresa dentro, haz que curen tus heridas, y no me agradezcas nada. No he hecho nada que tú mismo no habrías hecho.

Páez le miró complacido, exhibiendo una media sonrisa que a Lucia le pareció un síntoma de que el marino había perdido lo poco que tenía de juicio.

Esa debía ser la explicación a su extraño comportamiento y de su sonrisa. La experiencia había terminado de trastornar a Páez.

Lucía dio media vuelta y se encaminó al Castillo de proa, donde Antonio debía haber reparado ya en su ausencia.

Todavía no había caminado ni dos pasos cuando escuchó la voz de Páez a su espalda.

—¡Muchacha!

La joven se quedó paralizada mirando al veterano marinero, que aun seguía exhibiendo una extraña sonrisa en su ajado rostro. El instinto le había traicionado y se había girado ante el requerimiento de Páez sin percatarse de su equivocación hasta que la hubo cometido.

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loco del todo, gallego del demonio? ¿No ves que soy varón? —Fue cuanto pudo responder tras caer en su error.

—Estos ojos están acostumbrado a predecir el tiempo mirando las olas y el vuelo de los pájaros, y a otear el horizonte persiguiendo los vientos más favorables. No ha sido difícil saber lo que eres en realidad. Basta con mirar con atención —dijo el marinero acercándose a la desconcertada joven—. No temas, tus motivos tendrás para actuar de ese parecer y no he de ser yo quien revele tu secreto.

Lucía, a pesar de haber sido descubierta, no pudo si no maravillarse de la agudeza de aquel hombre de mar.

—¿Ya sabías que no soy varón? ¿Y has mantenido tu boca cerrada? ¿Por qué? —preguntó.

El gallego se encogió de hombros y sonrió, esta vez sin ningún atisbo de locura.

—¿Quién soy yo para juzgar lo que hagas tú o nadie?

Páez se despidió fingiendo una reverencia y se encaminó renqueante en dirección a la bodega.

Valeria no había podido escuchar la conversación que Utrera y aquel que parecía ser su mano derecha habían mantenido la tarde anterior. Pero durante la cena, Don Luis le había dado noticias de un asunto urgente en Sevilla que iba a reclamar su atención durante varios días y de la importancia que parecía tener para el terrateniente. Valeria juzgó que Manuel debería saber lo que maquinaba *el amo* y su ausencia sería el tiempo del que dispondría para averiguarlo y, a la vez, ganarse la confianza de su hombre.

Tras la cena, aquel viejo detestable y que le revolvía el estomago, la había tomado con la misma torpeza de siempre y de nuevo, durante el tiempo que su débil naturaleza le había permitido.

La lluvia había cercado el cortijo de los Utrera y durante toda la noche, los truenos y relámpagos habían resonado en el cielo con la furia de mil demonios. A pesar de ello, la mañana había amanecido clara y transparente y tan solo una leve bruma recubría las lomas que se extendían mortecinas a tan temprana hora.

La tierra exhalaba pequeñas nubes de vaho, dejando escapar la poca humedad que la lluvia le había aportado y se habían formado algunos charcos que habrían de estar secos antes de que el día concluyese, debido al calor que comenzaba a azotar sin piedad.

Peciña se hallaba en el exterior de la cuadra, aseando su montura de manera meticulosa. Le gustaba hacerlo a él personalmente siempre que sus obligaciones se lo permitieran. Cuando la vio venir, masculló un juramento y se apresuró a terminar su tarea.

—Habéis madrugado mucho —exclamó Valeria, ignorando la prisa que el hombre parecía mostrar ante su llegada—. ¿Tantos quehaceres os ha dejado Don Luis en su ausencia?

Peciña no dijo palabra alguna. Se limitó a asentir descortésmente y se dirigió con la montura hacía la cuadra.

—Os llamáis Manuel, ¿no es así? —preguntó Valeria.

Había visto a aquel hombre los días anteriores. Se había percatado de los ojos cargados de deseo con los que la había mirado, casi penetrándola con descaro juvenil, y sabía que era en quien Utrera depositaba mayor confianza. El hecho de que lo hubiese dejado al mando durante su ausencia así lo revelaba. Era preciso ganarse su amistad y averiguar que estaba tramando su jefe.

—¿Acaso no tenéis lengua? —insistió la mujer fingiendo sentirse desairada.

Esta vez Manuel respondió.

—Disculpad mi descortesía, señora. Pero hay asuntos que requieren mi atención.

Peciña habría dejado a aquella serpiente con la palabra en la boca. Pero pese a lo que Luis de Utrera le hubiese dicho aquella misma noche, esa mujer podía tener verdadero control sobre el viejo por lo que no quería enemistarse con ella. Además, tenía la certeza de que Utrera no dudaría de tener que elegir entre ambos.

—Estoy segura de que unos momentos de charla conmigo no os retrasaran tanto como para que no podáis atenderlos —prosiguió la mujer acariciando la crin del caballo—. Vos no me tenéis gran estima, ¿verdad?

La pregunta fue tan directa que Manuel no tuvo tiempo de meditar su respuesta.

—Por lo que a mi respecta, vos no tenéis más valor que el resto de las pertenencias que posee el amo. Como los perros a los que da alimento y cobijo, os atiende y llena vuestro plato, pero no dejáis de ser solo una posesión más. Me ha ordenado que os cuide y vigile, y así se hará, pero solo sois eso. Un objeto de valor que hay que cuidar que no se rompa o haga algo indebido.

Aquella declaración que tenía la intención de ofender a Valeria y hacerla desistir en sus ganas de charla, consiguió el efecto contrario. La osadía con que aquel joven le había hablado espoleó las ganas de saber más sobre él.

—¿Y vos sois más que yo? ¿Quién se encarga de cuidar de sus posesiones es mejor que las posesiones mismas?

Manuel sintió deseos de tomar allí mismo aquella mujer arrogante e insolente que se enfrentaba a él. La deseaba tanto que le dolía.

—No somos tan diferentes —prosiguió Valeria—. A vos también os alimenta y paga vuestra fidelidad, del mismo modo que paga la mía. Deberíamos llevarnos mejor. Vos y yo somos lo mismo para Don Luis. Le pertenecemos. Pensad en ello. Nos conviene llevarnos bien, Manuel.

Valeria se alejó con aire altivo. Su cuerpo cimbreante y fibroso bailaba bajo las ropas con una carnal tentación que hizo estremecer a Manuel.

Deseaba aquella mujer y habría de ser suya. Perteneciese a quien perteneciese, habría de ser suya.

**19**

Una tempestad en alta mar era el mayor de los peligros durante una travesía. Lo único que podía hacerse era replegar todas las velas, dejarse llevar y confiar en la providencia. Por lo que no era difícil, llegado el caso, que los barcos de las flotillas se desperdigaran. Ese era el mayor temor que Alfonso de la Torre, Capitán de la nao capitana, albergaba. Si los vientos que les azotaban habían logrado separarles de su rumbo, debían confiar en que el estado de la nao les permitiese llegar a su destino sin contar con ayuda alguna o estarían perdidos sin remedio. Dado que eran los vientos los que gobernaban la nao y mientras durara la tempestad, gran parte de la tripulación fue enviada a las bodegas donde pasaron interminables horas achicando agua y rezando para que el casco aguantase.

Al amanecer del segundo día, el Sol comenzó a brillar débilmente. La tempestad había durado dos días con sus dos noches. Poco a poco, los habitantes de la nao comenzaron a salir de sus refugios.

La cubierta había quedado totalmente destrozada, velas hechas jirones y barriles desperdigados por todas partes era la visión que se iban encontrando, tanto tripulantes como soldados. Afortunadamente el palo mayor y el trinquete, aunque gravemente heridos, habían soportado con temple el envite y aun podían ser útiles.

Desde que el sol había empezado a lucir tímidamente en el este, el Capitán y sus hombres habían salido al exterior para conocer de primera mano el alcance de los desperfectos. Alfonso de la Torre recorría la cubierta acompañado por el contramaestre, que no dejaba ni un instante de dar órdenes a los marineros, y por el veedor y el escribano, que iba tomando buena cuenta del estado del barco y de las provisiones que se habían perdido, amén de las bajas producidas entre la tripulación. Seguía lloviendo intermitentemente, si bien la llovizna no representaba ya ningún peligro. Lo peor había pasado ya.

—Pese a todo, la fortuna ha sido generosa con nosotros —exclamó el Capitán esbozando una media sonrisa—. No hemos sufrido daños que nos impidan seguir adelante. ¿Qué se sabe del resto de la flota?

—Desde buena mañana tengo a un paje en el palo mayor —contestó el contramaestre—, hemos avistado hacia el norte a *La Flaca* y en dirección sudeste a *La Fernandina* y la arboladura del *Santa Inés* en poniente, del *Castilla* aun no sabemos nada.

El experimentado Capitán masculló un juramento y comenzó a dar las instrucciones necesarias para iniciar las reparaciones con la máxima premura.

La voz de Vicente Sotomayor resonó como un trueno a su espalda.

—¿Cuáles han sido los desperfectos, Don Alfonso, nos retrasarán? —bramó preocupado el militar sin andarse por las ramas.

Para De la Torre, una tormenta en alta mar no era más que un contratiempo que debían sortear con la ayuda de la providencia, algo inevitable y contra lo que solo podía disponer de su pericia de marino, pero imaginó que para el militar aquello era una nueva y desagradable experiencia. Sonrió burlonamente para sus adentros y trató de resumir a *Matamoros* la situación en que se hallaban.

—Hay muchas averías cuya reparación nos tendrán unos días ocupados —respondió paciente el marino—. Han desaparecido diecinueve hombres, solo queda una de las barcas y algunos lienzos están rajados, dos de las velas están perdidas y las amarras de las anclas están rotas, pero lo peor son las vías en el casco. Hay tres y una es muy grande. Tengo una veintena de pajes y grumetes achicando agua, pero por lo menos no llueve y los vientos se han calmado. Don Vicente, os seré franco; mi gente tardará muchos días en resolver la situación y no tenemos provisiones para tanto tiempo. La situación es desesperada a no ser que vos colaboréis con vuestros hombres.

Sotomayor escupió por la borda y contestó vehementemente y en un tono altivo tal que, bien podría haber sido tomado como una amenaza.

—¡Mis hombres y yo estamos a vuestra disposición, Don Alfonso!

—No esperaba menos de vos —respondió el marino complacido—. Necesito hombres, todos los que sean posibles. Hay que coser las velas, reponer las jarcias, achicar agua, ejercer de carpinteros y reemplazar a los marineros que se ha llevado el mar hasta que arribemos a puerto.

—Daré las instrucciones necesarias para que todos mis hombres se pongan bajo vuestro mando esta misma mañana.

—Hay algo más que debéis saber —interrumpió De la Torre—. Hemos avistado a *La Flaca* y a *La Fernandina* y a lo lejos lo que parece ser la arboladura de la *Santa Inés* pero por el momento, no hay rastro alguno del *Castilla.*

El semblante de *Matamoros* palideció. Si el barco donde viajaba un buen número de sus tropas, así como la mayoría de las armas y de la munición, los morteros y la mitad de las caballerías había desaparecido, la campaña contra Lobo podía sufrir un serio revés. Aquello trastocaba todos sus planes.

—¿Queréis decir que se ha hundido?

—Es pronto para decir nada. Puede haberse desviado de rumbo, no sería difícil con semejante tempestad. Pero sí, cabe la posibilidad de que se haya ido a pique. Sin embargo, ahora nos queda mucho trabajo mientras esperamos nuevas. Os enviaré a alguien a vuestro camarote en cuanto disponga de la más mínima noticia.

El militar negó con vehemencia.

—Dijisteis que necesitabais hombres para reparar el navío y hombres tendréis. Decidnos que debemos hacer y nos pondremos a ello.

El Capitán del buque sonrió, a la vez que colocaba complacido sus manos sobre los hombros de *Matamoros.*

—Mis hombres os indicarán  lo que ha de hacerse.

Sotomayor se separó del marino tras realizar una pequeña reverencia y seguidamente se dirigió a sus oficiales para dar las órdenes oportunas.

Haber perdido al *Castilla* era un serio problema. Decidido a sacar esa idea de su cabeza hasta que alguien le confirmase la funesta noticia, se concentró en la nueva labor que le había sido encomendada.

—¡Vamos haraganes! —bramó—. ¿Lleváis tanto tiempo holgazaneando en esta caja de madera que habéis olvidado lo que sois? ¡Sois soldados de Castilla! ¡Voto a tal! ¡A trabajar!

El padre Landa pisó la cubierta a la par que el viento que azotaba el barco cesaba casi de manera súbita.

Se persignó dando gracias al señor por mantenerle sano y salvo ordenando a su acompañante que le siguiera.

El desolador panorama que se abría ante sus ojos se mezclaba con el ajetreado ir y venir de soldados y tripulantes reparando los desperfectos.

La tempestad había dejado la nao forzosamente necesitada de reparaciones urgentes. Preguntó a un nervioso marinero sobre donde localizar al Capitán. Después de su *discreta* visita al puente, exigiéndole la rápida puesta a salvo de la muchacha y su tío, no había vuelto a saber nada de él. Se sentía en la necesidad de preguntar acerca de las bajas. Desde su estancia en La Española, sabía que prácticamente ningún navío arribaba al Nuevo Mundo con la tripulación íntegra. Celebraría una misa en memoria de los marinos que se había llevado el mar.

De la Torre y su grupo de oficiales recorrían la cubierta de popa, comprobando el calibre de los desperfectos. Landa le abordó sin aviso.

—Loado sea el señor —exclamó—. Afortunadamente el barco sigue a flote y estamos sanos y salvos. ¿En cuantos días estimáis que podremos volver a navegar?

De la Torre soportó de mala gana la pregunta del clérigo, tenía demasiado trabajo como para que ese agustino le molestase una vez más.

—No han de ser menos de cuatro o cinco días —respondió resignado.

Landa lanzó una mirada de aprobación.

—¿Cuántos de vuestros hombres se ha llevado la tormenta? ¿Os placería que oficiase una misa en memoria de esos desdichados?

Don Alfonso de la Torre no era hombre de misas, menos aun cuando se necesitaban manos para trabajar y no oraciones para volver a poner en marcha la nao.

—Padre, no son misas lo que ahora hará que este barco siga su rumbo.

La inquisidora mirada que le dedicó Landa le hizo rectificar sus palabras nada más salir de su boca.

—Nada agradaría más a la tripulación y a mí mismo que, dar gracias a nuestro Señor por mantenernos con vida y recordar a nuestros compañeros muertos —trató de apaciguar—; pero os ruego que dejéis que mi gente repare las averías antes de celebrar la Santa Misa. Necesitamos retomar nuestro rumbo con la máxima premura.

El fuego que se asomaba a los entornados ojos del agustino se avivó ligeramente, aun así sus palabras sonaron calmadas y lentas.

—Que así sea, Capitán —asintió el agustino—. Dejemos las cosas de Dios para cuando vos creáis oportuno sea menester ocuparnos de ellas.

De la Torre interpretó aquello como una amenaza disfrazada de displicencia pero no trató de arreglar la situación, estaba con sus hombres y el más mínimo asomo de temor o subordinación por su parte, habría hecho mella en su autoridad en aquellos delicados momentos.

—Ahora, si me disculpáis, he de ocuparme de las reparaciones —se despidió.

—Maese Capitán —dijo el agustino—. He sabido que el pequeño asunto que os encomendé ha sido solucionado con premura y eficacia por vuestra parte. Estoy complacido, y me alegra saber que dicho asunto seguirá *a buen recaudo*, como acordamos hasta el final de nuestro viaje.

De la Torre tragó saliva a la vez que asentía mansamente. Landa se limito a sonreír claramente satisfecho.

La misma tarde, después de su conversación en las cuadras, Manuel y Valeria habían ido a cabalgar, por petición de ella, hasta las afueras de Dos Hermanas. De regreso a la finca, les sorprendió la tormenta y con la misma violencia con que el cielo se desgarraba en jirones eléctricos sobre sus cabezas, él la tomó sin miramientos bajo una encina donde habían buscado refugio. Sobre el suelo, embarrado y con el olor a hierba mojada que inundaba el campo, ella se entregó con una pasión que Manuel no había visto anteriormente en hembra alguna. A aquel arrebato loco, salvaje y

visceral, le sucedieron otros: esa misma noche, en la misma cama donde Don Luis dormía junto a ella; a la mañana siguiente, en la cuadra donde habían cruzado unas palabras por primera vez... De haberse enterado el terrateniente, le habría mandado matar sin dudarlo. No se jugaba con las cosas del amo. Peciña lo sabía, precisamente eso era lo que hacía todo tan tentador, saber que Valeria tenía dueño, que el viejo terrateniente era ese dueño y que él, Manuel Peciña, su fiel perro guardián era quien ponía las manos sobre esa posesión. Tan adorablemente tentador y fascinante.

Aquella mujer tenía el poder de mil demonios. Era una bruja que le había sorbido el seso con algún secreto hechizo. Manuel no podía, ni quería sacarla de su cabeza. Estar sobre ella, cabalgarla, meterse en sus entrañas, era una sensación que solo podía comparar con tener una mano ganadora con todo el oro que pudiera imaginar en juego sobre la mesa. Poder llegar a perder el cuello por ello era un riesgo que Manuel estaba dispuesto a correr.

Sobrevivir a tamaña tempestad no fue más que el primero de los problemas a los que tuvo que enfrentarse la tripulación del *Castilla*. Tras la llegada del sol, comenzaron las reparaciones en el enorme barco. Había suficiente trabajo como para que nadie pensase en nada más que en afanarse en las tareas que se les habían encomendado. Marinos y soldados se sentían agradecidos por seguir a flote. Pero la calma que precedía al anochecer dejaba a unos y a otros a merced de sus miedos y supersticiones.

Hernando Sánchez, Capitán del carabelón, había estado esperando que terminara de anochecer para medir la desviación del rumbo hacia el norte, desviación que a priori ya juzgaba considerable. No había podido hacerlo correctamente hasta que por fin hubo despejado y acababa de finalizar sus cálculos. Suspiró intensamente y se quedó como hipnotizado, mirando la luz del candil. Desde un primer momento no le dio buena espina cuando vio el inmenso buque que tenía que comandar, una nave esencialmente de carga, colmado hasta los topes de numerosos soldados y caballerías y la mayor parte de las armas, munición y toda la artillería de una importante misión militar. No obstante, había terminado aceptando el encargo porque la paga era excelente.

Aunque su competencia como piloto estaba fuera de toda duda, no en vano el presente hacía su viaje número veintiuno a Las Indias como piloto, desconfió desde el principio de la poca maniobrabilidad de aquella inmensa cáscara de nuez. También en aquella ocasión su instinto había acertado, como así se demostró durante la tempestad, pues faltó poco para irse a pique en un par de ocasiones. Había sido un golpe terrible averiguar cuánto se habían llegado a desviar en el rumbo. Tras la alegría de haber conseguido salvar el barco y su carga, a excepción de las treinta bajas de hombres y todo el ganado, no así los caballos, lo cual era un gran triunfo, vino el desánimo de saberse presos en un mar sin un soplo de brisa y sin corrientes. Atrapados en los *Sargazos*, el peor sitio al que habría podido ido a parar y prisioneros, hasta que soplaran los vientos y el barco estuviera reparado para poder aprovecharlos. Sabía que solo era cuestión de tiempo que el desánimo hiciera mella en la tripulación. La *calma chicha* podría durar muchos días aun y si eso sucedía, debería estar preparado ante cualquier tipo de menoscabo de su autoridad, no solo por parte de su tripulación, sino también por los numerosos soldados que transportaba.

Según fueran pasando los días, la comida se echaría a perder por la salmuera que había inundado las bodegas, y sabía que habría de terminar ordenando cocer pellejos de vino, trocearlos y repartirlos entre los hombres para engañar al hambre. En aquel pedazo de mar al que la les había empujado la tempestad, daba la impresión de no haber  haya nada vivo excepto algunas anguilas que se consiguen pescar de cuando en cuando y que de cualquier modo resultan insuficientes para todos los que viajan en el navío.

La voz del contramaestre del barco, interrumpió sus pensamientos.

—Señor, me preocupa la superstición en los hombres. Hablan  de un cementerio de barcos que no han podido moverse y al que nos dirigimos y en el que habitan las ánimas, además se ha corrido la voz de que ya no hay nada para comer. De seguir así, temo un amotinamiento.

El experimentado Capitán quedó unos instantes sumido en un silencio fruto de la desesperación, finalmente reaccionó tratando de buscar una solución, cuanto menos que arreglase temporalmente las cosas.

—Vos, yo y cualquier hombre con algo de *sesera*, sabemos que tal cementerio no existe y no hay tales ánimas. Todo eso no son más que cuentos de viejas. Pero algo hemos de hacer para

tranquilizar tanto a la marinería como a la tropa. De momento elegid un par de monturas bien cebadas, matadlas y que sean hoy nuestra cena. Celebraremos un *banquete* para dar gracias por seguir con vida y a la vez calmaremos los ánimos de todos en espera de vientos que nos permitan continuar viaje. Con el estómago lleno, a este atajo de palurdos, se les quitaran las ganas de fantasear.

El contramaestre asintió complacido con la rapidez con que su Capitán había parcheado la situación y ante la perspectiva de tener algo que llevarse a la boca.

—Se hará de inmediato, señor —contestó con vehemencia—. Por cierto, hay, de igual modo, un tema que me preocupa y que de seguro, vos no habéis pasado por alto. Al igual que el resto de los marineros, los dos sabemos que esta situación puede durar horas, jornadas completas e incluso semanas; sabemos que es parte de nuestra tarea, reparar el barco y confiar que la fortuna nos traiga los vientos necesarios para seguir navegando. Pero *nuestra carga,* me temo que no está acostumbrada a ello. Sería recomendable paliar cualquier tipo de malestar en la soldadesca, ya me entendéis…

El Capitán se limitó a asentir.

—Lo sé —replicó—. Dado el especial carácter de nuestros *ilustres invitados,* conviene tratar de sofocar cualquier tipo de fuego antes de que este se produzca. Con *ellos* a bordo, el peligro de que su ánimo se vuelva belicoso es una preocupación más que añadir a las muchas que ya tenemos. Vos mismo habéis comprobado que, desde que partimos de las Canarias, no han sido menos de una docena de veces en las que ha saltado la chispa entre marineros y soldados. Así que os pido que seáis *especialmente generoso* con las raciones que repartáis al ejército, sin que nuestros hombres sepan nada de ello y buscad a Estanislao Ferreira, comandante de la tropa en el barco y decidle que esta noche deseo compartir mi cena con él. Hemos de poner remedio cuanto antes a esta situación, en previsión de futuros males y recemos para que los vientos comiencen a soplar cuanto antes.

Cuando el contramaestre se hubo alejado, dispuesto a cumplir sus órdenes, Sánchez se permitió concentrarse en sus preocupaciones, lejos de las miradas de sus hombres.

Con la tripa llena, ganaría cuanto menos un tiempo precioso. Pero la conversación que iba a mantener con el oficial del ejército era crucial. Si en los días siguientes no era capaz de calmar los ánimos de la soldadesca, la falta de viento iba a ser la menor de sus preocupaciones.

La mañana del tercer día de la ausencia del terrateniente, las voces que provenían de la parte de abajo de la casa despertaron a los amantes. Manuel se puso de pie de un salto y se vistió todo lo deprisa que pudo, mientras las voces le llamaban por su nombre, y se deslizó por el balcón cuando el sol comenzaba a clarear en el oriente.

—¿A que vienen esas voces? —bramó, una vez *recompuesto* y entrando en la casa por la puerta principal.

—Traigo órdenes de Don Luis —le indicó aquel de sus compañeros al que llamaban *El Moro*.

Valeria bajó entonces las escaleras vestida aun con ropa de cama. Nadie pudo adivinar que minutos antes los dos habían compartido lecho.

—¿Qué sucede? ¿A qué tanto escándalo? —preguntó descendiendo los últimos escalones.

*El Moro* hizo una torpe reverencia y se dirigió a Peciña, obviando la presencia de la mujer con total indiferencia.

—El amo me manda a buscarte, Manuel. Tengo órdenes que trasmitirte de inmediato.

Ambos se sentaron a la mesa, donde se le dio de desayunar tocino y algo de pan negro al recién llegado, quien explicó a Peciña cuales eran aquellas nuevas que traía.

—Habéis de presentaros en Sevilla con la máxima premura. Ella contigo —*El Moro* señaló a la mujer con desdén—. Debes elegir un par de hombres de confianza para que nos acompañen. Yo también iré. Sobre todo, ella debe venir. Don Luis fue tajante en eso: ¡Ella se viene con nosotros!

—¿Sabes por qué la quiere allí? —preguntó Manuel.

—No tengo ni idea, Manuel. No te puedo responder a eso. Será el propio Don Luis quien lo haga.

Peciña se estremeció por dentro. Habían puesto todo el cuidado en que nada de lo sucedido entre ambos saliese a la luz, pero aquel requerimiento parecía un mal augurio. ¿Se habría enterado el *viejo* de lo sucedido en su ausencia?

Peciña dio las órdenes oportunas para preparar la partida, tratando de que no se le notara la ansiedad que sentía. Se dispuso el carruaje y mandó buscar a *Patavieja*.

Antes de salir de viaje, bajo el arco de la entrada, Valeria y Manuel cruzaron sus miradas un instante. Ambos estaban pensando en lo mismo.

Todo el afán de los capitanes de las naves supervivientes, se había concentrado en reanudar la marcha lo antes posible. Las reparaciones iban a buen ritmo, se intensificaron las interminables jornadas de trabajo y la buena disposición de *Matamoros*, ordenando a todos sus hombres trabajar en los barcos que conformaban la expedición, estaba dando sus frutos. Por otra parte, la colaboración por parte de los soldados no siempre era entendida por estos y en unas cuantas ocasiones se tuvo que imponer la férrea disciplina militar. Tras seis jornadas de la tempestad, los barcos presentaban ya un aspecto notablemente mejorado y los cálculos más halagüeños preveían poder reanudar la travesía en tan solo tres o cuatro días más.

La *Esperanza de Triana* había sido la embarcación más afectada por la terrible tempestad y en ella se habían intensificado, con especial interés, los esfuerzos para reparar sus numerosas averías. Se habían doblado los turnos y se trabajaba día y noche. Durante esas jornadas, el eco repetitivo de hachas y martillos ya se había convertido en rutinario en todo la nao.

La pérdida del *Castilla* se daba por segura, pese a que ni por un instante se dejó de otear el horizonte en busca de sus restos o evidencias del naufragio.

El propio *Matamoros*, al mando de media docena de sus hombres, se afanaba en tapar una vía de agua.

Sus planes habían sufrido un duro revés. Con la mayor parte de los caballos, un gran número de las tropas escogidas por él mismo, la mayoría de las armas, munición, todas las piezas de artillería y otros pertrechos que transportaba el *Castilla* desaparecidos, la eficacia de la expedición de castigo contra Pedro Lobo había quedado reducida sensiblemente. Durante esos días, el pétreo rostro del legendario militar se había convertido en una mascara de odio y rabia contenida, y su carácter, adusto y descortés, se había ido acrecentando día tras día. Incluso en un par de ocasiones había descargado su rabia contra sus propios hombres, a quienes tildaba frecuentemente de vagos y pendencieros y él mismo se proclamaba como ejemplo para la tropa, siendo el primero en ponerse a las órdenes de un *civil* y participando activamente en las reparaciones. El poco tiempo en el que las tareas en la nao le permitían un respiro, las dedicaba a otear el horizonte. Se le veía frecuentemente

en la proa, tratando de hallar por sí mismo la silueta del barco perdido en el horizonte, pero ya había transcurrido casi una semana y las esperanzas de encontrar el carabelón se habían diluido desesperadamente. Sabía que podía contar con los *regulares* que la Corona disponía en La Española pero, no podía pedirles lo mismo. Para él, aquellos militares más acostumbrados a fornicar con indias que a guerrear no podían compararse a sus hombres perdidos en el mar. «L*os mejores entre los mejores*», tal y cómo solía decir. No en vano los había escogido él personalmente.

—Sé que en que estáis pensando, señor —escuchó decir a Lugón a su diestra—. Ponernos en manos de estos condenados marineros ha sido humillante aunque, me temo, necesario. —*Matamoros* no pronunció palabra alguna pero le miró fijamente—. Si los barcos hubiesen sido dirigidos por los nuestros, hombres de armas como nosotros, ya habríamos arribado a esa condenada isla.

Julián Lugón era el único que podía hablarle con tanta franqueza. Eran ya muchas las batallas y escaramuzas que habían compartido como para andarse por las ramas. Tenía toda su confianza.

Vicente Sotomayor asintió con una mueca de desagrado pintada en el rostro y escupió por la borda. Dejó el martillo con el que apuntalaba unos maderos sobre la cubierta e hizo una seña a su lugarteniente para que le siguiese a un lugar más discreto donde poder hablar, no sin antes ordenar a sus hombres que continuaran con el trabajo.

Tras alejarse unos pasos y una vez fuera de oídos indiscretos, Sotomayor juzgó que era el momento de sincerarse con su fiel Lugón.

—El Capitán afirma que en un par de días podremos retomar el rumbo, aunque aun no se conoce nada de la suerte que ha corrido el *Castilla* y que me corten las manos si esto no nos va a retrasar en nuestra misión. Sin armas adecuadas, sin hombres competentes… todo mi plan se ha ido al garete. ¡Todo!

Su lugarteniente le miró con una mezcla de sorpresa y comprensión. Nunca antes había visto a *Matamoros* tan abatido y antes de abrir la boca, trató de buscar las palabras adecuadas.

—Mi señor Don Vicente. Vos y yo sabíamos de la dificultad de esta empresa antes de partir de España. Lobo es escurridizo y no será presa fácil, ni con un centenar de dotaciones como la que el rey puso en vuestras manos, pero si alguien puede atraparle sois vos. Le conocéis mejor que nadie, no por nada fuisteis compañeros de armas.

—Ese traidor tendrá lo que merece —bramó *Matamoros*—, de eso, el mismísimo infierno puede estar seguro.

El curtido Capitán retomó su tono pausado antes de proseguir.

—Agradezco tus sinceras palabras, mi buen Julián. Sé que son fruto del respeto que me procesas y que en vos no hay ni una mella de duda. Como bien dices, conozco a Lobo mejor que nadie. De algo habrían de servir los tres años que luchamos juntos, codo con codo, hasta que echamos a los moros de Granada; pero pese a todo juro que, como es de justicia, el peso de la Corona caerá sobre él.

Lugón le miró con orgullo. Conocía a aquel hombre como la palma de su mano. Le admiraba y respetaba sobre todas las cosas, y confiaba en sus palabras como si las dictase el mismísimo Dios.

—No albergo duda alguna sobre ello, señor —exclamó triunfante—. Pero, si la desaparición del *Castilla* se confirma, pediremos más tropas a la Corona o utilizaremos los soldados de la isla. Vos sabéis que os serán concedidas sin hacer preguntas, Lobo es una codiciada pieza para España y no se reparará en gastos para lograr su cabeza.

—¡No habrá más hombres, ni más pertrechos! —tronó la voz de Don Vicente—. Una docena de los que vinieran no podrían igualar ni a uno solo de los hombres que hemos perdido. Además, Lobo y yo tenemos una cuenta pendiente desde hace demasiado tiempo y no pienso retrasarla más. Recemos al cielo pidiendo que los peores augurios sobre el *Castilla* no sean ciertos, pero de ser sí, nada cambiarán nuestros planes. Emprenderemos la tarea que se nos ha encomendado, nada más arribemos a *La Española* y todo seguirá según lo previsto. Aun contamos con un buen puñado de hombres y el apoyo por mar…

—Mi señor —El tono de Lugón era casi una suplica—, os ruego que reconsideréis vuestra postura. Nadie confía más que yo en vuestra capacidad para atrapar a Lobo, pero con todos los hombres y armas perdidas del Castilla, que el cielo me perdone, me parece una locura no buscar ayuda en el Gobernador.

—¡El Gobernador decís! Es un Colon, Lugón. No lo olvides. No lo necesitamos ¡Si el cielo quiere que todos muramos en esta lid, ¡que así sea! No hay nada más de que hablar. Ahora regresemos al trabajo y pongamos este barco rumbo a puerto.

Lugón miró a su superior alejarse con el rostro altivo y el porte arrogante con el que siempre le había visto. La idea de continuar con el plan previsto y con las actuales fuerzas, se le antojaba una temeridad. Nunca, en los años que llevaba a su servicio, había dudado de sus órdenes, que siempre habían demostrado ser las más apropiadas para cada momento, pero rezó para no tener que hacerlo en esta ocasión. La pérdida del *Castilla* podía superarse, pero necesitaban la ayuda del Gobernador. Volvería a insistirle un poco más adelante, cuando estuviese más calmado. Se convenció de que iba a ser así y que a la fuerza había de cejar y entrar en razón y también él se dirigió al trabajo.

Para Antonio y Lucía, las jornadas que precedieron a la tempestad se convirtieron en una rutina inacabable. Confinados y aislados del resto del mundo, las horas pasaban interminablemente lentas. Se les ordenaba limpiar una y otra vez pasillos y camarotes, sin que en realizar tal cometido hallasen razón alguna. De todo punto se les tenía prohibido contacto alguno con el resto de la tripulación, manteniéndolos afanados en sacar brillo y hacer relucir el rincón más insignificante de lo ya se había convertido en su *prisión*.

De vez en cuando el mismo oficial que les había acompañado a sus nuevos aposentos entraba sin previo aviso, fingiendo interés en la tarea que ambos desarrollaban. Para entonces, tanto la muchacha como el calé ya estaban totalmente convencidos de que aquellas visitas no tenían otro objeto que comprobar que seguían aislados del exterior.

El único momento del día en el que tenían permiso para abandonar su reclusión, era al alba. Siempre acompañados de un oficial, que no se molestaba lo más mínimo en disimular su malestar por tener que vigilar a la pareja, salían al exterior donde podían comprobar día tras día, los innegables avances en las reparaciones de la nao.

Tras hacer sus necesidades por turno, se les permitía un pequeño paseo en el que apenas podían alejarse unos pasos de su guardián.

—¡Que me aspen si entiendo esto! —exclamó Antonio—. Todo el mundo afanado en arreglar este cascarón y nosotros limpiando, una y otra vez, lo que ya está limpio.

Lucía asintió con recato a la vez que miró al oficial que les vigilaba de cerca.

—Tampoco yo le encuentro sentido a todo esto, *tito*. Nos mantienen como si fuéramos presos y cuando más manos se necesitan en el barco.

El sol comenzaba a teñir el mar de fuego y la suave brisa que había inundado la cubierta durante la noche cesó de improviso.

—¡Vosotros! —bramó la voz de su *carcelero*—. A vuestras tareas.

Tampoco él entendía el porqué del extraño tratamiento que se les daba a aquellos dos tripulantes. En su opinión, mejor habrían de estar remendando velas o clavando maderos que fregando una y otra vez los pasillos de los camarotes. Pero él solo obedecía órdenes.

Se encaminaban en dirección a su *prisión* cuando la peculiar voz cantarina y a trompicones de Páez les interrumpió.

—¡Ay, *carallo*! ¿Así que aquí estaban sus *altezas*? —dijo socarrón.

—¡Páez! —exclamó el oficial—. Déjate de chanzas y sigue con lo que sea que estés haciendo. A estos hombres no se les está permitido hablar con nadie.

Páez se quedó un instante con el semblante serio y férreamente plantado frente al oficial y, por primera vez desde que le habían conocido, a Antonio y Lucía les pareció que aquel gallego charlatán iba a decir algo cabal y no una de sus bromas.

—¡Que me corten las manos y se las echen de comer a un cerdo si esto lo entiende alguien! —dijo divertido el gallego—. ¡No me *amoléis*! ¿Desde cuando un marinero tiene preso a otro marinero? Dejad que charlemos un rato, que ya tendrán tiempo de fregar y sacar lustre a esta cáscara de nuez hasta que lleguemos a puerto.

El oficial conocía de sobra la tozudez de Páez y sabía que no se iba a callar hasta lograr lo que deseaba. Por su parte, decidió no padecer su insistencia.

—El tiempo que me cueste volver de *los jardines* Páez, y un jarro de vino cuando arribemos a La Española —dijo el oficial alejándose para hacer sus necesidades.

Páez, por el hecho de estar al corriente del secreto de Lucía, se había convertido para la pareja en un confidente. Pese a que no habían tenido la oportunidad de cruzar palabra alguna con él desde el día posterior a la tempestad, ese gallego tozudo y parlanchín se les antojaba un amigo, el único con el que podían sincerarse a bordo.

—Parece que para vosotros este viaje sea más un paseo que un trabajo. Se os trata como si no fuerais parte de la tripulación. Es más, os pusieron a cubierto durante la tormenta —dijo Páez cuando se vio libre de oídos indiscretos—. Sin duda debéis tener amigos poderosos a bordo que os quieren lejos de donde haya peligro.

—No con nuestro permiso, gallego —respondió Lucía contrariada.

—Alguien ha intercedido por nosotros a nuestras espaldas —intervino Antonio—. Y créeme si te digo que no es de nuestro agrado. Más que un relevo en nuestras tareas, esto es un encierro en toda regla. No se nos permite salir a cubierta si no es en compañía de ese oficial del demonio y ya has podido comprobar, que no se nos consiente hablar con nadie de la tripulación.

—¿Qué sabes de nuestro *arresto*? —preguntó Lucía sin ningún reparo—. ¿Quién ha ordenado nuestro aislamiento?

—No me ha pasado desapercibido que alguien os tiene que tener en alta estima, para daros un tratamiento tan generoso. Pero poco o nada sé sobre ello, *rapaza*. Nadie en este barco parece saber por qué se os ha relevado de vuestras obligaciones, sobre todo ahora que todos los brazos son necesarios para poder arreglar la nao y retomar el rumbo cuanto antes. Entre la marinería se os da por muertos durante la tormenta y quizás sea mejor así, pues no se vería con buenos ojos que no estéis participando en las reparaciones del barco, mientras a los demás se les exigen turnos de trabajo que abarcan casi toda la jornada. Incluso se ha obligado a la soldadesca que transportamos a arrimar el hombro.

—¡Te repito que no es con nuestro consentimiento, Páez! Nos tienen presos y se nos obliga a trabajar tantas o más horas que a cualquiera —interrumpió airado Antonio.

El gallego emitió un suspiro a modo de queja.

—No os estoy reprochando nada —dijo en tono conciliador—, pero alguien está cuidando de vosotros y apostaría el cuello a que el motivo tiene que ver más con el interés que con la generosidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha.

—Por alguna razón sois de gran valor para alguien que viaja a bordo o poseéis algo que os hace merecedores de ese tratamiento. Nadie da nada por nada —sentenció Páez.

Las palabras del gallego les hizo meditar sobre el peligro que podían correr.

—Trata de averiguar de quien se trata —dijo Lucía —. Te lo ruego.

Páez pasó su huesuda mano por la cabeza, como sopesando el requerimiento que se le acababa de solicitar y finalmente asintió sonriendo.

—Las reparaciones van a buen ritmo y no creo que tardemos más de tres o cuatro días en zarpar y poner rumbo a La española. No habrán de ser más de doce o trece jornadas las que queden de navegación. Pero estoy seguro de que durante todo ese tiempo, no se me permitirá hablaros nuevamente y una vez allí, tampoco se os permitirá desembarcar libremente. Vuestro *benefactor* parece muy interesado en mantenerse en la sombra u os habría hecho encarcelar en las bodegas sin ningún reparo. Intentaré saber de quien se trata y os informaré de cuanto averigüe cuando arribemos a Santo Domingo. Hasta entonces seguid actuando con normalidad y no hagáis preguntas.

La voz del oficial interrumpió la conversación.

—Ya es suficiente, Páez, vuelve a tus quehaceres.

Se despidieron de Páez, a quien acababan de confiar su suerte.

De camino a su *prisión*, sin necesidad de palabras entre ambos, la idea de que eran vigilados tomó cuerpo. Sabían que el tesoro que perseguía Luca podía ser, sin duda alguna, motivo suficiente. ¿De quién se trataba? Debía de ser alguien con poder en aquel barco, pero la conversación con el Capitán había sido tan parca como reveladora. Aparentemente, él tan solo era alguien que obedecía órdenes. ¿Pero, de quién?

Durante las jornadas en que la nao era un ir y venir de marineros y soldados afanándose en arreglar los desperfectos de la tempestad, el Padre Landa se encerró en su camarote del que solo salía bien entrada la noche. Se le veía caminar como un fantasma por la cubierta, siempre acompañado del gigante de pelo rojo y casi hasta la llegada del alba. Las pocas veces en las que se dejaba ver a la luz del sol, no hablaba con nadie con la excepción de Alfonso de la Torre, a quien solía reclamar alguna información sobre el estado de las reparaciones o acerca del tiempo que restaba para zarpar, y no olvidaba mostrar interés por los dos *invitados* del Capitán. Tras averiguar lo

que quería, volvía a aislarse con su sirviente. De lo que no quedaba ninguna duda a vista de todos es que, para el Capitán, su compañía no resultaba en modo alguno agradable.

La gente de mar, tan dada a supercherías, murmuraba sin cesar acerca de aquel hombre de Iglesia. Los comentarios sobre la procedencia y motivos del viaje a Las Indias del enigmático clérigo eran un susurro constante durante las largas jornadas de trabajo a bordo y, su carácter austero y reservado y su actitud vigilante, provocaban un cierto temor entre la tripulación, lo que daba pie a todo tipo de habladurías. Siendo ese el motivo por el que su presencia era evitada en lo posible por todos los habitantes de la nao.

El recuerdo de lo sucedido en su anterior estancia en La Española había sido algo que creía enterrado en lo más profundo de su memoria pero, aquel viaje había avivado el recuerdo de nuevo. Habían sido varias las noches en las que había despertado empapado en sudor sobre su camastro, con el corazón desbocado en su pecho y ahogando un grito en los labios. Aquella misión había liberado de nuevo sus fantasmas y sentía verdadero pánico a quedarse dormido, motivo por el cual pasaba las noches en vela deambulando por cubierta, cuando el aire de aquel camarote le resultaba asfixiante. Solo la compañía de Ramiro aliviaba un poco su sufrimiento y era el pelirrojo quien le acompañaba en sus salidas nocturnas. Se había convertido en su confidente y su único aliado a bordo ya que, para el agustino, el Capitán de barco era tan solo un mero instrumento del que servirse para sus fines, falto de firmeza y sin rigor; sin embargo le gustaba el carácter férreo de aquel militar a quienes sus hombres llamaban *Matamoros*, aunque sabía de sobra que no podía confiar en nadie a bordo.

Aquella noche salió al exterior, como de costumbre. En cubierta no había nadie. Hacía dos jornadas que, debido al buen ritmo que llevaban las reparaciones, se había suprimido el turno de noche y la tripulación se hallaba a buen seguro durmiendo.

El tibio viento que soplaba le alivió un poco, y se permitió cerrar los ojos un instante. A su lado Ramiro caminaba fielmente.

—Hace buena noche —dijo—. El viento es calido y no sopla con fuerza.

No esperó respuesta. Se había acostumbrado a que las conversaciones con su acompañante mudo fueran un monologo y, en más de una ocasión, se había sorprendido a sí mismo hablando en voz alta.

Ambos se encaminaron a la barandilla de estribor y el agustino perdió su mirada en el oscuro horizonte que escrutaba en la distancia. Las pesadillas que le acosaban en su camarote se habían esfumado. Inspiró lentamente la brisa del mar y dedicó sus pensamientos a la misión que allí le había devuelto.

Tener a la muchacha y a su acompañante a buen recaudo hasta tocar tierra, le permitía relajarse lo suficiente para planear con calma el siguiente paso. Desconocía como aquella impúdica y desvergonzada mujer, que osaba vestirse con ropas de varón había tenido acceso a la misma información que él poseía pero, con ellos a buen recaudo, había podido dejado solucionado el problema a tiempo. Nada más tocar tierra era imprescindible cerciorarse, lo antes posible, de que nadie más supiera de la existencia del oro. Una vez verificado, hacer eliminar a la pareja le resultaría sencillo.

Huelva quedaba a menos de seis leguas. La noche comenzaba a caer sobre la pequeña comitiva y el cielo mostraba un color púrpura mortecino y austero, dejando atrás el azul inmaculado de la tarde que les había acompañado hasta entonces.

Manuel, a caballo y antorcha en mano abría el cortejo, en medio iba el carruaje en el que viajaba Valeria, conducido por *Patavieja* y cerrando el pequeño grupo, también a caballo, *El Portugués* y *El Moro*.

Peciña había elegido a *El Portugués* porque sabía que era muy capaz de traicionar a su amo, ya que no tenía apego a nada ni a nadie y a *Patavieja* porque sabía que podría llegar a contar con él si las cosas se ponían mal con Utrera. Aquellos dos sicarios matarían a quien fuese menester por la paga adecuada. Pero además sabía que *Patavieja* no sentía afecto alguno por el viejo terrateniente.

—Voy a comprobar como va nuestra *carga* —dijo Manuel acercando su montura a la par de *Patavieja*.

Poco después se colocó a la altura de Valeria.

—Debemos hablar —exclamó la mujer desde el interior.

Pese a la escasa luz, podía verla sin dificultad a través del enrejado de la ventanilla. Llevaba un chal negro que escondía su rostro, y un ligero y sencillo vestido que no disimulaba del todo su figura. Manuel se cercioró que *Patavieja* no les prestaba atención.

—¿Qué crees que sucede? —preguntó la mujer.

Manuel se encogió de hombros.

—Qué me aspen si sé más que tú —respondió.

A lo lejos, el canto de las cigarras tintineaba sobre el campo en silencio.

—¿Crees que se ha enterado de lo nuestro?

—Estoy seguro de que nadie en todo el cortijo se ha podido enterar. Pero con él, nunca se sabe. No podemos hacer sino esperar.

Manuel espoleó el caballo y se dirigió de nuevo hacía la cabeza de la comitiva.

A lo lejos las primeras luces de Huelva brillaban recortadas en el horizonte. Ya se olía el mar.

## 21

Habían pasado ya seis largas jornadas, sumidos en la calma más desesperante, sin un atisbo de viento. En todo ese tiempo, no había soplado ni la más leve brisa. Durante ese tiempo, la tripulación y la tropa se enfrentaban a la hambruna con la mayor estoicidad, pero el *Castilla* se había terminado convirtiendo en un polvorín a punto de estallar, como consecuencia de las frecuentes disputas entre marineros y soldados.

Hernando Sánchez pasaba las horas tratando de ocupar a su gente en las reparaciones, ahora menores, que el barco seguía requiriendo, en espera del viento salvador que no terminaba de llegar. Sin embargo, el carácter violento y pendenciero de la tropa le preocupaba sobremanera. Había tratado de congraciarse con ellos pero la conversación mantenida con su oficial al mando, no había sido sino un parche temporal, *una tregua*. Estanislao Ferreira, comandante de la tropa a bordo del *Castilla*, se había negado a la sugerencia de utilizar los caballos que transportaban como alimento, amenazando con tomar las armas para impedirlo, si fuera menester, y esa negativa había encrespado más aun el ánimo de la marinería, que se preguntaba porque debían seguir pasando hambre mientras las bodegas estaban repletas de carne fresca. Las continuas rencillas y el malestar entre tropa y marineros, amenazaban con desatar un conflicto a bordo y el experimentado piloto, se veía incapaz de mantener a sus hombres en calma de prolongarse la situación aun más en el tiempo.

Del resto de los barcos no se sabía nada, los vigías oteaban día y noche el horizonte sin hallar rastro alguno. Irónicamente, los desperfectos que la tempestad había causado en el enorme navios eran mucho menores de lo que se temió en un principio y desde hacía cuatro jornadas, el carabelón estaba listo para seguir navegando, pero el maldito viento seguía sin soplar.

Era ya noche cerrada cuando la pequeña comitiva arribó a Huelva. *El Moro* les había guiado hasta el puerto, negándose a dar más explicaciones y ahora se hallaban en uno de sus muelles, que tenía un desaforado ajetreo a pesar de la hora.

—¡Mi querido Manuel! —exclamó Utrera al verles llegar—. ¿Habéis tenido buen viaje?

Peciña asintió receloso.

—¿Y vos, señora? —prosiguió ceremoniosamente el terrateniente ayudando a Valeria a descender del carruaje—. ¿Se os ha hecho largo este pequeño traslado? Confió en que en mi ausencia no hayáis dado demasiados quebraderos de cabeza a nuestro pobre Manuel.

Las antorchas bañaban la escena en un tono rojizo. Manuel miró a su alrededor. Había un numeroso grupo de hombres, atareados en subir a bordo de un barco, un buen número de provisiones y enseres, apilados junto a ellos. El trajín, inusual a esas horas desconcertó más aun a Peciña.

—Señor —preguntó—. ¿Qué sucede? ¿A qué se debe todo este ajetreo?

—Todo a su tiempo, Manuel —respondió el terrateniente sin disimular una sonrisa—. Todo a su tiempo.

Don Luis ordenó a *Patavieja* y a *El Moro* ayudar a quienes se afanaban en cumplir con lo que parecían ser los preparativos de una partida.

Se trabajaba deprisa, cómo si se pretendiera que nadie pudiese dar cuenta de lo que allí sucedía. Lo extraño de la hora certificó aquel parecer. Las provisiones eran subidas a bordo con premura, y Peciña vio que entre ellas se encontraban varias reses, además de numerosos sacos y pellejos de vino, por lo cual dedujo que se trataba de un viaje largo.

—¿Qué sucede, amo? —volvió a preguntar confuso. Utrera le puso sus enclenques manos sobre los hombros.

—América, Manuel, América. Eso es lo que sucede.

Las dudas de Peciña se evaporaron de golpe. Ahora entendía lo que estaba sucediendo. El viejo había mordido el anzuelo y le servía en bandeja el tesoro que tanto ansiaba. Un esbozo de sonrisa se dibujo en sus labios.

—¿Queréis decir que parto para Las Indias?

—Partimos, mi querido Manuel. Partimos.

Peciña no contaba con que Utrera se embarcara también. En sus sueños se veía encontrando el oro al frente de un grupo de hombres a los que compraba su silencio generosamente. Rico y lejos de las garras de aquel avaricioso viejo, pero aquello lo cambiaba todo. Debía modificar sus planes y una vez hallado el oro, quizá matar al amo si era necesario. Aquello no le preocupaba demasiado, lo que interesaba era que estaba más cerca del tesoro. Eso era lo único verdaderamente importante.

Don Luis rompió el ensimismamiento que se había apoderado de Peciña.

—Tras tu relato, investigué por mi cuenta la veracidad de la historia y de ese presunto tesoro y he de decirte, que no he hallado rastro alguno de tal fortuna. Lo cual es motivo suficiente para creer en su existencia. Solo los secretos que son verdaderamente importantes se esconden de la luz. Así que tras meditarlo he decidido ir tras él. Estos días —prosiguió Utrera—, he estado reclutando una tripulación. El puerto de Sevilla pertenece a la Corona y aunque allí no costaría encontrar a la gente adecuada, siempre que se les pague lo suficiente. En Huelva todo es más discreto y su puerto pertenece a los Medina Sidonia, que, todo hay que decirlo, me deben más de un favor. Aquí he conseguido arreglarlo todo para estar a salvo de la Casa de Contratación. ¡Mirad allí arriba!, en el puente. Se llama Armand Batelier y es francés. Es el Capitán de este barco, *La Negra.* A cambio de una buena suma nos llevará a Las Indias sin hacer preguntas. Una vez allí buscaremos ese tesoro.

Peciña se sentía henchido de gozo. El tesoro del que había oído hablar a la muchacha, comenzaba a estar al alcance de su mano. Nada importaba que, para hacerse con él, tuviese que matar al amo y a quien hiciese falta si se terciaba. Echó un rápido vistazo a su alrededor y el trajín de aquellos hombres subiendo fardos tomó sentido. Más despacio, se fijó en el barco donde se disponían a zarpar. Una carabela que parecía vigorosa y que les habría de llevar a La Española.

—Permitidme, mi señor —interrumpió Valeria, que hasta entonces había permanecido en silencio sin comprender que sucedía—. ¿América? ¿Y de qué tesoro habláis?

Don Luis dio un respingo, como si recordara algo de improviso.

—Es cierto. Olvidaba que nuestra *invitada* no estaba al tanto de nuestro pequeño secreto, Manuel.

El ajetreo que reinaba a su alrededor se había ido acrecentando y ya había multitud de marineros preparando todo lo necesario para inminente partida.

El terrateniente puso al corriente a la mujer, que le miraba atónita. Le fue narrando lo sucedido con su sobrina y su relación con la pista del supuesto tesoro. ¿Lucía? ¿Un tesoro? Al principio, la mujer recelaba de la partida de Lucía a La Española, pero una vez aceptada esta, no podía imaginar otro motivo que no fuera la búsqueda de su padre.

—Eso que contáis —dijo Valeria, tratando de asimilar todo lo que acababa de saber por boca del terrateniente—, resulta de todo modo impropio de mi sobrina. Os garantizo que Lucía es incapaz de ir tras oro alguno. Y permitidme que dude de la existencia de ese tesoro del que habláis.

—Parece ser, mi querida Valeria —respondió cortes el terrateniente—, que vuestra sobrina no solo me engañó a mí con su aire inocente y que al igual que vuestro cuñado, no se halla en Las Indias por motivos demasiado altruistas; o tal vez, vos misma estáis al tanto de todo y vuestra incredulidad no es sino un ardid para hacerme desistir. Pero en cualquier caso, y muy a mi pesar, me sois necesaria en la isla. Vos seguís siendo la representante legal de la compañía de vuestro cuñado y si ha dejado pistas de su paradero en La Española, os necesitaré para seguirlas.

—Os aseguro que no sabía nada de cuanto me estáis contando —trató de defenderse Valeria.

—Eso carece de importancia —interrumpió Utrera contrariado. Estaba dispuesto a demostrar delante de su hombre de confianza que era él quien tenía las riendas—. No confío en vos, de eso podéis estar segura. El único motivo por el que permanecéis con vida es que seguís siendo de valor para mis intereses y así seguirá siendo hasta que suceda lo contrario. Encontraré ese tesoro y ni una sola de sus piezas pasará por vuestras manos, os lo aseguro. Después regresaréis conmigo a España y si me seguís siendo útil, quizá os mantenga con vida. Hasta entonces permaneceréis bajo mi mando, atada en corto y vigilada.

El ruido, sordo y seco que produjo un saco de los que se subían a bordo, al caer al agua, acabó con la conversación. A este le siguieron algunos juramentos y voces que increpaban al causante del accidente. Tras la interrupción, Luis de Utrera retomó el aire jubiloso con el que les había recibido.

—¡Ahora, comamos algo! —exclamó animado palmeando la espalda de de Peciña, indicando el barco—. A fe mía que estoy hambriento. Nos instalaremos en la carabela y ordenaré que hagan algo que llevarse a la boca. Hubiera preferido salir al amanecer, pero todavía no estará todo listo, así que al alba aprovecharé para presentar mis respetos a Don Juan Alonso de Osuna, el duque, que se encuentra casualmente en uno de sus cortijos, no muy lejos de Huelva. Mientras tanto, vosotros permaneceréis aquí y si este hatajo de haraganes es capaz de acabar con sus tareas sin arrojar todas las provisiones al mar, zarparemos tras la puesta de sol. No nos conviene que demasiados ojos vean nuestra partida.

En menos de una semana habían sido reparadas las vías de agua, remendadas las velas, y apuntalados los mástiles heridos por la tempestad, entre otros muchos arreglos. Los cuatro barcos estaban listos para partir nada más llegar el alba. Aquella noche, durante la cena, se repartieron raciones especiales para celebrar el acontecimiento.

El sol brillaba en el oriente como una antorcha cegadora y la tripulación de la nao se dispuso a zarpar.

—De nuevo en marcha —exclamó triunfante Alfonso de la Torre a su segundo.

—Y en tan solo diez días desde la tempestad, mi señor —apuntó este igualmente radiante.

Sotomayor subió los escalones que separaban la cubierta del puesto de mando de dos en dos. Al verlo, el Capitán de la nao le sonrió cordialmente.

—Don Vicente, esta es una mañana gloriosa para retomar el rumbo. Sin vos y vuestros hombres no lo habríamos logrado en tan poco tiempo.

*Matamoros* le devolvió la sonrisa con una mueca de aprobación mezclada a partes iguales con indiferencia. El legendario militar iba acompañado de su fiel Lugón.

—Confiemos en que no haya más contratiempos —masculló.

—Hemos dejado atrás la zona de tormentas —contestó Alfonso de la Torre sin atender al tono de reproche de Sotomayor—. De aquí hasta Santo Domingo nos esperan trece o catorce jornadas. Os aseguro que llegaréis a tiempo, Don Vicente.

Mientras el rostro del marino reflejaba el optimismo, resplandeciendo orgulloso de ver su nao de nuevo en disposición de navegar, la del curtido militar era una mueca agria de preocupación. No se sabía nada del *Castilla* y las esperanzas de volver a verlo eran cada vez más exiguas.

Sotomayor abandonó la cubierta dejando el gobierno de la nao en manos del Capitán y sus oficiales. La tripulación volvió a sus rutinas de a bordo. Las voces ordenando a pajes y grumetes escalar a lo alto de las velas y las que indicaban al resto de la marinería sus puestos, inundaron el barco. Se cortaron los cáñamos que mantenían arriada la vela del palo mayor, que cayó con un sonido rechinante. Instantes después esta se hinchó merced a los vientos que soplaban con fuerza esa mañana.

A una orden de Don Alfonso, con la descarga seca y mordiente de una de las culebrinas, la pequeña flota se hizo de nuevo a la mar.

Las cuatro naves navegaban en perfecto orden. Adelantada, la nao *Esperanza de Triana* en calidad de buque insignia, a babor y ligeramente retrasadas, *La Flaca* y *La Fernandina*, y a estribor y también por detrás, la *Santa Inés*.

A Lucía y Antonio la noticia les había llegado de manos del oficial que vigilaba sus paseos en cubierta, paseo en esta ocasión adelantado unas horas como consecuencia de la partida de la flotilla.

Tras el paseo, y de nuevo recluidos en su prisión, el sonido de la salva y el vaivén del barco les había confirmado la buena nueva. ¡Por fin estaban navegando! A partir de ahora y si los cálculos de Páez no eran erróneos, no habrían de tardar más de dos semanas en arribar a La española.

—¡Nos movemos, mi niña! —exclamó Antonio jovial.

La muchacha asintió devolviéndole la sonrisa al calé. La noticia había acabado por contagiarles del buen humor que reinaba a bordo. Su reclusión en aquellas estancias y la posibilidad de que hubiese alguien que fuese conocedor de su secreto, por el momento, habían quedado apartadas de sus cabezas.

Cómo en él era costumbre, Landa salió de sus habitaciones a medianoche. Las celebraciones a bordo por la partida de la flotilla eran a su juicio de todo punto inadecuadas. La víspera, el vino había corrido a bordo y la poca comida que se había podido reunir se había servido de manera indolente y despreocupada. A su modo de ver, aquellos festejos estaban fuera de lugar. Aun quedaban varios días para arribar a puerto y rogó a Dios que los excesos no les pasaran factura en las jornadas que restaban.

Nada más poner sus píes en cubierta, totalmente empapada, volvió a sentir el temido vaivén, al que no terminaba de acostumbrarse. Se giró, para asegurarse de que le seguía su fiel Ramiro, que caminaba tras de él arrastrando sus pesados pies.

El agustino y su acompañante se dirigieron en dirección al camarote del Capitán. Landa golpeó la puerta con sus huesudos nudillos y abrió sin esperar confirmación desde dentro. Con un gesto, ordenó a su ayudante que esperara fuera e irrumpió en el interior.

Alfonso de la Torre le recibió sin molestarse en fingir cortesía, adoptando una postura de desagrado ante la visita del clérigo.

—¡Sois vos! —dijo resignado el marino.

Bartolomé le espetó una sonrisa hipócrita antes de hablar.

—Mi querido Don Alfonso. He de felicitaros, jamás dudé de vuestra capacidad para volver a poner en marcha esta dichosa nao, pero admito que vuestra eficacia me ha sorprendido gratamente.

El marino se limitó a recibir con hastío el halago que se le hacía. Las visitas de aquel monje enclenque le desagradaban profundamente y su compañía le resultaba incomoda en todo momento. Aun así, trató de mantener la compostura.

—Agradeced el milagro al buen hacer de mi gente y de la milicia que nos acompaña.

—Y a nuestro Señor —interrumpió el agustino—, supongo que estaréis de acuerdo conmigo que sin su ayuda no habría sido posible este, como bien decís, *milagro*.

Alfonso asintió mansamente. Estaba decidido a que nada, ni siquiera los malos modos de aquel clérigo, le hiciera olvidar la alegría que le inundaba.

—Nada más lejos de mi intención que ser descortés con vos, pero nos esperan jornadas de mucho trabajo a bordo. Si en algo puedo seros de utilidad, hablad —espetó—. De lo contrario, os ruego que salgáis de esta estancia más dedicada a comandar la nao que a charlar sobre milagros.

El tono de voz se iba elevando según Alfonso de la Torre profería sus palabras, pero Landa, astuto negociador y hábil en el arte de la persuasión, tragó saliva y se mordió las ganas de responder como se merecía a aquel marinero de tres al cuarto.

—He observado con agrado como mi petición de retener a esos dos tripulantes ha sido cumplida con diligencia y os felicito por ello.

Para el Capitán, la sola mención de sus dos hombres encerrados sin motivo por el capricho de aquel clérigo, le hacía arder la sangre, pero contuvo sus ansias de contestar debidamente y guardó silencio mientras el agustino proseguía con su discurso.

—Vuestra premura en cumplir la voluntad de un enviado del Santo Padre serán recompensada, ahora bien, hay otra gracia que podéis concederme, Don Alfonso: permitidme interrogarles antes de llegar a La Española.

El castigo de *Cartujo* estaba aun reciente y la exacerbada crueldad con que *Matamoros* había actuado con el pobre desdichado, se le había antojado excesivamente severa. Una cosa era claudicar ante un hombre que representaba a la Corona de Castilla, a quien a fin de cuentas rendía cuentas, y otra muy distinta era consentir cumplir los designios de aquel siniestro clérigo. Sabía de sobra cuales habrían de ser los métodos usados por el agustino si le permitía interrogar a esa pareja de desdichados.

—¿Puedo preguntar de que se les acusa? —dijo altivo De la Torre.

La pregunta y el tono de voz desairado con que se había formulado cogieron a Bartolomé de improviso.

—¿Acaso necesitáis más motivos qué el que os lo pida un hombre de Iglesia?

De la Torre hizo una breve pausa antes de contestar, estaba decidido a no amilanarse.

—Transigí en encerrar a esos dos pobres diablos sin hacer preguntas al respecto. Menospreciasteis mi autoridad en mi propio barco y prescindí de dos pares de brazos cuando más los necesitaba. Así que, sí. Creo que es justo que me hagáis participe de los motivos.

El odio que Landa sentía por aquel marino se asomó a sus ojos con toda la virulencia de la que era capaz.

—¿Os atrevéis a cuestionar las órdenes de un enviado papal?

—Ya que habláis de ello y acerca de ese delicado asunto —apuntó crecido De la Torre—, no creo recordar que nadie en Sevilla hiciera mención alguna acerca de que habría de viajar con nosotros un enviado de tal renombre, lo que me hace dudar de vuestras intenciones.

Landa apretó con rabia los puños y descargó su furia golpeando con rabia sobre la mesa. Al momento, una pila de documentos salió disparada desparramándose sobre el suelo de la estancia.

—¿Cómo osáis…?

—Sois vos quien osáis poner en entredicho mi autoridad en esta nao —interrumpió a voz en grito el Capitán—. Por el bien de los dos, manteneos alejado de mi presencia en lo que queda de travesía. Desconozco que encomiendas os llevan a la isla, pero a fe mía que no seré participe de ellas. Mantendré a mis dos hombres encerrados hasta arribar a La Española si es lo que queréis, pero no contéis conmigo para vuestras intrigas. Una vez en tierra sois libre de hacer lo que os plazca, pero este es mi barco y esta es mi voluntad, la única que en él ha de obedecerse.

La tempestad cedió paso a la cautela en la voz del viejo lobo de mar. Landa le miró con los ojos inyectados en odio y Alfonso de la Torre se estremeció interiormente. Aquel agustino le producía verdadero pánico, pero había llegado demasiado lejos para echarse atrás.

—Ahora os ruego que abandonéis esta estancia, pues me debo al gobierno de la nao antes que a cualquier otra cosa —sentenció el Capitán.

Bartolomé le dedicó una última mirada inquisitoria y cargada de rabia antes de salir al exterior.

—Una última cuestión —añadió Don Alfonso—, tened por seguro que daré cuenta de vuestro proceder nada más arribar a puerto.

El monje, con el rabo entre las piernas, dejó atrás los aposentos del Capitán jurando vengarse de aquella afrenta. No estaba dispuesto a olvidar a aquel marino que había osado interponerse en su misión y que se había terminado por convertir en una amenaza. Amenaza a la que iba a poner

remedio antes de llegar a La Española. El viento mecía las velas en el exterior, haciendo sonar un siseo que era acompañado por el crujido de la madera y que resonaba con fuerza en el camarote.

Se habían amado durante toda la mañana. Ahora, ebrios de placer, los dos se abrazaron sobre el camastro deshecho. Sus cuerpos perlados de sudor se entretejían en el claroscuro del camarote.

—Si Don Luis entrara ahora mismo por esa puerta, tendría que matarlo para salvar mi vida —exclamó divertido Manuel.

Valeria le miró inquisidoramente.

—Le matarías por mucho menos —sentenció.

—¿Crees que podría tener otros motivos para matarle? ¿Acaso estás insinuando que le mataría por ti? —Sonrió al decirlo.

—Te dije que tú y yo nos parecemos, Manuel —susurró Valeria—. Nosotros no tememos al viejo. Ambos lo mataríamos solo por el placer de verle morir. Me lo dicen tus ojos.

—¿Qué más te dicen mis ojos? —Peciña se acercó tanto a la mujer que su aliento calido y dulce se le clavó en la garganta.

—Me dicen que me deseas, Manuel. Tanto como yo te deseo a ti y que también deseas ese tesoro del que habla y que estarías dispuesto a matar al *viejo* por compartir ese tesoro conmigo.

Peciña se giró sobre sí mismo, colocando su rostro a escasos centímetros del de Valeria. Nunca se había detenido a contemplar sus ojos. Los vio brillar con un reflejo de odio que le hizo estremecer.

—Hablas con demasiada ligereza de matar y de compartir tesoros para conocernos tan poco —dijo en un tono áspero—. Es quizás es a ti a quien deba matar.

Valeria no se dejo amedrentar.

—No me asustas, Manuel. Tú y yo somos lo mismo. Juntos tendríamos más poder del que podemos siquiera imaginar. Sigámosle el juego hasta que nos sea de utilidad. Hagámonos con ese

tesoro del que tanto habla y comencemos una nueva vida con él. Mata a Utrera por mí y por ese oro que nos aguarda en el Nuevo Mundo, Manuel. ¡Dame tu palabra de que lo harás!

El tono serio que Valeria imprimió a su discurso le heló la sangre. Aquella mujer hablaba en serio. No vacilaba. Pretendía matar a Luis de Utrera y hacerse con su oro, y para ello estaba contando con él. Le había leído el pensamiento, aquellos eran los planes que él mismo había ideado, antes incluso de poseerla por vez primera.

La obligó a girar sobre sí misma y a ofrecerle su espalda. La cabalgó hasta que la cabeza le dio vueltas y tembló todo a su alrededor. Resuelto, se dejó caer sobre el camastro, completamente vacío y con sus oídos aun llenos de sus gemidos. Sin haber vuelto a hablar del asunto ya estaba todo decidido. Se había unido a aquella mujer para hacerse con el tesoro, derramando la sangre de Luis de Utrera para lograrlo.

La partida de *La Negra*, a la que así llamaban por el color con el que había sido pintado su casco, se realizó al amparo de la noche. Ni una sola alma salió a despedir la nave. Nadie en el puerto hizo preguntas. El oro que Utrera había utilizado durante su estancia en Huelva había surtido efecto y comprado el silencio de los encargados de dar fe de las partidas de cualquier barco que saliese del puerto.

Valeria no había podido pegar ojo. Seguía sin poderse creer que su sobrina se hubiese hecho a la mar tras los pasos de un tesoro. Sin embargo, su cuñado Luca era harina de otro costal, era ambicioso y muy capaz de hacerlo, pero no era de ningún modo el estilo de Lucia, de eso estaba segura. De cualquier modo, el viejo parecía estar totalmente convencido de la implicación de ambos en la búsqueda de tal tesoro, lo que podría serle útil llegado el caso. Así podrá vengarse de su sobrina y del viejo de un solo golpe.

No estaba totalmente segura de su nuevo aliado, pero había conseguido tenerle comiendo en su mano. Además, intuía que Manuel solo le guardaba verdadera fidelidad al oro, y eso era algo que debía aprovechar en su favor. No obstante, las ocasiones en las que ambos podrían hablar durante la travesía, serían pocas e iba a tener que emplearse a fondo para poder estar a solas con él. Si jugaba bien sus cartas, volvería ser libre y de existir aquel tesoro, también será rica. Compartirlo con

Peciña era solo un exiguo precio que estaba dispuesta a pagar mientras el joven cumpliera sus órdenes. Se recostó ligeramente somnolienta sobre el colchón y miró al anciano que dormía placidamente a su lado. No veía llegar el momento de darle muerte, sin ningún remordimiento y mirándole a los ojos. Solo así podría cobrarse toda la humillación y todo el desprecio que sentía.

En las jornadas sucesivas, la travesía transcurrió sin novedad. Los vientos empujaron las naves que surcaban veloces las aguas, como queriendo recuperar el tiempo que les había hecho perder la tempestad.

Las tareas propias del día a día a bordo se desarrollaban bajo la más completa normalidad y desde el principio, se había retomado el rutinario ritmo de trabajo.

Aquellos días, el Capitán Alfonso de la Torre se encontraba exultante. Al principio, tras el encontronazo con el Padre Landa, había sentido cierto temor a las represalias que podrían esperarle en la isla pero en su barco se sentía seguro. No en vano, aquel agustino parecía alguien a quien era mejor tener en el bando propio que en el contrario. Sin embargo, bien poco podía hacerle a bordo. No había que olvidar que viajaba de incógnito y que aquella era una expedición de la Corona. No. Era su barco, su nao, y allí las intrigas de la Iglesia no podían alcanzarle. Una vez llegó a esa convicción, se sintió tranquilo. Incluso llegó a sospechar que aquel religioso sombrío, no era nada más que un demente que, por algún extraño motivo, portaba aquel documento con la rubrica del Santo Padre, y lo estaba usando para lograr algún oscuro propósito, sin que hubiera misión a la que estuviera encomendado. No hizo a nadie comentario alguno de lo sucedido. Toda precaución era poca, pero estaba seguro de que, de momento, había puesto a aquel *curilla* en su sitio. Por otro lado, el viaje se desarrollaba sin mayores contratiempos. A ese ritmo, en una o dos jornadas, alcanzarían aguas mas templadas, ya en las proximidades de La Española.

Nada se sabía de la suerte que había deparado al *Castilla*, pero las esperanzas depositadas en su reaparición o cuanto menos en hallar restos del buque, se diluían a medida que continuaba el viaje. La soldadesca, más pendiente de concluir aquella infernal travesía y de arribar a puerto de una pieza, que del destino que había deparado la fortuna a sus compañeros perdidos, se dedicaba a deambular por el barco o malgastar su tiempo en juegos de cartas y en apurar lo que quedaba del vino embarcado, tratando de olvidar la terrible tempestad y, las duras y extenuantes jornadas de trabajo que le habían seguido.

Esos días, Sotomayor había sido más permisivo que de costumbre con sus hombres. Aunque visiblemente preocupado por la suerte que había corrido la nave perdida, decidió conceder a la tropa una leve tregua. Tanto él como Lugón se habían comportado como uno más entre sus hombres, llegando incluso a compartir, aparentemente, tanto las chanzas y bromas como la despreocupación, que comenzaba a inundar a la *Esperanza de Triana*. Al *Gran Capitán* le gustaba esos días rodearse de *los suyos*.

Para Antonio y Lucía también aquellas jornadas se desarrollaron libres de contratiempos. La cantidad de trabajo que se les exigía, había disminuido de manera ostensible y un cierto relajo en su reclusión, les había hecho olvidar la conversación con Páez y el peligro de estar siendo vigilados por alguien a bordo, se había apartado momentáneamente de sus cabezas. Las visitas del oficial encargado de controlar sus pasos se habían ido espaciando cada vez más, hasta tal punto que en el último par de días apenas les había molestado.

Seguían presos y sin conocer los motivos, pero les eran permitidas más salidas al exterior y el aire despreocupado e indolente con el que ahora eran tratados, les permitía incluso relajarse. De algún modo, tanto sus captores como ellos mismos sabían que los motivos de su reclusión eran tan molestos para unos como para los otros y se les mantenía en un estado que casi se podía catalogar de olvido.

Tanto Páez como el resto de la tripulación, desarrollaban las tareas propias de sus puestos sin novedad y el rumbo de la nao era firme y resuelto. Tal y como les había prometido a Antonio y Lucía, el gallego había investigado los motivos del aislamiento de la pareja, y si bien no tenía la certeza todavía, su instinto, afilado y preciso le hacía sospechar de uno de los ilustres *bultos* que transportaba la nao.

Apartados del buen ambiente que inundaba el barco, el padre Landa y su taciturno y sombrío ayudante, habían mantenido sus costumbres y, era rara la ocasión en la que habían sido vistos a la luz del día o hablando con alguien. Debido a sus nocturnas y reservadas salidas, la tripulación había dado en llamar a aquel monje de semblante frío y austero *El Mochuelo* y así se le conocía ya por todos a bordo.

Ajeno a los comentarios que despertaba entre marinos y soldados, la cabeza del agustino maquinaba la manera de atajar el problema que representaban Lucía y Antonio para llevar a cabo su misión, así como la forma de dar su merecido al Capitán de la nao. Desde hace unos días, la idea de desenmascarar a la muchacha le había rondado de modo insistente, lo que dejaría en entredicho a De la Torre como valedor de la pareja. No le sería difícil acusar a aquella mujer y su compañero de incesto o de cualquier otro cargo penado y así acabar con el peligro que representaban, pero si de algo le habían servido los años pasados a la sombra de su tío, eran para saber que una sola pieza no ganaba la partida y que ésta solo debía usarse en el momento oportuno. Así pues, la idea de utilizar a *tío y sobrino* para lograr sus fines se había enquistado en su cabeza. Finalmente, y dado que interrogarles le iba a resultar imposible, decidió que su existencia hacía peligrar el éxito de su tarea y resolvió que debía hallar la manera de eliminarlos y a la vez seguir con la partida hasta el momento de revelar su jugada. Y ya tenía decidida la primera pieza que debía mover.

Reinaba la calma a bordo de la *Esperanza de Triana* cuando el vigía avistó tierra. Con precipitación se sacudió el sopor de la noche y comenzó a proferir grandes gritos.

—¡Tierra! ¡Tierra!...

Casi al instante, la caras somnolientas de los marinos que hacían el turno de noche comenzaron a mirar hacia arriba, ante la algarabía que el joven paje organizaba en lo alto del palo mayor.

—¡Mis señores! ¡Tierra! ¡Tierra a la vista! ¡La Española!

Un marinero corrió en dirección a proa e hizo sonar la campana de aviso, que rompió el silencio del alba con fuerza, anunciando la buena nueva.

Poco a poco, marineros y soldados se sacaron de encima el cansancio y fueron saliendo a cubierta desde sus acomodos.

A lo lejos, en el horizonte, el fino y delicado perfil de la costa se recortaba en el poniente.

Los hombres estallaron en vítores y hubo gritos de alegría que pronto se contagiaron al resto de los barcos de la flotilla.

De la Torre se persignó dando gracias al cielo y se abrazó instintivamente a su segundo. Ambos prorrumpieron en risas que habían sido contenidas hasta ese momento. La gran mayoría de los tripulantes de la nao habían hecho esa misma travesía no menos de media docena de veces e incluso, había quien sobrepasaba con creces esa cifra, pero a bordo, la arribada a puerto era siempre motivo de algarabía. En menos una jornada volverían a pisar suelo de Castilla y la tempestad quedaría olvidada para siempre. Lo importante era que llegaban sanos y salvos a La Española y una vez pisaran tierra firme, serían recompensados como se merecían.

Los gritos del exterior despertaron a Lucia y Antonio. Tras el sobresalto y la confusión inicial, determinaron que debían estar llegando al Nuevo Mundo. Incluso el oficial que les escoltaba en sus paseos al alba, contagiado por el optimismo que reinaba a bordo, les había hecho saber que faltaba muy poco para arribar a puerto.

—¡Lo logramos, niña! —exclamó el calé atronando el camarote con su risa.

Lucía saltó del camastro y se abalanzó sobre gitano sin disimular su alegría, quien recibió agradecido la muestra de efusividad de su protegida. Se abrazaron sin dejar de reír, mientras procedentes de cubierta, resonaban pasos precipitados de aquí para allá.

—*Tito*, debemos salir fuera —dijo resuelta la muchacha.

El rostro perplejo y con una mueca de reticencia de Antonio le obligó a dar explicaciones.

—Todo el mundo estará ocupado celebrando la llegada. Podemos olvidarnos de nuestro paseo esta mañana. Piénsalo, nadie estará pendiente de nosotros, ni notará nuestra ausencia.

Las palabras de la joven y su tono entusiasta terminaron por convencer al gitano, quien asintió decidido.

—Hagámoslo, muchacha. Yo también necesito ver tierra firme con mis propios ojos y comenzar a olvidar estas cuatro paredes.

Salieron, no sin tomar ciertas precauciones, pero descubrieron que su cautela era en vano. Nadie en cubierta parecía prestarles atención y daba la impresión de que por unos instantes, a bordo, la rígida disciplina en el mar había sido sustituida por el caos y la alegría. De aquí para allá

había marinos y soldados gritando y dando las gracias al cielo por llegar a tierra, sanos y salvos. Nadie parecía gobernar la nao y daba la impresión de que había sido tomada por locos.

Sorteando la maraña humana que se apiñaba contra la barandilla de estribor, la pareja se asomó al mar del Nuevo Mundo.

La vista les sobrecogió. Una estrecha franja de tierra se perfilaba ante sus ojos. El verde que dibujaba la silueta de la isla, se les antojo de una intensidad deslumbrante y el brillante e intenso color turquesa de las aguas, les maravilló por su pureza. Jamás habían visto una tierra donde los colores fuesen tan vivos.

Lucia alzó su vista al cielo y tuvo que acostumbrase a la luz del sol después de tantos días encerrada en las tripas de la nao. Cerró sus ojos con fuerza y el brillo cegador permaneció en su retina hasta que volvió a abrirlos de nuevo. A su diestra, Antonio con la mirada perdida en el horizonte, prorrumpió en lágrimas, lo que a la joven le pareció conmovedor. Le debía tanto, que ella misma estuvo también a punto de romper a llorar. Aquel hombre había abandonado a su propia familia por acompañarla en aquella quimera, había sido desde el primer momento su apoyo y único amigo. Aquel gitano de modales demasiado refinados para sus orígenes arrabaleros se había convertido en la única persona en quien confiar. Jamás podría agradecer en su justa medida la ayuda de aquel hombre.

—¡*Carallo*! —escucharon a su espalda.

La voz aflautada de Páez les saco del ensimismamiento.

—¡No sabía que los presos también celebraban! —exclamó burlón el gallego.

Antonio se giró y mostró un gesto de resignación ante la presencia del marinero.

—Jamás creí que diría esto, pero me alegro de ver tu fea cara, Páez —exclamó.

—Yo también me alegro, calé. Llegué a temer que después de tanto tiempo sin ver la luz del sol vuestros ojos se habrían convertido en inútiles como los de un topo. ¿Es por eso que lloras como una mujer? ¿O es que te molesta el sol? —respondió el gallego socarrón.

El gitano, visiblemente violento por el comentario del marinero, se secó las lágrimas con la sucia manga de su camisa y, con gesto amenazador, se dirigió en dirección a Páez que retrocedió divertido ante el azoramiento de Antonio.

—¡Haya paz! —terció Lucía.

Las aguas volvieron a su cauce y a una indicación del marinero, los tres se retiraron a un lugar más discreto donde poder hablar.

—Me alegro de veros sanos y salvos —exclamó Páez en un tono demasiado juicioso para él.

Lucía respondió al comentario con una sonrisa a modo de agradecimiento. Una vez lejos de oídos indiscretos, la joven decidió abordar la cuestión que había solicitado del gallego en su última charla.

—¿Sabes ya algo acerca de *nuestro asunto*? —preguntó la muchacha.

—Conjeturas, *rapaza*. Nadie sabe nada a ciencia cierta, pero yo tengo mis sospechas y en honor a la verdad puedo deciros algo nuevo.

—¿De quién sospechas? ¿Del Capitán? —intervino Antonio

Alfonso de la Torre estaba exultante. La flotilla había arribado finalmente a Las Indias. Lo que podría haber sido una mancha en su impecable carrera se había convertido en un éxito indiscutible, pues había terminado cumpliendo la misión que le había sido encomendada. La pérdida del *Castilla* parecía segura, pero a nadie se le ocurriría aducir que había sido culpa suya además, y con gran exhibición de su oficio de marino, tras la terrible tormenta, había logrado conducir a tierra al resto de los barcos sin más contratiempos. Todo un triunfo del que se sentía más que orgulloso. Ya había recibido la felicitación de todo el mundo a bordo, incluido Vicente Sotomayor. Apenas quedaba una jornada para tocar tierra y solo quedaba terminar el trabajo, por lo que sus órdenes se escuchaban sin cesar por toda la *carraca*, que era como a él le gustaba llamar a la nao.

—¡Ya basta de tanta celebración! ¡A trabajar! —ordenó decidido—. Dad aviso para que las culebrinas den noticia de nuestra llegada a la isla cuando sea el momento y, ¡vive Dios que no reparéis en salvas!, que hemos de gritar a los cuatro vientos que estamos vivos y a salvo. Volved a vuestros puestos y que ni un solo marinero abandone su lugar hasta llegar a puerto. Ordenad a *La Fernandina* que se sitúe a estribor, haced saber a Don Lorenzo, el piloto, que debe recoger el pendón y adelantarse para avisar al Gobernador de nuestra llegada, contarle las vicisitudes del viaje y decirle

que esté preparado para agasajar a nuestros ilustres viajeros. El Gobernador Don Diego, ha de poder prepararse para dispensar un trato especial a nuestros invitados y recibirles como se merecen.

Pablo Alonso, el veedor, asintió complacido a las palabras del Capitán.

Al instante, los oficiales cumplieron sus órdenes dando gritos y poniendo a los hombres en movimiento. La multitud que se arremolinaba bajo al Castillo de proa se fue disolviendo poco a poco y retornando a sus puestos.

De la Torre se quedó mirando unos instantes en dirección a La Española. Había visto su silueta en infinidad de ocasiones, pero siempre se maravillaba de su hermosura. La visión del Capitán Sotomayor en cubierta y encaminando sus pasos en su dirección le devolvió súbitamente a la realidad.

El soldado caminaba con paso firme, atropellando cuanto se encontraba en su camino. Viéndole caminar decidido y desafiante, el marino se dijo a sí mismo que aquel hombre de armas debía ser un duro contrincante en el campo de batalla.

Dio las órdenes necesarias a sus hombres para seguir rumbo y decidió recibir a *Matamoros* en la escalerilla, descendió media docena de peldaños esperando al veterano soldado a pie de escalera y con una sonrisa pintada en sus labios.

—Os felicito de nuevo, Don Alfonso —exclamó Sotomayor al llegar a su altura—, habéis logrado llevarnos a puerto antes incluso de lo previsto.

De la Torre se limitó a sonreír discretamente ante el halago del militar.

—Esta noche, vos y vuestros hombres estaréis en tierra firme disfrutando, si así lo deseáis, de otras compañías más placenteras que la de hombres de mar —apuntó el marino—. A vuestra tropa le vendrá bien despejar sus molleras antes de la batalla y beber uno o dos pellejos de vino para olvidar el viaje.

*Matamoros* no se andaba con rodeos y quienes le conocían sabían que era parco en palabras. Eludió la sugerencia de aquel veterano hombre de mar y fue directo a la cuestión que le había llevado hasta allí.

—¿Qué posibilidades hay de hallar el *Castilla* una vez arribemos a puerto —preguntó a bocajarro.

La tenacidad de aquel hombre maravilló al experimentado marino. Ni siquiera en aquellos momentos se permitía un instante de distensión y seguía pensando en todo momento en la misión que le había sido encomendada.

—Os seré franco —respondió de la misma manera directa con que había sido interrogado por el soldado—. No confío en que Sánchez, quizás el mejor piloto de todos cuantos he conocido, haya sido capaz de navegar más rápido que nosotros en ese carabelón tan pesado. No contéis con encontrárnoslo allí. Con sinceridad, ahora mismo, la única esperanza que os queda es que el barco, tras sobrevivir a la tempestad, haya quedado varado en mitad de una zona sin vientos. De haber sido así y si los víveres no han escaseado y se ha mantenido la disciplina a bordo, solo cabe esperar que los vientos terminen por soplar y que las averías no sean lo suficientemente graves como para permitirle navegar por sus propios medios. Pero con honestidad, a estas alturas las probabilidades de que la nave se haya ido a pique son muchas. Lamento ser yo quien os hable con tanta crudeza, pero os he prometido deciros lo que pienso; será mejor que no depositéis demasiadas esperanzas en volver a ver al *Castilla*.

Sotomayor agradeció la sinceridad del Capitán. Sus palabras habían sido directas y claras.

—Aun así. ¿Recomendaríais enviar una nave en su búsqueda desde La española?

El curtido marino respiro profundamente antes de contestar. Sabía que sus palabras no iban a agradar al veterano militar.

—En mi opinión y a tenor de mi experiencia —respondió De la Torre haciendo una breve pausa—. Eso no habría de ser sino un intento vano y una perdida de tiempo. Sin conocer la posición del barco sería como buscar una aguja en un pajar. Se podría intentar, sí, pero solo la mayor de las fortunas permitiría dar con la posición del *Castilla* y, os repito, que la posibilidad de que siga a flote, es solo una mera suposición en la que sinceramente no creo. Si queréis mi consejo olvidaos del *Castilla* y de su tripulación.

El Capitán General negó con firmeza.

—Aun se ha de poder hacer algo por hallarlo.

—¡Olvidaos de ese barco! Está en el fondo del mar o tan lejos de su rumbo, que el hambre y la sed acabarán con sus hombres antes de que pudierais siquiera pensar en encontrarlo.

El rostro de *Matamoros* se transformó en una mueca de desprecio.

La firmeza con que De la Torre negó la posibilidad de intentar hallar el buque perdido le irritó visiblemente. Él jamás había abandonado a sus hombres y tampoco iba a hacerlo ahora.

—Confío en vuestro oficio, Don Alfonso, pero no olvidéis que estáis mi servicio por orden directa del rey Don Fernando. Así que nada más arribar a puerto y una vez reparada y pertrechada, esta nao, volverá a partir, bajo vuestro mando, a buscar el *Castilla* ¡Esas son las órdenes del rey por boca mía y no hay nada más que hablar! —sentenció resuelto Sotomayor a modo de despedida.

Alfonso de la Torre vio alejarse al veterano militar del que solo conocía de manera superficial su misión en la isla, pero no se le escapaba que la pérdida del buque de carga donde se transportaba un buen número de sus hombres, armas y caballerías, había sido un duro golpe para Don Vicente. En aquel momento, no tuvo ninguna duda de que aquella misión tenía más de personal de lo que el férreo militar reconocería jamás.

Sintió un estremecimiento. Partir en busca de un barco que seguramente se hallaba en el fondo del mar era una locura en la que no estaba dispuesto a participar. Contrariado, regresó a su puesto y se aseguró de que todo iba según lo previsto. En unas horas arribarían a puerto y una vez allí, ya encontraría el modo de escapar de la obligación que *Matamoros* acababa de imponerle. Diego Colón, el Gobernador y con quien le unía una vieja amistad, intervendría de seguro a su favor, por lo que se fue tranquilizando. Le bastaba con llegar a la isla para zafarse de tal encomienda. Además sentía que le comían por dentro las tripas. Él era un hombre de mar, y nadie le daba órdenes en su barco.

## 23

Ya para entonces, Bartolomé Landa sentía por el Capitán de la nao un inmenso desprecio. A su juicio, incluso *Cartujo* el sodomita merecía más consideración que Alfonso De la Torre. El desdén y la arrogancia con que aquel marino se había atrevido a negarse a sus deseos, era una afrenta tal que de ningún modo estaba dispuesto a dejar caer en el olvido. Antes de la caída del sol, habrían llegado a Santo Domingo y las posibilidades de atajar la amenaza que la muchacha y su compañero representaban para su misión, se esfumaban a medida que los barcos se iban acercando a la costa. Debía actuar con rapidez.

Desde la primera impresión había visto con buenos ojos la forma de actuar de *Matamoros* y su manera de resolver cuentas complicaciones habían ido surgiendo a bordo. Aquel militar de modales toscos y rostro pétreo era, en su opinión, el único que parecía conocer el significado de la palabra disciplina en aquel barco y ponerle de su parte, era su única opción. Para ello debía apelar a su condición de sacerdote y confesor para relacionar a la pareja con *Cartujo* y con la desaparición de Rafaelillo, pero sin tener que revelar la identidad de la muchacha, ni permitir que ninguno de los dos pueda cruzar palabra alguna con el militar, pues si este llegaba a sospechar, la Corona podría estar en posición de poseer la misma información que disponía la Iglesia y eso no estaba dispuesto a permitirlo. Durante la noche había maquinado un plan con el que utilizar a Sotomayor y eliminar a sus enemigos, pero el avistamiento de tierra se había adelantado a su maniobra. Debía actuar con premura.

Resuelto, se decidió a buscar a Don Vicente y abordarle nada más verlo en cubierta. Ordenó a su acompañante que no le siguiera y, con decisión, se dirigió a su encuentro. Sotomayor se hallaba en popa dando instrucciones para el desembarco de la tropa y como casi siempre, estaba acompañado de su segundo, Julián Lugón.

—Mi señor Don Vicente —dijo apoyando sus refinados modales con una ostentosa reverencia—. Sé que, sin duda, este momento no es el más propicio, pero os ruego me concedáis unos instantes de vuestro valioso tiempo.

Vicente Sotomayor miró de arriba abajo al monje. Era conocedor de los rumores a bordo y de que a aquel enjuto y reservado agustino se le apodaba *El Mochuelo*. También estaba al tanto de las habladurías acerca de una discusión entre el religioso y el Capitán de la nao, y le recordaba del incidente a bordo antes de partir y de cómo el monje había insistido en tener un camarote a su altura. Solo bastaba verle decir misa para estar seguro de su afán de protagonismo. Aunque tuvieron una inevitable relación durante la condena y posterior ejecución de *Cartujo*, desde entonces le había visto en cubierta en contadas ocasiones y, apenas si había llegado a cruzar con él unas pocas frases. No le tenía simpatía y decidió quitárselo de encima lo más rápidamente posible.

—Cómo bien decís no es el momento más oportuno —respondió sin miramientos.

—No os retrasaré en vuestras obligaciones ni os robaré demasiado tiempo. Concededme el honor de vuestra compañía unos instantes a solas.

A *Matamoros* no le agradaron ni los modos corteses ni el tono casi impositivo del agustino, pero no pudo negarse a escuchar a un hombre de Iglesia.

—Adelante, hablad —ordenó el militar.

Bartolomé negó con firmeza.

—Aquí no. Vayamos a un sitio más discreto.

Landa le indicó el camino a sus aposentos y *Matamoros* le siguió resignado.

Una vez en el interior del camarote del clérigo y a solas, se dispuso a escuchar lo que Landa quería contarle.

—Soy sabedor del aprecio que dispensabais al desventurado Rafaelillo, Dios lo tenga en su Gloria, y es mi parecer que actuasteis contra su asesino con la diligencia necesaria para hacer justicia.

El recuerdo de lo acontecido al infeliz muchacho era ya un hecho lejano, pero Vicente Sotomayor no había olvidado su pérdida.

—Como sabéis, yo personalmente interrogué al culpable y antes de confesarse —mintió—, me hizo conocedor de una información que debo compartir con vos antes de llegar a Santo Domingo.

—Tengo una tropa que organizar antes de llegar a puerto —interrumpió descortésmente *Matamoros* elevando el tono de voz—. ¿Adónde queréis llegar contándome esto?

Los modales toscos y descorteses del militar no amedrentaron al agustino quien esbozó una mueca parecida a una sonrisa para continuar con su discurso.

—El llamado *Cartujo* me confesó los motivos por los que había dado muerte a vuestro desdichado protegido.

Landa hizo una breve y teatral pausa que cumplió con su cometido. Vicente Sotomayor abrió sus ojos de par en par y se inclinó en su dirección en espera de más información. Había picado el anzuelo.

—Alguien de vuestra confianza os traiciona y se ayuda de otros dos hombres más para conspirar contra vos y vuestra misión en La Española. Son infiltrados de ese tal Lobo a quien se os ha encomendado capturar. Rafaelillo no fue sino un pobre infeliz que tuvo la desventura de escuchar sus planes y que pagó con su vida antes de poder daros cuenta de ellos.

Las palabras del agustino resonaron en la cabeza de Sotomayor como un trueno. Una conspiración contra él. Infiltrados de Lobo a bordo. La cólera asomó a sus ojos y su rostro perdió su firmeza y determinación. Estalló como un trueno y su voz bramó con la fuerza de mil demonios.

—¡Si eso que decís es cierto! ¿Por qué no me habéis informado antes? ¡Voto a tal!

—Comprended que esas son graves acusaciones, mi señor Capitán General —dijo Landa en tono sosegado, intentando contener la avalancha que se le venía encima—. No podía deciros nada hasta estar seguro de la verdad que escondían las palabras del condenado. Recordad por boca de quien salieron y entenderéis por qué en un principio no di crédito a sus inculpaciones, lo que me llevó a investigar por mi cuenta.

*Matamoros* prorrumpió en juramentos y comenzó a pasear por la pequeña habitación como un animal enjaulado.

—¿Tenéis pruebas de lo que estáis afirmando? Lo que estáis contando es de una gravedad tal que si os equivocáis…

Ese era el momento que Bartolomé necesitaba para quebrar cualquier duda sobre la credibilidad de sus acusaciones. Adoptó un tono confidente y bajó el tono de voz para contestar.

—¿Creéis que la desaparición del *Castilla* es fruto del azar? ¿Un barco en perfectas condiciones, que cuenta con Hernando Sánchez como Capitán y que, según tengo entendido, es considerado uno de los más experimentados pilotos en esta ruta? ¿De verdad creéis que una tormenta que no ha conseguido hundir a ninguno de los otros barcos, mucho más frágiles, acabaría con una nave como esa?

Sotomayor palideció. Entornó sus diminutos ojos e inquirió al clérigo que estaba a punto de recoger los frutos de sus maquinaciones.

—¿Qué insinuáis? ¿Sabotaje?

—Sois un hombre bregado en incontables batallas. Contestad vos mismo a vuestra propia pregunta. ¿No os preguntáis por qué desde la tempestad, no ha habido ningún intento de hallar el buque perdido y la razón por la que Don Alfonso se ha limitado a una espera baldía e inútil? Os lo repito ¿Por qué esta nao y el resto de los barcos, que claramente son menos resistentes y sólidos que el carabelón desparecido, han logrado llegar a puerto sanos y salvos pese a los desperfectos que acarrean, y por el contrario, no hay ni rastro del *Castilla*? Por otra parte, ¿por qué siendo esta una expedición militar no se ha puesto al mando de la misma a un hombre de armas?

El silencio se hizo en el camarote. Las acusaciones de Landa resonaban aun en los oídos del militar. El golpe que había sufrido *Matamoros* con la desaparición del *Castilla* no era nada comparable a saberse traicionado.

—Nada más tener conocimiento de la conspiración —prosiguió emponzoñando el agustino—, ordené que se detuviera a los dos hombres a quienes *Cartujo* había delatado. Pero desde ese momento se me negó la oportunidad de interrogarlos.

—¿Quién? ¿Quién os ha negado su interrogatorio?

—¿Quién si no el Capitán de esta nao tiene el poder para impedírmelo?

La ira restalló con furia en el rostro de Vicente Sotomayor. Se sentía traicionado y apretó con rabia los dientes rechinándolos con fiereza. *Matamoros* no sabía nada de navegación pero lo que si sabía, era que un soldado jamás dejaba atrás a uno de los suyos y eso es lo que Alfonso de la Torre había hecho desde que les había sorprendido la tempestad. Primero abandonando a su suerte al *Castilla*, después insistiendo en no hacer nada para hallarlo y finalmente, negándose con firmeza a

organizar una expedición de búsqueda, una vez hubieran arribado a la isla. Para entonces, estaba tan convencido de la felonía del Capitán que ya había decidido que De la Torre era un traidor del que debía dar cuenta inmediatamente.

Jornada tras jornada, los acontecimientos a bordo de *La Negra* se desarrollaban sin interrupción. Tras aprovisionarse en La Gomera de agua y otros pertrechos, la carabela abandonó las seguras costas Canarias y se internó en el océano profundo, poniendo rumbo a poniente. A simple vista se veía que Utrera no había reparado en gastos y que había hecho caso de todas las demandas de aprovisionamiento del Capitán de la carabela, Armand Batelier, al que le gustaba decir que era preferible que sobrase un quintal de sacos a que faltase un solo pellejo de vino. Era un viejo oficial francés caído en desgracia en su país, dedicado desde entonces a vender sus servicios al mejor postor. No era la primera vez que hacía este viaje, siempre con el mismo buen oficio y sin hacer preguntas respecto a los asuntos de sus clientes. Para él, aquel era solo un viaje más. En cuanto a su tripulación, le era fiel únicamente a él, al igual que el resto de los hombres contratados en Huelva entre buscavidas y antiguos soldados. Luis de Utrera terminó por delegar el reclutamiento al propio Armand Batelier, quien además se aseguró de que fueran fuertemente armados pues, a buen seguro, iba a correr la sangre.

—¿Habéis oído hablar de *El Mochuelo*? —Páez hizo la pregunta con una estudiada lentitud teatral.

Antonio y Lucia se miraron sorprendidos por la pregunta del gallego y ambos negaron casi al unísono. Tras unos instantes, Páez contesto su propia pregunta.

—Es un monje. Agustino creo, pero que me aspen si diferencio a esos *pájaros*. Viaja acompañado de un gigante pelirrojo que por lo que dicen no tiene lengua. Nadie a bordo sabe muy bien que le lleva a Las Indias, pero os puedo asegurar que sea lo que sea no es nada bueno. Es delgado como un junco y encorvado y si no fuera por el aire malvado que emana a su alrededor parecería de naturaleza enfermiza.

Con aquellas indicaciones, Lucía y Antonio habían reconocido sin dificultad a quien estaba describiendo el gallego, no en vano recordaban con desagrado el momento de la confesión justo antes de la partida, pero seguían sin entender nada. Lo que si sabían de sobra era que cualquier intento de que el gallego contase cualquier cosa sin dar un rodeo, simplemente era imposible. Así que se resignaron, disponiéndose a seguir escuchando la narración de Páez.

—Hace no más de cinco jornadas, un grupo de marineros vio como el *curilla* fue echado sin contemplaciones del camarote de Don Alfonso, el Capitán. Por lo visto tuvo una violenta discusión con él. Si algo sé de Don Alfonso es que lamería el culo de un cerdo si con ello conseguiría un beneficio. Da lo mismo de quien se trate; cortesanos, militares, Iglesia… ese hombre haría lo que fuera por conseguir una posición de ventaja para prosperar. Así que si discutió con él, debió ser por un motivo poderoso o jamás se le habría enfrentado. No se sabe cual fue el motivo de la disputa, pero parece que hubo palabras muy fuertes.

—¿Y qué tiene eso que ver con nosotros, Páez? —interrumpió Antonio contrariado.

—¡No me vengas con prisas calé! ¡Voto a…!

—Déjale que continúe con su historia —intervino Lucía.

—Gracias, *rapaza*. Al parecer el Capitán se negó a cumplir alguna voluntad de ese monje. No estoy muy seguro de qué podría tratarse, pero me temo que tenía algo que ver con vosotros dos. Y ahora contestadme, ¿Quién era la única persona que conocía vuestro secreto a bordo?

Sin esperar respuesta, Páez tomó aire antes de proseguir.

—Eso mismo: el pobre *Cartujo* y ¿adivináis quien fue la última persona que habló con ese infeliz antes de que lo izaran del cuello? ¡*El Mochuelo*! Me juego la semanada a que ese desdichado reveló vuestro secreto a ese monje del demonio.

Lucía y Antonio se miraron perplejos. ¿Un religioso era el causante de todo aquello? Adelantándose a sus dudas, Páez retomó su discurso apoyando su teoría con su habitual vehemencia.

—No he podido reunir pruebas más sólidas pero os aseguro que mi instinto no suele fallar cuando se trata de conocer a las personas y ese cura no es *trigo limpio*. Os lo dice este gallego.

El trío quedó unos instantes en silencio y fue Lucia quien habló primero.

—Todo eso no tiene sentido. ¿Por qué habría de mandar encerrarnos ese cura? Si supiera que no soy varón, sencillamente habría mandado apresarme y acusado de cualquier cosa. A no ser…

—A no ser que tengáis algo que ese monje codicie y que el Capitán se haya negado a entregarle —concluyó Páez.

La cabeza de Lucía comenzó a atar cabos. Si las suposiciones del marinero eran ciertas, estaban corriendo un grave peligro. Por lo visto, gracias al Capitán Alfonso de la Torre, parecían estar relativamente a salvo hasta llegar a puerto. Pero una vez en La Española, eran presas fáciles de aquel agustino que parecía tener más poder del que aparentaba y a nadie se le escapaba, que los tentáculos de la Iglesia también habían llegado a aquella parte del mundo. De ser cierto lo que Páez les había dicho, el Capitán había impedido que aquel monje les interrogara o incluso asesinara en alta mar. Había visto al monje durante la ejecución de *Cartujo* y a la muchacha no se le había escapado la crueldad y sangre fría con la que había despachado al infeliz marinero, casi con una sonrisa pintada en su pálido rostro. Sin duda, de alguna manera que se le escapaba, aquel clérigo conocía el secreto de su padre. Ese era un riesgo con el que no habían contado. Allí estaban en

peligro. Debían huir. Pero ¿qué podían hacer? Cómo si leyese su pensamiento Páez le ofreció la solución.

—Debéis escapar de esta *carraca* antes de arribar a puerto. Ahora mismo, una de las carabelas, *La Fernandina,* se esta acercando a nosotros, puesto que va a ir por delante para llevar las nuevas y avisar de la inmediata llegada de los insignes viajeros que transportamos y para ello, va a recoger el pendón real de este barco. No es el procedimiento habitual, pero así va a hacerse, dadas las características de nuestra *insigne carga.* Por si no lo sabíais, aparte de los militares transportamos a todo un tesorero de la Corona, que no ha salido prácticamente a cubierta porque no ha parado de vaciar sus tripas desde que partimos de Sevilla. De ese modo, el Gobernador será informado de todo lo acontecido y podrá disponer lo necesario para agasajar a tan distinguidos invitados con un recibimiento como se merecen. Cambiar de barco no os será fácil pero es vuestra única oportunidad…

—¡Calla, gallego loco! —interrumpió Antonio—. No vamos a arriesgar nuestras vidas solo por una suposición tuya. No tienes ninguna prueba de lo que dices

—Solo podéis confiar en mí, gitano. Os di mi palabra de que devolvería el favor que le debo a la *rapaza* y es lo que estoy intentando hacer. Si os quedáis, estoy seguro de que el monje intentará algo para que ninguno de los dos lleguéis a pisar tierra. Y os recuerdo que yo también estoy arriesgando mi pellejo por vosotros.

—No voy a consentir que pongas en peligro la vida de Lucía.

—¡Basta, *tito*! —intervino la muchacha decidida.

La joven tomó aire antes de hablar y, una vez las aguas entre el marinero y Antonio se hubieron calmado, prosiguió.

—¿Estás seguro de lo que dices, Páez? —inquirió directamente al gallego.

—Tan seguro como que os dije que la tormenta volvería y así fue.

La muchacha meditó sus palabras antes de abrir la boca, estaba a punto de poner su vida en manos de alguien de quien lo desconocía casi todo. Era una decisión que podría costarles cara si se equivocaba.

—Se hará como dices, gallego.

—No puedes hablar en serio. ¡Fiarnos de este majadero es una locura! —protestó Antonio.

—Páez ha demostrado que merece nuestra confianza, Antonio. Me conoces y sabes que no pondría mi destino en manos de nadie de este barco que no fueras tú, pero no tenemos elección. Confía en mí.

Antonio se mesó los cabellos y alzó sus ojos al cielo. Al fin suspiró dando su consentimiento y asintió resignado.

—Muy bien, gallego. Dinos que hemos de hacer —prosiguió la joven.

La conversación se interrumpió bruscamente en ese mismo momento. Bajo el Castillo de proa parecía haberse producido un altercado y el trío decidió buscar un lugar más discreto donde concluirla.

De la Torre se encontraba en cubierta, ultimando los preparativos para arribar a puerto, cuando vio venir a Sotomayor. Esbozó una sonrisa a modo de bienvenida que se quebró al ver que quien acompañaba al militar era el Padre Landa. Cómo si una nube se hubiera posado sobre su cabeza, su rostro palideció. *Matamoros* iba acompañado de su segundo, Lugón y dos soldados armados. No era habitual a bordo ver a la soldadesca con las armas en la mano y aquello le hizo intuir que sucedía algo verdaderamente grave. Sus hombres contemplaron la llegada de los militares e instintivamente retrocedieron unos pasos. Cuando llegaron a su altura, el marino trató de tomar la iniciativa dirigiéndose a los soldados, pero el dedo acusador de *Matamoros* le detuvo sin contemplaciones.

—¿Habéis impedido a Don Bartolomé interrogar a los prisioneros? —inquirió señalando al agustino.

Una pequeña maraña humana se había ido formando alrededor de las escalerillas que conducían al Castillo de proa, observando la escena con precaución. Otro grupo de soldados, igualmente armados, tomó posiciones frente a las escalinatas, aislando en el puente al Capitán y a sus hombres de confianza.

En un principio, De la Torre no comprendió a quien se refería Sotomayor y respondió dubitativo.

—¿De qué prisioneros me habláis, Don Vicente?

—¡Responded a mi pregunta! —insistió el soldado—. Este sacerdote os ordenó que mantuvieseis a dos de vuestros hombres a buen recaudo.

—Debemos darnos prisa —dictaminó Páez—. Que me aspen si esa discusión no es por vosotros. Ahora es el momento, abordad *La Fernandina* ahora mismo o no tendréis ninguna oportunidad.

La carabela a quien Páez se refería se acercaba por estribor a la *Esperanza de Triana* y maniobraba para colocarse junto a ella en aquellos precisos instantes.

—¡Esperad! No podemos irnos sin algunas de nuestras cosas, es de vital importancia que recuperemos el hatillo que traíamos conmigo.

Sin mediar palabra, se dirigió con paso firme hacia lo que había sido su camarote, dispuesta a recuperar los documentos de su padre. Recorrió la distancia que le esperaba sin llamar la atención, ya que todo el mundo a bordo parecía pendiente de lo que acontecía en el Castillo de proa. Cuando después de unos interminables instantes, salió de nuevo a cubierta con el hatillo a la espalda. Antonio respiró aliviado.

Don Alfonso de La Torre trató de zafarse de las acusaciones restando importancia al incidente.

—¡Por el amor del cielo! —dijo dibujando una sonrisa en su rostro—. ¡No hay prisioneros a bordo! Se trata solo de dos marinos apartados de su trabajo por los caprichos de ese monje. No es un arresto.

Ese fue el momento en el que Landa, que había permanecido apartado de la escena, intervino.

—¿Pretendéis afirmar que apartasteis a dos de vuestros hombres de sus labores únicamente por complacerme? ¿Solo por los deseos de un simple y humilde hombre de Iglesia y precisamente cuándo más necesitabais sus brazos para reparar la nao? Y si no se trata de prisioneros ¿cómo los llamaríais? ¿Invitados? —increpó burlón.

—No habéis presentado cargos contra ellos —titubeó De la Torre—. No son más que caprichos vuestros.

—Entonces. ¿Reconocéis que hay dos hombres encerrados y que los mantenéis bajo arresto? —intervino Sotomayor.

—Por supuesto, Don Vicente. Pero creedme, se trata solo de un delirio de este monje.

—Llevadme ante ellos —ordenó el militar de modo tajante.

Los hombres de *Matamoros* despejaron la cubierta sin contemplaciones, abriendo paso al grupo que se dirigió al en dirección al Alcázar de popa.

Desconociendo lo que acontecía en ese mismo momento en el buque insignia, *La Fernandina* decidió no esperar instrucciones de abordaje, no en vano tenían orden preferente de recoger los pendones y llegar a la isla con la máxima premura, como avanzadilla de la flotilla, por lo que ignoraron el revuelo que procedía de la nao capitana. Se pasó a tender la pasarela que serviría de acceso entre ambos barcos, que quedó encajada a la nao con un golpe sordo. La atención de la tripulación de la *Esperanza de Triana* y la soldadesca estaba puesta en el grupo que se encaminaba a los aposentos que Lucía acababa de abandonar y el fin de la maniobra de aproximación de la carabela ni siquiera fue tomada en consideración. Por ella, abordaron la nao Lorenzo Galán, el Capitán, y Jesús Gallardo, el escribano, quienes alarmados por el caos que reinaba en cubierta se preguntaban qué es lo que estaba sucediendo a bordo. También ellos se dirigieron en dirección a la maraña humana que se apiñaba en cubierta.

Cuando el grupo llegó a la entrada. *Matamoros* ordenó que dos de sus hombres montaran guardia junto a la puerta y solo accedieron al interior, Alfonso De la Torre, Lugón, el padre Landa y él mismo.

Las sombras que poblaban los pasillos de los camarotes les recibieron impenetrables. De la Torre les señaló el cuartucho donde él mismo había visto a la pareja por última vez.

—De verdad, Don Vicente, no comprendo cómo dais crédito alguno a las palabras de este agustino —increpó el marino.

—Tenía entendido que habíais dispuesto hombres de guardia para impedir que ese par de traidores escapará ¿dónde están? —inquirió Landa.

—¿Traidores? ¿De qué diantres estáis hablando, cura del demonio? —se defendió Alfonso de la Torre.

—Abrid la puerta —ordenó Sotomayor—, y por vuestro bien espero que esos dos perros sigan ahí.

—¡Nadie mira ahora, debéis aprovechar la oportunidad! —apuntó Páez— ¡Corred en dirección a *La Fernandina* y subid a bordo sin mirar atrás!

Instintivamente Antonio se persignó pidiendo al cielo que todo fuese bien. Los tres permanecían alejados de la multitud que se apiñaba frente a lo que habían sido *sus camarotes*.

—Tomad estos papeles, son de dos marineros que se perdieron con la tempestad. Los necesitareis una vez lleguéis a tierra. Cuando desembarquéis, los hombres de la Casa de Contratación os harán preguntas, puesto que el destino de esos dos desventurados se hallaba en ésta nao y os aseguro que son celosos en su trabajo. Decid que se os ordenó cambiar de barco tras la tormenta. De todas la naves, *La Fernandina* fue la que más bajas sufrió, por lo que no será difícil que os crean. Además tenéis ventaja: vais a llegar los primeros.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Antonio señalando los documentos.

—Digamos que soy buen jugador.

—¿Qué hay de ti? —pregunto Lucía.

—Quédate tranquila. Nadie sospecha de mí, *rapaza* —contesto jovial el gallego—. Os buscaré en la isla. Buscad La Taberna del Gallo, preguntad por Teresa y decidle que vais de mi parte.

Ocultaos allí y no abráis la boca excepto si es necesario.

Lucía miró con ternura el enjuto y curtido rostro del marino antes de despedirse.

—¡Vamos! —les espoleó Páez—. ¡Daos prisa!

Lucía y Antonio se apresuraron a recorrer la distancia que les separaba de la carabela. Cruzaron velozmente la pasarela que crujió bajo su peso y subieron a bordo sin que nadie les interrogase por su proceder. Todo el mundo estaba pendiente de lo que sucedía en la nao capitana.

La puerta chirrió con un sonido metálico y la oscuridad del cuarto les obligó a entornar los ojos. Vicente Sotomayor escrutó el interior pero no era necesario, aquel cuartucho estaba vacío. Pese a ello Lugón prendió una vela que chisporreteo unos instantes para iluminar la estancia de modo precario.

—¿Dónde están esos hombres? —escupió *Matamoros* con fiereza.

—No, no lo sé, Don Vicente. Os juro por mi honor que di orden de que se les mantuviese aquí hasta arribar a puerto.

El marino comprendió su error. Haber admitido la existencia de aquellos dos hombres detenidos había sido su perdición. De haberlo negado habría sembrado la duda en Sotomayor. Desconocía de qué manera habían escapado, pero eso carecía de importancia. Ahora las acusaciones de Landa tendrían sentido para el militar.

—¿Y bien, Don Alfonso? ¿Dónde están?

El marino calló. Sabía que cualquier cosa que dijese sería un esfuerzo inútil. Estaba sentenciado.

—Estoy esperando vuestra respuesta —insistió Sotomayor.

Para Bartolomé Landa la desaparición de la pareja también era un misterio. No creía tan osado ni estúpido a De la Torre como para ayudarles, pero su huida seguía representando una amenaza para su misión. En cualquier caso, aun podía atar uno de los cabos que pretendía con su maniobra.

—Sin duda los ha dejado huir —intervino el agustino—. Tan cerca de la costa no les habrá sido difícil llegar a tierra con su ayuda. Si contáis los bateles veréis que sin duda echaremos uno en falta.

—No seáis majadero —se defendió De la Torre—. La mitad de los botes se perdieron tras la tormenta.

—¿Perdidos como el *Castilla*, Don Alfonso? —se interpuso un irónico Sotomayor—. ¿Perdidos como el buque por el que no movisteis un dedo en recuperar? ¿Perdidos cómo mis hombres y mis armas?

—¿De qué habláis, Don Vicente? —dijo con tono vacilante el marino.

Aquellas fueron sus últimas palabras. Sotomayor desenvainó su espada. La hoja brillo unos instantes pálidamente trazando una curva acerada y el cuerpo de Don Alfonso cayó al suelo víctima de una certera estocada en el pecho y con una expresión de sorpresa pintada en su rostro.

*Matamoros* se inclinó ligeramente sobre el cuerpo del marino y escupió con rabia sobre este.

—Así tienen su pago quienes me traicionan, perro —mascullló entre dientes.

Limpió el filo de su espada con las ropas del infeliz Capitán y ordenó a su segundo que procediese a arrojar el cuerpo al mar por uno de los ventanales, cosa que este hizo sin miramientos. Después salió al exterior del barco caminando de modo altivo y arrogante. Lugón y Landa le siguieron.

La multitud que se arremolinaba frente a la puerta cedió ante el envite de los hombres de *Matamoros* abriendo camino a su jefe. Escoltado por sus hombres, subió las escalerillas apoyando su brazo izquierdo sobre el pasamanos. Abajo, la tripulación, vigilada por sus hombres, esperaba impaciente saber de lo sucedido. Escupió por la borda, dio un par de pasos en dirección a las escaleras y quedó unos instantes mirando a la muchedumbre.

—Este barco y el resto de la flota—vociferó—, quedan bajo mando del ejército de Castilla hasta nueva orden.

La tripulación prorrumpió en murmullos que se fueron convirtiendo poco a poco en griterío.

—Quien ose oponerse —alzó la voz de nuevo el militar—, será ajusticiado aquí mismo.

El silencio se hizo en cubierta. Nadie abrió la boca. Tras la amenaza de *Matamoros*, a nadie la cabían dudas de lo que había sucedido dentro.

—Bien —dijo complacido—. Que los hombres vuelvan a sus puestos. Pongamos rumbo a La Española de una maldita vez.

La noticia de la toma de la nao *Esperanza de Triana* por el ejército, también había corrido como un reguero de pólvora por los demás barcos y, aunque poco o nada se sabía de la suerte del Capitán Alfonso De la Torre, nadie se atrevió a preguntar dando por seguro que se hallaba *durmiendo con los peces*. El estado militar en que se convirtieron los buques en las horas siguientes, no

se vio reflejado en los quehaceres de a bordo. Vicente Sotomayor nombró inmediatamente un pequeño grupo de emisarios que viajaría en La Fernandina a cargo de la difícil tarea, dadas las circunstancias, de entrevistarse con Diego Colón, el Gobernador, a fin de explicarle la nueva situación y lo acontecido a bordo. El grupo estaba compuesto por hombres de confianza de Sotomayor, además de viejos conocidos de Don Diego. Además de Lorenzo Galán, piloto de *La Fernandina*; Pablo Alonso, veedor de la nao *Esperanza de Triana*; y Armando Quintanar, en su condición de antiguo oficial al servicio del ahora Gobernador y a la vez, uno de los más estrechos colaboradores de *Matamoros* en la actualidad, también Capitán del ejército y después de Lugón, segundo en la línea de mando, de quien no quiso desprenderse. Se les entregó el pendón real y una carta de Vicente Sotomayor en calidad de Capitán General, narrando los últimos acontecimientos, tras lo cual embarcaron en *La Fernandina*, que partió sin demora rumbo a puerto. Lentamente, las otras tres naves levaron anclas tras ella, dejando una distancia prudente para que los emisarios tuvieran tiempo de hacer su trabajo antes de que los demás barcos arribaran a Santo Domingo.

Pese a que Matamoros había ordenado comenzar su búsqueda, parecía que a los dos fugitivos se los había tragado la tierra y se llegó a pensar que habían saltado al agua. Todo menos imaginarse que se las habían arreglado para cambiar de barco.

Una vez a bordo, para Lucía y Antonio las cosas parecían tener otro color. Se mezclaron con facilidad entre la tripulación de *La Fernandina*, desde el primer momento se les impidió estar ociosos, siendo enviados a tareas propias de sus oficios hasta arribar a puerto. Nadie hizo preguntas. El caos y desinformación que reinaban a bordo les sirvió de tapadera. Lo único que tenían que hacer ahora era no llamar la atención y mantener la boca cerrada hasta pisar Santo Domingo. El inmenso peligro que sabían que corrían no acababa ahí, en la ciudad serían también perseguidos, no tenían ninguna duda al respecto. Una vez allí, tendrían que hacer las pesquisas necesarias y con el secreto más absoluto o estaban perdidos, pues ya conocían como se las gastaban sus ahora enemigos. Por delante, la isla que les aguardaba brillaba con fuerza en el horizonte, mientras el sol cedía terreno en el cielo azul. Esa misma noche iban a pisar tierra y podrían comenzar a olvidar un viaje de pesadilla.

Valeria miró por el pequeño ventanuco enrejado de su camarote. La luz del crepúsculo bañaba las aguas del mar y una suave brisa inundaba la estancia refrescando la habitación y trayendo el olor a sal del océano.

Ahora, *La Negra* navegaba por aguas más mansas y calmadas. Luis de Utrera le había indicado que se hallaban a menos de diez jornadas de La Española. Una vez avistada la isla, el plan consistía en desembarcar en alguna cala discreta y dirigirse por tierra a Santo Domingo donde recabar información acerca de su sobrina, para después seguir sus pasos hasta hallar el oro.

La relación con Luis de Utrera se había tornado menos carnal, pero curiosamente este comenzaba a hacerle participe de sus planes en mayor medida. El tono amable y sumiso con que contestaba a todos sus requerimientos y, aquel aire inocente y libre de ambición que había estado interpretando a bordo, estaban dando sus frutos. El viejo terrateniente comenzaba a confiar en ella. Había bajado la guardia durante la travesía y ella se lo haría pagar caro llegado el momento.

No sabía nada de Peciña desde que habían dejado atrás las Canarias. Después de aquella mañana, antes de zarpar, en la que ambos habían compartido lecho, solo habían cruzado frases de cortesía y siempre bajo la atenta mirada del terrateniente. Pero estaba segura de que podría contar con él cuando fuese necesario.

# Parte tercera: La isla



**Vista de la ciudad de Santo Domingo. Siglo XVI.**

La tripulación de *La Fernandina* se encontraba en cubierta, formando junto a la tropa. Unos y otros, daban gracias a Dios por permitirles estar allí, tras sobrevivir a la terrible tempestad que se había llevado a tantos camaradas. Los que llegaban por vez primera a La Española estaban ensimismados, la pureza del cielo, el color del mar, la exuberante vegetación, todo les llenaba de asombro.

Lucía contemplaba con ojos de niño a los primeros indígenas que habían alcanzado a ver. Había oído muchas historias sobre el Nuevo Mundo, pero, la realidad que se extendía ante sus ojos superaba todo cuanto había escuchado. Por un instante, la belleza de cuanto su vista abarcaba logró apartar de su mente los trágicos acontecimientos de los últimos días y que la habían terminado convirtiendo en prófuga para siempre.

Una vez franqueada la desembocadura del río Ozama, la carabela se adentró ágilmente en la ensenada. Santo Domingo se iba distinguiendo cada vez mejor. Ya a primera vista, se le antojó muy distinta a su ciudad natal. Se percató de que los edificios de madera, distribuidos de forma cuadriculada, habían ido ganando terreno a la selva que se desparramaba alrededor, conformando un cuadro abigarrado y exótico.

Atrás quedaba Sevilla con su familia y sus imposiciones. Se sentía confundida. Le embargaban sus recuerdos y también un presentimiento de no volver jamás que le hizo estremecer. La vida que comenzaba para ella a partir de ese instante, era un papel en blanco, un lienzo que comenzar a cubrir. Su padre, la razón por la que había cruzado medio mundo, se encontraba en algún lugar de esta isla y ella estaba decidida a encontrarlo.

Un manto de azul y cobre se extendía bajo la embarcación como una gran alfombra. La suave y cálida brisa azotaba su rostro obligándole a cerrar los ojos. De aquí para allá había gente corriendo sin motivo aparente y la llegada de la carabela parecía ser todo un acontecimiento que trastocaba la vida de la isla.

Una vez hubo terminado la maniobra de atraque y con el ancla echada, un grupo de seis hombres, entre los que se encontraban los emisarios personales del gran Capitán Vicente Sotomayor, pisó tierra con premura, los oficiales de la Casa de Contratación les recibieron allí mismo y tras cruzar unas breves palabras, unos y otros, se dirigieron en busca del Gobernador. El otrora invariable procedimiento se había quebrantado. Las circunstancias eran tan excepcionales que únicamente quedó a cargo de la recepción de la carabela y de sus tripulantes un funcionario, que se puso inmediatamente manos a la obra. Tras la identificación de los oficiales, dio la orden de comenzar a desembarcar. Siguiendo un estricto orden, primero lo hicieron los soldados, después los pocos animales que se transportaban a bordo con la munición y demás pertrechos. La marinería quedó postergada al último lugar. Para Lucía, la rapidez con la que se había vaciado el barco fue sorprendente y un conocido hormigueo en el estómago volvió a apoderarse de ella. Salvo cuatro hombres seleccionados, todos los tripulantes podían bajar a tierra. Antonio y Lucía se pusieron en la fila.

El funcionario, con una visible cara de pocos amigos y el veedor del barco, iban preguntando a cada marinero, grumete o paje su nombre, marcaban la lista con una cruz y seguidamente les hacían una seña en dirección a la pasarela. Cuando por fin llegó su turno, fueron nombrados y, acto seguido, se les señaló el muelle. Apenas habían comenzado a cruzar, una voz tras de ellos les hizo estremecer.

—¡Eh, vosotros dos!

Estaban tan cerca del muelle que Antonio se sintió morir.

Se giraron lentamente para ver como el veedor de *La Fernandina* les hacía una señal para que se le acercaran de nuevo. A punto estuvo Antonio de coger de la mano a Lucía y echar a correr, pero logró contenerse.

—Vosotros estabais en la nao. ¿No es así? Pues deberéis esperar a que ésta atraque para poder cobrar la paga —dijo en voz alta para que el resto de la tripulación se diese también por enterada. —¡Todos aquí mañana con la primera luz si queréis el dinero!

Lucía tiró de Antonio, que se había quedado como petrificado, hasta llegar a tierra y siguió tirando de él, hasta que se perdieron entre la multitud.

Lo habían logrado.

Bien entrada la tarde, ya estaban en la bahía los tres barcos en perfecta formación. Siempre por delante, la nao *Esperanza de Triana*, como buque insignia, seguido de cerca por la *Santa Inés* y *La Flaca*, la otra carabela. Antes, Lorenzo Galán, piloto de *La Fernandina*, había hecho enviar a *Matamoros* las señales convenidas: la entrevista con el Gobernador había dado sus frutos, este estaba de su parte y no habría sorpresas desagradables. Vicente Sotomayor estaba satisfecho. Ahora sabía que contaba con el beneplácito de Diego Colón, por lo que daba por zanjado el incidente a bordo de la nao. Sin embargo le embargaba una sombra de duda, porque le quedaba la sospecha de que los dos escurridizos fugitivos, de una u otra manera, también habían conseguido llegar a la isla. Otro problema del que tendría que ocuparse.

Nada más pisar tierra, el alcalde de la plaza, Don Rodrigo de Bastidas, fue el encargado de dar la bienvenida en persona, en nombre del Gobernador Don Diego, a tan insignes viajeros. Tras los saludos oficiales, una comitiva de principales, entre los que también se encontraban el pequeño grupo que había parlamentado en su nombre, se dirigió en dirección al palacio del Gobernador. Vicente Sotomayor y Juan Martín de la Orden, el nuevo tesorero plenipotenciario de la Corona en la plaza, eran los invitados principales. En ningún momento, hubo nadie que osara hacer la más mínima mención al malogrado Capitán Alfonso De la Torre. Sotomayor captó rápidamente la idea: a buen seguro, todos ellos habían sido aleccionados para actuar como si nada hubiera pasado horas antes a bordo de la nao. No hubo comentario alguno sobre *el suceso*, lo que se podía interpretar como que se daba por buena la intervención de *Matamoros*. No obstante, Don Vicente, ardía en deseos de tener cuanto antes una entrevista a solas con el Gobernador. No quería dejar ningún cabo suelto ya que deseaba poder empezar a preparar la operación militar sin más demora. Tras la comitiva y muy cerca de su jefe, como era habitual, marchaban su fiel lugarteniente Lugón y un puñado elegido de sus mejores hombres. Estaba claro que Sotomayor, pese a todo, no se fiaba ni de su sombra.

Las obras de conclusión del Alcázar, donde estaría situada la residencia oficial del Gobernador, estaban próximas a su fin. Mientras tanto, este debía conformarse con una

construcción significativamente más austera. Un edificio de dos plantas en la parte más alta de la colina desde donde, por otra parte, se contemplaba una vista realmente maravillosa de la ciudad, frente a la que el mar brillaba bajo el sol del trópico, dejando una estela rojiza en su manto líquido.

Diego Colón, el Gobernador, rondaba los cuarenta años. Era un hombre robusto, con barba poblada y cejas lobunas. Sonrió afablemente desde su sillón a los recién llegados y se apresuró a reclamar con premura noticias de la corte. Era hijo del legendario almirante y cada vez iba acumulando más poder en La Española. Sin embargo, Sotomayor recelaba. Los rumores que se oían por toda Castilla acerca de su poca capacidad para regir los designios de la isla no le hacía, a sus ojos, acreedor de su confianza y, pese a sus amables palabras, se dijo a sí mismo que debía guardarse de él.

Desde que partiera el segundo viaje del almirante Cristóbal Colon, la llamada *expedición colonizadora*, la política de la Corona de Castilla había sido en todo momento no perder la más mínima cuota de poder en las nuevas tierras y menos aun, con las arcas reales vacías tras el costoso precio que había supuesto la conquista de Granada, de la que todavía no se había recuperado, la reciente anexión de Navarra y otras continuas campañas militares como la de Las Canarias, que hacían anhelar, incluso todavía más, las riquezas que representaban las colonias de ultramar. Fue así como la figura del Gobernador, que era la representación misma de la Corona en el Nuevo Mundo, había ido alcanzando un poder casi ilimitado. Un exiguo precio que Castilla debía pagar a cambio de evitar la insurrección de sus propios vasallos en aquellas lejanas tierras. Las sucesivas revueltas que tanto indígenas como colonos habían protagonizado desde la instauración de la colonia, hicieron depender todo gobierno de la fuerza de las armas. Especialmente cruenta había sido la insurrección que habían llevado a cabo los caciques taínos en mil quinientos e igualmente sangrienta fue la represión que conllevó sofocarla.

Todavía sobre cubierta, el padre Landa, envuelto en su negro hábito, observaba a la comitiva adentrarse en la ciudad. Por fin había conseguido llegar a su destino tras la infernal travesía. El Nuevo Mundo estaba a disposición de la obra que iba a emprender en nombre de Dios. No tenía

prisa por volver a hollar aquella tierra. En una primera impresión, las cosas parecían no haber cambiado demasiado en aquellos dos largos años. Sin embargo, tras un nuevo y más minucioso examen, advirtió que el tamaño de la ciudad había crecido de manera sorprendente, asintió complacido al comprobar que habían comenzado las obras de construcción de la catedral y, aunque sabía de sobra que distaba mucho estar concluida, por un momento se la imaginó terminada. Santa María de la Encarnación. Si con la ayuda de la providencia su misión llegaba a tener éxito, se encargaría de que su nombre quedara ligado a esa obra para siempre, impulsando la construcción de su propia capilla, prebenda que estaba seguro de obtener de Roma como recompensa por sus servicios y, aunque quizás no consiguiera verla concluida, siempre sería *su capilla*, y en cuanto al nombre ¿Quién sabe?, quizás… no se atrevía a pensarlo pero ¿y por qué no? ¡Capilla de San Bartolomé¡ Entonces sintió un remordimiento. Estaba pecando de soberbia y apartó el pensamiento de su cabeza. Sin embargo, aquella catedral como centro y orgullo de la cristiandad en estas remotas tierras, tenía que hacer justicia al gran plan maestro que portaba siendo su estandarte.

El señor le había elegido y fuera como fuera, se sabía atado para siempre a aquella isla.

Su misión pesaba como una losa, pero estaba dispuesto a hacer cuanto fuese necesario para llevarla a buen puerto. Por fuertes que fueran los impedimentos, estaba dispuesto a sortearlos como el inquebrantable hombre de fe que era. El Señor le había elegido, y de un modo u otro, su destino estaba atado a aquella isla para siempre. Contaba con una gran ventaja, el secreto que le había sido revelado y que, con la ayuda de la providencia, serviría para devolver a la cristiandad la pureza de la fe y también el esplendor y la gloria que le había sido arrebatada por las grandes potencias, que se decían así mismas cristianas.

Se regocijó en la victoria lograda sobre el Capitán de la nao, quien había osado interponerse en sus planes, y también por haberse ganado la confianza de Don Vicente que, estaba seguro, iba a suponer una ayuda inestimable de aquí en adelante. Sin embargo, las cosas con la muchacha y su acompañante, no habían salido según lo planeado. Sospechaba que, pese a todo, habían conseguido llegar a la isla y los imaginó a un paso de Santo Domingo, camuflados en alguna cala remota y desierta, y una idea fija se instaló en su mente: en cuanto tuviera oportunidad se ocuparía de ellos. *«Ya será hora, no precipitemos acontecimientos»*, se dijo en voz queda.

Se arrodilló teatralmente, echó lentamente hacia atrás su capuchón de forma que su escapulario quedó bien a la vista y empezó en voz alta el rezo del el Padre Nuestro. Su sirviente y los pocos tripulantes que allí quedaban siguieron su ejemplo y se arrodillaron también entonando el Padre Nuestro con fervor.

*Pater Noster, qui es in caelis, sanctificétur nomen Tuum,*
*adveniat Regnum Tuum, fiat volúntas tua, sicut in caelo et in terra.*
*Panem nostrum cotidiánum da nobis hódie, et dimitte nobis débita nostra,*
*sicut et nos dimittímus debitóribus nostris;*
*et ne nos indúcas in tentationem,sed libera nos a malo.*
*Amén*

Tras la oración, dieron nuevamente gracias a Dios por permitirles arribar a puerto, sanos y salvos y pidieron por las almas de quienes habían perecido durante la travesía.

Una vez el puerto quedó atrás, Antonio y Lucía se adentraron por las calles de Santo Domingo. La maraña humana que presenciaba curiosa la llegada de la carabela se había ido diluyendo, aunque una multitud de pequeños de exóticos rasgos y piel oscura no se despegaba de ellos. Caminaban a su alrededor, cuchicheando entre si en un dialecto incomprensible y sin parar de reír. Uno de los niños se acercó curioso hasta Antonio y, sin ningún reparo, le acarició el aceitunado brazo.

—Tú, no blanco —murmuró alegre en un castellano rudimentario.

Antonio se esforzó inútilmente en echarle de su lado pero, haciendo caso omiso, el pequeño le sonrió jovial. Lucía observó al grupo con interés; rebuscó en su bolsa de la que sacó unas pocas monedas y acto seguido las arrojó al suelo. Ante el tintineo de las piezas, los niños se lanzaron tras ellas con avidez. La pareja aprovechó la distracción para doblar velozmente una esquina y apretar el paso. Tras unos instantes en los que creyeron haberlos perdido de vista, tras de ellos, escucharon una voz que ya les resultaba familiar:

—Tú, piel oscura. Tú, no blanco.

Tras darse la vuelta, vieron como el pequeño que se había acercado a tocar a Antonio todavía les seguía. El niño sonrió con inocencia y Lucía le hizo señas de que se acercara, sacó otra moneda y la sostuvo entre sus dedos.

—¿Conoces La Taberna del Gallo? —preguntó.

El niño asintió con vehemencia y les indicó que le siguieran.

Las callejuelas eran un barrizal que daba razón de la lluvia que había descargado la noche anterior y la brisa transportaba por doquier el exótico olor de la selva. Por fin se detuvieron ante una puerta con un pequeño cartel negro con la silueta de un gallo. Habían llegado.

Cuando cayó la noche, casi la totalidad de las tripulaciones se hallaban disfrutando de un banquete que había dispensado el Gobernador en su honor.

Siguiendo el riguroso protocolo, el Gobernador, los tres oficiales reales: factor, contador y tesorero; este último el recién llegado Don Juan Martín de la Orden y motivo de tan acogedor recibimiento, el corregidor, el alcaide Don Rodrigo de Bastidas, los capitanes de las dos carabelas y de la Santa Inés, junto a un reducido número de oficiales del ejército al frente de los cuales se encontraba el Capitán General Vicente Sotomayor, junto a su fiel lugarteniente Lugón, compartían la mesa principal. Sentado así mismo con ellos y con la invitación personal de *Matamoros* se hallaba el padre Landa, del que no se encontraba muy lejos su fiel criado Ramiro. Acompañándoles en tal ilustre bienvenida, algunos de los más importantes encomiendadores de la floreciente colonia española en la isla, también disfrutaban de la agradable cena a la luz de las velas. Su ilustrísima Don Francisco García de Padilla, obispo de Santo Domingo, se encontraba desde hacía semanas en la vecina isla de San Juan, lo que le evitó a Bartolomé tener que darle explicaciones sobre su presencia en La Española.

El banquete era en realidad una ofrenda de paz por parte del Gobernador, disfrazada cortésmente, hacia el nuevo tesorero de la Corona, que sabía perfectamente que sus principales cometidos no eran otros que tratar de meterle en cintura, pidiéndole cuentas detalladas, así como hacerle justificar cada moneda gastada.

La cena tenía lugar en los exuberantes jardines del Alcázar, que es como era se llamaba el nuevo palacio del Gobernador. De exquisito estilo gótico-mudéjar, significaba ya para entonces, una de las más bellas construcciones de la isla y aunque aun sin terminar, el único lugar posible para tal evento dadas sus dimensiones.

Las dos docenas de sirvientes del Gobernador eran, casi en su totalidad, negros y taínos que supervisaban a éstos. Los de raza negra eran traídos de África como esclavos y encadenados en las bodegas de los barcos. Los indígenas eran tomados bajo las órdenes de las familias indianas y encargados de las tareas más ingratas. Legalmente eran considerados personas, aunque era habitual el trato cruel al que en ocasiones eran sometidos. Los sirvientes deambulaban por los inmensos jardines donde se agasajaba a los recién llegados con bandejas llenas de comida, que eran retiradas con la misma celeridad con las que desaparecían las viandas que éstas contenían.

Para los recién llegados, aquella era la primera comida en condiciones en varias semanas. Literalmente devoraban cuantos alimentos les eran ofrecidos. No faltaban carnes, pescados y exóticas frutas que se les antojaban deliciosas. Manjares como el quemí asado, una especie de conejo grande y de fuerte sabor, y el pan cazabí, elaborado a base de batata y carne, y que no faltaba en ninguna mesa.

Durante la cena se narraron las terribles circunstancias de tormenta y de la desaparición del carabelón *Castilla,* de las almas y armas que se habían perdido y del terrible *golpe* que esto había supuesto para la *El Real Ejército de Indias* y su misión de castigo. Viendo la oportunidad de hacer méritos ante el rey, Diego Colón no dudo en poner inmediatamente a disposición de *Matamoros* cuantos efectivos necesitara de su propio ejército de regulares, con el fin de completar las bajas que significaban la pérdida del gigantesco barco de carga. El ofrecimiento fue en principio cortésmente rechazado por el militar, ante la sorpresa de los presentes. Finalmente, y ante la insistencia del Gobernador, acabó aceptando y la sensación general fue que Vicente Sotomayor le hacía el favor a Diego Colón de dejarle participar en la misión real. Toda referencia al malogrado Capitán Alfonso De la Torre fue omitida tácitamente.

Visiblemente incómodo, y sin molestarse siquiera en disimularlo, Sotomayor escupió y maldijo para sus adentros. Como hombre de armas llegado a su puesto desde muy abajo, aquel fingido alarde burocrático y toda aquella demostración de hipocresía le incomodaba significativamente.

También se habló de política, sobre todo de la incipiente presencia en el Nuevo Mundo de los portugueses que, ya se habían aventurado hacia el sur y el oeste del continente buscando nuevas rutas. En concreto el paso al oeste que permitiera seguir viaje hacia la especiería. Daba la sensación de que estaban tomando la delantera y esas no eran buenas noticias.

—¡Castellanos habrán de ser los primeros en encontrar el paso! —gritó Diego Colón alzando la copa.

—Así habrá de ser —respondió alguien con entusiasmo.

Al unísono, los encomiendadores, junto con el resto de las fuerzas vivas de la isla, jalearon la idea.

Por otra parte, las noticias que de España portaban los recién llegados hablaban de la predisposición de Don Fernando, rey de Aragón y regente de Castilla, a renegociar un nuevo acuerdo que regulase el reparto de las nuevas tierras con Juan II de Portugal, dado el escaso beneficio que la firma del tratado de Tordesillas había proporcionado para los intereses españoles. Los colonos eran partidarios de prohibir la presencia de naves lusas en la zona, mediante los medios que fuesen necesarios y no dudaron en exponer su postura a viva voz.

Ya a la hora de los postres, la conversación se centró en el rebelde Pedro Lobo y Diego Colón, se afanó en relatar las últimas noticias que se disponían de él. Sin prestar demasiada atención a las palabras del Gobernador, la mente de Sotomayor no dejaba de pensar que, pese a todo el potencial de su ejército, este se había debilitado de forma considerable, lo que también significaba, irremediablemente, retrasar la misión.

—Hay pobladores que le ayudan. No está solo —Don Diego siguió poniendo al corriente a Sotomayor, mientras comía a dos carrillos—. Debéis castigarles según les vayáis prendiendo. Así

aprenderán. Escarmiento, mi querido amigo, escarmiento. Eso es lo que necesita el renegado de Lobo y toda su chusma.

*Matamoros* asintió con aire distraído, sus pensamientos estaban en otra parte y su cabeza empezaba a fraguar un nuevo plan. La red de espías de la Corona iba a ser más necesaria que nunca. Además, estaba firmemente convencido de que, de uno u otro modo, Lobo terminaría siendo suyo.

El punto de reunión era un lupanar perdido en las angostas callejuelas del centro de la ciudad, pero lo suficientemente cercano al puerto para recabar su principal clientela entre la gente de mar. La mancebía era un edifico de dos plantas que recordaba, en cierto modo, a la arquitectura andaluza por su fachada encalada y sus ventanales estrechos y discretos, que tenían como misión paliar el calor húmedo de la isla. Ya en la puerta, un fuerte olor a orines les sacudió de improviso.

—Creo —se apresuró a advertir Antonio—, que este Páez está loco de remate. ¡Mira que enviarnos a un sitio como este!

—No habrá mejor lugar dónde ocultarnos, *tito* Antonio. Aquí no nos buscará nadie. —dijo Lucía con una sonrisa cómplice.

Comprobaron que la puerta estaba cerrada, aunque no con llave, que habría sido lo normal, porque aun era temprano para que estuviera abierto el negocio. Fue la muchacha quien cruzó el umbral en primer lugar, con el gitano siguiéndole de cerca.

En el interior, lo primero que pudo percibir claramente fue el perfume que flotaba en el ambiente. Un aroma a cera ligeramente afrutado que contrastaba con el insoportable hedor que impregnaba las calles. Era sorprendente. Nadie esperaría encontrar allí un ambiente tan atrayente y confortable. A pesar de la oscuridad que les rodeaba, vislumbraron un estrecho pasillo al que ambos se encaminaron con cautela.

El angosto pasaje acaba en una sala ligeramente iluminada por unas velas que la mantenían en una tenue penumbra y dónde el aroma que les había recibido se acrecentaba, con una agradable sensación de bienvenida.

Lucía se apresuró a barrer con la mirada el lugar en el que se hallaban. El suelo de madera crujió de mala gana al contacto con sus pies. El recinto, que debía ocupar la totalidad de la planta baja, no tenía paredes como tal pero, varios muros de pequeña altura rematados con una elaborada celosía de estilo árabe, dividían la habitación en amplios espacios separados. La joven se dirigió a uno de ellos. A sus pies, numerosos almohadones dispuestos en el suelo se extendían como una alfombra donde no le costó imaginarse a los clientes, bebiendo vino, riendo y siendo objeto de las

atenciones de las mujeres. Nada podía estar más alejado de la atmósfera sórdida que esperaban encontrar. Ensimismada, no se percato de que eran observados, hasta que sus ojos se fijaron en una figura espigada que se difuminaba en la penumbra. Estaba frente a frente con un gigantón de piel negra que le miraba fijamente. Antonio se adelantó interponiendo su cuerpo entre Lucía y el extraño.

—Buscamos a Teresa —bramó.

El hombre, que aparentemente llevaba vigilando sus movimientos más tiempo del que ellos habían sido capaces de percatarse, les miró con indiferencia. Llevaba el torso descubierto y su cuerpo fibroso emitía una delgada sombra que se deslizaba entre las paredes. Con un ademán, el hombre les indicó que esperasen y abandonó la estancia.

—No me gusta, niña. Esto me da mala espina —susurró el gitano nada más quedarse solos.

—Ten calma, *tito*. Páez nos ha enviado a este lugar. Debemos confiar en su palabra.

—¡Y sin tener siquiera una navaja con la que defendernos! —se quejó Antonio haciendo caso omiso de las palabras de la joven.

No pasó mucho tiempo hasta que una mujer menuda y de aspecto elegante irrumpió ante ellos a través de la cortina. Les observó desde la distancia, escrutándoles con unos diminutos ojos negros. Tras recoger una palmatoria que chisporroteaba en la penumbra, avanzó en su dirección con paso orgulloso. Utilizó la pobre luz que proporcionaba la vela para mirar con detenimiento a la pareja, lo cual también le permitió a Lucía observarla con detenimiento. Debía tener alrededor de treinta años, y aunque el tiempo marcaba una fina línea de arrugas en la comisura de sus ojos, Lucía juzgó que era una mujer bella, grácil y de porte altivo. Tras de ella, el negro se mantuvo unos pasos alejado, en posición aparentemente relajada pero, listo para saltar sobre los extraños a un gesto de su ama.

—¿Quién sois y por qué motivo preguntáis por Teresa? —dijo la mujer alzando la voz de manera ostensible.

—¿Sois vos Teresa? —preguntó Antonio.

—Esta es mi casa y soy yo quien hace las preguntas.

—¿Sois vos Teresa? —volvió a interrogar el calé elevando el tono. Tras de ellos, el negro hizo un claro gesto de avanzar con aire desafiante.

Lucía decidió llevar las riendas de la conversación, Antonio poseía muchas virtudes pero entre ellas no se hallaba la de la diplomacia.

—Nos envía Páez. —dijo adornando sus palabras con una reverencia.

El rostro de la mujer se iluminó al escuchar el apellido del marinero gallego, pero se recompuso y un brillo acerado regresó a sus ojos al proseguir.

—¿Páez? ¿Dónde está ese mal nacido?

—Nos aseguró que nos daríais posada.

—¿Sois amigos suyos?

—Hemos hecho la travesía juntos desde Sevilla —aclaró Antonio.

La mujer se giró e hizo una seña a su sirviente ordenándole que les dejase. Señaló un grupo de almohadones y les invitó a seguirle.

Una vez acomodados, ambos tuvieron por vez primera desde hacía mucho tiempo, la sensación de sentirse a salvo.

—Soy Teresa —se presentó la mujer con una sonrisa franca en los labios.

—Soy Antonio y este mi sobrino Lucio —hizo los honores el calé. Instantes después, el criado regresó con una jarra de vino y tres copas que depositó en el suelo, para desaparecer de la estancia con el mismo sigilo con el que hubo entrado.

—Y decidme —dijo la mujer sirviendo el vino—. ¿Dónde está ahora ese bastardo gallego?

—A bordo de la *Esperanza de Triana* —informó Lucía.

La mujer les miró al tiempo que se llevaba la copa a los labios. Una sombra de astucia cruzó sus ojos antes de hablar.

—¿Y vosotros? ¿Cómo es que ya habéis desembarcado hoy? Tengo entendido que la llegada de esta flota ha sido de todo menos pacífica y ordenada, y que no se ha permitido bajar a nadie a tierra. También ha llegado a mis oídos algo acerca de un asunto de una pareja de fugitivos ¿Seréis, tal vez, vosotros a quienes buscan?

La pareja se miró dudando de si debían sincerarse con la mujer y preguntándose cómo podía aquella mujer estar al tanto de lo sucedido tan pronto.

—No os alarméis —les tranquilizó Teresa—. Esta es una ciudad pequeña y aquí las noticias vuelan. Si Páez os ha enviado aquí, sin duda sois dignos de su confianza y por tanto de la mía, del mismo modo que yo debería ser merecedora de la vuestra.

Lucía miró a la mujer y juzgó que era conveniente confiar en ella.

—Hemos llegado en la primera carabela y desembarcado antes de que hubiese llegado la orden de permanecer a bordo, pero es cierto, somos nosotros aquellos a quienes buscan.

Antonio a punto estuvo de atragantarse con el trago de vino que se deslizaba por su garganta. Miró aturdido a su alrededor.

¿Cómo es que Lucía les había descubierto con tanta facilidad ante una desconocida?

Teresa observó con detenimiento el rostro de la muchacha.

—Páez nos ha ayudado a escapar —prosiguió la joven—. Nos dio razón de este lugar y nos aseguró que vos nos daríais cobijo hasta su llegada. Pero si en algo os comprometemos, decidlo y nos marcharemos.

La mujer les miró sin reparo alguno. Daba la impresión de que en su cabeza se habían puesto en marcha una serie de mecanismos, destinados a juzgar si aquella pareja era digna de ser merecedora de su hospitalidad. Tras unos instantes, apuró su copa de un trago y se levantó en silencio.

—Si os envía ese loco de Páez sois bienvenidos —dijo finalmente—. Aquí estaréis a salvo.

Les hizo una seña para que la siguieran, cruzaron la cortina y fueron atravesando distintas estancias sin detenerse, hasta llegar a la cocina, donde les indicó que entrasen y tomaran asiento.

Dentro, el criado y tres mujeres les miraban con curiosidad mientras comían queso y pan de centeno.

—El negro se llama Dimas, lo compré hace tres años ya. Nos protege —explicó—. Estas son Blanca, Petra y Juana. Como veis Blanca es taína pero Juana y Petra son españolas, como yo. Hay otras tres chicas más que también son indias. A los marineros que llevan más de un mes de travesía les da igual un lomo que otro llegado el caso y a nosotras también, siempre que paguen los

ocho maravedís que cuesta nuestra compañía. Y por cierto, esto es válido también para vosotros dos.

La pareja saludó con timidez al grupo. Como toda respuesta, las mujeres bromearon y prorrumpieron en risas.

—Tengo un cuarto arriba que podéis ocupar —explicó Teresa.

—No nos quedaremos mucho. Estamos buscando a alguien, quizás le conozcas, su nombre es César Cuesta —dijo Lucía.

—Por si no te has dado cuenta chico —interrumpió la mujer—, esto es una casa de mala reputación. Aquí vienen muchos hombres y nadie da su verdadero nombre. Pero creo haber oído hablar de él, aunque no por venir a visitarme. Quizás mañana pueda deciros algo. ¿Tenéis hambre? ¡Blanca dales algo de comer! Yo tengo que volver a la taberna, tenemos un negocio que atender. ¡Y eso va para vosotras también, hatajo de haraganas! ¡A ganarse la paga!

A la conclusión de la cena, Bartolomé Landa abordó a Sotomayor con descaro.

—¿Podríais concederme unos instantes de vuestro valioso tiempo? —preguntó haciendo una teatral reverencia.

Desde lo sucedido a bordo no habían cruzado palabra alguna. Para el férreo militar aquel clérigo había cumplido su papel desenmascarando la conspiración contra él, pero con ello su labor había acabado. Tenía cosas más importantes a las que dedicarse que escucharle.

—Padre —exclamó de mala gana—. Agradezco vuestra ayuda a bordo y por tal servicio habéis sido invitado a esta cena, pero comprenderéis que tengo muchas obligaciones a las que me debo.

—Lo sé, lo sé —interrumpió el agustino—. Os aseguro que el motivo de mi visita no os llevará mucho tiempo. Si fuerais tan amable…

El Capitán suspiró resignado y dio órdenes a sus hombres de que le esperasen.

—Bien. Vos diréis —se ofreció *Matamoros*.

—En primer lugar quisiera dedicaros mis mas sinceras felicitaciones acerca de cómo llevasteis las riendas durante la travesía.

Solo había una cosa que Sotomayor odiaba más que perder el tiempo y era la adulación pero aun así, continuó escuchando las palabras del monje.

—Sin embargo, hay un detalle que habéis obviado, ciertamente por lo exigente de vuestro cargo. Un, por así decirlo, cabo suelto —Landa sonrió astutamente.

—Padre Landa, os ruego que vayáis al grano —repuso descortés el soldado—. No dispongo de todo el día.

—Se trata de la pareja que escapó. Los verdaderos artífices del complot contra vos y vuestra misión aun siguen en paradero desconocido.

—Yo no me preocuparía por ellos. Dudo que hayan logrado llegar vivos a la costa y aunque así fuera no encontrarán donde esconderse. Santo Domingo, ahora mismo, es una ciudad a la que solo una formalidad burocrática le impide estar bajo mando militar. No hay un solo rincón en dónde mis hombres no sepan lo que sucede. Os lo aseguró.

Don Vicente dio por zanjada la conversación y se dispuso a alejarse.

—Aun así —repuso el clérigo—. Si no es mucha molestia, y sin pretender en grado alguno un menosprecio de vuestra autoridad, os rogaría que me dejaseis a mí encargarme de ese pequeño asunto.

Por la cabeza del militar no había pasado siquiera la posibilidad de ordenar la búsqueda de unos fugitivos que dudaba mucho que siguieran vivos. Sin duda alguna, aquella conspiración tenía tentáculos en España, que ya se habría de ocupar de cortar a su regreso triunfante y, sin una cabeza visible que diese las órdenes, aquellos dos hombres no iban a representar en modo alguno un peligro. No obstante, encomendar esa tarea a aquel *curilla*, le tendría ocupado y le alejaría lo suficiente de él como para que no volviese a molestar.

—¿Qué necesitaríais? —preguntó.

—Dos hombres, tres a lo sumo.

*Matamoros* pareció calcular los riesgos durante un instante para asentir después.

—Sea. Pondré a vuestra disposición tres hombres de la dotación de la guardia de la ciudad.

Landa sonrió complacido y se despidió de él con una reverencia.

—Padre —llamó el militar—. ¿Por qué tanto interés en esos fugitivos?

Landa se encogió de hombros fingiendo humildad.

—Ya os lo dije. Quiero averiguar a donde lleva la conspiración urdida contra vos.

Bartolomé se giró de manera ágil, dándole la espalda al militar y se alejó a buen paso. Mientras lo miraba, Vicente Sotomayor volvió a tener el presentimiento de que aquel agustino encerraba algún secreto y esa sensación no le agradó en modo alguno.

Bien entrada la madrugada Antonio aún permanecía despierto. No había parado de dar vueltas en el catre durante toda la noche, sumido en una inquietud que le mantenía con los ojos como platos, clavados en la oscuridad que le rodeaba.

El barullo, que desde el piso de abajo llegaba amortiguado, y los frecuentes crujidos en el suelo de madera de las botas de los clientes, que subían y bajaban constantemente de los cuartos, no hacían sino incrementar ese desasosiego que, por fin, decidió compartir con Lucía.

—¿Duermes, niña? —preguntó a la oscuridad.

—¿Qué ocurre? —protestó la joven a su lado.

—¿Cómo puedes dormir? ¿Te das cuenta que estamos en un mancebía, que quien nos ha dado cobijo es una ramera y que nuestra suerte está en las manos de un marinero loco de remate?

—Esa *ramera* —puntualizó Lucía claramente molesta—, ha demostrado tener un sentido de la hospitalidad que nunca me hubiera esperado de ella. Y en cuanto a Páez, puede ser muchas cosas, pero no un traidor. De eso estoy segura.

—¡Que incauta eres, niña! —dijo arrogante el gitano—. Hemos de partir mañana, como mucho pasado. ¿Me oyes?

—Antonio, déjalo ya. Tengo sueño.

—¡Insisto! —exclamó el gitano incorporándose en el camastro.

—Está bien, en cuanto reunamos alguna información y nos hagamos con provisiones y monturas, nos iremos —concedió la muchacha.

—Ni se te ocurra decir a nadie el camino que tomaremos. No debemos dejar cabos sueltos. Lo que está atrás, atrás se queda.

—Así lo haremos —dijo resignada—, ahora duerme, debemos madrugar.

—Por mí, dejaría la ciudad ahora mismo. Además, aquí no para de entrar gente y las chicas no dejan de subir la escalera, una y otra vez. Puede vernos cualquiera.

—Mañana, a lo sumo pasado, nos iremos. Te lo prometo.

—A lo más tardar. Mientras estaré ojo avizor, hemos de tener sumo cuidado, niña.

—¡Duérmete!

Según fue entrando la madrugada, los rumores fueron amainando hasta desaparecer del todo. Finalmente, Antonio cerró sus ojos y terminó por sumirse en un plácido sueño. El primero en varias semanas.

No mucho más tarde, unos gritos procedentes de la calle les sacaron de sus camastros. En el cielo, el sol ni siquiera despuntaba aun en el oriente.

—¡Abrid la puerta, *carallo*!

Antonio abrió un ojo y al momento se puso en pie de un salto. Acababa de reconocer la voz chillona de Páez.

—¡Que sucede, Antonio? —preguntó Lucía desde el camastro contiguo.

—¡Es Páez, está llamando a la puerta! ¡Si no llega a venir le parto el alma! —dijo el calé calzándose las botas.

Fuera, Dimas, quinqué en mano, abrió la puerta, taciturno y somnoliento.

—¿Creciste desde la última vez, *carallo*? ¿Qué te dio de comer Teresa? —dijo a modo de saludo el marinero. El sirviente se limitó a dejarle pasar sin mostrar gesto alguno en su pétreo rostro..

Aquella escena, era todo menos discreta. Páez se estaba divirtiendo de lo lindo. Se mostraba radiante y parecía moverse en aquel lugar como pez en el agua. A la vez, la voz de Teresa se incorporó a la conversación proveniente de lo alto de la escalera.

—¿Quién vive a estas horas? —vociferó sin reparo.

—¡Teresa, soy yo! ¡Ya volví, rapaza!

La mujer descendió las escaleras y se quedó mirando al marinero con una mueca de desconfianza.

—¡Páez! —dijo al fin—. Vive Dios que no sé como te recibo en mi casa después de tantos meses sin saber de ti.

El gallego cortó el discurso abalanzándose sobre la mujer y la besó sin reparo alguno. Al poco, sus manos se deslizaron con descaro por su espalda. Dimas cerró la puerta, dejó el quinqué sobre la mesa y se perdió tras la cortina, dejándoles a solas. Sin duda había presenciado antes aquella misma escena. Todo lo contrario que Antonio que, desde el primer peldaño de la escalera, observaba el encuentro con desagrado. Lucía siguió sus pasos instantes después. El resto de las chicas, sin duda alarmadas por el escándalo que el gallego había montado en la calle, también saltaron de sus catres y tras comprobar de lo que se trataba, y tras ahogar más de una risa cómplice, regresaron a sus cuartos instantes después. Antonio y Lucía seguían observaron perplejos el reencuentro de la pareja. Páez les había conducido a su *nido de amor*. También ellos regresaron a sus habitaciones. Ni Páez ni Teresa estaban por la labor de hablar en aquellos instantes.

Al alba, unos fuertes golpes en su puerta despertaron al agustino. Era la ayuda que Don Vicente le había prometido. Hombres procedentes de los regulares de la isla y puestos por el Gobernador a disposición de Sotomayor. Bartolomé sabía que aquella era una oportunidad inmejorable para ganarse los favores del veterano militar quien, a pesar de haber demostrado confiar en él desde lo acontecido a bordo de la nao, parecía no contar del todo con él, y la dotación que le había sido otorgada era una muestra de ello.

Un alguacil, picado de viruela y desgarbado, y tres infantes, que distaban mucho de ser soldados temibles y aguerridos, aguardaban sus órdenes. Landa dio un escrupuloso repaso a aquellos hombres. Uno barrigudo y al que parecía costarle una eternidad dar un paso, un segundo algo bizco y cuyo hedor le llegaba plenamente aun a cierta distancia y un tercero, casi anciano que

no sabía ni llevar el uniforme con la dignidad debida. Lanzó una somera mirada a su mudo sirviente; hasta ahora él y solo él, había sido quien, a pesar de su defecto, había demostrado ser el mejor para servirle.

De nada iba a valerle protestar. Si don Vicente le había asignado aquella desventurada ayuda, no era por otro motivo que el de no pertenecer a *su ejército*, y eso no estaba en su mano cambiarlo. Para ganarse la confianza del duro militar, era preciso aprovechar aquella oportunidad dando un golpe de efecto, es decir, consiguiendo detener a la pareja fugitiva.

Tal vez, aquellos cuatro gañanes, no fuesen capaces de aguantar una escaramuza, pero seguro que conocían hasta el más recóndito y oscuro lugar en la colonia donde podría esconderse esa condenada joven. Si Sotomayor pensaba quitarle de en medio enviándole aquella escoria, le iba a demostrar que se había equivocado y mucho.

Los fue mirando uno a uno y por fin se dirigió directamente al alguacil.

—¿Cómo os llamáis?

—José Lago, —contestó— y estos son…

—Bien, bien, Maese José, ¿sabéis para que estáis aquí?

—Para serviros.

—Y eso haréis. Es preciso encontrar a dos fugitivos y prenderlos. Vivos, se entiende. Quizás no se hallen en la ciudad pero debemos asegurarnos de que así es, se trata de un joven que viajaba como grumete en la nao *Esperanza de Triana* que atiende al nombre de Lucio y de su tío, un marinero llamado Antonio. Si fuerais vos quien os tuvierais que esconder en la ciudad ¿dónde lo haríais?

El alguacil, cavilando, se rascó el mentón unos instantes tras los que llegó su respuesta.

—Bueno, Padre, hay ciertos lugares, que podríamos mostraros y en los que podrían haberles dado posada pero, quizás sería mejor que vos no nos acompañarais —La mirada de Landa se clavó en él con tal fiereza que, este no pudo mantenerla, teniendo que bajar la cabeza mientras seguía hablando—. Hay unas tabernas… por así llamarlas.

—Mancebías, lupanares —cortó sin modales el clérigo—. No os andéis con rodeos. Estoy al corriente. Ya he oído hablar de esos lugares y me encargaré de esa vergonzosa práctica cuando llegue el momento. ¡Llevadme a ellos sin perder un momento!

Los cuatro hombres atónitos se miraron entre sí y comenzaron a moverse en dirección a la puerta.

La extraña comitiva se puso en marcha con Landa a la cabeza, acompañado del alguacil, sus tres hombres y el gigante sirviente mudo.

Una vez comenzaron a recorrer las peores zonas de Santo Domingo, Bartolomé, henchido de orgullo, comenzó a fantasear con que ya había sido nombrado Inquisidor y que iba a detener personalmente a algún hereje en su propia casa, por lo que todavía teatralizó más aquella pequeña *Compaña* haciendo que Ramiro fuese por delante portando una cruz casi tan grande como él, mientras que el propio Landa cerraba la comitiva rezando en voz alta. El alguacil y sus hombres, atónita comparsa de aquel espectáculo, tenían la obligación de contestar a los rezos en todo momento. Todos cuantos se cruzaron con aquel extraño grupo se apartaban de su paso, tan sorprendidos como fascinados con lo que sucedía. El alguacil, desconcertado, no comprendía que significaba aquello pero obedeció sin rechistar. Las órdenes de Sotomayor habían sido claras; seguir las instrucciones del monje en todo momento, así que, participó de aquel espectáculo que no comprendía y que era todo menos sigiloso.

En una primera jornada, aquella extraña comitiva había recorrido ya una buena parte de las tabernas, casas de mala reputación y cualquier otro lugar susceptible de dar cobijo a los fugitivos en la ciudad. Landa, sintiéndose digno en su papel, lo representaba con gran entusiasmo y sin que eso implicase el más mínimo esfuerzo por su parte. Con todo aquello, se había perdido, sin embargo, toda posibilidad de sorprender a los fugados, ya que no se hablaba de otra cosa en toda la ciudad que de aquella comitiva, a la que se le había apodado burlonamente *La Santa Compaña*. Por lo que si en algún momento los fugitivos hubiesen conseguido entrar en la ciudad, ya estarían para entonces bien lejos de allí.

No obstante, al Padre Landa aquello no le importaba demasiado. Bartolomé creía conocer las intenciones de Lucía y que su interés estaba muy lejos de Santo Domingo. No había creído

posible, ni por un instante, encontrar a la pareja en la ciudad. Sin embargo, estaba alcanzando la notoriedad que buscaba frente al Gobernador y a *Matamoros*, y con ello, la seguridad de que, una vez terminados los preparativos de la expedición, sería invitado a participar en ella y viajar custodiado casi todo el camino. El argumento de encontrar el emplazamiento adecuado en el interior de la isla, para construir un convento de su Orden desde el que poder cumplir su misión evangelizadora, seguía siendo perfectamente creíble y pensaba seguir sacando partido de ello. En aquel momento, ni el mismísimo Vicente Sotomayor podía negarse a prestarle protección mientras sus caminos coincidiesen.

Sin embargo no todo fueron buenas noticias. Aquel mismo día, había sido requerida su presencia por parte del superior de los agustinos en Santo Domingo, Erasmo de Villena, a quien ya tenía el dudoso privilegio de haber rendido cuentas en su anterior estancia en la isla y por quien no procesaba simpatía alguna. Pero las cosas habían cambiado y mucho; él era ahora un enviado de Roma y no tenía por qué acatar órdenes de nadie. Así que había ignorado a su superior sin prestarle mayor atención. Mientras tanto, *La Santa Compaña* siguió durante el resto de la jornada recorriendo los lugares de más dudosa reputación con su habitual aparatosidad.

## 27

A Lucia y Antonio no les costó demasiado dar con la lonja de los Rinaldi en Santo Domingo. Con la salida del sol, encaminaron sus pasos en dirección al puerto, dónde preguntaron por el local que poseía la compañía desde hacía casi ya diez años. Los comentarios jocosos que tuvieron que aguantar, cobraron sentido cuando hallaron la destartalada lonja, que una vez había sido un lugar de actividad frenética, con cuadrillas de hombres afanándose en transportar mercaderías con celeridad, convertida ahora en una ruina. Las ratas campaban a sus anchas y la suciedad y el desorden lo invadían todo.

Pablo Campomanes, *El Rubio*, había sido siempre un empleado leal desde mucho antes de que Luca lo pusiera al mando en la isla. Llevaba con el genovés casi desde el principio. En Sevilla era el encargado de supervisar las labores de embarque y desembarque de las mercancías que transportaba la recién creada Compañía Rinaldi, hasta que un buen día Luca se lo llevó a Santo Domingo. Desde entonces nunca había salido de la isla. Era un cordobés alto y fornido, con un pasado turbio a sus espaldas. A sus cuarenta años permanecía soltero y mantenía el aire bonachón que un día inspiró la confianza de Luca. *El Rubio* siempre había poseído el olfato necesario para rodearse de las mejores cuadrillas de estibadores y había sabido dirigir la sucursal con la máxima diligencia, y en todo momento con el beneplácito de su patrón.

Pero había pasado demasiado tiempo desde la última vez que tuvo la necesidad de patear el puerto en busca de trabajadores y, mucho más, desde que Rinaldi dejase de enviar cargamentos regularmente a La Española. Desde entonces, sus obligaciones se reducían a airear la lonja a diario, barrer de vez en cuando y hacer pequeños arreglos en las instalaciones que, cada día que pasaba, amenazan con derrumbarse. El resto de los trabajadores fueron dejando la compañía según las monedas iban dejando de sonar y tan solo él permaneció en su puesto, por un incierto sentido de la responsabilidad y la comodidad de sentirse parte de algo. En lo que a sí mismo concernía, seguía siendo un empleado de la Compañía Rinaldi. Eso le permitía tener un lugar donde dormir y subsistir a base de pequeños trueques, esperando tiempos mejores en los que necesitaba creer.

Trapicheos que le proporcionan lo suficiente para tener siempre a mano un jarro de vino y poder apostar a los naipes de vez en cuando.

Al principio se las ingenió para cobrar algunas de las deudas que tenía la empresa en la isla pero, cuando aquello se acabó, tuvo que recurrir a negocios menos legales, que incluían alquilar la lonja para almacenar mercaderías de dudosa procedencia y como improvisado alojamiento temporal de esclavos recién llegados.

Antonio y Lucía lo encontraron dormitando a la sombra, bajo un roído soportal y apoyando su voluminoso cuerpo en un desvencijado cajón. El trajín en el puerto, que a esas horas sumía aquella parte de Santo Domingo en un  frenesí comercial, parecía haber pasado de largo desde hacía tiempo en aquel lugar.

Un grito de Antonio le sacó de su sueño.

—¿Así es como cuidas los negocios del patrón?

Pablo se desperezó con calma. Abrió sus ojos con una infinita parsimonia, mirando a la pareja con recelo y se pasó la mano por la frente. Pese a trabajar, uno y otro, para Luca Rinaldi casi desde el principio, los destinos de los dos hombres jamás se habían cruzado. Servían a su patrón a ambos lados del océano.

—¡Voto a tal! —exclamó somnoliento—. ¿Quién demonios…?

—¿Esa es manera de recibir a la gente de la casa? —vociferó Antonio —. ¿Sois el encargado de esta lonja?

*El Rubio* los miró en un hito, incapaz de entender quienes eran aquellos desconocidos. Se incorporó lentamente, bostezando sin reparo y apoyando sus grandes manazas tras la cabeza.

—Se podría decir que soy el encargado, —dijo—. ¿Y quién sois vos para hablar en ese tono?

Antonio barrió con la  mirada el lugar y ahogó un juramento entre dientes.

—Trabajamos para Don Luca, venimos desde la lonja de Sevilla. ¿Qué ha pasado aquí? Esto parece cualquier cosa menos un edificio de la Compañía Rinaldi.

—¿Esto? —preguntó con sorna—. ¡Esto es la ruina, compadre! No sé cómo estarán las cosas por Sevilla, pero aquí ya podéis ver con vuestros propios ojos que ya no existe ya negocio alguno. En este olvidado lugar solo quedo yo —Se incorporó con esfuerzo y señaló con sus brazos el

interior de la lonja—. Ya no queda nada por vender y ni recuerdo cuando fue la última vez que llegó un barco con mercancías. ¡Todo se ha ido al infierno! y que me aspen si algún día llego a cobrar lo que se me debe.

¡De modo que era cierto! Lucía resopló contrariada. Aquel era el resultado de la gestión de sus tíos en la empresa que tanto trabajo le había costado levantar a su padre. La ruina. El desastre completo.

*El Rubio* se calzó las botas con esfuerzo y sin parar de resoplar mientras lo hacía. Todo él desprendía un fuerte olor a vino y su fétido aliento delataba que, sin duda, aquella noche Baco había velado sus sueños. Se alisó las arrugas de la camisa con torpeza, como queriendo dar una mejor impresión, y sonrió mostrando unos dientes amarillentos. Con un gesto que resultó cómico por desmedido, les invitó a pasar al interior de la lonja.

Dentro, el olor acre y rancio de los lugares en desuso les recibió como una bofetada. El polvo danzaba mecido por los rayos de sol que se filtraban por el techo y las maderas crujían en una queja que se repetía por todo el edificio. Tomaron asiento junto a una gastada mesa sobre la que había un jarro con vino y restos de comida.

—Así que de Sevilla —exclamó jocoso— ¿Y qué cuernos os trae por aquí? ¡Qué el demonio me lleve!, ¿pues no he olvidado ofreceros un trago?

La pareja declinó el ofrecimiento con cortesía. Campomanes se encogió de hombros a la par que se sirvió una generosa ración en una sucia jarra a la que sopló antes de usar y de la que sorbió glotonamente una vez llena.

—Os ofrecería algo de comer, pero como podéis ver no nado precisamente en la abundancia.

—¿Qué sabéis de Don Luca? —preguntó Antonio sin medias tintas—. Hemos venido desde España a buscarlo.

*El Rubio* le miró con los ojos entornados y antes de responder volvió a servirse otro trago.

—¿El patrón? ¡Qué el cielo se abra sobre mi cabeza si he sabido algo de él desde la última vez que vino por aquí! ¡Y ya va para tres años!

La pareja se miró cómplice un instante fugaz. Habían hecho bien en acudir allí.

—¿Así qué estuvo aquí hace tres años? ¿Habló contigo?

—No solo hablamos, sino que nos sentamos en esta misma mesa a beber el vino que él mismo había traído de España. Teníamos una buena relación, aunque parezca increíble que un caballero tan distinguido como él, frecuente la compañía de alguien como yo. Pero os doy mi palabra. Tan cierto como que es de día —Volvió a llenar su copa hasta el borde y la apuró de un trago, después, se seco la barbilla con el dorso de la mano y continuó—. Estuvimos hablando y bebiendo hasta bien entrada la madrugada. Ese jodido italiano siempre ha aguantado bien la bebida. A la mañana siguiente se despidió, y hasta hoy. Pero de eso hace casi tres años ya. Me han entrado ganas muchas veces de embarcarme y volver a casa pero, ¡qué demonios!, el burro es de donde pace y no de dónde nace…

Lucía interrumpió aquella conversación que amenazaba con irse por las ramas, cortando de golpe la nostalgia de aquel infeliz. Por fin habían hallado una pista que les llevase hasta su padre y ardía en deseos de preguntar.

—¿Sabes adónde se dirigió? ¿Comentó algo de cuál era su destino? Es de suma importancia que recuerdes si dijo algo que pudiera ser de ayuda para encontrarle.

*El Rubio* se encogió de hombros, bebió un prolongado trago y eructó sin reparo. Se mesó los cabellos como tratando de recordar.

—Ya os he dicho que bebimos toda la noche, conversamos y hablamos de lo de siempre, aunque, si que hubo algo extraño ya que, en vez de pedir las cuentas y organizar las partidas de mercaderías como era su costumbre nada más desembarcar, por el contrario, lo primero por lo que preguntó fue por la región del sudoeste. Se interesó por un lago de gran tamaño que dicen hay allí y del que, por lo visto, algo había oído y por el mejor camino para llegar hasta él. No pude decirle mucho puesto que no sabía gran cosa. En esta maldita isla, apenas si he salido de Santo Domingo en un par de ocasiones. Ya os digo que al día siguiente y sin todavía haber pedido las cuentas, se despidió. No sé. Estaba muy raro. No era el mismo Don Luca de otras veces. Aunque bien sabe el cielo que ese loco italiano es de todo menos normal. Le acompañaban dos taíno y llevaban tres mulas. Dijo que tenía que partir inmediatamente. Es la última vez que le vi. Después indagué un poco sobre la zona a la que se dirigía. No os negaré que quedé un poco preocupado y me parece que lo que hizo fue muy peligroso. Apenas hay cristianos en aquella zona, si es que hay alguno,

porque allí no hay nada que valga la pena. Los indígenas tienen fama de belicosos y los peligros parecen ser muchos. Yo le calculé dos o tres semanas de viaje, con suerte. No habrá menos de cuarenta leguas, y no llevaba provisiones suficientes, eso seguro. Cuando pasaron tres meses, escribí a Sevilla, pues estaba intranquilo pero, nunca no hubo respuesta.

*El Rubio*, se arrellanó en la silla. Sin duda estaba encantado de tener visita y a la joven no le costó ningún esfuerzo imaginar lo terriblemente solo que debía sentirse en aquella lonja desierta.

—Ese lago, ¿existe de verdad? —inquirió Lucia.

—¡Eso no son más que habladurías! ¡Si existe tal lugar, eso es el fin del mundo! No sé qué es lo que pretendía encontrar allí —Se sirvió un nuevo vaso de vino y masculló un juramento al comprobar que aquel era el último trago que podía sacar del jarro.

El sol brillaba con fuerza en lo más alto del cielo cuando abandonaron la lonja y se encaminaron en dirección a su escondite. No habrían sacado más información de aquel hombre de haber seguido hablando con él. Lo que tenían no era mucho pero era lo único a lo que podían aferrarse. El sudoeste parecía la dirección segura a la que dirigirse y era la única pista del paradero de Luca de la que disponían. La visita también les había servido para saber que tan solo iba acompañado de un par de indígenas, y eso preocupó a Antonio, aunque no le dijo nada a Lucía. Ahora debían hallar el medio de ir tras sus pasos y adentrarse en la selva en busca de aquel lago. Y aquello no iba a ser fácil para dos prófugos que además eran recién llegados a la isla.

De regreso, Páez les estaba esperando. Sus somnolientos ojos descubrían que no hacía demasiado tiempo que se había levantado. Sentado en un banco corrido de la cocina, les sonrió con franqueza mientras bebía vino y apuraba un pedazo de pan negro.

—¡Habéis madrugado¡ ¿Qué quehaceres teníais tan de mañana?

—Nada de tu incumbencia, gallego del demonio —gruñó Antonio sentándose junto a él.

—¡*Carallo*, qué poca cortesía con un amigo que os proporcionó refugio! —dijo, fingiendo sentirse ofendido.

—Disculpa a Antonio. Está enfadado —interrumpió Lucía, pues sabía que de no hacerlo, la discusión tomaría derroteros más peligrosos—. Teníamos que visitar a alguien para conseguir cierta información.

El gallego tomó un pedazo de pan y se lo llevó a la boca.

—¿Y conseguisteis esa información? Sabéis que podéis contar con mi ayuda. Estoy en deuda con vosotros.

—¡Cómo si no hicieras otra cosa que recordarlo en cuanto abres la boca! ¡En mala hora no te caíste al mar! —Antonio estaba visiblemente contrariado. Se levantó airado y salió de la cocina dando grandes zancadas. Instantes después sus pasos resonaron en la escalera.

Lucía miró al gallego y esbozó un mohín a modo de disculpa. Las opciones que les quedaban no eran buenas y también ella se sentía confusa y descontenta, pero Páez había demostrado lealtad y no era justo que fuera él quien pagará los platos rotos. El marinero sonrió y le tendió un pedazo de pan negro con sus huesudas manos.

—Dime, Páez. ¿Cuánto conoces esta isla?

—¿Por qué lo preguntas, rapaza?

—¿Tienes noticias de un lago en el interior? ¿Uno muy grande en dirección al ocaso?

Páez parpadeó un par de veces, se mesó los cabellos y pasó el dorso de la mano por la barbilla.

—Todo el mundo en esta condenada isla ha escuchado acerca de lagos de leche y ríos que manan oro y no sé cuantas zarandajas más. Pero no estoy seguro de saber a qué te refieres.

Lucía decidió que había llegado el momento de dar cuenta al gallego de la verdadera intención de su viaje. Le habló de su padre y de la búsqueda que, ella y Antonio, habían iniciado en Sevilla y les había llevado hasta La Española. Cuando concluyó su relato, el marino le miraba con los ojos abiertos como platos y con un rictus de asombro en sus finos labios blanquecinos.

—Y yo creyendo todo este tiempo que lo que os traía hasta aquí era un tesoro —rió con ganas.

—Páez —susurró Lucía—. Tengo que llegar a ese lago para encontrar a mi padre. Necesitamos tu ayuda.

El gallego sonrió mostrando sus dientes amarillentos.

—Podéis contar con ella —dijo—. Os ayudaré en vuestra búsqueda.

Sus palabras eran a todas luces sinceras y Lucía le devolvió la sonrisa agradecida.

A mediodía, el sol que brillaba en su cúspide se filtraba por las rendijas de los postigos de la cocina que, tal y como habían comprendido, dada la dudosa reputación del lugar, se mantenían cerrados a cal y canto hasta la caída del sol. Ahora, mientras una de las muchachas se afanaba sobre los fogones, la pareja compartía mesa con Teresa y Páez.

—Así que estuviste a punto de morir —Teresa era incapaz de dejar hablar mientras llenaba los cuatro vasos.

—Tanto en Sevilla como en el barco —contestó Lucía.

—¿Y estás buscando a tu padre?

La joven asintió, a la vez que se llevaba una cucharada de potaje a la boca.

—Extraña historia y extraños compañeros de viaje —dijo Teresa sonriendo. Parecía encantada de tener otra compañía que la de marineros y tratantes—. Me alegro de conoceros. Si venís con mi hombre esta es vuestra casa. Os esconderé todo el tiempo que haga falta. Por cierto, acerca de vuestro interés por César Cuesta, anoche mismo supe de su paradero, aunque no frecuenta esta casa. Hice algunas preguntas a los clientes habituales y me enteré de que tiene bastantes tierras, así como negocios con la Corona y que su hacienda está a unas cuatro leguas hacia el noreste.

—Entonces deberíamos apresurarnos a ir a su encuentro y cuanto antes mejor —sentenció Antonio—. Tenemos una carta firmada por un amigo suyo que aseguró que nos ayudaría.

Cuando la conversación hubo finalizado, Lucía se levantó de la mesa y se encaminó al pequeño cuarto que Teresa había puesto a su disposición y a la de Antonio. Mientras hablaba con Teresa había surgido un *imprevisto* y sentía que le ardía la cara de vergüenza. Se tendió sobre la cama para que se le pasase el sofoco. Su cuerpo de hembra, bien camuflado bajo las ropas de un hombre, y su corte de pelo podían disimular su feminidad, pero no podían confundir a la naturaleza.

Estaba tratando de rasgar una de las sabanas que cubrían su camastro cuando la puerta se abrió de repente. Desde el umbral, Teresa le tendió una pequeña pila de paños con una sonrisa pintada en los labios.

—Toma, utiliza esto antes de dejarme sin sábanas —dijo.

—¿Cómo has sabido que yo...? —acertó a preguntar perpleja la joven mientras recogía el inesperado obsequio.

—Tesoro —le espetó la mujer acercando su rostro—, llevo demasiados años en este negocio para saber que es lo que le ronda a un marinero joven por la cabeza tras pasar semanas en el mar y tú no has demostrado interés alguno, ni por mis chicas ni por mí. Ni una mirada siquiera. Nada. Al contrario que Antonio, al que se le van los ojos. Seguramente podrás pasar por varón ante unos ojos inexpertos, pero a mí no puedes engañarme. Ah, y aunque Páez no me ha dicho nada, sé que lo sabe, porque tampoco se me ha  pasado por alto como te revisa en cuanto tiene ocasión.

Lucía la miró en un hito. Aquella mujer le resultaba admirable a todas luces. Incapaz de añadir nada, se limitó a dejar los paños sobre el camastro y le devolvió la sonrisa.

—Ahora te subirán un cubo de agua para que puedas lavarte. Lástima. Tienes un buen cuerpo. Harías carrera conmigo —dijo Teresa a modo de despedida.

Y cerró la puerta tras de sí.

Después de comer, les indicó la senda a seguir y les dio comida para el camino. Se despidieron hasta el día siguiente, cuando menos, pues era una buena caminata y no habrían de regresar hasta bien entrada la tarde o la noche del día siguiente. Después, Teresa volvió junto a Páez.

—Es peligroso, Teresa, bien que lo sé. Todo el mundo les busca en la ciudad —dijo Páez lamentándose.

—Pero su intención es partir cuanto antes, por lo que será por poco tiempo y además, les debes la vida, gallego del demonio.

Los ojos de Teresa se llenaron de una ternura de la que no solía hacer gala con demasiada frecuencia.

—¿Les acompañarás en su viaje? —inquirió.

El gallego esbozó una sonrisa triste antes de responder.

—Sí, pero solo les pondré en camino. En el interior, les buscaré a alguien de confianza que les guíe y luego regresaré, porque mi sitio está aquí, contigo. ¡Ya estuvimos bastante separados, *carallo*! Quiero que dejes esta vida. Te quiero solo para mí. Además, conseguí ahorrar algún dinero.

—Yo también quiero dejar esta vida. Hace unos meses decidí dejar el negocio en las manos de Juana y  Petra, a cambio de una renta. Lo llevo pensando hace tiempo pero, ¡que el demonio me lleve!, no me termino de fiar de esa Petra y he decidido que, finalmente, sea solo Juana quien se haga cargo de todo. Ahora que estás aquí lo dispondremos todo.

Se fundieron en un interminable beso lleno de ternura, mientras subían abrazados a la alcoba.

Detrás de los cortinajes, una de las muchachas con el semblante oscurecido por la rabia, observó alejarse a la pareja.

Al mediodía del segundo día, durante el receso de su *procesión diaria*, Landa se dirigió, seguido como siempre por el pelirrojo, a la iglesia dedicada a la virgen de La Antigua. Al intentar cruzar el umbral, otro hábito idéntico al suyo le salió al paso de repente.

—¡Padre Bartolomé Landa!

La situación le cogió totalmente por sorpresa, no contestó y se limito a clavar sus ojos en los de su interlocutor, que no era otro que el padre Erasmo de Villena.

—¿Cuándo teníais pensado venir a verme?

Landa, sabedor que el encuentro era ya inevitable, se dispuso a contestar con desgana.

—Don Erasmo —exclamó—. Os ruego disculpéis no haberme presentado todavía ante vos, pero tengo asuntos que no pueden esperar.

—¿De veras? ¿Y de qué asuntos se tratan? Supongo que no tengo que recordaros que soy vuestro superior aquí y cómo tal debéis tratarme, viniendo a verme sin dilación, tal y cómo se os requirió. Me sorprendió no haber sido informado de vuestra llegada ni de las circunstancias de la misma y, como que me llamo Erasmo de Villena y como que soy en Santo Domingo el superior de la orden de los agustinos a la que pertenecéis, que me daréis razón ahora mismo de los verdaderos motivos de vuestra estancia en La Española. Ha llegado a mis oídos que se os ha ordenado buscar un emplazamiento para construir un nuevo convento de nuestra Orden en el interior de la isla y no era otro sino vos quien tendría que haberme informado de ello nada más llegar. Además, me entero de que vais haciendo *teatro* por las calles cómo un vulgar bufón.

Aquello fue una puñalada para Landa.

—Sirvo a Dios y no a sus representantes en la tierra —repuso con fiereza.

—¡Yo también y no voy visitando mancebías en procesión como si fuera el mismísimo Torquemada!

Para entonces, los dos agustinos estaban casi gritando, y a su alrededor se había empezado a formar un pequeño grupo de curiosos.

Ninguno de ellos sentía simpatía alguna por su interlocutor ni estaba dispuesto a reconocer la autoridad del otro. Mientras tanto, Ramiro, prudente, se mantuvo ajeno a la escena a cierta distancia.

Landa sintió una punzada de rabia ascender por su garganta.

—Os digo que hay asuntos que requieren mi atención con más premura que la de cumplir con vuestros deseos cuando os venga en gana.

El padre Erasmo le dedicó una mirada llena de ira antes de responder a su arrogancia.

—Seguís sin responderme. ¿De qué asuntos se tratan? Cómo vuestro superior os recuerdo me debéis respeto y obediencia.

—¡Solo debo obediencia a Nuestro Señor, no a un anciano pusilánime como vos! —exclamó irritado Landa.

—¿Cómo os atrevéis a poner de nuevo vuestros pies en esta isla después de lo que aquí hicisteis? —De Villena decidió no andarse por las ramas y ejercer su autoridad—. ¡Oídme bien! Os ordeno que acudáis inmediatamente a nuestro convento, donde se os asignará una celda de la que no saldréis hasta que encontremos un barco en el que enviaros de regreso a España. No permitiré que un demente como vos siga campando a sus anchas en esta ciudad. Si no fuera por vuestro tío, que ejerció toda su influencia para salvaros, ya habríais sido expulsado de la Orden sin ningún miramiento.

Por toda respuesta Landa, apartó de un empujón a su superior poniéndolo contra la pared, a la vez que sacaba la credencial papal de debajo de su hábito.

—También sirvo al Papa —exclamó con arrogancia—, y ahora, apartaos de mi camino o el que viajará a España en el primer barco seréis vos.

Erasmo leyó el documento que Landa le mostraba con fiereza y cuando llegó a la firma y sello, se fue quedando blanco por momentos.

—Que el cielo nos asista si vos sois el enviado del sucesor de Pedro —añadió recompuesto y con una pizca de estima en su voz.

Cubrió su cabeza y desapareció sin decir palabra alguna. Bartolomé lo vio alejarse regocijándose de haber ganado otra batalla y de haberlo hecho en público y, además, demostrando

autoridad. Ya no quedaba nadie de importancia en la isla con intención de llevarle la contraria y, en aquel momento, se sintió tan imprescindible que se vio capaz de imponerle su presencia al mismísimo *Matamoros* en su misión de castigo, y ello sin necesidad de emplearse demasiado a fondo. Landa percibía que la gente le tenía animadversión y que no había nadie que buscara su compañía, lo que por otra parte no le importaba demasiado. Es cierto que se encontraba solo pero a la vez se sentía poderoso. Su acompañante se acercó entonces sumiso y cabizbajo.

—Mi querido Ramiro —Le dijo poniéndole las manos en los hombros—. Poco a poco vamos haciendo camino, aunque nos estemos creando enemigos. Pero no temas, Dios está con nosotros.

César Cuesta era un próspero encomiendador que se había hecho con una cantidad de tierras más que notable. Tenía un buen número de esclavos negros y de sirvientes indígenas. Viudo desde hacía dos años, no se prodigaba en actos sociales pero, al contrario que en anteriores ocasiones, sí que había acudido la víspera a la invitación del Gobernador Don Diego y no se arrepintió, ya que había partícipe de muchas nuevas y todas de gran importancia.

Que pocas horas después, dos desconocidos estuvieran preguntando por él en nombre de Miguel Álvarez, su gran amigo le extrañó sobremanera. Muchos acontecimientos en poco tiempo para un lugar donde habitualmente nunca pasaba nada. La carta de recomendación, que leyó con detenimiento en la entrada de su casa, no dejaba lugar a dudas, correspondía de puño y letra a su lejano amigo. Llegó a leerla hasta tres veces y por un momento tuvo que contener la congoja. En ocasiones añoraba España con más fuerza de lo que le hubiera gustado demostrar. En la carta que portaban los viajeros, se le pedía encarecidamente ayuda para encontrar al comerciante Luca Rinaldi. Por supuesto que iba a ayudarles, pero primero quería escuchar más noticias de España, de Sevilla, de su amigo y también la historia de los dos viajeros. Recibía pocas visitas y tenía intención de aprovechar aquella al máximo. Ordenó agasajar a sus invitados, una pareja vestida casi con harapos, pero en los que pudo apreciar un porte que hacía sospechar una procedencia distinta a la que ofrecían por su aspecto, y que todavía era más acentuado en el más joven. Los recién llegados

se asearon, descansaron del camino y tomaron un refrigerio, demasiado tardío para ser llamado cena pero, debido a que la pareja llevaba casi todo el día caminando, les reconfortó como el más grande de los festines. Una vez satisfechos y reposados, ordenó servirles el mejor de sus vinos. En su honor y en el de su amigo, a quien la visita había devuelto a su memoria, y se dispuso a iniciar una larga velada indicándoles que se acomodaran en unos placenteros sillones de piel, traídos desde Florencia y de exquisito diseño y factura.

Tras una charla banal acerca de negocios y de que Lucía y Antonio le hubieran puesto al corriente de sus asuntos en la isla, César Cuesta fue directamente al motivo de su visita.

—¡Así que venís recomendado por mi buen amigo! ¿Qué relación os une con él? —preguntó mirando fijamente a Lucía.

Mientras buscaba las palabras que responder, la joven cayó en la cuenta de cuan fornido era su anfitrión.

—Don Miguel es también amigo de mi padre —contestó sonriente Lucía—. Fue él quien nos habló de vos y sugirió que podríais ayudarnos en su búsqueda.

César dio un pequeño sorbo a su copa y una sonrisa de franca jovialidad se dibujó en sus labios.

—Y, ¿en qué podría un humilde colono como yo ayudaros?

—Las únicas noticias que tenemos de su paradero son que se internó en la selva y en dirección al ocaso, en pos de un gran lago por el que al parecer se interesó repetidamente, pero desconocemos si siguió algún camino en concreto o si, por el contrario, se abrió paso campo a través.

César Cuesta alzó unos segundos su copa y miró a la luz de las lámparas de aceite el contenido de la misma. El vino emitió por un instante un destello púrpura. Cuando volvió a hablar, su tono era lacónico y mortecino.

—Si tal y como decís se dirigió a esa zona de la isla, es probable que siguiese una senda paralela a la línea de la costa, que bordea las montañas por el sur, que es la ruta que yo mismo escogería, por ser la menos accidentada y la más rápida. Si vais a seguir sus pasos, os recomiendo que la toméis. Aunque nada nos garantiza que ese haya sido el camino elegido por vuestro padre.

Por otra parte, desconozco aquel extremo de la isla y me temo que nada sé respecto a lago alguno y ni siquiera si es ese el camino correcto para llegar a él en caso de que tal lago exista pero, cuando menos, os acercará a la zona.

—¿Es peligrosa esa ruta? —inquirió Antonio.

—Como ya sabréis se está preparando una operación de castigo contra el rebelde más célebre de la isla, Pedro Lobo, que hostiga al ejército sin parar. Se dice que las tropas que han llegado de España, son la élite del ejército y han venido con caballería y fuego de artillería. Al parecer nuestro rey se toma muy en serio sus fechorías. Van a cazarlo como a un conejo y siento tener que ser yo quien os informe de que las correrías de ese bandido, suelen tener como escenario precisamente la región que tenéis que atravesar y no quisiera que os encontrarais entonces allí, ya que promete ser una verdadera batalla en mitad de la selva. Por ello, os recomiendo encarecidamente os pongáis en marcha sin dilación y que viajéis lo más rápidamente posible. Alcanzar el extremo sur occidental de la isla no os tomará menos de dos o incluso tres semanas, si no os entretenéis. Aunque eso no garantiza que no os topéis con naturales hostiles. En muchos aspectos y pese al empeño de la Corona, esta isla sigue siendo un lugar salvaje e inexplorado. Aun así, todavía no me habéis dicho en qué más puedo ayudaros.

Antonio volvió a hablar.

—Desgraciadamente, nuestro viaje ha sido muy desafortunado y hemos perdido gran parte del equipaje y del dinero que llevábamos.

—¡Contad con todo ello!

—También necesitaremos monturas y un guía.

César Cuesta asintió.

—En honor a mi amistad con Miguel Álvarez y ahora con vosotros, dispondré lo necesario para que mañana a primera hora podáis salir con todo ello y pido a Dios que os ayude en el viaje y que encontréis a Luca Rinaldi con vida. Y ahora, y antes de que os retiréis a descansar, os ruego que me contéis más nuevas de España y de Sevilla si no os sentís demasiados cansados para ello.

La pareja aceptó de buena gana la invitación del colono y hasta bien entrada la madrugada, los tres conversaron con la mejor de las predisposiciones acerca de multitud de temas, de los más

importantes a los más banales. Cuando ya no pudieron más, se retiraron a la lujosa estancia dispuesta por su anfitrión para la ocasión, rodeados de una comodidad de la que carecían desde hacía muchas semanas.

Armand Batelier acababa de dar las últimas instrucciones a su segundo. Hacía un buen rato que *La Negra* había levado anclas y comenzado lentamente a poner proa a mar abierto. Todavía no era noche cerrada y la maniobra, peligrosa en grado sumo, finalizó sin una sola luz a bordo. Don Luis se sentía intranquilo. Armand se dirigió a estribor con una gran sonrisa pintada en su rostro.

—*Voila! Il est déjà fait!, monsieur Utrera* —dijo en un francés con marcado acento bretón.

—Como no me hables en cristiano… —gruñó el terrateniente.

—¡Perdón, Don Luis! La maniobra está hecha. Estamos en mar abierto y en el rumbo acordado, paralelo a la costa. Nadie nos ha visto.

—¡Os felicito entonces!

—Confío que con este viento llegaremos a la desembocadura del río dentro de cuatro días. Desde allí no sabemos hasta qué punto será navegable, cuanto habrá de recorrerse a pie y cuan penoso será el camino hasta el lago, si es que en verdad existe. Descansad hasta entonces pues, cuanto podáis.

El francés le guiñó el ojo mientras seguía con la mirada la silueta de Valeria golpeada por el viento.

A Utrera no le gustó el comentario, ni las confianzas que se estaba tomando, ni como miraba a Valeria. No le gustaba nada de aquel francés estirado, pero le necesitaba. En otras circunstancias nunca le hubiera permitido ni una sola de estas licencias, pero también sabía ser práctico cuando era necesario. Levantó la mano en dirección a Valeria a modo de seña y seguido por la mujer, abandonó la cubierta en dirección al camarote.

El día había amanecido nublado y plomizo y, bien entrada la mañana, unos oscuros nubarrones se habían situado en el horizonte amenazando tormenta. Sin embargo al atardecer, el cielo se abrió y el sol palidecía en el ocaso con un fulgor ambarino. La pareja se veía somnolienta, pues habían pasado casi toda la noche conversando con el colono. No partieron antes de que las primeras luces del día clareasen en levante tal y como hubieran preferido, puesto que hubiera sido una descortesía rechazar la invitación a almorzar de su anfitrión y en su lugar, hubieron de conformarse con emprender en marcha bien entrado el mediodía. Pero para su fortuna, y tal como era de esperar, la vuelta fue mucho más rápida y descansada. Regresar a Santo Domingo a lomos de las monturas les llevó mucho menos tiempo que a la ida. César Cuesta les había proporcionado cinco mulas, dos de las cuales, estaban repletas de provisiones. Un sirviente de confianza, un taíno llamado Eladio, les guiaba. Su intención era pernoctar en La Taberna del Gallo para poder despedirse de Páez y Teresa, y emprender la marcha al amanecer.

Lucía reflexionó sobre lo que habían sido los últimos tres días de su aventura. Había sido una gran suerte haber podido contar con la ayuda de aquél colono y le estaría eternamente agradecida por ello. Tanto a él como a Miguel Álvarez, a quien la providencia había querido poner en su camino.

Nada más enfilar la callejuela donde se alzaba la taberna, vislumbraron la figura de Páez en la puerta de la casa sentado en un poyo. En cuanto los vio, se incorporó como movido por un resorte y se dirigió a ellos visiblemente nervioso.

—¿Y esas caballerías? ¿Y quién es ese indio, *carallo*? —preguntó entornando los ojos.

—Es de confianza —respondió Lucía.

—Guardad las monturas en la cuadra. Ya habrá tiempo para dar explicaciones y entrad en la casa que hay nuevas —les apremió.

Antonio y Lucía obedecieron y desmontaron, dejando en manos de su nuevo guía la tarea de guardar las mulas, quien con la ayuda de Dimas se dirigió a la parte trasera de la casa. Páez,

visiblemente agitado les condujo al interior, mientras se frotaba las manos ansioso. El gallego era un manojo de nervios.

—Es otra vez ese maldito *Mochuelo* —dijo nada más entrar en la casa—. Os está buscando por toda la ciudad y no imagináis la que está organizando el muy bastardo. Le acompañan los soldados. No podéis seguir más tiempo aquí. Teresa se juega el cuello al ayudaros.

Le respondió Antonio, no en vano era el que estaba más preocupado.

—Nos iremos al amanecer. Ya sabemos dónde comenzar a buscar a Don Luca.

—Es un alivio para todos. Sois mis amigos y no os deseo nada malo, pero es un riesgo para vosotros y para Teresa que permanezcáis más tiempo en esta casa. Ese condenado cura podría llegar en cualquier momento.

—Lo sé, Páez —interrumpió Lucía—. Teresa y tú nos habéis sido de gran ayuda y sin vosotros nos hubiéramos visto perdidos en la ciudad. Si lo preferís buscaremos un lugar dónde pasar la noche.

El marino se pasó la mano por el mentón. Era la primera vez que su rostro parecía serio y que sus labios no dibujaban sonrisa alguna.

—No os buscará esta noche —dictaminó finalmente—. No se atrevería a tanto. No en un lugar como este. Pero mañana, nada más salir el sol, partiréis. Lo siento pero debe ser así y ahora, contadme quien es el rapaz y de dónde lo habéis sacado, a él y a las mulas.

Lucía le puso rápidamente en situación, dándole detalles de la reunión con César Cuesta y de la ayuda que les había prestado. Cuando concluyó su relato, el *negocio* estaba a punto de abrir sus puertas y tanto ella como Antonio se retiraron a su habitación discretamente.

El cansancio del viaje, que habían acumulado en sus cuerpos, fue un magnifico sedante y no tardaron en caer en un profundo sueño de que les despertó la voz de Páez entrando atropelladamente en la estancia tan solo un par de horas después.

—¡Deprisa! —vociferó nervioso—. ¡Tenéis que marcharos ya!

Lucía se desperezó como buenamente pudo y miró a través del ventanuco que se abría a la calle. La oscuridad que reinaba en el exterior y la premura con que el gallego les había despertado denotaban que, sin duda, algo grave sucedía.

—¿Qué sucede, gallego loco? —preguntó Antonio saltando del camastro— ¡Ni siquiera ha amanecido todavía!

—Es *El Mochuelo* —bramó. La pareja se miró con preocupación—. Está revisando la calle, casa por casa. ¡No tenéis tiempo que perder! ¡A fe mía que ese maldito cura hace honor a su mote, porque no ha esperado ni a la salida del sol para buscaros!

Bajaron a toda prisa a la planta baja y se toparon con Teresa a quien estuvieron a punto de lanzar escaleras abajo.

—Les entretendremos cuanto podamos —explicó. Daba la impresión de que aquella situación no hacía mella en su rostro y permanecía impasible mientras que, portando un farol, les guió hasta la puerta trasera—. Salid sin perder tiempo por la puerta de la cocina que da a las cuadras. Ya he dado orden a Dimas de que ensille vuestras monturas y que os espere con ellas al final de la calle. Eladio va con él. ¡Ah! y Páez os acompaña en vuestro viaje.

El gallego, al escuchar su nombre, se volvió de repente desconcertado.

—¿De qué diablos hablas, mujer? Yo me quedo contigo —atinó a decir.

—No. Tú te vas con ellos. Ese monje va acompañado de los alguaciles y harán sacar los papeles a todo aquel que encuentren en la calle o en la taberna…

—¡Yo me quedo contigo! —interrumpió testarudo el marinero.

—Piensa un poco, Páez —intervino Lucía—. Si tal y como dice Teresa, alguien te reconoce, al ver que procedemos del mismo barco, no tardaran en relacionarte con nosotros y te detendrán. ¡Es una locura que te quedes!

—Pero, ¿y tú? —preguntó el marino a Teresa.

—Yo sabré cuidar de mí misma como he hecho siempre.

El gallego se mesó con los cabellos con fuerza y suspiró profundamente.

—Regresaré en cuanto las aguas se calmen —accedió finalmente tomando las manos de Teresa en las suyas.

—Sé que volverás, gallego del demonio —bromeó la mujer.

Se besaron y Lucía sintió que se le partía el corazón al ver separarse a aquella extraña pareja.

Cruzaron la cuadra y accedieron al exterior al amparo de la noche. Eladio y Dimas les esperaban en el lugar convenido. Una vez se reunieron con ellos, el esclavo regresó con celeridad a la taberna. El joven taíno esbozó un gesto de fastidio al comprobar que la pareja se había convertido en trío. Estaba indignado.

—¡Don César decir que vosotros ser dos, con Eladio tres! Ahora ser cuatro, no ser lo que Don César decir —Se expresaba en un castellano bastante comprensible, mostrando sus dedos afilados para apuntar sus cuentas.

Lucía cayó en la cuenta de que aquellas eran, prácticamente, las primeras palabras que habían salido de su boca. Durante el viaje de regreso, se había limitado a asentir o negar con gestos y de mala gana a los requerimientos de la pareja.

—Ahora las cosas han cambiado —explicó Antonio—. Páez se viene con nosotros, y tú te quedas. Si vienes tú, no caben las provisiones. Mira —señaló a las monturas—, solo hay cinco mulas. Dos para las provisiones y tres para nosotros.

—Eladio ir —repitió obstinado el taíno.

Antonio se apresuró a hacerle comprender de nuevo, pero Lucía le interrumpió. A todas luces daba la impresión de que no cambiaría de idea por nada del mundo e intentar lo contrario, sería una pérdida de tiempo y, precisamente, no andaban sobrados de él.

—Es inútil, *tito*. Cuesta le ha ordenado que nos guíe y no entiende razón alguna. Se viene con nosotros.

—Este sabe de sobra que hay cinco mulas, que si viene él somos cuatro y que algunas de las provisiones tienen que quedarse en tierra, pero se hace el loco porque si vuelve sin cumplir su tarea recibe una somanta de palos —sentenció Antonio.

Lucía le puso una mano en el hombro al indígena y le miró a los ojos.

—Eladio, las cosas han cambiado, no podemos ir cuatro. Lo siento.

Por vez primera, Eladio pareció dar a entender que comprendía el problema y su rostro se iluminó.

—Eladio caminar. Eladio ir —dijo sonriente.

Y sin mediar palabra se cargó un fardo al hombro, cogió su vara en la mano y la mula que iba en cabeza le siguió obediente.

El grupo se miró atónito. La obstinación de aquel nativo les dejo perplejos.

—Lo consiguió —sentenció Páez socarrón—. Vendrá aunque sea a rastras. Las mulas se van con él, así que o le seguimos como ellas, o nos quedamos a esperar a nuestro amigo *El Mochuelo*.

—Maldita la gracia que le sacas a todo —gruñó Antonio montando en su mula.

—¡Antonio!, es mejor que venga. Habla el idioma de los taínos, no le importa ir andando y sabe que debe guiarnos. Vamos más seguros con él que sin él —zanjó Lucia.

—¡Pues que venga!, pero no perdamos más tiempo —bramó el calé y por fin el pequeño grupo se puso en marcha. Se alejaron a lomos de las mulas, mientras el sol comenzaba a adivinarse en el horizonte. A la vez, en las calles cercanas, el rumor de la *Santa Compaña* había atraído a los curiosos, que se arremolinaban en torno a la mancebía. Desde la distancia, Lucía barrió con la mirada lo que dejaban atrás y, entre la muchedumbre, le pareció distinguir la inconfundible figura del padre Landa embutida en su negro hábito. Sintió un escalofrío que no cesó hasta que el rumor se perdió tras ellos y Santo Domingo quedó a su espalda.

En el exterior el grupo de soldados puso orden rápidamente y bajo la amenaza de llevarse preso a cuanto alborotador pusiese en tela de juicio su autoridad, despejaron las callejuelas con una celeridad tal que, bien pronto, los curiosos abandonaban el lugar sin mascullar una sola queja.

Para entonces, el agustino se las había arreglado para incrementar el número de sus efectivos hasta sobrepasar la docena. Sin embargo, para los alguaciles y soldados que le acompañaban, aquellas acciones violaban la habitual convivencia de la ciudad, que hasta entonces no solo permitía sino que entendía *aquellos lugares* como necesarios para mantener el orden en la colonia. Pero desde la llegada de *El Real Ejército de Indias*, Santo Domingo estaba inmersa en un estado casi militar y no era el momento adecuado para dar una opinión contraria y, ni mucho menos, para protestar en voz alta. Así que se limitaron a obedecer a pies juntillas las órdenes de aquel escuálido agustino, siguiéndole en sus alocados desvaríos.

En no pocas ocasiones, aquellos hombres, habían tenido que comprobar los papeles de marineros, oficiales, colonos y gentilhombres, o simplemente conocidos suyos, en situaciones embarazosas, cuyo único delito era desear gozar de los placeres de la carne después de una agotadora travesía o una dura jornada de trabajo y aguantar sus airadas quejas y amenazas, sabiendo que, aunque cumplían con su deber, muy a su pesar, cuando aquel curilla abandonase Santo Domingo o cesase en su alocado empeño de *limpiar* la ciudad, aquellas incursiones les terminarían por pasar factura.

Tras la desbandada de los clientes, los soldados habían seguido la rutina que el monje se esmeraba en llevar a rajatabla en cada una de sus inesperadas *visitas*. Después de tomar por la fuerza la taberna y obligar a aquellos a los que el vino les había impedido huir a mostrar sus papeles, sus nombres pasaban a engrosar una lista que obraba en poder del agustino y que no sería hecha pública a cambio de información privilegiada o bien de una generosa contribución.

A las mujeres que allí eran halladas les deparaba, sin embargo, un trato diferente. Cuando el último cliente había salido al exterior, se les ordenaba formar una fila y allí mismo, una a una, Landa les sometía un breve interrogatorio tras el cual iba dictaminando la oportuna sentencia. Las más afortunadas saldaban sus pecados en prisión con una docena de varazos, incluso un par de chicas habían logrado librarse de tal castigo arrojándose a los pies del agustino suplicando clemencia, alegando en su defensa la necesidad de comer y de no tener marido, ni a nadie en la ciudad que pudiera mantenerlas. Pero las que no tenían, a los ojos del arbitrario monje erigido en juez, motivos que justificasen su modo de vida, eran arrojadas al calabozo sin contemplaciones. Entre aquellas pobres desdichadas, las preferencias de Landa a la hora de dictar los castigos más severos se centraban en las españolas, a quienes consideraba doblemente culpables por haber sido educadas en la fe cristiana, y que eran a quienes reservaba las sentencias más duras. Castigos que iban desde el corte de los cabellos y el cepo con aceite de ricino como medida purgadora, hasta la prisión por tiempo indeterminado o incluso la tortura.

Bartolomé se paseó a grandes zancadas por el interior de la mancebía como un pájaro de mal agüero. Sus huesudas manos a la espalda y el semblante constreñido en un rictus amargo le

conferían un aspecto grotesco a la tímida luz de las velas. Frente a él, las siete mujeres acusadas de practicar la prostitución formaban una ordenada hilera.

—¿Sabéis de que se os acusa? —bramó la voz del monje dirigiéndose a ellas.

El grupo de mujeres, casi al unísono, arqueó sus hombros enterrando avergonzadas en el pecho sus rostros. Tan solo Teresa lanzó una mirada desafiante al agustino mientras respondía.

—¿De ser buenas samaritanas con marineros necesitados y hombres de bien? —dijo socarronamente provocando las risas ahogadas de algunos soldados.

Los ojos de Landa se centraron en ella con inusitada fiereza. Dio un respingo y se plantó justo en frente de la mujer. Sus rostros estaban tan cerca que Teresa podía sentir el olor ocre y apergaminado del aliento del clérigo.

—¿Osáis llamaros samaritanas? ¿Cómo os atrevéis…?

—¿Cómo os atrevéis vos a entrar en mi casa y echar a patadas a mis huéspedes? —le interrumpió la mujer alzando la voz.

El grueso de los soldados murmuró por lo bajo.

—¿Acaso figuran entre *vuestros huéspedes*, tripulantes de alguno de los barcos que componían la flota que ha llegado de España al mando de Don Vicente Sotomayor? —preguntó remarcando cada una de sus palabras. Su tono, aunque henchido de furia, era razonablemente sosegado.

La mujer le miró sin pestañear y no relajó ni un ápice su arrogancia, ni el tono altanero al contestar.

—Por nuestra casa pasa mucha gente, y nosotras no preguntamos la procedencia de nadie.

—Os lo preguntaré de otra forma —interrumpió el monje— ¿Habéis dado posada a una pareja de marinos llegada hace unos días a puerto?

—Esta casa no es famosa por dar *posada* a nadie, sino por otros quehaceres más placenteros y mundanos —sonrió Teresa.

A sus espaldas el grueso de los soldados estalló en carcajadas. Durante unos instantes Landa dio la impresión de no saber qué hacer hasta que se repuso con aparentemente gran esfuerzo y estalló abofeteándola con saña. Un hilillo de sangre se escapó de los labios de Teresa trazando un arco escarlata a la luz de la vela.

—¡Se acabo! —gritó colérico—. ¡Llevaos a todas a prisión y que allí les enseñen a guardar respeto!

Los alguaciles se apresuraron a encadenar al grupo de mujeres y Landa se volvió de espaldas, sin dignarse a mirar de nuevo el rostro de aquella mujer insolente.

—¡Esperad! —gritó una de las mujeres.

Petra consiguió zafarse de sus captores y se dirigió hacia él de rodillas.

—¡Esperad! —repitió llegando a su altura y besando la fina y nervuda mano del monje—. Esos hombres que buscáis han estado aquí. Yo os contaré cuanto sé, pero no me llevéis a prisión.

El rostro de Teresa ardió de improviso y, de no haber sido por la oposición de un par de soldados, habría sido capaz de arrancarle los ojos a aquella traidora. Aun así, consiguió acercarse lo suficiente como para escupir a la que hasta esa noche había sido su empleada.

—¡Petra, eres una perra traidora! —gritó mientras los soldados se afanaban en reducirla.

—Ibas a dejarme fuera del negocio. Ayer mismo te lo escuché decir a ese gallego que te monta —se defendió la renegada.

—¡Basta! —rugió Landa—. Llevaos a las demás y aseguraos de que esa ramera —señaló con furia a Teresa— sea tratada con *los honores* que se merece hasta que yo llegue. Y decidle al carcelero que pagará con su vida si la pierde antes de que yo la interrogue.

Mientras veía alejarse a la comitiva, los ojos del agustino eran dos teas ardiendo con furia y sus labios se curvaron en una sonrisa demente.

A la mañana siguiente., Julián Lugón esperaba de pie pacientemente frente a la mesa en la que Don Vicente seguía royendo con desdén una pata de conejo. Con la mirada fija en los restos de su comida parecía sumido en su propio mundo. El lugarteniente se impacientaba pero sin atreverse a interrumpir y aguantó en esa pose unos minutos más. Finalmente tosió, atrayendo la atención de *Matamoros*.

—Esperaba recibir algo más que cuatrocientos hombres de armas y trescientos esclavos e indios del Gobernador —exclamó Sotomayor como haciéndole participe de sus pensamientos—. En honor a la verdad deseaba poder paliar la calidad con la cantidad. A todas luces el número es insuficiente.

—Al menos, mi señor, son hombres de armas y no aldeanos a los que les han puesto un peto. Lo cierto es que don Diego no dispone de un gran ejército en este momento, vos lo sabéis.

—Sin embargo, en el banquete que nos ofreció nada más llegar se le llenaba la boca con promesas. Los *Colones* son así: prometen y prometen, pero luego nada de nada. Ya me lo advirtieron. Aunque nunca creí que nos fuera a hacer falta echar mano de ellos con tanta urgencia.

—Esto es mejor que nada, mi señor. Además contamos con guías nativos y los animales de carga necesarios.

—Sí, pero faltan mis morteros y casi todos los caballos, y uno solo de los hombres que viajaban en el *Castilla* vale por todos estos isleños juntos —exclamó golpeando la mesa con ferocidad—. Aun así cumpliremos la misión ¡Vive Dios! ¿Cómo van los preparativos?

—Bien, en pocos días la tropa estará lista para partir.

—¿Y las carabelas?

—Ya están reparadas y están terminando de armarse. Estarán listas antes del alba, ¿ordenamos ya la partida?

—No. Esperaremos un poco. Han de ir coordinadas con nuestras tropas de tierra. Como sabes hay que coger a Lobo entre dos fuegos, el de las dos carabelas y el nuestro. Si se nos adelantan en demasía perderemos el elemento sorpresa y no sé si esos soldados estarán a la altura.

—No hay otra cosa, mi señor.

—Lo sé, amigo mío, pero lo haremos igualmente.

—Sería aconsejable que fijarais ya una fecha de partida, veréis… la tropa puede reblandecerse, las mujeres aquí son demasiado dulces.

—Decís bien, mi buen Lugón, y así se hará, al amanecer, dentro de diez días, partiremos con las tropas.

—¿Y las carabelas?

—Un día antes será suficiente. Mañana quiero ver aquí a los dos capitanes para darles las instrucciones y el rumbo. Habrán de dar un gran rodeo pero cogeremos a ese perro entre dos fuegos. Ni se lo imagina —sentenció satisfecho.

Sotomayor arrojó los restos a un lebrel que yacía bajo sus pies y que se afanó en devorarlos con ansiedad.

—Mi señor —balbuceó Lugón—. ¿Qué hay del *Castilla*?

Don Vicente pareció palidecer unos instantes. La perdida de la formidable nave y de su preciado cargamento era un obstáculo considerable.

—Juro que a mi regreso a España se lo haré pagar a los culpables, pero por ahora tan solo podemos seguir adelante y lo primero es la misión. Aun así, he dado instrucciones precisas para que la nao *Esperanza de Triana* inicie la búsqueda en cuanto termine de repararse. Pero me temo que con las mejores perspectivas y aun hallando el barco, cosa con la que ciertamente no cuento, para entonces, nosotros ya estaremos en la selva y no podremos servirnos de cuanto transporta.

—La *Esperanza de Triana* no es uno de nuestros barcos. No la tripulan soldados —sentenció el lugarteniente.

—¿Osará alguien llevarme la contraria?

Lugón sonrió con malicia. Después de cómo había solventado el incidente a bordo, la fama de Sotomayor había corrido por la isla como la pólvora y, por supuesto, ya no había nadie en la colonia dispuesto a contrariar sus órdenes.

—¡Y que hay de nuestro amigo *El Mochuelo*? —preguntó jovial *Matamoros*—. ¿Está lo suficientemente *entretenido*?

—Más que eso, diría yo. Además de las *procesiones* que ha protagonizado por la ciudad, esta misma noche ha detenido a unas putas que parece ser dieron posada a los dos fugados, de los que, por supuesto, no hay ni rastro en toda la ciudad. Pero, aun así, el cura se está empleando a fondo. Me sorprendió comprobar personalmente la buena mano que tiene para el potro. No se anda con contemplaciones y se está extralimitando en sus atribuciones. Se le dio la mano y se ha cogido el brazo. ¿Queréis ordenarle parar?

—¡Aquí nadie tortura sin mi permiso! —bramó el militar visiblemente irritado—. Aunque por otra parte, si así evitamos su presencia… Ese curilla no me da buena espina, Lugón. No me fío de él. Dejaremos que haga lo que quiera con las rameras y que siga entretenido, que algo me dice que, si no tenemos cuidado, se nos va a pegar como una pulga a un chucho.

Concluido el desayuno, Lugón se alejó del fuerte que hacia las veces de residencia de *Matamoros*, en dirección al puerto. Tenía órdenes que dar y mucho que hacer. El descanso había concluido.

Sin percatarse de ello, Bartolomé Landa se cruzó con él.

El agustino entró en la estancia sin llamar tomando por sorpresa a Vicente Sotomayor.

—¡Padre Landa! —exclamó el militar sin molestarse en disimular su fastidio—. Me disponía a salir.

—Os acompaño. Si no es molestia.

Poco después se encontraban caminando el uno junto al otro.

—¿Cómo van vuestras pesquisas? —preguntó Don Vicente sin demasiado interés.

—Bien y precisamente de eso venía a hablaros.

—Decid, pues. Os escucho —El Capitán se paró en seco. Deseaba acabar con aquella conversación cuanto antes.

—Como ya sabréis, he hecho detener a las rameras que dieron cobijo durante, al parecer, tres noches a los fugados. Por ellas he sabido que, al menos, les ayudó otro marinero.

—No podían haberlo hecho solos —razonó Sotomayor.

—Parece ser que se han internado en la selva y conozco la dirección que están siguiendo y, ¿sabéis?, coincide con la que al parecer tomaréis vos con el ejército.

El rostro del militar se contrajo en una mueca de sorpresa.

—No estéis sorprendido —prosiguió el agustino—, os escuché la confidencia la otra noche en presencia del Gobernador Don Diego.

—Es bueno saberlo. Pero no os preocupéis, daremos buena cuenta de ellos llegado el momento.

—Decís bien: *daremos*. Puesto que os acompañaré, ya que también me acomoda ese camino para mi misión en la isla.

Don Vicente esbozó un gesto de fastidio.

—Padre. No vamos de paseo. Es un viaje peligroso. ¡Vamos a batallar!

—No os esforcéis —interrumpió Landa—, no he venido hasta aquí, para ser amedrentado por la selva y sus peligros, y menos contando con vuestra protección.

—Agradezco vuestra ayuda a bordo de la nao, pero no puedo permitirme demora alguna. Ni por vos, ni por nadie. Tenemos una misión y me temo que podríais ser un impedimento.

Landa sonrió con sorna.

—Os sorprenderá saber que estoy acostumbrado a caminar por la selva tanto o mejor que vos. Hice algunos viajes por el interior, en mi anterior estancia en la isla, y puedo aseguraros que mis conocimientos sobre el terreno os serán muy útiles. Os garantizo que mi marcha no os retrasará, sin olvidar que dispondréis de mi guía y experiencia durante el viaje y sabiendo como sé, que Lobo es querido y casi venerado como un dios entre los nativos, no creo que os interese contar únicamente con la ayuda de guías taínos cuando os halléis en mitad de la jungla.

*Matamoros* tamborileo dubitativo sus dedos contra su barbilla, escupió y asintió con desgana.

—Si me retrasáis, juro que os abandonaré en mitad de la selva a vuestra suerte.

—Eso no ocurrirá.

Finalmente, el militar asintió. Hizo una somera reverencia y se alejó con aire marcial..

Landa sonrió para sus adentros. Había ganado aquel combate. Al dejar a Don Vicente sin argumentos se había *invitado* a la expedición militar. Miró alejarse al gran Capitán con una sonrisa de satisfacción en sus labios y se giró sobre sus talones, encaminándose en dirección a las mazmorras.

En el primer escalón que conducía a las celdas le esperaba el verdugo quien le recibió con un gesto de tensión pintado en su rostro.

—Padre —susurró—, dos de las putas han muerto durante la noche y la que se llama Teresa está agonizando. Tal vez debierais darle la extremaunción, porque no creo que dure demasiado.

—No debo malgastar en una bruja el poder de perdonar que me ha sido otorgado. Veamos si se le puede sacar alguna información de valor antes de que muera —contestó el clérigo ofendido.

—¡Pero si solo son unas putas! —trató de justificar el sorprendido verdugo.

Como respuesta  Landa le abofeteó con fiereza.

—¿Quieres ocupar su puesto? —bramó—. ¿Acaso te han embrujado? ¡Haz tu trabajo sin rechistar antes de que pierda la paciencia contigo!

El verdugo agachó la cabeza y le flanqueó el camino con una ostentosa reverencia.

Descendieron por las gastadas escaleras. El olor a humedad y sudor que impregnaba aquel lugar, se colaba por debajo de la casulla que Landa llevaba calada. Las lámparas de aceite que iluminaban precariamente los pasillos danzaban lúgubremente al pasar junto a ellas.

Alcanzaron la gran sala destinada a hacer confesar a los reos dónde la desventurada Teresa, amarrada aun al potro, guardaba su último aliento.

El verdugo se colocó en su posición habitual junto a la rueda que accionaba el mecanismo, esperando la orden, que no osaría contradecir, de aquel cruel agustino.

Bartolomé se acercó despacio a la mujer. Su cuerpo, poco decorosamente tapado con una sabana, dejaba ver los moratones y la sangre acumulada, que se concentraba en su abdomen y traspasaba el sudario. Respiraba con dificultad, emitiendo al hacerlo una especie de gemido sordo y metálico, y pequeños hilillos de sangre reseca colgaban desafiantes de la comisura de unos labios que una vez habían sido sugerentes. Sus ojos, uno de ellos cerrado a fuerza de golpes y convertido en una masa deforme, permanecían cerrados. La miró unos instantes con un gesto de falsa generosidad esculpido en su enjuto rostro y le susurró al oído.

—Yo puedo hacer que pare el dolor. Puedo hacer que sea fulminante y que dejes de sufrir. Solo dime, ¿dónde está tu hombre? Sé el camino que ha tomado, pero no el destino. Dímelo y será rápido.

La mujer le miró fijamente con el único ojo que recordaba levemente a un verdadero ojo humano. Se incorporó todo lo que le permitieron las ataduras y escupió en la cara del agustino.

—¡Vete al infierno, *curilla* de tres al cuarto! —dijo entonando una risa nerviosa.

El padre Landa, sin inmutarse, se limpió con la manga de su hábito la saliva que chorreaba por su mejilla, sonrió emitiendo un sonido gutural al hacerlo y ordenó al verdugo introducirle un

hierro hirviente por la vagina. El grito de la mujer sesgó el aire al sentir el metal en su interior. Un instante después cerraba sus ojos para siempre.

Antes de salir, Landa echó un último vistazo al cuerpo de aquella mujerzuela arrogante que se había permitido destinar su último aliento a despreciarle.

# 29

La selva, como una enorme maraña verdosa se extendía en toda su frondosidad donde quiera que posasen sus ojos. El olor acre y húmedo se arremolinaba a su alrededor con un abrazo pegajoso que les impedía respirar con normalidad. Enjambres de insectos, algunos tan grandes como un puño, zumbaban sobre sus cabezas y se posaban en sus cuerpos sudados, obligándoles a sacudírselos constantemente. Ese era el verdadero rostro de La Española, el que la ciudad enmascaraba con una falsa mueca de civilización, y que Lucía y sus acompañantes estaban comenzando a conocer con todo detalle. A lomos de su monturas, igualmente azuzadas por enjambres de insectos, el grupo se movía en fila de a uno con Eladio a la cabeza, seguido por Lucía y Páez. Antonio, de mal humor desde que dejaron atrás Santo Domingo, a consecuencia de las inclemencias de la selva, cerraba la comitiva. Precisamente de él provino el juramento que les hizo detenerse: acababa de caerse de su mula. Páez se apresuró a hacer un comentario jocoso mientras se recostaba en su montura, visiblemente divertido por la situación.

—¿Qué pasó, gitano? ¿La mula se cansó de llevar una carga tan inútil a cuestas?

—¡No me toques los cojones, gallego! —bramó el calé a la par que se limpiaba el polvo de sus ropas. Con el rostro adusto, reprendió a su montura con un juramento y se apresuró a subirse de nuevo con gesto decidido—. ¡Si este condenado animal vuelve a tirarme al suelo, juro que nos lo cenamos esta misma noche!

Apenas unos instantes antes, habían reemprendido la marcha tras una breve y frugal comida y ahora, cuando el sol comenzaba a alzarse en levante anunciando otra jornada de calor húmedo y pegajoso, la mula había vuelto a retomar sus nada comunes costumbres, que incluían desprenderse de la carga tras cada descanso.

Lucía se acercó a la pareja.

—¡Queréis dejar de discutir! —La muchacha señaló con su mano en dirección al este—. Eladio nos está haciendo señas desde lo alto de esa colina.

Y así era. Desde lo alto de un promontorio cercano, el joven taíno no paraba de gesticular con vehemencia agitando sus brazos e indicándoles con grandes y nerviosos aspavientos que se

acercaran. Ataron allí mismo a los animales y se reunieron con él. Desde aquélla posición elevada, se divisaba un valle flanqueado por altas montañas. La bruma que aun se mantenía aferrada a la vegetación dejaba, sin embargo, vislumbrar un pequeño río, paralelo al cual discurría perfectamente un sendero. El paso que con tanto ahínco llevaban dos días buscando.

—¡Por fin hemos encontrado el camino! Ya no nos retrasaremos más. —Lucía mostró su júbilo sin reparo alguno.

En los pocos días que habían discurrido desde su partida de Santo Domingo, la joven había asumido el papel de líder del pequeño grupo, pues Antonio se *conformaba* con su papel de valedor y Páez seguía como siempre, evitando tener que tomar decisiones, permitiéndose así chanza tras chanza. A su lado, Eladio no dejaba de señalar con gran nerviosismo. Lucía le dio una palmada en el hombro.

—Ya lo hemos visto, Eladio. ¡Déjalo ya!

Pero no era el camino lo que el taíno estaba señalando en aquel momento con tanto ímpetu. A sus pies, más allá de la espesura, una columna de humo azulado se alzaba hacía el cielo. No estaban solos. Se apresuraron a alejarse de aquel lugar desde el que cualquiera podría ver su posición, pero no hubo tiempo de llegar a sus monturas. Saliendo de entre la espesura, cinco hombres armados habían ido rodeando en silencio al pequeño grupo, y ahora, apuntándoles con sus ballestas les indicaban, sin el menor reparo, que permanecieran inmóviles. Antonio instintivamente se interpuso entre Lucía y dos de ellos, a la vez que se llevó la mano a su machete.

—¡Yo no lo haría, moreno!

Una voz grave resonó entre unas rocas cercanas.

Todas las miradas se dirigieron allí. Un hombre se adelantó, espada en mano, en dirección a Antonio y Lucía. Se detuvo a dos metros del gitano y volvió a hablar.

—Quiero que tiréis al suelo todas las armas, ahora mismo.

El hierro estaba a menos de un palmo de la cara de Antonio. Lucía le dio un codazo.

—Haz lo que dice. No tenemos elección.

Una tras otra, las armas comenzaron a caer sobre la tupida hierba. Después, el hombre, espada en ristre, les hizo retroceder agrupándolos. Lucía examinó al desconocido con atención. Era

más bien bajo y entrado en carnes, aunque sus brazos desnudos mostraban una buena musculatura, la barba era de varios días y una gran calvicie asomaba en su pulida cabeza. Pero lo que más llamaba la atención era su voz, su potente y grave voz.

—Y ahora, contestadme. ¿Quiénes sois y que hacéis aquí?

Lucía contestó en nombre de todos.

—Somos viajeros. Venimos de Sevilla buscando a mi padre que se internó en está selva hace tres años y aquí desapareció —Lucía le miró a los ojos—. Y no tenemos dinero —mintió.

—¿Selva? —Soltó una carcajada—. Esto todavía no son sino matorrales. Y no es vuestro oro lo que buscamos, no somos bandidos. Solo tomamos el dinero de la Corona, no el de los paisanos.

Les miró con un gesto de desconfianza y se dirigió a Antonio a quien se aproximó con curiosidad.

—¡Tu eres gitano! —sentenció—. Puedes ir vestido de lo que quieras y como quieras, pero tu eres gitano. —No esperó respuesta alguna y siguió hablando—: Menuda *procesión* tenéis montada aquí: un mocito, un gitano, un indio y…

—Te haces viejo, Otilio —sentenció jocoso el gallego de improviso—. Has perdido facultades si ya no conoces ni a tus camaradas. Hace dos días que os vengo siguiendo el rastro por esta selva del carajo y ni nos olisteis hasta ahora.

El tal Otilio aguzó su mirada tratando de reconocer a su interlocutor. Dio un respingo y llevándose la mano a la cabeza exclamó:

—¿Páez?, ¿Páez?, pero… ¿eres tú? ¡Voto a tal! ¿Qué haces tú aquí, gallego loco?

—¿Y tú? ¿Qué haces tú aquí blandiendo la espada ante nosotros como si fueras un alguacil del rey? —contestó sonriente el marinero.

—¡Maldito gallego!, siempre contestando a una pregunta con otra. ¡Yo he preguntado primero! —El hombre envainó la espada y dio un paso decidido en dirección al marinero, sonriendo.

—Acompaño a este chico y a su tío. Cómo te ha dicho, estamos buscando a su padre.

—¿Son amigos tuyos? —preguntó dirigiéndose al grupo.

—Lo son —sentenció el marino.

Otilio, que era quien aparentemente se hallaba al mando de aquel grupo, se dirigió a sus hombres.

—Bajad las armas, los amigos de Páez también son amigos nuestros.

Se encaminó con grandes zancadas en dirección al marinero mostrando una amplia y distendida sonrisa y se abrazó a él con efusividad.

Lucía y Antonio no daban crédito a lo que estaba pasando ante sus ojos y se miraron intercambiando una mirada de duda. ¿Les había traicionado Páez? ¿Les había encaminado con engaños hasta unos forajidos? Pero no. Páez no podía ser esa clase de hombre pero, si no eran bandidos, ¿qué eran? Lucía miró fijamente al gallego.

—Páez, ¿qué está pasando aquí? ¿Quiénes son estos hombres y porque nos has conducido hacia ellos?

—Todo a su tiempo, rapaz —dijo como única respuesta el gallego.

Otilio se atusó lentamente el pelo de las sienes y se tomó la libertad de contestar a la pregunta de la muchacha con la mayor dignidad posible.

—Somos de *La Manada*.

Lucía y Antonio apenas habían tenido tiempo de informarse desde que llegaron a la isla pero aun así tenían una vaga idea.

—¿El grupo de Pedro Lobo?

Otilio asintió con orgullo, alzando su mandíbula hasta casi colocarla en posición vertical.

—Bien —exclamó Otilio de sopetón—. Ahora nos dirigiremos a nuestro campamento. Allí conoceréis a Lobo. Seguidnos.

No daba la impresión de que aquella fuera una invitación a acompañarles, más bien era una orden y pese a la nueva situación, no se encontraban en disposición de negarse.

—¡Podéis confiar en ellos! —dijo el gallego esbozando una sonrisa a la par que seguía los pasos de los rebeldes.

—¿Y en ti? ¿Podemos confiar en ti? —le espetó Antonio.

Por toda respuesta el gallego le sonrió, a la vez que señaló con una teatral reverencia el lugar dónde esperaban sus monturas.

Eladio, ajeno a la escena que se desarrollaba ante sus ojos e igualmente confuso por lo sucedido, reclamó la atención del grupo con una apreciación inocente.

—¿Qué pasar con mí? Eso no ser lo que Don César decir.

Páez se adelantó a las preguntas de su camarada:

—Él no pinta nada en esto y no sabe nada que pudiera comprometernos. Ha cumplido su misión así que dejad que se vaya. Es listo este rapaz. Mantendrá la boca cerrada.

Como si quisiera apuntar las palabras del marino, el muchacho hizo ostensibles aspavientos a la par que asentía con vehemencia. Instantes después se alejó con celeridad, tomando el camino de regreso y sin volver la vista atrás.

Lucía y Antonio se miraron con resignación y se apresuraron a seguir a la comitiva. Volvieron a montar las mulas y se pusieron en marcha, desviándose del camino que con tanto ahínco habían buscado desde que salieron de la ciudad, pero no tenían otra salida que no pasara por confiar en el gallego y seguir a aquel grupo de forajidos. Otilio se situó en cabeza de la comitiva y Páez se instaló a su altura. Los dos hombres no dejaban de hablar ni un solo instante. Por lo que Lucia pudo oír, habían sido camaradas en algún momento del pasado y se les veía encantados con el reencuentro, reían y bromeaban de buen grado, como si en lugar de caminar entre la densa y salvaje vegetación de aquella tierra dejada de la mano de Dios, lo estuvieran haciendo por una calle de la mismísima Sevilla o de Santo Domingo. El resto del grupo viajaba en silencio. Dos de los hombres de *La Manada* cerraban la marcha con aparente calma, pero sus ballestas seguían cargadas.

A medida que el grupo avanzaba, otros nuevos miembros de *La Manada* fueron incorporándose silenciosamente a la comitiva y cerca del atardecer, el cortejo ya estaba formado por casi una docena de *soldados* de Lobo. Estaba claro que de haberse resistido, aquellos hombres escondidos entre los árboles y que ahora se acercaban a mirarles con curiosidad, les habrían cazado como a conejos.

Hernando Sánchez dio la señal. Hacía un instante que su mirada cómplice se había cruzado con la de Estanislao Ferreira, oficial al mando de las tropas del *Castilla*, y las culebrinas comenzaron a tronar con estruendo. Las treinta piezas del carabelón, disparando a la vez, eran un impresionante y sobrecogedor espectáculo. El piloto había conseguido salvar milagrosamente el inmenso barco y su valioso contenido: ciento diez de los mejores soldados del ejército castellano, escogidos personalmente por el propio *Matamoros* con todos sus oficiales, ochenta marineros y veinticuatro de los treinta caballos de batalla que transportaban, todas las piezas de artillería, incluidos los seis grandes morteros, fabricados especialmente para *Matamoros* y para aquella misión, y toda la munición y la pólvora, además de otras armas y pertrechos. Y eso merecía una celebración por todo lo alto.

Tras los enfrentamientos de los primeros días entre militar y marino, se podría decir que habían llegado a hacerse amigos. Una amistad que brotaba de la desesperación y que nacía del respeto del uno hacia el otro. Pese a todas las adversidades, los dos habían cumplido su cometido y por ello se sentían inmensamente satisfechos. Para ambos, la visión de la costa y el vuelo de las gaviotas acompañando al barco eran la sensación más placentera imaginable.

Acaban de despachar con don Álvaro de Roa, el veedor del *Castilla*, que les había informado del recuento final de bajas de la travesía. Eran veinte hombres, entre muertos y heridos. Sánchez despidió al funcionario con una reverencia y miró a proa.

—Podía haber sido peor —murmuró poniendo su mano a modo de visera.

Ferreira, a su izquierda, se apoyó despreocupadamente en la barandilla mirando también complacido al horizonte.

—Si os soy sincero, no creí poder lograrlo —dijo sin reprimir una sonrisa forzada.

—Yo tampoco —rió entre dientes—. Yo tampoco.

En cubierta, y pese a que las tareas habían devuelto el navío a la normalidad, reinaba un aire festivo que había comenzado la víspera con el avistamiento de tierra firme. Pero en realidad, echando la vista atrás, aquella alegría se remontaba al instante en que la primera ráfaga de aire había hinchado las velas cinco días atrás, arrancándoles de aquella calma mortal que les había envuelto tras la tempestad.

—Con este viento, pisaremos tierra firme hoy mismo —afirmó orgulloso el piloto.

—Parece que por fin dejamos atrás esta pesadilla —añadió el militar sonriendo al cielo.

—Decís bien pero, por lo que sé de vuestra misión y lo que conozco de la isla, vuestra pesadilla no ha hecho sino comenzar.

—Os equivocáis, será un paseo.

Hernando sabía muy bien que perseguir al ejército *fantasma* de Lobo por la selva, arrastrando tanto material pesado entre árboles que no dejaban filtrar la luz y rodeados de nubes de mosquitos, no sería precisamente un paseo, pero no dijo nada. No quería indisponerse con el ejército ahora que el contrato que les unía estaba a punto de concluir. Por otra parte, el carácter presuntuoso de aquel oficial le estaba revelando su ignorancia en lo que concernía al territorio que tenían delante. Carencia que, la isla en general y la selva en particular, se encargarían de remediar en cuestión de pocos días. Sánchez sonrió para sus adentros.

Se había agotado toda la madera de reserva para reparaciones, la que habían podido reciclar de los restos de la tempestad e incluso la procedente de los barandados de las cubiertas, que con tal fin habían sido arrancados. Aquel inmerso barco, parecía el esqueleto de una inmensa ballena surgiendo del fondo del mar a punto de expirar, pero las vías de agua habían sido taponadas y el *Castilla* había logrado navegar de nuevo. Sánchez había cumplido y Ferreira estaba tan agotado como ansioso, por llegar a puerto de una vez por todas.

Vicente Sotomayor y Diego Colón también habían escuchando las detonaciones y sin apenas tiempo de hablar, se dirigieron raudos a la azotea del Alcázar. Hasta ese momento, ambos habían estado despachando con Don Juan Martín De la Orden, ultimando los detalles de cómo se repondría el maltrecho ejército y podría ser financiado el enorme gasto extra por parte del Tesoro. Eran una decena los días que habían pasado desde la llegada de la flotilla a puerto y ya se había dado al *Castilla* por perdido. La magnífica construcción tenía una incomparable panorámica del río Ozama y desde allí, los tres mandatarios estaban disfrutando del inesperado espectáculo. Una vez traspasada la desembocadura, el carabelón comenzó a recorrer el río en dirección al puerto.

Las piezas de artillería habían comenzado a responder también desde tierra a las salvas del barco, por lo que el estruendo era ensordecedor y el júbilo general. Todo estaba envuelto en una inmensa nube de pólvora y medio ejército se hallaba ya jaleando al inmerso barco, que poco a poco fue acercándose a tierra firme.

Pese a que hasta aquel momento no había podido ver la silueta del *Castilla*, no así la inmensa nube de humo, Sotomayor sonrió abiertamente mientras Diego Colón le felicitó efusivamente:

—Nunca lo habría dicho pero, ¡qué diablos! ¡Han sobrevivido!

—El bueno de Ferreira lo ha conseguido —exclamó satisfecho el militar—. Volvemos a estar en la mejor disposición para cumplir nuestro deber.

—Todavía no sabemos en qué estado se hallan los pertrechos —dictamino el Gobernador con precaución.

—Pues está claro que la pólvora no se ha mojado —espetó el soldado con sorna.

—No quería aguar la fiesta, disculpadme.

—No lo conseguiríais, Don Diego —fanfarroneó Sotomayor—. Ahora, la moral de la tropa estará más alta que nunca y muy pronto estaremos preparados para dar caza a Lobo. ¡Por fin podré cumplir mi misión a mi manera!

Don Vicente estaba visiblemente emocionado.

—Otra vez os felicito —claudicó el Gobernador sabedor de su papel de mera comparsa en aquel baile.

La silueta del barco se diferenciaba ya con toda claridad, los pendones se distinguían sin esfuerzo y se veían hombres en cubierta agitando con fuerza los brazos. Las tres personalidades se dirigieron a buen paso hacia los muelles para recibirles como héroes. Por el camino Don Juan Martín quiso entablar conversación y preguntó a *Matamoros*:

—Por cierto, Don Vicente, ¿qué fue del Padre Landa, el sacerdote?

—¡Ah sí, el frey! Se unirá a nuestra expedición, así viajará protegido, como sabéis tiene la encomienda de buscar emplazamiento para un convento de su Orden en el interior de la isla y la selva puede ser muy peligrosa.

Siguieron avanzando en dirección al muelle entre los vítores de la tropa que se arremolinaba en las inmediaciones.

—¿Y que hay de los dos fugitivos? —preguntó el funcionario—. ¿Conseguisteis capturarlos?

Por toda respuesta, la mirada de *Matamoros* atravesó al tesorero. De la Orden se dio cuenta, tarde, de qué aquel era un tema que no debía haber expuesto al iracundo militar. Estaba del todo incómodo. No sabía cómo pero sentía la urgente necesidad de desaparecer de allí.

—Os ruego me excuséis. Debo volver a mis aposentos, pues me empiezo a encontrar nuevamente indispuesto. Y en honor a la verdad este es más lugar más gente de armas, que para un humilde funcionario. Por favor, presentad mis respetos a esos valientes en mi nombre.

Tras una torpe reverencia, volvió sobre sus pasos sin parar de sudar. No se sentía capaz de soportar un enfrentamiento con *Matamoros* y estaba deseando que este empezara su misión para perderlo de vista de Santo Domingo de una vez. Además, dadas las nuevas, seguro que ahora no habría asunto alguno que despachar con él, de lo cual se alegraba enormemente.

Tal y como el tal Otilio les había anunciado, ni siquiera habían comenzado a conocer la verdadera selva. Una vez el grupo se internó en el interior abandonando la seguridad del sendero, la autentica frondosidad y exuberancia de la isla les envolvió como un inmenso mar esmeralda. De no haber sido por los ojos experimentados que les guiaban, habrían estado condenados irremediablemente a vagar entre la inmensa espesura que les envolvía desafiante.

El viaje transcurrió en calma entre inmensos árboles, que bien poco o nada dejaban filtrar la luz del sol, y pequeños claros dónde la bruma les envolvía con su azulado, denso y húmedo abrazo. En numerosas ocasiones hubieron de desmontar de las mulas debido a la inhóspita vegetación. Hacia la caída del sol, en fila de a uno, allí dónde la selva les obligaba y con un gran esfuerzo, consiguieron llegar a un claro del bosque en cuyo centro se había erigido un campamento de gran tamaño. Habían llegado al cuartel general del forajido más buscado por la Corona castellana.

Dejaron atrás las mulas y la comitiva, encabezada por Otilio, desfiló en silencio atravesando el poblado, aparentemente, en dirección a la choza situada en el centro. Ante la sorpresa de Lucia, no solo había europeos, sino que docenas de indígenas, tanto mujeres como niños, se iban situando a los lados, observando con curiosidad a los intrusos, incluso alcanzó a ver a un par de negros. El poblado estaba construido en forma circular, seguramente para mejor defensa en caso de ataque, aunque todo parecía tosco y rudimentario, lo que daba idea de la transitoriedad de aquel asentamiento que sin duda, hubiera podido pasar sin dificultad por un poblado taíno. Para cuando llegaron a la altura de la choza que se erguía en el centro, el grupo de curiosos que les rodeaba se había duplicado. De la choza salió un hombre. Los invitados no tardaron en entender que se hallaban frente al mismísimo Pedro Lobo.

—¿Qué es esto, Otilio? ¿Qué me traes?

—Viajeros, Pedro, y un antiguo camarada al que sin duda te alegrará ver de nuevo. Pero que te cuenten ellos su historia.

Pedro Lobo se paseó frente a ellos con las manos en la espalda. Examinó durante unos instantes con sus enormes ojos oscuros a cada uno de ellos y finalmente sonrió mostrando una hilera de dientes extrañamente blancos y sanos para tratarse de un soldado de una cierta edad.

—¡Viajeros! —bramó con gravedad—. ¡Que me aspen si he visto grupo de viajeros más extraño que este en toda mi vida!

Su mirada se posó un instante en Lucía. La joven sintió un profundo deseo de apartarla, pero se obligó a mantenerla clavada. Se hallaba frente al famoso bandido de quien no había dejado de oír hablar desde que llegó a La Española y no estaba dispuesta a permitirse un gesto de fragilidad, y menos en aquel crucial momento; así que tragó saliva y examinó la figura del famoso proscrito.

Era ciertamente alto y poco entrado en carnes, con el rostro anguloso y muy marcado, sobre el que destacaba una gran nariz aguileña, pese a todo sin desencajar en el conjunto. El pelo castaño y ensortijado, caía generosamente sobre sus hombros y, una ancha y huesuda frente le daban un aspecto ciertamente distinguido. Se le podría considerar *agraciado* pese a su aspecto desaliñado. La muchacha intuyó un pasado noble, o cuando menos una cierta hidalguía, ya que el porte, arrogante

y altanero, así se lo sugería. De cualquier modo, en ningún caso podría confundírsele con un mendigo a pesar de sus ropas roídas.

—Y a ti, Páez —La voz de Lobo la sacó de su ensimismamiento—. ¿Qué te une a estos hombres?

—Es una larga historia, *señor*.

Páez, quien apoyó sus palabras con una pomposa reverencia que provocó la risa de algunos de los curiosos que observaban la escena, se abrazó a Pedro.

—¡Viejo zorro! —dijo este—. Tienes muchas cosas que contarme.

Se alejó unos pasos de ellos y pareció sopesar unos instantes que hacer con aquella extraña pareja. Finalmente su voz tronó con fuerza:

—¡Que no se diga que los hombres y mujeres de *La Manada* no son corteses con sus invitados. Dejad que se aseen y que descansen y traedlos después para que cenen con nosotros.

Tal y como Lobo hubo ordenado, el trío fue acompañado al interior de una choza dónde tras lavarse pudieron descansar. No obstante, un hombre armado hacía guardia junto a la puerta.

—En buen lío nos has metido, gallego —le reprochó Antonio en cuanto se quedaron solos.

—¡Calla, gitano! Y da por seguro que la compañía de estos hombres es mejor que cualquier otra que hubiésemos podido encontrar en la selva. ¿Acaso crees que no estaba previsto?

—Pero, ¿qué dices? —gruñó el calé agarrándole por la pechera de la camisa—. ¡Son forajidos, bandidos, perseguidos por la Corona! ¡Y tú nos has traído a su campamento con engaños!

Lucía se interpuso entre ellos. No eran menos de media docena las veces en las que había debido repetir ese gesto desde su partida de Santo Domingo pero, en aquella ocasión había algo en la mirada de Antonio ardiendo con tal fuerza que temía no poder apaciguarlo.

—¡Basta! —dijo en tono quedo, dirigiéndose directamente al calé—. A mí tampoco me agrada la idea de compartir mesa con unos renegados, pero no tenemos otra opción. Si Páez nos ha traído hasta aquí tendrá sus motivos. Hasta ahora ha demostrado ser leal. Será mejor aceptar su hospitalidad y marchar en cuanto se nos permita.

Páez prorrumpió en risas. Realmente, disfrutaba sacando a Antonio de sus casillas. Hizo una de sus reverencias para apoyar sus palabras.

—¿Lo veis, gitano? Vuestra sobrina tiene más sesera que vos —A continuación su tono de voz adquirió un matiz serio—. Ahora disponeros a acompañarnos en la mesa. Os aseguro que no tenéis nada que temer de ellos. Ni tampoco de mí.

Tras el pequeño receso fueron escoltados de nuevo hasta la choza principal, donde se les hizo pasar al interior. Ya dentro, Pedro se hallaba, además de con Otilio, acompañado de otros hombres, incluyendo dos indígenas vestidos como europeos, y que Lucía imaginó eran hombres de su confianza, y que tendrían de desempeñar algún tipo de cargo en aquel *ejército* al margen de la ley. Todos los presentes se fueron sentando en unas rudimentarias bancas corridas.

Al gallego se le reservó el lugar más cercano a Lobo, lo cual ponía de manifiesto la buena relación que existía entre ambos. A partir de aquel instante se les fueron sirviendo tiras de carne adobada y algunas viandas sin cocinar; principalmente queso, frutas y algunas raíces y poco después, un fuerte aguardiente. Más tarde, aquel heterogéneo grupo se sumió en una conversación que parecía tener a Páez como centro de atención. Durante la misma, Lucia pudo escuchar como el marinero daba amplios detalles de la expedición militar con la que los tres habían compartido viaje. La pareja, relegada a un segundo plano, se entregó a la comida que se le ofrecía, sin despegar los labios.

Un nudo en el estómago impedía a la joven disfrutar de la cena. No podía apartar de su cabeza que, de haber confiado en la persona equivocada, ahora podrían estar muertos. Sumida en aquella desazón, de la que no podía hacer partícipe a Antonio por temor a que complicase aun más las cosas, se limitó a observar a su alrededor. Su mirada se cruzó con la de Pedro Lobo un instante, sintió una extraña mezcla de sentimientos, una confusa e inexplicable sensación de repulsa, a la vez que una cierta fascinación hacia aquel hombre. La luz serena y salvaje que irradiaban aquellos ojos oscuros le hizo comprender, a pesar de la fama de asesino y renegado, porqué hombres como Páez le eran tan fieles. Incluso ella podría en un momento dado… Se asustó de la idea que acababa de tener, la apartó al instante de su cabeza y se dedicó a escuchar y a intentar comprender durante el resto de la cena.

A medida que la velada fue avanzando y el aguardiente desataba las lenguas, Lucía averiguó que el gallego era una especie de espía de aquel grupo de forajidos y que su presencia en uno de los barcos que transportaban al ejército destinado a acabar con *La Manada* no era algo casual. Los datos que el gallego iba desgranando, las fieles descripciones sobre los barcos, el armamento y los efectivos del ejército, le hicieron comprender que la labor de aquel, aparentemente inocente y excéntrico marinero, no era otra que la de recabar información. Con todo aquello, poco a poco, un amargo sentimiento de desasosiego se fue apoderando de ella, mientras Páez, jovial, siguió dando detalle tras detalle de lo que había visto durante semanas. La muchacha cayó en la cuenta de que de haberse equivocado con él, habría puesto en riesgo tanto su vida como la de Antonio, pero aun así, seguía confiando en su instinto y en aquel peculiar marinero, que estaba claro que en realidad, era alguien mucho más importante de lo que había estado aparentando hasta el momento. No obstante, se prometió a sí misma no volver a afrontar tantos riesgos en lo sucesivo. Era una mujer que maduraba deprisa en un mundo de hombres y esa era una apreciación que ya no debía olvidar, por su seguridad y la de los que le rodeaban.

Aguzó su oído, tratando de escuchar y de aprender cuanto podía mientras Antonio, ya más animado por la bebida, había comenzado a confraternizar con Otilio.

Lugón, esperó pacientemente a que *Matamoros* le comunicará sus órdenes. Guardaba silencio con el gesto severo. Estaba acostumbrado. Conocía a su superior demasiado bien para saber que cuando se ponían en marcha los mecanismos en el interior de su cabeza, nada ni nadie debía interrumpir su ensimismamiento.

Don Vicente jugó distraídamente con la empuñadura de una daga veneciana, y miró fijamente a través del cristal de su copa de vino. El color carmesí del líquido se reflejó en el férreo rostro del Capitán. Había terminado de comer pero los platos aún seguían sobre la mesa.

—¡Al menos una semana más para tener todo el ejército a punto! —rugió Sotomayor.

Era la señal, Lugón podía empezar a hablar.

—Como poco, mi señor. Sin contar lo que pueda costar que se repongan los hombres enfermos del *Castilla*. Pero aun así la fortuna nos ha sonreído trayendo a puerto el barco perdido.

—Debemos mover pieza ahora o no quedará de Lobo ni una sombra que buscar —espetó Don Vicente sin hacer caso de las observaciones de su lugarteniente.

—No le sorprenderemos y menos en su terreno.

—No es así como pienso vencerle.

—Entonces, ¿qué más nos da una o dos semanas más de espera?

—Sé de sobra que los infantes han de tardar en salir con la artillería, amigo mío.

—¿Entonces?

Lugón confiaba ciegamente en la capacidad táctica de su superior. Si algo le había demostrado la experiencia a su lado era que tenía un sexto sentido para la batalla y, a buen seguro, la nueva estrategia que había tramado en su cabeza iba a ser sin duda brillante.

—La llegada del *Castilla* ha trastocado nuestros planes… pero para bien.

—Como sabéis, las carabelas están preparadas hace días, solo falta acarrear del *Castilla* los morteros y la metralla. Mañana estará todo cargado.

—Ha llegado el momento de ponernos en marcha, las carabelas saldrán mañana por la noche y sin echar bando. Partirán hacía poniente, hasta la desembocadura del río Yaque y que una vez allí lo remontarán hasta alcanzar la posición acordada. Así los artilleros tendrán tiempo de sobra para instalar los morteros. Será nuestra mejor baza. Cogeremos a Lobo entre dos fuegos.

—Reúne a todos los oficiales y también a los dos pilotos. Los quiero a todos aquí antes de lo que me cueste acabar esta copa de vino.

—Se hará como decís —respondió Lugón a la vez que hacía una reverencia y abandonaba la habitación con premura.

Acababa de ponerse el sol. Discretamente, todos los oficiales y pilotos de *El Real Ejército de Indias* fueron acudiendo sin llamar la atención. Estanislao Ferreira había sido el último en entrar. Tras él, la puerta fue atrancada. Dos hombres montaban guardia en el exterior. *Matamoros* no quería ser molestado. Una gran estancia en el segundo piso, habitualmente dedicada a sala de mapas, fue el

lugar elegido para la reunión. Un inmenso plano de la isla descansaba sobre la imponente mesa. *Matamoros* había optado por reunir a sus oficiales en un lugar discreto, alejado del palacio del Gobernador y de su influencia. Desconfiaba de él y no lo quería cerca.

Vicente Sotomayor sonrió complacido. La inesperada llegada del *Castilla* había sido el golpe de efecto que necesitaba para tomar definitivamente las riendas y se sentía más fuerte que nunca. Sentado en la cabeza de la mesa, fue observando a sus hombres con un gesto de triunfo dibujado en su rostro.

—Ni que decir tiene, amigos míos que, ni esta reunión ni los detalles que aquí se traten, han de salir de estas paredes —dijo apoyando sus manos sobre la mesa.

*Matamoros* fue sosteniendo la mirada, uno tras otro, a todos los presentes. Los conocía bien. Había escogido cuidadosamente a cada uno de ellos. Los oficiales estaban repartidos alrededor de la mesa y cada uno de ellos había llegado allí con un cometido concreto.

—Casi todos los presentes os conocéis —prosiguió—, y todos tenéis una encomienda, y la suma de todas no puede ser otra que la victoria. Como sabéis, nuestra misión es atrapar a un renegado: Pedro Lobo. Antes tenía un nombre cristiano pero lo perdió al desertar. Así fue como se condenó y con él, a los que le siguieron. El mismo rey don Fernando en persona me ha encomendado capturar, si es posible vivo, a Lobo y a su camarilla y enviarlos cargados de grilletes a España donde recibirán justicia de horca. Nada se me ha dicho sobre qué hacer con el resto de su gente. Tengo carta blanca para cumplir la voluntad del rey como yo quiera, y yo os digo que nada nos detendrá, ni se tendrá piedad de hombre, mujer o niño que le siga. Quien nos ayude a prenderle salvará su vida y quien siga al lado de su jefe correrá su suerte. ¡Lugón!

El lugarteniente tomó la palabra.

—La última vez que se ha visto a los rebeldes, atacaron un destacamento de regulares, en la orilla del río Yaque, aquí en el sudoeste.

Lugón señaló el mapa con la punta de su daga.

—Mataron a casi todos los soldados. Robaron cuanto quisieron y desaparecieron en la selva, como carroñeros.

*Matamoros* interrumpió a su segundo.

—Es a nuestro rey al que roban —añadió con fiereza—. No lo olvidéis.

—Tenemos motivos —reanudo su discurso Lugón—, para creer que tienen un campamento no muy lejos de allí. En el último año han atacado tres veces a menos de cuatro leguas de ese lugar, incluso, en una ocasión, capturaron una pequeña embarcación de costa, que a buen seguro tendrán oculta en algún lugar del mismo río o como mucho de un afluente que hay al norte. Aquí —Dibujó con la daga un círculo sobre el mapa—, tiene que estar su campamento. Al sur de estas montañas, que son demasiado inhóspitas incluso para él, ya que sabemos que en su grupo viajan gran número de mujeres y niños, lo que dificulta su movimiento. En cuanto a sus fuerzas, las calculamos en unos doscientos hombres, sin olvidar que esto incluye mujeres y niños. Estamos seguros de que no se han movido de esta zona, pues en ella se encuentran seguros. Así que nuestra estrategia consistirá en rodearlos, y debemos hacerlo poco a poco, sin que se den cuenta.

El grupo miró unos instantes el inmenso mapa que se extendía antes sus ojos y fue Alfredo Ruiz, el Capitán a cuyo cargo estaba la caballería quien habló primero.

—Tengo entendido que esa es zona de cuevas y que conocen bien ese terreno.

—No importa cuando conozca ese bastardo el terreno. Sus tretas no le servirán de nada ¡Caeremos sobre ellos por sorpresa, y no tendrán a donde ir! —estalló jubiloso Juan Grijalva, maestro de armas.

—Es demasiado territorio y plagado de lugares en donde esconderse. No podremos cubrir tanto terreno. Se nos escaparán de entre los dedos —insistió Ruiz.

—¿Acaso tenéis miedo de unos forajidos? Solo son un grupo de indígenas sin formación militar y mal armados —replicó Grijalva.

—¡Basta! —interrumpió Sotomayor—. No debemos permitirles que lleguen a las cuevas, les empujaremos más al sur. Desde el norte les acosaréis vos con la caballería y Ferreira con una compañía de infantería. Para alcanzar la posición será necesario que deis un gran rodeo. A la vez, el resto del ejército, conmigo al mando, les vendrá persiguiendo desde el este. Allí hay un paso que conduce al río. Es el camino más fácil y rápido. Al verse perseguidos no tendrán otra opción que seguirlo. Además, siempre viajan con sus mujeres y sus niños, lo que les hace lentos y vulnerables. Así que buscarán la salida más rápida, que no es otra que cruzar el río e intentar desaparecer en la

selva, una vez en el otro lado, y aquí es donde entran en liza nuestras carabelas. Todos conocéis a Enrique Gonçalves y a Lorenzo Galán, pilotos de *La Flaca* de *La Fernandina*. Dos magníficas carabelas fuertemente armadas que les estarán esperando en el río y que les cerraran la huida. Su fuego cruzado les impedirá siquiera acercarse. Además, en este promontorio, —*Matamoros* colocó el extremo de su daga sobre el punto exacto—, se habrán montado seis morteros de gran tamaño. El fuego les caerá de todas partes y sabrán al instante, que no podrán pasar hacia el oeste. Solo podrán seguir huyendo hacia el sur.

Alfredo Ruiz interrumpió a su jefe.

—Ya veo, señor. Un muro de fuego y metralla al oeste, mi caballería y una compañía de infantería azuzándoles desde el norte…

*Matamoros* volvió a retomar la palabra.

—Y mi infantería persiguiéndoles desde el este. Quedarán arrinconados en un lugar cercano a la costa —sentenció *Matamoros* con orgullo.

Ferreira se acarició el mentón con la mirada severa y expresó sus dudas.

—Mi señor ¿y si se revuelven contra la caballería?

—Eso no ocurrirá. Cuando les ataquemos tendrían que escapar de los caballos, cuesta arriba y con el sol de cara. Sería un suicidio. Además, vos no estaréis lejos. Ni se les pasará por la imaginación.

*Matamoros* zanjó la cuestión señalando el mapa de nuevo.

—Nuestro cometido será empujarles hacia un lugar en concreto. ¡Justo aquí!

Vicente Sotomayor levantó una pequeña pieza de tela negra que cubría una parte del mapa dejando al descubierto un pequeño valle, lejos de las cuevas, suficiente para montar un campamento y no tan lejos del río como para no creerse a salvo.

—Para cuando se quieran dar cuenta, estarán totalmente rodeados. Entonces será fácil vencerles. Si no se rinden les arrollaremos y si se les ocurriese presentar batalla en campo abierto, estarán perdidos.

—¿Y si intentan escapar por el mar? Dijisteis que disponían de un pequeño barco.

—Si eso ocurriera, para entonces las carabelas que ya habrán salido a mar abierto les estarán esperando.

—¿Y si algunos logran burlar el cerco y escapar?

—Entonces serán conejos y no lobos lo que cacemos —dictaminó Lugón con sorna.

Todos rieron. Se sentían triunfantes, partes de un todo, un plan maestro que no podía fallar.

Un murmullo de aceptación se adueñó de la sala de mapas. Los hombres vitoreaban a su líder. El Gran Capitán de *El Real Ejército de Indias* les hizo callar.

—Ahora, comencemos a movernos. Esta noche, saldrán las carabelas, sin hacer ruido. Navegarán hacia el oeste, siguiendo la línea de la costa, buscarán la desembocadura del río Yaque y lo remontarán hasta buscar su posición. Los artilleros desembarcarán los morteros y los situarán en el promontorio. Después, las carabelas, buscarán el sitio asignado para ellas en la emboscada y una vez allí esperarán órdenes. También se pondrá en marcha la caballería y el primer cuerpo de infantería, a cargo de Ferreira, que habrán de dar un rodeo tan grande que, unos y otros, necesitarán unas tres semanas para llegar a sus posiciones. Mientras, se terminará de preparar el cuerpo principal del ejército, que será el último en salir, y que estará bajo mi mando directo. Una vez alcancemos la población de Azua de Compostela, comenzará la cacería según lo dispuesto.

*Matamoros* hizo llegar personalmente a cada oficial sus instrucciones concretas, firmadas por su puño y letra, pero antes de despedirles le quedaba algo que decir.

—Una última cuestión. Nada de lo aquí hablado debe salir de estas paredes y sobre todo, ningún detalle del plan debe llegar a oídos de los regulares. No me fío de ellos.

Los hombres de *Matamoros* asintieron en silencio y tras brindar por el éxito de la misión, fueron abandonando disciplinadamente el lugar con la misma cautela con la que habían llegado. La suerte estaba echada.

La luz de las lámparas de aceite alumbraba lánguidamente el interior del palacio. Atardecía y los pasillos resonaban con una calma tersa, que solo era rota por la voz de uno de los oficiales de confianza de Diego Colón.

—Diecinueve soldados y tres oficiales muertos, y toda la munición y las armas que custodiaban, están ahora en manos de esos forajidos —informó el oficial.

Don Diego Colon interrumpió a su mensajero con un aspaviento.

—¿Cuándo fue?

—Hace diez días, mi señor. Las noticias no han llegado hasta hoy mismo.

—¿No han perdonado a nadie? —interrogó el Gobernador.

—A seis soldados, señor.

—Entonces parece que no son tan fieros esos lobos como dicen.

—Los abandonaron desnudos en mitad de la selva.

—¿Desnudos? —preguntó atónito el Gobernador.

—Como sus madres les trajeron al mundo y con un mensaje para vos —interrumpió el mensajero hundiendo la cabeza en el pecho.

—¿Un mensaje? ¿Para mí? ¿Qué clase de mensaje?

El soldado sacó de su ropa la misiva y se la extendió con una reverencia. El Gobernador la tomó en sus manos y leyó en voz alta:

***Si persistís en vuestra persecución, será vuestro noble trasero el próximo que se pasee desnudo por la selva.***

—¡Retiraos! —bramó Don Diego con disgusto.

Una vez estuvieron solos, María de Toledo tomó la palabra, mientras su esposo la miraba más calmado.

—Ya no se amilanan ni ante el ejército. ¡Atacar un fortín, y a plena luz del día! ¿Dónde se ha visto semejante atrevimiento? Eso os está creando mala fama. No lo dudéis. esposo mío. Y ahora,

además, se atreve a poneros en ridículo. Al final va a ser que el ejército de Don Vicente va a tener sentido.

—Querida mía, Lobo es un mal necesario.

—¿A qué os réferis? —interrogó suspicaz la mujer.

—Lobo y sus gentes solo atacan a pequeños terratenientes y fortines de escaso valor estratégico cómo en esta ocasión, y solo cuando necesitan abastecerse de municiones o comida. Son, en honor a la verdad, una pequeña molestia que no supone riesgo alguno ni para nosotros ni para la Corona. Lo que quiero decir, querida, es que no van a más. Además, incluso parte del pueblo está de su lado. Sin hablar de los taínos que cuentan sin duda alguna con su simpatía. Pero para Castilla son el enemigo a derrotar. Un grano en el culo del rey, que debe aplastar o corre el riesgo de que se enquiste poniendo su poder en entredicho. Ayudándole a atrapar a Lobo, le estaríamos sirviendo en bandeja la posibilidad de convertir la isla para siempre en un bastión militar. Sería lo mismo que decir que el Gobernador no pudo solucionar lo que los militares si pudieron. ¿Sabéis lo que sucederá si cae Lobo?, que el rey no tardaría en sustituirnos por un militar de su confianza. Vos misma habéis podido comprobar el modo en que Sotomayor ha tomado el control de la ciudad a las primeras de cambio. No olvidéis lo sucedido con Don Alfonso de la Torre. Sería el final de nuestra hegemonía.

—Pero Don Vicente está convencido de aplastar a Lobo en cuestión de días.

—Tal vez en Europa su ejército no tenga rival. Pero aquí se trata de perseguir a unos *espíritus* en la selva, un terreno en el que no tienen ventaja alguna y desconocen. Sin contar con que Lobo pudiera recibir *cierta ayuda* por nuestra parte.

—¿Habláis de sabotear la misión de *Matamoros*? Eso os podría costar la cabeza.

—Yo no utilizaría ese término. Digamos que simplemente se lo pondremos un poco más difícil al ejército, asegurándonos de que Lobo es informado de los planes de Sotomayor a tiempo de lograr escapar.

—Y aunque así fuera, aunque Lobo lograse salvar la vida y Don Vicente regresará derrotado a España. ¿Qué sucedería entonces?

—Pactaríamos con Lobo. Le confinaríamos a él y a su grupo en alguna remota región, donde no nos molestara demasiado y a cambio de nuestra ayuda garantizando su subsistencia. Y en cuanto al rey, el dinero gastado en esta campaña y el desprestigio que le acarrearía tal fracaso, le daría demasiados quebraderos de cabeza para dedicarnos un *insignificante* instante más de su precioso tiempo. Terminaría por dejarnos en paz. Tanto que incluso podríamos *sujetar* al tesorero que nos ha enviado sin consecuencia alguna para nosotros.

—Pero, estáis hablando de pactar con Lobo, ¡precisamente con él!

—Por supuesto, querida. Mantenerle con vida, pero controlado nos será de más utilidad que darle muerte. Si desaparece, ¿a quién le echarían los colonos la culpa de todo? Conviene tenerles ocupados. Ya ha habido rebeliones antes, no lo olvidéis.

—Así pues, pretendéis entorpecer la misión de Sotomayor, nada menos.

—En efecto y aunque se ha tomado la molestia de ocultarme sus planes, mis espías me han comunicado que ha dado orden de partir hacia el oeste a las dos carabelas que se trajo de España, armadas hasta los dientes, hacia el norte a toda la caballería que tenía disponible y a un cuerpo del ejército y que él mismo se dispone, en breves días, a comandar al cuerpo principal de su infantería. Está claro que Sotomayor es un buen estratega y que ha estudiado el terreno con sumo detalle. Pretende rodearle y si lo consigue, Lobo puede darse por muerto.

—Y cómo decís, amado mío, eso es algo que no conviene a nuestros intereses, —interrumpió Doña María.

—Así es, querida. No nos conviene en absoluto y para ello es preciso *prevenirle* de sus intenciones.

—¿Os arriesgaréis con Don Vicente todavía en Santo Domingo?

—No nos queda otra opción. Si no nos damos prisa podría ser tarde. Debo arreglármelas para que un mensajero contacte con alguien cercano a él.

—Si al menos no hubieran mandado a De la Orden —se quejó la mujer con amargura.

—Cierto, con Don Juan Martín aquí y sin Pedro Lobo, estaríamos perdidos. Ese infeliz carga con lo que hace y también con lo que hacemos otros. Hay cosas, querida, que no podríamos justificarlas sin tener a quien echarle la culpa. Le necesitamos vivo y libre. Lobo no se imagina

cuanto nos debe a nosotros de la fama que se está forjando. En cuanto a De la Orden, lo husmea todo, quiere ver cada recibo, cada nota, está agotando a mis escribientes y también a mí.

—¿Se le puede comprar?

—No. Al menos de manera convencional. El rey nos ha enviado a alguien demasiado íntegro. Pero debe de haber algo que quiera y que podamos darle para que mire a otro lado.

—No parece querer nada.

—Algo querrá, querida. Aun no ha nacido el hombre que no tenga un precio —dijo mientras comenzaba a alejarse.

Cuando la cena hubo concluido, las hogueras del campamento inundaron la selva con su fulgor habitual, mientras se formaban grupos alrededor de ellas. Los sonidos de la isla se habían convertido en siseos y murmullos animales. Sentada junto a Páez, Lucía se afanó en saber más de aquellas gentes. Eran forajidos, proscritos de la Corona pero, algo en ellos le resultaba cercano y amistoso. No podían decir, que en ningún momento se les hubiera tratado con desconsideración, así que decidió prestar oídos a lo que sucedía, tratando de adivinar la verdadera naturaleza de aquella peculiar *manada*.

El aguardiente incautado al Gobernador por *La Manada*, corría con generosidad y para entonces, el tono en el que se desenvolvían las conversaciones era divertido y desenfadado

—¡Condenado gallego! —Bramó Otilio palmeando con vehemencia al marinero—. Ni diez huracanes podrían contigo.

—En peores me las vi —bromeó el marinero dando un largo trago—. Pero, tú también saliste bien parado de alguna bien mala ¿o es que ya olvidaste lo que sucedió con aquel barquito que tomaste *prestado*?

Su interlocutor rió a mandíbula batiente ante las palabras del marinero.

—¿Qué barquito? —quiso saber uno de los presentes reclamando la botella.

Otilio se puso en pie y con gran solemnidad comenzó su relato.

—*La Providencia*, así se llama el barco en cuestión —dijo—. Hará un par de años, Leandro, aquí presente, unos pocos más y yo mismo tomamos prestado un… ¿Cómo demonios se llaman embarcaciones, Páez?

—Patache. Se llaman pataches —repuso el marino—. Cuando serví en el Mediterráneo vi unos cuantos de ellos. Se usan para vigilar el litoral ya que pueden acercase mucho a la costa porque tienen poco calado. Tienen dos palos con una vela cada uno y son muy manejables…

—¡Lo qué sea! —le interrumpió Otilio impaciente—. Lo que puedo deciros es que parece más un cascarón que un barco verdadero. Bueno, el caso es que allí estábamos, en misión de

reconocimiento, cuando nos lo encontramos, fondeado en una cala no muy lejos de la desembocadura del río. ¿Y qué creéis que se nos ocurrió entonces? ¡Pues, requisarlo para la causa!

—El barco tenía montada una sola vela porque lo habían estado reparando —añadió Leandro Córdoba, apuntalando el relato de Otilio—. Si no lo cuentas bien, ¿cómo van a saber que sucedió en realidad?

—Lo que tú digas, compadre Córdoba. Una o dos velas. ¿Qué más da? —repuso Otilio visiblemente irritado—. Esperamos a que cayera la noche y nos lo llevamos. Así de simple. El par de regulares que lo vigilaban ni se enteraron cuando caímos sobre ellos. Y, sí, al final le pusimos la otra vela, pero es igual, con una vela o con cien, el caso es que nos hicimos con el barquito y navegamos por la desembocadura del río durante toda la noche en dirección a mar abierto y entonces, justo antes del amanecer, la vimos, ¡Una carabela! Los putos pendones detrás nuestro y nosotros en aquella cáscara de nuez que navegaba más lenta que un pez en un barril. Entonces todavía no sabíamos si nos habían visto, ya que, por precaución, no llevábamos luz alguna, pero era cuestión de tiempo que nos descubrieran. En cuanto llegara el alba, nos iban a ver delante de ellos, así que empujé el timón de caña en dirección a la costa, tanto que hubiéramos podido tocar tierra con solo asomarnos por la borda.

—¿Y la carabela? —interrogó Páez.

—La carabela seguía ahí. —exclamó Leandro con rotundidad.

—Claro que seguía allí, nos habían visto, entonces ya estábamos seguros, todavía estaban lejos pero nos habían visto. —Otilio prosiguió haciendo caso omiso del comentario.

—Acabábamos de doblar un recodo en la costa, lo que significaba unos instantes de invisibilidad, de pronto miré a estribor y ¿qué es lo que veo en tierra? Marea alta, un agujero en la roca, que parece una cueva, y una ola tan grande que podría haber tapado el palacio del Gobernador.

Leandro volvió a interrumpir a su camarada.

—Y yo, vigilando la popa, me doy cuenta que entonces no nos veían, le hago una señal y mi compadre Otilio que nos monta encima de la ola.

—Fue visto y no visto, si no lo hago entonces no lo hago nunca —explicó Otilio.

Leandro Córdoba retomó la narración.

—¡Me veía hecho añicos contra las rocas! Entonces le pregunté a mi compadre: ¿A dónde nos llevas, Otilio? ¿Y sabéis lo que me contestó? ¡Agarraos! ¿Agarraos a qué? le preguntaba yo, que veía que el barquito *volaba* sobre la ola con una fuerza de mil demonios.

—¿Y qué pasó entonces? —preguntó una voz.

—Que no sé cómo lo hizo, pero el caso es que juro por mi vida que en un santiamén, la ola nos arrastro hasta meternos dentro de aquella cueva. Si no me lo hice encima fue porque cuando quise darme cuenta ya estábamos amarrando el barco dentro de la gruta.

— Estás exagerando ¡Solo aproveché un golpe de mar! —sentenció Otilio.

—¿Exagerando? El barco quedó totalmente encallado dentro de la cueva y nosotros dentro del barco, sin terminar de creernos lo que había pasado. Este condenado Otilio nos hizo volar como si fuésemos pájaros. ¡Puedo jurarlo!

—¿Entonces después de tantos apuros tuvisteis que dejar el barco en la cueva? —preguntó otra voz.

—Aquello no había modo de moverlo, compadre —respondió Leandro con un gesto de seriedad. Así que echamos el ancla y esperamos la oportunidad de salir, pero a pie.

—Y allí seguirá, seguro —bromeó Otilio.

—De eso puedes estar seguro. No hay manera de sacar ese condenado barco —repuso palmeándose la mano Leandro Córdoba.

—Pasamos todo el día en aquella gruta mientras la carabela daba vueltas en nuestras mismas narices. —Aquella explicación pareció agotar a Otilio que volvió a sentarse, cediendo la palabra de nuevo a su amigo.

—Debieron de pensar que nos habíamos hundido, porque a nadie en su sano juicio se le hubiera ocurrido siquiera pensar lo que este loco había hecho. Por eso pasaban y pasaban de largo. Buscaban restos del naufragio.

—Hasta que se cansaron y nos pudimos marchar. Tú dirás lo que quieras compadre, pero eso nos salvó. —puntualizó Otilio con orgullo.

—Lo que tú digas, Otilio pero, por si fuera poco, además de no llevarnos el barco, ¡tuvimos que desandar el camino!

El grupo entero rió la broma de Córdoba y en esas estaban cuando Lobo se unió al grupo. Se hizo el silencio y Otilio, dando por terminada su historia, le señaló un asiento a su lado y reclamó con solemnidad el aguardiente. Por un momento, Pedro Lobo dudó si sentarse o quedarse de pie. Estaba decidido a intervenir, aprovechando que casi todos sus hombres de confianza se hallaban allí reunidos.

—El Gobernador no ha podido nunca con nosotros —Tomó la palabra a la vez que, finalmente, decidía sentarse entre sus hombres—, sin embargo, hemos llegado a ser tan incómodos para la Corona, que el rey nos manda un ejército entero para capturarnos.

—¡Cuanto honor! —se mofó alguien y todo el grupo estalló en risas.

—No es para tomárselo a chanza —retomó su discurso Lobo con un gesto grave—. Esta vez se trata de una gran máquina de matar al frente de la cual ha puesto a Vicente Sotomayor, el más implacable y cruel hijo de puta que os podáis imaginar. Aquí corremos peligro. Debemos retirarnos a un refugio más seguro.

—Les derrotaremos —interrumpió la potente voz de Otilio.

—Acabaremos con ellos. Este es nuestro terreno —apuntilló Leandro Córdoba.

—No ésta vez. —Lobo trató de calmar los ánimos—. En un combate directo nos aplastarían como a moscas y aunque conozcamos cada rincón de esta región como la palma de la mano, las emboscadas no nos servirán esta vez. No son los regulares del Gobernador, sino el mejor ejército que ha podido reunir el rey. Nos aniquilarán a la primera oportunidad. Debemos desaparecer de su camino. Convertirnos en humo.

Un murmullo de desasosiego se apoderó de aquellos hombres.

—El propio Páez, al que todos conocéis, puede dar fe del poder contra el que nos enfrentamos, pues lo ha visto con sus propios ojos, y está de acuerdo conmigo en que sería una locura enfrentarnos a ellos —efectivamente, el gallego se hallaba junto a él y sus gestos no dejaban duda alguna acerca de que apoyaba sus palabras. Se hizo el silencio.

—¿A dónde iremos Pedro? —preguntó otro de los hombres. Lobo volvió a levantarse, puso sus brazos en jarras y se tomó un instante para contestar. Tras comprobar que había captado la atención del grupo, se dispuso a explicarles sus planes.

—Mañana, al amanecer, levantaremos el campamento y nos dirigiremos al norte, buscando refugio en las montañas. Habremos de movernos rápido, y crucemos los dedos para que nos dé tiempo a llegar a las cuevas antes que nuestros perseguidores. Tendremos que viajar rápido, por lo que dejaremos todo de lo que podamos prescindir. No hay alternativa.

Poco a poco, el grupo se fue haciendo más grande, y para entonces se había concentrado una pequeña multitud que no paraba de murmurar alrededor del fuego. Hasta entonces, las noticias que portaban los recién llegados no habían preocupado a *La Manada* pero en aquel momento tomaron conciencia de la gravedad de la situación. Uno tras otro, fueron aceptando aquella realidad.

De pronto Páez hizo un ademán y su voz cantarina sobresalió de entre el murmullo general.

—Hay algo más que debo deciros antes de partir mañana.

A aquellos rostros expectantes se unió el de Lobo que no esperaba ningún añadido por parte del gallego. Se volvió a hacer el silencio.

—Hermanos y hermanas —gritó con teatralidad—. Como algunos sabéis, he traído hasta nuestro campamento a dos camaradas. Dos camaradas a quien debo la vida y con quien tendré siempre una deuda.

Todos los ojos se posaron en Lucía y Antonio e instintivamente ambos tuvieron un presentimiento. Páez relató de nuevo los pormenores del viaje y de cómo se salvó de una muerte segura. Sin embargo, la pareja le observaba con recelo y casi sin intervenir en el relato que Páez narraba, como acostumbraba, con gran teatralidad y sin prisa alguna.

—Por eso —insistió el marinero—, os pido que los aceptéis en *La Manada* como a iguales. Ya que iguales somos todos aquí. Hombres y mujeres; taínos, negros y españoles.

La multitud asintió  por toda respuesta. Entonces, el gallego se dirigió con grandes zancadas hacia sus compañeros de viaje y de pronto, de un inesperado tirón, le arrancó a Lucía la camisa, desatando con ello las vendas que disimulaban sus pechos y dejando por unos instantes éstos al aire.

—¡Esta es Lucía, no Lucio! Tuvo que esconder su condición de mujer para poder viajar hasta aquí a buscar a su padre. Y como ya dije, me salvó la vida. Aquí puede ser mujer sin perder la dignidad. Está entre amigos, ¿no es así?

Un murmullo generalizado fue toda respuesta. El desconcierto fue tan descomunal que tanto Lucía, que solo acertó a cubrirse el torso, como Antonio, no supieron ni que hacer ni que decir. Después, la sorpresa fue todavía mayor puesto que los miembros de *La Manada* se les fueron acercando uno a uno, dándoles la bienvenida.

—¡Bienvenida Lucía, bienvenido Antonio! —Sin saber cómo reaccionar, la pareja respondía torpemente a los saludos.

Cuando la interminable fila empezó a menguar, Pedro Lobo interrumpió la inesperada ceremonia acercándose hasta la pareja.

—Bienvenidos seáis a *La Manada* tal y como sois, Lucía y Antonio.

Pese a la sorpresa inicial, los ojos del proscrito seguían siendo un pozo de asombro y una sonrisa se curvó en sus labios, al pensar en la muchacha que hasta bien poco antes había tomado por un varón.

Fue Lucía la primera en reaccionar y lo primero que hizo fue encararse con Lobo.

—¿Qué ocurrirá ahora con nosotros? ¿Seguimos siendo prisioneros?

Pedro parpadeó unos instantes antes de responder y finalmente decidió hacer caso omiso al reproche de la muchacha.

—Sé que vais en busca de vuestro padre. Lamento deciros que nada sé de él. En otras circunstancias pondría un par de hombres a vuestro servicio para ayudaros en vuestro camino, pero las noticias que Páez nos ha traído, nos obligan a disponer de todas nuestras fuerzas, a movernos de prisa y a reteneros, muy a mi pesar, con nosotros. Os hemos acogido como a iguales pero no podemos dejaros ir. No por el momento. No podemos arriesgar la vida de nuestra gente. La tortura desata muchas lenguas y ya sabéis más de lo necesario si tuvierais la mala fortuna de ser *invitados* a los calabozos del Gobernador. Os recuerdo que también a vosotros se os persigue. Así pues, permaneceréis con nosotros hasta que podamos hacer otra cosa. Y ahora id a descansar, mañana nos espera a todos una larga y dura jornada.

No había lugar a dudas, Pedro Lobo no proponía, ordenaba. De un modo sutil, eran sus prisioneros y oponerse a ello estaba fuera de todo lugar.

Los fuegos se apagaron y todos se fueron a dormir. Antonio y Lucía fueron escoltados hacia la choza en la que habían descansado antes, en cuya entrada hizo guardia toda la noche un hombre armado. Tan solo Lobo y Páez permanecían hablando en la oscuridad, en un lugar apartado.

—Pedro —murmuró el gallego una vez se quedaron solos—, no hace falta decir que el ejército que transportábamos en los barcos, tal y como he relatado, tiene como única misión capturarte. A eso han venido y solo a eso, y no se detendrán hasta lograrlo.

Lobo alzó su mirada en dirección al cielo y contestó con calma.

—Cuesta mover un grupo tan grande pero todavía tenemos ventaja. Sin embargo me inquieta saber todos los medios que ha puesto el rey solo para prender a unos proscritos en la otra parte del mundo. No acierto a comprender para qué tantos caballos y la artillería.

—Es tu popularidad. No le conviene a la Corona. Eres un grano en el culo de su majestad.

—Eso habrá de ser —dijo Lobo pensativo.

El cielo nocturno se desplegaba sobre la selva con un brillo cegador. Era el momento de retirarse a descansar.

—Una última cosa, Páez —inquirió Lobo—. Sobre Lucía y Antonio, ¿son tan de fiar como dices?

—Doy mi vida como garantía —sentenció el gallego en un alarde de seriedad impropio en él.

—Con eso me basta. Aunque no lo sepan todavía, nuestro camino coincide ahora con el suyo. Les vamos a conducir hacia donde querían ir y les ayudaremos en lo que podamos, pero confío que entiendas que no puedo dejarles partir solos. No hace falta recordarte que nuestra prioridad es la supervivencia de los nuestros y ellos ya han visto demasiado. Pero si llegado el momento decides seguir con ellos, lo entenderé. Páez.

El gallego sonrió con timidez antes de despedirse.

Fuera, el frescor nocturno que emanaba el bosque aliviaba un poco el calor del día ya finalizado, llegando hasta el interior de la pequeña choza dónde estaban recluidos. Una brisa

refrescante soplaba proveniente de las cercanas montañas que, ahora en la oscuridad, eran ennegrecidas murallas púrpuras que se recortaban en el cielo nocturno con sus suaves ondulaciones verticales. El viento se filtraba a través de las numerosas rendijas, ululando en un suave murmullo que se mezclaba con los sonidos de la selva. La agradable corriente de aire era bienvenida, por ser incompatible con la presencia de insectos a los que, tras varios días en la selva, seguían sin acostumbrarse.

La atmósfera interior era húmeda y la tarima vegetal que hacía las veces de suelo desprendía un olor rancio y dulzón, pero aun así resultaba bastante confortable. La joven y el calé instalaron las hamacas en la oscuridad. No había vela o antorcha alguna en la estancia y la única luz que les llegaba, lo hacía a través de los numerosos agujeros en el techado que permitían ver porciones del cielo y que se extendían sobre sus cabezas, como pedazos de un manto cuajado de estrellas.

Acababa de surcar el cielo una estrella fugaz y Lucía se quedó absorta mirando su estela, cuando Antonio rompió el silencio.

—¿En qué piensas, mi niña?

—*Tito* Antonio, te he arrastrado de un gran peligro a otro y la situación es cada vez más incierta. Temo por nuestras vidas más que nunca y no veo una salida.

—Olvidas que hemos venido a buscar a tu padre y debes tener confianza, que al final daremos con él.

En el exterior, los pasos de su vigilante sonaron sobre la hojarasca y les recordaron que debían mantener su conversación en apenas un murmullo.

—¡Maldito Páez y maldito Pedro Lobo, mal rayo les parta! —gruñó entre dientes el gitano.

—No me da la impresión de que ninguno de los dos sean un peligro para nosotros.

Antonio le miró en la oscuridad con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué no son un peligro? ¿Te has vuelto loca, niña? Estamos en mitad de la selva, en compañía de unos forajidos, encerrados en esta choza y ese maldito Páez ha resultado ser un traidor.

—¡Páez no es ningún traidor! —repuso airada la muchacha—. Te vuelvo a repetir que, desde que partimos de Sevilla, ha demostrado ser el único en quien podemos confiar.

—Pero, ¿es que no ves que nos ha utilizado para sus planes? Nos ha guiado hasta ese Lobo, que no es más que un fuera de la ley. Ha sido una encerrona.

—Es arrogante y no admite otra opinión más que la suya, no somos un peligro para él y sin embargo no nos deja ir. Pero ya has visto el campamento. ¿Acaso tendría un forajido, mujeres y niños a su cuidado? A mí me parece que si Páez y toda esta gente confían en él, no puede ser tan fiero como lo pintan.

—Ya sabes lo que se dice. Que es un asesino —repitió Antonio—. ¿Y por qué hemos de hacer el viaje con él? Podía quedarse con su *camarada* y dejarnos a nosotros seguir con nuestro viaje. No me fío, niña. No me fío.

—Tal vez sea lo mejor. Piénsalo, *tito.* Tú y yo solos en esta selva no tendríamos ni una oportunidad. Además, aunque crean que no lo sabemos, se dirigen a la misma región que nosotros y te vuelvo a repetir que a mí Lobo no me parece una amenaza.

El calé se incorporó en la hamaca y se le quedó mirando en un hito.

—¡Oye! —espetó de improviso—. ¡A ti ese tal Lobo te ha gustado!

Sin duda el aguardiente tomado desataba su lengua.

El puño de Lucía fue directo a la nariz del calé y detenido por este, que se esperaba la reacción, mientras reía divertido.

—Por eso protestas tanto, te ha hechizado el vizcaíno.

—¡De eso nada! No lo he mirado como hombre.

Antonio, divertido, rió con ganas. Lucía intentó parar aquella *incómoda* situación cambiando de conversación.

—¿Vizcaíno dices?

—Eso es lo que me lo han contado Otilio y Páez durante la cena. Por lo visto es un hijo segundón de alguna familia importante y que se hizo Capitán. Ya habrás oído hablar que por allí, en el norte, un noble segundón solo puede ser militar o cura.

Interiormente Lucía se alegró de que no hubiera tomado los hábitos y aquel sentimiento le supuso extrañeza. Antonio prosiguió:

—Además, me lo había imaginado más viejo. Es un buen mozo. ¿No crees?

Apoyando su burla, le dio a la joven una palmada en el brazo y volvió a reír con ganas mientras que, por su parte, la muchacha se giró dándole la espalda. Solo la sugerencia de que podía haberse visto atraída por el forajido le repugnaba, pero lo cierto era que estaba interesada en la historia de aquel hombre más de lo que quisiera estarlo.

—¿Qué más sabes de él? —preguntó a la penumbra.

Antonio chasqueo la lengua resignado antes de hablar.

—Como ya te he dicho —comenzó el calé—, es el segundo de cuatro hermanos, todos varones y siguiendo la tradición, una vez llegada la edad suficiente, hubo de elegir entre la vida militar o tomar los hábitos, pues la herencia sobre la propiedad familiar está reservada al mayorazgo, el hermano mayor, y nunca se divide. Así pues, Pedro tomó la vía de las armas, mientras que sus dos hermanos pequeños acudieron a *la llamada de Dios*. Abandonó su casa y una vez en el ejército adquirió bien pronto fama en esas lides. Ascendió rápidamente, pues enseguida demostró gallardía y buena mano para las cosas de la guerra —Antonio detuvo su narración para comprobar el interés de Lucía en lo que le estaba contando. No tuvo que esperar mucho.

—¡Cuéntame más, *tito* Antonio! —El calé sonrió a la oscuridad y continuó en un susurro.

—Dicen que en combate, siempre ha seguido su norma del cinco; es decir, que porta cinco armas en todo momento: al cinto, daga y espada y, en sus manos, una ballesta y un arcabuz de pequeño tamaño con los que tiene fama de profesar una fina puntería. Se dice que pobres de los dos primeros enemigos que arremeten contra él, pues se les tiene siempre por dos muertes seguras. El cinco lo completaba un pequeño puñal, escondido en una de sus botas, que en más de una ocasión ha salvado su vida. Obtuvo el nombramiento de Capitán luchando contra los moros y, tras el descubrimiento de las nuevas tierras, sintió la llamada del Nuevo Mundo y se embarcó a La Española, donde siguió sirviendo fielmente a Castilla hasta que, al parecer, harto de las injusticias del entonces Gobernador, se reveló contra él y claro, el que se rebela contra el Gobernador se rebela contra la Corona pues es su representante aquí. Así fue como desde entonces y para siempre cambió su suerte, convirtiéndose en prófugo de la justicia.

—¿Injusticias?

—Según Otilio, los desmanes y abusos del Gobernador siempre sido frecuentes por aquí y. que me azoten si en eso no tiene algo de razón. Me fío antes del perro de un ciego que de cualquiera de los que están *arriba*. Parece ser que tras cierta escaramuza en la selva, uno de los camaradas de armas de Lobo fue acusado, juzgado, sentenciado y ajusticiado sin motivo aparente. Razón la que por lo visto, Pedro se echó al monte.

—¿Así que se hizo forajido por honor? —interrumpió la joven.

—Yo no me creería del todo esa historia, niña. Y ahora duerme. Si quieres saber algo más de él, pregúntaselo al gallego, que parece gozar de su respeto.

Instantes después, el gitano roncaba plácidamente a su lado, mientras que ella permaneció largo rato mirando el cielo. ¿Tenía razón Antonio? Desde luego, había algo en aquel hombre que le atraía tanto como a la vez le repugnaba. Pese a todos aquellos pensamientos, el sueño terminó por alcanzarla.

Las dos carabelas habían levado anclas sin tiempo para despedidas ni algarabía alguna. El silencio y la discreción formaban parte de la clave para el éxito. Al atardecer, *La Flaca* fue la primera en hacerlo, y cuando *La Fernandina*, siguió su camino era ya casi noche cerrada. Con esta acción habían querido dar la impresión de que no iban al mismo destino, que no tenían la misma misión.

Ya de madrugada, se agruparon en alta mar, donde la primera nave había estado aguardando a la segunda. Una vez fondeadas las dos carabelas, frente a frente, lejos de la ciudad pero suficientemente cerca de la costa como para no perderla de vista, los dos pilotos, Enrique Gonçalves y Lorenzo Galán, se reunieron en la cubierta de *La Flaca*. El mar estaba en calma y había luna creciente, lo que permitió realizar las maniobras de acercamiento sin demasiada dificultad. El objetivo de aquella breve reunión era repasar los planes que Vicente Sotomayor les había encomendado y desearse suerte.

—Una semana de travesía por delante y otro tanto para montar los morteros, apostar las carabelas en la posición de la emboscada y situar a los infantes —exclamó Galán calculando a groso modo.

—En efecto —respondió su colega—. Dos semanas como máximo para poder enviar el mensaje a Don Vicente de que estamos listos. Esa será a partir de ahora nuestra única preocupación. No rebasar el plazo máximo que se nos ha dado.

—Eso si no hay contratiempos,

—Y con esta brisa, así habrá de ser —sentenció Gonçalves.

Los dos marinos se mostraban joviales. El hastío de los días pasados en la Santo Domingo quedaba atrás y se hallaban de nuevo en movimiento y listos para la acción.

—Lo peor será remontar el río —añadió Galán pasándose la mano por el mentón—, dicen que es muy caudaloso.

—No será fácil. Pero tenemos días de sobra. Seremos los primeros en estar en posición.

—Me preocuparía ser vistos y por ello relacionados con la misión. No quisiera que se echara a perder el factor sorpresa —El semblante del oficial se oscureció al hablar.

—Descuidad —respondió el portugués con tono despreocupado—. Eso no debe inquietarnos. Los proscritos, nunca se imaginarán que nuestra presencia forme parte de una operación militar a gran escala. Y para cuando se quieran dar cuenta, será demasiado tarde para ellos. Lo único que debe preocuparnos ahora es alcanzar la posición exacta donde hemos de desembarcar los morteros y de que no los descubran. Esta condenada isla es un laberinto sin explorar y el mapa es impreciso.

—Eso ya no será cosa nuestra, que para eso ha venido el maestro de armas. Se encargará tanto de localizar el lugar como de instalar los morteros y de disimular su presencia y también están los infantes, cuyo cometido es que nadie se acerque por allí.

El mar rompía contra el casco de *La Flaca* con un ritmo creciente y la brisa soplaba sobre sus cabezas haciendo crepitar nerviosamente los palos. Brindaron con vino en cubierta y el reflejo dorado de las copas brilló mortecino a la luz de las teas.

—¡Esto no será como guerrear en Orán! —prorrumpió triunfante Galán—. ¡Estamos habituados a enfrentarnos a ejércitos de verdad, entrenados en el arte de la guerra y, por el contrario, debemos ocuparnos de un renegado y su grupo de salvajes en taparrabos!

—Será un paseo, mi querido amigo.

—¡Sin duda! Será una travesía tranquila—añadió sonriente el oficial mostrando una desgastada y sucia hilera de dientes.

—¡Que así sea camarada!

Entrechocaron sus copas y el metálico tintineo que emitió aquel gesto fue ahogado por el ruido de las olas.

Lorenzo Galán estrecho la mano de su camarada, se abrazaron y seguidamente abordó el batel que le devolvería a *La Fernandina*. Gonçalves, le despidió desde la borda.

—¡Fortuna y buena travesía, Lorenzo!

—Nos reuniremos de nuevo una vez flanqueado el delta —le contestó su colega agitando el brazo.

**31**

Tras toda una jornada marchando por la selva, le dolía todo el cuerpo como si le hubiesen golpeado. Lucía tomó aliento antes de acometer el ascenso a aquella loma, otro más de los innumerables cerros que ya habían atravesado. Al menos, esta ascensión traía consigo la promesa de un reparador descanso ya que, en la cima se hallaba el lugar convenido para instalar el campamento en el cual pasar la noche. Apoyada en el tronco de un frondoso árbol, se secó el sudor que perlaba su rostro y barrió con la mirada el tramo que le quedaba por recorrer. Los miembros de *La Manada* se tomaban aquel éxodo con resignación y, acostumbrados a aquel agreste paisaje, el esfuerzo no parecía hacer mella en sus rostros, lo que no dejaba de maravillarla. Hombres, mujeres y niños portaban sus enseres sin dar muestras de queja alguna. Se sintió avergonzada y aquello le insufló nuevos ánimos con los que reemprender la marcha. Miró a las mulas, que habían sido destinadas a transportar la carga más pesada, y por un momento se lamentó de no poder seguir a lomos de una de ellas.

Una vez en la cima, Lucía se desprendió de su morral y se dejó caer sobre la hierba mullida. El fuego crepitaba en el campamento y comenzaban a levantarse improvisadas chozas hechas con ramas y follaje.

—¡Condenados taínos! —gruñó Antonio dejándose caer a su lado—. No puedo comprender como se las arreglan para caminar tan deprisa por esta maldita selva.

—Les va la vida en ello, *tito*. Eso da alas a cualquiera.

Otilio interrumpió su conversación. Su fornida figura se alzó sobre sus cabezas y Lucía levantó lentamente la mirada hasta encontrarse con la suya.

—Muchacha, Pedro quiere hablar contigo —fue cuanto dijo antes de girar sobre sus talones y alejarse unos pasos de ellos.

La joven se incorporó, instintivamente se secó el sudor del rostro con la manga de la camisola y se dispuso a seguir al lugarteniente. Una vez hubieron recorrido la pequeña distancia encontró a Pedro Lobo sentado en una piedra, afilando su daga.

—¿Me has mandado llamar?

—Creo que tenemos pendiente una conversación.

—Ya está todo dicho. Páez te ha puesto al corriente de nuestra situación.

—Aun hay más cosas de qué hablar.

—Páez ha respondido por nosotros y en cualquier caso, seguimos siendo vuestros prisioneros así que, tú dirás.

Lobo cerró sus dientes en un gesto de disgusto antes de contestar.

—Hasta ahora nadie se había sentido prisionero en *La Manada*.

—¡Si, claro, *La Manada*! Una banda de forajidos dirigida por un asesino. *Cuanto honor*.

—No soy un asesino —se defendió el forajido.

—Pues no es eso lo que dicen.

—Pese a todo, me debo a la seguridad de mi gente. Si las cosas fueran distintas, serías libre de irte desde este mismo momento.

—No son más que palabras.

El cabecilla se pasó la ancha mano por el rostro y eligió usar la diplomacia.

—No temas, te ayudaré a encontrar a tu padre, además, la región a la que vamos es peligrosa y no os conviene ir solos. Si llega el día en el que nuestra supervivencia deja de estar amenazada, te dejaré ir. Lo prometo.

—Me acordaré de esa promesa.

—No hará falta, solo tengo una palabra.

—¡Ojalá sea cierto!

—¡Lo es! ¡Voto a tal!

Lobo se recompuso tras aquel breve ataque de ira y cuando volvió a hablar, su tono ya era sosegado y en calma.

—Ya veo que no entras en razón —dijo dando por zanjado el asunto—, por lo que no tiene sentido seguir hablando. Puedes retirarte.

Por toda despedida, Lucía se giró lentamente mostrando su espalda y volvió junto a sus compañeros sin mirar atrás. Pedro retomó su tarea de afilar la daga y una sonrisa se dibujó en sus labios, mientras seguía con la mirada la esbelta figura de la joven al alejarse.

Tras haber despedido días atrás a la compañía de infantería al mando de Estanislao Ferreira, con la encomienda de dar un gran rodeo para alcanzar su posición, fue nuevamente Julián Lugón el encargado de hacer lo propio con la caballería, a la que le quedaba por delante un camino aun más largo y penoso. Momentos antes, se había abrazado a Alfredo Ruiz, su oficial al mando. Eran viejos camaradas, no en vano, las campañas que habían compartido no se podían contar con los dedos de las manos.

—¡Buena suerte! —se despidió Lugón alzando el brazo con efusividad.

—¡Buena caza, Lugón! —respondió el jinete.

Los más de cuarenta caballos de batalla comenzaron la larga marcha levantando una densa nube de polvo.

Mientras les veía partir, repasaba mentalmente el papel de la caballería en el plan maestro de *Matamoros*. «*Primero se dirigirían al norte para luego, rodeando las altas montañas por su vertiente sur, encaminarse hacia el oeste*» El rodeo previsto era tal, que para llegar al emplazamiento asignado, no habrían de transcurrir menos dos o incluso tres semanas. «*Pasarán tan lejos de la región donde está Lobo ahora que, este ni siquiera tendrá ocasión de saber de su existencia*».

Finalmente, la misión de la caballería no era otra que la de impedir escapar a los renegados montaña arriba, una vez hostigados y perseguidos por el ejército principal, cerrándoles el paso y así obligándoles a dirigirse hacia el sur. Los infantes de Ferreira taparían los posibles huecos en el terreno. El plan, era sencillamente perfecto.

La caballería había partido, siguiendo al pie de la letra el plan de Sotomayor, al anochecer y con el máximo sigilo posible, de igual modo que la noche anterior, también sin llamar la atención, habían zarpado rumbo al oeste las dos carabelas cargadas con los morteros y casi cien infantes.

Una vez la nube de polvo se perdió en el horizonte, Lugón azuzó su montura y regresó a darle las novedades a su jefe. Ahora, tan solo el grueso del ejército permanecía acuartelado y su partida no se demoraría demasiado.

Las palabras del oficial de caballería resonaban en su cabeza: `

*«Avanzaremos con lentitud, asegurándonos de que Lobo tenga noticias de nuestra llegada y dándole tiempo para escapar. Ni se dará cuenta de que es una trampa. Una vez alcancemos Azua de Compostela, lanzaremos la ofensiva final»*

Las últimas ráfagas de luz relucían por poniente sobre las copas de los árboles, como pequeñas llamas doradas y tiñendo el cielo con un tapiz escarlata. En breves momentos, el negro manto de la noche habría caído sobre el campamento, sumiendo la selva en una opaca sensación de tranquilidad. Lucía aprovechó el momento para encaramarse sobre una roca apartada y disfrutar de aquel efímero instante de calma. Necesitaba estar sola. A sus pies, una docena de fuegos habían comenzado a arder en el campamento como un torpe reflejo en la tierra de las estrellas que tilitaban en el firmamento. Su pensamiento estaba lejos de allí.

—¡Lucía!

La joven se quedó helada al escuchar su nombre. Se giró lentamente. Pedro Lobo se dirigía hacia ella a grandes zancadas.

—No es bueno separarse del grupo —dijo el proscrito al llegar a su altura—. Está anocheciendo y la selva es peligrosa.

—Solo quería estar a solas.

—Eso es precisamente lo que no debes hacer.

Lucía se puso lentamente en pie y sus ojos brillaron desafiantes.

—No sabía que éramos prisioneros hasta tal punto.

—No te estoy vigilando, si es lo que crees.

—¡Qué más da lo que yo crea! Aquí mandas tú.

Lobo resopló con resignación.

—¿No entiendes que no son otras sino las circunstancias las qué me empujan a reteneros? Recuerda que ahora ambos sois parte de *La Manada*. Lucía, te hemos acogido entre nosotros y te hemos brindado nuestra ayuda y no debes añadir nuevos problemas a los que ya tenemos…

—No esa era mi intención, *jefe*.

Aquel *jefe*, más que pronunciado fue escupido y a Lobo aquel detalle no le paso desapercibido.

Pedro Lobo se acercó a ella y tocó suavemente la barbilla de la joven obligándola a mirarle a los ojos.

—¿Todavía crees que somos unos asesinos?

Por toda respuesta, Lucía le dedicó una mirada indiferente.

—Ya veo ¡Todavía lo crees! ¡Sígueme! Te mostraré algo —ordenó el forajido.

Para cuando hubieron regresado al campamento ya era noche cerrada. Se acercaron a uno de los fuegos. Pedro se aproximó a una mujer que trenzaba cuerdas a la luz de la hoguera y le hizo una seña. Ella le sonrió y acudió presta a su lado. Lobo hizo las presentaciones.

—Esta mujer es taína. Se llama Aniona, y ahora fíjate bien.

Pedro miró a los ojos de la mujer y le habló elevando el tono de voz.

—¡Quítate el vestido!

La orden de Pedro Lobo hizo que de repente se hiciera el silencio. Alrededor se fue formando un pequeño grupo. La mujer obedeció y quedó totalmente desnuda frente a Lucía y Pedro. Entonces, bajo la tenue luz que la hoguera dispensaba, Lucía pudo reparar en una enorme y fea cicatriz bajo el ombligo. No comprendía a qué venía aquella demostración y miró a Pedro que se dispuso a contar su historia.

—Aniona esperaba un hijo. Los soldados del entonces Gobernador se lo sacaron a machetazos y lo estrellaron contra una peña. A ella, la dieron por muerta, y eso le salvó. La encontramos, la pudimos coser y sobrevivió. Fue un milagro, pero nunca más tendrá hijos.

Pedro alcanzó el vestido a la mujer.

—Desbarrigar embarazadas es uno de sus entretenimientos favoritos —prosiguió—, después de haber ahorcado a los hombres supervivientes. Tratan a los taínos peor que a animales. Los están exterminando.

Pedro tiró de la mano de Lucía y le hizo acompañarle a otro fuego.

—Esta es Samani y este niño es su hijo Mabó. A los dos les cortaron las manos y les echaron al monte para aterrorizar a los huidos. Antes de eso les obligaron a ver morir empalado a su esposo y padre.

A cada palabra del forajido, Lucía fue perdiendo el color por momentos. Sintió nauseas y a su alrededor la selva giraba con una velocidad vertiginosa. Pedro continuó sin inmutarse.

—Entran en los poblados, les quitan la comida, matan a los niños solo para aterrorizarles, violentan a las mujeres y se llevan a los hombres para trabajar los campos de los colonos. Si se resisten, les esperan las torturas más espantosas. Tanto, que poco después, muchos de ellos terminan suicidándose. Con los esclavos es aun peor, si apresan a un negro huido, y solo para divertirse, apuestan quien consigue abrirlo por medio o quien le corta la cabeza de un solo tajo, o les atan paja seca y los queman vivos. O les echan a los lebreles para hacerlos pedazos…

—¡Basta! ¡Basta… por favor!

Lucía, descompuesta, estalló en un profundo llanto.

—Recuerda lo que has visto la próxima vez que te atrevas a llamarnos asesinos —sentenció Pedro acercando su dedo índice al rostro de la joven.

El forajido giró con brusquedad sobre sus talones y abandonó la escena a grandes zancadas. Incapaz de cesar su llanto, Lucía terminó sentándose en el suelo. A su alrededor, varios miembros de *La Manada* que la observaban se acercaron a ella tratando de consolarla.

Desde la distancia, Antonio y Páez contemplaban la escena sin saber qué hacer. Finalmente ambos se acercaron a la muchacha que se abrazó a ellos desconsolada. El trío se alejó del campamento sumido en la tristeza buscando la soledad de la selva. El cielo, cuajado de estrellas se cernía sobre sus cabezas como una tela festoneada de perlas.

—¿Qué fue? —Preguntó de improviso Lucía—. ¿Qué le hizo renegar de Castilla y convertirse en un forajido? ¿Es cierto todo lo que ha contado?

Sus preguntas, brotando atropelladas de la garganta iban dirigidas al gallego, que la miraba con un gesto de dolor marcado en su severo rostro.

—Ni una sola de sus palabras puede ser más cierta —asintió el marinero—. Y créeme si te digo que no fue a buscar el caso más cruel del campamento.

La joven se abrazó al enclenque marino quien se limitó a rodearla torpemente con sus brazos.

—Os contaré la historia de cómo se convirtió en Pedro Lobo.

Los tres se hallaban a la suficiente distancia del campamento para ver la luz de las fogatas como luciérnagas en la noche cerrada.

—Hubo un día —comenzó Páez—, en que ese que ahora llaman bandido, fue uno de los oficiales más valerosos y leales a la Corona. Pedro María López de Oñaz era su nombre y tanto aquí como en Castilla, su fama como militar crecía como la espuma. No es que nunca participara en los desmanes que se cometieron con los indios, pero nunca fue un hombre cruel y en más de una ocasión desoyó las ordenes del entonces Gobernador, Nicolás Ovando, que en el infierno se pudra, de asesinar sin piedad a cuanto taíno se le antojará a su excelencia. Pero Pedro no era un hombre de política, y sus desplantes no representaban peligro alguno para el Gobernador. No así sucedía lo mismo con el camarada de Lobo, Felipe Molinero, un valiente Capitán muy bien relacionado en la corte, que se había atrevido a desafiar en público a Ovando y a quien mandó prender el Gobernador cuando se hallaba indefenso, con la falsa acusación de traición. Entonces, yo prestaba servicio donde Don Felipe estuvo preso —Los ojos del marinero se alzaron hacía el oscuro cielo y al hacerlo, como si hubiera retrocedido en el tiempo, su voz se tornó más grave—. Todo ocurrió en muy pocos días. No más de cuatro. Ovando había calculado hasta los más mínimos detalles, entonces era la única autoridad en el Nuevo Mundo y aunque tenía sus detractores, se las ingeniaba para quitarlos de en medio una y otra vez. Incluso tuvo la sangre fría de esperar a que el defensor de los indios, fray Bartolomé de las Casas, estuviera de viaje en el interior de la isla. Cuando estuvo seguro de que no había nadie capaz de interponérsele, ordenó prender a Molinero y dos días más tarde, hizo celebrar un simulacro de juicio en el que se le condenó a muerte, ejecución que tuvo lugar al día siguiente. Todavía lo recuerdo como si hubiera sido ayer mismo. Desde muy temprano, el populacho, soldados, esclavos, encomiendadores, indios, artesanos… llenábamos la plaza mayor. La expectación era máxima. No todos los días se veía una ejecución de un castellano, descendiente además, de una familia principal de Salamanca, Capitán de los ejércitos de Castilla y gentilhombre, aunque acusado de traidor. Pero eso era lo de menos, ya que ejecuciones había casi todos los días, tal era la justicia de Ovando, pero de esclavos, negros o indios, o a lo sumo algún vulgar soldado

con algún delito grave pero, la de un Capitán y encima de buena familia, nadie quería perdérsela. Don Felipe bajó del carro por su propio pie, con aire altivo y, lenta y serenamente se despojó de capa y sombrero, que entregó a su lacayo junto con su sortija, regalándole todo ello, a la vez que se despedía de él estrechando afectuosamente sus manos. También le hizo entrega de una bolsa con monedas para recompensar al verdugo si este era rápido en su cometido. Tras lo cual se encaró con él, pidiéndole con gran cortesía y por tres veces que fuera certero y no le hiciera penar. Más de uno ya lloraba desconsoladamente y sentía el corazón oprimido. A continuación, el verdugo ató sus manos para que no se moviera en el último momento y le colocó el cuello sobre el madero, con gran delicadeza. Levantó el hacha y miró al balcón, donde el mismísimo Gobernador hizo un casi imperceptible gesto. De un solo golpe, el verdugo puso fin a la vida del valiente Capitán. Hasta ese momento, el silencio había sido sepulcral, pues estaba claro que no era una ejecución como las demás y que nadie terminaba de creerse que finalmente fuera a llevarse a cabo. Pero, a partir de ese instante se empezaron a oír gritos por todos lados, hasta convertirse en un único lamento. Después, con gran respeto, el verdugo, colocó la cabeza en el gancho de la picota tras mostrarla en alto y dispuso una bandeja de plata al lado del cuerpo para recoger la limosna para el enterramiento, según es la costumbre. Mientras la multitud hacía fila para presentar su respeto al cadáver y echar unas monedas, Ovando se marchó, inquieto y casi de incógnito. Horas después, Pedro fue liberado.

Había sido arrestado junto a otros camaradas, para impedirles actuar a favor de Molinero. Desde aquel mismo momento intentó vengar la injusta muerte de su amigo. Hubo una revuelta en toda regla y casi le va la vida en ello. Aunque a decir verdad, lo cierto es que aquel día Pedro María López de Oñaz murió y en su lugar nació Pedro Lobo.

—¿Y qué pasó contigo?

—Yo, como no era tenido por un partidario de los rebeldes, no huí a la selva, pues nadie me perseguía y decidí ayudar a mi manera. Soy marinero, viajo de Santo Domingo a Sevilla y traigo nuevas que luego resultan muy útiles aquí.

—¿Cómo ahora?

—¡Cómo ahora!

El silencio se había adueñado de la selva. Incluso las nubes de insectos que se lanzaban sobre ellos parecían haber desaparecido ahora por arte de magia. La fresca y reconfortante brisa soplaba haciendo agitar las copas de los árboles con un dulce murmullo. El trío regresó al campamento donde las hogueras agonizaban cediendo terreno a la oscuridad.

—¡Mi señor, mi señor don Vicente! —Lugón vociferó mientras ascendía a toda velocidad las escaleras del fuerte.

—¿Qué sucede? ¡Habla! —respondió el vozarrón de *Matamoros* saliendo precipitadamente de su aposento.

—Es el padre Landa, ha congregado una multitud para despedirnos.

—¿Cómo se atreve? —Don Vicente mascculló un juramento—. Ordené que la partida fuera discreta y él...

—Y no contento con ello, está dando la bendición a cuanto hombre de armas se va encontrando. Los llama soldados del Señor y cruzados y qué sé yo que desvaríos más.

Sotomayor estaba perdiendo los estribos por momentos. Hizo indicaciones a su segundo de que entraran en la habitación y comenzó a vestirse deprisa.

—Precisamente ayer le prohibí decir misa a la tropa para evitar que *echara bando* sobre nuestra partida y ahora…

—Pues esto es peor —sentenció Lugón—. Ahora todo el mundo sabe que partimos hacia el este con, según sus palabras, *Divina Encomienda* de prender a Pedro Lobo y su manada.

—No ha de darnos más que problemas. ¡Por los clavos de Cristo que no le permitiré tamaña desobediencia a mi autoridad! Impediré que viaje con nosotros.

—A estas alturas, mi señor, me temo que eso va a ser del todo imposible. Se ha proclamado en público como vuestro confesor privado y ha dejado bien claro que él forma parte de la misión.

Sotomayor estalló en un juramento y lanzó con furia una de sus botas contra la pared.

—¡Cura del demonio!

—Hay algo, mi señor, algo más que debéis saber…

—¡Escúpelo de una vez, maldita sea!

—Ha torturado y matado a unas putas.

—¿Y qué nos importa eso?, yo mismo le di permiso para hacer y deshacer a su antojo sobre ese particular y así tenerlo entretenido.

—He sabido por uno de los alguaciles que pusimos a su disposición que, una de ellas era la amante del marinero que acompañaba a los dos espías huidos de la *Esperanza de Triana*. Seguro que le arrancó información antes de matarla.

El Capitán General taladró a su hombre con la mirada. Lugón continuó hablando.

—Seguro que sabe mucho más de lo que aparenta. Me han confirmado que fue el último en hablar con ella. Si hay algo más de la conspiración contra vos y nuestra misión, a buen seguro de que él es el único conocedor.

*Matamoros* paseó nervioso por la estancia. Se mesó los cabellos y finalmente la ira fue sustituida en su voz por un tono más calmado y astuto.

—Ahora veo porqué ese empeño en recorrer los burdeles, sabía de su existencia y la estaba buscando. ¡Está bien! No haremos nada. Lo que ese cura ha estropeado difícil arreglo tiene ahora. Ya me encargaré yo en su momento de sonsacarle cuanto sabe al respecto.

—Y después ¿qué haremos con él?

Sotomayor sonrió antes de contestar a su hombre.

—La selva puede ser muy peligrosa y lamentablemente puede ocurrir cualquier *desgracia*… Y ahora, sigamos con el plan previsto. ¡Que parta la tropa!

Lugón saludó con respeto a su superior y salió de la estancia dispuesto a cumplir inmediatamente la orden que acababa de recibir.

Dos horas después, hasta el último de los soldados había perdido la visión de la ciudad de Santo Domingo. El ejército se había puesto por fin en movimiento. Un pequeño grupo de oficiales

a caballo, comandado por Vicente Sotomayor y su inseparable Lugón encabezaba la columna, tras ellos, los guías taínos y trescientos de los mejores infantes del ejército de Castilla, los hombres de *Matamoros*. Tras ellos los carros y las mulas con los pertrechos. Los quinientos hombres que había aportado el Gobernador, una compañía completa, cerraban la marcha. Por orden expresa del Gran Capitán, el número de esclavos y sirvientes acompañantes, se había reducido considerablemente. Hubiera preferido no llevar ninguno, pero los necesitaba.

El padre Landa y su criado montaban dos burros famélicos. Era la *recompensa* de *Matamoros* por airear sus planes. Sin embargo, el monje en ningún momento se había dado por aludido. Más bien, parecía encantado con formar parte de la campaña, al precio que fuera. Cabalgaba visiblemente orgulloso entre los hombres de armas, como uno más. Quedaban muchos días de penoso viaje por caminos a través de la selva, con aquella temperatura asfixiante y con mosquitos que no les abandonaban ni a sol ni a sombra, y había que reservar todas las fuerzas posibles. Su misión era lo único que importaba y hasta la fecha había conseguido todo lo que se había propuesto. Se sentía ungido por la gracia de Dios y por la Divina Providencia, que en ningún momento le había abandonado.

Peciña se hallaba a proa cuando la voz del vigía anunció el avistamiento de tierra. El sol había comenzado a salir por el este y aun brillaba alguna estrella en el firmamento.

Desde hacía unas horas el barco entero era un hervidero de rumores al haberse visto la víspera gaviotas rondando el navío, lo que no podía significar otra cosa que hallarse cerca de la costa.

Corrió hacia el camarote en que se hallaba Utrera y le imaginó yaciendo con Valeria. Reprimió un juramento y golpeó con fuerza la puerta.

—¡Don Luis! —llamó—. ¡Mi señor! ¡Tierra a la vista! ¡La Española!

Instantes después Utrera salió del camarote con su torso desnudo como un marino más, exhibiendo sus carnes blancas y flacas. Al ver a su hombre de confianza y el trajín que poblaba el barco sonrió con franqueza.

—¡Al fin! —exclamó el terrateniente—. Ya es casi mío, Manuel.

Utrera abandonó su compañía sin dejar de sonreír y se encaminó hacía el puente a grandes zancadas.

Valeria salió poco después. Aun llevaba la ropa de cama y su piel lucía un aspecto mortecino. Aun con todo, Manuel la habría tomado allí mismo.

—Parece que el viejo lo ha logrado —exclamó a modo de saludo.

Manuel la miró. A pesar de su aspecto cansado, estaba hermosa.

—¿Me habéis echado de menos, *mi señor*? —dijo la mujer en tono burlón. El cabello, ligeramente lacio le caía sobre el rostro, ocultando sus ojos.

Peciña no contestó.

—Yo sí te he echado de menos —continuó haciendo caso omiso del silencio—. Ni un solo momento he dejado de pensar en teneros sobre mí, en vuestro cuerpo...

—¡Calla! —ordenó Peciña—. ¿Quieres que nos maten?

—Ha de ser otro quien muera —sentenció Valeria con seriedad— Espero que no hayas olvidado la promesa que me hiciste.

—No, no la he olvidado —la deseaba con todas sus fuerzas—, pero ahora vuelve dentro. Pronto pisaremos tierra y una vez allí, ya habrá tiempo para cumplirla.

Valeria le miró una última vez. Se retiro el cabello de sus ojos y sonrió con malicia antes de cerrar la puerta del camarote tras de sí.

Lugón llenó la copa de su señor con un gesto de respeto. El campamento estaba terminando de instalarse y el alojamiento del Capitán General todavía no estaba listo. Vicente Sotomayor, sentado sobre un tronco caído, observaba a la tropa en sus quehaceres. Era la segunda noche de campaña desde que hubieron salido de Santo Domingo y los hombres aun no habían despertado por completo de la ociosidad en la que estuvieron sumidos durante la larga travesía y los días pasados en la ciudad. A una mirada experta como la suya no se le escapaba el *agarrotamiento* de sus hombres, aunque no le preocupaba en absoluto ya que, las agotadoras marchas y el duro trabajo, les harían volver a su sitio en un par de semanas. Lugón se alejó unos pasos para dar instrucciones a un cercano grupo de soldados y Sotomayor se quedó por un momento a solas, momento que aprovechó para barrer con la mirada el horizonte que se desplegaba ante él. ¡Qué distinto era aquel paisaje al que acostumbraba a ver en sus campañas! Se hallaban en un camino a cien escasos pasos de la selva, sobre una pequeña colina desde donde podía verse el inmenso mar verdoso, ahora ardiendo como una tea con la luz del ocaso reflejándose en el horizonte. La tupida y profunda espesura a sus pies, que se extendía hasta donde abarcaba la vista, le miraba desafiante con miles de ojos. Ahora que le esperaba la selva, entendía cómo Lobo, con tan solo un puñado de hombres había sido capaz de escapar, una y otra vez, de cada intento de atraparle que se había organizado. En aquel lugar, ocultarse podía resultar un juego de niños. El veterano militar estaba seguro de que en aquel momento podría estar siendo observado, sin mayor peligro de ser descubierto por quien lo hiciera. Vio acercarse a su segundo, apuró la copa de vino y se levantó como accionado por un resorte. Escupió al suelo con saña y se encaminó hacía él a grandes zancadas.

La humedad y el calor que habría de acompañarles durante todo el camino aun no habían pasado factura a los hombres, que bebían y reían con ganas junto a las numerosas hogueras que habían comenzado a brillar en la noche. No obstante, el curtido militar sabía que a medida que pasaran los días, el cansancio iba a terminar por hacer mella en la tropa y que, por ello, no iba a tener más remedio que dar la orden de hacer más paradas de las acostumbradas. Ese relajo le

exasperaba, pero era inútil oponerse a la naturaleza implacable, de la misma manera que sabía que no era posible presentar batalla con sus hombres exhaustos, por mucho que aventajara en número y preparación al enemigo. Esos fueron sus únicos pensamientos, hasta que llegó a la tienda que acababa de terminar de montarse para él en el centro del campamento y donde le recibió su lugarteniente que le acompañó dentro de la misma.

—Lugón —dijo nada más acceder al interior.

—¡Mi señor!

—Una vez me preguntaste por los informes que me entregó el mismísimo rey Don Fernando, sobre Pedro Lobo ¿llegaste alguna vez a leerlos enteros?

Lugón negó con la cabeza y *Matamoros* se puso a rebuscar en uno de sus baúles para alargarle un documento con el sello de la Corona.

—¡Pues ahora puedes hacerlo!

El lugarteniente se apresuró a desplegar el legajo. En efecto, se trataba de un informe redactado por algún espía del de la Corona y que comenzaba relatando las costumbres y usos de Lobo:

***Tiene ya cumplidos los treinta y siete años, es de gran talla y fuerte, aunque no entrado en carnes. Mal agestado, pelo ensortijado, cara enjuta y nariz aguileña, de mirada penetrante y fija, la cual cuesta mantener y con la sensación de que te traspasa con ella, especialmente cuando está enojado. Dicen que duerme poco y con un ojo abierto, por lo que parece estar siempre en vela y que bajo su almohada nunca falta una daga. Camina mucho a pie y cargado de mucho peso. Muchas veces anda con dos cotas de malla bien pesadas, espada y daga, celada de acero, y su arcabuz y ballesta, uno en cada mano, otras veces con un peto.***

***Siendo niño fue educado por curas y recibió instrucción. Solía tener buena caligrafía y es bien educado cuando quiere, pero también puede ser duro e implacable.***

***Ha sido herido varias veces sirviendo en los ejércitos de Castilla. De una de aquellas heridas le quedó una ligera pérdida de uso del pie izquierdo, lo que le produce una pequeña cojera, que solo se manifiesta cuando pierde la cuenta de disimularla.***

***Nacido en la villa vizcaína de Lequeitio es el segundo hijo de una familia acomodada. Como fuera destinada la herencia a su hermano mayor, sus opciones fueron el sacerdocio, la gran ciudad o buscar fortuna como soldado. Eligió las armas. Después de un tiempo viviendo en varias partes de Andalucía, donde se hizo oficial del ejército, y a base de demostrar repetidas veces su valía en numerosas campañas, terminó ascendiendo a Capitán. Tuvo ocasión de escuchar de primera mano cuanta noticia llegaba sobre el Nuevo Mundo, adonde terminó trasladándose en busca de fortuna. Fue uno de los oficiales que, bajo el mando del Gobernador Nicolás de Ovando, sofocaron la rebelión de 1500 en La Española, y era un oficial muy bien considerado hasta que, tras la detención, tortura, juicio sumarísimo y ejecución de su amigo el Capitán Felipe Molinero, se desencadenó su rebeldía convirtiéndose en un fuera de la ley. Reunió en torno a sí a un grupo de desheredados, esclavos redimidos a los que legitimó como iguales, indígenas taínos sin cacique a quien servir y otros perjurados a los que llamó La Manada (desde entonces su manada), y así mismo Lobo, renegando de toda su vida anterior y renunciando desde entonces a su condición de soldado e incluso a sus apellidos legítimos, pues ha repudiado a su rey e incluso a su familia verdadera, hundiéndoles en la peor de las vergüenzas.***

***Así es como terminó convirtiéndose en proscrito y como tal, se puso precio a su cabeza y se le ha perseguido sin descanso. Desde entonces, su vida se ha convertido en una huída continua.***

***Nos consta que le siguen, al menos, dos centenares de hombres, mujeres y niños.***

***De esta forma hace sus maldades: golpea y huye. No planta cara, pues sabe que tiene las de perder, ya que su fin último es la supervivencia de su gente. Obtiene su sustento atacando los intereses de la Corona, a la vez que ayuda a los indígenas que, pese a correr el riesgo de ser castigados por ello, le brindan su ayuda incondicional allí por donde***

***acierta a pasar. Su leyenda en la isla se va haciendo cada vez más grande y su influencia comienza a expandirse por otras islas, por lo que pedimos a vuestra Majestad que mande disponer todos los medios necesarios para acabar con él de una vez por todas y esto dando ejemplo, pues se ha llegado a convertir en una seria amenaza y podría alentar a otros como él en otras partes. Todas las veces anteriores en las que se le intentó prender fracasaron, por lo que os suplicamos enviéis a lo más escogido de nuestro ejército y que para ello no escatiméis gasto alguno. Para comandar tal cometido, os proponemos al Capitán Don Vicente Sotomayor, al que de sobra conoce Vuestra Majestad y que, además de su probada fidelidad absoluta hacia la Corona, odia a muerte a los traidores y conoce en persona al renegado, al que se la tiene jurada.***

***No podemos terminar esta crónica sin hacer mención a los otros dos también capitanes que le siguen al insurrecto como sus segundos desde el principio, Otilio de las Casas y Leandro Córdoba. También creemos que pudiera haber hasta otras dos docenas más de españoles renegados; la mayor parte de ellos, antiguos hombres de armas sin los cuales hubiera sido imposible la instrucción militar de tan variopinto grupo y su supervivencia durante tanto tiempo.***

***Os recordamos que una de las traiciones más osadas de Lobo, fue el asesinato del corregidor Don Celestino Izquierdo, uno de sus primeros y más fervientes enemigos. Lobo lo mató mientras este aliviaba sus necesidades en los corrales de su casa. Con esta acción, consiguió tiempo para escapar, ya que descabezó el ejército que le perseguía y además consiguió acabar con la amenaza más seria que había tenido, hasta aquel momento.***

***Esta acción ha de interpretarse, a nuestro modo de ver, como que Lobo prefiere golpes de efecto como este que ahorran derramamiento de sangre y tienen la misma eficacia, por lo que siempre que puede intenta evitar la confrontación directa con el ejército, en la que siempre llevaría las de perder, por viajar con mujeres y niños que ralentizan la marcha y le convierten en vulnerable. Por eso mismo estamos convencidos de que, llegado el momento, sería capaz de todo, incluso de sacrificarse a sí mismo por salvar a su gente, debilidad que ha de tenerse en cuenta cuando se emprenda campaña contra él.***

Lugón tendió el legajo a Sotomayor quien se limitó a plegarlo despreocupado y devolverlo a su lugar con total inexpresividad en su pétreo rostro.

—Y bien —preguntó— ¿Qué opinas?

Lugón se encogió de hombros a la par que respondía.

—No dice nada que ya no sepamos de él, mi señor. Sí. Es una pieza codiciada, pero solo por lo costoso que su captura ha resultado hasta la fecha. Le superamos en número y es vulnerable. No creo que nos cueste demasiado dar con él y derrotarle.

—¡No hay enemigo pequeño Lugón! —interrumpió *Matamoros* de mal talante—. Eso nos llevaría a subestimarle y ese puede ser un error que paguemos muy caro.

Vicente Sotomayor recorrió nervioso la tienda con la mirada. Fuera, los sonidos de la selva llegaban amortiguados como un monótono zumbido. Entonces se agarró con sus enormes manos al poste central que sostenía la tienda y alzó su mirada al techo como sumido en un trance. La luz de las antorchas alargaba las sombras en la tupida lona. Lugón se atrevió a añadir un comentario.

—A su manera es un hombre de honor, ya que se echó al monte para vengar a un camarada.

—Y eso mismo fue lo que le convirtió en traidor. —Exclamó Don Vicente de improviso—. Fray Nicolás de Ovando, caballero de la orden de Alcántara, fue primado por los reyes para ser el legítimo Gobernador de Santo Domingo. Había vuelto a reconstruir la ciudad, destruida por un huracán, al otro lado del río Ozama. Desde entonces, hizo agrupar a los colonos en ciudades, ciudades que como Azua de Compostela mandó fundar él mismo. En resumen, fue quien trajo la civilización a esta parte del mundo. Como ves Lugón, hizo mucho por España y por sus reyes. Si para conseguirlo tuvo que cometer atropellos a indios, esclavos e incluso a cristianos o no, no es algo en lo que un soldado deba inmiscuirse. Al contario, un soldado debe limitarse a obedecer las órdenes y no a cuestionarlas. El Capitán Molinero, al que no llegué a conocer personalmente, no cumplió su obligación y por ello, la respuesta de Ovando no se hizo esperar. En cuanto tuvo una oportunidad, lo mandó prender con el fin de quitarle de en medio cuanto antes. Bien es cierto que fue acusado falsamente de alta traición y de ser cabecilla de una inexistente conspiración contra el mismo Gobernador, pero, sin duda, merecía el castigo, pues, repito, el hecho de cuestionar las

órdenes convierte al soldado en traidor. Además, fue una medida preventiva con la que fray Nicolás solo pretendía dar un escarmiento y no hacer una purga.

El discurso del Capitán se detuvo ante la entrada de uno de sus hombres que traía la cena. Una vez el soldado se hubo retirado, Sotomayor indicó a su segundo que le acompañara y ambos tomaron asiento en una banca corrida.

*Matamoros* llenó los vasos y retomó su relato en el mismo punto donde lo hubo dejado:

—Tras la ejecución de Molinero, Pedro López y los demás detenidos fueron liberados, pensando así Don Nicolás que el incidente había concluido, pero por el contrario, Lobo estaba ya muy trastornado. Tras saber del ajusticiamiento de su amigo, lo primero que hizo fue intentar llevarse el cuerpo para enterrarlo cristianamente, lo que se le prohibió puesto que, según la ley, no podía dársele sepultura hasta pasados los nueve días perceptivos. En lugar de acatar las órdenes, y seguido de un puñado de incondicionales, se encaminó al palacio del Gobernador, llamándole asesino y jurando venganza. Las espadas brillaron, corrió la sangre y terminó huyendo a la selva. ¿Ves Lugón?, una vez en libertad debía haberlo dejado estar. Lo hecho, hecho está. Pero no. Tenía que rebelarse también y eso es lo que lo convirtió a su vez en traidor… Y ese es el final de la historia y el comienzo de la leyenda. De Pedro Lobo. Desde ese día tiene puesto precio a su cabeza y, para dar con él y vencerle estamos aquí.

Aunque conocía de sobra la historia, Lugón se aseguró de que su admirado jefe había terminado la narración y decidió que era el momento de formularle otra pregunta que hace tiempo le rondaba por la cabeza.

—Mi señor, ¿y por qué *La Manada*?

El Capitán reflexionó unos segundos antes de contestar. Fuera el rumor del campamento se filtraba débil.

—Pedro López siempre dijo, que nunca habrían capturado a su amigo de haber estado rodeado de sus camaradas, que pudieron prenderle porque estaba solo. Así que, desde entonces, nunca se separa de sus hombres. Dicen que es lo que le da su fortaleza y su osadía. Siempre atacan y se defienden en grupo, conviven todos juntos y solo confían en ellos. Nunca están solos. Viven como si fueran una manada, *La Manada*, y por eso lo de lobo, Pedro Lobo. Como ves, aunque es la

primera vez que piso ésta tierra, conozco lo sucedido y mejor que nadie, he de decir. No en vano le conocí en España hace años y hasta llegué a combatir a su lado, pero eso es otra historia.

El silencio se apoderó del interior de la tienda. Los restos de la cena se esparcían sobre la mesa y ambos salieron al exterior. La brisa que envolvía el campamento cómo un refrescante regalo, se detuvo de repente y volvieron las nubes de insectos. Don Vicente escupió al suelo y maldijo a viva voz:

—Ya ves, Lugón. Henos aquí. En la otra punta del mundo lidiando el calor y los mosquitos, en lugar de batallar contra hombres y espadas, y todo para arreglar un problema creado por uno de esos políticos del demonio. Vive Dios que si de mí dependiera los pasaría a todos a cuchillo sin mediar palabra, pero ¡la misión de un soldado es obedecer y su vida se debe a la disciplina! Y nuestra obligación es atrapar a uno de los nuestros convertido en traidor, que es lo más bajo en lo que puede acabar convertido un soldado, y por ello merece nuestro desprecio y la justicia del rey.

Lugón asintió con vehemencia.

La noche vistió de negro el inmenso mar verdoso que se alzaba ante ellos, formando fantasmales figuras púrpuras con las siluetas de los enormes árboles.

Incluso de noche, aquel era un extraño paisaje, pensó Sotomayor.

Armand Batelier, Capitán de *La Negra*, esperó pacientemente al anochecer para hacer la maniobra de aproximación a la isla. Bordeó la costa y, completamente a oscuras, dirigió con gran pericia la complicada operación de introducir su carabela en la pequeña cala que previamente había elegido. Era el escondite perfecto, se felicitaba por haber dado tan pronto con aquella guarida. Sin embargo, Luis de Utrera le había estado aburriendo literalmente con su impaciencia. Con mucha diplomacia y con más gestos que palabras, le había hecho saber, una y otra vez, que hasta encontrar el lugar adecuado no tenía intención alguna de acercar su nave a la costa. Don Luis, Peciña y todo su séquito se morían de impaciencia por volver a pisar tierra firme, pero Armand Batelier supo ser, aunque parco en explicaciones, convincente en grado sumo. Tal y como le dijo al terrateniente, no

estaba dispuesto a correr el riesgo de que alguien viera acercarse la carabela a tierra sin la autorización pertinente. No se jugaría el cuello por unas miserables monedas.

Una vez La *Negra* hubo fondeado y dando el trabajo por finalizado fue en busca de Utrera.

—Mi barco está donde tenía que estar, según lo pactado. Es noche cerrada y estamos a unas dos leguas de la ciudad. Al amanecer podréis poneros en marcha. Yo he cumplido mi parte.

—La primera parte del trato —le recordó el terrateniente—. Mañana enviaré a Peciña con unos hombres a hacer indagaciones y a su regreso todos abandonaremos la carabela.

—*¡Voila!,* que cojan el batel. A mí solo me queda esperar aquí.

—Armand, en confianza, ¿qué posibilidades tendríamos si vinieran por nosotros?

—¿Aquí? —el marino miró a su alrededor resoplando—. *¡Mon Dieu!*, mi carabela saldría tan rápido de ésta cala que no verían ni su popa. Por eso hemos tardado tanto en atracar, está preparada para salir, y mis hombres también.

—Eso me complace.

—Entonces, mientras os ocupáis de *vuestros asuntos*, me encargaré mañana mismo de que mi gente comience a aprovisionar *La Negra* para el regreso.

—Para eso tardaremos aun.

—He llegado a ser tan viejo por ser tan precavido *mon ami*.

—Yo también… yo también —Era un aviso.

Lucía se levantó con paso lento de la hoguera junto a la que se cobijaba, en compañía de Antonio y algunos taínos con los que había trabado amistad. Se acerco con la cabeza baja en dirección al fuego en el que descansaba Pedro Lobo con sus lugartenientes y tosió reclamando su atención.

—Don Pedro —dijo en un tono tan cortés y respetuoso como impropio de ella—. ¿Podríais concederme un instante de vuestra atención?

El grupo prorrumpió en una sonora carcajada ante el excesivo tratamiento dado a su líder que, en modo alguno, era utilizado por nadie de aquella comuna. El propio Lobo estuvo tentado de rectificar a la joven, pero divertido decidió seguir la corriente a la muchacha y con un gesto igualmente excesivo le invitó a dar un paseo.

El aire soplaba con ráfagas intermitentes sobre sus cabezas y hacía susurrar a las copas de los árboles recordando una triste cantinela.

La pareja se alejó del campamento en dirección a uno de los numerosos riachuelos que surcaban la región.

—Tu dirás —inquirió Lobo apoyando su pie derecho sobre el tocón de un árbol caído.

Lucía pareció meditar unos instantes las palabras que habría de decir, palideció ligeramente y habló escondiendo el rostro en su pecho en un gesto pudoroso. En aquel breve intervalo, el forajido se percató de lo hermosa que aquella joven podía resultar.

—Yo… —comenzó Lucía de modo titubeante—. Tan solo quería pediros disculpas por las cosas que he dicho estos días. Convivir con vuestra gente me ha hecho darme cuenta de cuan equivocada estaba respecto a vos.

Un claro gesto de la mano de Lobo le indicó que esperaba más que aquellas explicaciones. Lucía tragó saliva y se mordió el labio inferior. Profundamente nerviosa por representar el papel de dama que tan poco acostumbrada estaba a interpretar, sus palabras sonaron, esta vez, más cercanas a la altanería con la que había tratado al forajido hasta aquel momento.

—Te he pedido excusas ¿Qué más quieres?

—¡Vaya! —exclamó divertido el proscrito—. ¿Dónde habéis dejado ahora el *Don Pedro* y vuestra cortesía?

Lucía maldijo entre dientes antes de girar violentamente sobre sus talones y abandonar la escena.

—Ya veo que ha sido un error pensar que un patán como tú podría tener un ápice de caballerosidad —exclamó de mala gana alejándose sin molestarse en darse la vuelta.

Pero no avanzó demasiado. El brazo de Lobo la agarró por la muñeca, obligándole a girar sobre sí misma para quedar tan cerca del hombre que sentía nítidamente su olor, erizándole el vello del cuello.

—Acepto vuestras disculpas —dijo sonriente Lobo—. No hemos tenido precisamente un buen comienzo, pero confió que en el futuro nuestra relación sea menos belicosa.

El hombre posó sus ojos en los de la joven antes de soltar su brazo y Lucía sintió un extraño hormigueo en el estómago.

—Ahora descansa. Mañana nos espera un día tan duro como el de hoy —añadió el proscrito a modo de despedida.

La joven le vio alejarse entre la espesura y perderse en la oscuridad, que tan solo las agonizantes hogueras del campamento se empecinaban en romper. ¿Había estado a punto de besar a aquel hombre? ¿Lo había deseado realmente o había sido un espejismo?

Alzó su rostro en dirección al cielo nocturno, intentando con ello sacudirse aquel extraño sentimiento que latía con fuerza en el pecho. Sobre su cabeza las estrellas centelleaban mortecinas como una gigantesca capa cosida de perlas.

Siete jornadas después de partir de Santo Domingo, el Capitán general Vicente Sotomayor y su ejército se hallaba ya a una legua escasa de la ciudad de Azua; el lugar desde el que se iba a lanzar la ofensiva. Para evitar cualquier distracción que perturbase la disciplina de la tropa, se dieron las órdenes preceptivas para acampar a las puertas de la ciudad y a distancia de la costa. Un emplazamiento escogido donde la tropa quedaría acuartelada hasta nueva orden, por lo que quedó prohibido a todo soldado acercarse a la población so pena de recibir dos docenas de latigazos. En ningún caso, Sotomayor fue tajante, aquella parada en la marcha debía suponer relajo alguno para la soldadesca, por lo que se organizaron tareas para evitar cualquier distracción, en la medida de lo posible. Los hombres, como de costumbre, se seguirían levantando al alba y se les mantendría ocupados durante toda la jornada, sin permitírseles más descanso que el estrictamente necesario, en tanto en cuanto llegaba la orden de partir. Por ello se establecieron rigurosos turnos de guardia ya

que *Matamoros* no quería correr ningún riesgo. El lugar podría estar poblado de espías o simpatizantes de Lobo.

Si para los hombres de *Matamoros*, la caminata entre la densa espesura resultaba una penosa tarea, sorteando un terreno agreste entre las pastosas raíces que poblaban la selva e invadían el polvoriento camino, no era menos duro para los regulares que además eran los encargados de la intendencia o, lo que es lo mismo, de acarrear grandes pesos. A todo ello se sumaba el hecho de cerrar la marcha, con la consiguiente penalidad añadida de soportar la densa polvareda levantada por quienes les precedían. Aquello había terminado por encender el ánimo de los soldados del Gobernador que se sentían como meros criados de los hombres de que viajaban delante.

El ejército quedó acuartelado esperando noticias de la caballería, de la compañía que comandaba Estanislao Ferreira y de las dos carabelas. Aquella estrategia, meditada de antemano, tenía como propósito coordinar con el resto de las fuerzas el momento de iniciar el ataque.

Al anochecer, las fogatas que comenzaron a poblar la arena como estrellas rojizas, se encendían con débiles chisporroteos que retaban a la inexorable oscuridad que se acercaba. Los hombres, cansados, se arremolinaban junto a ellas con rostros que mostraban el esfuerzo realizado durante la jornada.

Vicente Sotomayor, de pie junto a una espigado árbol de caoba, contemplaba el sol, convertido en una inmensa bola cobriza que teñía de sangre el mar en la lejanía, cuando le sobresaltó la llegada de su lugarteniente.

—Mal asunto si además de contra los hombres de Lobo hemos de luchar contra la fatiga, señor —dijo a modo de saludo.

Por toda respuesta Don Vicente gruñó mostrando su asentimiento.

—Sabíamos a lo que veníamos y no olvido que los hombres están agotados, pero no podemos permitirnos ningún relajo entre la tropa. No tan cerca del momento de la verdad —se defendió Sotomayor.

— Los hombres no están acostumbrados a ir tan cargados con este maldito calor, recorriendo tanta distancia por jornada como estamos haciendo. Podríamos llegar a tener que pelear muy debilitados.

*Matamoros* escupió con desgana.

—No creas que no es una de mis preocupaciones, pero hemos de movernos deprisa antes de que Lobo consiga buscar refugio en las montañas o tendremos de esperar a que el hambre le haga bajar de nuevo y eso significaría semanas. Si seguimos el plan a rajatabla y no nos retrasamos, lo atraparemos como a un conejo y antes de que enferme la tropa. Esta campaña será rápida.

—Lo sé, señor —respondió Lugón—, pero los hombres se preguntan porque estando tan cerca de Azua no les son permitidas ciertas licencias en vez de tratarles como a monjes.

—¡Voto a tal! —bramó el Capitán golpeando el tronco del árbol en el que se apoyaba—. ¿Desde cuándo se cuestionan mis órdenes?

—Nadie las cuestiona, mi señor. Son solo habladurías a consecuencia del esfuerzo y no han sido nuestros hombres, sino la tropa de regulares del Gobernador de quien en verdad provienen. Vos mismo ordenasteis que cargaran con la mayor parte del peso y eso parece haber herido su orgullo.

Sotomayor blasfemó para sus adentros.

—Si esa gente no sirve ni como bestias de carga deberíamos colgarlos de cualquier árbol, antes de que minen con sus quejas la moral de nuestros hombres —Mientras hablaba, los ojos del militar brillaron con furia.

Su rostro se crispó durante unos instantes. En su cabeza parecía estar tramando la manera de librarse de aquella molestia. Instantes después utilizó un tono más calmado.

—Traed ante mí a su oficial al mando —espetó mirando al cielo—. Le dejaremos claro cuál es su papel en esta misión.

El Capitán que comandaba la Compañía de Regulares del Gobernador era un sevillano en cuyos ojos se asomaba con fuerza el pasado morisco de su tierra. Moreno, de pelo ensortijado y de barba poblada de canas, si bien, no hacía demasiado tiempo que había pasado la treintena, se cuadró marcialmente ante Sotomayor. Este le miró de arriba abajo sin ningún reparo. Le examinó de pies a

cabeza, sin prisa, con sus ojos de depredador y decidió que no era tiempo para cortesías y que debía ir directo al asunto.

—¿Así que vos sois el Capitán al mando de la compañía que nos ha proporcionado el Gobernador? —preguntó Sotomayor.

El oficial dio un paso al frente y alzó su cabeza con la mirada perdida en el horizonte hasta quedar casi perpendicular con su cuello en un gesto de orgullo.

—Así es, mi señor. Guillermo Santamaría para serviros.

A *Matamoros*, el nombre del oficial que tenía enfrente le importaba menos que un pedo de vaca y decidió ponerle en su sitio, sin demora.

—Ha llegado a mis oídos que hay entre vuestros hombres quien se atreve a cuestionar mis órdenes sobre el cometido que tenéis en ésta misión. ¿Qué tenéis que decir?

El hombre del Gobernador dudó unos instantes y sus ojos se cruzaron con la inquisidora mirada del Capitán General, pero no se descompuso y respondió en un tono pausado.

—Con el debido respeto, señor. Ni yo mismo, ni ninguno de mis hombres ha mostrado, ni por un instante, duda alguna acerca de lo acertado de vuestras órdenes y me precio de haber acometido la tarea encomendada con la mejor disposición. Tan solo expresábamos nuestra queja por no llevar con nosotros un grupo más numeroso de esclavos o taínos a quien encomendar las labores de carga y por la prohibición de disfrutar de un bien merecido descanso en la ciudad.

—¿Así que transportar armas nos os parece una tarea propia de vuestra posición? —La voz de Sotomayor tronó interrumpiendo de nuevo las palabras del oficial—. Decidme, Don Guillermo, en vuestra opinión. ¿Cuál creéis que es el motivo para no incluir indígenas en esta misión?

Santamaría parpadeó un instante antes de abrir la boca para responder, pero las palabras de *Matamoros* le obligaron a guardar mutismo absoluto.

—La razón es, mi querido Don Guillermo, que no queremos correr el riesgo de llevar entre nuestras filas posibles simpatizantes de Lobo.

El oficial se limitó a asentir de modo manso mientras a su lado Lugón, sin duda divertido, le puso la mano sobre el hombro apoyando las palabras de su Capitán.

—Y si no llevamos suficientes indios o negros en esta misión —prosiguió *Matamoros*—. ¿Quién en vuestra opinión deberá encargarse de transportar los pertrechos?

Guillermo Santamaría no se molestó en expresar su parecer. Se limitó a escuchar como el terrible Capitán respondía por segunda vez su propia pregunta.

—Vos y vuestros hombres, Don Guillermo. Ese es el papel que jugáis en todo esto. Sois, ni más ni menos que simples bestias de carga —Sotomayor hizo una teatral pausa antes de proseguir y con todo su desprecio le dio la espalda, mirando a la lejanía—. Si yo os ordeno que saltéis por un acantilado, vos saltáis. Si yo ordeno que caminéis descalzo, vos camináis descalzo y si yo os ordeno que os adentréis en la selva sin provisiones y no regreséis hasta encontrar el jodido sudario de Nuestro Señor, vos me lo traéis o reventáis en el intento.

Una bandada de aves sobrevoló el campamento cuando Sotomayor volvió a darse la vuelta y se plantó a escasos centímetros del rostro del ahora pálido oficial.

—Vos y los vuestros no merecéis ni el peto que portáis. Sois un atajo de indisciplinados, pusilánimes y sebosos soldaduchos del tres al cuarto que no tenéis ni un ápice de mi confianza. Llegado el momento de la batalla se os asignará el cometido de menos importancia y cuando hayamos completado nuestra misión, os volveréis a encargar de cargar otra vez con los pertrechos. Estáis aquí únicamente por qué en un principio no pude contar con todo mi ejército, el Gobernador me ofreció su ayuda y yo se la acepté, y porque su majestad me pidió ser cortés con Diego Colón. Pero si escucho una sola queja más sobre vuestras tareas, si llega a mis oídos que uno solo de vuestros hombres duda lo más mínimo antes de cumplir mis órdenes lo haré colgar, a él y después a todos los demás, y yo mismo me encargaré de que vos regreséis en pedazos a Santo Domingo. Espero que os haya quedado claro, Don Guillermo, y ahora podéis retiraros.

Guillermo Santamaría, asintió con un templado gesto pintado en su rostro y se despidió con una reverencia calculada y hecha sin prisas.

Si Lugón y Sotomayor esperaban verle alejarse con las piernas flaqueándole y a punto de irse al suelo, mientras deshacía sus pasos, se debieron de llevar una gran decepción. Contrariamente, su paso fue calmado y sereno, y abandonó la escena con inesperada dignidad. Por algo, el Gobernador Don Diego le había prevenido de Sotomayor, que ni siquiera se había dignado a recibirle hasta

ahora, y ya había tomado buena nota de cómo se las gastaba el Capitán General. Ya llegaría el momento de saldar cuentas, pero ahora, estaba a las órdenes del Gobernador, que eran muy precisas y que él estaba dispuesto a cumplir al pie de la letra.

No muy lejos de allí, Landa y su criado se arrellanaban junto a un fuego, mientras las estrellas comenzaban a irrumpir en el firmamento.

Se sentía exhausto. La última jornada le había agotado sobremanera y su cuerpo mostraba en forma de cardenales la dureza de la misma. A decir verdad, desde que hubieron partido de Santo Domingo, el viaje había sido un infierno para él. Tal y como había imaginado, el trato con el que Sotomayor le dispensaba distaba mucho de pecar de favoritismo y, el paso que el ejército marcaba durante toda la marcha, le resultaba difícil de seguir. Empecinado en lucir su hábito de monje, el sudor le ahogaba y a su alrededor, atraídos por la pátina perlada que empapaba su cuerpo, los insectos se arremolinaban hambrientos. El calor y el polvo le hacían respirar con dificultad y ni siquiera ir a lomos de una montura aliviaba su carga, sino que más bien, las horas sobre aquel rucio desgarbado y flaco, resultaban un martirio para alguien tan poco acostumbrado a montar. Pero aguantaba. La certeza de saberse embarcado en aquella sagrada misión y en el notorio destino que le aguardaba le insuflaban ánimos de la flaqueza, y no habían sido pocas las ocasiones en las que los soldados se habían sorprendido, al ver como aquel curilla enclenque malgastaba fuerzas rezando durante la marcha. Aguantaba con una estoicidad que emanaba de su inquebrantable fe y del convencimiento de que aquel martirio era una prueba que habría de soportar para lograr la gloria a la que estaba destinado.

Pero si las interminables jornadas de marcha resultaban agotadoras, las largas noches no suponían para él alivio alguno. Obligado a pernoctar bajo el cielo raso y cubierto solo por una manta raída, que bien poco le aliviaba del frío nocturno, Bartolomé Landa no obtenía ni el descanso ni la paz anhelada al amparo de la noche. Más bien, aquel era el peor momento de toda la jornada. El sueño, esquivo debido a la fatiga que su cuerpo acumulaba, le sobrevenía a intervalos y cuando lo hacía, aun resultaba peor.

Las pesadillas habían comenzado a bordo de la nao *Esperanza de Triana*. Primero como sueños turbadores que, si bien le despertaban en mitad de la noche, no impedían que se durmiera instantes después. Pero a medida que iban pasando los días, los sueños habían cedido paso a las pesadillas que le perseguían en su camarote como espectros y le obligaban a pasar la noche en vela, deambulando sin rumbo de un lado al otro de la nao. Pesadillas con cuerpos mutilados, torturados, desmembrados… que le asaltaban con tétricas visiones de una carnicería, demasiado cercana en el tiempo, donde mujeres y niños, hombres y ancianos eviscerados, mostraban sus crueles heridas de modo burlón, recordándole un pasado del que no podía huir por mucho que se escondiera. Y aquella mujer empalada, obscenamente desnuda, con el madero asomando de sus carnes aceitunadas y las cuencas de sus ojos vacías, pero mirándole. Landa sabía que, a pesar de que los ojos de la joven yacían como dos grumosos trozos sanguinolentos junto a sus pies, ella le seguía mirando.

Como si las pesadillas tuvieran su foco en la isla, desde la llegada a La Española, se habían intensificado de un modo tal que sentía un pánico atroz a cerrar los ojos y quedarse dormido. Por eso, el padre Landa pasaría aquella noche, como las precedentes y las que vendrían después, en vela. Vagando por el campamento, como un fantasma, cuando aovillarse bajo su manta ante un cielo cuajado de estrellas y apretar con fuerza el cilicio no fuese suficiente para mantenerse despierto.

Un grupo de hombres comandado por Peciña desembarcó antes del amanecer en la pequeña playa. Tenían que recorrer a pie dos leguas hasta Santo Domingo, no llamar la atención y averiguar el emplazamiento de la lonja Rinaldi, la única posibilidad de obtener la información que buscaban. Peciña, tras la larga travesía, se sentía entumecido y necesitaba moverse. Apretó el paso.

—¡Compadre!, si sabes que no puedo seguirte ¿por qué me has traído contigo? —*Patavieja* se quejaba del ritmo que Peciña había imprimido a la marcha.

De pronto Manuel fue consciente de la cantidad de noches y días que habían pasado sin yacer con Valeria y de que por ello, estaba de muy mal humor. No entendía por qué el patrón había

decidido no enviarla también con él, pues era ella quien comandaba la Compañía Rinaldi, al menos sobre el papel. Empezaba a sospechar que ese motivo no había sido sino una excusa para traérsela a La Española y montarla cada noche. Valeria también tenía hechizado a Don Luis y por ello comenzaba a sentir celos. Cada vez encontraba más motivos para matar al patrón una vez llegara el momento. La voz de *El Portugués* le sacó de sus pensamientos.

—¡Llevamos semanas sin probar la *gracia de Dios*! Una paradita en una taberna nos hará bien a todos.

—¡No hay tiempo para eso! —rugió Peciña sin siquiera girar su cabeza.

—¡Don Luis no se va a dar cuenta, Manuel…!

—¡He dicho que no y no se hablé más! —sentenció.

A medida que avanzaban, el paisaje se tornaba cada vez más exótico ante sus ojos. Ninguno de ellos había estado antes en Las Indias, y todo cuanto habían escuchado de boca de los viajeros con quienes habían charlado en Sevilla se les antojó pequeño, muy pequeño. Los árboles, el color del cielo… todo les parecía como trazado por la mano de un artista preciso. Aquella era una tierra tan misteriosa como bella. Finalmente, tras una penosa marcha, ascendieron un pequeño cerro a cuyos pies se alzaba la ciudad.

—¡Mirad!, Santo Domingo. Hemos llegado —estalló *Patavieja* al divisarla.

—Ahora, a buscar el puerto y nada de *despistarse* —dijo Peciña—. Estad ojo avizor.

Tras preguntar un par de veces, encontraron la lonja fácilmente. No llamaron. Empujaron la puerta y se dividieron para registrarlo todo. A los pocos instantes, *Patavieja* y *El Portugués* arrastraban por los brazos a Pablo Campomanes. *Patavieja* le vació un cubo por la cabeza.

Peciña se llevó la mano a la nariz.

—¡Qué peste! ¿Qué había en el cubo? ¿Orines?

Campomanes abrió los ojos pesadamente.

—¿Quiénes sois vosotros? —tartamudeó.

Peciña, con un gesto, ordenó ponerlo en pie y le propinó un sonoro puñetazo que lo devolvió al suelo, donde lo habían encontrado.

—¿Así cuidas la propiedad, borracho todo el día?

—Solo tengo que dar explicaciones a Don Luca y hace años que no le veo.

—¡Mientes! ¿Dónde está?

—No lo sé. ¿Quiénes sois vosotros? Antes de terminar de levantarse recibió otro golpe, ésta vez en el estómago. Volvió a caer al suelo emitiendo un lastimero quejido.

—Aquí hago yo las preguntas ¿Dónde está Luca Rinaldi? —Manuel ya había sacado su cuchillo de la funda.

—Hace tres años vino solo, preguntó por la región del sudoeste y por un gran lago, aquí nadie sabíamos más que vaguedades y se fue. Es el patrón. A mi no me da explicaciones.

—¿Ha venido alguien preguntando por él?

—Si así fuera no os lo diría.

—Manuel, ¿le zurro la badana? —preguntó burlón *Patavieja*.

—No, si han venido esos dos les ha dicho lo mismo. No sabe más, estoy seguro, levantadlo.

Manuel ya tenía el cuchillo a un palmo de Campomanes cuando *El Portugués* le interrumpió.

—Don Luis dijo que fuéramos discretos.

—¡Es verdad!

Los cinco hombres se alejaron a buen paso. Tras ellos dejaban el cadáver de Pablo Campomanes hundido en el pozo.

—Un borracho que se ha caído dentro del pozo y se ha ahogado. Nadie le llorará —comentó con sorna *Patavieja*, sin darse siquiera la vuelta.

—Discreción quería el amo y discretamente hemos arreglado el asunto. —Ambos rieron. Sin embargo, en su interior, Peciña se lamentaba de no haberle podido cortar el cuello, como le había pedido su instinto.

## 33

Era la tercera noche que acampaban en la afueras de Azua y Lugón acababa de despachar con los mensajeros. Las noticias que recibía sin parar eran inmejorables. Alfredo Ruiz acababa de llegar con sus jinetes al punto acordado y la compañía comandada por Estanislao Ferreira estaba ya muy cerca de su meta. A todos los efectos eran considerados como una compañía pese a tener la mitad de los hombres que normalmente conforman una. Se trataba de doscientos cincuenta infantes, cien de los cuales habían sido elegidos personalmente por el propio *Matamoros* y el resto regulares del Gobernador, aunque los mejores entre ellos. De ello se había encargado personalmente Lugón. Habían hecho un impresionante recorrido a marchas forzadas por terreno irregular, portando solo aquello que podían transportar sobre sus hombros, sin animales de carga ni esclavos. En tan solo quince jornadas de marcha ya estaban casi en el punto acordado. Habían rodeado las montañas por el sur pero a considerable distancia del camino recto, que era el que estaba siguiendo el cuerpo principal del ejército, y con poco más que sus armas. Lugón estaba satisfecho, y una franca y ancha sonrisa en su rostro así lo demostraba. Cuando terminó de hacer los cálculos, estaba visiblemente impresionado. Habían estado caminando casi tres leguas diarias por aquel terreno inhóspito. Vicente Sotomayor salió de su tienda, tras descansar después de la comida. Ambos militares improvisaron una pequeña reunión.

—Mi señor, hemos recibido informes del Capitán Ferreira y de Alfredo Ruiz y sus jinetes.

*Matamoros* preguntó sin necesidad de despegar los labios.

—La caballería está ya en la posición acordada y han llegado sin contratiempo. No se ha perdido ninguno de los cuarenta y seis caballos. Ahora simplemente esperan nuestra señal.

El Capitán General sonrió complacido. Lugón prosiguió su informe de modo mortecino.

—El Capitán Ferreira llegará al punto elegido mañana al atardecer.

—Sí que se ha dado prisa, a fe mía.

—Parece querer hacer méritos ante vos.

—Espero que no haya reventado a los infantes.

—Ahora tendrán un par días para descansar.

—¡Que así se haga! Los quiero enteros para entonces. ¿Se sabe algo de las carabelas?

—Todavía es pronto. Pero esperamos nuevas de un momento a otro.

—Cierto, solo han pasado quince días desde que salimos y ya estamos en Azua. Dos días más y nos pondremos en marcha y en otras dos jornadas más habremos llegado al río. Por lo que, si no se tuerce algo, la batalla será al amanecer del quinto día. Envía los mensajeros. Que estén todos preparados y en sus posiciones para entonces.

—Así se hará.

Así que el cuerpo principal *El Real Ejército de Indias*, capitaneado por Sotomayor y por Lugón, sumaba el millar de hombres entre los hombres de *Matamoros*, los regulares del Gobernador y esclavos y sirvientes nativos.

El orden de combate siempre solía estar establecido del mismo modo: tras el fuego de artillería, abrían paso arcabuceros y ballesteros, que eran los que *barrían* la primera línea del enemigo. Le seguían los piqueros, que con sus picas impedían al enemigo superviviente acercarse lo suficiente para combatir como iguales, tras ellos iban los rodeleros que se encargaban del combate cuerpo a cuerpo, incluso bajo las picas tendidas. Todo ello era una bien engrasada maquinaria de exterminio. En cada compañía había un alférez por cada cien hombres y un cabo de combate por cada diez. Aunque el número total de efectivos era pequeño, comparándose con los ejércitos habituales en Europa, aquella cantidad de hombres era lo más ajustado al terreno, al tipo de misión y de enemigo. Más soldados se habrían terminado estorbando unos a otros, así lo había considerado desde hace tiempo *Matamoros*, aunque no dejaba de lamentar que no procediera de sus tercios la totalidad de los mismos. Pero era una misión especial y especial estaba resultando todo lo que le concernía.

Armand Batelier dio la orden de fondear su carabela. Instantes después *La Negra* echó el ancla a una escasa milla de la costa, en un lugar no demasiado lejos de Azua de Compostela, última ciudad que habrían de ver antes de remontar el río.

Desde cubierta, Utrera lanzó un juramento y seguido de cerca por Peciña y *Patavieja* se encaminó con el rostro crispado en dirección al Capitán.

—¿Qué demonios sucede? ¿Por qué nos detenemos? —preguntó lanzando una mirada furiosa al francés.

—Cuando demandasteis mis servicios, debía recorrer la costa, tomar la desembocadura del río y remontarlo pero no hablasteis de esto —inquirió el marino señalando en dirección a tierra.

El terrateniente barrió con la mirada la franja de tierra que se abría ante ellos y divisó una nube de polvo elevándose en el horizonte.

—¿Qué… qué es eso? —balbuceó Utrera.

—*Eso*, es algo que no entraba en nuestro contrato, *mon ami*.

El terrateniente tomó el catalejo que le tendía el marinero y oteó la costa.

Por encima de una loma, una enorme tropa uniformada se abría paso por el polvoriento camino. Su marcha era regular y su aire marcial. Sobre sus cabezas ondeaban centenares de picas entre las que se distinguían claramente los pendones de Castilla, agitados nerviosamente por el viento.

—¡El ejército! ¿Aquí? —acertó a decir Don Luis.

—Así es. El ejército y no en número desdeñable. Esto es claramente una campaña militar.

Utrera, nervioso, se mesó el cabello. Los anillos que portaba en sus delgados dedos brillaron a la luz del sol en un destello plateado.

—Pero ese no es motivo para detenernos —protestó furioso.

—Yo diría que sí lo es —contestó el francés dando un paso en su dirección—. Por si no os habéis dado cuenta, se dirigen al mismo sitio que nosotros y os recuerdo que esta carabela navega en aguas españolas de forma ilegal, de forma que aquí se acaba nuestro trato. Si queréis continuar viaje deberéis hacerlo por vuestro propio pie.

—¡Os comprometisteis a llevarnos río arriba y esperar nuestro regreso, francés del demonio!

—No mencionasteis al ejército y mi vida y la de mis hombres, no vale todo el oro que podáis pagar y por tanto, nuestro acuerdo ha finalizado. Desembarcáis ahora mismo o regresáis a Europa con nosotros. Vos elegís.

Utrera se revolvió como un animal enjaulado y con una seña ordenó a sus hombres estar preparados para tomar posiciones de combate. Se giró sobre sus talones y miró al marino desafiante.

—¡Nos llevareis hasta el destino acordado con o sin el ejército de por medio!

—Vos sois un hombre de negocios —El francés trataba de calmar los ánimos—, y en los negocios, a veces se pierde. Deberíais entender mejor que nadie que ningún beneficio puede compensar un riesgo tan alto. Ese es el ejército de Castilla y es del todo imposible cruzar ante sus narices sin ser descubiertos, y os recuerdo que navegar en estas aguas sin licencia se paga con la muerte…

El discurso de Armand quedó suspendido por el rápido movimiento de Utrera, que tomó por sorpresa incluso a sus propios hombres, quienes tardaron unos instantes en tomar conciencia de lo que sucedía y sacar sus armas. Se abalanzó sobre el sorprendido Capitán con una velocidad inusitada para su desgarbado cuerpo y el resplandor acerado de una daga emitió un breve destello antes de posarse en el cuello del marino.

—Debí imaginar que un sucio francés no sería fiel ni a su propia palabra, pero ¡por Dios que la cumpliréis por las buenas o por las malas! —gruñó entre dientes el terrateniente.

En cubierta, los hombres desenvainaron en un acto reflejo y en un instante, el brillo del metal iluminó la mañana.

El francés apartó impertérrito, con un gesto casi delicado, el filo de la daga.

—No seáis insensato, Don Luis. Solo contáis con cuatro hombres y excepto Manuel, vuestro perro faldero, ya están a merced de mi gente. A menos que queráis acabar siendo pasto de los peces y que vuestra hembra tenga un más que *placentero* viaje de regreso en mi compañía y en la de mis hombres, os sugiero que retiréis vuestra daga, *mon ami*. Hacedlo y respetaré vuestras vidas.

El terrateniente lanzó una breve mirada los hombres que le flanqueaban y juzgó sus opciones. Tal y como aquel francés había anunciado, a su favor no tenía nada más que la daga que tenía en la mano y, para entonces, ya estaba seguro de que tras dar muerte al Capitán su tripulación le vengaría, pues ya habían demostrado su fidelidad a Batelier con la presteza con la que habían tratado de

defender su vida. Había perdido. Finalmente, apartó la daga del cuello del marino con resignación e hizo un gesto a Peciña para que bajase sus armas.

—Bien. —prosiguió Batelier pasando su mano sobre el lugar de su cuello en el que el filo había dejado una mancha rojiza—. Saldaremos este desagradable incidente sumando una buena cantidad a la ya pactada. Al fin y al cabo, como he dicho, los dos somos hombres de negocios. *Bien sûr*.

Poco después, *La Negra* maniobraba frente a una ancha y solitaria cala y, acto seguido, los cinco hombres y la mujer fueron conducidos a tierra.

Desde la cubierta de babor, Armand Batelier contempló impasible al pequeño grupo mientras la carabela se perdía en la lejanía.

—¿Qué haremos ahora, señor? —preguntó Peciña nada más poner un pie en la arena.

Utrera lanzó un somero vistazo a su alrededor. Las olas rompían con una inusitada fuerza sobre la fina y cálida arena y bandadas de aves sobrevolaban sus cabezas como destellos pálidos en el cielo azul.

—¿Ahora? —respondió el terrateniente—. Ahora toca andar, Manuel. Azua de Compostela no está lejos y si tenemos cuidado de eludir al ejército, no nos será difícil hacernos con monturas y provisiones.

Valeria, que había tenido a bien no intervenir en todo aquello, siguió callada, pues no era momento de hablar. Pero sin armas, ni dinero, el francés les había dejado literalmente abandonados en aquella tierra y, por un momento, sintió un estremecimiento. Buscó nerviosamente la navaja escondida entre su ropa. Nada más tocarla, consiguió tranquilizarse.

El grupo se puso en camino con Peciña a la cabeza, atravesando un grupo de dunas blancas como la nieve que marcaban el límite de la playa y adentrándose en la selva.

Vicente Sotomayor, Capitán General de *El Real Ejército de Indias*, montado sobre su corcel y flanqueado por Lugón, ordenó la partida del ejército. La impresionante maquinaria militar se había puesto de nuevo en marcha. Lugón trató de romper el ensimismamiento de su superior.

—Mi señor, las últimas noticias sitúan al renegado a dos jornadas.

—¡Bien, Lugón! —exclamó triunfal el militar—. Debe saber ya que estamos aquí y a lo que hemos venido. ¿Qué crees que le estará pasando ahora por la cabeza?

Lugón se encogió de hombros por toda respuesta y dejó que su superior contestará su propia pregunta.

—Pánico, Lugón. Miedo. Ganan más batallas las leyendas que las armas.

—¿Creéis que se rendirá? —preguntó el lugarteniente.

—No será tan fácil —Sotomayor escupió al suelo y se limpió los restos de la poblada barba con el dorso de la mano—. No se fiará del trato que le propondremos.

—¿Por qué estáis tan seguro de que no irán al norte donde le suponemos su escondrijo?

—Porque estamos demasiado cerca y viajan despacio, y acarrean mujeres y niños. ¿Qué otra cosa podrían hacer sino huir de nuestro empuje? Además Ferreira ya se habrá hecho notar. No. Sabe que el norte es un camino cerrado para él, y eso que no ha visto a los jinetes todavía. Empezará ya a ver nubes negras y se preguntará porqué hemos ido hacía él de forma tan directa. Imaginarnos donde estaba fue un juego de niños, pues atacó a los regulares media docena de veces en un radio de tan solo cuatro leguas. Su campamento tenía que estar necesariamente en el centro de ese círculo. Un buen mapa y la ruta hasta él no podía fallar. Dado que el norte le está prohibido por inaccesible, el este lo cubrimos nosotros y en el sur está el mar, solo les queda el oeste y ese es el camino que seguirá con nosotros pisándole los talones, pero debemos hacerlo de forma que impidamos que lleguen al río y lo crucen, Dios sabe por dónde, y que se nos escurran entre los dedos. Además ya lo leíste en el informe, tienen una pequeña embarcación escondida en algún sitio en la que podrían pensar en escapar, pero caeremos tan rápidamente sobre ellos que no podrán ni pensar en ella.

—Grijalva ha terminado de montar los morteros y las carabelas están listas.

—Lo sé, pero es mucho el territorio que deben cubrir, incluso contando con los más de cien infantes que ya están desplegados en la orilla del río. Por eso, ahora debemos apretar el paso todo lo posible para empujarles hacia nuestra trampa sin darles tiempo a pensar.

—¿Qué hay al otro lado del río, mi señor?

—Selva y más selva, según dicen, pero no nos incumbe, nuestra batalla no llegará tan lejos, ¡al amanecer del tercer día los habremos rodeado y concluiremos nuestra misión! Lobo será muerto o apresado y será él mismo quien decida como habrá de ser.

El sol despuntaba en el este y los cantos de las aves impregnaban la selva de tonos exóticos y misteriosos. No había ni rastro de nubes. El viento tórrido que procedía del mar anunciaba que iba a ser una jornada tan calurosa y sofocante como las anteriores.

—Y ahora partamos —ordenó *Matamoros* mirando al cielo—. Estoy deseoso por acabar el trabajo y dejar atrás esta isla del demonio.

Espolearon a sus monturas y se unieron a la marcha. El ejército se había puesto en movimiento con lentitud. Una serpiente gigantesca que ocupaba todo el valle y que producía una inmensa nube de polvo de color ocre, que ascendía mansamente y que se acompañaba de un estrépito que resonaba a leguas de distancia. Vicente Sotomayor observaba orgulloso a *su ejército*. Estaba ansioso por verse las caras con Lobo e intuía que el final de aquel traidor estaba cerca. Una inmensa emoción se apoderó de su ser. Azuzó su montura y se dirigió a la cabeza de la columna con el corazón desbocado en el pecho.

Una muchedumbre de taínos, mostrando más temor que curiosidad en sus rostros, rodeaba al grupo que avanzaba en dirección al improvisado cadalso. Landa, embutido en su hábito, abría la comitiva con paso lento. Las manos unidas a la altura del pecho, bajo las mangas entrelazadas en un gesto tenso y con el rostro severo, como cincelado en mármol y alzado al cielo en un rictus crispado, le conferían un aire pétreo. Los finos labios apretados, los huesudos dedos oprimidos en un nudo nervioso, los ojos ligeramente entornados. Llovía con furia y el camino embarrado le anegaba las sandalias, haciendo saltar pedazos de tierra empapada a cada paso, que se iban

quedando pegados al hábito. El agua se deslizaba por la capucha formando un reguero de suciedad. Su imagen, gris y austera se mimetizaba con el cielo, igualmente gris, que se derramaba sobre su cabeza. Olía a tierra húmeda y el cercano mar, abajo, chocando con fuerza contra la costa producía un ruido seco, como de crujir de huesos. Tras de él, otros dos agustinos, con el mismo gesto severo, eran flanqueados por una veintena de soldados de la guarnición de Santo Domingo pica en ristre, por si fuera preciso hacerle entender a aquel poblado de salvajes quien mandaba allí. Pero aquello no era necesario. Los indígenas, se abrían a su paso dejando a la comitiva acercarse a la mujer sin oponer resistencia. Ella, impasible, aguardaba en el cepo su llegada.

Cuando el cortejo llegó a su altura se detuvo y los monjes se retiraron las negras caperuzas, mostrando sus férreos rostros. Los soldados abrieron un claro entre el gentío y tomaron posiciones. Ella se limitó a buscar con sus ojos suplicantes a Bartolomé Landa. La mirada de aquella mujer reflejaba tanta perplejidad y asombro al verle a él comandando la comitiva, que algo en el interior del agustino se removió y, con esfuerzo, hubo de apartar sus ojos de ella. Aun desnuda y sucia, agazapada como un animal asustado, mostrando en su cuerpo los moratones que el cepo le había infringido, era bella. Tan bella y peligrosa como la primera mujer. Sí, ella era la Eva de aquel jardín del Edén.

Tan solo seis meses antes, Bartolomé había desembarcado en La Española para formar parte del, ya de por sí, nutrido grupo de clérigos en la isla. Santo Domingo era entonces una ciudad sin concluir, dónde lo cristiano y lo pagano se mezclaban a partes iguales en una tierra tan inhóspita como bella. Era un terreno puro para sembrar la fe. Si bien siempre fue reacio a abandonar su convento no pudo, ante la insistencia de su tío, sino aceptar el mandato camuflado de recomendación de labrarse un futuro en el Nuevo Mundo, tan solo unos pocos años después de haber sido descubierto. Por aquel entonces, las diversas congregaciones se disputaban el *pastel* de una tierra aun desconocida pero cuajada de almas.

Aun era joven, bien parecido, flaco y con un carácter reservado y unas maneras demasiado refinadas para los rudos habitantes que poblaban la nueva colonia. La Orden lo había sido todo para él, y lejanos estaban ya los días en los que fuera reclutado por su tío Álvaro siendo todavía un niño. Entonces llegaron sus años de estudios, primero en el convento y después en Salamanca. Lo

cierto es que la mayor parte de su vida había transcurrido entre los fríos muros de un convento. Aquella notable inexperiencia en la vida mundana, era un detalle que no pasaba desapercibido a los ojos de su mentor, quien se preocupó de buscarle un destino donde lograra la experiencia necesaria para el futuro que le tenía reservado. Sin embargo, los encontronazos con una cruda y descarnada realidad no tardaron en pasarle factura. Al principio, acostumbraba a pasar gran parte del tiempo sin salir de su celda. Así transcurrieron sus primeras semanas. Por fin, se le destinó a un poblado, situado al este de Santo Domingo y a menos de cuatro leguas de distancia de la ciudad, donde su Orden había comenzado la construcción de una pequeña misión. Su nueva situación no le permitió mantener intacta demasiado tiempo su inocencia. Los altercados producidos por los indígenas reacios a abrazar la nueva fe eran frecuentes y, si bien se limitaban a causar daños materiales, tales como echar abajo durante la noche los muros de adobe que tan penosamente se habían levantado durante el día o provocar pequeños incendios, la situación se terminó por hacer insostenible, por lo que la Orden, a través de Erasmo de Villena, su superior en Santo Domingo, hubo de solicitar ayuda a las autoridades. Como resultado, siete taínos fueron ahorcados en mitad del poblado y muchos más apaleados por los soldados hasta dejarlos tullidos, como si se tratara de animales a los que había que domar. Todos ellos fueron acusados, sin prueba alguna, de tales actos de sabotaje y castigados sin mediar ningún juicio, y todavía habrían sido más los condenados, de no haber sido por la intervención de aquellos agustinos ante tan desproporcionado castigo.

De cualquier modo, la contundencia con que se actuó contra los supuestos indios subversivos acabó con toda muestra de rebeldía y, a partir de entonces, la totalidad de los mismos, no solo abrazó la nueva fe renunciando a sus anteriores *zemíes* o ídolos páganos, sino que lo hizo en un grado de sumisión tal que, paradójicamente, terminó por encontrar en aquellos religiosos a sus salvadores. Sin embargo, Bartolomé Landa no volvió a ser el mismo. Aquel suceso le trastornó visiblemente. Pasaba los días taciturno y sin mediar palabra con nadie, no solo con el resto de miembros de su congregación, sino que rehuía, aun con mayor ahínco, la compañía de los indígenas, de quienes parecía desconfiar tanto como temer.

Se afanaba en las tareas que se le encomendaban como si tan solo la dedicación y el esfuerzo físico que requerían le proporcionasen una paz y una calma que no lograba de ninguna otra forma.

Se convirtió en un ser meditabundo y solitario, tanto que hasta llegó a ponerse en duda su fe, a la vez que se temía que hubiera contraído alguna de las nuevas enfermedades que asolaban la isla, entonces tan numerosas y desconocidas. Lo cierto es que su carácter reservado y su mutismo no molestaban a sus superiores y es que, a decir verdad, cumplía con sus obligaciones diarias con mayor afán y tesón que el resto. Se convirtió, por así decirlo, en una especie de alma en pena y deambulando por la misión como un demente. Hasta que apareció *ella*.

Cuando las primeras luces del alba se perfilaban sobre las copas de los árboles, los dos exploradores alcanzaron los riscos dónde *La Manada* había decidido descansar hasta el día siguiente. El campamento, inmerso aun en el sopor de la noche, se hallaba sumido en el silencio y la fatigada pareja fue recibida únicamente por los pocos que montaban guardia. Los rescoldos de las hogueras aun humeaban alzando débiles columnas grises al cielo.

—Dad aviso a Lobo de inmediato —alcanzó a decir uno de ellos, fatigado. Daba la impresión de que habían pasado la noche corriendo por la selva y sus rostros revelaban el agotamiento.

Instantes después Pedro Lobo, a medio vestir, salió a su encuentro. Él mismo había ordenado pocos días antes, a aquellos dos hombres, desandar el camino de *La Manada* en busca de señales de sus perseguidores, así como de cualquier información que pudiese ser de ayuda y, a juzgar por sus expresiones graves, las nuevas no eran nada halagüeñas. A ellos se unieron los hombres de confianza de Lobo, igualmente con aspecto de haber sido despertados de modo brusco. Entre los que se encontraban Otilo, Leandro Córdoba y Páez que miraban la improvisada junta con aire de preocupación.

—Nos siguen de cerca —dijo el recién llegado que antes no había abierto la boca—, y se mueven deprisa.

Lobo mostró una mueca de disgusto a la vez que caminaba unos pasos en dirección a un árbol cercano del cual arrancó una pequeña rama que habría de servir de puntero.

—Mostradme el lugar —exclamó tendiendo la rama a los recién llegados.

Uno de los exploradores cogió la rama y esbozó sobre la dura tierra un garabato que se asemejaba al perfil sur de la isla.

—Nosotros estamos aquí —dijo trazando una cruz en un punto de aquel improvisado mapa—. El ejército avanza veloz desde el este. Está aproximadamente aquí. A dos, tres jornadas de distancia a lo sumo.

La cercanía entre la primera cruz dibujada en el suelo y la nueva marca que representaba la amenaza sembró, durante unos instantes, la inquietud entre los presentes y el silencio se apoderó

del grupo. Por sus cabezas, planeó al instante la terrible certeza de que aquello solo significaba para ellos una exigua ventaja. Fue Lobo quien rompió el mutismo alzando la voz y visiblemente repuesto de la funesta nueva.

—Entonces nos encaminaremos al norte, a las montañas. Podremos llegar en tres o cuatro días y en esa zona no podrán seguirnos.

Las vehementes negaciones con la cabeza de los exploradores cesaron su discurso.

—Tenemos noticias de que por el norte avanza la caballería. También se han visto infantes. Se nos echarían encima desde arriba y no tendríamos ni una oportunidad.

Lobo maldijo a viva voz y de entre los árboles, una bandada de aves alzó el vuelo sobresaltada para perderse en poniente. Tomó el improvisado puntero y se colocó sobre el precario mapa. Su voz denotaba por primera vez un poso de incertidumbre que desconcertó a sus hombres.

—Así pues sur y norte son caminos cerrados. Solo nos queda el oeste: ¡El río!

Apoyó sus palabras trazando con un gesto nervioso y veloz, una curva que representaba a toda aquella región y el resultado, plasmado sobre la tierra correosa, heló la sangre de los presentes cuando se dieron cuenta de que les cercaba un arco inmenso y amenazador, sellando cualquier oportunidad de huida.

—Pero una vez llegados allí, tendremos que buscar un lugar por donde este se estreche. Lo que quiero decir es que, tendremos que recorrer la rivera hasta encontrar a un punto por el que lo podamos cruzar y será más que penoso con toda nuestra gente —continuó.

—Si hacemos eso que dices, y no encontramos el paso a la primera, el ejército nos alcanzará y no habrá escapatoria —apuntó uno de los exploradores.

El duro rostro de Lobo se contrajo en una mueca de desesperación. Durante unos instantes sus gestos fueron serenos y graves y de improviso, como accionado por un resorte interno, sus facciones se iluminaron con una débil sonrisa.

—Sí que la habrá —exclamó triunfante—. Aquí.

El cabecilla trazó una marca sobre la línea que representaba el río. Los presentes se miraron tan sorprendidos como esperanzados preguntándose. ¿Qué es lo que estaba tramando su líder? ¿Qué as iba a sacarse de la manga? Finalmente sus palabras les sacaron de dudas.

—En esta zona —señaló—, el río se pierde entre grutas subterráneas y meandros, y sus aguas son lo suficientemente poco profundas para intentarlo. —Sus ojos brillaron a la luz del sol que comenzaba a alzarse en el horizonte. Es allí donde debemos dirigirnos directamente.

—Pero, Pedro —inquirió Otilio pasándose por la nuca su ancha manaza—. Eso representa demasiadas jornadas, al menos cinco, y atravesando parajes incluso más agrestes que por los que nos movemos ahora, lo que convertirá el viaje todavía en más penoso, si cabe. Ya hemos escuchado a los exploradores: tenemos al ejército a menos de tres días de camino. Al ritmo al que nos movemos nos cazarían antes de llegar.

—Pues tendremos de viajar más ligeros —respondió Lobo con resolución—. Dejaremos aquí todo lo que no sea imprescindible: ropa, tiendas e incluso provisiones. No nos llevaremos nada superfluo. Descansaremos menos tiempo, comeremos sobre la marcha y viajaremos incluso de noche si es necesario. Si alguien no puede caminar, cargaremos con él.

Según avanzaba la improvisada reunión, los integrantes de aquel grupo, al que se había ido incorporando cada vez más gente de aspecto somnoliento, se miraban unos a otros con incredulidad. Hasta entonces el camino había sido duro, huyendo de los soldados, durmiendo en un sitio distinto cada noche, caminando por la selva cargados siempre con sus pocos enseres... Pero ahora, lo que su líder les estaba proponiendo era todavía más penoso y difícil, y solo un milagro conseguiría que llegasen a tiempo al paso del río. Antes de que el cerco del ejército les cerrase cualquier camino y cayesen en su trampa. La incertidumbre en los rostros era más que evidente.

—Sabéis el destino que nos aguarda si no lo hacemos —Las palabras de Lobo apuntalaron lo dicho anteriormente y nadie osó contradecirle—. El rey no ha enviado a todo ese ejército solo para capturar un grupo de rebeldes. Para él somos un estorbo y como tal nos aplastará. Hombres, mujeres, niños… Todos correremos la misma suerte ¿Vais a permitir que eso suceda? Tenemos una única oportunidad de salvarnos y tenemos de aprovecharla. Sé que solo somos hombres y lo que os estoy pidiendo parece tarea de dioses, pero no tenemos otra opción y si hemos de morir, que sea como nosotros decidamos.

El discurso de Lobo concluyó cuando estaba ya presente prácticamente la totalidad de *La Manada*. Los gritos que instigaban a seguir adelante comenzaron a sonar entre el gentío.

—¡Si el rey quiere nuestra cabeza que venga él en persona a buscarla! —se escuchó gritar a alguien.

—¡Antes reventados en el camino o ahogados en el río que cautivos! —contestó otra voz.

Bien pronto quedó clara la opinión mayoritaria. Seguirían avanzando hasta caer exhaustos. La rendición no entraba en los planes de *La Manada*.

Antes de que la muchedumbre se disolviera para hacer los preparativos de la marcha, uno de los exploradores se hizo oír entre la muchedumbre.

—Hay algo más que debéis saber —gritó a la multitud—. Hay un traidor entre nosotros.

Había sido bautizado como Santiago aunque ni él mismo conocía su verdadero nombre. Arrancado de la oscura África siendo tan solo un niño, había sido esclavo toda su vida y no era capaz de recordar nada de su vida anterior. Fue llevado a los confines del mundo conocido para servir de alimento y combustible de la inmensa maquinaria que España comenzaba a crear al otro lado del mar. Sin ningún derecho ni la posibilidad de tenerlo jamás, por el simple hecho de haber nacido al otro lado de la línea que delimitaba lo civilizado de lo salvaje.

Obligado a trabajar en las tareas más pesadas y siempre ingratas, a cambio de un poco de comida y de un techo miserable dónde dormir, molido a varazos cuando daba muestras de cansancio o cuando miraba con un gesto que el amo juzgaba osado o amenazador, el orgullo de su gente terminó por extinguirse en sus ojos, negros como su piel. Fue domesticado del mismo modo que un perro o un mulo y con el mismo resultado. Su fidelidad hacia el amo era tal que habría tirado del arado hasta la muerte si así se lo hubiesen ordenado. Santiago había aprendido, golpe tras golpe, que era inferior a ellos, a los que estaban al otro extremo del látigo.

Cuando los rebeldes asaltaron la hacienda en la que se hallaba y liberaron a los esclavos que allí vivían, confuso y sin ser consciente de lo que en verdad estaba sucediendo, se dejó llevar por la inercia y entró a formar parte de *La Manada*. Allí le hablaron de libertad. Le dijeron que solo por la cuna, no había hombre o mujer que mereciese mejor destino que otro y que la bondad y la maldad, no estaban escritas en el color de la piel. Pero Santiago, ni entendía ni deseaba esa libertad de la que sus salvadores le hablaban. Él tan solo conocía la vida en aquella hacienda de la que había sido

arrancado. La de los castigos y las recompensas, la de la mansedumbre y la sumisión, la del trabajo de sol a sol y la de aceptar su destino. Y así fue como llegó a odiar su libertad, porque era la que le convertía en enemigo de sus amos y por ello en enemiga suya. Aquellos renegados fueron los culpables de que no pudiera vivir de la única manera que conocía y aceptaba. A base de años de humillación y golpes, el miedo terminó por enquistarse en su corazón y por hacerle traicionar a su nueva familia. Ahora, frente a ellos, atado de pies y manos, en aquel claro de la selva, se sabía ya muerto y aceptaba dócilmente su destino.

Tras escuchar a los exploradores, la asamblea, ahora organizada de modo precipitado, se abalanzó sobre el traidor y el propio Lobo hubo de interponerse ante la multitud para evitar un linchamiento. Finalmente y no sin esfuerzo, el cabecilla logró apaciguar los ánimos y conseguir el silencio necesario para hablar.

—Las acusaciones que se vierten sobre este nuestro hermano son graves y no podemos juzgarlas a la ligera. Tiene derecho a defenderse…

—Las acusaciones están probadas y las pruebas no dejan lugar a dudas —interrumpió Otilio.

Las pruebas, a las que Otilio hacía referencia, consistían en numerosos testimonios de los habitantes de varios poblados del recorrido, simpatizantes de *La Manada*, que juraban haber visto en varias ocasiones a Santiago junto a los soldados. En algún momento, nadie entendía cómo, se había convertido en un espía del Gobernador. Santiago era un traidor y, para entonces, eso era algo de lo que todo el mundo estaba seguro.

—Así es —prosiguió Lobo—. Nadie puede poner en duda la palabra de tantos testigos. Pero Santiago ha sido nuestro hermano durante mucho tiempo. ¿Acaso no merece que se le escuche?

La multitud se dividió entonces y se mezclaron a partes iguales un murmullo de asentimiento y voces que negaban aquella posibilidad.

Pedro Lobo dio un paso en dirección al acusado y le miró directamente a los ojos.

—¿Entiendes por qué estás aquí? ¿Sabes de qué se te acusa? ¿Es cierto lo que se dice de ti? ¡Defiéndete ahora o afronta las consecuencias!

Asustado y tembloroso, Santiago asintió mansamente pero no pronunció palabra alguna. Se limitó a inclinar su cabeza hasta colocarla sobre su pecho y mirar sus pies descalzos y ahí se quedo hasta que las voces de la muchedumbre le sacaron de su ensimismamiento.

Nuevamente, de no haber sido de nuevo por la intervención del cabecilla, que se interpuso entre el acusado y el gentío, *La Manada* se habría abalanzado sobre él.

—¡No somos asesinos! —bramó—. Y traidor o no, es nuestro hermano. Su destino será el que siempre hemos reservado para los nuestros.

El grupo prorrumpió en un murmullo de aprobación.

—Vivimos libres y libres debemos ser para decidir la hora de nuestra muerte. —entre el gentío se hizo el silencio; Pedro Lobo estaba dictando sentencia

—Santiago, has traicionado a tus hermanos y por ello sabes de sobra lo que voy a decirte. Se te conducirá a lo más profundo de la selva donde tú mismo decidirás cómo morir. Esa es nuestra ley para con los nuestros ¡Que así se cumpla!

—¡Que así se cumpla! —contestó a una la multitud.

De esta forma, mientras *La Manada* ultimaba los preparativos de su precipitada partida, Otilio, junto a tres hombres más, condujo a Santiago al interior de la selva. Una vez en lo más profundo de la espesura, se le despojó de toda su ropa y se le encadenó por un pie a un gran árbol. Sin mediar palabra, Otilio colocó en el suelo pero a su alcance, un cuenco de barro en el que vertió un líquido espeso de una cantimplora, acto seguido sacó un cuchillo de pedernal, afilado concienzudamente y lo dejó junto al cuenco, dedicándole al reo las únicas palabras que allí se pronunciarían.

—¡Espera a que nos vayamos!

Después se acercó a Santiago, le dio una pequeña palmada en el hombro a modo de despedida y el pequeño grupo reemprendió el regreso sin mirar atrás. A Otilio no le gustó nada haber tenido que hacerlo de un modo tan rápido, pero sabía que no había tiempo para nada más. No quiso darse siquiera la vuelta para mirarle por última vez y se preguntaba cuál habría sido su elección, de haber sido él quien hubiera tenido que hacerlo. ¿El veneno? ¿Dejarse morir de hambre? No. Otilio habría cogido el cuchillo para abrirse las venas y además, le habría faltado el tiempo. Se

sorprendió de lo rápidamente que habría tomado aquella decisión y retornó su pensamiento al condenado. Se lo imaginó al anochecer, rodeado de fieras, vaciando el recipiente de un solo trago y sentándose al pie del árbol esperando el final. Por fin, decidió que para él, Santiago ya estaba muerto y por ello lo apartó de su pensamiento. Para *La Manada* aquella era una muerte aceptada y honorable.

Los penetrantes ojos de Lobo acusándole fueron en lo único en lo que pensó con su último aliento. Por primera y única vez, en aquella mirada feroz y orgullosa, Santiago, quien nunca conoció el verdadero nombre que sus padres le dieron, entendió que era un ser libre.

Una vez en la ciudad, no tuvieron que tomar demasiadas precauciones. El ejército que habían avistado desde *La Negra* estaba acampado en las afueras de la ciudad, si bien apenas se veía algún soldado. Azua de Compostela era la última ciudad al oeste de Santo Domingo y por ello, el punto de salida de numerosos buscavidas y aventureros que se adentraban en el interior de la isla en busca de fortuna, por lo que a Luis de Utrera y a sus hombres no les costó gran cosa pasar desapercibidos. Haber sido abandonados por aquel pirata francés, había sido sin duda más que un contratiempo, pero el terrateniente tenía en su punto de mira un tesoro de tal tamaño que, solo pensar en él le impulsaba como por un resorte y le hacía sentir más joven y más vivo que nunca. No obstante era realista, contaba con pocos hombres y, como la experiencia va unida a la edad, se impuso la prudencia, ya que podrían ser atacados por cualquier *ganapán* de los que vagabundeaban por las estrechas callejuelas de aquella ciudad remota, donde la vida parecía no valer nada. Toda precaución era poca.

Realmente aquel lugar parecía el fin del mundo y nadie hacia preguntas a los recién llegados, ni se fijaba en los viajeros de paso y si lo hacía, era para ofrecerles cualquier mercancía a precios de escándalo. Desde armas y provisiones a monturas y supuestos mapas de tesoros legendarios. Azua era un mercado de baratijas para aventureros y numerosas expediciones en dirección al interior de la isla, se *arreglaban* en sus callejuelas cada día.

Así pues, encontrar, como mínimo, dos monturas, una para Utrera y otra para Valeria, armas, provisiones y después, retomar el camino en dirección al lago, y por ende al tesoro, no debería resultar demasiado difícil, pese a que el oro del terrateniente se había esfumado tras haber sido abandonados por aquel sucio francés. Después de ordenar a Peciña y a los otros cuatro hombres que *proveyeran* de los pertrechos necesarios, aguardó su regreso en compañía de Valeria. Aquella nueva situación requería medidas atrevidas y sus hombres no le defraudaron, regresando con algunos víveres y tres monturas, e incluso con un guía nativo al que mantenían atado. El terrateniente no hizo preguntas sobre los pormenores. Se hallaba con la bolsa vacía, en una tierra desconocida y lejos del aura de poder que acaparaba en Sevilla. Pese a la hora, ya tardía, partieron inmediatamente. El guía, un joven indígena con el miedo pintado en el rostro, se limitó a obedecer y mantuvo la boca cerrada en todo momento. Les condujo dando un rodeo, manteniéndoles lejos de los soldados acampados en la afueras, para finalmente adentrarse en la selva. Había comprobado en propia carne cómo se las gastaba aquel extraño grupo. Tenía un ojo amoratado y el labio partido. El miedo puede ser un poderoso argumento si es la propia vida la que está en juego y se limitó a conducir a aquella estrafalaria *compañía* en dirección al poniente.

Para Lucía, la jornada había resultado agotadora. Estaba tendida en su hamaca junto a Antonio, miraba al cielo nocturno intentando no pensar en nada. Tras el juicio a Santiago el traidor toda *La Manada*, ella incluida, había dedicado el resto del día a reunir en pellejos y hatillos cuanta provisión de agua y comida pudiera ser cargada sin que ello pudiera hacer ralentizar el paso. Después, antes de lo habitual y sumidos en el silencio, el campamento quedó inmerso en una extraña quietud. Esa noche no había habido canciones, ni historias a la luz de los fuegos. Los miembros de aquel grupo de renegados que ya sentía como suyos, se retiraron dispuestos a descansar unas pocas horas, antes de comenzar la que sería una huida de la que dependerían sus vidas. Partirían antes del alba y el ritmo de la marcha iba a ser la que marcara la desesperación.

Aun así Lucía no podía dormir. Se incorporó procurando hacer el menor ruido posible y ahogó un gemido cuando sus pies descalzos pisaron una astilla del suelo. Miró tras de sí, su *tío* dormitaba plácidamente. Su pecho subía y bajaba en una respiración lenta y en calma.

La noche le recibió con un refrescante abrazo. La humedad que descendía en forma de bruma de las copas de los árboles, le hizo estremecer. El campamento estaba tan desierto como oscuro y tuvo que guiarse con la débil luz de la luna creciente, que se resistía a ser engullida por las nubes grises. Sin siquiera pensarlo, se estaba dirigiendo al lugar donde descansaba Lobo. Durante todo el día había sentido la necesidad de hablar con él. Para el resto de *La Manada* aquel era su líder y ni su pulso ni su voz habían temblado al sentenciar a Santiago, manteniéndose sereno. Pero, tras el juicio, los ojos del forajido se habían cruzado con los suyos un breve instante. Lo suficiente para haber visto en ellos algo parecido al desamparo. Tan solo había sido el breve lapso de tiempo que dura un parpadeo, como el brillo de una estrella que se apaga un instante en el firmamento para volver a centellear poco después con la misma intensidad. Ella había visto esa mirada frágil y desvalida evitando ser descubierta tantas veces en sus propios ojos. O tal vez no. En aquel momento no estaba segura de nada. Se detuvo un par de veces preguntándose si no era mejor regresar a su hamaca, olvidar aquel impulso e intentar descansar. Al fin y al cabo, estaba yendo a buscar a un hombre en mitad de la noche y por primera vez en su vida, ¿y si él malinterpretaba su gesto? y, si él… Desechó aquellos pensamientos como si se sacudiera una brizna de hierba del cabello y siguió caminando en la oscuridad, pues no había recorrido la mitad del mundo conocido para comportarse como una de esas mujeres de la corte, cuyo único cometido es adornar las estancias. Pero, ¿no era eso precisamente lo que estaba haciendo? ¿Acaso no era lo que deseaba en realidad? Se percató de que estaba temblando. Quizá fuera el frío de la noche.

Aquellos pensamientos le transportaron hasta donde dormía el cabecilla. Reinaban los sonidos de la selva. La respiración en calma de Lobo le devolvió a la realidad. Se acercó.

El gesto rápido y veloz del hombre le sobresaltó. La lanzó al suelo con una inusitada velocidad colocándose sobre ella a horcajadas. Durante un breve instante, la daga resplandeció a la luz de la luna con un destello plateado. Los ojos del proscrito parpadearon incrédulos antes de apartar el filo del cuello de la muchacha.

—¿Es que pretendes que te mate? —Su voz sonó como un débil murmullo en la quietud de la noche.

Incapaz de articular palabra, Lucía se limitó a mirarle y fue entonces cuando cayó en la cuenta de que Lobo estaba medio desnudo sobre ella. Sentía su cuerpo fibroso sobre su piel, el aroma especiado de su torso y el aliento cálido de su boca le aguijoneaba en el cuello. Aquel pensamiento le hizo sonrojarse y a duras penas logró mantener la compostura.

—¿Cómo me has sentido llegar? —preguntó balbuceante.

—Haces tanto ruido al andar como un mulo en el taller de un orfebre —respondió Pedro sonriente—. Sin duda tus pies no están hechos para que de su sigilo dependa tu vida.

A menos de un palmo de su cara, el hombre mostraba una sonrisa franca y honesta.

Lobo se incorporó con suma agilidad y le tendió cortésmente la mano para ayudarle a ponerse en pie. Sus manos se posaron en sus hombros con una inusitada delicadeza y ternura, y se deslizaron después hacia sus mejillas

—Te has ensuciado —dijo galantemente el cabecilla.

Sus dedos resbalaron de modo lento hacia la comisura de sus labios. Lucía sentía el pecho a punto de estallar y un frenético y  desbocado pulso latía con fuerza en sus sienes. De golpe, había olvidado el motivo de su furtiva visita. Con cierta torpeza, trató de ocultar su turbación cambiando de conversación.

—Te has mantenido firme —logró decir Lucía—, pese a enterarte que había un traidor entre los tuyos, ha tenido que afectarte mucho más de lo que has demostrado. Debes sentirte ultrajado.

Las palabras de la joven sonaron como un débil y titubeante hilo pero surtieron efecto. Pedro apartó sus manos de ella y dio un paso atrás. Su rostro se oscureció de modo súbito.

—¿No somos en realidad todos nosotros traidores? —respondió Lobo—. Traidores a nuestra patria, a nuestro rey, incluso a nuestro Dios… A todo lo que fuimos una vez. ¿Acaso no se nos persigue como tales? Traidores. Sí. Eso es lo que somos.

Lucía negó con vehemencia ante el tono amargo del hombre.

—No, Pedro. Lo que dices: patria, rey, incluso Dios, solo son mentiras que los poderosos utilizan para sus manejos. Tu mismo me lo mostraste al enseñarme los atropellos y barbaridades

que se han cometido en su nombre. Vosotros sois libres. ¿Y no está la libertad antes que todo lo demás ¿No deberían ser la justicia y la verdad la bandera de todos?

—Díselo al desventurado Santiago, a quien hoy mismo hemos condenado. ¡Háblale a él de libertad!

Las palabras de Lobo sonaban tan ásperas y duras que la joven le tomó las manos en un gesto de consuelo y le miró a los ojos. Como aparecida de la nada, a su memoria llegó una frase leída hacía mucho tiempo.

—*La verdadera libertad consiste en ser dueños de nuestro propio destino* —la mirada del hombre se posó en la suya—. ¿De qué habría de servir todo el oro del mundo sin libertad? Y si el pago por ella es la vida de un proscrito, sea pues.

Y no hubo tiempo para más discursos ni palabras. Lobo le tomó de la cintura, y sus bocas se unieron en un beso, el primero para la joven, que trajo a su cabeza el sabor y el tacto de la fruta más dulce.

Con una ternura y una suavidad aparentemente impropias de aquel rudo y belicoso soldado, la tendió delicadamente sobre el suelo mientras volvía a besarla, primero con sus ojos y después con sus manos, que la desnudaban sin prisa.

Las sensaciones que transmitía su piel le erizaron el vello de la nuca. Su pecho, apretado al suyo, y aquella boca recorriéndole el cuerpo, le hicieron darse cuenta de porqué estaba allí. Ahora conocía el verdadero motivo que le había impulsado a deslizarse furtivamente hasta aquel lugar en mitad de la noche. Entregarse a él, había sido un impulso irrefrenable que le hizo sentirse libre de toda atadura. Aquel pensamiento ahogó todos lo demás. Las dudas y los miedos se deslizaron entre las caricias y la luna, que brillaba en medio de aquel mar de estrellas, como si fuese el único testigo.

## 35

Lucía despertó poco antes de que el campamento se sacudiera el sopor nocturno y lentamente, mientras sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad reinante, fue consciente de donde se hallaba. Yacía en aquella hamaca, abrazada al proscrito. El tacto cálido y húmedo del pecho de Pedro en sus mejillas así como su respiración en calma, le agradaba sobremanera y en sus brazos se sentía extrañamente protegida. Por primera vez en su vida, había yacido con un varón y le sorprendió descubrir que en modo alguno se sentía incomoda por ello. También comprendió que no podía haber nada de antinatural o pecaminoso en un acto como aquel, tan lleno de amor e inocencia. Aun así, tras ponerse en pie, se vistió pudorosamente, dando la espalda al hombre. Mientras lo hizo pensó en lo que había sucedido. Repasó mentalmente el sabor de la piel de aquel varón que la había tomado horas antes, en las caricias y besos con que él le había obsequiado y que ella le había devuelto con torpeza, en el dulce y palpitante hormigueo que había recorrido todo su ser y sobre todo, en lo agradable de despertar a su lado. La placentera sensación de saberse parte de él le llenaba por completo. Esbozó una débil sonrisa y pensó en despertarle con un beso pero, se mordió las ganas y se conformó con observar unos instantes su placido sueño.

Entonces fue consciente de lo mucho que había cambiado en su interior en una sola noche. Como si hubiese salido de nuevo a la luz tras una etapa de ceguera, sus sentidos se le revelaron infinitamente más sensibles y agudos. Se sentía distinta. Había llegado a aquella parte del mundo siendo todavía una niña y, de pronto, aquella fresca mañana, se sabía convertida en mujer. Aquel sentimiento de saberse completa, de formar parte de un todo infinitamente mayor que ella, de sentirse plenamente viva, le reconfortó y acompañó hasta llegar al lugar dónde dormía Antonio.

Su *tío*, despierto ya desde un buen rato, la observó en silencio y decidió no preguntar nada sobre el paradero de la joven. En lugar de ello, prefirió darle los buenos días en un tono neutro y que no denotaba la más mínima curiosidad.

—Sí que has madrugado.

La muchacha se sobresaltó visiblemente pero recuperó el aplomo instantes después.

—No podía dormir. Hace ya un buen rato que me cansé de dar vueltas con los ojos como platos y fui a dar un paseo —mintió.

Lucía se afanó en dar a sus palabras un aire distraído y que no revelara la excitación que le producía lo sucedido durante la noche y fingió mantenerse ocupada recogiendo sus escasas pertenencias, mientras Antonio se incorporaba y se ponía una vez más la sucia camisa de lino. Ambos salieron al exterior y se encaminaron al cercano arroyo dónde se asearían. Mientras caminaban, se cruzaron con algunos miembros de *La Manada*, que habían madrugado más que ellos y que les saludaban con el semblante sereno. La joven se adentró en el pequeño riachuelo, se desvistió de cintura para arriba, dándole la espalda a Antonio, y se afanó en lavarse con el agua que fluía mansamente bajo sus pies. Desde la orilla, el calé la auscultó con detenimiento. Aquel repentino pudor era nuevo ya que, hasta entonces, la joven había mostrado su cuerpo sin ningún tipo de rubor en su presencia. Incluso cuando el gitano le advertía que aquel no era un comportamiento correcto para una dama. Sus ojos sabios y vividos sabían penetrar el alma de una mujer y por ello, casi de inmediato, fue consciente del cambio acontecido en ella. Estuvo a punto de decir algo pero, su semblante se quedo congelado en un rictus de sorpresa, con la boca abierta y los ojos como platos, y así es como fue sorprendido por la muchacha al girarse y salir del riachuelo.

—¿Qué te pasa, *tito* Antonio? —exclamó la joven.

El gitano negó con vehemencia, a la par que le dedico una débil sonrisa y Lucía desistió de seguir preguntando. De pronto, la joven sintió una leve punzada de pudor sobre sus mejillas, que se sonrojaron levemente, y escondió la cabeza sobre su pecho mientras se daba prisa en vestirse. En el camino de regreso al campamento, ninguno de ellos pronuncio palabra alguna. Ambos sabían lo sucedido y no hizo falta añadir nada más. Mientras, *La Manada* se esforzaba en ponerse en marcha. Se estaban formando los grupos habituales y bien pronto la selva se poblaría con aquellos renegados cargando en sus espaldas, como los caracoles, con sus pocas pertenencias y huyendo de una muerte segura.

Lobo se afanó en poner orden. Llevaba puesta la misma ropa raída del día anterior y su rostro reflejaba las escasas horas de sueño. Lucía le observó mientras daba órdenes, decidiendo junto a los suyos los últimos pormenores de la partida. Sus miradas no se cruzaron hasta que Pedro se dio por

satisfecho con los preparativos. Fue entonces cuando pasó junto a ella, flanqueado por Otilio, Córdoba y Páez. Se miraron un instante, él le sonrió con una débil inclinación de cabeza y ella le correspondió. No necesitaron más. Aquel gesto, que visto desde la distancia habría sido tomado como un inocente y cortés saludo, era todo cuanto necesitaban para saberse juntos y cómplices.

El cabecilla se alejó y, a voz en grito, dio la orden con la que finalmente el grupo se puso en marcha y comenzaba su particular éxodo a través de la selva.

Cuando los exploradores llegaron con nuevas a la cabeza de *El Real Ejército de Indias*, Sotomayor no reprimió un juramento. El campamento de Lobo había sido avistado a escasas leguas. Vacío.

—Sin duda alguien les ha alertado de nuestra llegada —maldijo Lugón.

Su Capitán se limitó a escupir y echó mano de un pellejo con agua del que dio un gran trago.

Las jornadas desde la partida de Azua habían resultado ser las más duras. A partir de allí y a medida que avanzaban, el terreno se hacía más escarpado y abrupto, y los días de marcha se iban acumulando en las cansadas piernas de los soldados. La selva, inhóspita y cruel con los viajeros, extendía hasta más allá de sus límites su verde abrazo, amenazando con invadir el camino. Aunque bien mirado, ya no había caminos que tomar como tales, sino más bien sendas usadas por los indígenas, lo que no hacía sino ralentizar el paso del ejército. El único vestigio de civilización con el que se habían topado desde hacía días, era un grupo de taínos que se ocultaron, tras la sorpresa inicial, en la espesura de la selva.

Si bien la ruta de *El Real Ejército de Indias* había seguido hasta entonces la línea de la costa, se fue adentrando cada vez más hacia el interior y hacia el norte. Hacía horas que el mar había desparecido de su vista y por fortuna para los infantes, a partir de allí, la vegetación era menos tupida y las lomas yermas habían ganado espacio a la selva. Pero aquello también representaba dejar atrás la protección de los árboles y el frescor de la selva, y caminar bajo un sol de justicia brillando inclemente sobre sus cabezas. Marchando prácticamente campo a través, el ejército había tomado

conciencia una vez más de la dureza de aquella tierra, y de lo cruel e implacable que podía llegar a ser con los extraños.

Vicente Sotomayor desmontó y ordenó detener la marcha. Lentamente la maquinaria jerárquica se puso en movimiento. Los diferentes mandos fueron pasando la orden hasta que terminó por parar todo el ejército. *Matamoros* no era partidario de perder tiempo descansando pero, sabía que sus hombres debían llegar frescos a la batalla, por lo que había ido intensificando las paradas. Además, el agua potable había comenzado a ser un bien escaso y estaba racionada. No se repartía durante la marcha y estaba reservada solo para recesos como aquellos, que eran igualmente aprovechados para su recogida en arroyos cercanos. Miró al cielo y calculó que aun restaban un par de horas hasta la caída del sol. No obstante, decidió no continuar.

—Descansaremos aquí esta noche —sentenció con gesto severo—. A los hombres les vendrán bien unas horas de descanso. Partiremos antes de la salida del sol.

El campamento comenzó a instalarse con la celeridad acostumbrada y los hombres agradecieron aquella parada inesperada antes de la hora habitual. Sotomayor quiso mantener una reunión informal con su lugarteniente.

—Contábamos con que ese traidor nos oliera y saliera huyendo —exclamó el Capitán General con rabia—. Pero alguien le ha delatado nuestra posición antes de lo esperado.

—¿Acaso sospecháis que sus hombres nos espiaban? —preguntó Lugón preocupado.

—Sus hombres, esos malditos indios, el Gobernador… Hay demasiadas manos negras a quien señalar.

Lugón miró de reojo al lugar donde los hombres de Colón se estaban concentrando.

—¿El Gobernador, mi señor? Sus hombres han caminado cerrando la marcha desde nuestra partida y nos les hemos quitado ojo de encima.

—Los tentáculos de ese traidor son más largos de lo que imaginamos.

El lugarteniente se mesó los cabellos y decidió no añadir nada a las palabras de su superior.

—Lugón, tú, los dos exploradores que avistaron el campamento de Lobo y yo mismo inspeccionaremos la madriguera abandonada de esa rata ahora mismo —ordenó Sotomayor.

Su segundo se cuadró y asintió con respeto.

Instantes después el pequeño grupo se dirigió al campamento de Pedro Lobo.

Tal y como era de esperar, el silencio y la quietud reinaba en aquel claro dónde tan solo unas jornadas antes había estado acampada *La Manada*. El sonido de la selva llegaba nítido hasta ellos, camuflado por la espesura de los árboles. El característico olor acre de la descomposición les envolvía. Avanzaron entre los restos del campamento con las antorchas despuntando en la tiniebla que comenzaba a engullir la selva. La sensación era que el campamento había sido desmantelado precipitadamente, abandonando incluso hasta la comida que no habían podido acarrear sobre sus hombros. Aquello hizo sonreír a Matamoros. Era la prueba que necesitaba ver con sus propios ojos que los fugitivos se sentían acorralados y actuaban guiados por la desesperación.

—Dos días, quizá algo menos —sentenció el militar esbozando un gesto de fastidio—. Si el maldito terreno nos hubiera sido propicio ya los habríamos cazado como a conejos.

Pateó con rabia los restos de una hoguera y lanzó una mirada inquisitiva y cargada de odio a su alrededor.

—Ese bastardo está rodeado y lo sabe. Actúa con precipitación y sabiendo que no le queda más opción que la de huir —sentenció Lugón.

De pronto, *Matamoros* se giró y le miró con los ojos brillando como teas en aquella penumbra.

—No subestimes a un animal herido, Julián. Es peligroso creernos victoriosos cuando la presa no está todavía en la jaula.

Lugón asintió con mansedumbre y acompañó, unos pasos por detrás, a su superior que avanzó en la oscuridad trazando un arco con la antorcha para observar con detenimiento cuanto le rodeaba. Saltaban pequeñas chispas al claro del bosque que teñían de cobre el manto vegetal. Caminaron entre los despojos de aquel lugar examinando, como cazadores siguiendo un rastro, los restos que la huida de *La Manada* había dejado atrás.

—Debemos de prever su siguiente movimiento antes de que él mismo piense cual será. El terreno le es propicio y lo conoce como la palma de su mano —dictaminó con gravedad *Matamoros*.

—¿Creéis que se dirige al norte, mi señor?

Sotomayor negó con vehemencia sin molestarse en girar su rostro.

—Si yo fuera él, tan solo tendría una salida. El río. Está lo suficientemente cerca para poder intentar llegar y es un terreno propicio para un grupo más pequeño que el nuestro. Perfecto para esconderse y preparar una emboscada.

El Capitán General pareció meditar unos instantes. Se acarició la barbilla con solemnidad y pareció mirar más allá de las copas de los árboles que se abrían ante él como un muro insondable. De haber sido eso posible, Lugón habría podido escuchar el sonido de los mecanismos que se habían activado en la cabeza de su superior. Tras unos instantes cavilando, Vicente Sotomayor lanzó una mirada al cielo preñado de estrellas, escupió al suelo y sentenció con severidad:

—¡Dividiremos nuestras fuerzas! Enviaremos por delante del grueso de nuestros hombres a un grupo más pequeño, capaz de avanzar más rápido. En cuanto se den cuenta que los tienen detrás, se sentirán tan acosados que tendrán que apretar el paso e irán directos a la trampa que les hemos tendido, sin siquiera reparar en ello, y además, servirá para impedir que se dividan. ¡Quiero cogerles a todos juntos! Te recuerdo que el objetivo es rodearles. Si lo hacemos bien, no será necesario ni entrar en batalla. En cuanto regresemos al campamento, elegirás los cien mejores soldados de entre nuestra gente, capaces de seguirles a marchas forzadas y dispondrás todo lo necesario para que partan antes del alba.

—¡Se hará como ordenáis, mi señor! ¿Creéis que Lobo se rendirá cuando se encuentre perdido? —preguntó su segundo en tono prudente.

Por toda respuesta, Sotomayor miró al suelo y esbozó una mueca de satisfacción. Se agachó para recoger algo que brillaba a la luz de las teas. Era una muñeca elaborada de modo rudimentario, poco más que un palo de madera vestido con un tejido vegetal y que simulaba burdamente la forma humana. La sostuvo frente a sus ojos auscultándola con una mirada felina unos instantes antes de hablar.

—Lobo jamás abandonaría a uno de los suyos en el camino y hemos de convertir esa debilidad en nuestra mejor fuerza —dijo mostrándole a Lugón el primitivo juguete—. Huye con niños, mujeres y tullidos y esa obsesión, por salvar a todos y cada uno de los suyos, le costará cara. Le obligaremos a entregarse a cambio de la vida de su gente y que me aspen si conocí alguna vez un aprendiz de héroe que rechazará el martirio.

Arrojó la muñeca con rabia y ordenó regresar al campamento. En la quietud de la noche, el pequeño grupo trazó un reguero de antorchas que se perdió en la espesura.

Incapaz de conciliar el sueño, Bartolomé miró al cielo cuajado de estrellas. Las vio titilar sobre su cabeza y exhaló un suspiro quedo que hizo lanzar una mirada de preocupación a su acompañante. Tendido junto a él, Ramiro le observaba con sus ojos mansos e inocentes como si fuera capaz de desear para sí mismo el mal que aquejaba a su amo. Con un gesto, Landa ordeno a su acólito que continuará durmiendo. Aquel era su calvario y nadie podía arrebatarle el dolor que consumía su pecho. Los recuerdos, los miserables recuerdos que saltaban desde las sombras al caer el día le acosaban a él. Solo a él.

El cansancio acumulado en su cuerpo era insoportable. Le dolía cada músculo de su ser y sentía la cabeza embotada. Pero, por el temor a dormir y a soñar, se obligaba a mantenerse despierto durante gran parte de la noche, resintiéndose por tal proceder. Su rostro mostraba los síntomas de tan poco descanso y su piel se había tornado gris y pálida, como un antiguo pergamino. Incapaz de soportar la luz solar, se refugiaba bajo la caperuza de su hábito, ocultándose así mismo del mundo. Su montura pagaba las consecuencias cargando con su enclenque y gastado cuerpecillo como un peso muerto, mientras él se limitaba a dejarse llevar. Todo su ser parecía sumirse en una especie de sopor, dando la impresión de que ya no era su voluntad, sino la de alguien ajeno, quien le ordenaba caminar o comer. Las sienes le martilleaban con fuerza y un fuerte dolor en las articulaciones le hacía pasar la mayor parte del tiempo refunfuñando y con el ceño fruncido. Ya, ni siquiera sentía fuerzas para hostigar a *Matamoros*, quien parecía encantado de haber perdido de vista al agustino y que, dicho de paso, daba la impresión de haberse olvidado por completo de él. Y si su cuerpo era poco más que un harapo que cabalgaba por inercia, su mente no era ajena a aquel estado enfermizo. Su razón comenzaba a dar síntomas de estar desvariando y, en un par de ocasiones, creía haber visto a su madre y a su tío ocultos entre el denso follaje de la selva, vigilándole. Pero lo peor llegaba al caer el sol.

Sí. Bartolomé podía lidiar con el dolor y el cansancio, incluso con aquellas visiones, pero el dolor del cuerpo no era nada comparado con el dolor del espíritu. Lo que le daba verdadero pánico era dormir. Cerrar los ojos y soñar… con *ella.*

Landa jamás olvidaría el día que apareció en la aldea. Casi desnuda, ataviada únicamente con un par de prendas vegetales que apenas conseguían tapar sus vergüenzas. Bartolomé, nunca había mirado a mujer alguna como lo hizo aquella mañana. De pie, mientras ayudaba a sostener un puntal de la pequeña capilla que construía su Orden en aquel poblado, el tiempo y el mundo se detuvieron para él en aquella joven mujer. La muchacha caminaba con paso trémulo, acompañada de un pequeño sequito de sirvientes. Miró los labios carnosos y las mejillas sonrosadas que destacaban sobre su tez cobriza y la estola azabache de su cabello, los adornos de conchas y cuentas que portaba sobre la frente y en su cuello, las piernas como esculpidas por el más grande artista florentino, la tersura de sus pechos y la cimbreantes curvas de su cuerpo, que despuntaban sobre sus quince años como una flor que acababa de brotar. Sí. El joven Bartolomé miró a aquella mujer y sintió una punzada en el pecho que nunca antes había sentido, y sus ojos se cruzaron un breve instante cuando ella alzó la mirada despegándola del suelo.

Entonces supo que la deseaba. Pasó el resto del día sin saber nada más de la enigmática joven, pero sin poder apartarla de su cabeza y al llegar la noche, se ciñó con fuerza el cilicio intentando que el sacrificio la apartara de su mente.

A la mañana siguiente, alguien le explicó que procedía de un poblado rival y que había sido ofrecida como ofrenda de paz al cacique de aquella aldea, con la intención de convertirla en su nueva esposa. La poligamia, si bien a todas luces contraria a la fe cristiana, era tolerada por el clero cuando interesaba mantener a los indios en son de paz.

Durante tres días, la joven no se dejo ver. Estuvo todo ese tiempo sin salir del caney, es decir, de la vivienda de su nuevo amo. Esta había sido la reacción del esposo ante el evidente interés de Bartolomé por la muchacha, que por su parte tuvo que recurrir, noche sí y noche también, al sacrificio de su carne para intentar apartarla de su mente y amansar el deseo. Aun así, en esos días, mejoró su estado de ánimo y volvió a la normalidad, buscando incluso la compañía de los demás

religiosos. Pero como bien habría de saber el joven Landa, el diablo sabe tejer una red con las casualidades y trenzar con ellas el destino de un hombre.

La novena mañana después de la llegada de la joven a la aldea, Landa despertó antes de lo habitual, cuando el sol aun ni se atisbaba en el levante. El calor de la noche, que mantenía las frondosas copas de los árboles, le recibió en el exterior y le abrazó con una pegajosa y asfixiante sensación opresiva. Para aliviarse de aquel bochorno se acercó al arroyo cercano, donde los taínos acostumbraban a refrescarse en jornadas como la que se avecinaba. Y antes de que el poblado despertara, se dirigió con paso decidido. Mientras descendía la loma en la que se asentaba el poblado, la quietud y el sopor que lo inundaba todo le hicieron estremecer. Los sonidos de la selva se filtraban entre la densa vegetación y dejaban atrás un halito de miedo en sus pasos, y el olor, acre y rancio de la noche, llegaba hasta su nariz con un mensaje de advertencia. Habría sido mejor, pensaría Bartolomé tiempo después, haber sido fiel a sus sentidos y haber dado la vuelta. Pero el riachuelo estaba tan solo a unos pasos de allí y no le vendría mal un baño que aliviara el calor.

No había hecho más que despojarse de su hábito y sumergido en las aguas, cuando sintió una presencia cercana. Un coro de risas llegaba con claridad desde un recodo del río. Alertado, en la mayor quietud, recorrió en silencio el cauce del riachuelo en dirección a aquellas voces y entonces la vio. A pesar de la distancia y de la incipiente oscuridad que les rodeaba la reconoció al instante, desnuda, en mitad de aquel arroyo, como una Venus saliendo de las aguas. Su cabello brillaba en la oscuridad como el carbón y su cuerpo, terso y firme como un junco, se dibujaba contra la claridad que comenzaba a nacer en el cielo. Estaba acompañada de varias muchachas a quienes Bartolomé Landa había visto en otras ocasiones merodeando por el poblado. Todas ellas mostraban su alegría y jovialidad, con risas y juegos sin pudor alguno. Pero él solo la miraba a ella. La joven, ignorante de que era observada, se mostraba tal y como había venido al mundo afanándose en asearse, mientras reía y gritaba con alborozo ante las bromas de sus compañeras. Agazapado en la penumbra, furtivo y sintiendo tanta repulsión como atracción por aquella carne reluciente que le prometía el paraíso, su cuerpo no pudo reprimir un estremecimiento.

Para ganar tiempo y aprovechar al máximo su ventaja, *La Manada* se había dividido en tres grupos más pequeños que se iban turnando como si de una carrera de relevos se tratara. Aquella estrategia, tenía como objeto tratar de confundir al ejército perseguidor. De esta forma, al menos uno de los grupos siempre estaba en marcha y el que le precedía podía tener un pequeño descanso que solo duraba hasta que era alcanzado por el que le seguía. Con esta estratagema, en caso de ataque repentino por parte del ejército, parte de *La Manada* podría elegir entre salvarse o, por el contrario, darse la vuelta y ayudar al grupo atacado. Si después de todo conseguían llegar al río, habrían conseguido burlar el, de otra forma inevitable, cerco del ejército. Las mujeres, niños, así como todo aquel que pudiera lastrar la marcha se habían repartido de modo equilibrado entre los tres grupos. Con este plan, la intención última de Pedro Lobo no era otra que la de elevar la moral de su gente, aunque conocía mejor que nadie su situación desesperada. Sin embargo, aquella era su única oportunidad.

El grupo de Lobo, del que Lucía, Páez y Antonio también formaban parte, había arribado a su destino tan solo unos minutos antes y comenzaba a disfrutar de un merecido descanso, que solo duraría hasta que el grupo que les seguía tomará su lugar. Se encontraban en la entrada a un gran claro. Aquella tenía que ser la etapa final de su huida. Se hallaban a menos de una jornada del río y de la única salvación posible. El silencio reinante tan solo era roto por las risas de los niños y los cantos que, a modo de disipar el desanimo, flotaban en el aire como un dulce salmo de esperanza. Aunque todos los miembros de aquella amalgama de renegados conocían la gravedad de la situación, se afanaban en alejar los malos presentimientos que les atosigaban como una maldición.

Otilio se acercó dando grandes zancadas sin siquiera saludar a cuanto miembro de *La Manada* iba encontrándose. Él era el responsable del segundo grupo, del que distaba apenas un par de leguas y su presencia allí solo podía significar malas noticias. Barrió el lugar con la mirada y buscó afanosamente a Lobo entre el gentío. Cuando por fin lo encontró, sentado junto a Lucía y Antonio, se dirigió hacia él sin perder un instante y con el semblante grave.

—¡Pedro! —bramó sin contemplaciones al llegar a su altura.

—¡Otilio! ¿Qué sucede? ¿Por qué nos reveláis tan pronto? —preguntó sorprendido el cabecilla.

—Tenemos que hablar a solas.

Los dos hombres se retiraron lo suficiente para no ser oídos. El resto del grupo les miró alejarse con preocupación. Lobo se apoyó en una pequeña roca y lanzó una mirada de duda a su lugarteniente.

—¿Por qué os habéis adelantado al plan? Tú y tus hombres no deberíais estar aquí hasta bien entrada la noche ¿Qué ha sucedido? —preguntó con seriedad.

El lugarteniente tenía la mirada severa y no era hombre de andarse con rodeos. Maldijo entre dientes y respondió visiblemente nervioso.

—He ordenado a mi gente que avive el paso, estarán aquí en menos de una hora, y he hecho llegar la misma orden al grupo de Leandro, que es el que va detrás del nuestro. Pintan bastos Pedro, han regresado todos los exploradores que envié y la cosa es peor de lo que suponíamos. Los tercios están detrás de nosotros. Ellos también se han dividido y un centenar de hombres nos sigue a paso ligero, tanto que Leandro los tiene casi encima. Pensar en escapar por el norte es simplemente imposible. La caballería y más infantes aun ya se han encargado de cerrarnos el paso. Nos han encerrado, Pedro. Nos tienen al alcance de la mano. Me hago cruces de por donde habrán tenido que pasar, para haber llegado a esas posiciones sin habernos enterado.

Pedro Lobo miró al hombre con semblante sereno.

—¿No crees que eso ya da lo mismo? —dijo apoyando su mano en el hombro de su amigo—. Otilio, nuestro destino ya está decidido. Huiremos o moriremos en el intento.

—¡Pero habrá algo que podamos hacer para burlar el cerco! —rugió Otilio con saña—. ¡Vive Dios! ¿Van a venir unos extraños a vencernos en un terreno que conocemos como la palma de nuestra mano?

—Solo el conocimiento de estas tierras nos ha permitido llegar vivos hasta aquí. Pero ahora se trata de una prueba de fuerza. Tan solo podemos correr hacia delante como almas que lleva el diablo y rezar para que lleguemos al río antes que nuestros perseguidores.

—No vamos a conseguirlo, ¿verdad Pedro?

—No pierdas la esperanza. Otilio —sentenció el cabecilla con una sonrisa forzada pintada en su adusto y severo rostro—. Sin ella no podremos salir de esta.

Al día siguiente, tras haber acometido la última escalada de aquella serie de empinadas y escabrosas lomas, Páez lanzó una mirada a su alrededor: una senda estrecha y tortuosa por la que el grupo descendía ahora en fila de uno, se abría abruptamente a la izquierda, flanqueada por un abismo, hasta llegar a un pequeño calvero reseco, protegido por una gran pared caliza que les habría de servir de refugio del fuerte viento reinante y que a la vez, les libraría de ser vistos por el enemigo. Detrás de aquella barrera natural se hallaba por fin el río y sus sinuosos meandros, y las cuevas que representaban su salvación. Frente a ellos, la selva trazaba un arco irreal con las copas de los árboles, perfilándose contra el cielo cobrizo. Imaginó a sus perseguidores, allí agazapados. Listos para lanzarse colina abajo y acabar con sus vidas. Aquel pensamiento le dio un vuelco en el corazón y pateó el suelo con saña para sacudirse aquel mal augurio.

Tal y como estaba previsto, los doscientos siete miembros de *La Manada*, incluido un recién nacido la víspera, habían arribado al lugar establecido como punto de reunión y se hallaban a tiro de piedra de los riscos. La salvación casi se podía tocar con la mano. Aun así, el marinero se quejó amargamente, mientras aguardaba su turno para cruzar al otro lado a través de la sinuosa senda. Sus ojos miraron hacia abajo y sintió un vértigo feroz cebándose con su cuerpo.

—¡Si llego a saber que había que cruzar por aquí, hubiera preferido luchar y morir! —maldijo con semblante severo mientras trataba de recobrar el resuello.

Lucía intentó animarle palmeándole su estrecha espalda con dulzura.

—Mira, casi podemos tocar las rocas. Aquella pared de piedra es nuestra esperanza, cuando pasemos por debajo nos habremos salvado. No pierdas la fe estando tan cerca. Y no vayas a caerte ahí abajo ahora que hemos llegado tan lejos —bromeó la joven que se dispuso a cruzar al otro lado.

El veterano marinero trazó una sonrisa de soslayo en su enjuto rostro que quedó petrificada cuando, tras un pequeño traspiés, algunas piedras cayeron crepitando barranco abajo. En aquel mismo instante, no le quedó duda alguna de que una caída desde aquel lugar era sinónimo de una muerte rápida y segura. Nervioso, se dispuso a seguir a sus hermanos camino de la salvación.

Casi la mitad de *La Manada* había cruzado al otro lado cuando un silbido característico se apoderó del aire. Los morteros instalados por las tripulaciones de las carabelas estaban haciendo estallar su carga mortal desde el otro lado de los riscos. Como en un mal sueño, Lucía sintió las explosiones a su alrededor a la vez que comenzó a correr sin saber muy bien a donde. Vio gente moviéndose sin orden ni concierto y cayendo, y no conseguía oír nada. El silencio, irónicamente producido por las descargas, había sumido el paraje en un mutismo cruel y tan solo escuchaba un agudo y persistente pitido que inundaba su cabeza. Todo cuanto le rodeaba se había transformado en un infierno. Miró hacia atrás y distinguió las picas del ejército perseguidor. Del mismo modo, hacia el norte vio claramente la nube de polvo que levantaban los caballos. De repente lo entendió: estaban rodeados. Todo estaba perdido. Corrió a través de la senda, que se le antojó una pasarela que temblaba bajo sus pies, sin ni siquiera tener tiempo para pensar en que podía caerse en su frenética carrera, y cruzó al otro lado, entre una nube de pólvora y muerte aullando sobre su cabeza.

El ángulo de tiro al que obligaba la escarpada pared resultaba imposible para el fuego de los morteros que seguía, sin embargo, sobrevolando su cabeza y dando muerte a los desventurados que habían quedado al otro lado de la barrera natural que formaba la senda. Cerró sus ojos con tanta fuerza que le dolieron las sienes.

Tal y como habían rotó el silencio, las explosiones cesaron y de la inmensa nube de polvo fueron saliendo, en fila india, por un lado los jinetes y por otro los infantes. A lo lejos, las picas se iban extendiendo como un gigantesco y amenazador abanico frente a ellos. Cuando el movimiento de las tropas se detuvo, una vez el círculo de atacantes se hubo completado y sabiéndose perdidos sin remedio, Lobo dio la consigna de batirse hasta el último aliento, espalda con espalda, protegiendo la entrada natural al refugio de su gente, que era en lo que se había convertido aquella senda. Venderían cara su vida. Si el ejército quería acabar con los suyos, habrían de cruzar al otro lado en fila de a uno y era allí donde les estaría esperando con sus hombres. Dio instrucciones de retroceder lentamente, cruzando el estrecho paso hasta la pared caliza que les blindaba por el oeste y ordenó mantener alejados a los niños. Las mujeres de *La Manada*, como siempre, también empuñarían las armas.

Los gritos y lamentos se apoderaron del paraje. Lucía se abrazó con fuerza a su tío y a Páez, a quienes había perdió de vista durante el ataque, y lloró de rabia e impotencia al vislumbrar a Lobo entre el gentío para luego perderlo de vista.

Apretados contra la pared de roca y sin posibilidad de huida, Lobo calculó la situación: separados de sus perseguidores por unos centenares de pies, a través de un estrecho y peligroso sendero, la fortuna les brindaba una única oportunidad de defenderse, pero ¿por cuánto tiempo? De momento, un ataque frontal y directo era poco probable, debido a lo angosto del camino y sería sencillo de rechazar, incluso con un número de hombres tan exiguo como con el que contaban. Mientras tanto, el ejército se abría frente a ellos sin la posibilidad de dar el golpe de gracia, pero amenazante y nervioso como un animal que ha atrapado a su presa pero al que, un último obstáculo le impide asestar el zarpazo definitivo. Por otra parte, los miembros de *La Manada* tampoco podían moverse de donde estaban, pues eso les convertiría en un blanco fácil para los arcabuces de sus enemigos.

Los minutos transcurrieron lentos e inexorables mientras la oscuridad se fue apoderando de la selva.

—¡Bandera blanca! —gritó alguien de entre el gentío—. ¡El enemigo quiere parlamentar!

Efectivamente, un grupo de tres jinetes se dirigían hacia ellos enarbolando un pendón blanco e iluminándose con fuego de antorchas. Se detuvieron frente a la senda que obstaculizaba su paso.

Todos los ojos se dirigieron a Lobo quien, sabedor de que nada tenían que perder, decidió acudir en persona. Eligió a Otilio y Córdoba para que le acompañaran. Ambos caminaron en silencio hasta la mitad del estrecho camino, donde aguardaban los enviados de Sotomayor. El viento soplaba con fuerza y una densa nube de polvo se alzaba desde el fondo del precipicio. Los mensajeros esperaban. Apenas hubieron llegado hasta ellos y sin ningún tipo de preámbulo, uno de los oficiales habló a voz en grito:

—En nombre del rey don Fernando y de la reina Juana, estas son las condiciones de capitulación dadas por mi señor Don Vicente Sotomayor, Capitán General de *El Real Ejército de Indias*, y solo estas serán:

»El cabecilla Pedro Lobo y sus lugartenientes habrán de entregarse descalzos y desarmados antes de la salida del sol. A cambio se perdonará la vida a cuantos súbditos de Castilla estuvieran a sus órdenes. En cuanto a cuantos esclavos e indios hubiere, serán devueltos a sus legítimos dueños. Si no se atiende a la nuestro requerimiento, al amanecer, el ejército de Castilla caerá con todo su poder y no se tendrá piedad de hombre mujer o niño.

Tras pronunciar estas palabras los tres jinetes volvieron grupas y se alejaron sin esperar respuesta.

El recuento de las víctimas y de los que habían quedado atrapados al otro lado del abismo se hizo de modo casual e improvisado.

—Alrededor de una centena. Muchos de ellos malheridos —dijo Páez en tono quedo.

—¡Ha sido una carnicería! En un instante ha matado a casi cien personas. Niños, mujeres… ¡Santo Dios! —añadió Pedro con voz trémula.

Los semblantes de los hombres y mujeres que se arremolinaban alrededor de su jefe reflejaban un panorama desolador. Aquella iba a ser, probablemente, la última asamblea de *La Manada.* A lo lejos, y a lo largo de todo el perímetro, perfilándose en el escarpado horizonte, una ininterrumpida fila de picas, entre las que destacaban los pendones de Castilla no permitían, ni por un momento, olvidar su situación desesperada.

—No hay escapatoria, Pedro —rugió uno de los presentes.

—Ya hemos escuchado a los exploradores, los cerros están plagados de soldados —agregó otro.

Pedro se mesó los cabellos con visible nerviosismo. Aquella era seguramente la última ocasión en que podría dirigirse a su gente. La pesadumbre y el pesimismo se habían apoderado de todos ellos. Por fin, rompió a hablar.

—Pasarán a todos a cuchillo, sin respetar ni a los niños, a no ser qué…

Una mujer increpó al cabecilla mirándole directamente a los ojos.

—¿A no ser que qué?

—A no ser que me entregue junto con Otilio, Leandro y los demás oficiales.

El murmullo fue general y poco a poco fue sustituido por una voz unánime.

—¡No lo permitiremos!

La mujer, llamada Rosario y apodada por todos como *Rosa La Brava*, volvió a tomar la palabra.

—No prometen el perdón, solo respetar nuestras vidas y ¿y qué clase de vida sería esa? ¿Una mazmorra? ¿Galeras? ¿Cómo nos sentiríamos después de haber pagado esa *vida* con las vuestras? Yo os digo que no, que no quiero ese arreglo. Estamos juntos en esto y seguiremos juntos hasta el final.

Un murmullo de asentimiento se apodero de la muchedumbre.

Páez intervino con grandes aspavientos.

—¡Hay que decidir algo, el sol saldrá en unas horas!

La mujer volvió a tomar la palabra.

—¡Ya está todo decidido! —sentenció con valentía—. Moriremos juntos, a media legua de la libertad, hechos añicos por la metralla y sin poder darnos el gusto de morir matando, pero sin bajar la cabeza y siendo libres hasta el último aliento. Además, ¿qué hubiera sido de los esclavos? También son nuestros hermanos, ¿y de los taínos? Yo os lo diré: el garrote o la horca en el mejor de casos. ¡Os digo que no y mil veces no!

Tras la intervención de la mujer, la asamblea asintió con una sola voz, prorrumpiendo en aplausos. Mientras, Lucía lloraba. Lloraba sin parar. Nunca habría imaginado que su vida se iba a acabar ahí, a la salida del sol, tan cerca del final de su viaje y cuando acababa de encontrar el amor. No era justo. La angustia se la comía por dentro. Antonio intentó consolarla, pero no había consuelo alguno para ella y ambos lo sabían.

Lobo hizo un último intento.

—Si cumplimos sus condiciones, salvaréis la vida y mientras hay vida hay esperanza.

La respuesta de la asamblea fue unánime y tajante. Nadie creía en la oferta de *Matamoros* y nadie estaba dispuesto a aceptarla. *La Manada* había hablado y como siempre había sido, su palabra sería ley.

*Matamoros* y Lugón estaban de pie, sobre el promontorio desde el que podía divisarse todo el valle. Absorto en sus pensamientos, el Capitán general apenas había escuchado la voz de su lugarteniente llamándole.

—¡Mi señor!

Lugón no había obtenido respuesta por parte de su jefe. Por fin se atrevió a carraspear sacando de su ensimismamiento al oficial.

—Lo sé, mi buen Lugón. Lo sé —respondió Sotomayor sin ni siquiera mirarle—. Lobo ha preferido morir a dejarse prender. No es necesario esperar al alba para saber su respuesta. Lo puedo oler.

Sorprendido por las palabras de su superior, Lugón se limitó a asentir, presintiendo en su jefe una naturaleza sobrehumana.

—Cumpliremos su deseo y le llevaremos al rey su cabeza conservada en sal. Habremos cumplido igualmente y no habremos de ocuparnos de su *manada*. Todo acabará pronto y podremos volver a España de una vez. Empiezo a cansarme de este clima, ¡De esta maldita humedad!

Lugón se mantuvo en silencio. Lo que iba a decir carecía ya de importancia.

—No obstante —prosiguió *Matamoros*—, habremos de esperar al amanecer. Con esta oscuridad no es posible atacar.

La arenga de Sotomayor no parecía tener otro destinatario que no fuera él mismo y así lo entendió Lugón que permaneció a su lado sin proferir palabra alguna.

—Haz correr la voz de que el primero que lo encuentre, vivo o muerto, tendrá un año de paga de recompensa.

Lugón abrió los ojos como platos.

—¿Un año de paga, mi señor? ¿Por Lobo?

—¿Qué es lo que no has entendido? —bramó Sotomayor.

—¡Nada, mi señor! Un año de paga. Se hará como decís.

Se retiró tras una solemne reverencia y se encaminó raudo hacia el campamento.

Era ya noche cerrada y ni siquiera se encendió fuego alguno. No querían dar facilidades al enemigo, aunque sabían que esa pequeña ventaja solo duraría hasta la aurora. Para ver les bastaba con la luz de la luna, que brillaba en el cielo con un resplandor argentino. Contaban con que esa iba a ser su última noche y les importaba poco pasar hambre y frío. Quien más quien menos, aprovechaba para despedirse, lo mejor que podía, de sus amigos y de su familia, quien la tenía, y, quien sabía cómo hacerlo, rezaba. Ningún miembro de *La Manada* contaba con ver otro atardecer y, salvo los niños, nadie dormía. Pedro y Lucía estaban sentados, abrazados, en un extremo del campamento, que ahora se reducía a un perímetro rodeado de centinelas. Lucía no paraba de llorar y Pedro intentó reconfortarla, sin éxito.

—¿Dónde está ahora toda esa cháchara sobre la verdad y la justicia? ¿O tan solo era un estudiado truco para seducirme? —bromeó el proscrito tratando inútilmente de arrancar una sonrisa de los labios de la joven.

Pero Lucía no sonrió, ni siquiera había escuchado las palabras de Lobo. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, se separó ligeramente del hombre y le miró con un pozo de determinación en sus ojos, pareciendo sacar fuerzas de flaqueza para contestarle.

—No me importa morir, Pedro. Todos, tarde o temprano hemos de hacerlo…

Lobo trató de silenciar las palabras de la joven con un gesto pero, esta se negó a guardar silencio y prosiguió su discurso.

—No estoy loca. No me importa la muerte. Lo digo en serio. Solo temo no volver a verte. No volver a tocarte, a sentirte… Ni tan siquiera estoy preocupada por la suerte que mi padre haya podido correr, y que el cielo me perdone por ello, ni saber que he embarcado a Antonio en esta loca aventura que acabará con su vida y que el cielo me perdone; soy egoísta y una mala persona. Lo sé. Pero perderte ahora que te he encontrado, se me antoja la mayor de las crueldades imaginadas por Dios alguno. No, no es justo, Pedro. No lo es.

Había más, mucho más que Lucía quería decir, pero las lágrimas rompieron su voz que se convirtió en un débil susurro y, derrotada, se dejó acallar por Lobo. Se estrechó contra su pecho y sintió en su rostro el pulso acelerado del corazón del hombre. Si aquel era el final de su corta vida, no imaginaba un escenario mejor que el de hacerlo en su compañía.

En el extremo más alejado del calvero, Otilio se afanaba en afilar su espada. Estaba decidido a vender cara su vida. Antonio y Páez se le acercaron, se sentaron junto a él y así permanecieron largo rato en silencio. No se resignaban a esperar al amanecer, sin más. Preferían pensar que se podía buscar alguna salida, aunque fuera desesperada.

Antonio rompió el silencio.

—Compadre, ¿qué pasará mañana?

Otilio cerró un ojo y miró fijamente con el otro el filo de espada dándose aparentemente por satisfecho. Luego buscó la mirada del gitano.

—¡Ojala me equivoque, moreno!, pero en cuanto amanezca, sonaran los clarines, harán señales a los de la colina y la artillería comenzará a escupir de nuevo su muerte. Estarán así hasta que les venga en gana. Mientras la metralla nos diezma, el ejército disfrutará del espectáculo y cuando dejen de disparar, Sotomayor mandará atacar a la caballería que terminará de masacrarnos. Por último hará avanzar a los tercios que cuando lleguen aquí no encontrarán más que muertos y heridos. Dudo que hagan prisioneros, que es lo que por lo visto querían. Personalmente venderé cara mi vida y sé que no veré otro atardecer. Antes me corto el cuello yo mismo que dejar que me cojan —cerró los ojos y cruzó los dedos.

—¿De verdad no hay nada que podamos hacer?

Otilio miró con piedad al gitano y se encogió de hombros con resignación.

—Solo una cosa —sentenció el soldado—, revolvernos contra nuestros perseguidores. Atacar al tercio. Morir matando. Elegir una muerte mejor que destrozados por sus morteros.

—No te hablo de elegir como morir, sino de salvarnos. ¡Malditos soldados y sus prisas por morir! —se quejó el gitano con amargura.

Páez y Otilio prorrumpieron en risas.

—¿Sabes que echó de menos yo? —exclamó Páez de improviso—. Un buen pellejo de vino que dar un tiento ¡*Carallo*! ¿Dónde se ha visto que tengamos que morir sin probar la sangre de Cristo por última vez?

El marinero colocó un brazo sobre Antonio a modo de chanza y le guiñó un ojo cómplice. Pero a pesar del buen humor con que trataba de animar a sus compañeros, sus ojos estaban arrasados en lágrimas. Su último recuerdo habría de ser para Teresa.

De pronto, un centinela llamó su atención y lo hizo en voz baja.

—¡Otilio!, ¡ven!, alguien se acerca.

Tal vez era su oportunidad de matar antes de morir. Sus espadas brillaron a la luz de la luna, se levantaron de un salto y siguieron al hombre.

—¡Guardad los fierros!, buscamos parlamentar —dijo una voz casi en un susurro.

La visión de cinco hombres uniformados les confundió, el que les hablaba era un oficial de alto rango.

Otilio respondió al instante.

—¿Quién quiere parlamento?

—Decid a Pedro López que Guillermo Santamaría está aquí con un ofrecimiento. ¡Corred!, el tiempo se acaba.

Instantes después, Lobo era avisado con grandes voces.

—Regulares, Pedro. Dice llamarse Guillermo Santamaría y pregunta por ti, parece conocerte.

—¡Santamaría!

La cara de Pedro Lobo se iluminó y echo a correr de inmediato seguido de cerca por Lucía y un pequeño grupo de curiosos. Unos instantes después, ambos hombres estaban cara a cara. Instintivamente entrelazaron sus diestras y al momento volvieron a guardar las distancias.

—¡Cuánto tiempo!

—¡Demasiado!

—¡Has prosperado, Guillermo!

—Tú también lo habrías hecho si no hubieras desertado. Más de la mitad de la tropa son regulares, que nada tienen que ver con los soldados que han venido a por ti desde España. Son

soldados al servicio del Gobernador Don Diego, que no ha tenido más remedio que ponerlos a disposición de Sotomayor.

Pedro imaginó que el Gobernador quería hacerse con el mérito de capturarle ante el rey, lo que le colmó de esperanza, puesto que así podría poner condiciones y salvar a *La Manada*. Su muerte tendría sentido. Pero esperando que fuera tal el ofrecimiento que estaba a punto de escuchar y para evitar que sus hombres le impidieran aceptarlo, llamó aparte a Guillermo. El Capitán de regulares acudió mansamente a una seña de Lobo. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, Pedro rompió el silencio.

—¡Tú dirás!

El soldado no se anduvo por las ramas:

—Pedro, estás perdido. Tú y toda esta gente vais a morir. La palabra de Sotomayor vale menos que una mierda de perro y, tú y yo sabemos que no cumplirá su promesa. Ahora escúchame con atención, porque te traigo la única oportunidad de salvar a tu gente. Cumplo instrucciones del Gobernador Don Diego de facilitar tu huida. Sin comprometernos, por supuesto.

—No entiendo.

—No hay tiempo para muchas explicaciones, pero te diré algo, digamos que eres más útil al Gobernador vivo que muerto.

—Sigo sin entender.

—No importa. Haz que vengan tus hombres y se nos unan, pues pueden escuchar lo que tengo que decir.

A una seña de Lobo, Otilio y Páez acudieron sin demora. Una vez estuvieron todos reunidos. Santamaría habló para todos a la vez:

—¡Oídme bien!, si os comprometéis no volver a cruzar el río Yaque y a quedaros en aquella orilla, el Gobernador os dejará en paz para siempre. A cambio os ayudaremos a escapar, ¿Qué me decís?

Otilio y Páez cruzaron sus miradas, no daban crédito a sus oídos. Lobo se mesó la barbilla antes de hablar.

—Sigo sin comprender pero acepto en nombre de toda mi gente.

—No esperaba otra cosa —exclamó sonriente el militar.

—Escuchad, el plan es el siguiente: os facilitaremos la huida hacia las cuevas. No hay problema hasta llegar a la hondonada, puesto que es una zona que controlamos nosotros. Daré orden de abandonar la posición y no os resultará difícil. Llegados allí, deberéis atravesar el desfiladero central. Una vez hayáis terminado de pasar, habréis de volar la entrada para que no se os pueda seguir. Los jinetes tardarán muchos días en rodear los riscos y poder perseguiros y, para entonces, ya habréis cruzado el río y desaparecido en la selva. No os encontrarán en aquella orilla y Sotomayor habrá fracasado y tendrá que regresar a España con el rabo entre las piernas.

—Y si no volvemos a *molestar* demasiado, el Gobernador no será puesto de nuevo en entredicho y el rey le dejará en paz, para seguir haciendo y deshaciendo sus *negocios* —interrumpió Lobo.

—Eres listo Pedro, siempre lo has sido. Tú también habrías hecho carrera. Mis hombres han traído la pólvora y os dirán donde colocarla. Pero debo preveniros: en la parte alta del desfiladero, Sotomayor ha apostado algunos centinelas de su guardia personal. Ya veis que no se termina de fiar ni del Gobernador ni de nosotros. Tendréis que atravesarlo en el silencio más absoluto, porque si fuerais descubiertos, seríais cazados como a conejos. Esa garganta es una ratonera. El tiempo apremia. Debéis partir ahora mismo para conseguir cruzar al otro lado antes de la primera luz del alba. Os deseo la mejor de las suertes. Quizá algún día podamos recuperar la amistad que un día tuvimos.

—Y que nunca debimos perder.

—Os recuerdo que yo no he estado aquí y que esta conversación no ha tenido lugar.

—Así os lo prometemos, si fuéramos capturados.

Los soldados entregaron los barriles con la pólvora a Otilio y Páez mientras Guillermo volvía a estrechar la mano de Pedro. A continuación, los cinco regulares dieron media vuelta y se perdieron en la noche.

Sin tiempo para dar explicaciones, toda *La Manada* se puso en marcha. Pese al cansancio y al desánimo de las últimas horas, un rayo de esperanza había atravesado sus corazones. El que no podía andar, literalmente se arrastraba. No habían dejado atrás señal alguna y cuando el ejército se

diera cuenta de su desaparición, ya sería tarde. La noche y la convicción de *Matamoros* de tenerles a buen recaudo, jugaban a su favor. No obstante, iban contra el tiempo. Recorrer con niños y con heridos la escasa media legua que mediaba hasta la entrada del desfiladero se les antojó una eternidad, pero no encontraron ni un soldado por el camino. Guillermo Santamaría había cumplido su palabra, pero se asomaban las primeras luces del alba. Ahora todo dependía de ellos mismos.

Los tres hombres de *La Manada* localizaron a la primera el lugar que les habían descrito los soldados. Acto seguido, instalaron el primer barril de pólvora en el sitio preciso, dejándolo listo para la explosión. Otros tres, a cargo del segundo barril, estaban a punto de terminar de hacer lo propio justo enfrente del primero, a falta únicamente de extender la mecha. Encendidas al mismo tiempo las dos mechas, provocarían dos explosiones simultáneas, que causarían el ansiado derrumbamiento salvador impidiendo, por tanto, su persecución por parte del ejército. Mientras, los demás miembros de *La Manada* atravesaban disciplinadamente y a buen ritmo el desfiladero.

Ya estaban cerca, muy cerca, del otro lado cuando ocurrió.

Un sonido lejano, familiar. Era un llanto, el llanto de un niño. El recién nacido la noche anterior llamaba a su madre y ésta no conseguía consolarle. Para cuando pudo ponerle el pezón en la boca y calmarle, el daño ya estaba hecho. En lo alto del risco había empezado el movimiento. Alertados, un grupo de soldados, se perfiló contra el cielo. Amanecía.

Un efímero instante, es lo que tardaron los vigías en dar la alarma, hacer señales al puesto de mando y en hacer llegar a Sotomayor la noticia de la fuga. Y menos de ese tiempo es lo que tardó el Capitán General en reaccionar dando la orden a la caballería de perseguir a los fugados.

A lo lejos, la blanca polvareda levantada por los caballos de batalla se asemejaba a una nube de tormenta. Alfredo Ruiz al frente de sus cuarenta y seis caballeros era un espectáculo sobrecogedor. No obstante, *Matamoros* no se quedó conforme. Se olía una jugada por parte de Lobo y, por ello, ordenó lanzar a todas sus tropas, corriendo campo a través tras la caballería. Él mismo ordenó ensillar su caballo y, al mando del pequeño grupo de oficiales que tenía montura, se lanzó al galope a su vez en la misma dirección, sin importar si en su carga se llevaba por delante alguno de los infantes que corrían ante él. El Capitán Alfredo Ruiz ordenó degüello. Él mismo y el

abanderado fueron los primeros en entrar en el desfiladero. Un abrir y cerrar de ojos y toda la caballería estaba recorriendo el estrecho pasillo en pos de los fugitivos. Olía a sangre y muerte.

Pedro se dio cuenta enseguida de que no daba tiempo a extender la mecha.

—¡Salid corriendo! —ordenó, mientras tomaba la yesca para hacer estallar la segunda carga con su propias manos.

—¡No te dará tiempo a escapar! —exclamó Páez compungido, que había entendido al instante que su líder estaba dispuesto a sacrificarse por salvar a su gente.

—¡Corred! —volvió a rugir el cabecilla con furia en sus ojos.

Le obedecieron a regañadientes y Lobo se quedó solo esperando la embestida de sus perseguidores. Páez le lanzó una última mirada mientras reanudaba su carrera. Ni siquiera hubo tiempo para despedidas.

Cuando por fin se supo solo, se dispuso a hacer lo que había planeado. Utilizó la yesca para encender la antorcha y la asió con determinación mientras se acercaba al extremo de la primera mecha, clavó su mirada en la entrada del desfiladero y esperó.

De repente Lucía sintió una sombra. Se detuvo para mirar hacia atrás y se puso a contar; corriendo como posesos se aproximaban seis hombres. Tendrían que haber sido siete. Sintió un vuelco en el corazón, sabía quién faltaba y, antes de hacer un amago de acudir en su busca, un fornido brazo tiró de ella. Antonio también había caído en la cuenta de la ausencia de Lobo y había estado todo el tiempo vigilándola. Obligada, Lucía terminó por correr atropelladamente junto a todos los demás. Los seis hombres terminaron alcanzándoles. Ahora todos corrían a la par. Cuando pudo escapar del brazo que la sujetaba y la obligaba a correr, detuvo en seco su huida y se dirigió a Páez que también había interrumpido su carrera.

—¿Dónde está Pedro?

El marinero le miró sin saber que decir y fue Otilio quien mintió en su lugar.

—Ahora viene. ¡No hay tiempo! ¡Sigue corriendo!

—¡Mientes!

Páez fue quien contestó a la joven.

—El plan ha fallado. Solo hay una mecha. Alguien tiene que encender la otra carga.

—Pero no le dará tiempo de escapar —sollozó la joven.

Páez disimulo su tristeza y acto seguido cogió a Lucía por el otro brazo. Lucía sintió de pronto que le sujetaba con una fuerza inusitada y miró con asombro al gallego. Era una caja de sorpresas. Siempre lo era.

Y así fue llevada en volandas entre Antonio y Páez, casi sin tocar el suelo. Poco después vislumbraron la salida del desfiladero. Eran los últimos en salir.

Pedro calculó fríamente la distancia. Vio la nube de polvo y escuchó el sonido atronador de los cascos de los caballos acercarse al galope. Sabía que se lo jugaba todo a una carta y que no habría otra oportunidad. Estaba dispuesto a sacrificar su vida, pero no en vano. Cuando calculó que era el momento exacto, acercó la antorcha a la mecha, que chisporroteó unos instantes antes de comenzar su carrera suicida. Con toda la sangre fría que pudo reunir, esperó hasta verla consumida casi por completo. Después se dirigió al punto donde debería haber estado la otra mecha, se separó diez pasos, se giró con decisión y lanzó con todas sus fuerzas la tea encendida. La antorcha alcanzó su objetivo. La pólvora que había derramado alrededor del barril se encendió sin dificultad con un fuerte fogonazo, miró la mecha del barril más cercano y sonrió para sus adentros. Había hecho bien sus cálculos. En aquel momento tiró al suelo sus armas mientras se giraba, cogía aire y empezaba a correr. Apenas había recorrido una docena de pasos cuando un estruendo con una gran llamarada se alzó a su espalda. Sintió la explosión retumbar en su cabeza, como si el mismísimo cielo se hubiera derrumbado sobre él. La deflagración le asió literalmente por detrás y le empujó como un invisible y gigantesco brazo ardiente. Una enorme piedra golpeó su espalda. Otras muchas cayeron a su alrededor. Sentía el final, pero se encontraba extrañamente feliz y libre. Fugazmente, pasaron por su mente recuerdos de su infancia, su madre, sus hermanos, sus primeros escarceos con las armas, su rebelión en la isla y Lucía. Su último pensamiento fue para ella y maldijo no haber tenido más tiempo que dedicarle.

*Matamoros*, Lugón y otros cuatro oficiales estaban parados sobre sus monturas, donde unos momentos antes se situaba la entrada al desfiladero y ahora se alzaba en su lugar una montaña de rocas. El derrumbamiento que había provocado la explosión había hundido las paredes, cegando además la entrada. El alud que trajo la voladura, había tenido que sepultar necesariamente a quien hubiera podido estar allí. Lugón apenas se atrevía a romper el silencio.

—Mi señor, es imposible que alguien haya podido sobrevivir, ni la caballería ni tampoco los fugitivos.

Vicente Sotomayor no contestó a su lugarteniente. Su mente estaba en aquel momento lejos de allí.

—Mi señor…

—¿Qué hay al otro lado? —preguntó impertérrito el oficial.

—¿Mi señor?

—¿Qué hay al otro lado del desfiladero? —tronó la voz del Capitán.

—Nos dijeron que cuevas y un poco más allá el río…

—¡Maldito sea!

—¿No os entiendo?

—¡Ha escapado Lugón!, ¿es que no lo ves? Ha hecho que pareciera que ha muerto, pero ha escapado por el otro lado.

*Matamoros* se volvió al pequeño grupo.

—No sé cuantos quedarán vivos, pero no descansaré hasta hacerlos desaparecer de la faz de la tierra. ¡Lo juro!

Espoleó su caballo y lo lanzó al galope seguido de Lugón y de los otros cuatro jinetes.

Hacía dos días que Bartolomé y su criado mudo, a lomos de sus modestas monturas, iban rodeando, por el norte y a buena distancia, la montaña que *sepultó* a la Caballería de *El Real Ejército de Indias*. Seguían una ruta paralela a la que había tomado *Matamoros*, aunque iban mucho más

despacio. Bartolomé presenció la carga de la caballería y la posterior explosión desde un emplazamiento privilegiado y, cuando decidió que la compañía del ejército ya no le era útil, decidió marcharse sin siquiera despedirse. Seguía con sus charlas y arengas a su fiel criado que siempre le escuchaba sin responder.

—¿Te das cuenta, mi buen Ramiro? Don Vicente está tan obsesionado con ese renegado, que se ha lanzado prácticamente solo en pos de él con un puñado de caballeros, con el agravante de que sabe que nunca podrá contar con refuerzo alguno, pues a la infantería recorrer esa distancia le resultaría imposible. ¡El gran estratega se está portando como un chiquillo!

Rió entre dientes, parecía disfrutar en gran medida de la desgracia del militar.

—¿Sabes por qué el Señor le ha confundido?

Ramiro negó con la cabeza.

—Porque no sirve a Dios antes que a la reina Juana o a su padre, el rey Fernando. Se ha obsesionado hasta tal punto con el rebelde, que tiene que comprobar personalmente que ha muerto. No se da cuenta que su misión ha terminado y no así la nuestra. El Señor ha hecho, en su infinita sabiduría, que Don Vicente me sirva sin saberlo, dándome protección, y después le ha castigado por sus pecados cuando ya no me era útil. ¿No te das cuenta, mi buen Ramiro, que las señales del altísimo alentando mi Santa Encomienda, son continuas e irrefutables?

Apretó con fuerza su crucifijo y siguió hablando.

—No sé cuanto tardaremos pero cruzaremos el río y llegaremos al lago, donde podremos por fin cumplir nuestra Sagrada Misión. Ten fe, mi buen Ramiro. Ten fe.

Esta vez no esperó la *respuesta* del gigantón y comenzó a rezar en voz alta para dar las gracias a Dios por todas sus venturas.

Casi todos los miembros de *La Manada* habían sobrevivido a la explosión. Tras comprobar que no se les perseguía y que estaban a salvo por el momento, enterraron a sus muertos, hicieron parihuelas para los heridos y, apesadumbrados pero resueltos, decidieron ponerse en marcha hacia

las cuevas buscando el mejor paso para cruzar el río, con la intención después de dirigirse a la región del lago. Un nuevo lugar, tan bueno como cualquier otro, para comenzar en paz una nueva vida. Pero todavía les quedaba mucho camino por delante, así que partieron sin más dilación. A estas alturas y a todos los efectos, Otilio y Páez eran los cabecillas de *La Manada* y con el beneplácito de todos, aunque no por ello dejaron de pensar ni por un instante en su desaparecido y bien amado jefe, del que no tuvieron más remedio que aceptar su pérdida y del cual no olvidaban su sacrificio.

Lucía, resignada, ya no derramaba lágrima alguna. Por el contrario, trató de concentrarse con todas sus fuerzas en el motivo por el que había atravesado el océano y que le había llevado hasta allí: la búsqueda de su padre. Puso aquella idea de nuevo en su cabeza e intentó apartar lo mejor que pudo el resto, incluido el dolor por la pérdida de Pedro; era un lujo que ya no podía permitirse.

Luis de Utrera dio por terminado el interrogatorio con un gesto. El chico había contado lo que sabía, que las leyendas decían que un temido pueblo vivía al otro lado del río, en los alrededores de un gran lago, en el que realizaban ofrendas de oro. No le sacaron más información puesto que nada más sabía. Una leyenda más, dijo Utrera, pero a sabiendas de que siempre llevan algo de verdad. Manuel Peciña estaba sujetando al chico por los hombros, a la vez que se fijaba un poco más en él. Se dio cuenta de que no había parado de sangrar del labio, y que tenía moratones por todo el cuerpo. Dudó si seguir con la paliza pero se convenció de que no conseguirían nada más, así que resolvió dejarlo estar y se sorprendió tendiéndole un pañuelo. El chico estaba muy asustado. En un momento habían pasado a cuchillo a toda su familia y, no bastándoles con eso, después le habían golpeado hasta hartarse. Para su desgracia, alguien en Azua les había dicho que conocía la selva y que podría conducirles a poniente y, simplemente y sin siquiera pedírselo, le arrastraron con ellos y con toda la violencia de la que fueron capaces. Temeroso, el chico acabó aceptando el pañuelo, aunque sin saber muy bien qué hacer con él. Estaba aterrorizado y lejos de casa. Manuel mandó atarle pues no quería arriesgarse a que se escapara, después repasó mentalmente a todo el

grupo, uno por uno: *El Portugués*, *Patavieja*, *El Campanillas*, así llamado por que tenía fama de poseer un inmenso *badajo* y, por último *El Moro*, que aunque un poco simple era tremendamente fuerte. Manuel sabía de qué pie cojeaba cada uno y que no se podía fiar de ninguno de ellos. Se acercaba el momento de derrocar a Utrera y estaba seguro que, de poder elegir, todos ellos se pondrían de parte de Don Luis. No era tan sencillo como matar al amo y ponerse al mando, y eso le inquietaba. Cualquiera de los cuatro era capaz de vender a su madre por unas monedas y eran duros, casi tanto como él. Sin contar que la recompensa que representaba Valeria para todos ellos, era motivo más que suficiente para convertirles en sus rivales. Así que en aquel mismo instante decidió que, llegado el momento y por su propia seguridad, también iba a tener que acabar con todos y cada uno de ellos.

El chico había sabido encontrar el camino hasta el desfiladero sin tropezarse con las numerosas patrullas de soldados que merodeaban la zona. Atravesarlo en plena noche aumentaba su angostura. Aunque el pequeño grupo se movía deprisa, cruzarlo por completo se les hizo interminable. Una vez allí no se vio ningún rastro del ejército, y daba la sensación, para su fortuna, de que no estaba interesado en nada de lo que hubiera en aquel lado. Parecía que les habían dejado el camino libre. Don Luis se alegró de tener al chico a *su servicio*, que ya había demostrado su utilidad consiguiendo hacerles llegar al río sin contratiempos. Ahora debían cruzarlo, pero para eso tendrían que esperar al amanecer.

Era noche cerrada y hacía mucho rato que *El Campanillas* se había quedado dormido haciendo la guardia. Valeria se arrastró hasta la manta sobre la que descansaba Manuel que la esperaba haciéndose el dormido. Un instante después, ambos copularon con furia inusitada. Manuel tapó la boca de Valeria que mordió su mano con rabia. Cuando hubieron terminado, permanecieron echados uno sobre el otro, jadeando e intentando evitar hacer ningún ruido. Así, intentar recuperar el resuello era más costoso y por ello, pareció pasar una eternidad para que los latidos que golpeaban sus sienes se fueran apaciguando. Cuando la respiración se fue normalizando, fue Valeria la que rompió a hablar entre susurros entrecortados.

—¿No habrás olvidado tu promesa, verdad?

—No la he olvidado.

Valeria miró con desprecio, unos metros más allá, hacia el lugar donde su *amo* dormía plácidamente.

—¡Quiero verle muerto!

—Ten paciencia, hay que esperar el momento oportuno, además ahora vivos todavía siguen siendo útiles y será complicado acabar con todos a una.

—¿Es necesario que mueran todos?

—¡Oh, sí! Se pondrían de su parte, ¡Seguro! No me fío de ninguno.

—¡Entonces tengo un plan, amado mío!

No hablaron más. Peciña tapó con una mano la boca de la mujer mientras con la otra la volvía de grupas.

Los ruidos de la selva ahogaron de nuevo los sonidos que emitía la pareja mientras, encadenado a un gran árbol al otro lado de la hoguera, unos ojos de niño contemplaban la escena.

# 37

Los restos de *La Manada* encontraron un pequeño claro, todavía no muy lejos de la orilla, que con tanta penalidad habían conseguido alcanzar tras por fin cruzar el río. No había rastro alguno de ejército perseguidor, por lo que redujeron el paso, permitiéndose por fin un pequeño descanso. Fue Otilio quien organizó el campamento. Trató de hacer las cosas a la manera de Pedro Lobo, su admirado jefe y amigo. La preocupación por su gente y el instinto de supervivencia, le habían mantenido ocupado lo suficiente para no pensar demasiado en su pérdida pero, ahora, su ausencia regresaba como una penosa realidad. Mientras tanto, Antonio se había dedicado a buscar comida por los alrededores junto a un pequeño grupo y Páez había terminado el recuento de bajas. Los tres se reunieron informalmente.

—Hemos podido cazar y recolectar lo suficiente para un par de días. ¡Las cosas no están tan mal! —exclamó Antonio, intentando poner un poco de optimismo en aquella situación.

—¿Cómo sabes para cuanto tiempo conseguiste comida si no sabes cuántos somos? Todavía no te dije cuantos hemos sobrevivimos, ¡*carallo*! —se quejó Páez con desprecio. El tono de su voz evidenciaba un malestar profundo, y sonaba amargo y cortante. Desde la matanza se le veía taciturno y malhumorado.

En vez de contestar a la provocación y para quitarle importancia, el gitano simplemente contestó con tono pausado:

—¡A ojo! Y no me habré equivocado mucho.

Otilio, que para entonces ya conocía como se las gastaban aquellos dos, decidió interrumpir aquella discusión sin sentido.

—¿Dices que has terminado el recuento?

—Esta noche han muerto otras cuatro personas, por lo que quedamos vivos noventa y ocho, incluyendo a los aquí presentes; de los que doce están malheridos, y no creo que duren mucho, y ochenta y seis enteros o casi enteros. Ente los supervivientes hay mujeres, indios, niños, negros, una docena escasa de españoles… y hasta un gitano —La discusión volvió a comenzar.

Otilio, que se había terminado por acostumbrar a aquella situación se levantó, se sacudió el calzón y se alejó en dirección al centro del campamento para seguir con sus quehaceres, dejando a la pareja inmersa en otra de sus discusiones. El fornido soldado había asumido en la práctica las funciones de jefe hasta que *La Manada* estuviera en condiciones de elegir uno debidamente. Nunca se hubiera planteado voluntariamente comandar al grupo. Para él, Lobo y solo Lobo podía ejercer aquel cometido, pero las circunstancias le habían empujado a retomar la tarea emprendida por su jefe y amigo de llevar a su gente a salvo al otro lado del río. Ocupar el lugar del mismísimo Pedro Lobo no era ningún *dulce*, sin embargo, sabía perfectamente que tenía que haber un jefe, fuera quien fuera. Páez era el más capacitado, según la opinión del mismo Otilio, pero era imprevisible. Aquel marinero un tanto histriónico y campechano, tenía la rara facultad de estar siempre en el momento oportuno y además, sabía leer, escribir y contar. Era fiel a la causa y como espía había demostrado también su valía, así como valentía en el combate. Pero cuando tenía que tomar decisiones de alguna trascendencia o dar órdenes a un grupo más o menos numeroso, se quedaba *clavado* y daba la impresión de no reaccionar, prefiriendo ejercer el papel, que él mismo se había asignado, de *mosca cojonera* y sacar defectos a todo lo que pasaba por delante de sus narices. Sin duda, aquella actitud era la manera que tenía el marinero de mostrar su punto de vista sin atribuirse protagonismo pero, si aquel viejo lobo de mar no quería el liderazgo, nada podía hacerse. Páez era el perfecto lugarteniente, pero era imposible atribuirle un peso mayor o hacerle optar a una mayor cuota de poder, y eso es lo que le sobraba a Otilio de forma innata. Después de tantos años de ser la mano derecha de Lobo, sus decisiones no se ponían en duda y eran respetadas por toda *La Manada* de forma natural. De hecho, sin habérsele designado todavía formalmente como sucesor de Pedro, estaba siendo tratado como tal desde el primer momento. Sin embargo, aquella era una pesada carga que no le agradaba en modo alguno. Otilio era un hombre de acción y prefería situarse en un segundo plano en la cadena de mando pero, sinceramente, no veía a nadie más adecuado para el cargo, por más que mirase a su alrededor y *La Manada*, necesitaba un jefe cuanto antes. Estaba convencido de que, cuando fuera posible celebrar una nueva asamblea, iban a pedírselo y él no iba a tener más remedio que aceptar, y se hizo a la idea como pudo. Le gustase o no parecía que inevitablemente su destino pasaba por ocupar el lugar de Pedro Lobo. Se sentía terriblemente solo

en aquellos duros momentos. De pronto, sintió una punzada en el pecho y le sobrevino la congoja. Respiró hondo y trató de apartar aquella idea de su cabeza. No podía permitir que nadie le viera en semejante situación. Se sobrepuso y decidió que ya estaba bien de descanso. Había tenido la precaución de enviar por delante a Leandro Córdoba con varios exploradores taínos y no veía el momento de que regresaran con alguna noticia. No obstante, ordenó reanudar la marcha, se puso en cabeza y por fin respiró aliviado. Mantenerse ocupado le permitía alejar el pensamiento que le atormentaba.

Hacía tres días que habían conseguido cruzar el río. Tardaron en encontrar un punto por el que fuera posible hacerlo ya que, en aquella época, bajaba desbocado y podría haberles arrastrado corriente abajo. Incluso tuvieron que construir apresuradamente una almadía, lo suficientemente grande para poder cruzar con los animales. La vegetación cada vez era más tupida, asfixiante en ocasiones pero, si había algo que le molestara especialmente a Valeria eran los mosquitos, nunca los había visto tan grandes y tan voraces. Horrorizada observó como aquel al que llamaban *El Moro* iba con la boca abierta y cada vez que se le colaba uno dentro, simplemente se lo comía. Esto no hacía sino aumentar la repulsión que la mujer sentía por cuanto le rodeaba, y por todos y por cuanto tuviera que ver con su *dueño y señor*, con la excepción hecha de Manuel Peciña. Sus sentimientos hacia el joven eran contradictorios en gran medida: por un lado, había vivido a la sombra de Don Luis, y solo por eso le hacía desear su muerte. Pero ese pensamiento era apartado de inmediato, al acudir el recuerdo de sus momentos yaciendo juntos. Con Manuel no hacía el amor, simplemente fornicaba como un animal salvaje y se entregaba a una pasión tan desenfrenada, que nunca había conocido ni a nadie ni con nadie. Su amado hermano Juan de Dios seria convenientemente vengado con la muerte de Luis de Utrera. Solo así se sentiría en paz. ¿Y después? Estaba dispuesta a seguir con Manuel pese a que, en el interior de su bien amueblada cabeza, una voz le repetía una y otra vez que aquello no podía terminar bien. Sin embargo, lo tenía decidido hacía tiempo. Volvería a ser rica a cualquier precio y para eso estaba allí. De improviso, la marcha se detuvo en seco.

*El Portugués* y *Patavieja* habían desenfundado sus hierros, el chico, delante de ellos, no paraba de señalar al frente. A poca distancia, entre los árboles, un grupo de seis taínos no les quitaba ojo. No parecían hostiles y se limitaban a observarles en silencio.

—¡Chico, ven aquí! —ordenó Luis de Utrera—. Llámales. Quiero que hables con ellos. Necesitamos información.

El joven taíno les hizo señas para que se acercaran, a la vez Peciña mandó guardar las armas. Una vez los dos grupos estuvieron frente a frente, el chico comenzó a hablarles en su propio dialecto. Al principio, no le contestaron ni parecían entenderle. No quitaban la vista de encima de aquellos extraños viajeros. Después de un primer intercambio de frases, el chico comenzó a traducir.

—Mi señor Don Luis, ellos querer saber de dónde venimos.

Manuel interrumpió al chico, envalentonándose ante su jefe.

—¡Yo les voy a dar de dónde venimos!

—¡Quieto, Manuel! Necesitamos saber. Regalémosles alguna chuchería. ¡Valeria, dame ese collar!

—Valeria se estremeció, se llevó la mano al colgante del que nunca se separaba y dio un paso atrás.

—¡Mi señor, no! Es el colgante de mi difunto hermano. Sería como renegar de mi sangre.

Don Luis maldijo entre dientes y decidido a no contrariar a los taínos, se mordió las ganas de abofetear a la mujer delante de ellos. Hubo de contentarse con ofrecer su propia daga a modo de presente. Tendió el arma al indígena que parecía el jefe y sonrió disimulando su enojo.

—Diles que a cambio queremos saber si conocen un gran lago cerca de aquí —susurró.

El indio tomó el regalo, sorprendido y complacido, y agradecido comenzó a hablar.

—Decir —tradujo el muchacho—, que a dos jornadas hacia el oeste hay gran lago, que lo habita un pueblo *araguacu,* de gente sagrada, y que allí vivir con ellos un extranjero con el pelo del mismo color que el vuestro —El indio señaló a las plateadas sienes del terrateniente sevillano—. Él querer saber si compartís sangre con él.

Utrera sonrió con malicia. Aquella era la confirmación de que en aquella aventura no iba tras una quimera. La presencia del extranjero y la existencia del lago, eran la prueba de que su codicia le estaba encaminando en la dirección correcta. El indígena prosiguió y el joven se apresuró a traducir sus palabras.

—Decir que allí también vivir los *boya*, espíritus malignos, mi señor y que no acercarnos allí, ser el sitio de *Manoate*.

—Dile que no iremos —mintió el terrateniente—, asegúrate de que te cree y pregúntale si hay oro en ese lago.

El chico se volvió al indígena que acaudillaba aquel grupo de taínos y de entre las inentendibles palabras que utilizó en su lengua natal, una despuntó con peso propio: *caona*.

El taíno asintió con vehemencia, señaló al oeste y mostró un abalorio que brillo como el fuego a la luz del día. El oro era tan real como la selva que les rodeaba. El grupo de indígenas se despidió con gesto confiado y se perdió en la espesura.

Valeria intuyó que el final del viaje se hallaba cerca. No había tiempo que perder. Esa noche tenía que conseguir hablar con Manuel.

Don Luis dio la orden de continuar y el grupo prosiguió su marcha. Para entonces, la mujer ya había decidido que su plan de acabar con Utrera y con sus hombres debería llevarse a cabo lo antes posible.

*La Manada* nunca había estado tan al oeste. Apenas si habían cruzado el río tres o cuatro veces, pero sin adentrarse en la selva ni en lo que había más allá. Por supuesto, como a todos en La Española, las leyendas del lago y de su descomunal tamaño les resultaban familiares, pero aquello era demasiado incluso para la imaginación más fértil. Desde lo alto de aquella colina, también se podía apreciar sin dificultad un islote situado en el centro de la gran masa de agua. Varios ríos vertían sus aguas en el estuario y rodeando el lago, se distinguía una gran senda sin vegetación que lo rodeaba casi por completo. Otilio y Páez llegaron a contar a su alrededor hasta cuatro aldeas de

distintos tamaños. Pero lo que de verdad atrajo su atención, fue una pequeña ciudad, completamente diferente a las demás y situada en la orilla noreste y en la que se adivinaban construcciones de madera e incluso de piedra o adobe. A lo sumo tres jornadas más de marcha y llegarían a sus inmediaciones. Las leyendas sobre el pueblo del lago y su sanguinario dios no les eran del todo desconocidas y, aunque para ellos significasen meras supersticiones sin fundamento, tenían que ser cautos, pues es bien sabido que toda leyenda conlleva una realidad oculta. Pese a todo, allí estaba el lago y no tenían otra opción que dirigirse a él. Si tal y como habían pactado con Guillermo Santamaría, el hombre del Gobernador, tenían que vivir en aquélla parte de la isla, y no querían ser molestados, era imprescindible contactar cuanto antes con sus habitantes y convencerles de que les dejaran establecerse en su territorio, al menos un tiempo. Necesitaban un lugar donde permanecer tranquilos y poder curar a sus heridos. Confiaban en que los taínos que formaban parte de *La Manada* les sirvieran como salvoconducto, ya que desconocían si aquel pueblo había tenido algún contacto con europeos. De lo que sí estaban seguros, era que la Corona de Castilla todavía no había llegado hasta aquel lugar. Así pues, después de una huida sin descanso y tras atravesar el río y la selva, cuanto había frente a ellos significaba su única oportunidad de sobrevivir. No tenían otra alternativa que confiar en que aquellas gentes conocieran la hospitalidad. Debían asumir el riesgo. Otilio temía que aquel fuera el primer contacto de los nativos con un europeo y ese pensamiento le erizó el vello.

El cansancio se iba apoderando de todos y de cada uno de los miembros de *La Manada*. No se atrevían a parar más de lo estrictamente necesario para descansar, ya que hacía días que se sabían observados. Incluso en la última jornada, los habitantes de aquellas tierras se estaban dejando ver, aunque a suficiente distancia para no llamar demasiado la atención, ni forzar un encuentro violento. Otilio no compartía su inquietud con nadie pero no era necesario. Todos sabían que iban a contactar con ellos, pero nadie sabía ni cómo, ni cuándo. Las leyendas de la isla, que habían ido pasando de padres a hijos durante generaciones, no hacían sino aumentar la angustia de los cansados, hambrientos y también heridos miembros taínos de *La Manada*. Una inquietud que habían terminado por contagiar a todos sus compañeros. Antes de comenzar la segunda jornada de

marcha, un puñado de ellos se negó a seguir avanzando. Se creían profanadores de tierra sagrada y sentían gran temor al supuesto castigo que les aguardaba. Hubo que recordarles, que no había nada peor que lo que dejaban atrás. Pero aquella diatriba de *hombre civilizad*o no sirvió de mucho, solo el recuerdo de Lobo consiguió hacer que los supersticiosos taínos siguieran avanzando.

—Su sacrificio —proclamó Lucía con rabia—, no puede ser en vano.

Aquellas pocas e intensas palabras tuvieron su efecto y consiguieron que la marcha se reanudase.

# Parte cuarta: El lago




Mapa de Isla Española. Siglo XVI.

El grupo de proscritos avanzaba en silencio, en fila india o a lo sumo de dos en dos. La noche pasada habían enterrado a otros cuatro hermanos más. El último recuento de supervivientes era de ochenta y siete, aunque uno de ellos que era transportado en unas parihuelas, pues nunca se abandonaba a nadie, no llegaría a la puesta de sol. Estaban tan apesadumbrados, tan cansados y hambrientos que no reaccionaban ante la realidad de que, según se iban acercando al lago, se iban dejando ver grupos, cada vez más numerosos, de indígenas pintados con llamativos colores. No se les acercaban. No les amenazaban. Simplemente se limitaban a observarles con curiosidad.

Lucía sentía un nudo en el pecho. Presentía que el final de toda aquella increíble aventura estaba muy cerca y caminaba inexorablemente hacia él, sin poder hacer nada para cambiarlo. Miró a los lados y se convenció de que, al igual que ella, todos y cada uno de sus compañeros se habían convertido en espectadores más que en protagonistas y, para entonces, ya no tenían ningún control sobre su futuro. No quería importunar a Antonio pero necesitaba escuchar su voz.

—¿Desde cuando nos siguen, *tito*? —preguntó en voz queda.

—Tres jornadas enteras, diría yo. Desde que terminamos de bajar la última colina —susurró el gitano.

Ella asintió y volvió a sumirse en sus pensamientos. Llevaban dos interminables días bordeando por el este el gigantesco lago y la vegetación de la ribera había terminado por desaparecer por completo de su vista. Para entonces, lo que había comenzado como una senda estrecha se había transformado en una amplia calzada, que denotaba haber sido cuidada con esmero, y a la que se habían ido incorporando numerosos acompañantes que les seguían en silencio. Tras enfilar la última parte del camino en dirección a la ciudad, su número se había ido incrementando notablemente y ahora les superaban con holgura. Si aquellas gentes no conocían la hospitalidad, podría significar su fin.

Tras finalizar una cuesta serpenteante, el camino terminó de pronto, desembocando abruptamente en una ciudad. En aquel momento, Lucía fue consciente de que delante le esperaba un futuro incierto y sintió un escalofrío. Ante sus ojos, la pendiente se hacía más y más empinada y

cada paso que daba se acumulaba en sus piernas tanto como el temor que sentía. Su boca se había secado y apenas podía oír ya sino algún quejido lastimero procedente de alguno de sus compañeros malheridos.

Sus ojos, abiertos como platos, no conseguían abarcar todo lo que veía. Miraba a su alrededor, una y otra vez, pues estaba convencida que después de aquel momento ya nada volvería a ser igual en su vida. Nunca hubiera imaginado la existencia en La Española de un lugar como aquel.

Para alejar la angustia que le embargaba, la joven se entretuvo calculando las dimensiones del lago y, en cuanto llegó a su primera conclusión, simplemente quedó anonadada: ¡Cabía toda Sevilla en su interior, con *El Arenal*, su puerto, incluido y todavía era más grande!

Ya nadie hablaba en el grupo. Lucía supuso que todos estaban igual de cansados y de impresionados por lo que estaban viendo, además de la incertidumbre por lo que podría pasarles; sin conocer a aquellas gentes se habían puesto en sus manos.

En la cercanía del lago y debido a la ausencia de vegetación, tuvo la oportunidad de fijarse en los flamencos y en las iguanas, animales que no había visto hasta entonces. Incluso contempló con asombro una gran tortuga, criatura de la que había oído hablar a Páez y a los otros marineros en la nao. Barrió con la mirada cuanto les rodeaba, a lo lejos, se extendía un gran bosque de pinos, abrazando con un círculo verde la gran masa de agua y que eran de distinta clase a los que ella conocía de España. No tardó en ocupar su mente en otros pensamientos; lo que en realidad le inquietaba era lo que les aguardaba al final del camino.

Los materiales con que estaban construidos los edificios eran fáciles de reconocer, madera de pino y adobe. Según se iba acercando, la joven se percató que lo que días antes había tomado por construcciones de piedra, eran en realidad casas hechas con simple barro. También se fijó en las cabañas perfectamente alineadas sin la sensación de provisionalidad de la que hacían gala los campamentos de *La Manada*. ¿Quién podía saber desde cuando estaba allí aquel lugar? Las calles perfectamente trazadas y el sorprendente tamaño le maravillaron. La ciudad era en verdad grande, más de lo que parecía desde la lejanía, y estaba mucho más poblada de lo que nunca se hubiera imaginado. ¿Cómo era posible que aquel lugar hubiera pasado totalmente desapercibido para la Corona Castellana?

De improviso, un extraño personaje, cubierto con un vistoso tocado de plumas y que parecía esperarles, se colocó delante y les hizo señas de que le siguieran, cosa que hicieron sin llegar a detenerse. A los lados, una multitud curiosa flanqueaba a los viajeros.

Vestidos a la manera europea, los recién llegados destacaban como una mosca en un plato de leche. Lucía observó sorprendida todo cuanto estaba sucediendo y en un gesto instintivo se aferró a la mano de Antonio, mientras sus ojos examinaban con meticulosidad a los habitantes de aquel lugar fascinante. Sus ropas y ornamentos eran diferentes a los que había visto en cuanto taíno había conocido hasta entonces. Le llamaron especialmente la atención sus ojos, ligeramente rasgados, y el color de la piel, más pálido de lo normal en aquellas latitudes. No podía asegurar que se tratara de una raza distinta, pero aquellas diferencias le desconcertaron y ese desconcierto seguía acentuándose a medida que avanzaban en el interior de la urbe.

Sin duda, para aquellas gentes no era habitual ver forasteros, pero no por ello se mostraban hostiles. A medida que *La Manada* se iba adentrando a buen paso en el interior de la ciudad, atravesaron una larguísima calle empedrada y giraron hacia el oeste por otra de dimensiones más discretas, hasta llegar por fin al pie de una construcción alta, también de adobe y situada en la orilla del lago, frente a la cual se extendía una gran explanada. Una vez alcanzada lo que parecía su entrada, la figura a la que seguían les conminó a detenerse. Los miembros de la avanzadilla obedecieron, mirándose unos a otros con preocupación. El extraño personaje entró en el edificio.

No tuvieron que esperar mucho. Del interior de la construcción, salieron a recibirles tres hombres.

Abriendo la extraña comitiva iba el pequeño anciano, *vestido* ahora solo con amuletos y con todo el cuerpo pintado de vistosos colores. Se plantó delante de ellos a poca distancia y se mantuvo en silencio. Los recién llegados se miraron entre sí. Sin ningún tipo de reparo, el misterioso personaje se les acercó y comenzó a inspirar el olor que despedían, ayudándose de sus manos para atraer su aroma de un modo teatral. Los otros dos hombres se limitaron a situarse detrás. A aquella hora de la tarde el sol brillaba frente a ellos, cegándoles e impidiéndoles ver con claridad. Por ello Lucía tardó en reaccionar. Hubo de ser Antonio quien reaccionó en primer lugar.

—¡Qué me aspen siete veces, si ese no es mi compadre Luca!—exclamó a la vez que señalaba a uno de los hombres que se había colocado tras el anciano.

En ese momento, los acontecimientos se precipitaron en unos breves e intensos segundos.

—¿Antonio?

—¡Papá!

—¡Lucía, *mia filia*!

Por toda respuesta, los tres se fusionaron en un abrazo interminable, en silencio, aunque no era necesario expresar con palabras la alegría que les inundaba. El llanto de regocijo que surcaba sus rostros ahogaba cualquier conato de conversación. Cuando cesaron el desconcierto y la alegría, Antonio se situó a unos discretos pasos de distancia, dejando que padre e hija y observando la escena con atención. Sin duda Luca estaba muy cambiado, fue lo primero en lo que reparó Antonio. Había dejado crecer sus cabellos, a semejanza de aquellas gentes, y se había rasurado la perilla. Vestía de manera muy distinta a los paños florentinos que habituaba a portar en Sevilla e iba ataviado con una vieja y raída camisa blanca a la que había cortado las mangas, siendo el resto de sus vestimentas de origen vegetal, al estilo de aquellos indígenas.

También le llamó la atención la cantidad de abalorios y amuletos que llevaba pero, sobre todo, el tono de su piel, sin distinción aparente con la de los habitantes de aquel lugar. Entonces cayó en la cuenta de que aquella gastada camisa era, a simple vista, lo único que podía distinguirle como extranjero. Pero sobre todo, el gitano intuía que su jefe y amigo había cambiado interiormente. No sabía explicarlo con palabras pero algo le decía que ya no era el genovés, arrogante y un tanto pendenciero, habituado a conseguir cuanto deseaba con el tesón de su voluntad. No. El Luca que él había conocido en Sevilla no era quien se presentaba ante ellos.

No le costó convencer a Luis de Utrera de que debía enviar a alguien a explorar. En realidad en aquel momento, a Peciña le daba igual lo que pudieran encontrar. Estaban muy cerca y solo pensaba en la forma de acabar con todos ellos y, para ello, lo mejor que se le ocurrió fue dividir a

los hombres. Así, *El Portugués* se adelantó a explorar junto al chico, mientras el resto descansaba en un improvisado campamento.

Valeria, se afanó en elaborar un guiso con cuanto habían ido encontrando por el camino, incluidas un par de aves desconocidas que habían conseguido capturar con una red. Había llegado el momento de poner en marcha su plan y para ello utilizaría todo su encanto y armas de mujer. *El Campanillas* se le acercó por detrás.

—¡Huele muy bien!

—¡Y sabe todavía mejor! Pruébalo —le ofreció zalamera la mujer.

—¿De verdad puedo?

Valeria acercó el cazo a los labios del hombre. Poco después, *El Moro* se aproximó a grandes zancadas.

—¡Ya sabéis que Don Luis ha ordenado que comamos todos a una!

—No va a enterarse. Está durmiendo.

Valeria, obsequió a ambos con su guiso mientras les ofrecía la mejor de sus sonrisas. Coqueta, les acercó de nuevo el cazo. Armaron tanto revuelo que *Patavieja* y Peciña se acercaron al pequeño grupo.

—¿Qué pasa aquí?

—Come, *Patavieja*. Que el amo no va a enterarse de que no le hemos esperado.

*Patavieja* miró de reojo a Manuel que por toda respuesta le dio un espaldarazo.

Valeria se estaba empleando a fondo. Ninguno de los presentes se resistía a sus encantos. Los tres hombres comieron del guiso hasta hartarse.

Para cuando *Patavieja* fue consciente de lo que sucedía, tanto *El Moro* como *El Campanillas* se habían desplomado tras terribles retortijones. *Patavieja* se veía morir e instintivamente sacó su puñal. Como a destellos, vio reír a la pareja y al momento comprendió que eran ellos los culpables de lo que le sucedía. Sintió odio e impotencia a partes iguales. Torpemente trató de acuchillarles, pero todo daba vueltas a su alrededor. De pronto escuchó la voz de Manuel Peciña tras de sí.

—¿Qué te pasa, *Patavieja*? ¡Tienes mala cara! ¿Por qué no te tumbas a esperar que se te pase?

*Patavieja* ya no podía hablar, pero escuchó perfectamente las risas de Valeria y de Manuel mientras caía fulminado intentando balbucear una maldición.

En aquel momento, un desgarrado grito les hizo volverse.

—¿Qué has metido en el puchero, bruja? ¡Has matado a mis hombres!

Ambos se dieron la vuelta al instante, detrás suyo, despierto por el jaleo que habían organizado, Luis de Utrera estaba en pie blandiendo su espada.

Lo acontecido a partir de entonces sucedió en unos pocos segundos.

El terrateniente avanzó decidido hacia la mujer espada en alto, pero Manuel se apartó lo suficiente calculando la distancia mientras sacó el puñal de la bota. Para entonces Valeria, que había resbalado, estaba en el suelo, bajo la espada de Don Luis, de la que ahora le separaban tres palmos escasos. Pero el intento del terrateniente fue inútil. De pronto, Utrera sintió un fuerte dolor en el pecho, bajó lentamente la mirada y lo comprendió todo. El certero lanzamiento de Manuel había hecho diana. A esa distancia era un maestro lanzando el cuchillo. Don Luis lo sabía y por eso estaba seguro que todo había acabado para él. Las fuerzas le abandonaban por momentos.

Hincado de rodillas y haciendo un gran esfuerzo para respirar frente a sus verdugos, intentó abrir la boca para hablar pero no le sirvió de nada. Por el contrario, fue Valeria quien lo hizo y con la furia que había estado reprimiendo durante todo el viaje.

—¡Ojalá te pudras en el infierno, viejo inservible! Mira quien me montaba en cuanto tú te dabas la vuelta. ¡Mira!

Valeria escupió con saña sobre el rostro de Utrera y se asió del brazo de Peciña sin parar de reír. Enfrente, clavado en el suelo, sintiéndose inútil y deseando la muerte, el terrateniente contemplaba el espectáculo sin poder mover un músculo para vengarse. Como siempre temió que sucediera, la serpiente había inoculado su veneno. Maldijo las mil veces que pudo haberla matado y no lo hizo. Por fin, dejó de respirar y cayó al suelo con un sonoro golpe.

Valeria se soltó de Manuel y alzó los brazos, triunfante en dirección al cielo azul.

—¡El mismo veneno que acabó con Mateo Ávila, al fin ha vengado a mi hermano!

—¿Y de dónde lo has sacado, si puede saberse? —preguntó Peciña con curiosidad.

—Una mujer tiene sus secretos —sonrió maliciosamente Valeria.

Entonces señaló el collar que un día antes Don Luis había estado a punto de regalar a un salvaje y cuya joya central había sido movida, mostrando un pequeño compartimento estanco.

—¡Bruja del demonio! —bromeó Manuel—. En cuanto a mí, ya ves que he cumplido mi palabra…

—¿Tu palabra?... ¡Traidor!

La voz provenía de su espalda. Un salto instintivo le salvó y el golpe solo llegó a herirle levemente en el brazo. Los exploradores estaban de vuelta. *El Portugués* había visto lo suficiente para comprenderlo todo y querer matar a Manuel. Lanzó otro golpe con su espada, embate que Peciña solo pudo esquivar. Manuel buscó desesperadamente algo con que defenderse. La inesperada llegada de su camarada le había pillado por sorpresa, estaba desarmado. Intentó ganar tiempo.

—¿Por qué crees que te envié a explorar? Eres el único con el que iba a compartirlo todo. El único al que puedo llamar amigo.

—¡Pamplinas! Ya te he visto matar antes. No te detienes ante nada. ¡Mientes! ¡Y yo, que te tenía por un hermano!

Pese a que *El Portugués* no tenía ninguna destreza con la espada, sus golpes se sucedían sin cesar, acercándose cada vez más a su objetivo.

—¡Estate quieto! ¿Cuánto crees que vas a durarme, desarmado como estás? No necesito a un traidor cerca de mí y menos cuando estamos a dos días escasos de nuestro destino. Por eso ahora vas a morir y el oro será solo mío ¿O creías que solo el viejo y tú estabais al corriente del tesoro? Vas a pagar por tu traición. Voy a matarte, Manuel y después voy a forzar a esa zorra bastarda hasta que me harte.

Esta vez el hierro, pasó rozando a Peciña, al que cada vez le costaba más esquivar los golpes. Manuel intentó de nuevo ganar tiempo.

—¿Dos jornadas dices?

—¡O menos! El lago está hacia poniente. Sí. El chico y yo nos encaramamos a una loma y allí estaba, pero tú no vas a verlo. ¡Perro traidor, no te necesito para nada!

Manuel había quedado arrinconado bajo una roca. *El Portugués* levantó la espada para dar el golpe de gracia, cuando de repente sintió un fuerte escozor de un lado a otro del cuello.

Instintivamente, se llevó la mano a la garganta y acto seguido se la miró con sorpresa. Estaba bañada de carmesí. Era sangre, su sangre que brillaba con la fuerza de mil soles y que salía a borbotones. Sabía lo que significaba; la vida se le escapaba por momentos. Su espada cayó al suelo y después fue él el quien se derrumbó como un saco. Tras él, de pie, Valeria miró a Manuel con aire desafiante. En su diestra aferraba el mismo puñal que poco antes había estado hundido en el pecho de Luis de Utrera. El corte había sido rápido y preciso. Manuel sintió un escalofrío.

Ni se molestaron en intentar alcanzar al chico. Antes de llegar al campamento *El Portugués* había decidido desatarle, aunque le vigilaba de cerca. Pero tras ver caer fulminado a su guardián, el chico se supo el siguiente y echó a correr. Tan veloz que, cuando Manuel y Valeria lo echaron de menos, casi no se le veía en la distancia.

—No te preocupes por él. No nos dará problemas —sentenció la mujer—. Tenemos las monturas, las provisiones y todas las armas. Sabemos por donde se va al lago, y a qué distancia estamos. Para llegar hasta allí no necesitamos ni al chico ni a nadie. El oro nos está esperando y es solo para solo nosotros dos.

Para Lucía y Antonio, era la primera cena que podía considerarse como tal después de mucho tiempo. Las estrellas brillaban con fuerza y a pesar del sofocante calor que aun se resistía a dejar la selva, una ligera brisa aliviaba sus cuerpos cansados. En la playa del lago brillaban las fogatas y reinaba un ambiente de fiesta y de celebración. El pueblo del lago había resultado no solo no ser tan temible como contaban las leyendas, sino que exhibía una hospitalidad y deseo de agasajar a sus invitados que sorprendió agradablemente a los miembros de *La Manada*. Se llamaban así mismos *ucuru*, que significaba *la gente valiente del templo*.

Otilio comió de cuanto se le ofreció, pero apenas probó el licor. De tanto en cuanto tanteaba su daga. Su instinto militar le hacía desconfiar. Se sentía intranquilo por no poder controlar la situación. Además, las relaciones sociales no eran precisamente lo suyo y hubiera deseado, más que cualquier otra cosa, que Lobo hubiera estado allí para no tener que ser él, quien cargara con la cruz

de liderar *La Manada*. Pedro sí que tenía don de gentes y, al contrario que su lugarteniente, siempre sabía como corresponder cada muestra de agasajo recibida. Por fin, para alejar el recuerdo de su camarada caído, se entretuvo ojeando la escena con ojos de halcón.

Lucía y su padre se abrazaban y reían, daba la impresión de que la muchacha había conseguido, apartar de su mente momentáneamente lo acontecido y Otilio se alegró por ello. Mientras, a su diestra, Antonio y Páez, que para su alegría no habían abierto todavía la boca, daban buena cuenta de cuantos manjares les iban ofreciendo, así como del licor de yuca al que llamaban *uicu* y del que a buen seguro se acordarían al día siguiente.

No dejaba de pensar que después de tanto esfuerzo por salvar la vida, se podían haber terminado metiendo en la boca del lobo y sin ayuda de nadie. Por otra parte, intentaba estar sereno para recopilar cuanta información iba pasando ante sus ojos y sobre la que hasta el momento no había podido sacar conclusiones. Comió despacio y en silencio, respondiendo con una sonrisa a cada atención que recibía, al contrario que su gente, que se había terminado relajando después de tanto sufrimiento. Calculaba sus posibilidades sin dejar de prestar atención a su alrededor y se dedicó a observar con detenimiento aquel extraño lugar.

Lo primero en lo que reparó eran las dimensiones del lago, que resultaba grandioso a todas luces. Para darle la vuelta, no harían falta menos de tres jornadas, y a buen paso. ¡Era simplemente gigantesco! La ciudad había sido construida en el punto más próximo a un islote, situado dentro de la enorme extensión de agua y en la que se alzaba una llamativa construcción. Tras preguntar, averiguó que estaba prohibido ir allí, pues era lugar sagrado y el edificio que se adivinaba era el *Ku*, un templo. Pero aquel era el más sagrado de todos, el templo de *Manoate*, su dios.

Le resultaba sorprendente constatar, a medida que preguntaba acerca de sus costumbres, las numerosas creencias y prohibiciones, así como las innumerables leyes que poseían aquellas gentes. A todas luces, eran una civilización en toda regla, con clases sociales, religión, sacerdotes y guerreros. Con la intención de no desairarles, se prometió andar en todo momento con pies de plomo.

Según fue transcurriendo la velada, cada vez tuvo más claro que lo que tenía que pedirles a sus dirigentes, no era que les permitieran vivir con ellos, sino que les permitieran establecerse con

independencia en algún lugar de su territorio. Seguía temiendo por su gente y consideraba muy seriamente que, pese a todo, seguían en peligro. Necesitaba saber más.

Mientras, se seguía sirviendo comida y el licor fluía alegremente, un pequeño grupo de *ucuru* danzó en honor de sus invitados. Era un baile ritual sagrado, que se semejaba vagamente a un *areito*, según dijeron los taínos de *La Manada*, pero, aun con los ojos abiertos, la mente de Otilio no le prestó atención y siguió concentrada en sus temores. Páez se le acercó tambaleándose.

—¡Estás serio, Otilio! Anímate. Coge un par de indias para empujar un poco y así sellar los lazos entre nuestros dos pueblos —bromeó el marinero con ganas.

—¡Para eso estoy yo ahora!

—¿Qué te pasa?

—Me preocupa la situación. Estamos en sus manos.

—Por eso, rapaz. Si no podemos hacer nada, disfruta del momento.

El gallego le dio un sonoro espaldarazo y volvió haciendo eses por donde había venido.

El banquete transcurría con algarabía a la luz de las fogatas, pero Otilio seguía desconfiando de aquellas gentes.

Según había averiguado, el personaje desnudo que había salido en primer lugar del *caney*, la casa del *cacique*, era el hechicero, al que llamaban *bohiti* y era muy influyente. Quien había salido en segundo lugar, era el mismísimo *cacique* y era tenido por descendiente de los dioses, pero pese a su poder, parecía limitarse a seguir los dictados del brujo a pies juntillas. El *bohiti* había decidido que los espíritus de los muertos no eran contrarios a su presencia allí y por eso, y por el espectacular reencuentro entre Lucía y Luca, del que cada vez se constataba más y más su influencia entre aquella gente, había sido admitida allí *La Manada*. Habían atendido a sus heridos y se les había dado comida y techo. Juan Gálvez, el herido transportado en parihuelas, y que agonizó durante todo el camino hasta el lago, había fallecido nada más llegar a la ciudad. Seguidamente fue enterrado según la costumbre de *La Manada* y ni el *bohiti* ni ningún otro *ucuru*, se interpusieron ni se negaron en modo alguno a que fuera sepultado en un bosquecillo.

Por fin, Otilio, terminó por relajarse y entablo conversación con los lugareños; unas veces por señas y otras con la intermediación de los taínos de *La Manada*, que conseguían hacerse

entender de forma fluida, pese a no hablar el mismo dialecto. A pesar de todo, las explicaciones de aquella gente, aunque incompletas, iban más allá de la mera cortesía y daban la impresión de ser honestas. Le explicaron que no les consideraban *arijua* (extranjeros), que Luca era una persona sagrada o *araguacu*, capaz de espantar *boyas* o espíritus malignos, razón por la cual era un personaje respetado y poseía una posición muy elevada.

Según pudo saber, en aquel lugar siempre había algún tipo de ceremonia religiosa, a cualquier hora y en cualquier momento, dedicada a *Atabey* que era la madre tierra o a cualquiera de las otras divinidades. Sorprendentemente, los taínos de *La Manada* encontraban, según decían, ciertas similitudes en las costumbres de aquel pueblo con las suyas propias. Algunos rituales se realizaban en las cuevas cercanas, cada una de las cuales estaba dedicada a un *zemí* o espíritu, representado con un tótem. Pero su principal divinidad era *Manoate*. Para ellos, aquel ser moraba en el lago, en el cercano islote que llamaban *Cay* y al que solo los llamados *araguacu* o *gente sagrada* podía acercarse. Era un dios al que temían y del que Otilio sospechaba que ofrecían algo más que lo expuesto a la vista. Había escuchado narrar acerca de historias de sacrificios humanos y aquello le hacía sentirse intranquilo. Logró apartar por unos instantes tales pensamientos de su cabeza, se giró con gravedad y se sorprendió a sí mismo esbozando une leve sonrisa mientras observaba satisfecho, cómo, después de tantos apuros, su gente comía y reía. Aquella visión sirvió para ahuyentar de modo fugaz su desconfianza y el vacío que Lobo había dejado. Sin duda, su añorado amigo debía estar en aquel momento complacido observando a su gente desde el otro mundo, viendo aflorar de nuevo la sonrisa a sus cansados rostros. Alzó su vaso y brindó en silencio por su camarada ausente. Sus ojos se cruzaron un instante con Lucía, con quien compartió un guiño cómplice. Pese a todo, los ojos de la muchacha estaban inmersos en un pozo de tristeza. Sin duda, ella igualmente debía de estar pensando en Pedro y ni el ansiado rencuentro con su padre le estaba proporcionando la dicha necesaria para olvidarle.

El joven Landa había pasado días enteros torturándose en secreto a causa de lo sucedido días atrás. Las horas, lentas e inexorables, desfilaban ante él como un carnaval pecaminoso desde aquella aciaga mañana, en la que después de contemplar el cuerpo tibio y fibroso como un junco de la aun inconclusa mujer, algo nuevo había despertado en él y la carne, impúdica y demoníaca le había reclamado. No había dudado en aplicar sobre sí mismo las prácticas más dolorosas para apaciguar su fuego, pero todo había sido en vano. El recuerdo de la joven y de lo acontecido le perseguía. Si cerraba sus ojos, las formas de la muchacha se le aparecían entre tinieblas revelándole su cuerpo dulce y húmedo, la luz del amanecer incidiendo sobre la piel cobriza o la tersura de sus incipientes pechos perfilándose a contraluz. La escena regresaba a su torturada mente una y otra vez de un modo tan fidedigno que, sentía tanto goce en su cuerpo como horror por su debilidad, torturando su intranquila conciencia con el recuerdo de lo sucedido.

Bartolomé permaneció en silencio, observando a aquella joven mientras un deseo lujurioso e incontenible se apoderaba por completo de su ser. Desnudo, en cuclillas, tras unos arbustos que le permitían ver sin ser visto, sus ojos recorrieron la tersa piel cobriza de la muchacha. Su cuerpo, firme y aun sin terminar de hacer, se había mostrado a sus ojos como la más poderosa de las llamadas. Atormentado, Bartolomé la contempló mientras se bañaba, incapaz de apartar de ella su mirada.

El joven agustino no había sentido nunca antes el deseo de la carne llamando a su puerta. Lentamente, la luz matinal se abrió camino en el cielo y el contraluz del cuerpo de aquella muchacha, que bien podía ser tomada por niña debido a su tierna edad, se tornó en una vibrante visión que le mortificaría por siempre. Durante toda su vida, había sido adiestrado acerca del embrujo que podía ejercer el diablo a través del cuerpo de las mujeres pero, ni siquiera las advertencias acerca de la depravación que aquel lugar dejado de la mano de Dios, ni la conciencia de ver con sus propios ojos cómo algunos de sus hermanos traicionaban sus votos a favor de aquellas pecaminosas indígenas, habían servido de nada. Entonces, como la mosca atrapada en la telaraña y preso de una atracción irresistible, decidió que debía ser suya a toda costa.

Poco importaba entonces su promesa ante el altísimo o las esperanzas puestas en él por su tío Álvaro. La tomaría siendo consciente del pecado que eso suponía. Y la oportunidad, como pensaría

Landa tiempo después, no pudo haber sido trazada por el mismísimo Satanás con mejor tino, ya que las demás muchachas se alejaron entre risas dejándoles a solas.

Sin ser consciente del todo de sus actos, se incorporó y se dirigió con paso sereno en dirección al río. La sorpresa pintada en el rostro de la joven dio paso al temor al ver el brillo en los ojos del monje.

Si Landa hubiese podido narrar lo que estaba sucediendo en su interior en aquellos momentos, habría dicho que no era él quien avanzaba en dirección a la muchacha, totalmente desnudo y fuera de control, sino un ser oscuro y perverso que se había apoderado de su cuerpo y que lo llevaba, paso a paso, en dirección a la perdición. A pesar de todo, Bartolomé fue consciente del pánico que se había apoderado de la joven y de sus intentos por escapar de su destino. Sus súplicas llegaron entre tinieblas, como un eco lejano, y ese terror, ese miedo que manaba de sus pupilas en forma de lágrimas, fue la chispa que prendió su mecha.

La tomó como se toman las cosas que se saben propias por naturaleza, como se posee lo que se anhela tomar. Bajo la sombra de aquella selva, extraña y ajena al paisaje que tanto añoraba, con un ensordecedor murmullo latiendo en sus sienes que acalló tanto los gemidos animales de él como los gritos de ella, Landa la penetró con rabia, puesto que ella era la única culpable de que aquello estuviera sucediendo, haciendo que brotara abundante sangre, y fue aquella sangre, viscosa, cálida, maternal, fluyéndole por los muslos como hilos escarlata, la que le sacó de su estado, haciéndole entonces ser consciente de lo que había sucedido. Horrorizado, como un niño que despierta de una pesadilla en mitad de la noche, se apartó como movido por un resorte del cuerpo que yacía bajo él y se echó a llorar mientras ella se incorporaba y se alejaba con el rostro hundido en el pecho. Nadie supo cuanto tiempo hubo transcurrido hasta que fue encontrado. Sentado en el lecho del río con las manos cruzadas sobre sus rodillas, gimoteando y repitiendo una y otra vez que se había topado con el diablo.

**39**

A la mañana siguiente la ciudad de los *ucuru* amaneció sumida en la quietud. La fiesta de bienvenida a *La Manada* estaba pasando factura y prácticamente todo el mundo dormitaba. Solo Lucía se enfrentó al sol que despuntaba en levante con el rictus severo. Su silueta, embutida en un vestido de fibra vegetal al uso de sus anfitriones, se recortaba de modo lujurioso contra el sol de la mañana. Sin haber bebido sorbo alguno de aquel condenado licor de yuca y con el recuerdo de Pedro Lobo como una espina clavada en su memoria, era la viva imagen del desapego. Se sentía tan ajena a cuanto le rodeaba que, le daba la impresión de no estar en este mundo, aunque se maldecía interiormente por sentirse así. Había conseguido dar con su padre en aquel lugar dejado de la mano de Dios, de modo casi milagroso y tras no pocas penurias, lo que no dejaba de ser un logro casi imposible y, pese a todo, Lucía no se sentía feliz, por el contrario, le embargaba una total falta de emociones, lo que le molestaba profundamente. La avispada niña que había partido de Sevilla meses atrás, se había convertido en una mujer en toda regla. Una mujer que cargaba en sus espaldas con la insoportable cruz de haber conocido al amor de su vida, para poco después haber sido testigo de su perdida, y todo en un lapso de tiempo tan breve que parecía una venganza ideada por algún dios severo y caprichoso. Aquella imagen de sí misma le hizo estremecerse.

Sintió un breve e intenso escalofrío que le recorrió todo el cuerpo y tuvo que hacer un esfuerzo por sacudirse la tristeza que le sobrevolaba, tratando de ignorarla. Sobrevivir, eso es lo que Pedro hubiese deseado para ella. En lo sucesivo no podía volver a permitirse flaquear, se lo debía a él. Al contrario, necesitaba ser fuerte para soportar día a día aquella pena que le consumía. Por un instante, pensó en el motivo que le había llevado a aquel lejano rincón del mundo y al fin esbozó una sonrisa amarga. Había encontrado a su padre y ese era un motivo más que sobrado para continuar adelante.

Le esperaba el desayuno que habían acordado previamente padre e hija para poder estar a solas. Curiosamente, hallar a su padre no solo no había supuesto la explosión de emociones que había imaginado sino que, una ligera pero creciente sensación de miedo se había ido apoderando de ella. Por extraño que pudiera resultar, el encuentro cara a cara con su padre no se había parecido en

nada a sus fantasías, recreadas una y otra vez durante tres largos años. Era como si aquel tipo enjuto vestido como un indígena, y con quien se había abrazado tan solo unas pocas horas antes, fuera en realidad un usurpador que se había apoderado del cuerpo de su padre. Durante la fiesta habían intercambiado risas y caricias como solían hacerse en el pasado, pero el reencuentro estaba incompleto. Ahora, por alguna razón que desconocía, su padre se le antojaba un viejo conocido, de quien parecía sentirse más alejada que del resto de los miembros de *La Manada*, con quienes había compartido últimamente tantas penurias. Sin embargo, estaba segura que su padre también sentía lo mismo y percibía un cierto distanciamiento en su proceder. Era como si tuvieran que comenzar de nuevo, poco a poco. Al principio, tratando de recuperar el tiempo perdido y reconociendo en el otro lo que un día habían sido, dejando para después todo lo demás. Entonces, como si accionar sus músculos supusiera un gran esfuerzo, se puso en marcha al encuentro de su padre, quien ya la esperaba ataviado de forma idéntica a la víspera.

El desayuno consistió en un par de dulces y exóticas frutas y una torta de pan *cazabí* recién hecha. Apenas hablaron. Tras el tentempié, se dispusieron a pasear alrededor del lago.

La abundante vegetación que había llegado a ser tan familiar para Lucía durante su periplo a través de la selva, era un mero recuerdo en aquel lugar. En el lejano norte, las montañas escarpadas se adivinaban rodeadas de una densa niebla que les daba un aspecto fantasmal. Hacía el sudoeste, el camino por el que habían arribado al valle descendía abruptamente, formando infinidad de pequeñas terrazas naturales desprovistas de vegetación, excepto algunos pinares dispersos. Caminando en silencio junto a su padre, tomó conciencia, por vez primera, de cuan distinto era aquel territorio al resto de La Española y de cómo podían darse en el mismo lugar tal disparidad de paisajes. Asimismo, Lucía también se percató de que allí los sonidos de la selva se dejaban sentir con menor intensidad, en parte por la falta de vegetación, pero sobre todo porque las montañas ejercían a modo de muro de separación. No le costó imaginar los motivos por los cuales aquella ciudad había permanecido, hasta entonces, lejos del control de los españoles. El terreno brindaba la oportunidad perfecta para aislar del resto del mundo a aquel pueblo tras las abruptas cimas.

Padre e hija caminaron un buen rato y en silencio por la ribera del lago. Cuando por fin se sentaron en la arena frente al pequeño islote, Lucía se arrellanó junto a su padre y le miró como un

niño que ve el mar por primera vez. Sus ojos le recorrieron con lentitud. Estaba más delgado y las arrugas poblaban su rostro mortecino dotando, sin embargo, de un aire distinguido a sus severas facciones. Su piel, sin duda ya acostumbrada a los rigores de aquel clima, estaba morena de un modo natural y daba la impresión de pertenecer a alguien que pasara mucho tiempo a la intemperie. Habían transcurrido más de tres años pero, a todas luces, su aspecto era tan saludable como el mismo día en el que partió de España.

Fue Luca quien rompió el silencio:

—Lucía, mi pequeña niña. No imaginas cuantas noches he soñado con verte de nuevo —dijo en un italiano que se resentía por el desuso.

Sus ojos estaba empañados por la emoción y su voz temblaba como una hoja al viento.

La joven se limitó a asentir con dulzura mientras apoyaba sus pálidas manos en las rodillas. Al hacerlo, su vestimenta produjo una especie de *frufrú* meloso.

—¡Como has crecido! —prosiguió Luca con la voz cada vez más vibrante y afectada—. ¡Ya eres toda una mujer..!

—¿Por qué, padre? ¿Por qué no regresaste?

La pregunta sonó como un trueno en mitad de la escena y Luca ocultó sus ojos clavándolos en el suelo en un gesto de perplejidad. Lucía había roto de golpe todo preámbulo, necesitaba saber y no iba a andarse por las ramas.

—Te escucho, padre. Adelante —inquirió.

El genovés vaciló unos instantes antes de responder pero cuando lo hizo, su voz era de nuevo tan serena como siempre.

—Créeme que nunca deseé dejarte sola tanto tiempo, pero tienes que comprender que este no era lugar para una niña. ¡Era imposible llevarte conmigo! No era un simple viaje más, sino toda una aventura.

—¿Por qué esta vez era diferente a las otras? ¿Qué te impulsó a atravesar la isla hacia lo desconocido? Y además solo.

Lucía conocía la respuesta, pero quería oírla de labios de su padre. Su voz había sonado como si una espada hubiese cortado una tela invisible y con tal severidad que, por primera vez, Luca vio a su pequeña como la mujer en la que se había convertido y decidió hablarle como a una adulta.

—¡Pequeña mía, te debo una explicación! Para que entiendas, es necesario que conozcas la historia completa. Así podrás juzgar.

Luca se armó de paciencia pero también de valor. Era mucho lo que tenía que contar y no estaba seguro de que Lucía fuera a entenderlo.

—Estaba tan entusiasmado, que me embarqué convencido de que, en mi ausencia, bastaría con dejar al padre Ávila a cargo de todo. Sin embargo, no puedes imaginar cuantas noches he soñado que regresaba a Sevilla y te estrechaba entre mis brazos, ni cuantas veces deseé haber podido dar marcha atrás en el tiempo. Pero de nada sirve arrepentirse, lo hecho, hecho está.

Los ojos del mercader se velaron entonces y a su rostro acudió una nube de fatalidad. Lucía le abrazó con ternura pero no derramó ni una sola lágrima. No sentía enfado alguno con su padre y sabía de sobra que ir contra la naturaleza de un soñador era como lanzarse de frente contra un muro. Era, más bien, como si dentro de su ser ya hubiese aceptado que su destino era aquel y no otro: ir tras su padre, conocer a Pedro y enamorarse para después perderlo todo. Sin duda, en los últimos meses se había convertido en alguien más fuerte.

Padre e hija se fueron poniendo al día. La noticia de la extraña muerte del padre Ávila y los ardides de su familia materna para hacerse con el control del imperio Rinaldi y la práctica bancarrota que sobrevino después, entristecieron sobremanera al mercader y, una y mil veces, volvió a lamentar haber dejado a su pequeña a merced de todos aquellos peligros. Lucía continuó con la narración del accidentado viaje, que había emprendido tras sus pasos. Luca estaba conmovido.

—Te enseñé bien, mi pequeña —dijo con gravedad—. Siempre albergué la esperanza de volverte a ver y veo que te has convertido en la clase de mujer en la que un padre quiere ver convertida a su hija. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Aunque amortiguado, el sonido de la ciudad comenzaba a llegar hasta ellos. El sol estaba ya en lo alto y la rutina se había apoderado del lugar. Padre e hija seguían ajenos a todo ello.

—Pero, ¿por qué, papá? —preguntó Lucía—. ¿Qué hay en este lugar que pudo atraer a tu espíritu hasta el punto de dejarlo todo atrás?

—No te negaré —ofreció Luca—, que en un principio tan solo la perspectiva de un tesoro fue motivo más que suficiente para obrar de modo tan inconsciente pero, mi niña. ¡Aquí hay mucho más que eso! Oculto en esta tierra, hay más de lo que el oro pueda comprar nunca. En cada rama de árbol, en cada piedra, en cada brizna de hierba. Algo que está muy por encima del mundo material y corrupto que conocemos.

Los ojos de la muchacha miraron con curiosidad a su padre y él le devolvió una sonrisa afectuosa y cargada de misterio. Estaba a punto de hacerle partícipe del más valioso de los conocimientos, pero antes debía seguir con su relato.

—Como ya me has dicho —comenzó su narración Luca—, tuviste la inesperada suerte de conocer a mi amigo Miguel Álvarez. Ambos estábamos juntos cuando nos hablaron por primera vez de este lugar. Un viejo marinero nos contó una historia sobre las riquezas que encerraban estas tierras, que exploradores remotos habían llegado aquí mucho antes de Colón y no sé cuantas cosas más. Miguel no le dio crédito alguno pero, por el contrario, yo vi algún atisbo de sentido en aquella historia descabellada contada por aquel marino borracho y me puse a indagar. Tío Giovanni era tan soñador como yo, le escribí y el asunto le interesó tanto como a mí. Desde aquel momento, no dejó nunca de investigarlo. Pasaba días enteros recorriendo todas las bibliotecas, palacios y monasterios de la región de Lisboa, escarbando en cada archivo en el que ponía sus pies con un solo pensamiento en su mente: riquezas, tesoros capaces de superar la imaginación más fértil y loca —El genovés guardó silencio de modo inesperado y la chispa que por un momento se había encendido en sus ojos volvió a apagarse al continuar con su relato—. Tras la muerte de tu madre, sentí un enorme vacío que ni tu propia existencia era capaz de llenar. Su ausencia me dejó tan desamparado que ni todo el amor que sentía por ti, fue suficiente para aplacar mi alma. Por aquel entonces, buscaba consuelo en el trabajo, consagrándome a la compañía en cuerpo y alma, de día y de noche, haciéndola más y más grande. Pero aquella devoción por los negocios tampoco cerró la herida que seguía abierta. Si no trabajaba, me acosaban los demonios, aunque tengo que reconocerte que a veces también me divertía —Sonrió—. Fue precisamente tras una noche de vino y juego, cuando

recibí noticias desde Lisboa, era la carta de tío Giovanni con su descubrimiento, y de esto hará ya casi cuatro años ¡Pobre tío Giovanni! Estaba enfermo y viejo, y murió poco después de haberme enviado la información precisa para encontrar aquello con lo que ambos habíamos fantaseado durante tanto tiempo. ¿Lo entiendes, Lucía? ¡Por fin, había una pista que no se perdía entre mitos y leyendas! Por primera vez, el lago y sus fabulosas riquezas eran algo más que una quimera. Desde aquel momento, me juré encontrar aquel tesoro del que hacía tanto tiempo había tenido noticias y en el que solo creíamos tío Giovanni y yo mismo. He sido, ya ves, un buen mercader pero un padre horrible. En cuanto a buscador de tesoros… me costó muchos años pero al final terminé encontrándolo. Aun así, no me siento orgulloso de cómo me porté contigo, porque eres lo que más quiero.

Lucía escuchó a su padre con atención. Aunque conocía gran parte de aquella historia, pues había leído el manuscrito y la última carta de tío Giovanni no dijo nada. Le miró con dulzura infinita mientras Luca proseguía con su narración.

—Eras mi única hija, mi pequeña, la flecha que iba a lanzar al futuro. Me prometí, hacer de ti mi digna sucesora y por ello dispuse lo necesario para que tuvieras la mejor educación, aunque tampoco me pareció mal que tuvieras *otras habilidades* —Sonrió, cómplice—. Te veía claramente merecedora de disfrutar de cuanto había creado, el espejo en el que mirarme.

Los ojos de Luca se entornaron un instante, mientras se llevaba instintivamente ambas manos a la frente, dando la impresión de estar recorriendo un gran trayecto hacia atrás en el tiempo y que ese esfuerzo le estuviera exigiendo la totalidad de sus fuerzas. Cuando continuó su relato, su voz se tornó lenta e impenetrable, como si su memoria fuera un estanque en el que era necesario pescar cada recuerdo con infinita paciencia.

—Partí de Sevilla, sin permitir que nadie conociera mis verdaderas intenciones. Antes, intenté dejarlo todo atado, puesto que no sabía a ciencia cierta si regresaría algún día. No obstante, por si acaso, dejé algunas pistas en manos, cómo no, del padre Ávila, dentro de un pequeño cofre que habría de entregarte solo en caso… ¡Qué diantres! ¡Tuvo que dártelo! Si no hubiera sido así, ¿cómo podrías estar aquí ahora? Por precaución no pude ser más preciso, pero ya veo que no fue necesario. Dado que yo era el mayor mercader entre Castilla e Isla Española, viajar aquí otra vez no

era en modo alguno motivo de recelo, ni tan siquiera para la astuta familia de tu madre. Arribé a Santo Domingo, visité mi lonja y a partir de entonces, y para evitar cualquier riesgo, dejé de utilizar mi verdadero nombre, con la intención de poder dar mis pasos con total libertad y sin levantar sospechas. Tras los preparativos, me dispuse a adentrarme en la selva, para lo que únicamente quise contar con dos guías taínos que se hicieran cargo de los mulos con las provisiones. Ni que decir tiene, que tampoco los guías sabían nada de mis verdaderos motivos.

»Atravesamos la isla de este a oeste. Los pocos soldados que nos íbamos tropezando nos tomaban por buscadores de oro, y nos dejaban en paz ¡Qué paradoja!, ¿verdad? Los poblados taínos que nos íbamos encontrando eran hospitalarios con nosotros y esa hospitalidad duraba hasta que preguntaba por *Manoate*. Entonces, la simpatía se les borraba del rostro y se nos invitaba a marchar cuanto antes. Pero a cada legua que avanzábamos, la sensación de ir por el buen camino aumentaba. El poco oro que pudimos ver era de muy mala calidad. Collares y adornos de tan poco valor y de un acabado tan tosco que en muchas ocasiones no merecían ni el esfuerzo de ser tomados en cuenta —bromeó—. Respecto al lago, no encontrábamos a nadie que supiera o quisiera darnos alguna información y, día tras día, nos íbamos internando en terreno no explorado. Así fue como transcurrieron las dos primeras semanas —Lucía le miraba absorta. No podía creer que todas sus preguntas estuvieran siendo contestadas sin siquiera haberlas insinuado. No se atrevía a interrumpir a su padre—. Nos hallábamos descansando en una aldea de las muchas que encontramos a nuestro paso. Para mi desgracia padecía el mal del caminante y no podía andar, a causa de unas grandes llagas en los pies que me producían terribles dolores. Aquello nos obligó a permanecer allí más de diez jornadas. Hasta entonces, la existencia del lago y su temido pueblo no había pasado de ser una leyenda. Sin embargo, en todo ese tiempo, tuve ocasión de percibir en aquel lugar, algo que llamó poderosamente mi atención. Entre los habitantes de aquel poblado, había un grupo de jóvenes de no más de quince años que eran tratados con exquisita cortesía y colmados con todo tipo de atenciones y cuya apariencia evidenciaba una clara diferencia con el resto de lugareños. Eran de estatura ligeramente mayor y poseían rasgos más dulces y angulosos que los naturales que habíamos ido encontrando hasta entonces, siendo el color de su piel más cercano al nuestro que a la de los taínos. Así pues, deduje que aquel grupo de muchachos no eran originarios del lugar, sino de otro

bien distinto y presumiblemente lejano. Como desde un principio mostré facilidad para aprender su lengua, así como tantas otras, como bien ya sabes, bien pronto trabé amistad con uno de ellos. El joven respondía al nombre de Turey, que en su lengua significa cielo. Tras preguntar a mis guías taínos, estos se limitaron a señalarles como *ara bagua,* o *gente llegada del mar*, lo que me dejó un tanto extrañado. Seguí indagando y, a fuerza de interrogar a los habitantes del poblado, pude averiguar que, efectivamente, aquellos muchachos provenían de poniente, de un lejano lugar situado en las cercanías de un gran lago, al que se llegaba tras atravesar un río y justo donde una inmensa cordillera se alzaba imponente. ¿Te resulta familiar? —bromeó señalando a su alrededor—. Turey y los demás, habían sido acogidos entre aquella gente merced a una antiquísima y noble costumbre, que entonces a mí se me antojó tan extraña como fascinante. Deduje que se encontraban en espera de entrar a formar parte de alguna suerte de noviciado y no me equivocaba. Todavía no lo sabía, pero aquellos chicos habían sido elegidos entre muchos para cumplir un destino sagrado, de igual manera que curas y frailes reciben enseñanzas sobre las cosas de la fe. Pero lo que más me llamó la atención, fueron los adornos que lucían. Su acabado era mucho más refinado que todo lo que había visto hasta entonces y, sobre todo, estaban hechos de oro de muy buena calidad. Entre los motivos que adornaban aquellas piezas, destacaba uno, que me resultó vagamente familiar, que entonces me pareció alguna especie de lagarto gigante, de grandes dientes y expresión amenazadora y que parecía tener gran valor para ellos. Tras preguntar recibí, como un mazazo, la respuesta que llevaba esperando tanto tiempo: ¡*Manoate*!

Los ojos de Lucía se iluminaron de repente.

—¡El pueblo de lago! —dijo la muchacha de improviso. Luca asintió con una sonrisa pintada en sus labios.

—Eso es. ¡Al fin había encontrado al pueblo del lago! Y de pronto supe, sin dudarlo ni un instante, que al hacerlo alcanzaría mi destino.

Lucía miró fijamente a su padre a la vez que, con un gesto, le instaba a continuar. Luca inspiró profundamente y reanudó su historia.

—Me había quedado petrificado al escuchar por vez primera y de sus labios el nombre de su dios: *Manoate*. La cabeza me empezó a dar vueltas. *Manoate*, el ídolo que relataba el Capitán

portugués Caetano Mascarenhas, autor del pergamino que encontró el tío Giovanni. Recordé el tosco dibujo que dejé en Sevilla y entonces supe que todo lo que en él se relataba era cierto. Sin siquiera esperarlo, había dado con la pista que estaba buscando. En aquel momento ya estaba seguro, si conseguía llegar al lago, habría llegado al tesoro. Sin embargo, pese a que lo intenté en varias ocasiones, no conseguí que el muchacho o alguno de sus compañeros me invitase a visitar su ciudad, ni que me obsequiasen con alguna de aquellas piezas doradas que tan ostensiblemente lucían y, aunque el oro me tentaba y mucho, me negué a intentar hacerme por la fuerza con uno de aquellos colgantes. Además, aquellos jóvenes se estaban mostrando visiblemente contrariados por mis preguntas, por otro lado insistentes, y bien pronto sentí un alejamiento por su parte. De nada sirvió la curiosidad que habían demostrado por mí hasta aquel momento, ni las baratijas con las que quise obsequiarles para ganarme su confianza. Para entonces, era indudable que recelaban. No iban a decirme nada más y no iban a moverse de allí en mucho tiempo. Por lo que, como ya estaba curado de mis llagas, ordené a mis guías taínos continuar la marcha, con el único objetivo de hallar el lugar de procedencia del muchacho. Partí con determinación, sabiendo cual era el final de mi camino. Y así fue como nos adentramos todavía más en la selva, en dirección al oeste y al gran río, en pos del pueblo del lago.

»Pasaron muchos días sin encontrar ningún signo de vida humana y tuve mucho tiempo para pensar. Por primera vez llegué a dudar de mi aventura. El recuerdo de lo dejado atrás me perseguía como una nube de fatalidad y saberme tan lejos de ti me rompía el corazón, pero confieso que estaba poseído por los tesoros que me aguardaban. El brillo del oro que perseguía me embrujaba y vivía en una ensoñación permanente. Cualquier efímero pensamiento de que todo fuera una ilusión, me producía tal pavor que sufría frecuentes pesadillas, en las que estancias enteras abarrotadas de oro se desvanecían ante mis ojos al intentar tocarlas. Y fue entonces cuando fuimos a dar, para nuestra desgracia, con un grupo de aquellos a quienes los taínos llaman *cariba*, que en su lengua significa *los que comen carne de los suyos*.

Lucía preguntó sin llegar a abrir los labios y Luca no detuvo su relato.

—Nunca me hubiera esperado el cruel recibimiento que nos dispensaron aquellas abominaciones y, si bien, conmigo mostraron una curiosidad tal que les impidió acabar con mi vida

en el mismo momento en que nos apresaron, no corrieron la misma suerte mis dos acompañantes, a quienes dieron muerte allí mismo de una manera brutal y despiadada, mientras, yo era capturado y llevado como prisionero. Lo más terrible fue ver como transportaban a mis dos compañeros degollados y atados sobre palos, como si se tratara de piezas de caza. No me costó imaginar el destino final de los cuerpos de aquellos desgraciados, ni del mío propio de no hacer algo que lo impidiera.

»Yo era el primer hombre blanco con quien tenían contacto aquellos salvajes y su extrañeza era tal que, tras llegar a su poblado y para su deleite, se hizo de mí todo un espectáculo público. Me despojaron de mi ropa, se repartieron todo cuanto portaba, dejándome desnudo frente a la muchedumbre que me rodeaba y viendo como mis calzones y el resto de las vestimentas eran utilizados como objetos de burla. Se me obligó a mostrar los dientes como si fuera una vulgar montura, y me golpearon constantemente tan solo por el placer que despertaban entre ellos mis lamentos. Cuando la curiosidad inicial se fue apagando, se me confinó en una pequeña cabaña con techumbre de hojas. Si bien me dieron agua y algo de comer, sabía de sobra que tenía las horas contadas, así que decidí jugarme el todo por el todo y escapar aquella misma noche.

»Aquellos salvajes no se habían esmerado mucho al atarme las manos, por el contrario, estaba toscamente amarrado a un poste del que no me resultó muy difícil liberarme. Además, tenía a mi favor que no se esperaban, ni por lo más remoto, que intentara escapar, pues confiaban tanto en su poder y en el temor que infundían en sus víctimas que, estas siempre se resignaban a su suerte. Ese era también el motivo de su escasa vigilancia y mi única oportunidad.

»Amparado por la noche, salí sin dificultad al exterior de la choza y busqué mis armas y pertenencias, aunque no pude recuperar más que esta camisa, pues el resto de la ropa estaba hecha jirones, y mi machete, que no tardé en usar para lograr la libertad, dando muerte a uno de aquellos malditos *cariba*. Después y con el máximo sigilo, me dirigí al interior de la selva y me alejé como si huyera del mismísimo diablo. Confuso y sin guías, bien pronto me encontré perdido sin remedio; no obstante, no dejé por ello de correr. No sabía adonde dirigirme pero quedarme allí significaba la peor de las muertes. Deambulé sin rumbo. A veces caminando y otras corriendo desesperado, y solo esperaba la muerte, lamentando estar tan lejos de ti.

»Solo Dios sabe cuántos días vagué por aquel infierno sin agua ni comida. Contraje fiebres, debidas a las numerosas heridas con que la vegetación castigaba mis brazos y mis piernas, y llegué a tener las fuerzas tan mermadas que dar un simple paso, significaba un esfuerzo supremo. Tampoco me permitía dormir por la certeza de que aquellos condenados *cariba* me perseguían. Inexplicablemente todavía no habían dado conmigo pero estaba seguro de que los tenía encima. Así que, arrastrando como pude mi cansado cuerpo y tan solo a base de evocar tu recuerdo, saqué fuerzas para proseguir

—¿Cómo conseguiste llegar aquí? —inquirió Lucía.

—Fue la fortuna la que vino en mi ayuda en el momento en que más lo necesitaba. Pese a la humedad reinante, tenía sed. Tras días sin encontrar agua, por fin di con un charco infecto del que no dudé en beber como si se tratase de la mismísima fuente del jardín del Edén, mientras me rodeaba la bruma.

»Y en esas me hallaba, recostado contra unas raíces y con mis pies sumergidos en aquel inmundo líquido marrón del que había bebido hasta saciarme cuando, a menos de cinco pasos, acerté a ver una sombra que me observaba. Temiendo que se tratase de algún animal traté de incorporarme y echar mano del machete, mas las fuerzas no me ampararon y caí de bruces sobre el charco. Con gran esfuerzo, logré incorporarme a tiempo de ver como la sombra tomaba forma humana. Pero no, no era un *cariba* y eso me tranquilizó. La figura se aproximó con una mezcla de curiosidad y precaución impresa en su rostro. Le dediqué una mirada agradecida, pues de pronto me sentí salvado aunque todavía no supiera el motivo, y me hinqué de nuevo de rodillas dando gracias al cielo, y repitiendo una y otra vez *datiao*, que es como dicen los taínos *soy amigo*. El hombre se me acercó hasta tocarme, lo que me permitió apreciar sus facciones con detalle, descubriendo así, con gran sorpresa, que la semejanza con las de Turey y sus compañeros era asombrosa. O bien el delirio me estaba jugando una última y mala pasada o, por el contrario, había llegado al final del camino.

»Con mano temblorosa le mostré el dibujo del motivo que adornaba el collar de Turey. El muchacho lo observó durante un instante, y me sonrió mientras pronunciaba el nombre que yo ansiaba escuchar: *Manoate*. Asentí prorrumpiendo en sonoras carcajadas fruto de la alegría y la

incredulidad. Entonces escuché voces que provenían de la espesura, a las que el muchacho contestó e instantes después, un nutrido grupo de nativos salió de la nada, rodeándome. Eran los *ucuru*. Fueron demasiadas emociones y, agotado, caí al suelo perdiendo el sentido.

»No tengo constancia del tiempo que permanecí preso de la fiebre en aquel letargo, pero no hubieron de ser menos de dos días. Cuando por fin desperté, me vi en una cabaña con cierto parecido a la que había sido mi prisión en el poblado de los *cariba*. Por ello, mi primera reacción fue la de alarmarme, ya que temí estar de nuevo en sus manos. Tras unos instantes de confusión, mi ser se terminó calmando y fue entonces cuando reparé en que estaba tendido en una hamaca con emplastos de hojas por todo el cuerpo, empapados en algún extraño ungüento. La luz que penetraba en el interior llegaba tenue, filtrándose por los resquicios de las paredes. Pese a todo, calculé que debía ser de buena mañana. Tras un somero vistazo a mi alrededor, me incorporé con intención de salir. Respecto a mis heridas, fuera lo que fuera con lo que me las habían estado tratando, estaba surtiendo efecto ya que, las yagas y moratones mostraban mejor aspecto y apenas me dolían. Pese a todo, mi estado no era el más indicado para caminar y, tras apartar la cortinilla vegetal que hacía las veces de puerta, intenté dar un par de pasos, pero las fuerzas me fallaron y caí al suelo con medio cuerpo fuera. No tardé en sentir unos brazos que me ayudaban a levantarme, aquellas gentes me acompañaron hasta la escalinata donde, sentado, recuperé el aliento y pude fijarme en sus rostros. Tal y como ya había comprobado en *Turey* y sus compañeros, eran diferentes al resto de nativos de la isla. El color de su piel era menos cobrizo y las facciones más parecidas a las nuestras. Tras aquel breve descanso, me sentí con fuerzas para intentar dar un paseo y ver como era el lugar que tantas penalidades me había supuesto encontrar. Aunque nadie me impidió hacerlo, no pude evitar que me siguiese un grupo de curiosos. Pese a todo, no estaba preparado para todo lo que me aguardaba. Sobre mi cabeza se alzaban orgullosos edificios de adobe, alineados en calles pavimentadas con guijarros que mostraban, aunque de modo rudimentario, el fiel reflejo de sus diseñadores por el orden y el espacio bien administrado. No había duda. Para mi sorpresa, me hallaba en una ciudad en toda regla y destacando por encima de todo, el inmenso lago en cuya orilla se alza la explanada que hace de plaza principal. Tan grande y diáfana que sus dimensiones me sobrecogieron entonces y confieso que todavía lo siguen haciendo.

»Aun hube de esperar otro par de semanas para recuperarme por completo. Durante ese tiempo, me dediqué a conocer más a los nativos y debo añadir que no dejó de maravillarme la naturalidad con la que vivían su existencia. Me permitían moverme con libertad por toda la ciudad, cosa que hacía cuando mi maltrecho estado me lo permitía y me seguían administrando sus medicinas, hechas con raíces, hojas y semillas, que estaban resultando un remedio eficaz. Pude observar con detalle su vida. Como recolectaban cuando les brindaba la naturaleza, cazaban, pescaban y cultivaban la tierra. Me sorprendió ver auténticos signos propios de una civilización avanzada. No, no era un pueblo cualquiera.

»Los *ucuru* se mostraban hospitalarios conmigo a la par que curiosos. Parecían querer saberlo todo sobre mi vida y sobre mis costumbres, que se les antojaban tan extrañas como a mí las suyas. Por otra parte, mis progresos con su lengua eran más que evidentes. Desde el primer momento, me embargó una indescriptible fascinación por este lugar y la religiosidad que lo impregnaba todo. Durante aquellos primeros días, averigüé que Turey y sus compañeros se encontraban, en realidad, en una especie de retiro espiritual del que deberían regresar al cumplir la mayoría de edad. No dejaba de sorprenderme que el culto a *Manoate* presidiera cada uno de sus actos.

»Sin embargo, el brillo del oro seguía atormentándome. Para ellos, aquellos objetos no tenían otro valor que no fuese el puramente ceremonial. Pero para mí, no eran sino la prueba de la existencia del tesoro que me había llevado hasta allí, aunque no había rastro alguno de él por ninguna parte.

»Cuando por fin me atreví a indagar, me sorprendió que ninguna de mis preguntas quedara sin respuesta. Así fue como supe que todos aquellos ornamentos procedían del mismo lugar: la pequeña construcción del islote del lago que se puede ver a simple vista desde aquí. Aparentemente, era donde vivía un grupo de iniciados dedicados al culto de *Manoate*. Intenté que me llevaran allí pero, desde un principio, se me negó de forma tajante tal posibilidad. Algo sorprendente ya que hasta aquel momento se habían mostrado solícitos con todas mis demás pretensiones. Este hecho, no hizo sino apoyar mi idea de que era aquel lugar, y no otro, donde se encontraba el tesoro que con tanto ahínco estaba buscando. En aquel momento supe que lo había encontrado, o mejor dicho, que él me había encontrado a mí. Sin embargo, no estaba a mi alcance. Por lo que, decidido,

me dispuse a esperar cuanto fuera menester para ganarme la confianza de los *ucuru*. Estaba tan cerca que no iba a escatimar esfuerzo alguno.

»Ni que decir tiene que, desde el primer momento, puse todo mi empeño en aprender su lengua y costumbres tratando de vivir entre ellos como uno más. Y así, sin contratiempos, pasaron los meses hasta que un buen día, comenzó en la ciudad una actividad inusitada. Los *ucuru* comenzaron a acaparar grandes cantidades de armas y herramientas así cómo tallas, adornos, alimentos y hasta plumas ceremoniales, y también oro. Se preparaban para celebrar un rito ancestral que parecía ser de la máxima importancia. Luego supe que era el acontecimiento más importante en la vida de los *ucuru* y que se celebraba una vez cada siete años. Si bien, todavía no estaba al tanto de todos los detalles, sabía que la ceremonia incluía una iniciación religiosa en la que iban a participar, entre otros, Turey y sus compañeros, que ya habían regresado. El motivo principal era reconciliarse con *Manoate*, agradeciéndole su protección y bendiciones. La ciudad entera trabajaba en los preparativos. Y si bien, la mayor parte de los *ucuru* no podían participar directamente en la misma, por ser privilegio solo de unos elegidos, unos y otros, mostraban el mismo entusiasmo. Eso, por supuesto, me incluía a mí mismo que, por cierto, para entonces, ya había sido aceptado como uno más. Así que, de la mañana hasta el atardecer, estuve entregado a la recogida de flores y frutos. Fue tal la cantidad de alimentos, tallas, adornos y demás abalorios recopilados durante aquellos días que, montones enormes se alzaban imponentes en la gran plaza, no muy lejos de donde estamos ahora.

»Las sorpresas no acabaron allí, al quinto día de preparativos, y sin haber hecho ningún mérito especial, fui invitado por el cacique en persona a formar parte de su séquito ceremonial, en una deferencia hacia mí que no tenía precedente.

»La víspera de aquel señalado día, me llevaron al *caney*. Allí pasé la noche acompañado de Turey y de otros jóvenes, algunos de los cuales ya conocía. Me estaban esperando y al verme se alegraron sobremanera. Lo cierto es que me sorprendió mucho aquel acogimiento tan cordial. Entonces, y al contrario de lo que sucedió en el poblado, el muchacho no tuvo inconveniente en explicarme detalladamente cuanto quise preguntarle sobre su retiro en el poblado y su fe. Así pues tuve constancia, con gran asombro por mi parte, de que, para ellos, el dios al que adoraban llamado *Manoate* o *Caimán*, era, según su propio relato, un animal real que habitaba en el lago. ¡Imagina mi

sorpresa e incredulidad al escuchar semejante afirmación!, ya que todos los dioses de los que yo había tenido noticia, nuevos o viejos, utilizaban el cielo para vivir y la idea de que habitasen el mismo lugar que sus fieles, se me antojo tan extraña como fascinante.

»A la mañana siguiente, todos los ocupantes del *caney* nos dispusimos a dirigirnos a la orilla, donde ya se encontraba una gran muchedumbre de *ucuru* vestidos de igual forma y ataviados con plumas ceremoniales. Entre la muchedumbre también estaban los habitantes de todas las aldeas que rodeaban el lago y que también participaban de la celebración con gran algarabía. La comitiva estaba encabezada por el cacique, los *nitaínos*, que son como sus ministros, y el *bohiti*, que para mí por aquel entonces no era sino una mezcla de hechicero y sumo sacerdote. La ceremonia comenzó con gran solemnidad y en fila de a uno, los elegidos, nos pusimos en marcha. Delante de nosotros, un buen número de *ucuru* portaban cestos llenos de frutas y otras ofrendas. Durante el recorrido, numerosas personas con las que había compartido mi vida en los últimos meses y a las que ya llamaba por su nombre, se afanaban en darme sus bendiciones. Las fachadas de los edificios se hallaban decoradas con guirnaldas de flores, que brillaban al sol con mil colores y la ciudad entera tenía una atmosfera alegre y jovial. Entonces, presentí que iba a ser testigo de un acontecimiento que ningún otro hombre blanco había presenciado jamás y aquella certeza, me hizo sentirme parte de todo aquello. El inmenso honor con el que me estaban distinguiendo, apartó por un momento de mi mente la avaricia que, hasta entonces, había guiado mis pasos. Pero no, yo estaba allí con un solo propósito: conseguir el oro de los *ucuru* y ese, y no otro, era mi objetivo. Y en aquellos pensamientos me hallaba, cuando la comitiva finalmente llegó a las inmediaciones del lago dónde el *bohiti* comenzó su diatriba.

»Desnudo, y embadurnado de pies a cabeza con pintura roja sagrada, o *bija*, , alzó sus brazos al cielo y empezó a entonar una especie de salmodia, desconocida entonces por mí. Todos los *ucuru* participaban con sus cánticos, sumidos en una especie de trance al que tan solo yo parecía permanecer inmune. Se nos entregaron tocados de plumas de gran belleza y entonces, como surgidas de la nada, llegaron las balsas, también adornadas por flores de vivos colores. A ellas comenzaron a subir con solemnidad Turey y a los demás jóvenes, el *bohiti* y sus ayudantes, y el cacique con todo su séquito. Para mi sorpresa, se me invitó a embarcar, cosa que hice sin siquiera

pensarlo. Todo sucedió tan deprisa que para cuando quise darme cuenta, la balsa ya se había alejado de la orilla. Poco después, reparé en la música. Eran los *ucuru* que nos despedían con sus tambores y flautas. Fue entonces cuando me fijé en la barcaza que iba detrás de mí, que era la que transportaba al *bohiti*. Su interior se hallaba repleto de estatuillas y adornos de oro. Se contaban por docenas y formaban una abigarrada montaña brillante que emitía reflejos dorados al sol de la mañana. La visión de aquella fortuna me desconcertó, despertando nuevamente en mí la codicia que me había empujado hasta aquí.

»La procesión fluvial se alejó de la orilla y la música llegaba hasta nosotros como proveniente de otro mundo, mezclándose con los cánticos que entonaban mis compañeros. Por fin se hizo el silencio. Las balsas habían detenido su avance y estaban formando un círculo. Una vez completado este y, sin mediar palabra, el *bohiti* comenzó a arrojar al centro del lago cada pequeño objeto que transportaba en su embarcación. Al instante, fue imitado en todas y cada una de las barcazas. Era un espectáculo fascinante. Un auténtico tesoro estaba siendo vertido en el fondo del lago. En cuanto a mí traté de seguir torpemente su ejemplo pero perdí el equilibrio y terminé cayendo por la borda. Y entonces, mi querida hija, fue cuando sucedió lo que cambió mi vida para siempre. Ante mis ojos atónitos, y con una quietud sorprendente, emergió del agua lo que en un principio me pareció un gran lagarto. ¡Era *Manoate*! ¡El dios de los *ucuru*! Turey me lo había dicho, y yo no le había creído. Aquellas aguas eran su reino, el lugar elegido para vivir por aquel animal gigantesco de piel verdosa. ¡Todo era cierto! Su cabeza estaba a menos de una vara de mí. Era tan real como el sol que se hallaba sobre mi cabeza, como el agua que me rodeaba. Mientras mi cuerpo se negaba a reaccionar a mis intentos de salir y me hundía lentamente en las aguas cálidas y mansas de aquel lago, pensé en la suerte que tenían estas gentes por tener a su dios tan cerca de ellos. Intenté nadar pero, por el contrario, me hundía sin remedio. Tragué mucha agua, terminé por perder el sentido y soñé.

»El Dios Caimán quería mostrarme algo y, como si de pronto me hubiera transformado en pájaro, estaba sobrevolando la isla para después internarme muchas leguas en el océano. Contemplé desde el cielo un mar inmenso y embravecido anegando las tierras de los ancestros de los *ucuru* y olas gigantescas que arrastraban sus ciudades. Después vi como, acudiendo a la llamada de *Manoate*,

los supervivientes de aquel gigantesco desastre atravesaban el mar hasta alcanzar esta isla y este lago fundando esta ciudad, creciendo y multiplicándose, mientras el culto al dios protector del lago crecía con ellos. Todo aquello me hizo comprender que eran el pueblo elegido. Después, me cegó una gran luz y ya no pude ver nada más. El mundo se había convertido en un rumor lejano y oscuro.

»Desconozco cuanto tiempo permanecí inconsciente, ni quién me rescató de una muerte segura. Pero al abrir mis ojos, sentí que había nacido de nuevo. Estaba tendido en una de las balsas y los rostros de mis compañeros me rodeaban. Sus ojos reflejaban sentimientos que iban de la incredulidad al asombro. Una vez de nuevo en la orilla, fui llevado al interior del *caney* donde me dejaron descansar. Cuando me quedé a solas en la penumbra, pude detenerme a pensar en lo sucedido.

»Tenía serias dudas sobre si lo que creía haber presenciado era la manifestación de un dios o por el contrario, había sido una alucinación provocada por la cercanía de la muerte. Entonces, acudió a mí de nuevo la imagen de los antepasados de los *ucuru* y el cataclismo que destruyó su civilización y supe que aquello no había sido un sueño sino una revelación, y aquella certeza me hizo sentir todavía más confuso. Pasé mucho tiempo allí acostado, tratando de poner paz en mis pensamientos, hasta que finalmente decidí que solo una persona podía ayudarme con aquel mar de dudas: el *bohiti*.

»Nada más salir al exterior, dos de sus ayudantes me hicieron saber que el anciano reclamaba mi presencia en el pequeño templo que se alzaba en el islote. Me acompañaron hasta una canoa, en la que ya me esperaba un remero. Antes de subir, se me acercó un numeroso grupo de gente. Lo sucedido durante la ceremonia, lejos de haber sido tomado por una ofensa hacía sus creencias y costumbres, había sido interpretado entre los *ucuru* como una experiencia envidiable y por ello, unos y otros, me pedían que les narrase lo sucedido durante mi trance. Se acercaban a mí como si estuviera tocado por un don divino.  Sin dejar de preguntarme acerca de cosas que desconocía y para las que no tenía respuesta. Por fin, conseguí subir a bordo, sorteando al gentío que me rodeaba.

»Mientras la canoa rompía las mansas aguas del lago, me estremecí pensando en lo sucedido en sus profundidades tan solo unas horas antes. En algún lugar, bajo aquel manto líquido se hallaba un dios. Aquel pensamiento me hizo darme cuenta de lo egoísta y frágil que había sido toda mi existencia. Toda la levedad de mi vida se me vino encima como una enorme losa.

»Tras pisar tierra firme, mis acompañantes me dejaron a solas, indicándome que debía entrar en el pequeño templo, que se alzaba frente a mí. Me detuve un instante para admirarlo. De cerca, parecía más grande y sus muros de adobe se erguían orgullosos ante mis ojos. Por fin, decidido, crucé la entrada con paso firme. En el interior no había luz alguna y, sumido en la más completa oscuridad, tuve que guiarme solo por mi instinto. Tropecé en un par de ocasiones y tuve que ir palpando las paredes para seguir avanzando. Recorriendo aquellos muros en penumbra, nadie habría dicho que el anciano hechicero esperara mi visita. No había recorrido ni veinte pasos cuando divise un pequeño fuego junto al cual me aguardaba el *bohiti.* Su expresión, cálida y plácida, dándome la bienvenida consiguió tranquilizarme. Aun llevaba el cuerpo pintado de rojo. Me invitó a cercarme con un gesto. En mi interior ardían infinidad de preguntas y no sabía por dónde comenzar. Sin embargo, fue el anciano, quien me habló con gran calma en su voz y lo que dijo habría de cambiar mi vida para siempre:

*«Te conozco, hombre-que-viene-de-donde-el-sol-nace. Desde el momento en que te recogimos en la selva, a punto de morir, te he vigilado y puesto a prueba, y he visto que tu corazón es puro. De otro modo Manoate no te hubiera hablado. Conozco los verdaderos motivos que te trajeron entre los ucuru: ansiabas el metal al que llamas oro y que es sagrado para nosotros. Pero el designio de los dioses es otro bien distinto. Ahora estás entre nosotros porque, desde un principio, ese ha sido tu destino y ya has comenzado a comprender. Un día, no muy lejano, otros hombres como tú, vendrán a intentar arrebatarnos cuanto tenemos y serás tú quien defenderá la virtud de este lugar. Desde que nuestros antepasados llegaron de donde-muere-el-sol-cada-noche, mucho antes de que tu pueblo se hiciera a la mar para llegar a estas tierras, el espíritu de Manoate siempre nos ha protegido y colmado de bendiciones; y es su voluntad que permanezcas con nosotros, hombre-que-viene-de-donde-el-sol-nace. Tu lugar es este. Te esperábamos y has de prepararte para cuando llegue el momento. Así lo dijeron los dioses al principio del tiempo.»*

»Tras hablarme con tanta solemnidad, el anciano permaneció unos instantes en silencio. Después me miró con gravedad y, a la vez que me tendía una antorcha, me invitó a contemplar el

interior de la cámara en la que nos hallábamos. Mi sorpresa no pudo ser mayor. Las paredes estaban cubiertas de oro. Lo que en un principio me habían parecido meras estatuas de piedra, eran en realidad elaboradas representaciones hechas del mismo metal, de tamaños, que iban desde poco más del palmo, hasta las que alcanzaban cinco o seis pies de altura. Cualquier lugar que iluminaba con la luz de la antorcha estaba fabricado o recubierto con oro. Lo que contenía aquella cámara superaba en riquezas a cuanto pudiera haber imaginado el más codicioso de los mortales y, sumado a lo arrojado al fondo del lago, constituía una fortuna tal que haría palidecer al rey de la más grande potencia.

»Perdí la noción del tiempo contemplando aquel magnífico espectáculo, pero cuando tomé conciencia de nuevo de donde me hallaba, descubrí que el *bohiti* había desparecido dejándome a solas. Entonces lo comprendí todo.

»Para los *ucuru* el oro es solo un símbolo, la manera de comunicarse con los dioses, ya sea luciéndolo como adorno o arrojándolo como ofrenda al fondo del lago. Por el contrario, para los podridos corazones de los europeos, es motivo más que suficiente para matar y cometer atrocidades.

»Desde entonces, este ha sido mi hogar. Sin embargo, debes creerme si te digo que no ha habido un solo día que no pensase en ti, ni una noche en la que no recorriese con la imaginación la distancia que nos separaba, *figlia mia*. Pero debes entenderlo, Luca Rinaldi, el poderoso mercader genovés, ya no existe.

Cuando Luca concluyó su narración, sus ojos estaban arrasados en lágrimas. Fue entonces cuando Lucía fue plenamente consciente del cambio que se había producido en su padre. Como él mismo acababa de decir, ya no era el avaricioso mercader capaz de recorrer medio mundo en busca de oro. Luca Rinaldi había muerto. Murió el día en que el Dios Caimán le bendijo en las tibias aguas del lago. Lucía lo sabía porque también para ella, aquel viaje había cambiado algo en lo más profundo de su ser. Había conocido el dolor de perder cuanto amaba y aquella experiencia la había hecho crecer. Si el lugar de su padre era aquella extraña ciudad aislada del resto del mundo, el suyo se hallaba igualmente entre *La Manada*.

Padre e hija se abrazaron. A partir de aquel momento, sus caminos transcurrirían paralelos, pero no volverían a unirse más. Ambos lo sabían; sus destinos no incluían regresar a España ni a sus anteriores vidas.

No había dejado de correr ni siquiera durante la noche. La luz de la luna, que horas antes se licuaba entre las ramas de los inmensos árboles que le rodeaban como plata liquida, había cedido paso al sol que ahora inundaba la selva con un brillo aurífero. Lanzó una rápida y fugaz mirada tras de sí y, pese a no ver nada ni a nadie que le siguiera, siguió corriendo. Necesitaba estar lejos, muy lejos de ellos, de aquella cruel pareja. Desde que fuera arrancado de su familia en Azua, no había visto nada más que dolor y barbarie, y cómo se las gastaban aquellos recién llegados, capaces de asesinar con una crueldad insospechada e incluso de traicionarse entre sí sin vacilar. En el último momento, su instinto de supervivencia le había salvado la vida. Había escapado, seguro de que en cuanto ya no les hubiera sido útil, también le habrían matado a él y sin ningún miramiento. Temblaba solo con pensarlo y aquel miedo daba alas a sus pies.

Recorría el mismo camino por donde había conducido días atrás a aquellos españoles infames. Estaba familiarizado con la selva desde muy pequeño y era capaz de reconocer cada planta y cada raíz, cada rama y cada claro, cada sendero y cada árbol. Se movía deprisa, viajando perpendicular al ocaso. Consiguió cruzar el río sin contratiempos, por el mismo sitio y en mucho menos tiempo que a la ida. Pese a no tener familia alguna allí, estaba convencido de que Azua seguía siendo el lugar más seguro para él, mucho más que la plantación dónde desde bien niño había sido obligado a trabajar de sol a sol, a cambio de una buena docena de palos diarios y de la que había terminado huyendo con los suyos. Allí estaría a salvo. Libre.

No le seguían, pero eso no le hizo aminorar el paso. Sí, estaba convencido que su huida no había representado ningún contratiempo para aquella pareja despiadada. Se habían quedado tan cerca del lago que con tanto ahínco estaban buscando, que ya no les iba a resultar difícil continuar solos, incluso para quienes como ellos eran desconocedores de la selva y de sus secretos. En cuanto a él, su miserable pellejo no valía tanto como para tener que desandar el camino y esa certeza le había empujado a volver por la misma ruta. Necesitaba alejarse de allí. El recuerdo de la mirada demente de aquella mujer y la risa enloquecida e inhumana de su acompañante, mientras veía morir a sus compañeros, eran motivos más que suficientes para seguir huyendo tan veloz como le

permitieran sus piernas. Era joven y fuerte, la selva era su aliada y sabía encontrar en ella agua y alimentos. Estaba dispuesto a no descansar más que lo imprescindible, sin embargo, hacía un buen rato que sentía un dolor punzante en el pecho y la vista se le estaba nublando por momentos. Pensar en la distancia que ya había puesto de por medio terminó por tranquilizarle y, por fin, decidió que ya era hora de descansar. Así que, poco a poco, fue aminorando su frenética carrera, hasta que sus pies se detuvieron del todo. Entonces, alzó su mirada y contempló la luz del sol filtrándose entre las copas de los árboles. Sintió que cuanto le rodeaba giraba enloquecidamente ante sus ojos, dio un par de pasos titubeantes intentando no desmayarse y estuvo a punto de caer al suelo. Le sobrevino una arcada y vomitó sobre el verduzco tapiz vegetal. A la vez, un fuerte espasmo sacudió su cuerpo, desde la cabeza a los pies. Temblaba. Se apoyó en un tronco y deslizó su espalda hasta terminar sentado en el suelo. Encogido sobre sí mismo y apoyando las palmas de sus manos en sus piernas desnudas, inspiró con esfuerzo tratando de recobrar el control sobre su cuerpo. Poco después, su respiración se fue serenando y la sensación de que iba a perder el sentido se terminó alejando por completo. Tras recuperar el resuello y examinar el paisaje, no le costó reconocer el terreno. Estaba muy cerca del desfiladero utilizado desde tiempos inmemoriales para sortear el río, así que reanudó la marcha con la intención de encontrar su entrada, pero esta vez sin apremio alguno.

Ahora caminaba despacio para ahorrar fuerzas y, mientras iba recolectando raíces que le habrían de servir de alimento, alcanzó el lugar que buscaba. Sorprendido, miró a su alrededor con incredulidad. Ante él, tan solo una montaña de rocas se alzaba imponente donde antes se abría la garganta que tan bien recordaba.

Recogió un poco de barro con sus dedos y se lo llevó a la nariz. El intenso olor a aquel polvo negruzco al que los españoles llamaban pólvora y que contenía el poder del trueno, confirmó sus sospechas. Sin terminar de creerse del todo que alguien tuviera tanto poder como para mover una montaña entera, recorrió nerviosamente la antigua entrada, ahora anegada, para acabar decidiendo que aunque no le gustaba nada la idea, no tenía elección. Retroceder significaba volver a acercarse a aquella pareja demoníaca. Así que, aunque con cierto desanimo, eligió a escalar aquel torrente de rocas. Ni siquiera se detuvo a calcular el peligro que suponía remontar aquella catarata de lodo y

piedras, ni de las enormes posibilidades de encontrar al otro lado a los autores de tamaña catástrofe. Tendría que ir despacio, asegurando el apoyo en cada piedra que encontrara y poniendo, en todo momento atención en no pisar en falso, para no hundirse sin remedio en aquel mar de lodo. Desde luego, no era una tarea sencilla, ni apta para cualquiera. Sin embargo, el hecho de saber que con aquella acción iba a poner definitivamente tierra de por medio con sus perseguidores, le pareció un premio más que suficiente. Lanzó otra inquisidora mirada por encima de su cabeza y suspiró profundamente. Ascender, apoyándose en cada roca que se fuera encontrando no iba a ser demasiado dificultoso, siempre que fuera capaz de racionar su energía. El cansancio no le preocupaba y estaba seguro de que su cuerpo no le fallaría. Pero tenía un enemigo peor que la fatiga y del que sí debía preocuparse y que no era otro que el sol, que iba a sorprenderle en su cenit en plena escalada y que, con su plomífero abrazo, haría multiplicar por mil el esfuerzo. Allí arriba, no estaban las frondosas copas de los árboles para darle cobijo. Y todo ello, sin posibilidad alguna de llevar agua consigo. Tras unos instantes de reflexión, halló una solución bajo sus propios pies descalzos, se embadurnó el cuerpo con barro y se ató a modo de quitasol la raída camisola que portaba, bebió toda el agua que pudo y así, poco a poco, comenzó a escalar.

Llevaba buena parte de la mañana trepando y deslizándose entre rocas, sueltas la mayor parte, mientras que la luz del sol golpeaba sus ojos con inusitada fuerza cegadora a aquella hora cercana al mediodía. No había sitio donde pararse y descansar, y no podía prescindir de ninguna de sus manos para defenderse de los implacables rayos solares. Entonces lo vio. Era el brazo de un hombre agitándose sin sentido, tratando de aferrarse a algún apoyadero sin conseguirlo. El chico se imaginó cuan desesperado tenía que estar aquel desgraciado, sepultado bajo aquella montaña de barro y piedras, que intentaba salir sin ningún éxito de lo que podría convertirse en su tumba. Se compadeció del pobre desdichado y, haciendo caso omiso del sentido común y de su instinto de supervivencia, ignoró el peligro y acudió en ayuda de quien, con tanto tesón, estaba demostrando querer seguir viviendo.

Tras varios días caminando por la espesura, el padre Landa se sentía tan fatigado, que el simple hecho de arrastrar sus pies se había convertido en un auténtico esfuerzo. Aquella condenada selva parecía no acabar nunca y la tupida vegetación se extendía a su alrededor como una infinita telaraña verdosa. Desde que dejaron atrás al ejército de *Matamoros*, su camino se había convertido en un interminable mar esmeralda, por el cual solo podían avanzar a golpe de machete, y no sin gran esfuerzo. Abandonados los mulos por lo impracticable del terreno y  para poder seguir así avanzando, no tuvieron otro remedio que cargar las provisiones en sus espaldas. A Bartolomé, le daba la impresión de no haber visto la luz del sol durante días enteros y de que de no haber sido por la compañía de Ramiro, se habría vuelto loco sin remedio. Los músculos del pelirrojo habían resultado ser una ayuda inestimable para avanzar por la tupida selva y su mudez una ventaja añadida. Aun así, desde hacía varios días Bartolomé apenas hablaba. Sus antes constantes monólogos, se habían terminado convirtiendo poco más que en monosílabos o, si acaso, en alguna indicación escueta de donde hacer una parada para comer o descansar. Ya ni siquiera rezaba en voz alta. Jornada tras jornada, tan solo el crujido de sus pasos delataba su presencia en la interminable floresta. Eran dos sombras taciturnas y grises en aquel hervidero de color y vida. Cualquier signo de civilización era un simple recuerdo y tan solo el firme propósito de cumplir su tarea impulsaba sus pasos. Las fuerzas podían flaquear pero, su voluntad seguía siendo inquebrantable. Caminaba por la selva por el puro ardor de lograr su meta. Eso sumado al hecho de que habían vislumbrado desde lo alto de un cerro un asentamiento cerca de un gran lago a menos de tres días de viaje, le proporcionaba las fuerzas necesarias para continuar. Aquella visión, sin duda una señal, le había reconfortado e insuflado nuevos ánimos. Sus pies estaban llenos de heridas y su cuerpo, embozado en el hábito, mostraba con cruel realismo las marcas de su paso por aquellas tierras dejadas de la mano de Dios. No obstante, se sentía tan abatido y fatigado que sufría frecuentes vahídos, tanto que estuvo a punto de perder el sentido en varias ocasiones. A duras penas había conseguido fingir y mantener la calma delante de su criado. Se sentía enfermo pero no podía permitir que Ramiro lo

sospechara. El tamaño e importancia de su misión no podía tomarse a la ligera y eso significaba mantener la dignidad. Tenía que estar a la altura.

Pero no era la salud de su cuerpo lo que preocupaba a Bartolomé. Era su mente lo que le angustiaba, sumiéndole en un estado de inquietud del que no lograba sacarle ni el terrible esfuerzo físico que le suponía caminar por aquella maraña verde. Las pesadillas eran ahora tan frecuentes y tan reales que no se permitía dormir más de una o dos horas seguidas. Incluso había llegado a despertar a Ramiro mucho antes del amanecer, requiriéndole a continuar su marcha sin apenas haber descansado. Las voces de la selva que escuchaba de noche, le asaltaban también ahora a plena luz del día y, en más de una ocasión, había creído percibir la presencia de *ella* entre la agreste vegetación. Se sentía sumido en un estado de verdadero pavor, y esa angustia se había convertido en ansia por seguir adelante, lo que se traducía en interminables marchas en las que parecía que los límites físicos carecieran de importancia. Y aunque Ramiro no había mostrado signo alguno de queja sobre aquel comportamiento, el padre Landa temía que esa obsesión terminara por hacer mella en la confianza de su acompañante. La ciudad que habían avistado se hallaba lo suficientemente cerca como para que se apoderara de él un cierto optimismo y así fue como había consiguió ocultar su miedo.

Bartolomé no entendía lo que estaba ocurriendo. Según sus cálculos, hacía dos días que deberían haber llegado a las inmediaciones del lago y de la ciudad y, sin embargo, todo cuanto abarcaban con la vista era selva y más selva. Irritado, se mesó los cabellos y lanzó una escrutadora mirada hacia arriba. Allí, las copas de los árboles se enlazaban unas con otras formando una tupida telaraña que ocultaba el cielo, haciendo que los rayos de sol llegaran débiles y amortiguados. No era difícil desorientarse bajo aquel techo vegetal, sin embargo, desde que perdieron de vista a *Matamoros* y a su séquito, estaba seguro de haber caminado hacia el oeste sin desviarse, pero la ciudad y el lago seguían sin aparecer. Las provisiones y el agua que acarreaban no iban a durar mucho más tiempo, así que era necesario echar un vistazo desde arriba, por lo que decidió encaramarse a lo alto de uno de aquellos monumentales árboles.

Con la ayuda de Ramiro, comenzó a trepar como buenamente pudo aferrándose a las frondosas ramas. El gigantesco árbol ofrecía innumerables asideros y la escalada no estaba

resultando tan complicada como podría parecer desde el suelo, pero la caminata, que ya se había prolongado por aquel cruel terreno más de siete jornadas, le había dejado al borde de sus fuerzas y cada movimiento suponía un enorme esfuerzo. Conforme trepaba, el calor que retenía el suelo se aligeraba un poco y le daba la impresión de que, a cada palmo que ascendía, una débil pero refrescante corriente abrazaba su cuerpo. Aquel exiguo frescor le permitió olvidar momentáneamente lo penoso de su escalada, a la que se había entregado con fe inquebrantable. Miró hacía abajo, su silencioso compañero le observaba desde el suelo con las manos a modo de visera.

Según iba alejándose del suelo, la luz era más y más intensa. Ya estaba cerca. Otro impulso y habría logrado su cometido. Cuando, por fin, juzgó estar a una altura suficiente, detuvo su ascenso y oteó el horizonte con impaciencia. Estaba seguro de que sus sentidos no le habían traicionado. Frente a él tenían que estar la ciudad y el lago, en dirección a poniente y bien cerca de su posición. Pero pese a que puso todo su empeño en buscarlos no había ningún indicio, ni de ciudad, ni de lago alguno.

Sorprendido y desorientado, se giró con cuidado sobre la rama en la que se hallaba sentado a horcajadas y barrió con la mirada cuanto le rodeaba, una y otra vez. Todo cuanto podían abarcar sus ojos no era sino un inmenso e imperturbable mar esmeralda. Hasta donde se perdía la vista, en leguas y leguas a la redonda, no había nada más. Desde aquel punto, podría afirmarse que la faz del mundo no era sino una inmensa selva sin resquicio alguno.

Descendió derrotado, sin poner el mismo cuidado que en la ascensión. Tanto que en un par de ocasiones, estuvo a punto de caer. ¿Cómo había podido desorientarse tanto? Resultaba a todas luces imposible haber perdido el rastro de aquel modo. No. Más bien, aquello parecía obra del diablo. Nada más pisar el suelo, se abalanzó sobre su criado.

—¡Ha sido *ella*, Ramiro! —bramó, asiéndole los hombros—. ¿Quién sino *ella* sería capaz de confundir nuestros pasos?

Sorprendido, su silencioso compañero le miró incapaz de reaccionar.

—¿Es que acaso además de mudo eres ciego? —continuó el agustino.

Ramiro le observó con temor. El rostro del fraile reflejaba un rictus de espanto. Sus ojos inyectados en sangre parecían mirar algún punto intangible del horizonte, sus manos aferraban con fuerza el cuello de su camisa y sus palabras, surgidas desde lo más profundo de su ser, sonaban huecas y temblorosas, tratando de hacerle sabedor de una verdad aterradora.

—¡La ciudad y el lago, Ramiro! ¡Estaban justo aquí delante y *ella*, sin duda secundada por la mano del maligno, las ha hecho desaparecer de nuestro camino! ¡Ha sido *ella* quien nos hace dar vueltas en esta condenada selva para que no los encontremos! ¡El oro, Ramiro! ¡*Ella* ha ocultado el oro!

El semblante de su criado mostraba una mueca de incredulidad e ignorancia tal, que el agustino resopló con fuerza mientras buscaba en su hatillo la confirmación que apoyaría sus palabras. Desparramó su contenido sobre el suelo y, a cuatro patas, comenzó a buscar algo con desesperación. Finalmente, desplegó un pergamino y se incorporó mostrándoselo a su acompañante.

—¡Mira! —exclamó—. Esto es lo que estamos buscando. ¡Oro, Ramiro! ¡Oro!

Los ojos del pelirrojo fueron pasando perplejos del pavoroso rostro de Landa al viejo mapa que este le tendía.

—¡Condenado estúpido! —vociferó Landa abofeteándole—. ¿Es qué no lo ves? ¡Lo que vamos buscando es oro! Oro que esa ramera ha escondido con ayuda de alguna hechicería. Hemos dado vueltas y vueltas por esta selva y *ella*, en virtud de algún sortilegio, nos ha ido alejando más y más. ¡Nuestra misión, nuestra Sagrada Misión está en peligro! *Ella* ha regresado desde la tumba para impedir que encontremos el más grande de los tesoros, el que nos permitirá imponer la fe verdadera, aplicar la ley de Dios sin que nos tiemble la mano y llevar a la hoguera a cuantos herejes están usurpando la santidad. Una nueva era que nos convierta a los agustinos en la Orden más importante en Roma, incluso —La voz del agustino rugió en la espesura como un trueno—, que nos lleve hasta el papado ¿Te das cuenta de la importancia que tiene nuestra misión, idiota? ¡Bartolomé I, *el brazo de Dios*!

En un momento Landa había vaciado a su criado su alma y hasta su última intención. No obstante, su rostro reflejaba un increíble pavor. Con los ojos fuera de sus órbitas y la mandíbula

desencajada, comenzó a balbucear palabras ininteligibles señalando algún punto frente a ellos. Había alguien más. Alguien que solo él podía ver. Una visión que regresaba del pasado para torturarle. Comenzó a correr presa de un terror inaudito y se dio de bruces contra una rama, cayendo sobre la hojarasca que cubría al suelo. Aterrado, reptó sin dejar de mirar algo que tan solo él veía hasta recostar su espalda contra un árbol, cerrando con fuerza los ojos a la vez que se persignaba. Su grito inundó la selva.

Los miembros de *La Manada* ocupaban la orilla del lago, frente al islote sagrado de los *ucuru*. Estaban desplegados en semicírculo, según era la costumbre. Otilio y Páez hablaban entre ellos bajo un gran árbol. El sol comenzaba a ocultarse en poniente y una leve brisa refrescaba la escena con ráfagas que agitaban nerviosamente las ramas. Se hizo el silencio y Otilio tomó la palabra.

—¡Nunca pensé que nos reuniéramos algún día para buscar un nuevo jefe! —dijo suspirando con visible malestar.

La mano amiga de Páez le palmeó el hombro con vigor y le invitó a colocarse en el centro del gentío. Otilio dio un paso decidido y alzó sus manos al cielo pidiendo silencio.

—Como todos sabéis —comenzó su discurso—. Pedro ya no está con nosotros.

Sus ojos se posaron en Lucía un instante, masculló un juramento y prosiguió.

—Es a él a quien le debemos estar aquí y a salvo. De no haber sido por su sacrificio ninguno de nosotros estaría ni vivo, ni libre.

Un murmullo de asentimiento se alzó de entre la muchedumbre y varios gritos ensalzando la figura de su caudillo muerto atronaron en *La Manada*. Comenzaba a levantarse el viento del norte y leves ráfagas arremolinaban la fina arena de la playa. En la distancia, los cantos de los pájaros se filtraban desde la lejanía, llegando amortiguados hasta la asamblea. Otilio nunca había sido un buen orador, pero hablaba desde el corazón.

—No hay nada que ninguno de nosotros podamos decir de Pedro para honrar con justicia su memoria. Todo halago sería pobre para él. Nos convirtió en lo que somos. Todos le conocimos y

sabemos que a él le habría gustado vernos seguir juntos nuestro camino, como hermanos que somos.

Una vez más, los cuchicheos se convirtieron en gritos a favor de Pedro y la voz de Otilio se vio sepultada entre un alud de vítores y asentimientos.

—Pero —bramó su voz—, esa es una decisión que no me corresponde a mí, hemos de tomarla todos juntos…

Una voz de entre la multitud le interrumpió.

—¡Yo voto por seguir siendo lo que somos! Pedro ha muerto pero *La Manada* sigue viva y necesitamos un jefe. Y al infierno con aquel que olvide el pacto que todos hicimos.

Un murmullo generalizado de aceptación se elevó en el ambiente. Otilio, elevó los brazos tratando de acallar los gritos. Cuando logró un mínimo de silencio para poder ser escuchado, suspiró y se pasó el dorso de la mano por la frente antes de hablar.

—De eso estoy hablando. He pedido al cacique que nos deje un territorio para vivir con independencia y no ha puesto ningún impedimento, si es lo que realmente queremos. Y es lo primero que hemos de decidir ahora, si queremos vivir con los *ucuru* o fundar nuestro propio poblado a un par de leguas de aquí…

—¡Y también debemos elegir jefe! —gritó una voz.

—Sí —asintió resignado—. Y después, también elegir jefe. Pero, ¡voto a tal! ¡De poco serviría tener un jefe sin un grupo del que disponer! Si alguien desea abandonar el grupo ahora, es libre de hacerlo, nadie debe verse obligado a estar entre nosotros y su decisión será respetada por todos. ¿Qué decimos a esto? ¿Alguien quiere irse?

*La Manada* se comportó con total unanimidad. Nadie se movió y se hizo el silencio. Uno a uno, Otilio comenzó a mirar a los ojos a quienes tenía cerca. Por fin volvió a hablar.

—¡Bien! Estamos pues de acuerdo que no nos separaremos y ahora hemos de decidir que queremos hacer. Quien quiera que nos instalemos aquí que alce su diestra. Quien quiera que creemos nuestro propio campamento la siniestra…

Antes de que terminara de hablar un potente y familiar vozarrón se dejó oír por encima de la multitud.

—Y yo, ¿no tengo derecho a votar?

Lucía reconoció la voz al instante y se levantó como movida por un resorte. Tambaleándose, apoyado en un muchacho taíno, flanqueado por varios *ucuru* y con una gran sonrisa de oreja a oreja, se acercaba Pedro Lobo que volvía de la mismísima tumba.

Nadie acertó a decir nada, ni siquiera a moverse, tal fue al principio la impresión. Parecía como si un hechizo hubiera convertido a aquellos hombres y mujeres en estatuas de sal. Pese a la ola de alegría que les invadió inmediatamente después, en aquellos primeros instantes, solo una persona había conseguido moverse. Fue Lucía, quien corrió hasta el recién llegado y se abrazó a él con tal fuerza que estuvo a punto de hacerlo caer. Lloraba de alegría y rezaba porque aquello no fuera un sueño. Instantes después toda *La Manada* había rodeado a su jefe. Cuando Lucía se dio cuenta, soltó al hombre y decidió compartirlo con los demás. Uno a uno, se fueron acercando a Pedro Lobo. Todos querían estrechar sus manos, sentirle cerca. Él, por su parte, aunque agotado, no le negó ni un abrazo ni unas palabras de cariño a todos y cada uno.

Cuando los ánimos se hubieron calmado un poco, fue el turno de Otilio, quien le interrogó tan perplejo como el resto de sus compañeros.

—Pero, ¡me cago en mi madre! ¿Cómo lo has logrado? Yo mismo vi cómo una montaña de piedras te caía encima. ¿Cuántas vidas tienes? ¿Es que te hemos de llamar desde ahora *Gato* en lugar de *Lobo*? —Aquel amago de chiste pasó desapercibido.

—¡Este chico, compadre Otilio! —Lobo abrazó al muchacho, que sorprendido miraba la escena en un hito y repitió—. Él es quien me rescató de aquel infierno de barro y rocas y me ha salvado. Lo ha perdido todo y casi le matan, pero la providencia le ha puesto en nuestro camino. Le he invitado a unirse a nosotros y ha aceptado. Ha elegido llamarse Pedro y así será como desde ahora le conoceremos.

—¡Pero ya hay un Pedro, *carallo*! —Se oyó la voz de Páez por encima de los demás.

—Pues entonces le llamaremos Pedrito.

—Entonces, ¡tres hurras por Pedrito! —gritó Lucía, alzando el brazo del muchacho.

**41**

Manuel tiró con rabia del brazo de Valeria. Estaba harto de todo aquello. Odiaba con todas sus fuerzas la selva, el calor asfixiante y los insectos que les acribillaban sin descanso. Desde que empezó aquella locura, había podido morir al menos en tres ocasiones y no dejaba de preguntarse si valía la pena. Toda su vida se había desvanecido como por arte de magia. Aquella mujer y la vaga promesa de un tesoro en aquel lugar olvidado por la mano de Dios, era cuanto le quedaba. Cansado de esperar, había terminado explotando. Llevaban dos días enteros acechando aquella ciudad del lago y, fuera lo que fuera lo que el destino les reservaba en aquel maldito lugar, había llegado el momento de plantarle cara. Acababa de decidir que la suerte estaba echada.

—¡Si el oro está ahí, iré y lo cogeré! Estoy harto de esperar. ¡Y tú vienes conmigo! —dijo con furia.

Pese a la insistencia de Valeria, quien era partidaria de seguir esperando un momento más propicio, la pareja se dirigió con determinación a encontrarse con el destino, que con tanto afán venían persiguiendo desde el otro lado del mundo. Caminaron con paso firme hacia el camino empedrado que daba acceso a la ciudad, aunque sin dejar de mirar con recelo a su alrededor.

A medida que se acercaban a la entrada, un regusto amargo iba llenando su boca. Manuel no estaba seguro de lo que les aguardaba a partir de aquel momento, pero de lo que no había duda era de que desde que acamparon a menos de una legua de distancia de la ciudad, cada uno de sus movimientos había sido vigilado celosamente. Desconocía por qué motivo aquellos salvajes les habían permitido quedarse tan cerca, sin intervenir en ningún momento ya que, si así lo hubiesen querido, no les habría costado nada hacerles prisioneros o asesinarles en plena noche. Ellos eran los extraños en aquellos parajes sofocantes y de vegetación descontrolada y eso les convertía en presas fáciles, y aquella certeza le ponía todavía más nervioso. Fuera cual fuera la razón, le resultaba de indiferente. Si el oro que estaban buscando se hallaba en esa ciudad, estaba dispuesto a hacerse con él o a morir en el intento, todo menos seguir sentado esperando. Su escasa paciencia había terminado por agotarse.

Ya eran muchos los ojos curiosos que les observaban a cierta distancia, sin embargo, nadie intentó detenerles ni interponerse en su camino. Para Manuel, el tiempo de las estrategias había pasado ya. Por el contrario, se estaba adentrando en la ciudad espada en mano, arrastrando con él a la mujer y dirigiéndose decidido hacia su destino, fuera el que fuera, a pecho descubierto. Los *ucuru* les flanqueaban el paso y les seguían en silencio. Cada vez eran más y más. Habían llegado a convertirse en una verdadera muchedumbre. Peciña observó que algunos de aquellos indígenas portaban armas. Instintivamente, aferró el hierro con fuerza y siguió caminando con determinación.

—Cometemos un error —susurró la mujer.

Un gesto de Manuel le ordenó callar.

Por fin llegaron a la gran plaza donde de pie, sobre la escalinata, un nutrido grupo, entre el que se distinguía con claridad a Lucía y al que debía ser su padre, les aguardaba con expectación. Peciña se sorprendió de ver allí al joven guía que se les escapó, y que se aferraba a la joven en actitud temerosa. Pero era tal el desprecio que sentía por todos los indígenas sin excepción, que ni siquiera se preguntaba cómo se las había arreglado para llegar hasta allí, ni sentía la más mínima preocupación por ello.

Los dos viajeros se detuvieron y Valeria barrió con la mirada su alrededor. Sus ojos se toparon con los de su sobrina, quien mostraba tal gesto de sorpresa que parecía haber visto a un aparecido. No podía creer que la mujer que estaba frente a ella fuera la bruja de su tía. La mirada de Valeria seguía siendo tan altiva y seguía despidiendo el mismo odio de siempre, sin embargo, el hombre que la asía con fuerza le resultaba un absoluto desconocido. En su mente se agolpaban mil preguntas pero, prudente, decidió permanecer callada.

El primero en hablar fue Luca que al igual que su hija no salía de su asombro.

—¡Valeria! —exclamó sin dejar de mirar a la pareja— ¡Voto a tal! ¿Qué haces aquí?

—¡Calla, perro! —bramó esta—. Por ti estamos todos aquí. Por ti y por el oro.

—¡No comprendo! —contestó Luca confuso, mientras alzó sus brazos demandando una explicación.

—He atravesado el mundo para llegar aquí por lo mismo que tú. ¿Dónde está el oro?

Peciña seguía sin decir nada. Expectante, se aferraba con tanta fuerza al mango de su acero que le temblaba la mano.

—Reconozco que vine aquí buscando un tesoro, pero tal tesoro no existe —respondió Luca.

—No me mientas, cuñado. Hemos visto oro —se adelantó Valeria.

—Todo el oro de esta gente está en el fondo del lago. Lo arrojan allí honrando a su dios. Os doy mi palabra.

Manuel emitió un gruñido mostrando su descontento pero Valeria supo acallarle con una mirada cómplice. Después, sus ojos se posaron en los de su sobrina.

—¿Tú también viniste por el oro? —preguntó socarrona— ¡Vaya con mi sobrina! ¡Y parecía una mosquita muerta!

—Te equivocas conmigo —advirtió la joven dando un paso al frente—. Al contrario que a ti, a mi no me mueve la codicia.

—¡Mientes, como todos los Rinaldi!

—No, tía. Aquí no hay nada para ti.

—Eso lo veremos —sentenció la mujer desafiante.

Un instante después cambió de aptitud y exhibió una espléndida sonrisa que dedicó al cacique; para entonces ya se había dado cuenta de quién mandaba allí. Si aquellos imbéciles creían que podían engañarla, ella iba a demostrarles lo equivocados que podían estar.

El cacique habló al oído a Luca.

—El cacique de los *ucuru* —tradujo el genovés—, os ofrece hospitalidad. Dice que podéis quedaros esta noche, pero que habéis ofendido a *Manoate* viniendo con malas intenciones y que deberéis iros mañana.

Tras las palabras de Luca, el *bohiti*, el cacique y su séquito se retiraron, dejando a los españoles en plena trifulca.

—¡*Querido* cuñado!, ¿Qué que le has hecho al cacique para que coma de tu mano? ¿Acaso, le engañaste con lisonjas como hiciste con mi hermana? Tengo entendido que entre esta gente la sodomía es una práctica común.

—Deberías controlar tu lengua, Valeria —dijo Luca con gravedad—. Puede que esta gente te parezca amistosa, pero os darían muerte con una sola palabra mía. Aquí soy *Bajari*, que es un título de distinción y alto respeto. Soy algo así como el sucesor del hombre de fe de estas gentes.

Lucía no daba crédito a lo que estaba oyendo por boca de su padre: ¿Su padre era el sucesor del *bohiti*? Aquella era la primera noticia que tenía. En ninguna de las conversaciones que había mantenido con él desde su llegada, había mencionado nada al respecto y, en aquel mismo instante, intuyó el motivo: ahora, aquel era el hogar de Luca. Súbitamente le embargó la tristeza. Pedro intuyó que algo sucedía y apretó su mano con fuerza.

El genovés descendió los peldaños de la escalinata y se plantó a menos de una vara del rostro de su cuñada.

—En honor a nuestro parentesco —dijo—, os permitiré marcharos con vida, cosa que haréis al amanecer. Pero si hacéis o decís algo fuera de lugar o intentáis aprovecharos de esta gente, os juro que les explicaré la clase de gentuza que sois y lo que os ha traído aquí. Y créeme, cuñada, lo que os harían no te iba a gustar nada. Así que tú y tu lacayo os marcharéis mañana o moriréis aquí y ahora. Tú decides.

—Palabras, palabras. ¿Acaso te has convertido en un salvaje como ellos? —aulló Valeria socarrona.

—Os lo repetiré por última vez, —contestó Luca haciendo oídos sordos a la burla de la mujer—. Si no os habéis marchado al alba se os dará muerte. Mientras tanto, tendréis comida y un lugar para dormir. Hasta entonces, tratad de ser tan civilizados como estos a los que llamáis salvajes. Espero no verte más, querida cuñada.

Dicho esto, Luca también les dio la espalda. Por su parte, los *ucuru,* guiaron Manuel y a Valeria hasta una cabaña. Lucía les miró alejarse desafiantes.

Ramiro se le acercó con cautela. No sabía cómo había de actuar o qué hacer. El agustino parecía presa de la locura. Con las manos cruzadas a la altura del pecho y asido a su rosario era la viva imagen del terror.

—*Ella*, Ramiro. *Ella* —exclamó el monje sin cambiar su posición—. Tuve que mentir para salvarme. Lo entiendes, ¿verdad? Mi pecado era demasiado ominoso para afrontarlo. El maligno actuó a través de *ella*, de su cuerpo… Yo era joven, no tenía experiencia en aquellas lides… El diablo confabuló a través de *ella* para hacerme caer y tuve que castigarla. A *ella* y al resto de la aldea. ¡Paganos, herejes! Había que castigarlos a todos. ¡Había que matarlos! Tenían que redimir su pecado con sangre.

Un ruido rompió el silencio de la selva y el agustino dio un salto sobre sí mismo. El miedo le tenía atenazado. Ramiro se sentó junto a él.

—Los empalamos a todos. ¡A todos! —continuó Landa—. Hombres, mujeres, niños. A toda la aldea, y a *ella*… Sus ojos me miraban mientras agonizaba. Sus ojos, Ramiro. Sus ojos me han perseguido desde entonces. Sus ojos...

El canto de un pájaro en la floresta quebró el silencio de la selva y Landa rompió a llorar sin consuelo.

—*Ella* era inocente. Fui yo. Yo la forcé… Tuve que mentir para salvar mi alma y todos murieron por mi culpa… ¡Todos!

De improviso, se asió con fuerza a su criado, ocultó el rostro en el regazo del incrédulo pelirrojo, y comenzó a dar grandes voces señalando con su dedo índice la selva.

—¡Detenla! —bramó—. ¡Detenla! Ha regresado de la tumba para vengarse ¿Es que no la ves, Ramiro? Está ahí mismo, desnuda como aquella mañana. ¡No dejes que se acerque!

El pelirrojo lanzó una mirada hacia el lugar que el agustino señalaba con tanto pavor y dónde no había nada. Definitivamente, el monje había perdido la cordura. Era el momento de abandonar el juego y poner las cartas boca arriba. El criado se encaró con el fraile.

—¡Sois un demente! —exclamó de improviso el pelirrojo incorporándose—. Ya estaba advertido de lo que eráis capaz, pero esto es demasiado.

Landa, atónito, se le quedó mirando. Su silencioso compañero había hablado por primera vez

—¡No eres mudo! —exclamó con sorpresa.

—No. No lo soy. Ni mi nombre es Ramiro, ni soy vuestro criado, condenado majadero. He sido enviado por Roma para teneros vigilado.

El agustino observó perplejo a su compañero. Un pozo de cordura pareció asomar a sus ojos y su rostro se calmó por un momento.

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué mandaría espiarme el Santo Padre?

—¿Acaso creéis que Su Santidad no conoce los verdaderos motivos por los que vuestro tío os recomendó para esta misión? El Papa no podía permitir que, en caso de hallar el oro, los agustinos os quedarais con él. No se fía de vosotros y a fe mía que tuvo buen ojo. ¿Tan estúpido sois para pensar que hay alguien en Roma que no conozca de la ambición de vuestro tío? En cuanto a vos, nunca se os hubiera asignado ésta empresa de no ser por vuestra experiencia en la isla. *¡Vuestra experiencia!* ¿Es que acaso habéis servido para algo? ¡Pobre demente! De existir tal tesoro, este solo pertenecería a la Iglesia. Mi labor era acompañaros, vigilaros, procurar que el oro llegase a su legítimo dueño en caso de encontrarlo e incluso llegado el momento daros muerte, si ello fuera necesario. Pero, tal y cómo ya venía sospechando, tal tesoro no existe y toda esta historia es una gran patraña. ¡Y ahora, por vuestra culpa, he de verme así, perdido en esta condenada selva! *¡Bartolomé I*, *Brazo de Dios*, A*zote de Herejes*! Pero, ¿qué os habíais creído? No sois más que un mamarracho, que no se merece ni el esfuerzo de hablar con él, además de como acabáis de confesar, un asesino, y culpable de conspiración contra Su Santidad y contra la Iglesia. No merecéis más que morir como un perro, aquí y ahora.

Landa se sumió en un silencio pavoroso. Su misión, su *Sagrada Misión*, ya no era más que arena que se deshacía en sus manos. Sasamón, el hombre del Vaticano en Sevilla, le había engañado enviándole a un espía, en lugar de un criado. Se sentía culpable por haberle menospreciado y por haber sido tan incauto. También le había fallado a su tío y a la Orden de los agustinos. Apenas podía hacerse a la idea de todo aquel inmenso fracaso. Aquellos pensamientos no duraron demasiado. Bien pronto regresaron la voz de *ella* y su fantasmal presencia y Bartolomé trató de alejarla con grandes voces. La locura se había apoderado nuevamente de él.

Ramiro se le quedó mirando, daga en mano, y terminó decidiendo que no merecía la pena el esfuerzo de matar a aquel perturbado que ya no representaba ninguna amenaza para nadie. Debía reservar todas sus fuerzas si quería salir vivo de aquella selva, así que tomó los odres de agua que aun les quedaban, cuantas provisiones pudo acarrear y, sin mirar atrás, abandonó a su suerte a su compañero de viaje. En el último momento y antes de perder definitivamente de vista al agustino, le lanzó una breve última mirada en la que, fugazmente, creyó ver la silueta de una mujer, junto al desventurado monje.

Instintivamente, fuera o no aquella visión fruto del calor y del cansancio, se persignó alejándose de allí con paso presuroso.

Peciña estaba cegado por el oro. Lo veía por todas partes. Le obsesionaba especialmente el islote del lago y su pequeño templo, el cual imaginaba estaba llego de riquezas. Hacia horas que había oscurecido, los *ucuru* dormían y la luna menguante iluminaba la noche. Tras comprobar que no les habían puesto vigilancia alguna, despertó a Valeria y ambos se encaminaron a la orilla del lago con todo el sigilo del que fueron capaces. Manuel sabía que para llegar al islote necesitaba una embarcación. Barrió la playa con un vistazo meticuloso, clavando su mirada en las canoas. Se acercaron. No parecían fáciles de maniobrar y hacían falta más de dos personas para llevar una de ellas hasta la orilla. Tenía que haber otra manera. Fue entonces cuando vieron en el agua una de las balsas que usaban aquellos salvajes para sus rituales con un vigilante que dormitaba despreocupado. Peciña ordenó silencio a la mujer y señaló la embarcación. Se acercó sigiloso, puñal en mano, al confiado *ucuru* y le cortó el cuello con una rapidez y una frialdad que dejó helada a la mismísima Valeria. Después, hizo subir a la mujer a la balsa. Estaba obcecado de forma enfermiza por aquel islote y en aquel momento, no le importaba nada más. Estaba seguro de que el oro estaba allí, esperándole, lo que le hacía impulsar la pértiga con fuerza inusitada, tanta que incluso se sorprendió a sí mismo. Después de un buen rato y cuando ya tenían la orilla a tiro de piedra, Valeria llamó la atención del hombre. La luna se reflejaba en la superficie del agua pero, justo delante de ellos y

procedente del fondo del lago, había un gran resplandor. Peciña siguió remando como un poseso hasta que se situó encima. No podía creer lo que estaba viendo.

—Tu cuñado decía la verdad —exclamó—. ¡Mira donde estaba el oro! Y, a juzgar por el brillo, ¡en qué cantidad!

Valeria se acercó y cuando hubo acostumbrado sus ojos al destello plateado de la luna sobre el agua, la vio. En el fondo, una enorme masa dorada, brillaba unos pocos metros por debajo de ellos. La mujer se quedo absorta mirando aquel tesoro, tanto que apenas se dio cuenta de que Manuel ya se había despojado de su camisa y acababa de arrojarse al agua. El chapuzón le salpicó y le sacó de su ensimismamiento. La superficie cristalina se volvió turbia y aquellos segundos le parecieron interminables. Veía la silueta de Manuel un poco más abajo tratando de subir a la superficie pero algo se lo impedía. Tras unos angustiosos instantes, la cabeza de Peciña emergió con un gran estruendo a unos metros de la balsa y empezó a hablar entrecortadamente a la mujer.

—El oro está ahí debajo, pero las piezas pesan demasiado para subirlas.

—Pues debe de haber una manera.

—Afortunadamente cogí una cuerda. Acércame el cabo —ordenó Peciña.

La mujer obedeció y unos instantes después, el hombre volvió a sumergirse en la profundidad del lago. Valeria lanzó una escrutadora mirada en dirección a la orilla. Nada parecía denotar que hubieran sido descubiertos. Tras unos momentos de incertidumbre Peciña volvió a emerger con fuerza en la superficie.

—¡Tira de la cuerda!, —ordenó jadeando.

La mujer obedeció y en pocos instantes consiguió izar a la embarcación un pequeño ídolo dorado en el que reconoció la silueta de una especie de lagarto. Sus ojos se encendieron.

—¡Es de oro! —gritó al hombre con emoción —. Y pesa más que tu espada.

Manuel le pidió con un gesto otra vez el cabo suelto. Estaba dispuesto a repetir la operación diez, cien, o mil veces si fuera necesario. Iba a rescatar el tesoro pieza a pieza. Pero la mujer interrumpió sus pensamientos.

—Ya sabemos donde hay oro, pero ¿no te gustaría saber lo que esconde la isla? Quizá allí haya más tesoros y sea más fácil cogerlos. —dijo.

Entonces, alzó el ídolo con gesto triunfal y este brilló a la luz de la luna con tanta intensidad que su reflejo alcanzó el pequeño templo. En aquel preciso instante, el eco de una música lejana y repetitiva comenzó a escucharse desde algún lugar impreciso. Poco a poco, la melodía se hizo más y más audible y, la pareja, identificó su origen en el cercano islote. Las miradas de ambos convergieron y se miraron sorprendidos.

—¿Qué demonios es esa música? –preguntó Peciña entre dientes.

Por toda respuesta la mujer se encogió de hombros.

—¡Sea lo que sea, si continua acabará despertando a todo el mundo! Hemos de acallarlo.

El joven volvió a subir, con un gesto felino cogió la pértiga y comenzó a impulsar la balsa a ritmo frenético. Cuando se habían acercado lo suficiente a la pequeña extensión de tierra, se les reveló con claridad desde la cercana orilla la figura del *bohiti*. A pesar de la incipiente oscuridad, su enjuta silueta se recortaba con total claridad. Erguido y aparentemente ajeno a la pareja, tocaba una especie de flauta. Manuel se sentía extrañamente invadido por aquella melodía hipnótica. Por mucho que quisiera acercarse hasta el brujo y silenciar aquel maldito instrumento, era incapaz de moverse. Dejó de remar, arrojó la pértiga al agua  y se limitó a mirar hacia la orilla de un modo manso y servil.

—¿Qué estás haciendo? —rugió la mujer—. ¡Sigue remando! ¡Hemos de hacerle callar antes de que despierte a todo el mundo!

Pero Manuel no hizo gesto alguno. No mostraba signos de haber llegado a comprender sus palabras y, como sumido en un trance, se limitó a mirar hacia el horizonte, con una sonrisa bobalicona pintada en sus labios.

La superficie del lago, hasta entonces serena, se alteró débilmente con un pequeño oleaje, al principio casi imperceptible, pero que fue ganando fuerza cada vez que la melodía se repetía. Entonces, algo golpeó con violencia la embarcación que se tambaleó cómo agitada por unos brazos invisibles. Valeria dio un traspié y el ídolo cayó al lago. Todo sucedió muy deprisa y para cuando quisieron darse cuenta, el ya tremendo oleaje había volcado la balsa y ambos estaban en el agua. Solo podían hacer una cosa

—¡Manuel! —gritó asiendo a su compañero por los hombros—. Tenemos que nadar hacia la orilla.

Pero el hombre siguió sin hacer el más débil gesto y flotaba inmóvil con la mirada clavada en algún punto indeterminado del horizonte.

—¡Al infierno, pues! —le espetó la mujer— Allá tú, si quieres morir.

El islote estaba muy cerca y Valeria juzgó que no le resultaría en modo alguno difícil alcanzar su destino. Resuelta, comenzó a nadar en dirección a tierra cuando le sobresaltó un pavoroso grito a su espalda. Se giró y ante sus atónitos ojos, vio como Peciña era arrastrado hacia el fondo por algo que tiraba de él con una enorme fuerza. Aterrada siguió nadando aun con más ímpetu. No estaba sola en el agua, algo bajo la superficie había matado a Manuel, y ahora le tocaba a ella. Sintió un roce en el pie y gritó horrorizada. Fue entonces cuando vislumbró entre las encolerizadas aguas la figura de algún tipo de animal que se le acercaba por su izquierda a gran velocidad, rodeándola y obligándole a detenerse. En aquel instante, la cabeza, rígida y amenazadora del primer caimán emergió frente a ella. Después vio al segundo a su derecha y poco a poco a todos los demás. Y eso fue lo último que vio.

Instantes más tarde la melodía cesó y poco a poco el lago fue retomando su calma habitual. El *bohiti* se acercó al borde del agua con paso lento pero firme, alzó sus brazos al cielo y bramó con fuerza:

—¡*Manoate*!

Con la llegada de los españoles, la vida de los *ucuru* iba a quedar trastocada para siempre. A nadie se le escapaba que su aislamiento ancestral corría un gran peligro y que se avecinaba una nueva era llena de incertidumbre. Los invasores de piel blanca y modos rudos, que se habían apropiado de toda La Española en nombre de sus reyes y de su dios, no eran como Luca o los recién llegados miembros de *La Manada*. Se convertían en dueños de cuanto veían y solo les guiaba la codicia. Las aterradoras historias sobre los conquistadores habían terminado por atravesar la isla hasta llegar a oídos de los *ucuru*, sembrando entre ellos la desconfianza, hasta tal punto que se alzaron voces pidiendo la expulsión de los recién llegados. Solo el cacique pudo acallar aquellos gestos anunciando que se pediría consejo y ayuda a los dioses, en especial a *Manoate*. Para ello, y con el consentimiento del *bohiti*, decidió convocar la ceremonia más sagrada.

Horas después, y al atardecer de aquel aciago día, la ciudad entera se congregó expectante en la explanada junto al lago, que hacía las veces de plaza principal. El silencio cubría el lugar de un halo místico y hombres, mujeres y niños, se agolpaban conteniendo el aliento. Entre la muchedumbre, los miembros de *La Manada* se sintieron parte de aquel momento de especial trascendencia, contagiándose del ambiente que les envolvía.

Lucía, aferrada a la mano de Lobo contemplaba absorta la escena. A su derecha, Páez y Antonio mantenían el gesto firme, con sus ojos puestos en el *bohiti* y no se perdían detalle de lo que sucedía. La ceremonia era de un carácter tan sagrado que tan solo él podía pronunciar su nombre secreto. Se reservaba para las ocasiones en las que el pueblo *ucuru* se veía abocado a recurrir a la intervención divina, sequías, épocas de hambruna o un evidente peligro de invasión, como era el caso, es decir, cuando su supervivencia como pueblo se veía amenazada.

Por ello, en el momento en el que en nombre del cacique, el *bohiti* fue señalando a los participantes, no hacía sino seguir un minucioso protocolo que rayaba lo irreal. Uno a uno, el anciano fue tocando con su vara el hombro de los elegidos. Comenzando por sus propios ayudantes y por Luca y concluyendo, ante la sorpresa de los presentes, con los líderes de *La Manada*, Lobo, Otilio, Páez y Antonio. Pero el murmullo de extrañeza no fue nada comparado con

el clamoroso rumor que se elevó entre los *ucuru* cuando, finalmente, sus acuosos y cansados ojos se posaron en Lucía, señalándola como el último elegido para participar del ritual. No se recordaba que una mujer hubiera sido nunca distinguida con tan alto honor. Las quejas no tardaron en extenderse entre la muchedumbre, obligando al cacique a defender su decisión aduciendo que el mismísimo *Manoate* se le había aparecido en un sueño ordenándole expresamente invitar a la joven. Era una situación extraña, que requería de medidas extraordinarias. Nadie dudaba que los miembros de *La Manada* tenían mucho que ver con los acontecimientos sucedidos en el lago y con los que estaban por llegar, así pues, las críticas terminaron cesando. Finalmente, el grupo de elegidos no sobrepasaría la docena de personas. Lo que allí ocurriera lo verían muy pocos ojos.

Cuando la muchedumbre se dispersó, Luca se acercó hasta ella.

—¡Figlia mia! —dijo esbozando una sonrisa—. No sabes la inmensa distinción que significa haber sido elegida.

—No estoy muy segura de tomarme todo esto como un honor, ya que ni siquiera se han tomado la molestia de explicarnos en qué consiste esa ceremonia.

—No tienes que preocuparte por nada. Tan solo se trata de la toma ritual de una mezcla secreta de plantas, que prepara el *bohiti* y que nos permitirá ver cosas que el resto de mortales ni se atrevería a soñar. No debes temer, confía en mí. Al participar, ¡nos hará estar en contacto con los dioses! ¿Tienes idea, Lucía, de lo qué eso significa? ¿El inmenso privilegio del que vas a ser partícipe?

—Confío en vos, padre, pero…

—¡Puedes hacerlo plenamente! Ahora he de dejarte, pequeña mía. El *bohiti* reclama mi ayuda para la preparación del ritual. Quédate tranquila. No os sucederá nada malo —sentenció Luca antes de alejarse.

Lucía sabía que su padre había intentado tranquilizarla con sus palabras y le agradecía la intención pero el genovés, lejos de lograr su objetivo, no había conseguido sino sumirla aun más en un profundo desasosiego. En cualquier caso, ni ella ni ninguno de los seleccionados por el *bohiti* tenía elección, así que buscó a sus compañeros y se limitó a repetirles las escuetas explicaciones de su padre, tras lo que se retiraron a descansar, quedando todo dispuesto para la mañana siguiente.

Con la salida del sol, el grupo de elegidos fue llevado al lugar de celebración. El *caney*, ante el que una gran muchedumbre esperaba paciente y en silencio. Precedidos por el *bohiti*, los invitados a la ceremonia se abrieron paso en dirección a la puerta y se detuvieron a la vista de todos. Luca, el *bohiti* y sus ayudantes, recitaban una letanía una y otra vez. Todos los participantes habían acudido desnudos, con el cuerpo totalmente cubierto por la pintura sagrada y de color rojo, llamada *bija*, por toda vestimenta. También habían sido distinguidos con el *guanín*, un colgante de oro similar al que solía llevar Luca. Solo el hecho de portarlo representaba un gran honor. No obstante y pesé a los intentos del *bohiti* y del propio Luca por hacerles sentir seguros, ninguno de ellos, se sentía cómodo tal y como su madre le trajo al mundo, y menos aun lejos de sus armas. Pedro y Otilio intercambiaban continuas miradas de recelo por cuanto se estaba produciendo a su alrededor, pero no abrieron la boca. Por alguna extraña razón, tan solo Lucía permanecía impasible y aguardaba las disposiciones del *bohiti* con gesto sereno. Había experimentado una gran transformación y ya no tenía nada que ver con la muchacha que meses atrás tuvo que hacerse pasar por hombre para atravesar el océano. Durante toda la noche, en la que fue incapaz de pegar ojo, había llegado a la conclusión de que la situación en la que se hallaban los *ucuru*, era consecuencia de la llegada de *La Manada*. Se sentía culpable y estaba dispuesta a hacer cuanto estuviera en su mano por ayudarles. Si eso significaba ingerir algún tipo de sustancia desconocida, lo haría sin dudar. Además, confiaba plenamente en la palabra de su padre. Y allí estaba, desnuda y cubierta únicamente por la pintura carmesí que acentuaba todavía más sus formas femeninas. Expectante al igual que el resto del grupo y sumida en un tenso silencio. Decidida, le tendió la mano a Pedro sonriendo y trató de trasmitirle calma con una mirada de complicidad.

Pero fue Otilio quien terminó por romper un silencio que le ahogaba.

—¡Que me cuelguen si en toda mi vida imaginé, por un solo momento, verme con esta facha! —exclamó visiblemente incómodo.

—Estoy segura de que no tenemos nada que temer —contestó Lucía, esbozando un gesto tranquilizador.

Todo el grupo asintió al unísono, sin embargo, un aura de nerviosismo flotaba sobre sus cabezas.

—Menos mal que no está aquí *El Mochuelo, ¡Carallo!* Porque si nos viera de esta guisa acabaríamos peor que *Cartujo* —bromeó Páez.

Antonio estaba a punto de contestarle, cuando la mirada fija del *bohiti* acabó con todo conato de conversación. De pronto, desde el interior del *caney*, el tambor ceremonial, llamado *mayohabao*, comenzó a sonar. El rito había comenzado. El *bohiti* y sus ayudantes habían interrumpido su letanía y, a la vez, el cacique estaba entonando una canción. Lucía, pesé a que comenzaba a hacer progresos con la lengua de los *ucuru*, no consiguió comprender el significado de aquel canto.

En aquel momento, uno tras otro, fueron siendo llamados, siguiendo un orden aparentemente aleatorio y caprichoso. Así, fueron pasando por turno al interior, Luca, Pedro, Lucía, Otilio, Páez y Antonio. El *bohiti* y sus ayudantes fueron los últimos en entrar, tapando el acceso tras de si y sumiendo el recinto en la semioscuridad.

Una vez en el interior, y tras acostumbrarse a la penumbra reinante, Lucía se fijó en un pequeño *zemí*, o ídolo, con la imagen de *Manoate* en el centro de la estancia. Al pie del mismo, en una gran bandeja, estaba preparada la sustancia alucinógena. Se trataba de un polvo de color pardo, obtenido de varias raíces y semillas. La preparación de la mezcla sagrada era un secreto solo conocido por el *bohiti* y sus ayudantes.

La escasa luz de una antorcha alumbraba pobremente la estancia. Con aquella tenue iluminación, poco o nada podía vislumbrar la joven, aparte del rostro y la silueta de sus acompañantes. Sin embargo, sus ojos se posaron sobre una de las sombras que bailaban caprichosas sobre las paredes. Tras ella, adivinó dibujadas con trazo infantil, innumerables siluetas que recordaban vagamente la figura humana, así como otras muchas todavía más imprecisas que no supo reconocer. Pero, de algún modo y sin saber muy bien porqué, estaba segura que aquella era la forma en la que aquellas gentes dejaban constancia para la posteridad de los episodios de su propia historia.

Conforme iban entrando, el cacique les invitó a sentarse en círculo. La antorcha iluminaba débilmente los rostros de los presentes con un fulgor rojizo y siniestro. Una vez estuvieron todos acomodados, los ayudantes del *bohiti* fueron situando delante de cada invitado una vasija decorada con la imagen de *Manoate*, a la vez que les iban entregando una especie de estilete, tallado de la

costilla de un animal. Esta parte de la ceremonia era la de la purificación interior, para lo cual comenzaron introduciéndose el objeto en la garganta con el fin de provocarse la nausea, siendo el cometido de la vasija recoger el vómito. Este proceso de limpieza era imprescindible antes de tomar la droga, con el fin de evitar sus efectos tóxicos. Lucía reparó en el objeto justo antes de introducírselo en la boca y creyó reconocer toscamente tallada en él la figura de un falo, aunque a estas alturas tenía la certeza de que nada podría sorprenderla.

Instantes después vomitó con gran violencia. Tras la primera, ya no fue no era capaz de recordar cuantas más fueron las arcadas. Poco a poco, los espasmos terminaron por desaparecer y una calma tensa y nerviosa se apoderó de su cuerpo.

Tras pasar todos y cada uno por el imprescindible requisito purificador y una vez retiradas las vasijas por parte de los ayudantes del *bohiti*, los participantes permanecieron sentados en torno al *zemí* de *Manoate* sin pronunciar palabra. El *bohiti* rompió el silencio, recitando la letanía una vez más, al mismo tiempo que exhibía ante todos una caña hueca en forma de *Y* y que cargó pacientemente con el polvo de la bandeja. Inmediatamente se dirigió al cacique al que sopló el contenido directamente dentro de su nariz. Este, al recibir la descarga echó su cabeza hacia atrás en un acto reflejo, puso sus ojos en blanco y comenzó a murmurar. Para entonces, el *bohiti* ya había repetido la operación en Luca, la agilidad y la rapidez con la que cargaba y soplaba el contenido de la caña sorprendió a los miembros de *La Manada*. Cuando llegó el turno de Lucía, sintió un destello y, pese a que se lo temía, no hubo dolor alguno. Tan solo un desagradable cosquilleo que le hizo estornudar con fuerza. Cerró los ojos y tuvo la sensación de que el techo del *caney* se abría sobre su cabeza. Maravillada observó que podía ver más allá solo con desearlo y sin dejar de estar sentada en el mismo lugar y en la misma postura. Sintió que tenía la facultad de trasladarse al instante a otro lugar, solo con pensar en ello. Aquella impresión le maravilló y le confundió tanto que necesitó abrir los ojos de par en par, tan solo para comprobar si todo seguía en el mismo lugar. Otilio, que había aceptado la invitación a regañadientes, se revolvió nervioso. Estaba seguro de que alguien habría debido quedar fuera de aquello y tener los sesos en su sitio por si pasaba algo, y no le hubiera importado haber sido él mismo, pero no se atrevió siquiera a proponerlo para no ser interpretado como un signo de debilidad ante su gente. Era un soldado y un hombre de honor, aunque como la

mayor parte de los hombres de armas temiera a lo desconocido. Cuando llegó su turno, creyó sentir un pequeño mareo y bajó la cabeza. Poco después, cuando se fue incorporando, le pareció ver como en un sueño a Luca soplando al *bohiti* el contenido de la caña y hasta les oyó recitar juntos la letanía. Después cerró los ojos.

El cacique seguía sentado con las piernas cruzadas. Casi al momento había entrado en un estado de trance. Estaba hablando con *Manoate*, como después relataría a sus compañeros de *viaje*. Murmurando preguntas que él mismo respondía, como si su interlocutor estuviera justo enfrente de él. En sus visiones veía un ejército cruzando el río y llegando al lago y, cuando esto sucediera, *La Manada* ya no podría estar allí o significaría el fin de los *ucuru*. Pedro Lobo y su gente debían irse.

Y así era, tal y como habrían de saber después. El ejército se había puesto en camino aquella misma mañana. Ante la inesperada partida de *Matamoros* y de toda su plana mayor tras los pasos de Lobo, Guillermo Santamaría había terminado por tomar el mando de lo que quedaba de las tropas, y tras esperar sin noticias el tiempo que le pareció prudente, lanzó al ejército en pos de su general perdido. Aquello se había convertido en una inesperada y única oportunidad de hacer méritos y medrar, que nunca habría llegado siquiera a soñar. No podía volver con aquel formidable ejército sin oficiales y sin explicación alguna pero, la marcha de *Matamoros*, que seguramente para aquellas horas estaba perdido o muerto en la selva, le había servido en bandeja ponerse al mando. Sin siquiera proponérselo, de pronto era en el oficial de más alto rango. Así que ordenó la partida, ya que ocurriera lo que ocurriera, a él le beneficiaba: si encontraba a Sotomayor, vivo o muerto, sería mérito suyo, y si no lo hallaba, no habría hecho más que lo correcto y lo que se esperaba de un oficial del rey. De ese modo, demostraba iniciativa y capacidad de liderazgo y hasta el monarca tendría conocimiento de su comportamiento ejemplar. El acuerdo con Pedro Lobo y la promesa de dejarlo en paz en su parte de la isla, había caído de pronto en el pozo del olvido.

El cacique no entendía los pormenores de tan refinado plan, y lo cierto es que tampoco le importaba, pero lo que si comprendió desde el primer momento era lo fundamental: aquel terrible ejército terminaría por llegar al lago y encontrar a los *ucuru*; todo rastro de *La Manada* y de su paso debía ser borrado.

El *bohiti* había empezado su trance con la frase *daca guaraguao* (ahora soy el halcón de cola roja), *El que Habla con el Viento* y, desde aquel primer momento, no dejó de deambular por toda la estancia, dando extraños saltos y representando insólitas posturas con su cuerpo. Primero merodeó alrededor de todos y de cada uno de los presentes, a la vez que *escuchaba* atentamente la conversación del cacique con su dios, después comenzó a *volar* en la inmensidad del cielo abierto y en dirección al mar. Fue narrando su viaje en voz alta, describiendo incluso con total exactitud montañas y valles según los iba *sobrevolando*. Luca traducía mientras Pedro y Otilio escuchaban absortos todo aquello. En un momento, el *bohiti* había narrado fielmente todo el camino que habrían de recorrer desde el lago hasta lo que llamó *Cacibajagua*, la cueva negra, en la que estaba escondido el pequeño barco que habría de servirles para huir de sus perseguidores y que no era otro que el que habían robado tiempo atrás: *La Providencia*. Todo ello estaba siendo relatado con tal detalle que, tanto Otilio como los demás, no podían dar crédito a lo que iba traduciendo Luca. Nadie había hablado a los *ucuru* de aquel lejano incidente ni, muchos menos, del lugar donde estaba escondido y sin embargo el *bohiti* parecía conocerlo a la perfección. Pedro se estremeció al comprender la magnitud del extraño don que estaba exhibiendo aquel pequeño anciano. Tanto sus visiones cómo las del cacique parecían encajar a la perfección. *La Manada* había descartado mucho tiempo atrás poder contar con *La Providencia*, pues se hallaba encallada dentro de una cueva inaccesible y, a todas luces, era como no tener nada pero, por el contrario, el *bohiti* mencionaba la pequeña embarcación, una y otra vez. Todo lo que estaba ocurriendo en aquel lugar era tan extraño y fascinante que terminaron por dejarse llevar, abrumados por lo que estaban viviendo y acatando sin discusión cuanto se estaba decidiendo en su nombre. Aquel pueblo atesoraba un inmenso poder. Los dos ancianos estaban dándoles una lección que nunca olvidarían.

Pedro sintió una punzada en el pecho y, repentinamente, fue sorprendido por una gran corriente de aire. Poco después, se encontraba bajo el cielo abierto, como si en aquella extraña estancia hubiera habido ventanas y estas estuvieran abiertas de par en par. De pronto, percibió un

fuerte olor a salitre, a la vez que se vio bajando de *La Providencia* y hollando otra tierra lejana. La pequeña embarcación estaba medio hundida en la playa y a duras penas se mantenía a flote pero, pese a todo, había conseguido completar su último viaje. Se vio, a sí mismo, alargando su mano para ayudar a bajar a Lucía del pequeño barco, con el convencimiento de que habían llegado a su destino, sanos y salvos. Del mismo modo, presintió algo en la muchacha. En aquel instante lo entendió; Lucía estaba encinta. La contempló con amor, tendida junto a él, con las manos entrelazadas sobre el pecho que bajaba y subía plácidamente en una respiración sosegada. En un gesto espontáneo, su mano se posó en el vientre de su amada, acariciándolo con ternura.

Sin abrir los ojos, Lucía sintió la mano de Lobo sobre su cuerpo y la estrechó con fuerza. Al contacto con la piel de su hombre, el techo pareció abrirse para permitirle ver más allá y, al instante, se vio a sí misma en la cubierta de la nao *Esperanza de Triana*, de pie junto a Antonio, contemplando el suplicio de *Cartujo*. Mientras tanto, y como si fuera capaz de estar en dos sitios distintos a la vez, su *otro yo* consiguió ver a través de la gruesa madera del barco. Vio cómo, en la bodega, el criado mudo del Padre Landa revolvía entre sus pertenencias, para a continuación acercarse a su señor en la cubierta y, una vez a salvo de indiscreciones, poner en sus manos las dos cartas y el pergamino con el mapa que la joven se había obstinado en llevar consigo en el viaje. A continuación contempló con sumo detalle como Landa leía y releía en voz baja, moviendo acompasadamente los labios, los tres documentos y como los memorizaba; mientras, al mismo tiempo, ella y el resto de la tripulación seguían en cubierta presenciando el castigo. Entonces le dio un vuelco el corazón. De pronto lo comprendía todo: el Padre Landa conocía desde el principio su condición de mujer y su auténtico propósito en La Española. Solo así se entendía su extraña conducta protectora en el barco. Aquel fraile escalofriante, también estaba al corriente de la empresa que había emprendido su padre tras un supuesto tesoro y ese era su auténtico interés. En aquel momento entendió con claridad: siguiéndole a ella, terminaría por encontrar a su padre y con él al pueblo que custodiaba el oro. Se estremeció. Se sentía terriblemente culpable. Su falta de cuidado, había puesto en peligro a todas las personas que le importaban en este mundo, incluyendo a los supervivientes de *La Manada* y a todos los *ucuru*. No obstante, recordó las palabras de su padre, días atrás, insistiendo en que el

pergamino que contenía el mapa estaba incompleto y era imposible que nadie encontrara con él el camino al lago. Finalmente consiguió tranquilizarse y fue cayendo en un pesado sopor.

Pudo llegar a sentir hasta el aliento a ajo que despedía aquel cura asqueroso y el sabor de la sangre seca en sus labios insensibles. Páez, tan poco acostumbrado a tomarse la vida en serio, estaba presenciando la peor de las pesadillas. Teresa, la única mujer que había amado en su vida estaba muerta. Acababa de presenciar su tortura hasta el final, sin poder hacer nada por remediarlo, y con tanto realismo que hasta había llegado a compartir su dolor. En ningún momento dudó de la veracidad de lo que acababa de presenciar. Se sentía tan compungido que no era capaz de articular ningún sonido. Las lágrimas recorrían sus mejillas y no podía mover un solo músculo. Apretó los puños con tanta fuerza que pudo sentir hervir la sangre en las palmas de sus manos. Estaba paralizado. Cuando por fin pudo hablar, lo hizo casi para sí mismo.

—¡Cura del demonio! ¡Me las pagarás aunque sea lo último que haga en mi vida! ¡Lo juro!

Antonio contempló con espanto a su familia, cubierta de harapos en Sevilla. Su hijo recogía comida del suelo y se la llevaba a la boca. El niño estaba tan desnutrido que las costillas se marcaban perfectamente en su pequeño cuerpecillo. No muy lejos, su mujer mendigaba en el suelo. Se sintió traicionado y humillado. El gitano no pudo evitarlo, se puso en pie de un salto y gritó de impotencia.

—¡Allá voy, mujer! ¡Nunca debí dejarte sola!

Todos se volvieron hacia él. Era la imagen viva de la desesperación.

Lucía despertó de su trance y toda su felicidad se esfumó de repente. Sufría por Antonio. Sin él nunca habría encontrado a su padre. Se sentía culpable por haberle traído y tenía la firmeza y la determinación de hacer cuanto fuera necesario por ayudarle a volver a Sevilla con su familia, sano y salvo. Estaba en deuda con él.

Hasta en tres ocasiones: el día anterior, la misma mañana de la ceremonia e incluso poco antes de comenzar esta, y con intención de tranquilizarles, Luca había intentado explicar a sus compañeros de ceremonia lo que estaba a punto de sucederles, aunque sin demasiado éxito.

—Hay un mundo más allá del nuestro, un mundo que está lejos pero que a la vez, es también cercano e invisible. Es donde viven los espíritus de los *zemíes*, donde vive *Manoate* y donde viven los que ya no viven, donde todo ha ocurrido ya y donde se posee todo conocimiento. Ese mundo habla de forma que lo podamos entender, directamente a nuestra alma, y la entrada a este mundo sagrado es la ceremonia a la que habéis sido invitados. Es un gran honor vetado a la mayoría.

Y sin duda, el genovés sabía de qué hablaba.

Pesé a que la ceremonia no se realizaba con frecuencia, no era extraño que el *bohiti* o sus ayudantes tomaran la mezcla sagrada. No había ni la más leve sombra de miedo o incertidumbre en su rostro. Esta vez, sin embargo, al concentrarse en las visiones que le mostraba la droga, se vio ya anciano, en el *Ku,* convertido en el nuevo *bohiti* de los *ucuru.* Se había transformado en *Aquel que Habla con el Viento* y administraba con sabiduría el gran conocimiento que le había sido trasmitido. Pero se hallaba solo, pues su recién reencontrada hija no estaba con él. De nuevo, el precio a pagar por perseguir su destino era separarse de quien más quería. Por un instante le embargó la tristeza, tanto que las lágrimas estuvieron a punto de brotar en sus ojos. Sin embargo, aquel era su destino. Lo sabía y lo abrazaba complaciente.

Otilio sudaba a mares. Luchaba contra la droga que se había apoderado de su cuerpo. Había estado en contra de todo aquello desde el principio y había llegado allí a regañadientes. Hacía un buen rato que había dejado de sentir sus piernas. Por el contrario, percibía un fuerte olor a salitre y no entendía por qué, si estaba lejos del mar. Se sentía extraño, estaba inquieto y no paraba de llevarse instintivamente la mano al costado, donde siempre llevaba colgando su daga, hasta que terminó de convencerse de que no la portaba y sin ella se sintió desnudo de verdad. No le importaba enfrentarse a su destino, cualquiera que este fuera. Era un soldado y como tal se había sentido siempre. Estaba teniendo extrañas visiones, inconexas y, al contrario que sus compañeros,

en vez de dejarse llevar por ellas, las expulsaba de su mente una y otra vez. Luchaba contra los efectos del narcótico, pues seguía empeñado en tener *los sesos en su sitio* y para ello se aferró a sus recuerdos: su Toledo natal, la primera vez que navegó, cómo se hizo soldado y cuando se embarcó rumbo a La Española, la rebelión junto a *Lobo* y luego *La Manada* y, sobre todo, la imagen de Rosario, *La Brava,* yaciendo con él. Por fin, tras varios intentos, consiguió caer en un profundo sueño sin haber llegado a cruzar el camino.

¿Cuánto tiempo habían dormido? Solo el anciano *bohiti* hubiera podido contestar a esa pregunta, si hubiera tenido el mismo concepto del tiempo que la de sus compañeros europeos de *viaje*. El hecho es que fueron despertando, más o menos a la vez. A pesar de ciertas molestias, como nauseas o dolor de cabeza todos se encontraban bien. Poco a poco, se volvieron a sentar en torno al *zemí* de *Manoate* y una vez estuvieron todos posicionados, el cacique les recordó la conversación que había mantenido con su dios. Luca fue traduciendo, mientras el *bohiti* les miraba con gesto grave.

Por si anteriormente no había quedado lo suficientemente claro, el cacique ya no dejó ninguna duda. Para no poner a su pueblo en peligro, todo europeo, hombre o mujer, debería marcharse, con la sabida excepción de Luca. Eso incluía también a los negros cimarrones. Los niños, así como todos los taínos, podían quedarse, ya que para ellos, el lago seguía siendo un hogar seguro. Unos y otros podrían mezclarse con los *ucuru* sin riesgo a ser descubiertos. Con aquella decisión, que para entonces ya nadie cuestionaba, *La Manada* quedaba disuelta para siempre. Pedro y Otilio cruzaron una mirada de asentimiento tras calcular que el número de personas que deberían irse era realmente pequeño. Aun así, la oportunidad de seguirles quedaba abierta a todos, por lo que si alguno de los taínos quisiera acompañarles era libre de hacerlo. No obstante, la partida no podía demorarse, tanto el cacique como el *bohiti* habían insistido en ese punto. Por todo ello, debería celebrarse una última asamblea aquel mismo día. Sus rostros reflejaban contrariedad. La mayor parte de su gente había encontrado por fin un lugar seguro donde echar raíces, puesto que habían sido aceptados sin reservas entre aquel pueblo elegido. Los demás, unos pocos entre los que estaban incluidos casi todos los allí presentes, deberían seguir su camino. Sin embargo tuvieron la

certeza de que, aunque separados, todos, unos y otros, iban a estar a salvo y eso era lo más importante.

Tras los dos *ucuru*, uno a uno, los demás fueron contando su experiencia con mayor o menor detalle. El cacique y el viejo *bohiti* les escuchaban con gran atención, y con la ayuda de Luca, parecían comprender todos los detalles, incluso los más íntimos. El cacique se refirió a Antonio como *Espíritu Noble* y le animó a regresar con su mujer y su hijo, asegurándole que ambos estarían esperándole sanos y salvos. El gitano no había tenido sosiego alguno desde sus *visiones*, sin embargo, para aquellos dos ancianos le aseguraban que iba a llegar a tiempo de ocuparse de su familia. Antonio, les terminó creyendo y por fin consiguió relajarse un poco, buscó un rincón solitario y lloró en silencio.

Pedro y Lucía relataron sus experiencias, pero ambos evitaron referirse al embarazo de Lucía. No obstante, ignoraban si los dos ancianos estaban al corriente, ya que eran ciertamente sorprendentes.

Páez también había cambiado. Parecía ser otra persona y su semblante reflejaba una honda amargura. El cacique le llamó *Alma Atormentada* y acertó de pleno, porque lo único que cruzaba por la mente del gallego era vengarse.

Tan solo Otilio se mostró reacio a compartir su experiencia y aseguro no haber sentido nada especial. Pesé a la insistencia de sus compañeros, repitió que se había dormido casi desde el principio y que su sueño había sido normal. Nadie le creyó.

Tras salir del *caney*, lo primero que hicieron fue reconocer su admiración por el enorme poder de aquel pueblo, que tenía la potestad de conocer el pasado, lo que estaba sucediendo en más de un lugar en el mismo momento y también el porvenir. Ya no les sorprendía que fueran tan temidos y respetados por sus vecinos y estaban francamente asombrados por lo que acababan de vivir. Todos ellos tenían la certeza de que les habían estado esperando desde hacía semanas y de se les había estado esperando, y por alguna razón que ignoraban, formaban parte del destino de aquellas gentes. Nada más pensar en ello, Lucía sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

—Estamos en sus manos —pensó en voz alta.

Sus compañeros asintieron. La joven había expresado en una sola frase el pensamiento de todos.

—Estamos en sus manos —repitió—. Pero no creo que por ello corramos ningún peligro.

Sus compañeros pensaban igual. Ya no eran dueños de su destino ni podían elegir. Formaban parte de algo superior, una especie de gigantesco plan del que eran meros espectadores y al que solo podían asistir con sumisión. Después de aquello, no hubo nadie que cuestionara ninguna de las decisiones que se habían tomado dentro del *caney*, incluyendo la de disolver *La Manada*. No había nada más que añadir, debían marcharse de allí cuanto antes.

Otilio, que no había abierto la boca desde que salió del *caney*, permanecía impávido. Corrió a vestirse y a ponerse sus armas, pretendiendo por ello sentirse mejor. Acto seguido fue a buscar a Rosario, para los demás *Rosa La Brava,* con el propósito de olvidar el amargo recuerdo que le había dejado aquella condenada droga. En aquel momento, solo pensaba en yacer con ella y seguro que no iba a tener que esforzarse mucho para convencerla.

Pedro se separó de Lucía y se aplicó en reunir a su gente. Ordenó a Páez convocar en asamblea a *La Manada*.

Luca tocó el hombro de Lucía y le hizo una seña para que le siguiera. Necesitaba mostrarle algo y tenía el tiempo justo antes de que el sol estuviera en su zenit. Le hizo subir a una pequeña canoa donde esperaba un remero que, sin pérdida de tiempo, dirigió la pequeña embarcación hacia el islote del lago.

No cruzaron palabra alguna durante el trayecto. Pasaron sobre la *montaña de oro* mientras el sol brillaba de modo exultante, reflejando su estela con generosidad bajo la superficie. Nunca le había dado ningún valor al dinero y ahora no iba a ser diferente. Ambos continuaron en silencio su pequeño viaje, inmersos en sus propios pensamientos.

Cuando la canoa alcanzó por fin la orilla, desembarcaron dejando al remero en la playa. Luca, tomó a su hija de la mano y tiró de ella en dirección al pequeño *Ku*, el templo donde todos creían que se guardaba el tesoro de los *ucuru*. Para Lucía la existencia del tesoro representaba, en realidad, el mayor de los peligros, capaz de atraer al lago a hordas de buscavidas que harían desaparecer a

aquel pueblo en un abrir y cerrar de ojos, sin olvidar al ejército, ya en camino, y al mismísimo Gobernador. Eso es lo que de verdad le inquietaba, el poder del oro, que cambia voluntades y vuelve locos a los hombres. Pero quien de verdad le producía auténtico pánico era el padre Landa, al que también creía en camino y dispuesto a todo. También temía por su padre, quien ya había manifestado la voluntad de quedarse y por toda *La Manada*. Pero, al franquear la entrada del pequeño templo, sus ojos se abrieron de puro asombro. El lugar estaba totalmente vacío. Solo quedaban las paredes vanas. Todo el tesoro, junto con cualquier indicio de que allí pudiera haberse guardado una sola onza del codiciado metal, había desaparecido por completo como por arte de magia.

Luca sabía que no iba a volver a ver a su hija nunca más y por eso mismo, se había propuesto no cometer el mismo error por segunda vez. En esta ocasión no solo se despediría de ella, además quería tranquilizarla. Para él, era imprescindible hacer desaparecer en Lucía cualquier clase de temor por los que iban a quedarse en aquel lugar y tenía que conseguirlo en el poco tiempo que les quedaba. En cuanto a él, nada en el mundo le iba a hacer cambiar de idea. Hacía tiempo que su decisión estaba tomada. Deseaba ver partir a su hija libre y en paz, pero sentía un inmenso penar por la inminente separación.

Sin embargo, Lucía seguía preocupada, en España por mucho menos, podrían haber acabado todos en la hoguera. La magia que habían exhibido los *ucuru* era muy poderosa y dentro de ellos, su propio padre tenía un papel muy destacado. Incluso, en ocasiones, se comportaba como si fuera el mismísimo *bohiti*. El hecho mismo de llevar a Lucía a la isla del lago, no había sido más que una demostración de poder.

—Lucía, has de saber algo más.

La joven miró a su padre en un hito y le invitó a continuar.

— Ese religioso que viste en tus visiones y al que tanto temes, no encontrará nunca el camino hasta el lago. Te doy mi palabra de que jamás conseguirá atravesar la selva y llegar hasta aquí. Ahora camina en círculos por la selva, sin siquiera sospecharlo.

Lucía no  respondió. Su padre no dejaba de sorprenderle. Estaba maravillada por el poder que demostraba aquel pueblo, una y otra vez. Sin embargo, aquella extraña revelación había terminado por llevar el sosiego que ansiaba su alma. Aun así tenía preguntas que hacer.

—¿Y el ejército? ¿Y mi tía?—inquirió la joven.

—El hecho de permitirles entrar fue un error que todos pagamos caro, ella incluida. En cuanto al ejército, es mejor que lleguen hasta aquí y que lo que encuentren no tenga atractivo alguno para ellos.

—¡Pero es muy arriesgado!

—Nuestro poder no es ilimitado, un ejército como ese terminaría encontrándonos tarde o temprano, es mejor que nos conozcan y que piensen que somos inofensivos... y pobres.

—¿Y tú, padre? No eres indígena. ¡Podrían descubrirte!.

—Lo seré a sus ojos  —dijo por toda respuesta el genovés.

Pero a pesar de la parquedad en palabras, había conseguido tranquilizar a su hija.

No era fácil pero, Lucía se había dado cuenta. En aquellos pocos años, su padre había desarrollado un inexplicable estado de iluminación. Irradiaba una gran seguridad y todo aquel potencial se había puesto al servicio de una única causa: la supervivencia del que ahora era su pueblo. Lucía solo podía maravillarse de aquella transformación y se mostraba feliz de que, por suerte, el futuro de aquellas gentes estaba en las mejores manos posibles. Una vez allí el ejército, los *ucuru* sabrían manejar aquella situación y cuantas vinieran detrás. Sentía una pena infinita por dejar allí a su padre y a casi toda su gente, y aceptaba aquella decisión como inevitable, pero ahora estaba segura de que no habría en el mundo un lugar mejor para *La Manada* que con el pueblo del lago.

Durante el breve viaje de regreso a la ciudad, Lucía tuvo de nuevo la tentación de pedirle a Luca que se fuera con ellos pero, tras mirarle a los ojos una vez más, entendió que habría sido inútil. Doloroso e inútil. Todo debía seguir su curso, así estaba decidido.

Para cuando regresaron a la orilla, el sol se encontraba en lo más alto. Se dirigían a la asamblea cuando el genovés detuvo su caminar. A Lucía un le aguardaba una sorpresa más. Sin mediar palabra, su padre le entregó un desgastado zurrón que escondía una pequeña caja.

—Este es el auténtico tesoro del Nuevo Mundo —dijo solemne—. Es el legado de los *ucuru* y te será muy útil llegado el momento. Nadie debe saber que te lo he dado. No lo abras ni se lo enseñes a nadie, ni siquiera a Pedro, hasta que hayáis abandonado La Española. ¡Júralo!

Lucía no sabía de qué se trataba pero, confiaba en su padre lo suficiente para saber que este había tomado una decisión que llegado el momento entendería. No tenía dudas de que lo que estaba haciendo, fuera lo que fuera, era para protegerla. Así que le sonrió sin reservas.

—Se hará como deseáis, padre.

Luca besó a su hija en la frente. La joven, cerró el zurrón y se lo colgó al hombro. Al momento, ambos habían reanudado el paso en dirección a la asamblea. Al genovés le quedaba algo más que hacer antes de la partida.

El gallego estaba cerca de la playa, ayudando a un *ucuru* a vaciar un tronco de árbol para transformarlo en una canoa. El marinero estaba tan afanado en su labor, que no se percató de la llegada del genovés y siguió sin apartar la mirada del tronco ni cuando este llamó su atención.

—Debo hablarte —dijo Luca—. Tengo que darte una noticia.

El tono que había utilizado era misterioso y el gallego terminó por detener sus golpes. Se incorporó y le miró fijamente.

—¿Qué noticia es esa? —exclamó el marinero secándose con el dorso de la mano el sudor que perlaba su rostro.

—Se trata de quien tú ya sabes.

La mirada del gallego se tornó expectante. Había captado su atención.

—Ese cura que os persigue…

—¡Le mataré! —bramó Páez—. Por todos los santos del cielo que daré con él y le haré pagar por lo que le hizo a Teresa.

—No hará falta. Ha olvidado su nombre —sentenció Luca.

El genovés giró sobre sus talones y comenzó a alejarse.

—¿Qué es eso de que olvidó su nombre, *carallo*? —inquirió el marinero a su espalda.

—Significa que ha enloquecido. Está pagando por sus pecados y nadie volverá a saber de él.

Durante unos instantes, ninguno de los dos hombres dijo nada.

—Pero, eso no es estar muerto —exclamó el gallego con una sonrisa amarga.

Luca le miró unos instantes. En sus ojos había un pozo de comprensión. Él también habría matado con sus propias manos si alguien hubiera asesinado al amor de su vida. Se acercó a Páez y le puso sus manos sobre los hombros.

—No, no es estar muerto. Pero hay cosas infinitamente peor que la muerte, gallego —dijo con rotundidad.

Había nubes de tormenta y se había levantado un gran viento. En la orilla del gran lago, aguardaban los supervivientes de *La Manada* junto al cacique y el *bohiti*. Luca y Lucía habían sido los últimos en llegar a la asamblea. Cuando le pareció que había llegado el momento, Pedro se situó en el centro. Tras lo cual se hizo el silencio. La expectación era máxima. La voz de Lobo atronó con el lago como único testigo.

—¡Queridos hermanos! Esta es una asamblea de *La Manada*, pero lo que tenemos que decidir también atañe a los *ucuru* y por eso está aquí el cacique, en calidad de máximo dirigente de este pueblo que nos ha acogido como a iguales. Os he convocado porque hemos sabido que, al contrario de lo que se nos prometió, el ejército se dirige hacia aquí y no sabemos con qué intenciones. Nuestra seguridad y la de los propios *ucuru* está en peligro.

Un gran murmullo se apoderó de la asamblea. Pedro pidió silencio con sus manos. *Rosa La Brava* irrumpió, tal y como habitualmente solía hacer.

—¡Les combatiremos!

Hubo gente que vitoreó la ocurrencia. Pedro volvió a pedir silencio.

—¡Y perderemos! Y tendremos que volver a escapar y éstas gentes perderán su hogar y tal vez sus vidas.

—¿Tenemos que irnos? —preguntó otra voz.

—No todos. Los taínos y los niños podrán quedarse. Pasarán por *ucuru* sin ningún esfuerzo. Los demás nos iremos al amanecer y no deberá quedar ningún rastro de nuestro paso por esta tierra. Así engañaremos al ejército y a quien pueda venir después, incluidos los buscadores de oro.

Los *ucuru* están del todo de acuerdo y además, para entonces, todo rastro de oro se habrá evaporado por completo. El ejército no encontrará aquí nada ni a nadie que les interese.

—¡Son nuestros hermanos, no podemos abandonarles! —gritó una voz.

—Creedme, es lo mejor para unos y otros. —insistió Lobo.

—Pero, ¿y *La Manada*?

Pedro sintió una punzada de dolor. La congoja le estaba jugando una mala pasada, pero era necesario que lo dijera de una vez por todas. Se lo debía a todos y cada uno. Así que llenó de aire sus pulmones y grito con fuerza.

—¡Ya no existe *La Manada*! Mañana al amanecer, nos iremos unos pocos para que el resto pueda vivir en paz. Es un buen arreglo, unos pocos por casi todos.

Luca tradujo las palabras de Pedro Lobo a los *ucuru*. . El anciano *bohiti* susurró algo al oído del genovés, que a su vez interrumpió a Pedro.

—El *bohiti* quiere recordarnos que *Manoate* nos protegerá a todos.

No es que los miembros de *La Manada* creyeran mucho en todo aquello pero, para entonces, habían visto demasiadas cosas inexplicables en aquel lugar y cualquier ayuda sería bien recibida.

Aquella interrupción sirvió para relajar los ánimos y una vez más calmado Pedro dictó su última orden como jefe; la más dolorosa de todas.

—¡Al amanecer, será forzoso que todo miembro de *La Manada* que no sea natural de la isla se vaya de aquí. En cuanto al resto, cada uno puede hacer lo que quiera. Pero os ruego a todos que os quedéis. Así será mucho más fácil para los que debemos irnos —El cabecilla hizo una pausa—. Por vuestra seguridad nadie sabrá hacia donde nos dirigimos. El resto del día lo dedicaremos a despedirnos. No habrá ninguna celebración.

Un persistente murmullo se apoderó de los instantes siguientes. Poco a poco, algunos indecisos fueron convenciéndose a regañadientes. De repente y como una premonición, comenzó a llover y la asamblea se disolvió en silencio.

Así, el grupo que iba a partir quedó configurado. En total eran quince personas, incluyendo los dos negros cimarrones supervivientes, tres mujeres taínas que no querían separarse de sus

hombres y ocho españoles entre hombres y mujeres, a quienes había que añadir dos guías de los *ucuru*.

Tras la asamblea, el *bohiti* insistió en reunirse con el ya pequeño grupo de viajeros, con el propósito de mostrarles el camino.

El plan era dirigirse hacia el sur, atravesando la selva hasta alcanzar la costa y, una vez allí, buscar el acantilado donde estaba *Cacibajagua*, la cueva negra donde fue escondida *La Providencia*, que, según insistía el *bohiti*, se encontraba en condiciones de navegar. Una vez alcanzado el lugar, los guías podrían regresar, pues ya habrían cumplido su cometido. El resto, intentaría sacar el barco de la cueva, poniendo rumbo a levante hasta que ya no fuera seguro continuar. Entonces Antonio y Páez tendrían que desembarcar y continuar a pie. Una vez en Santo Domingo tratarían de subir a bordo del primer barco que partiera hacia Sevilla.

Mientras tanto los demás, abandonarían la isla para siempre a bordo de *La Providencia*.

Con las explicaciones del *bohiti*, Pedro y Otilio confeccionaron una especie de mapa y trazaron la ruta a seguir. Calcularon la distancia hasta cuatro veces, pero no había ningún error. Sorprendentemente, desde el lago hasta la cueva no había más de doce leguas, eso sí, atravesando vaguadas, bordeando precipicios, ríos y torrentes que añadían al recorrido una dificultad extra pero, con todo ello, estaban mucho más cerca de lo que pensaban. A pie, cinco o como mucho seis jornadas.

Así que el grupo quedó constituido por Pedro, Otilio, Mauro (uno de los negros cimarrones), *Rosa La Brava*, Lucía y Antonio, Páez, los dos guías de los *ucuru*, llamados Jumacoex y Oromabo, Fidel (el otro negro) y los otros dos militares españoles supervivientes, Leandro Córdoba y Esteban Hidalgo, junto a las mujeres taínas de éstos tres últimos: Tanama, la compañera de Leandro a la que llamaba Alba por su significado en castellano, y Susana, la mujer de Esteban. Los niños de *La Manada* quedaron con sus madres, todas ellas taínas. Aunque en principio hubo muchos voluntarios para unirse al pequeño grupo, terminaron por aceptar lo inevitable. El razonamiento de Pedro Lobo de que solo un grupo reducido tendría una oportunidad se había impuesto.

A media tarde, el sol comenzaba a sumergirse en las brillantes aguas del inmenso lago, mientras los cantos nocturnos de la selva se alzaban como telón de fondo. Antonio vio acercarse a

Lobo y a Lucía y les esperó con los brazos en jarras. Al llegar a su altura, Pedro le tendió un pequeño saco.

—No es todo lo que mereces por haber cuidado de Lucía pero hay más que suficiente para comenzar de nuevo en España.

El gitano abrió la talega y miró en su interior. El brillo dorado le hizo exclamar un juramento.

—¡Ozú, pero esto es mucho!

—Los *ucuru* han escondido todo su oro por si el ejército aparece de verdad. Este es el nuestro, así que ese saco te convierte en el más rico de por aquí —bromeó Pedro mostrando una sonrisa afable.

—No puedo aceptarlo —respondió Antonio.

Lobo rechazó el costal que le devolvía el gitano.

—¡Puedes y debes! Tú ya has hecho todo cuanto estaba en tu mano. Has cuidado de Lucía y a fe mía que no hay nadie en el mundo entero que lo hubiera hecho mejor. Lo que vaya a pasar a partir de ahora ya no es cosa tuya. Tienes una familia al otro lado del mar que te espera y te necesita, así que regresa con este oro y no les faltará de nada. Debes aceptarlo en nombre de *La Manada*, todos estamos de acuerdo.

Las lágrimas afloraron en los ojos del gitano que guardó el pequeño saco entre sus ropas.

—¡Que Dios te lo pague!

—Guárdate las cortesías para la civilización, gitano —rió Lobo estrechando al calé con honda alegría.

Lucía dio un tímido paso hacia delante sin decir nada y los tres se abrazaron con fuerza.

—Y ahora, *tito*, ¿qué es lo que te ronda la cabeza? —dijo—. Nos conocemos hace demasiado tiempo y sé que desde que llegamos este lugar hay algo que te atormenta.

El gitano se mesó los cabellos y lanzó una mirada al cielo. Al bajar los ojos, les abrió su alma.

—¡Brujería! ¡Todo esto es brujería, Pedro! ¿Te has fijado en mi compadre Luca? Cada día que pasa se parece más a los indios con los que vive ¡Y ha terminado por convertirse en una especie de cura de ellos! Ya no es ni cristiano. ¡Lucía, tu padre está embrujado! Te lo dice un gitano.

Además de por su propia familia, Antonio también estaba preocupado por Luca y por fin se había atrevido a reconocerlo. Sin embargo, tanto Pedro como Lucía sentían que Luca pertenecía a aquel lugar.

—Yo no le conocí en España, como vosotros —dijo finalmente Lobo—. Pero si su propia hija ha aceptado aquello en lo que se ha convertido, tú y yo deberíamos hacer lo mismo. Respetemos su decisión.

—Hay que devolverle a su ser. ¡Debe acompañarnos y regresar a Sevilla! —negó con vehemencia el calé.

—¿Venir con nosotros? —inquirió Lucía— No. Mi padre no va a regresar a Sevilla jamás, porque ahora este es su hogar. ¿Es que no lo ves, *tito* Antonio? Por mucho que me duela decirlo y aunque con solo pensar en ello se me parta el corazón, es inevitable. Cada uno tiene que seguir su propio camino y el de mi padre es quedarse en este lugar, entre los que ahora son los suyos. Pero no estés preocupado por él, aquí será feliz porque es aquí donde ha encontrado su destino. Por eso debes alegrarte por tu amigo pero también por mí ya que, si no hubiéramos venido a buscarle, Pedro y yo no habríamos llegado a conocernos. En lo que a ti respecta, puedes estar satisfecho porque al fin dimos con mi padre, *tito* Antonio. Era casi imposible y lo encontramos. No dudes ni por un momento de que todo cuanto hemos hecho ha valido la pena. Y en cuanto a mí, yo nunca te lo podré agradecer bastante.

Lucía tragó saliva y le dedicó una amarga sonrisa antes de continuar.

—Ahora solo debe preocuparte volver cuanto antes a Sevilla con tu mujer y tu hijo. Mañana partiremos juntos, pero en unos días nos diremos adiós y quién sabe si algún día volveremos a vernos, así que no desaprovechemos el tiempo que nos queda.

Las palabras de Lucía sonaron como una sentencia y al hacerlo, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Tal vez tengas razón, pero no me gusta!

—Yo también estaré bien, *tito*. Además, tengo quien vele por mí —la joven sonrió aferrándose a la mano de Lobo.

—¡Más te vale, Pedro! O juro que regresaré desde España y ¡qué Dios te coja confesado! ¡Cuida bien de ella o sabrás como se las gasta un gitano!

Fue una noche triste. Todos sabían que lo que iba a pasar era lo mejor para unos y otros, y por ello lo aceptaban, pero un gran penar se había terminado adueñando de sus almas. Lo habían compartido todo y ahora iban a separarse para siempre. Nadie hablaba. Cuando alguien de los que se quedaba se encontraba con alguno de los que iban a partir, simplemente se abrazaban. Las mujeres lloraban en silencio y los hombres cuando creían no ser vistos. Aquel iba a ser el amanecer más amargo.

A Lucía le hubiera gustado tener más tiempo para asimilar cuanto había acontecido en los últimos días. Sentada junto a Pedro, apretaba su mano con ternura mientras miraba el fuego de la hoguera, alrededor de la cual se había sentado un pequeño grupo. Ni por un momento podía quitarse de la cabeza que, tras haber conseguido encontrar a su padre, debían separarse nuevamente. Aunque su determinación era firme, le embargaba la tristeza. En cuanto a ella, se iba con su hombre, quien había regresado de la muerte, llevando además en su vientre el fruto de su amor. Sumida en aquellos pensamientos, vio acercarse a Oromabo, el *ucuru* con quien desde el primer momento había cultivado una tierna amistad.

Era poco más que un crío, aunque aparentaba ser mayor. Desde un principio había demostrado sentirse atraído por Lucía, y tras la vergüenza inicial, terminó por acercársele. Aquello había impresionado sinceramente a la joven, que tras las exóticas facciones del muchacho, había percibido un corazón realmente puro, incapaz de ocultar nada. En los días que habían pasado juntos, aprendió palabras en castellano, mientras que él, por su parte, le enseñó como imitar el canto de algunas aves o trenzar cuerdas a la manera de los *ucuru*. En aquel breve espacio de tiempo, habían llegado a ser buenos amigos. El chico se sentía fascinado con la joven mientras que para ella, él muchacho era algo así como el hermano pequeño que nunca tuvo. Cuando junto a Jumacoex fue designado por el cacique para guiarles hasta el mar, a ambos les inundó una gran alegría.

Oromabo se le aproximó con una sonrisa pintada en el rostro, mostrando una jovialidad pura y transparente. ¡Qué diferentes podían resultar aquellas gentes de los taimados europeos! Lucía le

devolvió la sonrisa con un gesto mimético y se puso en pie para saludarle. Desde el primer instante, la joven se dio cuenta que aquella visita tenía un propósito. El chico se mostraba nervioso y un ligero rubor poblaba sus mejillas. Por fin, azorado y sin mediar palabra, puso ceremoniosamente sobre el delicado cuello de Lucía un sencillo collar hecho de pequeñas piedras de colores, tras lo que escondió la cabeza en el pecho esperando algún tipo de respuesta. La joven acarició el collar con sus dedos y lo observó con detenimiento. Le llamó la atención la sencillez de aquel modesto presente, y no pudo menos que imaginar el cariño con el que el muchacho lo había hecho. Instintivamente, se quitó el pañuelo, con el que solía cubrir su cabeza y que ahora lucía en su brazo, y lo anudo alrededor del cuello del joven. Nada más sentir tu tacto, Oromabo inspiró su aroma y sonrió. Para él, era el mayor presente que le podían haber hecho y como tal, lo exhibió con orgullo. Acto seguido, se despidió hasta la salida del sol. Mientras se alejaba no pudo reprimir una sonrisa de oreja a oreja.

—¡*Carallo*! —exclamó Páez que contemplaba la escena a unos pasos de distancia—. El rapaz se enamoró de ti.

Todos prorrumpieron en carcajadas.

En medio de la tristeza por la partida, aquel pequeño gesto había conseguido devolver la sonrisa a todos los presentes.

A Luca le quedaba una última cosa por hacer. Necesitaba estar a solas con Antonio. Estaba en deuda con él y todavía no había tenido la oportunidad de darle las gracias, y con ese propósito fue a su encuentro. Lo encontró solo, sentado en un rincón y meditabundo mientras la oscuridad extendía su manto oscuro en la ciudad.

Nada más ver a su antiguo jefe, Antonio se puso de pie de un salto.

—¡Compadre Luca!

—¡Antonio, hermano!

Ambos se fundieron en un interminable abrazo. No hablaban. Solo se susurraban palabras inconexas.

—¡Te debo tanto! ¡Me has traído a mi hija!

—Así te puedo devolver algo de lo que me diste —dijo con orgullo el calé.

—¡Amigo mío!

Cuando por fin se serenaron, se dieron cuenta del revuelo que habían causado entre los presentes, ya que solo unos pocos conocían el fuerte vínculo que les unía. Se sintieron algo incómodos y ambos prefirieron caminar. Apenas hablaban porque tampoco había mucho más que decir. Solo disfrutaban de su amistad por última vez.

Justo al despedirse y sin mediar palabra, Luca entregó un documento al gitano y le guiñó un ojo. Antonio lo leyó y comprendió enseguida. Por aquel escrito, le nombraba socio de su empresa exportadora y le cedía algunos bienes que estaban a salvo de la ruina, convirtiéndole en dueño de lo que quedaba. Pese a su condición de gitano, desde aquel momento ya era un hombre libre.

Lucía les vio a lo lejos y sintió una punzada en su interior, a la vez que un gran alivio. No era sino una antigua deuda que por fin había quedado saldada.

.

Por fin llegó el amanecer y hubo más lágrimas que palabras en aquella larga despedida. Salvo los niños, nadie había conseguido dormir. Los abrazos y sollozos se prolongaron hasta el último momento anterior a la aurora, hasta el mismísimo instante en el que Pedro, por fin, en cabeza de la pequeña comitiva, dio la señal de partida y el pequeño grupo se puso en marcha. Lobo, con el gesto grave, miraba al frente.

Su paso era regular, incluso marcial, aunque de buena gana hubiera echado a correr ya que estaba deseando salir de allí cuanto antes. El resto del grupo le seguía en silencio encabezado por Lucía, que se encontró con su padre por última vez. No se detuvo. No lo hubiera soportado. Tal y como había quedado establecido, Pedrito quedaba al cuidado personal de Luca. Ambos permanecían juntos al paso de la comitiva y para despedirse, los dos le hicieron con la diestra un gesto. Fue un instante fugaz, Lucía no se había fijado hasta entonces, pero al saludar, pudo ver en el antebrazo del muchacho una marca de nacimiento. La forma de aquel antojo era demasiado parecida a algo visto en muchas ocasiones durante los últimos días. La mancha era una fiel representación de como los *ucuru* representaban a *Manoate* en sus toscas pinturas. El destino de aquel joven parecía claro. Lucía sonrió para sí. Todo encajaba.

Los miembros de *La Manada* y los *ucuru* flanqueaban el camino y les jaleaban, algunos incluso les acompañaron hasta lo alto de una loma. Entonces, y  a una señal de Pedro Lobo, se detuvieron. No era bueno prolongar el sufrimiento. Pedro apretó el paso sin mirar atrás y rezó para que los demás siguieran su ejemplo. Caminó a la cabeza del grupo, evitando que nadie, ni siquiera Lucía, le viera, pues las lágrimas caían profusamente por sus mejillas. Por su mente desfilaban los rostros de todos y cada uno de los miembros de *La Manada* y que habían quedado grabados en memoria para siempre, tanto los que habían sobrevivido como los que no lo consiguieron.

Y así fue como el grupo que les seguía se detuvo en lo alto de la pequeña colina y permaneció allí hasta que perdió de vista a los que partían. Lucía se volvió una última vez para ver a lo lejos, en lo alto del montículo, a su padre abrazando al chico. Ella también se abrazó a Pedro pero no le dijo nada. A lo lejos el sol comenzaba su ascensión y el camino que les aguardaba todavía parecía más lejano y difuso.

Tras cuatro agotadoras jornadas atravesando aquella vegetación interminable, padeciendo una humedad y un calor sofocantes, y con la desagradable y siempre presente compañía de los mosquitos, el pequeño grupo seguía avanzando sin dejarse vencer por el desanimo, sabiéndose cerca de su destino. En ocasiones, durante la marcha, no habían tenido más remedio que retroceder tras toparse con obstáculos que les impedían continuar, como barrancos sin fondo o torrentes infranqueables pero, una y otra vez, terminaban encontrando el camino. La selva se les presentaba inabarcable, desafiante y altiva, plagada de recovecos en los que la muerte les acechaba continuamente. La víspera, los dos guías de los *ucuru* se habían adelantado a reconocer el terreno. Desde entonces, no habían tenido noticia alguna de ellos y la espera empezaba a inquietarles. Por fin, al alba, Pedro decidió levantar el campamento, confiando en encontrárselos por el camino.

Páez había conseguido cazar un par de aves con el lanza-venablos, al que tanto se había aficionado en las últimas semanas. Así consiguieron variar un poco la dieta a base de pan *cazabí* y pescado seco a la que parecían irremediablemente condenados, dado que la fruta que transportaban había terminado por podrirse por la extrema humedad reinante. Las posibilidades de encontrar algo comestible eran mínimas en el territorio que estaban atravesando y que irónicamente destilaba tanta vida. Por el contrario, el suministro de agua estaba garantizado gracias a los numerosos torrentes y arroyos que encontraban por doquier. Pedro, Otilio y Leandro, caminaban al frente del grupo, unos pasos por delante del resto, haciendo conjeturas sobre la distancia que aun les podría quedar por recorrer. Todos ellos soportaban la opresión del infierno verde que les rodeaba y sentían la necesidad de salir cuanto antes de aquel lugar inhóspito.

—A este paso y si tenemos suerte, no nos quedan menos de dos jornadas —Otilio había sido el último en calcular la distancia que les quedaba.

—Eso, si no nos retrasamos todavía más. Sin guías vamos a ciegas —reconoció Pedro sin tener muy en cuenta el cálculo de su amigo—. Creíamos haberlo visto todo que la isla ya no tenía secretos para nosotros y, por el contrario, esta selva nos está dando una nueva lección de humildad.

Por toda respuesta, Otilio lanzó a su camarada una mirada de asentimiento y tragó saliva. Sin embargo, la dureza del camino no había supuesto ninguna sorpresa para él. Giró el rostro hacia atrás y sus ojos se detuvieron en el resto de sus compañeros, que les seguían en la distancia. Tras permanecer unos instantes callado, por fin rompió el silencio.

—¿Crees que las mujeres aguantaran esta marcha? Ni a nosotros mismos nos resulta fácil.

—Están tan agotadas como nosotros pero, jamás subestimes a una hembra de *La Manada*, Otilio —respondió Pedro tras poner la mano en el hombro de su amigo y dando la conversación por zanjada.

Sus pensamientos se concentraron en Lucía. Si tal y cómo las visiones le habían augurado, la joven estaba encinta, su deber era procurarle un destino mejor que el de vivir con una banda de proscritos. Sin duda, el futuro les estaba brindando la oportunidad de rehacer sus vidas y no pensaba dejarla escapar. La voz de Leandro le sacó de su ensimismamiento.

—Me acuerdo de La *Providencia* como si hubiera sido ayer y de cómo la robamos. Aquella noche no las tenía todas conmigo y casi me meo encima cuando Otilio maniobró el timó.

Los tres prorrumpieron en risas. La referencia a la pequeña embarcación y lo que les aguardaba tras llegar a ella les trajo la cuestión que habían ignorado intencionadamente hasta entonces. Finalmente, fue Leandro de nuevo quien expresó en voz alta lo que pensaban los demás.

—¿De verdad esperáis encontraros el barquito en condiciones de navegar, tal y como os dijo ese brujo? No sé que pensáis vosotros, pero por lo que yo recuerdo es imposible sacarla de aquella cueva.

—Nos han jurado que así será —exclamó Lobo comprobando que el resto del grupo estaba a suficiente distancia—. Aunque yo también tengo mis dudas, pero debemos seguir adelante. Si te soy honesto, ahora me inquieta bastante más salir de aquí cuanto antes. Estoy deseando ver el mar, y entonces ya veremos si el barco está en condiciones de zarpar o no.

Los tres enmudecieron. Las palabras de Lobo no podían ser más ciertas. Su principal problema en aquellos momentos era salir de aquella trampa de vegetación asfixiante y oscuridad, sin embargo, había algo que el cabecilla sentía como una amenaza. Lanzó una resuelta mirada hacia

atrás para cerciorarse de nuevo que el resto del grupo no podía escuchar sus palabras y habló a sus dos compadres en tono quedo.

—Hay algo que me escama. ¿Por qué no han regresado aun los guías? No me gusta. No me gusta nada.

—Descuida, Pedro —repuso Leandro —Nadie nos sigue. A estas alturas, el ejército ni habrá llegado aun al lago.

—Se habrán desorientado en esta maraña y al no dar con nosotros habrán acabado por regresar al lago —sentenció Otilio—. En cualquier caso no andamos perdidos. Si hemos hecho bien los cálculos, mañana mismo, veremos el mar y, si esos dos han decidido volver con su gente, no se lo reprocho. Yo habría hecho lo mismo.

—Tal vez tengáis razón, pero me parece imposible que se hayan perdido en la selva. Si algo sabe esta gente es orientarse en este terreno. Y ¿qué hay de ese chico?, Oromabo. No se marcharía nunca sin despedirse de Lucía. No. No es su forma de proceder.

Pedro tenía un mal presentimiento y si algo había aprendido con los años, era a tener el instinto bien afilado y también a hacerle caso. Y ahora, este le aguijoneaba buscando una explicación.

En cualquier caso, no podían hacer nada excepto seguir avanzando hacia el sur y confiar en encontrarse de frente a los dos guías antes de llegar a la costa. A partir de aquel momento y hasta bien entrada la tarde, marcharon en silencio.

Lugón limpió lentamente su espada. Tenía la mirada fija en Jumacoex, al cual se le escapaba la vida por momentos a través del enorme tajo que le cruzaba el cuerpo de arriba a abajo. Una señal suya y los dos oficiales soltaron al *ucuru* que, incapaz ya de sostenerse por sí mismo, terminó por desplomarse en medio de un gran charco de sangre. Tras presenciar su agonía, *Matamoros* se volvió lentamente hacia Oromabo, al que el lazo que le cerraba el cuello le iba estrangulando cada vez más. A duras penas, conseguía apoyarse en las puntas de los dedos de sus pies. Lugón hubiera preferido

disponer de aceite para mojar los pies del chico, pero se conformó con tensar otro poco la cuerda. Era su tortura favorita y la aplicaba siempre que tenía ocasión. Vicente Sotomayor se dirigió al chico.

—¡Pedro Lobo!, ¿has oído bien? ¡Pedro Lobo! ¿Dónde está? Habla y te soltaré. Sigue empeñado en no abrir la boca y dejaré que te ahorques tu solo. Ni tú ni tu amigo me importáis más que las pulgas de un cerdo y juro que disfrutaré viendo morir a un salvaje como tú.

Su voz tronaba en la selva fruto de la impaciencia. *Matamoros* no disfrutaba de los interrogatorios, y prefería dejarlos en manos de su lugarteniente. Además, aquel condenado crío parecía no entender su idioma.

Mientras luchaba por su vida, Oromabo no entendía las palabras de aquel español maloliente, pero tampoco le hacía falta. Había escuchado claramente el nombre de Pedro Lobo y sabía de sobra lo que aquellos hombres querían. Lo que nunca podrían comprender es que jamás traicionaría a Lucía. Hizo un amago de hablar y Lugón, atento, abrió el lazo lo suficiente. El joven tomó aire para decir la que ya sabía iba a ser su última palabra.

—¡*Manoate*!

Después, espero su fatal destino con voluntad de hierro.

—¡Mi señor, este perro no va a hablar!

De nuevo se impuso el pragmatismo de Lugón. Había dicho de viva voz lo que todos ellos pensaban. *Matamoros* asintió e hizo un claro gesto con el pulgar sobre el cuello.

—No perdamos más tiempo.

Lugón obedeció la orden al instante y dio un brusco tirón a la cuerda, un palmo, no hizo falta más, y volvió a anudar la sirga. Entonces, de la garganta de Oromabo brotó una especie de quejido ahogado, mientras su cuerpo se retorcía apurando sus últimos instantes. Para entonces, *Matamoros* y el resto de sus oficiales hacían caso omiso del moribundo, y dándole la espalda, discutieron cuál sería el camino que seguirían a partir de entonces. Solo Lugón, abstraído, se deleitó durante unos instantes con el espectáculo. Mientras, los dedos de los pies del muchacho acariciaban el suelo con desesperación, sin llegar a tocarlo del todo. El oficial esbozó una sonrisa depravada de satisfacción, como cada vez que ahorcaba a un hombre. Por un momento, le vino al pensamiento que estos dos

indios no eran como los taínos que había conocido hasta entonces y que tenían algunos rasgos que les hacían diferentes, pero en el fondo le daba igual. «Un indio es un indio», se dijo.

—¡Están muy cerca, lo sé! —pensó Sotomayor en voz alta.

Nadie añadió nada a sus palabras. *Matamoros* alzó su rostro en dirección al cielo y lanzó una débil mirada a las copas de los árboles que formaban un inmenso tapiz sobre su cabeza. El sol se filtraba en débiles rayos que apenas si calentaban con tibieza. Abrió el puño derecho, que había mantenido cerrado hasta entonces, y sus ojos se clavaron en el pañuelo que poco antes habían arrebatado al muchacho y que ahora exhibía en su mano.

—¡Seda! Un pañuelo de seda en este lugar del mundo. La prueba de que ese bastardo de Lobo anda cerca —dijo antes de ordenar reemprender la marcha.

A pesar de no compartirlo con sus subordinados, Vicente Sotomayor estaba convencido de que aquella selva emanaba una especie de maldición. Creía reconocer cada árbol, cada roca y cada recodo del camino y le obsesionaba pensar que pudiera estar pasando una y mil veces por el mismo lugar. Había llegado a la conclusión de que todo aquello no eran sino señales de que fuerzas oscuras conspiraban en su contra, pero eso no consiguió desanimarle. Estaba convencido de que Lobo había sobrevivido y terminaría encontrándole junto a sus seguidores. En aquel momento se sentía más cerca que nunca de su presa y mientras caminaba, su mente viajó hacía atrás en el tiempo.

Tras la explosión, habían cabalgado sobre sus caballos, casi desbocados, durante horas. Hasta el punto de que una de las bestias había terminado por romperse una pata en los alrededores del gran río. En un primer momento, llegó a pensar que en unos pocos días habrían conseguido completar el enorme rodeo y alcanzar a los fugitivos. Pero, más calmado, terminó por aceptar que había errado sus primeros cálculos y que para conseguir su objetivo tendría que armarse de paciencia. Hizo un breve recuento de sus fuerzas: seis oficiales entre los que se encontraban Lugón y él mismo, todos ellos con sus espadas y cuchillos, pero casi sin provisiones y sin tener la certeza de ir en la dirección correcta que les llevara a los renegados. En cuanto a armas de fuego, contaban con cuatro arcabuces y dos pistolas con poca munición. Además, de sus monturas quedaban solo tan solo cinco caballos. Sin embargo, tanta penuria no se tradujo en un solo instante de flaqueza.

¿Cómo dar la vuelta y regresar con las manos vacías? Hasta entonces, *Matamoros* nunca había fracasado. De haber sido así, se habría convertido en el hazmerreír de sus enemigos, su leyenda habría muerto y él también con ella. Por eso, acabar su vida en aquel infierno no era lo peor que podía pasarle.

Cruzaron el río sin detenerse a buscar provisiones. Aun así, Sotomayor todavía tardó un par de días en tomar la decisión de ordenar sacrificar a una de las monturas. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Detenerse a pescar en el río y perder así un tiempo precioso? ¡Jamás! Desafortunadamente, la carne no duró más que unas pocas jornadas. Después tuvieron que tirarla toda, podrida y llena de gusanos. Aquella era otra de las sorpresas de aquella maldita selva y de la humedad que lo abarcaba todo. Además, llevaban muchos días sin hallar ni una débil pista. Buscar algo en aquella inmensa jungla era como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, era *Matamoros* quien debía dar la orden de regresar. Sus subordinados no se atrevían siquiera a insinuarlo y aguantaban sin abrir la boca. Ni la más leve queja, por la cuenta que les tenía. Le eran leales pero además le temían. En la siguiente semana perdieron otros dos caballos, que se despeñaron por un barranco imposible, el cual el veterano Capitán les había obligado a bordear, ignorando la más mínima cautela. Aunque sus jinetes pudieron escapar a la caída, *Matamoros* había pagado un alto precio para aprender que la selva era el peor escenario posible para un caballo de batalla. Días después, hubieron de matar otro animal más para comérselo, pues ni encontraban alimento, ni Sotomayor estaba dispuesto a detenerse a buscarlo.

Después de todo, todavía les quedaba un caballo, aunque ya todos iban a pie y lo mantenían lo más descansado posible, por lo que pudiera pasar.

Un golpe de suerte, pues no podría haberse llamado de otra manera, le había puesto en el camino hacia su presa. Dos indios hacia el sur, con el viento en contra. Les rodearon y capturaron sin dificultad, pensaban que podrían llevar comida y, por el contrario, encontraron el pañuelo y con él la esperanza perdida. El fiero Capitán General alzó complacido su mirada al cielo, ahora sabía que Lobo estaba cerca y tan solo era cuestión de tiempo encontrarle y acabar con él.

Temblando de pies a cabeza y sudando a mares, el *bohiti* se dejo caer en el frío suelo mientras entonaba una letanía que repetía una y otra vez. Alrededor del *zemí* de *Manoate*, varias pequeñas bandejas con brasas de las que ascendía un humo azulado, espeso y embriagador, iluminaban la pequeña estancia. El humo se había ido expandiendo, poco a poco, abarcándolo todo como una bruma sobrenatural, casi tangible. El lejano sonido de gotas de agua cayendo, terminaron de dotar al lugar de una atmosfera asfixiante.

De pronto, el anciano se puso en pie de un salto y extendió sus brazos. En semejante postura, comenzó a recorrer la estancia con los ojos en blanco, sumido en un trance del que ya no despertaría.

El pequeño grupo ascendía pacientemente en fila de a uno, bordeando un pequeño barranco que partía la vegetación en dos. Abriendo la marcha, Esteban Hidalgo compartía bromas con Susana, mientras los demás caminaban en silencio, sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Otilio, ensimismado, apenas si se concentraba en no perder de los demás mientras se aferraba instintivamente a la empuñadura de su espada. Desde el amanecer y conforme avanzaba la mañana, se había ido apoderando de él una extraña sensación. Las visiones que le había mostrado la droga, regresaban a su cabeza con total nitidez y no hacían sino confundirle. Hacía días que sentía un gran desasosiego de la que no conseguía zafarse. No había compartido ese presentimiento con nadie, ni siquiera con *Rosa*, pero caminaba cauto y vigilante. Como sabía de sobra, la selva entera era una trampa en la que se podía caer en el momento más inesperado. Echó un breve vistazo a su alrededor y azuzó a la pareja que le precedía para que se dejaran de chanzas y avanzaran más deprisa. Antonio seguía al gallego de cerca. Tras él, Pedro y Lucía caminaban de la mano y sin hablar. Desde la ceremonia, el gitano ya no era el mismo. Lucía se había dado cuenta pero callaba, con la esperanza de que la situación se arreglara por si sola al alcanzar la costa. De alguna manera, todos esperaban que llegar al mar significara el fin de aquella pesadilla. Cuando el grupo dejó atrás

la garganta que se abría a sus pies, el mar se vislumbraba en el horizonte como una franja azulada que representaba su destino. Susana se giró sonriendo a sus compañeros.

—¡Mirad! —exclamó señalando su descubrimiento—. ¡El mar! ¡Puedo verlo desde aquí!

Sus palabras fueron silenciadas por una detonación que hizo enmudecer la selva.

*Matamoros* había demostrado tener sangre fría y también paciencia. La víspera, siguiendo la estela de una columna de humo que se elevaba reveladora al cielo del atardecer, sus hombres habían descubierto el improvisado campamento. Se sintió colmado. Pedro Lobo, ¡Al fin había dado con él! Sin embargo, en el fondo sentía un regusto amargo. A estas alturas, no se esperaba un *lobo tan* confiado, que descuidara así tanto su seguridad como la de los suyos. Por el contrario, él no se había dejado arrastrar por la impaciencia y había decidió esperar el lugar y momento oportunos.

Pese a la importante ventaja que le proporcionaba el factor sorpresa, no quiso menospreciar a aquel peligroso enemigo, y planificó la emboscada con precisión. No le costó mucho darse cuenta de a donde se encaminaba el grupo de fugitivos y decidió adelantarse a ellos y esperarles. Eligió el lugar meticulosamente. Apostó a sus hombres en lo alto de una loma, de espaldas al mar, donde la vegetación se diluía y se dominaba el paisaje. Allí, desde aquel emplazamiento privilegiado y a la distancia precisa, una descarga de arcabuces resultaría infalible. Después, contando con el elemento sorpresa, caerían sobre los supervivientes que antes de que se pudieran dar cuenta de lo que sucedía, serían pasados a cuchillo. Sencillo, pero efectivo y audaz. Así pues, esperaron horas y horas, hasta que por fin llegó su oportunidad. Cuando divisaron al grupo acercándose, el propio *Matamoros* apoyó el arcabuz sobre el hombro y sonrió. Su ansiada presa estaba delante. Tenía en su punto de mira al mismísimo Pedro Lobo. Había sido muy preciso, cuatro armas significaban cuatro piezas a cobrar. Los demás tiradores deberían asegurar su disparo, pero Lobo era suyo y solo suyo. También ordenó que no se tuviera compasión de mujer alguna, pues eso mismo es lo que podría esperarse de ellas. No habría supervivientes.

Tras la salva, el olor de la pólvora flotaba en el aire como una espesa niebla negruzca y por un momento se sintió en casa, en el campo de batalla. Al momento, Tanama, Susana y Fidel cayeron

desplomados sin vida. *Matamoros* apretó el gatillo un instante después deleitándose con el gesto de sorpresa que, a pesar de la distancia, adivinó en el rostro de Lobo. La detonación se fundió con un chillido agudo, una especie de graznido. *Matamoros* apartó el arma de su cara y vio con claridad al *guaraguao*, el halcón de cola roja, caer abatido en lugar de su ansiado trofeo. En el último momento, aquel condenado pájaro se había interpuesto entre él y su presa. Había errado el tiro. Masculló un juramento y se alzó desafiante. Si la pólvora no había servido para acabar con aquel traidor despreciable, su espada daría buena cuenta de él. Desenvainó y ordenó atacar sintiendo el pulso desbocado en sus sienes. Desconcertados, los hombres de Lobo, que no habían podido adivinar la posición de los tiradores, los vieron surgir de la nada, como espíritus.

Luca sintió una convulsión. Un presentimiento le hizo correr hacia el pequeño templo. Entró jadeando y encontró en el suelo el cuerpo sin vida del pequeño anciano y al momento entendió su sacrificio. Todavía había un hilillo de sangre manando de su nariz. Estaba seguro del motivo por el que el *bohiti* se había inmolado y le embargó un inmenso penar, pues se vio huérfano, pero a la vez sintió que le colmaba un gran poder. Entonces, recogió con infinito respeto el cuerpo de su antecesor y salió al exterior con él en los brazos. Su transformación había concluido. Ahora era él *El que Habla con el Viento*.

Lugón marchaba en cabeza, empuñando su espada con gesto fiero. Mientras, sus hombres gritaban con rabia, lo que hacía aun más temible el ataque. El grupo de Pedro Lobo apenas tuvo tiempo de reaccionar. Durante la confusión de los primeros momentos, no supieron ni quienes les atacaban, ni cuántos eran. Cuando Esteban Hidalgo consiguió llegar hasta el cuerpo inerte de Susana, se arrodilló y la sostuvo entre sus brazos, apretándola contra su pecho. Había perdido lo que más quería en el mundo y aquel inmenso penar le hizo bajar la guardia y no reparó en uno de los oficiales que se le acercaba por detrás. Antes de morir, solo alcanzó a ver la punta de la espada asomando por su pecho.

Leandro estaba alejado del grupo. Una vez fue consciente de lo que estaba sucediendo, su primer impulso fue mirar al lugar donde se encontraba Alba, pensando solo en protegerla. Corrió hacia ella con desesperación, mientras veía con impotencia como uno de los hombres de *Matamoros* la degollaba de un diestro tajo. Desesperado, gritó con toda la furia de la que era capaz a la vez que agitó su espada en alto. Corrió sin mirar a los lados, con la única visión del asesino de su mujer esperándole al final de su carrera. Era una burda trampa. Otro oficial, que se hallaba escondido tras un frondoso árbol, le salió al paso, disparándole casi a bocajarro con su pistola. Ese fue su fin.

Páez tuvo la sangre fría de trepar al árbol más cercano. Para él, plantar cara a pecho descubierto a cualquiera de aquellos curtidos militares hubiera supuesto un suicidio seguro. Así que prefirió hacerlo a su manera y esperar escondido. Poco después llegó su oportunidad, vio la ocasión y no se lo pensó dos veces. Saltó por sorpresa sobre el soldado que pasaba por debajo. Tapo su boca con una mano, mientras que con la otra lo cosió a puñaladas. Después, y aun jadeando por el esfuerzo, escupió con odio sobre el cuerpo de su enemigo y pensó decidido que si aquel era el día en el que iba a morir, primero se iba a llevar unos cuantos de aquellos bastardos por delante. Entre el desconcierto reinante, barrió la escena con la mirada y, para su sorpresa, adivinó la figura de un viejo conocido: Lugón.

Pedro Lobo cruzó su espada con el asesino de Leandro. Estaba dispuesto a vender caro su pellejo. Con un grito, ordenó a Antonio y a Lucía mantenerse a una distancia segura tras de él. Sabía

perfectamente que de hacer frente a los soldados no habrían tenido ninguna oportunidad. Estos no eran campesinos, ni indios, ni esclavos redimidos. Eran oficiales de lo más granado del ejército español, duros de pelar y difíciles de matar. En uno de aquellos choques colosales, ambos contendientes perdieron sus espadas, pero eso no les hizo dejar de luchar. Un somero vistazo de Pedro en dirección a la pareja, no hizo falta más, un instante en el que perdió la concentración y el oficial, aprovechando aquella oportunidad única, había conseguido agarrar a Lobo por el cuello con una mano, mientras intentaba clavarle su daga con la otra. Pedro consiguió a duras penas contener el envite con su propio puñal, a la vez que intentó zafarse de la garra que atenazaba su cuello, sin conseguirlo. Aquel condenado alférez parecía tener la fuerza de diez hombres y así era imposible vencerle. No había más remedio que recurrir a otros métodos. Tenía que cogerle por sorpresa. Cerró los ojos, como intentando reunir todas sus fuerzas y, seguidamente y acompañándose de un grito desgarrador, golpeó al oficial con la rodilla en la entrepierna, lo que hizo que este soltara momentáneamente su presa. Era la reacción que Pedro estaba esperando, solo necesitó un giro de muñeca y el puñal se hundió en el cuello del oficial, que cayó al suelo fulminado.

Otilio acababa de segar la vida de uno de los oficiales limpiamente, de una sola estocada, y ahora luchaba con otro soldado cerca de donde había caído su compadre Córdoba. Se empleó a fondo en mantenerle a raya hasta que, al fin, tras varios intentos fallidos alcanzó su objetivo. Su segundo enemigo aun agonizaba en el suelo cuando, de repente, sintió un agudo dolor en el pecho. Lugón acababa de dispararle a traición y por la espalda. Cayó al suelo incapaz de reaccionar.

Vicente Sotomayor avanzó resuelto, espada en mano, hasta que se cuadró delante del hombre. Ambos se conocían sobradamente y sabían que aquel momento tenía que llegar algún día.

Pedro se adelantó mostrando su espada y su puñal teñido de rojo y se situaron uno frente al otro mirándose desafiantes. Ahora, debían ser los hierros quienes hablaran. Con el primer movimiento, las espadas entrechocaron con gran virulencia. *Matamoros* tomó la iniciativa obligando a Pedro a defenderse. Cada estocada de Sotomayor era contestada por un movimiento de Lobo que la inhabilitaba.

—¡Traidor, hoy acabaré contigo! —bramó *Matamoros* mientras una débil sonrisa asomaba en los labios de Lobo.

—¿Desde cuándo el *Gran Capitán de los Ejércitos* es tan fanfarrón?

—¿Cómo has podido olvidar lo que fuiste? —añadió Sotomayor ignorando la respuesta de Pedro Lobo—. Eras un hombre de armas, tenías honor y mira en qué te has convertido. ¡En un vulgar bandido que ya no merece ser llamado soldado!

—Si ser soldado significa despreciar la vida humana como tú lo haces, no quiero tal *honor* y no es a un soldado a quien te enfrentas ahora Vicente, sino a un hombre libre.

—Un día fuimos como hermanos, pero ahora te desprecio. ¡Muere perro!

Sotomayor lanzó una estocada que tenía como objetivo romper la guardia de su contrincante y a punto estuvo de lograrlo. Una ágil finta de Lobo dio al traste con aquel intento, pero el filo le rozó la mejilla y una débil línea carmesí brotó en el lugar en el que el acero había cortado la carne. La sonrisa de *Matamoros* se inflamó en sus labios con un gesto cruel. El combate continuó cada vez con más virulencia.

Los pies de ambos contendientes zigzaguearon sobre el suelo levantando la hojarasca que alfombraba la selva y se detuvieron a escasos centímetros. Las dos espadas, mantenían un pulso desesperado, vibrando resplandecientes al sol de la mañana. La mente de Lobo cavilaba con rapidez. *Matamoros* era un espadachín de gran talento y su esgrima había mejorado con el uso, al contrario que la suya propia. Por eso, Pedro, no dudaba de que de continuar así tenía todas las de perder. Si quería sobrevivir, tendría que intentar algo más osado. Su única posibilidad pasaba por tomar la iniciativa, sorprendiendo a su enemigo. Se jugaba el todo por el todo y lo sabía. Así que eligió el momento y con una rapidez inesperada, se giró sobre sí mismo atrayendo hacia su izquierda el arma de su oponente. Al principio el amago tomó por sorpresa a *Matamoros*, que reaccionó lanzando al pecho de Pedro una estocada que creyó definitiva, aunque para ello no había tenido más remedio que descuidar su propia guardia. Aquella era la oportunidad que Pedro había estado esperando. Balanceó su cuerpo hacia el lado derecho, desviando el ataque con la espada a la vez que, durante un instante fugaz, hizo oscilar su puñal delante del Capitán General trazando, con su brazo izquierdo totalmente estirado y a la distancia precisa, un semicírculo en el aire. De pronto, una cortina de sangre salió disparada de la garganta de *Matamoros*. Había sido un tajo limpio, de

derecha a izquierda, sobre el cuello del Capitán. Un golpe de audacia con el que Pedro había conseguido engañar a su temible adversario. Instintivamente se retiró de él.

—Esto no debía haber acabado de este modo —dijo, viendo a su enemigo llevarse una mano al cuello y caer de rodillas.

A pesar de que la vida se le escapaba por momentos por aquella herida Sotomayor, le desafió de nuevo con gesto burlón. Su mano se aferró a la empuñadura de la espada y torpemente lanzó una última estocada que Lobo esquivó con facilidad. El esfuerzo hizo tambalearse al temible Capitán, derrumbándose a continuación sin vida a los pies de Lobo. Pedro se inclinó sobre el cuerpo inerte de *Matamoros* y le arrancó el pañuelo que este había arrebatado al infeliz Oromabo. Aun aturdido por el combate y con la adrenalina cabalgando en sus sienes, sintió el abrazo de Lucía y su ternura le reconfortó en medio de toda aquella tragedia. Arrojó sus armas al suelo y ambos miraron el pañuelo sin decir nada.

Tras ver caer a su superior, Lugón inspeccionó todo el lugar con la mirada y comprobó, con desesperación, que todos sus compañeros estaban muertos. Al instante su boca se había secado y estaba sintiendo un miedo atroz. Él, que había combatido en los más fieros frentes de batalla, que no retrocedía ni cuando el enemigo era superior en número, estaba sintiendo por primera vez en su vida el verdadero miedo. Sabía que estaba solo y el pánico, que había terminado apoderándose de su ser, le empujó a lanzarse colina abajo en una huida desesperada. Corrió, pero no llegó demasiado lejos. Páez, que le vigilaba en la distancia, tomó su lanza-venablos lentamente, con absoluta frialdad, los *ucuru* lo usaban con tal destreza, que había despertado su curiosidad y, desde un primer momento, había practicado cuanto pudo con el arma hasta conseguir usarla con soltura. Colocó el venablo en su ranura, apuntó con cuidado y lanzó. El proyectil, acompañado por un intenso silbido, trazó una mortal trayectoria curva. El oficial cayó al suelo fulminado con un gesto de sorpresa que dio a su muerte un aspecto grotesco. Páez recorrió colina abajo la distancia que le separaba de su presa y se encaró con el cadáver. Trató de memorizar la expresión de incredulidad de los ojos de Lugón y se prometió no olvidarla jamás. La muerte de Teresa, de *Cartujo* y de tantos otros estaba saldada y todos sus verdugos habían pagado por ello, sin embargo aquello no le hacía sentirse mejor. Lentamente, volvió a ascender la colina y se reunió con sus compañeros. Todos los

supervivientes se agolpaban alrededor de Otilio. *Rosa* le estaba vendando la herida, que no tenía buen aspecto. Mauro le ayudaba. Páez llegó a la altura de Antonio que le miró con gesto severo. Contempló absorto la escena, dejo caer el arma y sin saber muy bien porqué, se abrazó al gitano y lloró sobre su hombro.

La mente de Lucía vagaba en el vacío. El ataque había sido fulminante. En solo unos instantes, su vida había vuelto a cambiar. Empezaba a creer que nunca podría vivir en paz y que la desgracia, el dolor y el sufrimiento le perseguirían siempre, allí donde fuera. Imaginó los cuerpos inertes y cruelmente torturados de Jumacoex y Oromabo y eso le hizo derramar lágrimas de desesperación. ¿Cómo era posible tanto horror? ¿Por qué tanta muerte? ¿Qué sentido tenía todo aquello? El padre Ávila, el infeliz *Cartujo*, sus tíos, Teresa y tantos y tantos miembros de *La Manada*. Se sentía abatida. Una oportuna caricia de Pedro le sacó de su ensimismamiento, aunque, en aquel momento, tuvo la certeza de que tampoco él estaba realmente allí.

Tras enterrar a los muertos, los cabizbajos supervivientes reemprendieron la marcha. No se entretuvieron demasiado porque no estaban seguros de que todo el peligro hubiera pasado ya. El silencio aleteaba sobre sus cabezas como nubes de tormenta y un halo de tristeza impregnaba cada uno de sus pasos. Ni siquiera la cercanía del mar o la brisa, que colmaba el ambiente con un fuerte olor a salitre, logró devolverles el ánimo. En cabeza y taciturno, Lobo caminaba mirando al suelo. Antonio le seguía de cerca. Estaba a cargo del caballo que rescataron de sus enemigos y en el que viajaba el malherido Otilio. Rosario no se separaba ni un momento de su lado. Nadie lo expresaba en voz alta, pero su estado era grave y la certeza de que no sobreviviría se había terminado por instalar en sus corazones. Lucía trataba de consolarla, aunque no podía evitar seguir inmersa en sus propios pensamientos. Pensamientos que se interrumpieron una vez llegaron al acantilado. Allí, en el tramo final de su viaje, el sendero descendía abruptamente y se estrechaba. Tendrían que bajar con sumo cuidado, en fila de a uno. No iba a ser fácil y menos con un herido, por lo que antes de nada, decidieron descansar.

—Lo sabía, hermano —murmuró Otilio con esfuerzo—. Lo vi en esas condenadas visiones. Yo no lo lograré...

—Guarda fuerzas, compadre —sugirió Lobo posando su mano en el pecho de su camarada, que subía y bajaba con un gran esfuerzo.

Fue la última vez que Otilio estuvo consciente. Mientras le curaban la herida, abrió los ojos y señaló el borde del acantilado. No conseguía articular palabra alguna, pero su dedo seguía apuntando con firmeza al mismo punto. Tras acercarse sus compañeros al lugar indicado y mirar hacia abajo, distinguieron con asombro, junto al final del tortuoso sendero que zigzagueaba entre los riscos, la entrada a la *cueva negra* y ante ella, como si de un milagro se tratase, *La Providencia*, meciéndose al compas de las olas, libre de rocas y lista para navegar. Los supervivientes contemplaron con incredulidad el pequeño barco con la sensación de que les estaba esperando. ¿Cómo era aquello posible? ¿Qué clase de prodigio era ese?

La fiebre y el esfuerzo terminaron por agotar a Otilio, que cayó en un pesado letargo. Había llegado el momento de iniciar el descenso y fue entonces cuando Páez les detuvo.

—¡No me voy! —exclamó.

—¿Cómo dices, gallego? —preguntó Lucía.

—Mirad al pobre Otilio. La herida es grave y no durará mucho. Se muere y no queda nadie más que yo capaz de gobernar un barco. ¡Me embarco con vosotros, *carallo*!

—Pero, ¿y Antonio? ¡Ibais a regresar juntos a Santo Domingo!

—No te preocupes por el gitano. Otilio y Córdoba lo hicieron una vez. Regresaron desde aquí y además a pie. Antonio también lo conseguirá. No me necesita y, por el contrario, vosotros sí. Además, no olvides que cuenta con el caballo. Lo único que tiene que hacer es cabalgar hacia el este siguiendo el camino de la costa hasta llegar a Azua. De allí en adelante no tendrá problema, y una vez en Santo Domingo podrá embarcar rumbo a España.

Pedro decidió intervenir para evitar una dolorosa discusión y con la certeza de que no podían perder más tiempo o desaprovecharían la marea.

—Páez está en lo cierto. Ahora le necesitamos más que nunca. En cuanto a Antonio, estoy seguro de que lo conseguiría.

—Para ti resulta fácil porque conoces estas tierras —se quejó la joven.

—Me las apañaré solo —intervino Antonio—. El gallego tiene razón. Su sitio está con todos vosotros y lo necesitáis de verdad. Además, él ya no tiene nada que hacer en Santo Domingo, ni tampoco en España. Y solo hay un caballo. ¡Pobre bestia! ¡Seguro que si no lo mata el camino, morirá de escuchar a este gallego del demonio!

Nadie rió la gracia, así que dio una cariñosa palmada al animal que le correspondió con un pequeño relincho.

—Es lo mejor para todos, rapaza. —añadió Páez.

Lucía le miró con una pena infinita. Ya no había ninguna duda: aquella era la despedida. Al instante, una atmósfera de pesar se apoderó de la joven. Fue Pedro quién quiso romper aquel momento de tristeza y sin mediar palabra alguna, abrazó al gitano con efusión.

—¡Antonio, hermano, te debo tanto…!

Uno a uno, aquellos curtidos supervivientes fueron abrazando al gitano, que trató inútilmente de contener las lágrimas. Para cuando, le tocó el turno a Lucía, ambos lloraban sin disimulo alguno.

—¡Te voy a echar de menos tanto, *tito*! —exclamó Lucía compungida.

—Y yo, mi niña. Y yo…

Entonces, se dieron un tierno e interminable abrazo tras el que Antonio ensilló el caballo, le dio de beber y cargó algunas vituallas en su lomo, sin olvidar el oro ni el documento de Luca, mientras los demás le observaban en silencio. Montó en el corcel, sujetó las riendas y se encaró con el grupo.

—Me hubiera gustado conoceros mejor. Os deseo la mayor de las fortunas. Rezaré por todos vosotros —Echó un vistazo al moribundo que agonizaba inconsciente, pero no añadió nada más.

—¡Buena suerte, hermano Antonio! —La voz de Páez se le clavó en las entrañas y de repente sintió una congoja que apenas podía reprimir.

—Buena suerte también a ti, gallego del demonio. Echaré de menos tu compañía —repuso cómplice, guiñándole un ojo.

—¡No olvides deshacerte del caballo antes de llegar y no dejes qué te reconozcan en el puerto! —añadió por último Páez, con la voz temblorosa.

Antonio asintió. Sentía un irrefrenable deseo de alejarse de allí inmediatamente, de escaparse, de huir, estaba a punto de desmoronarse y no quería que los demás lo vieran. Aun así, todavía le dedicó a Lucía una última mirada.

—¡Con Dios! —Es lo único que la zozobra que le atenazaba le permitió decir.

Se giró y espoleó al animal, primero le hizo trotar, y desapareció entre los árboles. No quiso detenerse y mirar atrás, pues sabía que no hubiera podido soportarlo. Lucía, Pedro, Mauro y Rosario se habían quedado absortos mirando al horizonte. Fue Páez, de nuevo, quien tomó la iniciativa y le hizo a Mauro una seña. Entre ambos cogieron improvisaron unas parihuelas en las que acomodaron a Otilio y comenzaron el descenso.

La marea seguía subiendo. Lucía y *Rosa* se estaban dando prisa en instalar a Otilio en cubierta de la mejor manera posible. Mauro terminaba de acarrear todas las provisiones que habían conseguido salvar. Pedro, por su parte, con la mano a modo de visera, vigilaba el horizonte con ansiedad. Mientras tanto, Páez se sumergía en las tibias aguas que rodeaban la embarcación. Había algo que no le había gustado. El casco estaba cubierto de *broma* y acababa de descubrirlo buceando. Temía que no aguantara una gran travesía aunque, sin embargo, confiaba en la pequeña embarcación. Una vez subió a cubierta, se le acercó.

—¿Qué sucede, Páez?

—¡Mal asunto! El casco casi se pudrió. No puedo decir cuanto aguantará.

—Recuerda que el *bohiti* insistió en que nos dirigiéramos hasta aquí, le hicimos caso y el barco estaba donde él dijo que iba a estar. También nos profetizó una nueva vida en tierra libre y le creímos. Por eso hemos venido.

—¡Pero qué sabrá ese *bruxo* de navegar! —contestó el gallego—. Primero tenemos que sacar el barquito de la ensenada sin encallar y con lo cerca que está el fondo no va a ser nada fácil. Aunque si hacemos bien la maniobra tal vez lo consigamos.

—Ese es tu trabajo, que para eso te has quedado.

—De sobra lo sé. Deja esa parte en mis manos pero, después ¿qué?

Lobo se quedó unos instantes meditando su respuesta.

—Ya no tenemos motivo para navegar hacia el este, así que no queda otra que buscar la tierra de la que nos habló el *bohiti*.

—¿Y dónde está esa tierra, *carallo*? —interrumpió de nuevo el marinero— ¿Cuál es?

—El *bohiti* dijo que una vez aquí sabríamos que hacer. Tal vez sea a la isla de San Juan Bautista donde debamos ir, además, en la capital, Puerto Rico, me queda un amigo.

—Nunca mencionaste tener tal amigo.

Pedro suspiró lentamente antes de contestar.

—Es una larga historia. Nos conocimos en España. Él fue destinado a Puerto Rico y yo a Santo Domingo. Salgado. Alférez Salgado. Ese es su nombre.

Páez comenzó a pensar en voz alta.

—Bien, supongamos que conseguimos llegar a Puerto Rico, que encontramos a tu Alférez Salgado y que quiere ayudarnos. Podría salir bien porque allí no nos conoce nadie y no nos resultaría muy difícil pasar desapercibidos, pero ¡todo eso es mucho suponer! Para empezar, dime ¿por dónde iremos? No podremos recorrer la línea de la costa en este *barquito*, pasando por delante de las narices de todo el ejército, como si tal cosa. Eso sería como ponernos el cepo nosotros mismos. Por otra parte, ir a San Juan Bautista es peligroso. Ahora en Puerto Rico no hay más que sangre, muerte y miseria, o eso dicen.

—¿Qué propones entonces, Páez?

—Poniente. Ese será nuestro destino. ¡Olvídate de tu Alférez!

Lobo sopesó las palabras del gallego un instante.

—Poniente. En verdad suena bien —dictaminó finalmente poniendo su mano sobre el hombro del marinero.

Un grito de Lucía les interrumpió.

—¡Es Otilio!, se muere.

Un siniestro quejido emergió de la boca del moribundo. Otilio acababa de vomitar una espuma de olor nauseabundo. *Rosa* le limpió sin poder reprimir el llanto.

—No sabía que le quería tanto. —observó Lucía en un susurro.

—Son inseparables. Siempre se han adorado. No les gustaba reconocerlo pero todo el mundo lo sabe.

Entonces, con los ojos inundados de lágrimas, Rosario se encaró con Páez.

—Me da igual a dónde nos lleves, pero ¡sácanos de aquí! No podemos permitir que Otilio muera en este lugar. Él siempre hablaba del mar. ¡Démosle ese gusto! ¡Se lo merece!

Cómo activado por un resorte, Páez miró a Pedro, y sin esperar respuesta, se encaramó al puente y se dispuso a levar anclas.

El viento soplaba con fuerza. Páez había ordenado a sus compañeros desplegar el pequeño aparejo y *La Providencia* se dirigía sin dilación al pequeño paso entre las rocas. El marino miró al acantilado y vio descender por él a la niebla, espesa como una nube, vertiéndose en el mar como una inmensa lengua blanca que lo abarcaba todo.

—¡Parece como si la isla se estuviera despidiendo de nosotros! —musitó en voz queda.

Fue un momento interminable, que duró hasta que por fin una gran ola les impulsó hacia las rocas. Páez se santiguó, agarró el timón de caña con ambas manos y puso proa a mar abierto.

*La Providencia* había pasó limpiamente. Páez había conseguido llevarles a alta mar y el viento les era favorable. El barco se alejaba de la costa dejando una tenue estela tras de sí. Poco después y guiándose por el sol, el gallego puso decididamente proa a Poniente.

Cuando le pareció que había pasado el peligro, Lobo se acercó al marino que le contestó sin haber sido preguntado.

—Si *La Providencia* no se hunde, y con este viento, calculo siete jornadas, tal vez ocho para llegar a la tierra más próxima —explicó el marino lanzando una mirada hacia el cielo.

—Son demasiados días. No tenemos tantas provisiones.

—¡No son tantos días, *carallo*! Pescaremos, reduciremos las raciones… lo que sea. Pierde cuidado que todo saldrá bien.

Pedro se arrepintió de haber hecho aquel comentario y, a la vez, cayó en la cuenta de que ya era Páez quien solucionaba cuanto problema iba surgiendo y quien tomaba las decisiones en nombre de todos. Sentía que estaba perdiendo autoridad a favor de aquel marinero socarrón pero

no le importaba, estaba convencido que no podía depositar su destino y el de los demás en mejores manos. La voz chillona del gallego le sacó de sus pensamientos.

—Tenemos que tirar todo lo superfluo. Hay que quitarle a *La Providencia* todo el peso que podamos.

Pedro asintió y se dispuso a hacer caso de aquella sugerencia, que más bien era una orden, cuando un desgarrador grito de mujer llamó su atención.

—¡Otilio!

Todos acudieron a la llamada.

Pedro tocó el cuello de su amigo buscándole el pulso, levantó la vista y negó con la cabeza.

—Se ha ido. Ha dejado de sufrir.

Lucía se abrazó a Rosario. Ambas lloraban. Tras un primer amargo momento, Pedro y Páez cruzaron sus miradas. Fue Lobo quien habló.

—Otilio siempre dijo que quería volver al mar para morir y así ha sido. Hemos cumplido su voluntad y ahora lo despediremos según nuestra costumbre. El océano será su tumba.

—Yo prepararé su mortaja —Rosario se había puesto en pie para decirlo. Sus ojos encerraban un pozo de determinación.

—Yo te ayudaré. —Lucía se ofreció de corazón. Necesitaba ocupar su mente en algo.

Dos horas después, el cuerpo de Otilio estaba sobre cubierta con un improvisado sudario cubriendo su rostro. Pedro habría querido pronunciar un pequeño discurso pero la congoja atenazaba su garganta y no consiguió articular palabra. Al fin, dio con un gesto la orden para proceder. Entonces, Mauro y Páez levantaron el cadáver, lo apoyaron sobre una tabla y le ataron lastre. Cuando el cuerpo de Otilio se zambulló lentamente en las cristalinas aguas, Lucía abrazó a Rosario, que estaba sumida en un gran pesar.

—Adiós, hermano —murmuró Lobo mientras contemplaba como los restos de su amigo desaparecían en el fondo del mar.

Lucía elevó la vista instintivamente. Sobrevolando el barco creyó distinguir un pequeño halcón de alas rojas.

# Epílogo: Poniente

Llevaban seis días de travesía, durante los cuales el viento no había dejado de empujarles hacia su destino. Sin embargo, aunque *La Providencia* todavía era capaz de navegar, se hundía a ojos vista. Páez se aferraba al timón de caña como si en ello le fuera la vida. Gobernaba el pequeño barco prácticamente sin descansar, de día y de noche. Estaban cerca, simplemente lo sabía. Podía oler la tierra firme y el hecho de que el día anterior hubieran avistado gaviotas apoyaba su corazonada. *Rosa* y Mauro pasaban últimamente mucho tiempo juntos, se consolaban mutuamente y eso le reconfortaba. Entonces dirigió su mirada a proa y, desde la distancia, contempló a Lucía y a Pedro con afecto.

—Todos merecen otra oportunidad —musitó.

Sonrió y por primera vez en mucho tiempo Páez pensó en sí mismo, en su futuro y se encogió de hombros. ¿Para qué iba a preocuparse? Siempre se las había arreglado para salir adelante.

En el otro extremo del barco, la pareja miraba en silencio al horizonte. Desde el milagroso regreso de Pedro, los acontecimientos les habían ido obligando a posponer sus momentos de ternura. Por el contrario, aquella travesía les estaba proporcionando la oportunidad de demostrarse el amor que se procesaban. La joven se abrazó al hombre con devoción. Entrelazaron sus manos.

—Aun no hemos hablado de lo que crece en tu vientre —dijo Pedro titubeante.

—No es necesario. Ambos sabemos que esperamos un hijo y que será el niño más querido del mundo.

El hombre hundió sus manos en la todavía discreta cabellera de la joven y asintió sonriendo.

Fue entonces cuando los ojos de la muchacha se toparon con el zurrón que su padre le había entregado antes de partir. Lo cierto es que no había querido abrirlo hasta entonces, por no añorarle todavía más. Sin embargo, decidió que había llegado el momento, pues debía hacerse antes de llegar a tierra firme y Jamaica estaba ya muy cerca. Pedro se le acercó por detrás y la asió por la cintura. La joven le dedicó una cálida sonrisa y comenzó a sacar varios objetos del morral, entre los que ambos reconocieron al instante la caña en forma de *Y* que el *bohiti* había utilizado para suministrarles la droga. Lucía se agachó y vació el zurrón sobre cubierta sin prestar demasiada atención a los

abalorios, collares o saquitos con semillas, que contenía y que cayeron desperdigados. Lo que de verdad buscaba era algo más, y al fin lo encontró: la carta de despedida de su padre.

***Querida Lucía, estoy seguro de que ya intuyes que los días en los que los ucuru han vivido en paz en torno a su lago y sin ser molestados, se acaban. Es el fin de una era. Ni siquiera Manoate podrá proteger a su pueblo esta vez. Los nuevos dueños de la isla no tardarán en llegar también aquí y en colonizar este paraíso. Es por eso por lo que te entrego su mayor tesoro, El Legado del Dios Caimán. Es lo más valioso que he poseído nunca y estoy seguro de que en tus manos estará a salvo. Haz buen uso de este don que te entrego, porque como ya has comprobado, otorga un gran poder al que lo posee, poder con el que siempre podrás proteger a los tuyos.***

***Las semillas, os permitirán cultivar las plantas que componen la mezcla sagrada.***

***A continuación detallo como se secan y se preparan las raíces y las hojas en la proporción adecuada. Recuerda que para poder realizar la ceremonia, habréis de buscar un sitio totalmente oscuro…***

Lucía apartó la carta de su vista e interrumpió irritada su lectura. ¿*El Legado del Dios Caimán*? ¡Ella no quería nada de todo aquello! En su lugar, hubiera preferido una prueba de amor paternal, una frase de cariño, una despedida que pudiera guardar en su corazón. Después de atravesar el mundo para encontrar a su padre había vuelto a perderlo. Al menos, ahora comprendía la auténtica razón por la que no habían estado casi nunca juntos de verdad: ¡eran totalmente distintos, al igual que sus destinos! Esa certeza terminó por apaciguar su espíritu atormentado, pero no aquella profunda tristeza que le embargaba, porque ahora sabía que esta vez la separación era para siempre.

Pedro tomó la carta en su mano y la leyó en silencio. Luego la volvió a guardar cuidadosamente dentro del zurrón, junto a todo lo demás y abrazó a su mujer. Ambos miraron al horizonte sin apartar la vista. En poniente, bajo aquel sol cansado del ocaso les esperaba una nueva vida.

*Logroño, Invierno de 2011*

***Agradecimientos:***

**José Miguel**

A la memoria de Dora, mi madre. No le dio tiempo de acabar de leerla, ahora podrá hacerlo, esté donde esté. Te quiero, ama.

A mi padre, que supo transmitirme su pasión por la mar.

A Rosa Ana, por su amor y su apoyo incondicional. Siempre estás ahí.

A Miguel, por ser una fuente inagotable de inspiración. La luz de mi vida.

A Óscar, por su amistad y por haberme metido el gusanillo de volver a contar historias.

A todos cuantos quisieron desanimarme, pues consiguieron exactamente lo contrario.

**Óscar**

A Vanessa por seguir estando ahí.

A mi hermana por ser un excelente ejemplo.

A mis padres por darlo todo.

A José Miguel por ser una magnifica “pareja de baile”

A todos los que me inspiraron, me animaron y me dieron su apoyo. Sin vosotros no habría sido posible.